3 1761 08166203 3

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15. NUM. 178.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

OCTUBRE, 1903

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

62662

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 15
no. 178-80

ANA

(NOVELA)

—

(CONTINUACIÓN)

VII

Después de semejantes emociones, puede imaginarse cómo pasé la noche. Mientras me desnudaba, me pregunté á mí mismo qué era ante todo lo que verdaderamente había ocurrido, y por qué había estado yo de tan mal humor todo el día. La respuesta era fácil: no había ocurrido nada; esto es, ni á Selim ni á Ana podía yo censurarles nada; no había sucedido nada que no pudiese ser explicado como cortesía amistosa, inocente, curiosidad y simpatía recíproca. Que Ana gustaba á Selim y éste á ella, nadie lo podía dudar. ¿Pero qué derecho tenía yo para encolerizarme y para turbar nuestra tranquila vida?

Ellos no tenían la culpa; yo era el que no tenía razón.

Este pensamiento, que debería haberme calmado, no lo hizo. Aunque me explicase claramente sus recíprocas relaciones; aunque me repitiera que no había ocurrido nada grave, y no pudiese desconocer que en aquel día les había ofendido á ambos sin razón, sentía algo amenazador, indeterminado, pero que no tomaba forma palpable, y que en manera alguna podía revestirlo con una censura justificada contra Ana y Selim; y precisamente por esto mi mal humor me hacía una impresión tanto más desagradable. Además de que me atormentaba la idea de que, aun cuando no tuviera ningún derecho á diri-

girles censuras, existían sin embargo suficientes motivos de inquietud.

Mi pensamiento se engolfaba en todas las observaciones posibles, en todas las posibles suposiciones y conjeturas.

En suma, me sentía tan fatigado y maltrecho como si hubiese realizado un largo viaje ó hubiera errado muchas horas por las tinieblas; y por añadidura, me atormentaba el pensamiento amargo, dolorosísimo, de que yo mismo, con mis corajinas, con mis celos, les arrojaba en brazos uno de otro: esto, no obstante mi falta de experiencia, lo comprendí desde luego: ¡semejantes cosas se dejan pronto adivinar! ¿Y ahora qué sucedería? Yo sabía que continuaría por ese camino aunque supiera que hacía mal, pero no para llegar adonde quería, sino adonde mis sentimientos y todas las otras circunstancias, en apariencia insignificantes, determinadas en el momento, me arrastraran; circunstancias que parecen insignificantes, pero que son de la mayor importancia, porque á menudo depende de ellas más adelante la felicidad ó la desgracia de toda la existencia.

Todos estos pensamientos me atormentaron durante largo rato, y hubieron de mantenerme despierto hasta una hora muy avanzada de la noche. Por fin caí en un sueño de plomo, letárgico, del que no me desperté hasta muy tarde.

A la mañana siguiente me percaté de que por dormir había perdido la hora del desayuno y también la ocasión de ver á Ana, la cual tenía lección hasta las dos con la francesa. En compensación, sin embargo, aquel sueño me había entonado y vigorizado de manera que ya no veía el mundo tan sombríamente como la noche anterior. Me propuse, pues, ser con Ana afable y bueno, y remediar mi torpeza del día antes; pero olvidaba que no solamente debía de haber desagradado á Ana con mis últimas palabras, sino que debía de haberla ofendido. Cuando ella entró en la sala con la señora de Ives, corrí á su encuentro; pero me detuve de pronto, como si me hubiesen echado por la cabeza un jarro de agua fría; hube de imponer

un «alto» á mi demasiado expansiva cordialidad, porque Ana me dió, cortésmente, es verdad, los buenos días, pero de un modo tan desabrido, que se me quitaron repentinamente las ganas de entablar una conversación íntima con ella. Después se sentó al lado de la señora de Ives, y durante toda la comida no se ocupó para nada de mí, como si no existiese. Confieso que, en aquel momento, mi existencia me pareció absolutamente lamentable y vana, hasta el punto de no valer un céntimo ¿Pero qué debía hacer? El espíritu de contradicción me dominó y resolví pagar á Ana en la misma moneda; ¡extraña actitud para con una persona á la que se ama sobre todas las cosas!

Durante toda la comida no nos hablamos nunca directamente, sino siempre por mediación de una tercera persona.

Después me puse á pensar en cómo lo pasaríamos en Ustrya, adonde debíamos ir aquel mismo día. Me había propuesto dirigirla allí, en presencia de los extraños, una pregunta á la cual se hubiera visto obligada á contestar, y de este modo romper el hielo. Me prometía mucho de nuestra estancia en Ustrya.

Pero también Ana parecía haber pensado en esto, porque después de la comida, al traer una taza de café á mi padre, le besó la mano y dijo:

—Le pido permiso para no ir á Ustrya.

—¡Oh! ¡qué infamemente se porta la adorada Ana!—pensé.

Mi padre, que era un poco tardo de oído, no la entendió al pronto; besó en la frente á la muchacha, y preguntó:

—¿Qué quieres, querida mía?

—Tengo que rogarle una cosa.

—¿El qué?

—Que me permita quedarme en casa. No iría gustosa á Ustrya.

—¿Por qué no? ¿Te sientes mal?

Si hubiera dicho que se sentía mal, todo se hubiese perdido; tanto más, cuanto que mi padre estaba de buen humor. Pero Ana no solía mentir ni por necesidad; así, pues, respondió:

—No; estoy bien, pero no tengo deseos de ir.

—Siendo así, irás; tengo absoluta necesidad de que vayas.

Ana se inclinó y no replicó una palabra. Momentos después me quedé solo con mi padre en la sala, y le pregunté por qué tenía empeño en que viniese con nosotros.

—Porque quiero—me respondió—que nuestros vecinos se acostumbren á considerar á Ana como á una persona de nuestra familia. ¿Comprendes?

¡Ya lo creo que había comprendido á mi buen padre! ¡Por aquella idea suya le hubiera dado mil besos!

A las cinco debíamos ponernos en camino. Para las señoras habían enganchado dos caballos al carruaje más ligero. Teníamos que recorrer milla y media para llegar á Ustrya, y con aquel tiempo magnífico constituía un agradabilísimo paseo. Ana se presentó vestida de negro, con un traje muy lindo, casi elegante, como deseaba mi padre. Ella, la reina de mi corazón, pasó á mi lado altanera y desdeñosa, sin dirigirme siquiera una mirada, aunque, para agradarla, me había yo puesto mis mejores prendas. Y verdaderamente Ana estaba contrariada, porque no solamente tenía intención de desagradarme al manifestar su intención de quedarse en casa, sino que tenía motivos para ello, como no tardé en conocer.

A las cinco en punto subieron las señoras al coche, y yo monté á caballo. Por el camino fuí siempre al lado de Ana, y traté de atraerme su atención por varios medios. Solamente una vez, que se me encabritó el caballo, me miró de pies á cabeza. Hasta me parece que reprimió una ligera sonrisa, lo que me dió en seguida una nueva esperanza; pero inmediatamente se volvió hacia la francesa y comenzó con ella una conversación en la que me fue imposible tomar parte. Llegamos por fin á Ustrya, en donde encontramos á Selim. La señora no estaba en casa, y nos recibieron su marido y dos institutrices, una francesa y una alemana, y las dos hijas.

Lola, la hija mayor, tenía aproximadamente la edad de Ana: era una rubia graciosa, aunque algo fría; la menor era todavía una niña. Las señoras, después de los primeros salu-

dos, se fueron al jardín á coger flores, mientras el señor Ustrycki nos llevó á Selim y á mí á que viéramos sus nuevos fusiles y sus perros, que se había hecho traer de Breslavia para cazar jabalíes.

Ya he dicho que el señor Ustrycki era conocido en todo el país como un cazador apasionado, y además de esto era un hombre excelente, de buen corazón y tan bueno como rico. No tenía más que un defecto, pero tal, que me lo hacía enojoso: esto es, que siempre se estaba riendo; y por añadidura, en cuanto uno decía dos palabras, tenía el vicio de darse un golpecito en la panza, exclamando: «¡Buena broma! ¿Qué tal?»

A esto debía el apodo de «Buena broma» ó de «¿Qué tal?» con el que todos le designaban.

El «Buena broma» nos llevó, pues, á ver sus perros, sin pensar que nos hubiéramos quedado muchísimo más á gusto en el jardín con las señoras. Escuchamos, pues, un rato sus relaciones, hasta que, de repente, dije que tenía que dar un recado á la señora de Ives, y Selim añadió:

—Todo esto es muy bonito, señor; sus perros son magníficos, pero ¿qué le hemos de hacer si preferimos ir con las señoras?

El señor Ustrycki se dió el acostumbrado golpe en el vientre:

—¡Ah, buena broma! ¿Qué tal? Vayan, vayan; también voy yo.

Fuimos, pues, al jardín; pero pronto hube de comprender que había hecho mal: Ana, sin ocuparse de mí, comenzó á hablar exclusivamente con Selim, de suerte que no me quedó otra cosa sino dirigirme á Lola. No sé ni de qué hablamos, ni qué respondí á sus preguntas, pues no dejaba de observar á Selim y á Ana, para ver lo que decían. Selim no lo notó, pero sí Ana, la cual bajó la voz y comenzó á mirar á su compañero con cierta coquetería, que no pudo menos de halagar en alto grado á mi amigo.

Entonces, resueltamente, me dediqué de lleno á Lola, que

tenía por mí, me había olvidado de decirlo, una marcada preferencia, que no trataba de ocultar. Así, pues, mientras yo charlaba y reía y le hacía la corte, aunque me sintiese más cerca del llanto que de la risa, Lola me miraba radiante con sus bellos ojos azules. Pasó así una hora, hasta que estuvo dispuesta la merienda bajo un castaño cuyas ramas llegaban casi hasta el suelo y formaban sobre nuestras cabezas una especie de verde cúpula.

Entonces fue cuando hubo de comprender por qué Ana no había querido venir á Ustrya, no solamente por mí, sino por otros motivos más graves.

He aquí lo que pasaba: á la señora de Ives, que era oriunda de una antigua y noble familia, le parecía que era más que las institutrices francesa y alemana de Ustrya; y éstas, por su parte, se consideraban más elevadas que Ana, cuyo abuelo no había sido otra cosa que un criado. La señora de Ives, que había recibido una esmerada educación, no se daba por enterada; pero las otras dos lo demostraban abiertamente, mirando á Ana de alto á bajo. Aunque no se tratase más que de tonterías de mujeres, yo no podía consentir que Ana fuese víctima de ellas. Si hubiese estado en casa la señora, las cosas hubiesen sucedido de otro modo; pero las institutrices se aprovecharon de las circunstancias. En cuanto Selim se sentó al lado de Ana, aquellas dos comenzaron á murmurar entre sí y á hacer toda clase de alusiones. También tomó parte en ello Lola, que tenía envidia de Ana, á causa de su belleza. Yo respondía á todas las observaciones picantes de manera harto sarcástica, hasta que Selim, muy en contra de mi voluntad, asumió el papel de defensor. Agudo, ingenioso y batallador, como era, dirigió unas cuantas frases mortificantes á las institutrices, á las que yo hubiera pegado con gusto. Por fin, Lola, que no quería disgustarse conmigo, se mostró con Ana, aunque algo forzadamente, bastante amable. En una palabra, nuestra victoria fue completa; pero, con gran mortificación mía, tenía que confesar que también en aquella ocasión el mé-

rito principal era de Selim. Ana, que no obstante todo lo que se contenía pugnaba por no llorar, comenzó á considerar á Selim, emocionada y agradecida, como á su paladín.

Cuando nos levantamos de la mesa y volvimos á pasear por el jardín, oí que Ana, acercándose á Selim, le balbuceó con voz trémula:

—Señor Selim, cuanto le...

Y tuvo que interrumpirse, porque evidentemente temía estallar en llanto si continuaba hablando.

—No hablemos más de esto, señorita. No dé importancia á ciertas cosas... la ruego que no se aflija.

—No quería sino darle las gracias.

—Pero, ¿por qué, señorita, por qué? No puedo ver lágrimas en sus ojos, cuando gustosamente, por usted...

No pudo continuar, y se calló verdaderamente emocionado. Ana le miró con los ojos llenos de lágrimas, y esta vez no tuve necesidad de preguntarme lo que aquello significaba.

¡Lo sabía demasiado, ay de mí!

No, no necesitaba ya poner á contribución mis facultades de observación, y era inútil que me dejase mecer por vanas esperanzas y sutiles pensamientos. La realidad se imponía con toda la brutalidad de los hechos.

¿Qué podía yo hacer contra las leyes poderosas de la Naturaleza, contra aquella irresistible atracción que impulsaba á Ana y á Selim? El único pensamiento que se me presentaba claro era el de la muerte: solamente ésta podía librarme de la angustia que me dominaba, podía aportarme la tranquilidad y el reposo de la nada.

Me alejé. ¡Oh, cuánto sufría! Hasta mí llegaban alegres voces, gozosos acentos que se perdían bajo la inmensa y serena bóveda del cielo.

De repente me estremecí: se oyó á mi lado el roce de un vestido de mujer. Alcé los ojos y vi á Lola. Me miró llena de compasión... y tal vez en sus ojos se traslucía algo más que simple compasión. Estaba pálida.

En aquel momento me fue verdaderamente simpática.

—Es la única amiga—pensé—que se interesa por mí. Viene á consolarme.

—¿Sufre usted, acaso, Enrique?—me preguntó.—Tiene usted un aspecto tan triste...

—Sí—exclamé arrebatado por mi dolor.—Sí, ¡sufro mucho!

Y diciendo esto, la cogí una mano, la cubrí de besos y huí.

—¡Enrique!—gritó ella sorprendida.

En aquel momento aparecieron Selim y Ana. Habían visto mi apasionada acción, y sonrieron maliciosamente.

Llegó la hora del regreso. Lola, al despedirse de mí, me estrechó mucho la mano; pero yo no correspondí á su presión. Selim nos acompañó un poco de camino, y al dejarnos besó la mano de Ana; era la primera vez que se lo permitía.

La señora de Ives, mecida por el movimiento del coche, se quedó dormida. Miré á Ana: tenía los ojos abiertos y fijos, radiantes de felicidad.

Cuando estuvimos cerca de casa, me miró; y habiendo notado que estaba pensativo, me preguntó:

—¿En qué piensa? ¿Piensa en Lola?

No respondí una palabra; apreté los labios convulsivamente, y dije para mí:

—Destroza, si te place, mi pobre corazón; pero no lograrás arrancarme ni un suspiro ni un gemido.

Naturalmente, lo que menos pensaba Ana era en destrozarme el corazón. Me hizo aquella pregunta porque tenía razón para hacérmela.

Extrañada por mi silencio, repitió la pregunta. De nuevo no respondí. Lo atribuyó al enfado de antes, y se calló ella también.

VIII

Algunos días después, los primeros rayos del sol me despertaron muy temprano. Poco rato después llamaron á la puerta de mi cuarto. Era el guardabosque.

—Los lobos están en el bosque de Posorowo. ¿Viene usted?—dijo.

—En seguida—respondí.

Me vestí, tomé el fusil y el cuchillo de monte, y salí. El guarda me esperaba con su escopeta de dos cañones, con la que nunca erraba un tiro. Teníamos preparado un cochecillo, en el que partimos. Cuando llegamos á la casita del guarda, nos apeamos y seguimos á pie el camino. Después de haber andado media hora, nos apostamos ocultos entre una masa de árboles. Estábamos en pleno bosque.

—Ahora, espalda contra espalda—dijo el guarda.

Nos colocamos así, y entonces añadió:

—¡Atención! Voy á empezar el reclamo.

Dicho esto, se metió dos dedos en la boca y lanzó un prolongado y particular aullido, que imitaba el de la loba cuando llama á los lobos.

—¡Atención!—Y aplicó el oído en el suelo húmedo.

Yo no sentí nada; pero el guarda se enderezó y me dijo:

—Responde, pero desde muy lejos: desde unas dos verstas (1).

El guarda esperó cerca de un cuarto de hora; después aulló de nuevo. Un sombrío y siniestro rumor llegó por el bosque hasta nosotros, y el eco lo propagó de pino en pino. El guarda volvió á aplicar el oído al suelo.

—¡Caramba! Todavía está á más de versta y media.

Entonces también yo oí un aullido lejano; tan lejano, que apenas podía ser oído; pero, de todos modos, no dejaba lugar á dudas.

—¿De qué parte viene?—le pregunté.

—De la suya.

El guarda lanzó el tercer aullido, y le fue contestado desde más cerca. Me apercibí á la espera, y ambos aguardábamos conteniendo hasta la respiración. En rededor nuestro rei-

(1) Una versta tiene 1.067 metros.

naba un profundo silencio, apenas interrumpido por el rumor de las hojas conmovidas por una ligera brisa. De repente, á unos trescientos pasos de nosotros, comenzaron á moverse unas matas, y por fin apareció una cabeza gris y triangular con las orejas enhiestas y los ojos lucientes. No podía disparar, porque todavía estaba demasiado lejos: esperé pacientemente, aunque palpitante el corazón, á que se acercase un poco más. Al poco rato salió completamente el lobo de entre las matas, y á saltos pequeños se acercó hacia el lugar en donde estábamos, olfateando en todas direcciones. A unos ciento cincuenta pasos de distancia se paró y aguzó las orejas, como si no todo le pareciese seguro. Sabiendo que ya no se acercaría más, apunté con cuidado y disparé. Al tiro respondió un doloroso aullido del animal. Entonces me lancé fuera, seguido por el guarda, pero el lobo había desaparecido. Examiné detenidamente el suelo y exclamé:

—¡Sangre!

En efecto: veíanse sobre la hierba algunas gotas de sangre.

—Está herido levemente, pero sangra; hay que perseguirle.

Comenzamos á buscar. Ibamos encontrando señales de hierba aplastada y manchas de sangre más extensas: era de creer que el lobo, herido, se parase de cuando en cuando para descansar. Durante dos horas enteras continuamos viendo manchas de sangre; mientras tanto, el sol estaba alto. Habíamos andado un buen rato sin poder descubrir nada más que huellas, y aun éstas, á veces, desaparecían por completo. Por último: la pista nos condujo á algunas verstas más allá, y después fué á perderse en las lagunas cubiertas de juncos y de hierbas. Sin perros no podíamos continuar nuestras pesquisas.

—Por ahora lo dejaremos, y mañana lo encontraremos— dijo el guarda.

Así, pues, nos pusimos en camino para regresar á casa. Poco después dejé de pensar en el lobo, en el guarda, en aquella cacería tan poco afortunada, para absorberme de

nuevo en mis atormentadores pensamientos. Mientras nos encaminábamos á la selva, saltó casi debajo de mis pies una liebre. Sacado así bruscamente de mis meditaciones, me estremecí, pero no tiré.

—Señor—exclamó asombrado el guarda,—¿en qué está usted pensando para haberla dejado escapar?

Sonreí, pero seguí callando; entramos por la senda llamada de las «Tías», que desembocaba en el camino principal de Corzelli; aquí observé las recientes huellas de los cascos de un caballo.

—¿De quién pueden ser estas huellas?—pregunté al guarda.

—Me parece que el señorito de Corzelli ha pasado en coche hacia la casa del amo—respondió el guarda.

—Entonces me voy yo á casa también. Adiós, guarda.

El guarda me rogó respetuosamente que entrase en su vivienda para resfrescar. Aunque sabía que le ocasionaba un sentimiento con mi negativa, no quise entrar y le prometí hacerle una visita al día siguiente. Lo que pasaba era que yo no quería que Ana y Selim permaneciesen mucho tiempo juntos á solas. De los cinco días siguientes á nuestra excursión á Ustrya, no había pasado uno sin que Selim hubiera dejado de venir á nuestra casa. ¡Si ahora se llegase á formular entre ellos una declaración! Me estremecía solamente al pensarlo, como aquel á quien se le quita el último rayo de esperanza.

Yo consideraba tal desgracia como una irrevocable sentencia de muerte, cuya ejecución era segura, pero que el desgraciado trata de retrasarla á cualquier precio. Al llegar á casa, encontré al padre Luis en el patio.

—¿Está Selim?—le pregunté.

—Sí; ha llegado hace una media hora.

El corazón me latía con fuerza.

—¿En dónde está?

—Ha ido al jardín con Ana y Elvira—era una de mis hermanitas,—al estanque.

Corrí al jardín, y me dirigí al estanque, á la orilla en que

solían estar amarradas las barcas. Una de las mayores faltaba, en efecto; pero mis miradas se extendieron en vano por el lago: no se veía nada. Sospeché entonces que Selim habría remado á la derecha, hacia un lugar en que los altos juncos de las márgenes ocultaban á las embarcaciones. Salté á un esquife y me puse á remar. No tardé en verles.

La barca estaba inmóvil; los remos colgaban de los estribos. En un extremo estaba Elvira, de espaldas á Selim y Ana, que se encontraban sentados en el extremo opuesto. Elvira se inclinaba hacia el agua y jugaba sumergiendo sus manecitas; Selim y Ana estaban muy cerca uno de otro y parecían enteramente absortos en su coloquio.

Lo comprendía todo. Habían llevado á Elvira para salvar las apariencias y porque la niña no podía perturbarles ni comprender sus expresiones de amor.

—¡Todo ha concluído!—pensé.

Ha concluído, susurraban los juncos; ha concluído, murmuraba el agua en torno de mi barca. Se me nublaron los ojos, y fui presa al mismo tiempo de estremecimientos de frío y de sofocaciones; comprendía que debía estar pálido como un cadáver.

—¡La has perdido!—gritaban mil voces en torno mío, y me parecía que aquellas voces gritaban al cielo.

Después me pareció que esas mismas voces decían:

—¡Acércate! ¡Escóndete entre los juncos, y sabrás más!

Obedecí á las voces, y me acerqué remando despacio y sin hacer ruido. La distancia continuaba siendo demasiado grande para que hubiera podido oir su coloquio, pero les veía mejor.

Selim miraba á Ana en actitud suplicante, pero ella parecía inquieta. Veía que estaba confusa, veía que él la rogaba algo, y parecía rogarla de tal manera, que al fin ella volvió la cabeza. Entonces sus miradas se encontraron; Ana se inclinó hacia él, pero de pronto se lanzó al lado opuesto de la barca, como presa de repulsivo temor, y él, por miedo de que se pudiese caer al agua, la cogió una mano.

Observé que ya no la soltó; después no vi más: se me puso un velo delante de los ojos; el remo se me deslizó de la mano, y caí en el fondo del esquife.

—¡Dios tenga misericordia! ¡Están matando un alma humana!

Esto quería decir el gemido de mi corazón. Respiraba anhelosamente. ¡Ah! ¡Qué inmensamente la había amado y qué inmensamente desgraciado era!

Yacía en el fondo de mi barquilla, y sentía tan bien y tan amargamente mi desvanecimiento, que me parecía ser semejante á un atleta encadenado y reducido á la impotencia. Por lo demás, ¿qué es lo que hubiera podido hacer? Hubiera podido matarme ó matar á Selim; hubiera podido lanzarme sobre ellos y arrojarles al agua; pero ni podía arrancarla del corazón el amor hacia Selim, ni podía poseerla de esa manera.

¡Ah! Ese sentimiento de rabia impotente, esa certidumbre de que ya no era posible ninguna salvación, en aquel momento me era más difícil de soportar que todo lo demás. Hubo un tiempo en que me avergonzaba de llorar, y hasta cuando el dolor llenaba mis ojos de lágrimas procuraba á la fuerza contenerlas. Pero ahora, allí, en presencia de aquellos dos amantes, cuyas figuras se retrataban en el agua tranquila, bajo el cielo azul que se extendía sobre mí, ante los juncos susurrantes que me rodeaban, solo y abandonado á mi dolor y á mi destino, rompí en sollozos. Yacía boca arriba, con las manos entrelazadas bajo la nuca, y lloraba fuerte, con inaudita angustia. Después quedé medio desvanecido, y se apoderó de mí como una rigidez de toda mi persona: los miembros me rehusaban sus servicios; sentí que se me empezaban á helar los pies y las manos, y que cada vez me ponía más débil. Con el último resto de conocimiento que tenía todavía, creí que se aproximaba la muerte para llevarme al eterno reposo.

—Esto es el fin—pensé.

Pero no era el fin. No puedo calcular el tiempo que permanecí de aquella manera. Me desperté como de un profundo

sueño, y miré en derredor. La barca con Ana y Selim había desaparecido. La voluptuosa calma y la absoluta paz en que reposaba la Naturaleza formaban singular contraste con el aturdimiento de que había salido. Poco á poco me fueron volviendo las fuerzas, hasta que estuve en disposición de empuñar los remos; era tarde, y en casa me debían estar esperando.

Mientras remaba traté de calmarme. Cuando llegué á casa estaban ya comiendo. Saludé fríamente á Selim, y me senté á la mesa sin decir palabra.

Mi padre me miró y me preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

—No, me encuentro muy bien; estoy un poco cansado solamente. Me he levantado á las tres.

—¿Para qué?

—He ido con el guarda á ver si cazábamos algún lobo. Me duele un poco la cabeza, probablemente porque también ayer me acosté tarde.

—Mírate al espejo. Estás pálido.

Ana dejó de comer y me miró con mayor atención.

—Tal vez la reciente visita á Ustrya le ha producido ese efecto—dijo ella.

La miré cara á cara y le pregunté casi imperiosamente:

—¿Qué quieres decir con eso?

Ana se quedó confusa y balbuceó algunas palabras ininteligibles; Selim acudió en su ayuda.

—Ciertamente, me parece muy natural: un enamorado se desmejora siempre.

Yo miré primero á Ana, después á Selim, y repliqué lentamente, recalcando las palabras:

—Pues ni tú ni Ana estáis desmejorados.

Se ruborizaron ambos, y siguió un momento de silencio embarazoso. Yo mismo creí haber llevado la cosa demasiado lejos. Afortunadamente, mi padre no había oído lo que yo dije, y el padre Luis tomó mis palabras como una de las bromas acostumbradas.

—¡No ha sido mala!—exclamó riendo y tomando un polvo de rapé.—Os ha reducido al silencio.

¡Ah! ¡qué poca alegría me proporcionó mi triunfo, y con cuánto gusto la hubiera cambiado por la confusión de Selim!

Cuando después de comer atravesé la habitación, dirigí una mirada al espejo. Tenía, en efecto, el aspecto de uno que ha oído leer la sentencia de muerte.

Busqué á Elvira, que con las otras hermanitas comía siempre un poco antes, y estaba en el jardín jugando. La niña, en cuanto me vió, vino hacia mí corriendo. La cogí en brazos y me la llevé á otra parte, porque me había propuesto interrogarla.

—¿Qué has hecho hoy, Elvira?

—He estado de paseo por el agua con Ana y con Selim.

—¿Has sido buena?

—Sí.

—Las niñas buenas están siempre atentas cuando las personas mayores hablan, para poder aprender algo. ¿Qué se decían Selim y Ana?

—No me acuerdo.

—Si lo piensas bien, podrás acordarte de algo.

—No me acuerdo.

—Eres fea. Acuérdate pronto; si no, no te quiero más.

La niña comenzó á hacer pucheros y volvió á contestar:

—No me acuerdo.

¿Y qué es lo que podía decirme la pobre chiquita? Me reconocí como bastante tonto, y se me quitaron las ganas de seguir atormentándola. La besé cariñosamente y la solté.

Por la noche me dijo Selim:

—No nos veremos durante una semana, porque me marcho.

—¿Adónde?—pregunté con indiferencia.

—Mi padre quiere que vaya á hacer una visita á mi tío en Schumwa, y me detendré por lo menos una semana.

Al oir esta noticia miré á Ana, pero su rostro no manifestó ninguna sorpresa: Selim debía ya haberla hablado del asunto.

Alzó la cabeza sonriendo, dirigió á Selim una mirada maliciosa, y le preguntó:

—¿Y va usted contento?

—Tan contento como un perro cuando van á ponerle la cadena—respondió rápidamente; pero se detuvo de repente, cuando vió que la señora de Ives, á la que no agradaban semejantes frases, había fruncido el ceño, y con más calma añadió:

—Perdone que me haya expresado así. Le quiero mucho á mi tío... pero aquí estoy más cerca de usted, señora, y me encuentro mucho más á gusto.

Y diciendo esto, la miró con ojos tan enamorados, que todos echaron á reir; la señora de Ives, que solía ofenderse fácilmente, pero que tenía debilidad por Selim, le cogió por una oreja y le dijo cariñosamente:

—Podría ser tu madre, niño.

Selim la besó la mano, y quedaron hechas las paces. Mientras tanto, yo pensaba en la diferencia que había entre Selim y yo. ¡Ah! Si mi amor por Ana hubiese sido correspondido, yo no habría podido hacer más que mirar al cielo; seguramente que no hubiera podido bromear. Él, al contrario, reía y bromeaba como si tal cosa: irradiaba felicidad y estaba alegre. Cuando partió me dijo:

—Verdaderamente, podrías venir en el coche conmigo.

—¡Ni pensarlo siquiera!

Selim comprendió harto bien la frialdad del tono de mi respuesta.

—¡Qué extraño estás!—me dijo.—No te conozco de algún tiempo á esta parte... ¡Habla de una vez! A los enamorados se les perdona todo.

—Excepto cuando se nos interponen en el camino—repliqué con voz sombría.

Selim me miró fijamente; su mirada parecía querer penetrar hasta el fondo de mi corazón.

—¿Qué has dicho?

—He dicho solamente que no quiero ir en coche contigo, y que no se puede perdonar todo.

Si á este cambio de palabras no hubiera estado presente tanta gente, Selim hubiera querido, seguramente, poner en claro aquello; yo, por mi parte, quería impedir toda ulterior explicación hasta no tener en mi poder pruebas irrecusables. Pero bien vi que mis últimas palabras habían inquietado á Selim y Ana. Él retrasó un poco más el salir, con un pretexto cualquiera; y cuando vió que no era observado, me murmuró al oído:

—Monta á caballo y acompáñame: necesito hablarte.

—Otra vez; hoy no me siento bien—le respondí en alta voz.

IX

Selim fué á casa de su tío y estuvo allí diez días. Este tiempo pasó muy triste para nosotros en Litwinow. Ana parecía como si me huyera y me observase con secreta aprensión. Yo no tenía en modo alguno la intención de hablar abiertamente con ella, porque mi orgullo me lo impedía; ella, por su parte, sabía combinar perfectamente las cosas para no encontrarse á solas conmigo. Además, parecía languidecer con la ausencia de Selim: se desmejoraba y tenía un color malo, cosas por las que yo, que lo observaba todo, debía confesarme que el suyo no era un capricho pasajero, sino, por desgracia mía, una sincera y profunda pasión.

Mi padre, el padre Luis y la señora de Ives me preguntaban en vano qué es lo que yo tenía y si estaba enfermo; respondía que no, y sus solicitudes no hacían sino irritarme más. Pasaba días enteros á caballo en los bosques ó en barca por el lago. Una vez pasé toda la noche en el bosque con mi perro y mi fusil, junto á una hoguera que encendí yo mismo. A veces pasaba horas y horas en compañía de un pastor, que era un médico empírico medio salvaje en su soledad. Recogía toda

clase de hierbas, experimentaba sus virtudes curativas y me iniciaba en los milagros de sus experimentos. No se querrá creer, pero sin embargo es así: hubo momentos en que eché de menos á Selim y á los martirios de mi alma.

Un día me decidí á ir á hacer una visita al viejo Mirsa, en Corzelli. Fuí, y él me recibió con los brazos abiertos, sintiéndose halagado de que en ausencia de Selim hubiese ido á verle; pero yo, en verdad, había ido á otra cosa. Había experimentado el deseo de volver á ver el retrato de aquel viejo Mirsa de aspecto terrible, de aquel coronel de la guardia de tiempos de Sobieski. Al mirarlo ahora, lo comparaba con los retratos de mis antepasados, colgados en nuestra casa en la sala de recibir, cuyos rostros eran también severos y denotaban igual fuerza de voluntad. Bajo la influencia de estas y semejantes impresiones, caía en unas fantasías especialísimas.

La soledad, el silencio de la Naturaleza que me rodeaba, hubieran debido contribuir verdaderamente á tranquilizarme; pero era como si me hubiese lanzado en medio de ella, llevando en el corazón la flecha envenenada. Ciertos momentos me abandonaba por entero á mis sueños, cosa que no hacía más que empeorar mi estado. Tumbado en algún rincón solitario sobre el musgo de la floresta ó en la barca entre juncos, me imaginaba estar en el cuarto de Ana, á sus pies; que le besaba las manos y el vestido, y que ella me llamaba con los nombres más tiernos, me ponía las adoradas manos en la frente y me decía: «Has sufrido bastante. Olvidemos lo pasado. No ha sido más que un mal sueño. Enrique, te amo». Pero después volvía en mí, y no veía sino la realidad, más triste que nunca. ¡Ah! La idea de que había de vivir sin ella hasta el fin de mis días, me parecía una cosa horrible é insoportable. Cada vez estaba más sombrío: evitaba la compañía de mi padre, del padre Luis y de la señora de Ives. Mi hermano Casimiro, con la locuacidad propia de los muchachos, con su curiosidad, con sus carcajadas y con sus travesuras diarias, me era ahora insufrible. Sin embargo, todos trataban de consolarme y sufrían en secre-

to con mi estado, que no sabían explicarse. Ana, que estaba muy lejos de adivinar la verdadera razón de mi cambio de actitud, y que tenía plausibles motivos para creer que yo amaba á Lola Ustrycka, hacía lo posible por consolarme. Sin embargo, mostrábame yo siempre tan áspero con ella, que no podía evitar cierto temor cuando me hablaba. Mi padre, que era de ordinario tan rígido y poco sentimental, procuraba distraerme, atraer mi atención con algo, y al mismo tiempo descubrir la razón de mi malestar.

Él, á veces, contaba cosas que, en su opinión, hubieran debido interesarme.

Un día, después de comer, bajó conmigo al patio, y mirándome fijamente me dijo:

—¿No has sospechado nunca que Selim se ocupa de Ana más de lo necesario? Quería preguntártelo antes de...

Considerando nuestras relaciones, debía suponer que yo me hubiese turbado al decirme aquello así de repente; pero no dejé escapar el menor movimiento que acusara la impresión que sus palabras me habían causado, y respondí tranquilo:

—¡Ah! No, no creo...

Me desagradó que mi padre se mezclase en aquel asunto, en el cual, según mi modo de pensar, yo solo debía decidir y ocuparme, puesto que se trataba exclusivamente de mí.

—¿No es cierto?—me preguntó.

—Te aseguro que el objeto del amor de Selim está en Varsovia; es una colegiala.

—Como eres realmente el tutor de Ana, debías vigilarla un poco.

Me percaté fácilmente de que mi padre hablaba así para provocar mi amor propio, para despertar en mí un interés cualquiera que me sustrajese á los pensamientos que me oprimían, y contesté serio é indiferente:

—¿Cómo podría ser yo su tutor? Como tú no estabas, el viejo Mikolai me la recomendó; pero realmente su tutor efectivo no soy yo.

Mi padre frunció el ceño, y viendo que por aquel camino no sacaba nada, probó por otro.

Sonrió, me cogió por una oreja y me preguntó, medio en serio, medio en broma:

—Dime: ¿te habrá, acaso, Ana trastornado un poco la cabeza? Habla, di, ¿es esto?

—¿Ana... á mí? ¡Oh! Ni por sueño. Sería demasiado cómica la cosa.

Mentía descaradamente; pero me resultó mejor de lo que me hubiera imaginado.

—Entonces será Lola Ustrycka, ¿no?

—Lola Ustrycka es una coqueta.

Mi padre comenzó á perder la paciencia.

—En suma, ¿qué tienes? ¿Qué es lo que te pasa si no estás enamorado?

—No lo sé; no tengo nada.

Estos interrogatorios, que no cesaban de dirigirme ni mi padre, ni la señora de Ives, ni el padre Luis, me atormentaban y me hacían más intratable que nunca.

Mis relaciones con todos los de casa se habían hecho extremadamente desagradables: me había hecho irascible, impetuoso, y me ponía como una furia por nada. El sacerdote, que creía haber descubierto en esto los rasgos de un carácter despótico, que iba madurando con los años, miraba sonriendo á mi padre y decía: «¡Enfermedad de familia!» Sin embargo, también él perdía á veces la paciencia.

Entre mi padre y yo ocurrían á veces escenas desagradables. Una vez, en la mesa, habiéndose llegado á hablar de aristocracia y democracia, y habiendo yo llevado mi franqueza hasta declarar que hubiese preferido mil veces no pertenecer á la nobleza, mi padre me mandó que saliera de la habitación. Las mujeres lloraron, y por dos días todos estuvimos de pésimo humor. A decir verdad, en aquel tiempo yo no era ni aristócrata ni demócrata, sino sencillamente un enamorado infeliz. Principios, teorías, ideas sociales, no hacían mella en mí;

y cuando impugnaba una cosa ó defendía otra, no lo hacía más que por irascibilidad y despecho, que ni yo mismo sabía explicarme. Y mientras tanto, la tomaba también con el sacerdote, entablando discusiones sobre religión, las cuales terminaban, por lo general, con volvernos de espalda, dar un portazo y marcharnos enfurruñados.

En una palabra: no sólo me atormentaba á mí mismo, sino que amargaba la vida á cuantos estaban á mi lado; y apenas volvió Selim, fue como si cada uno de nosotros se hubiera quitado un peso de encima. Cuando llegó á nuestra casa no estaba yo; volví tarde de un largo paseo á caballo que había dado sin ningún objeto. Atravesé á caballo el patio, donde el mozo de cuadra, al recoger el caballo, me dijo que había llegado el señorito de Corzelli. En aquel momento mismo corrió Casimiro á darme la misma noticia.

—Lo sé—respondí;—¿dónde está Selim?

—Creo que está en el jardín, con Ana.

—Iré á buscarle.

Fuimos juntos al jardín. Casimiro corrió delante; yo le seguí despacio: de propósito no quería apresurarme á ir á saludar á Selim.

No había aún dado cincuenta pasos, cuando al tomar el recodo de un camino vi que mi hermano volvía hacia mí.

Casimiro, que era un burlón de primera, comenzó de lejos á hacer gestos y muecas como una mona; además, se tapaba la boca para contener la risa. Cuando estuvo á mi lado me dijo en voz baja:

—Enrique, Enrique, ¡pst, pst!

—¿Qué hay?—le pregunté.

—Ven á ver á Selim bajo el parral de los lúpulos, de rodillas á los pies de Ana.

Le agarré con ambas manos por los hombros con tal fuerza, que le incrusté los dedos.

—¡Silencio! ¡Quieto aquí! ¡No te menees! ¡Voy yo, pero calla! ¡No lo digas á nadie si quieres á la vida!

Casimiro, que de ordinario tomaba todo á broma, se espantó al ver la palidez de mi rostro, y se quedó allí sin saber lo que le pasaba, mientras me precipitaba yo en dirección del sitio indicado.

Me arrastré como una serpiente, ocultándome entre las matas cuando estuve cerca, y me coloqué en un sitio desde el que podía ver y oir. El papel de espía en aquel momento no me pareció nada indigno. Separé unas hojas con mucho cuidado y me puse á espiar.

—Viene alguien—murmuró Ana.

—No; son las hojas movidas por el viento—respondió él.

Selim no estaba ya de rodillas á los pies de Ana, sino sentado en un banco junto á ella. Ella estaba pálida y tenía los ojos cerrados. Él la tenía abrazada, y, lleno de amor y de voluptuosidad, la estrechaba contra sí.

—¡Te amo, Ana, te amo!—repetía con pasión, mientras sus labios buscaban los de ella.

Ella resistió algo, como si quisiera defenderse del beso; pero al fin los labios de ambos se encontraron y permanecieron unidos largo tiempo... ¡oh, me pareció una eternidad!...

Parecía que todo lo que tenían que decirse se lo comunicaban con besos porque un instinto de pudor les cerraba la boca. Tenían bastante valor para besarse, mas no para hablar.

En el silencio que reinaba en torno yo sentía la anhelosa respiración de ambos. Yo me sentía desvanecer, pero el deseo de no perder nada de la escena daba alientos á mi fuerza de voluntad. Hubo un silencio; después murmuró Ana:

—¡Basta, basta! No puedo ya mirarle á la cara; vaya, váyase pronto de aquí.

Volvió la cabeza hacia otro lado, y trató de desprenderse de los brazos que la sujetaban.

—¡Ana, qué feliz soy!—exclamó Selim.

—Váyase pronto... podrían sorprendernos.

Con los ojos brillantes, con las narices dilatadas, Selim se puso en pie.

—Que venga el mundo entero—replicó;—te amo, y lo diré á la faz de todos... Ni siquiera sé yo lo que ha pasado; he luchado mucho tiempo conmigo mismo, porque creía que Enrique te amaba y que tú le correspondías. Ahora ya no tengo ningún impedimento... Tú me quieres... luego se trata de tu felicidad... ¡Oh, Ana, Ana mía!

Oí otro beso, y después Ana dijo con voz tierna, casi desfalleciente:

—Lo creo, lo creo, Selim. Pero oiga, tengo que decirle algo. Me quieren enviar con la señora al extranjero. Ayer la señora de Ives habló de esto con el señor. La señora de Ives cree que yo soy la causa del lamentable estado del señorito Enrique. Creen que me quiere. Yo no sé verdaderamente si es así, pero á veces también á mí me lo parece. Tengo miedo de él; siento que él se interpondrá entre nosotros, que nos separará...—y concluyó la frase con un murmullo apenas perceptible;—y sin embargo, te quiero yo también tanto, ¡tanto!...

—Oye, Ana—replicó él:—no hay fuerza humana que pueda separarnos. Si Enrique me prohibe el venir aquí, te escribiré: encontraré alguien que te entregue mis cartas. Además de esto, yo mismo puedo venir en coche á la otra parte del lago, y pasar de noche al jardín... ¡Pero tú no marcharás! Si quisieran mandarte fuera, tan cierto como hay un Dios en el cielo, no lo permitiré. No hay que hablar de esto, Ana: me pongo furioso. ¡Ah, querida mía, querida mía!

La cogió las manos y se las llevó apasionadamente á los labios. De repente, se puso en pie y exclamó:

—Oigo voces: alguien viene.

Salieron del emparrado, aunque no se oyese nada. Los rayos del sol poniente proyectaron sobre ellos su esplendor de oro, pero á mí aquella luz me pareció de color de sangre.

Lentamente me encaminé hacia la casa. En un recodo encontré á Casimiro, que me había esperado.

—Han salido. Los he visto—me murmuró.—Ahora dime qué es lo que yo debo hacer.

—¡Dispárale un tiro y mátale!—respondí ferozmente.

Casimiro se puso rojo como la grana, y sus ojos relampaguearon intensamente.

—¡Está bien!—respondió él.

—Estáte quieto, no hagas locuras. No hay que decir nada. No te mezcles en la cosa, y júrame por tu honor que callarás. Déjame hacer á mí. Si tengo necesidad de ti, te lo diré. Pero no digas una palabra á nadie, ¿eh?

—No hablaré, te lo juro, aunque me mataran.

Proseguimos el camino juntos y en silencio. Casimiro estaba profundamente imbuído de la gravedad del hecho, y le pareció terrible; su corazón, ávido de aventuras, saltaba de alegría; sus ojos despedían relámpagos.

—Enrique...—me dijo; hablábamos ambos en voz baja, aun cuando no hubiese nadie que pudiera oirnos.—¿Te batirás con Selim?

—Todavía no lo sé. Tal vez.

De repente, Casimiro se paró y me echó los brazos al cuello.

—Enrique, mi querido Enrique, mi queridísimo hermano: si quieres batirte con él, cédeme el puesto. Me despacharé bien pronto. ¡Permítemelo!

Soñaba tal vez, como suelen hacerlo los muchachos, con heroicidades y promesas; pero yo sentía que era un hermano digno de mí, y le estreché, como no lo había hecho nunca, contra mi corazón, diciendo:

—No sé todavía lo que pasará, querido Casimiro; pero en ningún caso podría acceder nunca á tu proposición. Repito que todavía no sé lo que sucederá. De todos modos, haz que me ensillen en seguida un caballo. Le alcanzaré, le detendré y le pediré una explicación. Mientras tanto tú vigílale, pero haz de manera que no vaya á comprender que tú sabes algo. Ahora, vete; haz que me ensillen un caballo... anda.

—¿Llevarás armas?

—No, Casimiro, él no las lleva: quiero solamente tener

una explicación con él. Estáte tranquilo, vé á hacer que me ensillen un caballo.

Corrió á cumplir mi orden, y yo volví lentamente á casa. Me sentía como si alguien me hubiera dado un golpe en la cabeza. En verdad podía decir que no sabía lo que me hacía ni lo que quería hacer. Lo que con más gusto que nada hubiera hecho era gritar.

La fatalidad había querido que yo apurase el cáliz del dolor hasta la última gota. Mi corazón estaba lleno de cólera y de amargura.

Habíase callado en mí la voz que me había exhortado un día á la abnegación, que me había dicho: «Renuncia á Ana por amor de su felicidad. ¡Sacrifícate!» Ahora esa voz callaba por completo. El ángel de la secreta tristeza, el ángel de la resignación, de la compasión, me había abandonado, se había ido lejos, muy lejos. Habían desaparecido de mí, en aquel instante, todos los sentimientos de benevolencia, de generosidad, de grandeza de ánimo, para no quedar más que el odio, la ira, el deseo de venganza. Esta nueva fuerza, la de la venganza, se había despertado en mi corazón, y con ella el naciente odio contra Selim y Ana. «Si yo pierdo la vida—pensaba,—pierdo con ella la última cosa que me queda por perder, pero sabré impedir la felicidad de ellos.» Me agarraba á este pensamiento como el que, estando próximo á la muerte, se atiene á un resto de esperanza.

Mis pensamientos, dispersos en todas direcciones, volvían poco á poco á su primitivo cauce, y se compendiaban en un solo pensamiento, en un solo sentimiento, con toda la plenitud de su fuerza: en el odio contra Selim y Ana. Al llegar á casa había recobrado mi sangre fría, y estaba casi tranquilo. En la sala encontré sentados á la señora de Ives, al padre Luis, á Ana, á Selim y á Casimiro, que se había puesto al lado de los dos amantes.

—¿Está preparado el caballo para mí?—pregunté á Casimiro.

—Sí, ya tienes uno.

—¿Me acompañas?—preguntó Selim.

—¿Por qué no? Llegaré á dar un vistazo á Otogowo, para ver cómo va aquello... Casimiro, cédeme tu sitio.

Y me senté al lado de Selim y de Ana en un sofá que estaba cerca de la ventana.

Me acordé, sin querer, cómo no hacía mucho tiempo, á raíz de la muerte del viejo Mikolai, nos encontrábamos sentados en el mismo sitio, y que Selim nos había referido el cuento del sultán y de la hada Lala. Entonces la pequeña Ana, Anita, después de haber llorado tanto, había puesto su rubia cabeza en mi pecho y se había dormido. Ahora aquella misma Ana se aprovechaba de las sombras de la tarde, que reinaban en la sala, para estrechar furtivamente la mano de Selim. Entonces estábamos los tres unidos por el dulce vínculo de la amistad; hoy y mañana el amor y el odio debían luchar fieramente una contra otro. En la apariencia todo estaba tranquilo y en paz: los amantes se sonreían al mirarme; yo estaba más sereno que de ordinario, y ninguno presentía de qué clase era mi serenidad.

Poco después la señora de Ives rogó á Selim que tocase algo; él se levantó, se sentó al piano y comenzó una sonata de Chopín; Ana y yo nos habíamos quedado en el sofá. Vi que ella no apartaba los ojos de Selim, y que sobre las alas de la música se había dejado llevar al mundo de los sueños; y resolví despertarla á la tierra.

—¿No es verdad, Ana—dije,—que es casi increíble que Selim tenga tanto talento? Toca y canta igualmente bien. ¡Y qué arrogante es!... Mira qué hermoso está en este momento.

Ana siguió la dirección de mi mirada, y sus ojos revelaron su entusiasmo.

—¡Qué guapo es! ¿No es verdad, Ana?—repetí.

—¿Le quiere usted mucho?

—Eso á él le tendrá con poco cuidado; pero las mujeres, las mujeres le quieren. ¡Ah, cuánto le ha amado la pobre Josefina!

En la frente de Ana se acentuó un poco de inquietud.

—¿Y él?—preguntó ella tímidamente.

—¿Él? ¡Bah! Hoy ama á ésta, mañana á la otra. A una sola no puede quererla mucho tiempo... no está en su naturaleza. Si te dice un día que te ama, no se lo creas —y recalqué las palabras;—para él se trata de tus besos, no de tu corazón.

—¡Señor Enrique!

—Es lo cierto. ¿Pero qué estoy diciendo? Ya... á ti poco te importa. Eres tan tímida, que jamás besarías á un hombre, á un extraño. Perdóname, Ana: hasta la simple suposición debe ofenderte. Tú no te permitirías nunca una cosa semejante, ¿no es verdad, Ana? ¡Jamás!

Ana se puso en pie y fué á echar á andar; yo la cogí por una mano y la detuve con fuerza. Procuré conservar mi aparente calma, pero la ira me ahogaba en la garganta. Sentí que ya no era dueño de mí mismo.

—Responde—la dije con mal reprimida rabia,—¡responde! Si no, no te suelto.

—¿Qué quiere usted? ¿Qué dice?

—Digo solamente... te digo...—murmuré rechinando los dientes,—te digo que eres una muchacha sin pudor.

Ana, pálida y sin fuerzas, se dejó caer en el sofá. Pero la compasión hacia la mísera me había abandonado: la apreté la mano, estrujándola los dedos, y continué:

—Oye: yo me puse á tus pies, yo te he amado más que á nada en el mundo...

—Déjeme...

—¡Calla! ¡Lo he visto y oído todo! Eres una muchacha sin pudor; no lo tienes, como tampoco él.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!

—Sí, no tienes pudor. Yo no me he atrevido á tocarte la punta del vestido, y él ha besado tus labios, y tú misma se los has ofrecido. ¡Ana, te desprecio y te odio!

Yo estaba anhelante, me faltaba la respiración; estuve un momento sin poder hablar.

—¡Pero os separaré!...—continué después de una pausa.—Os separaré, aunque debiera perder la vida, aunque tuviese que matarte á ti, y matarle á él, y matarme á mí mismo. Él te ama y tal vez no te abandonará, pero ¡os separaré yo!

—¿De qué habláis tan vivamente?—preguntó de pronto la señora de Ives, que estaba sentada en el otro extremo de la habitación.

Al pronto experimenté un gran deseo de referirlo todo; pero me dominé á tiempo y me esforcé por responder con voz tranquila, si bien un poco sofocada:

—Disputábamos entre nosotros sobre cuál de los dos cenadores que hay en el jardín es más bonito, si el de las rosas ó el de los lúpulos.

Selim dejó en el acto de tocar, nos miró, y después, con la misma calma, dijo:

—A mí me gusta más el de los lúpulos.

—No tienes mal gusto—respondí;—pero Ana es de opinión contraria.

—¿Es cierto eso, señorita Ana?—preguntó él.

—Sí—murmuró con apagada voz la joven.

Comprendí que no podía prolongar por más tiempo semejante conversación. Veía anillos rojos que bailaban ante mis ojos; me puse en pie, y atravesando diversas habitaciones me dirigí al comedor; cogí una botella de agua que estaba sobre la mesa, y me la vertí por la cabeza; no sabía lo que me hacía; dejé caer la botella vacía en el suelo, donde se hizo mil pedazos, y salí de allí.

El caballo de Selim y el mío estaban ensillados y nos esperaban ante la puerta. Fuí á mi cuarto á secarme la cabeza, y después volví á la sala, en donde encontré á Selim y al padre Luis solos y en la mayor consternación.

—¿Qué ha pasado?—pregunté.

—Ana no se encuentra bien: en cuanto tú has salido, ha prorrumpido en fuertes sollozos y ha sufrido un desvanecimiento. La señora de Ives se la ha llevado á su cuarto.

No dije nada, pero me dirigí corriendo al cuarto de la francesa.

En cuanto vi á Ana, á la que le había pasado ya el desvanecimiento, me olvidé de cuanto me rodeaba, me arrojé de rodillas ante el lecho en que se encontraba, y sin preocuparme de la presencia de la señora de Ives, grité:

—¡Ana, querida Ana, amadísima Ana! ¿Qué tienes?

—Nada, nada ya—respondió con débil voz y una lánguida tentativa de sonrisa;—no tengo nada.

Permanecí un cuarto de hora á su cabecera; después la besé la mano y salí. ¡Luego no era cierto que la odiaba! No, la amaba más que nunca. Pero en cuanto vi á Selim, sentí un gran deseo de estrangularlo. Le odiaba con toda la fuerza de mi alma.

El padre Luis y Selim corrieron á mi encuentro.

—¿Cómo está?

—No es nada; ya está bien.

Después me volví á Selim.

—Véte á casa; mañana nos encontraremos en la encrucijada de los caminos. No importa que no vuelvas más por aquí; nuestras relaciones deben cesar para siempre.

Selim se puso rojo.

—¿Qué significa esto?

—Te lo explicaré mañana. Hoy no tengo ganas... ¿comprendes?... hoy no tengo ninguna gana. Así, pues, mañana á las seis.

Dicho esto, volví al cuarto de la señora de Ives. Selim me siguió dos ó tres pasos y se detuvo en la puerta; algunos minutos después, le vi desde la ventana que se marchaba hacia su casa.

Permanecí cerca de una hora en la habitación contigua al cuarto de Ana. No podía entrar, porque ésta, cansada de llorar, se había adormecido.

A la hora del té, observé que mi padre, el sacerdote y la francesa tenían la cara seria, y no puedo negar que me sobre-

cogió una gran inquietud. ¿Habrían adivinado algo? Nada tendría de extraño.

—Hoy he recibido una carta de mamá—dijo mi padre.

—¿Cómo está?

—Perfectamente. Pero quiere volver, porque está inquieta por nosotros. Yo, sin embargo, no pienso consentirlo; debe permanecer, por lo menos, otros dos meses.

—¿Por qué está inquieta mamá?

—Ya sabes que en el pueblo reina la viruela, y yo cometí la imprudencia de escribírselo.

A decir verdad, nada sabía de semejante viruela.

—¿No te vas tú con mamá?—le pregunté.

—Necesito estar aquí algo más todavía; ya veremos.

—Ya hace un año que la excelente señora está en el extranjero—apuntó el padre Luis.

—Su salud lo exigía. En el próximo invierno estará con nosotros.—Después añadió mi padre, volviéndose hacia mí:—Después de tomar el té, ven á mi cuarto, porque necesito hablarte.

—Está bien, papá.

Me levanté, y fuí con los demás á ver á Ana. Estaba despierta, y quería levantarse; pero mi padre no se lo permitió.

A eso de las diez llegó un coche: era el doctor Estanislao, que desde las doce del día estaba haciendo visitas por las viviendas de los campesinos de las cercanías. Después de haber visitado á Ana, declaró que no tenía nada de particular, pero que necesitaba distracción y reposo. La prohibió estudiar, y la recomendó que se divirtiera y estuviese alegre. Mi padre le preguntó si á consecuencia de la epidemia reinante deberían mis hermanas salir de la casa. El doctor le tranquilizó diciendo que no había ningún peligro, y escribió á mi madre para que estuviese tranquila. Después se fué á descansar, porque estaba muy fatigado; apenas podía tenerse en pie. También yo tenía un gran deseo de irme á la cama, porque los aconte-

cimientos del día me habían cansado mucho, cuando subió Francisco y dijo:

—Su señoría ilustrísima desea que vaya el señorito.

Fuí inmediatamente á la habitación de mi padre, en donde encontré también al padre Luis y á la señora de Ives. Me latía el corazón como un acusado que ha de presentarse en el tribunal ante sus jueces, porque estaba convencido de que sería interrogado á propósito de Ana. Pero mi padre comenzó á hablar de otras cosas. Me dijo que había resuelto mandar á mis hermanas, con la señora de Ives, á casa de mi tío en Koytphan, para tranquilizar así á mi madre. En este caso, Ana tendría que quedarse sola en casa, cosa que mi padre no quería en modo alguno. Al llegar á este punto, me declaró que sabía perfectamente que entre nosotros, los jóvenes, habían ocurrido cosas en las cuales no quería ahondar, pero que no por eso desaprobaba menos; esto no obstante, esperaba que la próxima marcha de Ana pondría fin á todo incidente.

Al decir estas palabras, todos me miraron y se extrañaron de que en vez de oponerme á la marcha de Ana, asintiera con alegría á ella. Y es que al punto se me había ocurrido que, marchándose Ana, quedarían rotas las relaciones con Selim.

Además, brillaba en mi corazón un rayo de esperanza al pensar que tal vez fuese yo mismo el que acompañase á Ana al lado de mi madre, porque mi padre, á causa de la recolección, que era inminente, no podía alejarse, y el padre Luis no hubiera ido al extranjero.

Pero esta esperanza se extinguió en seguida como un fuego fatuo, porque mi padre añadió que la señora de Ustrycka, que en aquellos días debía ir á baños, se había manifestado dispuesta á llevarse á Ana al lado de mi madre.

Dentro de dos días Ana debía estar ya en viaje. Esto me contrarió bastante, si he de decir verdad; pero de todos modos, prefería que se marchase sin mí á quedarse en casa. Además, preciso es que confiese que al pensar en la cara que pon-

dría Selim al recibir la noticia, que quería participarle yo mismo, me llenaba de maligna alegría.

* * *

A la mañana siguiente, á las seis en punto, me encontré en la encrucijada, en donde ya me esperaba Selim. Durante el camino me había propuesto permanecer grave y tranquilo.

—¿Qué tienes que decirme?—preguntó Selim.

—Quería decirte que sé que amas á Ana y que ella te ama á ti. Tú has obrado infamemente al hacer caer en la red el corazón de esa muchacha. Esto es lo que quería decirte ante todo.

Selim palideció; se comprendía que reprimía su cólera.

—¿Por qué infamemente? Mide mejor tus palabras.

—No hay otra; porque eres musulmán, y no puedes casarte con una cristiana.

—Cambiaré de religión.

—Tu padre no lo permitirá jamás.

—Me lo concederá; y por lo demás...

—Por lo demás, tendrás que superar otros obstáculos. Porque si tú abjurases, ni mi padre ni yo te daremos á Ana. ¿Has comprendido? ¡Jamás!

Selim se irguió en la silla y replicó acentuando cada sílaba:

—Ni yo os la pediré. ¿Has comprendido?

Me contuve, porque quería darle, por último, la noticia de la próxima marcha de Ana.

—No solamente no será tuya—repliqué acentuando cada palabra, como había hecho él,—sino que no la volverás á ver; sé que quieres escribirla; pero te declaro que estaré alerta y lo pasará mal el primer mensajero que caiga entre mis manos. Y tú no volverás á nuestra casa, ¡te lo prohibo!

—¡Lo veremos!—gritó con rabia.—Ahora deja que hable yo. Tú eres el que has obrado vilmente. Te pregunté si la querías; me respondiste que no. Quise retirarme cuando era tiempo, pero tú no aceptaste mi sacrificio. ¿Quién es, pues, el culpable? Mentiste cuando me dijiste que no la amabas. Por

amor propio, por egoísmo, por soberbia, te avergonzaste de confesar tu amor. Dios me es testigo de que me hubiera retirado. Ahora es demasiado tarde, y fíjate bien en lo que te digo. Podéis echarme de vuestra casa y secuestrar mis cartas; pero te juro que jamás abandonaré á Ana, que no renunciaré jamás á ella: la amaré eternamente, y sabré encontrarla donde quiera. Obraré como hombre honrado y leal, porque la amo sobre todas las cosas de este mundo, y este amor es mi vida; sin él moriría. No quiero, no, atraer la desgracia sobre vuestra casa; no te olvides de que vive en mí algo de que yo mismo tengo miedo, y que soy capaz de todo. ¡Oh, si infirieses la menor ofensa á Ana!...

El amor se había verdaderamente apoderado de él, de su alma ardiente, oriental, y brotaba como llamas de un volcán; pero yo respondí con calma y frialdad:

—No he venido aquí para oir tus confesiones. De tus amenazas me río, y te repito una vez más que Ana no será tuya.

—Escúchame—dijo Selim:—no quiero decirte cuánto la amo, porque ni podría expresarlo ni tú entenderme. Pero te puedo jurar que yo, á pesar de mi inmenso amor, tendría bastante magnanimidad para renunciar á Ana si ella te amase. Enrique, ante todo, debemos pensar en ella. Tú siempre has sido generoso; imítame, renuncia á ella, y después exige de mí lo que quieras, aunque sea la vida. Dame la mano, Enrique; ¡piensa en Ana!

Se me acercó con los brazos abiertos, pero yo hice recular el caballo.

—El cuidar de ella déjalo á mi padre y á mí. También nosotros pensamos en ella, y tengo el honor de participarte que mañana ó pasado Ana sale para el extranjero y no la volverás á ver... Y ahora, adiós.

—Pues bien, ¡lo veremos!

—¡Ya lo creo que lo veremos!

Volví grupas y puse al galope á mi caballo.

(*Concluirá.*) ENRIQUE SIENKIEWICZ

MESONERO ROMANOS, COSTUMBRISTA

Se propuso la villa de Madrid celebrar este año con honras y festejos—ya que no grandes, á lo menos especiales—el primer centenario del nacimiento de *El Curioso Parlante*, é hizo bien, pues el culto de los que con arreglo á sus fuerzas contribuyeron á ensanchar la conciencia nacional es el deber más imprescindible de un gobierno digno de su misión educadora (1). No de otro modo procedió poco ha la República francesa al ensalzar el recuerdo de Quinet, que fué con Michelet el mayor apóstol laico del pasado siglo, y al que deben quedar para siempre agradecidos los verdaderos españoles, por haber hablado en *Mes Vacances en Espagne*, libro hasta hoy demasiado olvidado tras los montes, de la nación hermana en términos entusiastas y, si bien tristísimos á veces, jamás injustos, como otros tantos escritores que, tratando de cosas de España, trastruecan la realidad en el más grotesco cuadro chinesco, en el que se confunden las perspectivas y se mueven fantásticas sombras, á semejanza de las del *Voyage dans la Lune*, de Cirano de Bergerac. Gracias que aun son muy populares en su país las obras de D. Ramón, cuya memoria no se ha borrado todavía de la mente de muchos que le trataron con intimidad, pues murió en el 85 y se le puede considerar

(1) Bueno será apuntar en este lugar que el Ayuntamiento matritense acordó erigir á la memoria de Mesonero un monumento, aplazando este acto hasta Octubre. Es de esperar que el nuevo alcalde, señor marqués de Lema, á quien por más de un concepto no puede serle indiferente el nombre del insigne literato, hará cumplir tan justo acuerdo.

como contemporáneo. En cuanto á mí, jamás olvidaré la impresión que me produjo la vista del retrato del autor de las *Escenas*, cuando por primera vez lo contemplé en la galería del Ateneo. Aquel rostro apacible y sereno, de labios finos y chispeante mirada tras gruesas gafas, me recordó—y van á reirse mis lectores—algo de la olímpica placidez y superior ironía de nuestro Renán. Bien sé que entre ambos personajes hay un abismo infranqueable, y que ni las tendencias ni el fin perseguido ni el procedimiento estilístico tienen en uno y otro el menor parecido. Con eso y todo, se impuso á mi mente esa asociación de imágenes, y jamás puedo pensar en Mesonero Romanos sin que surja ante mis alucinados ojos la sombra grata del sabio de Tréguier. Pero dejémonos de juegos de niños, y entremos *in medias res,* que harto miedo tengo de que se me achaque á mí también lo que formuló Gracián en la conocida frase: «Todo se les va á algunos en comenzar, y nada acaban; inventan, pero no prosiguen... impaciencia de ánimo, tacha de españoles». No sé, y hasta dudo mucho , si todos los que enaltecen los méritos de Mesonero tienen exacta idea de todo cuanto produjo y de lo mucho que valen sus escritos, y si han determinado con acierto el puesto que merece en la literatura española del siglo XIX, y asimismo lo que debió á la tradición de costumbres anterior á él. Escribiendo casi de improviso, en medio de las «imperiosas vacaciones» del estío, en una estación veraniega en la que no tengo á mano siquiera los libros más indispensables, no podré hacer alarde de esa erudición fácil que acopia citas y amontona referencias. Hoy me atendré, pues, tan sólo al dicho de Giusti, citado en la *Vita di Manzoni*, que se publicó en uno de los tomitos, el noveno, si no yerro, de la *Biblioteca clásica económica* de Sonzogno, y que tomé de memoria hace ya bastantes años, pues me impresionó mucho: *ognuno ha di suo un come e un perchè: a che guastarlo ricomenciando sul come e sul perchè d'un altro?* Expondré aquí mis juicios propios, los que formé en un estudio personal anterior muy detenido de las obras de Mesonero, y de lo

poco que acerca de él han escrito, desde el punto de vista crítico, sus contemporáneos, sobre todo Hartzenbusch y Larra, y modernos historiadores, tales como Friedrich Booch-Arkossy en su *Spanische Chrestomathie* (1), y el P. Blanco García en *La literatura española en el siglo XIX*, sin dejar de mentar también el excelente artículo del valioso aunque desigual *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*, publicado por la casa barcelonesa de Montaner y Simón. Mi crítica no pasará de *impresionista*, según término usado entre nosotros, por el cual ha de entenderse que dicha crítica es el compendio, la quinta esencia de lo que en mi espíritu quedó—ideas ó sentimientos—después de meditada la obra total de Mesonero y comparados los juicios que me sugería con las opiniones de los precitados críticos.

Desde un principio me gustó muchísimo la tal obra, y de ella no excluyo ni aun el *Manual de Madrid, descripción de la corte y de la villa,* del que procede la *Memoria sobre el estado de la capital y los medios de mejorarla,* escrita á consecuencia de los viajes del autor por Francia, Bélgica é Inglaterra, y á la que creo se deben atribuir las mejoras que poco después de su publicación principiaron á realizarse en Madrid, así en materia de urbanización como en creación de establecimientos de instrucción y beneficencia; mejoras que han hecho de la coronada villa, y siguen haciendo de ella, una ciudad «de todo punto hermosa» (2), digan lo que quieran esos pesimistas por costumbre, á quienes me permito suplicar lean las consabidas páginas del *Manual* para convencerse de su estéril ceguedad. Y es que, estudiando al escritor, adiviné pronto al hombre, al ciudadano ferviente á quien hoy llamarían demócrata; al que organizó la *Sociedad económica matritense*, la *Sociedad de seguros de casas*; al partidario resuelto del esclarecimiento in-

(1) Leipzig: A. Brockhaus.

(2) Esa es la propia calificación de Baedeker, *jus et norma loquendi* en la materia, ó *io non so littere...*

telectual, columna del naciente Ateneo, del que en 1833 es nombrado secretario y luego bibliotecario; al fundador de *El Semanario pintoresco español* (1836-1853); al varón, por fin, que sin mezclarse jamás en las estériles y depresivas luchas políticas, trabajó más y mejor para dejar próspera á la patria, que otros muchísimos coetáneos suyos, cuyos nombres, tan sonados entonces, yacen hoy día en el merecido olvido del que nunca debieran salir. También le cobré afición á Mesonero por causa de su carácter. Raras dotes debía de tener, por cierto, aquel hombre que, siendo al fin y al cabo escritor satírico, nunca tuvo un enemigo; al contrario, se vió siempre rodeado de innumerables simpatías. Basta, con efecto, recorrer unos párrafos, y hasta los más salados, de las *Escenas matritenses*, para convencerse de que fué esencialmente bueno, no digo bonachón, bueno en el sentido más alto de la palabra, es decir, sabedor del fin imprescindible de todo escritor que no sea miserable saltimbanqui: *vitam impendere vero*, pues eligió un terreno en el que la verdad es más evidente que en otro cualquiera de las letras: el terreno del adelanto social, y suavizó la aspereza de tal misión con apariencias apacibles y verbo risueño: *castigat ridendo mores*. Piénsese en ese desdichado Fígaro, y se apreciará más al que supo formular, manteniéndose siempre fiel á ella como norma y pauta de su vida, esa máxima digna de un sabio de la Hélade: «quiero pasar la vida sin excitar lástima ni envidia». Esas palabras quisiera verlas grabadas en el pedestal del monumento que le debe su ciudad natal, la corte de España. Hay que insistir en ello: pocos, muy pocos de sus contemporáneos se igualaron en modestia y desinterés al que pudo dejar de sí tan ática autobiografía, cual vemos en el último de los *Cuadros de costumbres*, titulado la *Guía de forasteros*, al que, llevado de esa filosofía sosegada de los hombres maduros, y aunque de ningún modo creía en la perfección de la humanidad, ni perdía nunca, por consiguiente, ese leve y aéreo escepticismo que caracteriza al verdadero sabio, no desahuciaba, sin embargo, á su prójimo, ni lo juz-

gaba condenado á eterna perversidad, antes bien se dedicaba con igual empeño á instruir é ilustrar á sus semejantes, al par que se burlaba y hacía donaire de sus vicios y defectos. Grande, muy grande en mi concepto, es el que con la sinceridad de las convicciones, con la honradez del proceder, supo, si bien no dejó de tropezar á veces con escollos, granjearse el constante favor del público, premiándole éste, á trueque del placer que experimentaba leyendo sus obras, con el éxito y la estimación.

Siendo, pues, digno el hombre de todas las alabanzas, veamos ahora qué puesto ocupa el escritor en la literatura española del siglo XIX, qué tradición continúa, qué originalidad es la suya, y si es superior, igual ó inferior, desde el mero punto de vista del arte, á algunos de sus émulos ó continuadores. El género costumbrista, ó sea el que consiste en encerrar en cuadros cortos una pintura parecida y esmerada de la vida, de los caracteres y tipos contemporáneos, es tan antiguo como la literatura, es decir, el pensamiento escrito. Desde los *Proverbios* del hijo de David hasta las *revistas* de teatros de nuestros días se desarrolla hasta lo infinito, revistiendo, según pueblos y épocas, tal ó cual forma, ya cortísima y tosca, ya extensa y nítida. Mas no voy á enumerar aquí los muchos autores y las obras sin cuento de dicho género. A España me atengo, ya que sólo de España se trata. Ahora bien: se ha dicho muchas veces que los *Cuadros de costumbres*, cuyo cultivo se desarrolló en grande tras el Pirineo desde la primera mitad del pasado siglo, tuvieron su origen en Francia, como casi toda la literatura de aquella época. Por cierto que tocante á la forma, artículos de costumbres dados á luz en publicaciones periodísticas no habían de constituir nuevo género literario, sólo por ser las costumbres retratadas neta y genuinamente españolas, ya que el mismo Mesonero confiesa en *El aguinaldo* que se inspiró en el en su tiempo famoso M. de Jouy, un aventurero que acabó en la literatura publicando, por los años de 1812, á más de un sinnúmero de comedias y dramas hoy sumergidos en el negro pozo del olvido, una serie de libros en

los que, bajo el título general de *El ermitaño (El ermitaño de la Chaussée d'Antin, El ermitaño de la Guayana, El ermitaño en provincia,* etc.), pintaba con cierta galanura y elegancia, ya que no con exactitud y profundidad, las costumbres vigentes. Lo curioso del caso del pobre ermitaño es que muchos autorzuelos no se dieron por satisfechos con imitarle servilmente, sino que llegaron hasta á plagiarle con sin igual descaro, apropiándose de él trozos enteros sin comerse punto ni coma. Por lo que toca más de cerca á Mesonero, su profundo conocimiento de la literatura francesa, así como sus viajes por Inglaterra, le hicieron tener en cuenta otras obras relacionadas más ó menos con el género en que tan oportunamente iba á darse á conocer. Así es que leyó con detención á Mercier, el autor del *Tableau de Paris,* y á Pablo-Luis Courier, y no dejó de estudiar á José Addison y á Ricardo Steele, los dos jefes de los *ensayistas* ingleses, imitadores, después de Cowley y de Sir W. Temple, de nuestro Miguel de Montaigne, y cuyos bosquejos encierran una pintura acertadísima de la vida inglesa en tiempos de la reina Ana, en el siglo XVIII. Pero ya en España era antecesor de Mesonero el sacerdote D. Sebastián de Miñano y Bedoya, muerto á mediados del pasado siglo, y conocido autor de las *Cartas del pobrecito holgazán,* de las *Cartas de D. Justo Balanza* y de las *Cartas del madrileño*, en que hace una crítica bastante amarga y punzante del antiguo régimen, del poder absoluto, de la Inquisición, elogiando en cambio al gobierno revolucionario y al doceañismo con la labia propia de los liberales de aquel tiempo, á quienes ha retratado con mano maestra en muchos de sus *Episodios* el incomparable maestro Galdós. Hasta en las *Cartas españolas*, de Carnerero—única revista que por entonces existía, y en la que salió á 12 de Enero de 1832 la primera de las *Escenas matritenses, El retrato,*— habían sido publicados antes de dicha fecha varios capítulos de las *Escenas andaluzas*, de D. Serafín Estébanez de Calderón, *El Solitario*, uno de los pocos escritores entre la legión literaria de su época, á mi ver, que solían mantenerse origina-

les y no sacaban recursos de la literatura francesa, y cuyos cuadros, tan picantes y humorísticos, tienen el parecido de un lienzo de Goya, reflejando á lo vivo las costumbres y modo de vivir de aquel extraño pueblo andaluz con chiste y gracejo sin par, en lenguaje pintoresco y animado, siempre castizo y puro, si bien por el matiz arcaizante de su estilo y su color empalagosamente clásico, no alcanzó jamás tan excelente obra la popularidad que merecía. Con eso y todo, los amantes de las letras españolas experimentan verdadero goce en leer esos insuperables bosquejos que se titulan *Pulpete y Bulbeja, Los filósofos en el fígón, La rifa andaluza, Gracias y donaires de la capa,* etc., que tanto descuellan al lado de los claroobscuros de Mesonero ó de las aguafuertes de Larra. Mas sería garrafal error suponer que el género costumbrista fuera cosa del siglo XIX en la literatura española, pues ya antes existía la cosa y sólo cambió la forma en nuestros tiempos. Hasta me atrevo á afirmar, y supongo que con harta razón, que es rasgo muy característico del genio de mis hermanos latinos en todas las épocas de su desenvolvimiento, aun y quizá precipuamente en las más remotas, la tendencia acentuada y vivísima á lo burlesco, á la sátira. Desde las *Cantigas de escarnio* y el *goliardo* clérigo de Fita acá, la sátira florece en España, y en su cultivo se explayan los más granados ingenios de la Península. Juan Ruiz—el Petronio ó, más bien, el Chaucer de la Edad Media castellana,—¿acaso no es, ante todo, un novelista reducho en el arte difícil de observar, ridiculizar y ponerlo todo en mofa? Sus judías, juglaresas, moriscas; la alcahueta Trota-Conventos; sus atildadas parroquianas todas: monjas livianas, taimadas hidalgas y bizarras serranas; Don Furón, prototipo del escudero hambriento en el *Lazarillo*, que observa con tanto escrúpulo el precepto de ayunar porque nada tiene que llevar á la boca; los dos perfectos amantes, Don Melón de la Uerta y Endrina de Calatayud, interpretados, ¡con qué bellaquería!, del fraile auvernés que se ocultó bajo el apelativo de Pámphilo Mauriliano, ¿no tienen un sabor que ni en *Calixto y Melibea*—

ese insuperable *Cuadro de costumbres*—se encuentra, cuando ninguna pretensión docente afecta el bueno del arcipreste, demasiado conocedor de que «es umanal cosa el pecar», y que tiende tan sólo á dar á los que «quisieren usar del loco amor... algunas maneras para ello»?

Por cierto que no voy á pasar lista de cuantos ingenios han dado en la tendencia satírica, que sería apurar el catálogo de los mejores escritores castellanos. Hasta en la *Comedia*, fruta sabrosísima del suelo ibero, ¿qué es el *gracioso*, el *bobo* tradicional, sino realización de la tendencia ingénita de todo español á satirizar, realización que encuentra hoy día su adecuada manifestación en las chulaperías del nefando *género chico?* Y ¿qué son las novelas picarescas todas, otra producción enteramente original del terruño, sino inmensos cuadros de costumbres en que se revuelven confundidas todas las clases sociales, haciéndose mofa de ellas para diversión del vulgo? ¿No es, para no citar más que un ejemplo, el *Guzmán de Alfarache*, que, como todos sabemos, tuvo mayor aceptación en el siglo XVII que el mismo *Quijote*, el mejor cuadro de golfería que se ha escrito en aquel período que cuenta con *Rinconete y Cortadillo* y las *Novelas ejemplares* todas, los *Sueños*, de Quevedo; el *Día de fiesta por la mañana y tarde*, de Zabaleta, y los *Entremeses*, de Luis Quiñones de Benavente? Y durante ese aciago «siglo de los Borbones», en que, según opinión corriente y harto falsa, anduvieron tan perdidas las letras y artes españolas, el amigo de Moratín, D. José Cadalso, reanuda la tradición costumbrista escribiendo, á ejemplo de las *Lettres persanes*, de Montesquieu, y del *Citizen of the world*, de Goldsmith, sus *Cartas marruecas*, y Ramón de la Cruz, hermano espiritual del vienés Nestroy, acumula en sus *Sainetes* cuanta alegría, regocijo picaresco, chistes equívocos y atrevidas burlas encierra el Madrid popular. Pero si existe en germen desde los primeros albores de la literatura española el espíritu costumbrista, falta el cuadro adecuado en que pueda manifestarse y llegue á crear un verdadero género, sin

mezcla de otros diferentes y contrarios, como el drama, la comedia, la sátira en verso, la epístola, etc.

Mesonero Romanos fué quien trajo ese elemento nuevo que sus antecesores sólo habían vislumbrado á ratos, sin acertar á fijarlo para siempre. Ese elemento es el de la forma. Según leemos en el prólogo de la última edición de sus obras, hecha, si bien recuerdo, en el año de 1881, Mesonero, queriendo pintar las costumbres de su tierra, tantas veces desfiguradas y estropeadas por novelistas y dramáticos extranjeros; queriendo describir sencilla é imparcialmente la índole y carácter propios de su pueblo, sin exageraciones ni malignidad, ensalzando sus virtudes y castigando á la par sus vicios, como burlándose suavemente de sus manías y ridiculeces, tenía á la mano varios y muy distintos modelos que seguir. Mas ninguno le satisfizo: unos por ser demasiado anticuados, otros por pecar de mezquinos con respecto á sus miras.

Por un lado la novela de costumbres, á estilo de *Gil Blas*, de Lesage, no podía resucitarse con esperanzas de éxito en medio de un pueblo locamente enamorado de las novelas de Walter Scott, cuando no de d'Arlincourt, el «de los tétricos cuadros» (1), y consortes. Por otro, no bastaba ya el teatro, con ser el medio más adecuado de representar con todo su colorido y fuerza las costumbres de un pueblo, para pasar revista á las varias clases sociales, y mucho menos hallándose invadida la escena por el drama romántico, por el que se pirraba el público. No tenía *El Curioso Parlante* el donaire, la gracia natural, el talento chispeante de Bretón de los Herreros, para emprender, á ejemplo del autor de *Marcela*, una campaña de eficaz resistencia á los gatuperios escénicos á estilo de aquel famoso «¡¡ELLA...!!! Y ¡¡ÉL...!!!», romántico-natural, emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espasmódico, original, en diferentes prosas y versos, en seis actos y catorce cuadros, que tanto recuerda *El gran cerco de Viena* de *La Co-*

(1) *El Romanticismo y los románticos.*

media nueva. Los cuentos, por fin, y narraciones fantásticas; los apólogos y sueños tan en boga en el siglo de oro; las relaciones de viajes imitadas de *Gulliver's Travels*, de Jonatán Swift; las cartas como las del erudito poeta muerto en el sitio de Gibraltar en 1782, así como cuantas formas literarias imaginaron los que en anteriores épocas intentaron describir las costumbres vigentes, ya no podían gustar á una generación enamorada de libertad, y por consiguiente de precisión literaria, y entre la que principiaba á desarrollarse el periodismo con sus relaciones concisas y rigurosas. Había, por lo tanto, que crear esos ligeros esbozos, esos *cuadros de caballete*, esas narraciones cortas en las que, mediante una intriga dramática sumamente sencilla, caracteres verosímiles y variados, un diálogo vivo y castizo, se uniera en lo posible el interés del drama á las condiciones indispensables de la novela. Así, pero sólo así, resultaba fácil la tarea que se había impuesto el escritor: la de «recorrer á su sabor todas las clases sociales, desde el grande de España hasta el mendigo, desde el literato al bolsista, desde la manola á la duquesa, desde el comediante al industrial, desde el cortesano al paleto..., alternando en la exhibición de estos tipos sociales la de los usos y costumbres populares, tales como paseos, romerías, procesiones, viajatas, viajes, ferias».

Y el fin que se había propuesto Mesonero lo alcanzó mejor que otro cualquiera, incluso Larra. En sus cuadritos y cortos relatos encuentro notado con gracia y exactitud maravillosa el resultado de las observaciones de un sociólogo de clara y penetrante mirada, de tierno y compasivo corazón. Las *Escenas matritenses*, completadas por las *Memorias de un setentón* y ciertos párrafos de los *Recuerdos de viajes*, constituyen la colección más completa de tipos y paisajes de la España y del Madrid de hace setenta años, de aquel período de transición en que, según términos del Sr. Fitzmaurice-Kelly, la villa del oso y del madroño «aún no había llegado á ser pobre é imperfecta copia de París»; de aquel Madrid sin agua, sin paseos,

sin alumbrado, sin más distracción que ver coros de niñas cantando *á la limón* ó escuchar coplas del famoso Perico el Ciego, en que cualquiera vía pública era urinario y todos los portales kioscos de necesidad; de aquel Madrid de los pozos negros y baterías de Sabatini, en el que abrasaba el ambiente, respirábase polvo, asfixiaban los miasmas. Muy difícil empresa era la de describir fielmente una sociedad que todavía tenía mucho de la del siglo XVIII y se asemejaba bastante aún á la que pintó Moratín el hijo, pero que al mismo tiempo implicaba ya cierta mezcla de inglesa y francesa, por cuya causa, andando los años, llegó á ser lo que hoy vemos. El escritor de costumbres en aquel entonces se hallaba en el apuro de un pintor que, queriendo retratar á un muchacho, hubiera fijado en el lienzo los primeros rasgos, y luego, obligado á dejar su tarea á medio hacer y volviendo después de algunos años á la olvidada labor, se encontrara con un mozo crecido y forzudo, de facciones varoniles y trazas de hombre adulto; de suerte que fuera preciso borrar las pinceladas de antaño, coger nuevo lienzo y emprenderlo todo de nueva planta para que resultara el retrato obra parecida y fiel. *El Curioso Parlante* jamás borró su obra, sino que se dió por satisfecho—y el público también—con reproducir minuciosamente en cada una de sus fantasías el aspecto movedizo y transitorio del mundo en que vivía. Recuerdos de la España antigua que se sobrevivía á sí misma, con sus característicos usos, su hombría de bien y ruda sencillez, los encontramos preciosamente conservados en *La Comedia casera*, *La Calle de Toledo*, *Las Ferias*, *Los Cómicos en Cuaresma* y otros tantos cuadros que tienen al dedillo los aficionados á las cosas del pasado. ¿Queréis ver ahora con qué fuerza el influjo extranjero iba modificando y transformando cada día la moribunda sociedad del peluquín empolvado? Leed las *Costumbres de Madrid*, *La Político-mania*, *Costumbres literarias*, etc., etc.

Para comprender con qué terquedad se empeñó la lucha entre el espíritu moderno y las tradiciones arraigadas por si-

glos, basta haber recorrido *El aguinaldo, El extranjero en su patria, El sombrero y la mantilla*, verbigracia. Artículos hay que por lo hábil de su intriga pudieran competir con las mejores comedias del repertorio clásico. De éstos son: *El retrato, El barbero de Madrid, El patio de Correos.* Tampoco faltan graves reflexiones y hasta disertaciones filosóficas en *El Campo Santo, La casa de Cervantes, El duelo se despide en la iglesia.* Y ¿hay muestra más acabada de fina y penetrante crítica que *El romanticismo y los románticos*, composición en la que se hace patente la demoledora influencia de la literatura francesa sobre las letras españolas de mediados del siglo pasado, influencia que ya en 1840, cuando publicó D. Eugenio de Ochoa sus *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, arrancaba al competente Philarète Chasles esta frase característica: «*Abordez ces deux volumes, vous ne croyez pas sortir de France; tout ce que vous lisez est français*» (1).

(1) *Revue des Deux-Mondes*, 1841, IV, 28, pág. 66. A este propósito, no estará de más apuntar aquí que, si bien semejante juicio se pasa de ligero, no deja de demostrar hasta qué grado los franceses nos reconocíamos en los escritos de los españoles en aquel período de su literatura, y también es cierto, á pesar de las afirmaciones de unos modernos críticos españoles, cegados por su mal educado amor á las letras patrias, que el influjo de Francia fué decisivo y soberano hasta fines del segundo tercio del pasado siglo. Creo se debe atribuir el tal fenómeno al cataclismo de la guerra contra Napoleón, que absorbiendo las energías todas, secó las más sagradas fuentes vitales de la nación, y al tremendo embrollo de las contiendas civiles consecutivas, que impidieron el sosiego de los ánimos y la maduración independiente del pensamiento. Pero lo que más hizo falta á los ingenios españoles en aquella crisis fué un guía espiritual, un Lessing que hubiera sacudido el freno de las pseudo-clásicas *reglas* francesas, un Gœthe que mostrara á los poetas la senda que seguir. Además, faltó á los escritores de la primera mitad del siglo XIX la imprescindible calidad de la concentración; se desparraman demasiado, tocan todos los géneros y en ninguno se amaestran. El tipo de esa *aurea mediocritas* me parece serlo Martínez de la Rosa, *touche-à-tout* literario, símbolo del polígrafo español de aquel entonces. Me parece hubiera de revisarse el proceso que le intentó Menéndez y Pelayo en el tomo I de sus *Estudios de crítica literaria*, con agravación de penas. Es un *doctrinaire* pedante, un camaleón burgués.

Tan variada materia—el fondo de sus cuadros—la reparte Mesonero, con destreza suma, en articulitos, de los que cada uno forma un todo artístico, una composición independiente del conjunto. Pero el autor usa de un procedimiento que se deja ver pronto. Y, para decir verdad, tiene su *manière* algo de artificial y, sobre todo, huele á francés, trasciende á galicismo estilístico, pues al fin y al cabo era Mesonero, *volens nolens*, un afrancesado, como la mayor parte de sus coetáneos, aunque luchaba con todo su poder contra nuestro influjo en las letras de su país.

Su procedimiento es el de nuestros clásicos, el de La Bruyère, que ya había bosquejado preciosos cuadros de costumbres, escuetos y severos, como que iban enderezados á ilustrar sus apotegmas éticos y sentencias morales, al modo del cuento de una fábula; el de Pablo-Luis Courier, á quien seguramente estudió de cerca Mesonero, y, á ejemplo de dicho escritor, gusta de entrar de buenas á primeras en plena acción, empezando sin más su sencilla y rápida historia, de la que se esmera en sacar breve y adecuada conclusión. Tomemos, como ejemplo, *El retrato*. Principia así: «Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle Ancha de San Bernardo...»; y concluye: «En cuanto á mí, escarmentado con lo que vi en éste, me felicito más y más de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato. ¿Para qué? Para presidir á un baile, para excitar suspiros, para... para... para ser embigotado y restaurado después, empeñado y manoseado y vendido en las ferias por dos pesetas». Del mismo modo Courier: «*Ce fut moi qui leur dit, je ne sais à quelle occasion, que notre siècle valait bien celui de Louis XIV. Fabre se récria là-dessus...*» Para finalizar: «*Après le dîner, elle et Fabre montèrent en voiture et je rentrai chez moi où j'écrivis ceci*» (1). Pero, por lo común, prefiere Mesonero proceder á estilo de nuestros moralistas clásicos, expresando primero, como La Bruyère, consi-

(1) *Conversation chez la princesse d'Albany.*

deraciones de orden general y alcance universal, ó formulando una sentencia particular, para luego, apoyado en ellas ó confirmándolas con él, narrar un cuento arreglado con maña, y cuya conclusión, ora expresada en claros y lisos términos, ora reservada á la perspicacia del lector, recuerda, reforzándolas, las observaciones ó ideas generales del proemio.

Ejemplos de esta segunda manera se podrían aducir muchos. Los más característicos que recuerdo ahora me parecen serlo *El Campo Santo, El aguinaldo*, *La Comedia casera*, *El sombrerito y la mantilla*. Pero sea cual fuere su *procédé* artístico, lo original é imposible de poner en tela de juicio es el valor de su estilo, siempre de buena cepa, sencillo y claro, de elegante frase, narración viva, animadísima, que mantiene despierto el interés y excita hábilmente la curiosidad del lector. Cierto es que ni tiene la gracia y pureza de dicción de las *Escenas andaluzas*, ni alcanza tampoco la incisiva y mordaz sátira de Fígaro; pero el vulgo, y sobre tal particular estoy con él, hace y hará siempre menos caso, y con muchísima razón, de artificios literarios y tiquis miquis estilísticos, aunque con destreza suma disimulados, que de la pintura franca y parecida de lo verdadero. A causa de eso tal vez lo comprendió mejor y seguramente lo apreció más que al ilustre Larra. Por lo demás, no dejó él mismo de advertirnos, confesando que «su misión sobre la tierra es reir blanda é inofensivamente». Harto abundante en citas clásicas y alusiones históricas, quizá demuestre así tener más bien general cultura que no profunda y verdadera erudición; pero no seré yo quien le achaque el haber sido buenamente natural cuando la erudición no hiciera al caso, ni el haber gustado de esas alegres expresiones, de esos modismos tan sabrosos, representativos de la *meseta central*—que encierra en sí, digan lo que quieran los teóricos de las patrias chicas, todas las energías de la península Ibérica, cuya quinta esencia expresa,—ni el haber usado atrevidas voces, de donde deriva el diálogo su fisonomía propia, su originalidad peculiar y esencial, ni el haberse atrevido á ensartar en sus cláusulas extra-

ños retruécanos, pues todos ellos eran moda en su tiempo, ó, si se quiere, general defecto.

A pesar de la respetable opinión del Sr. Piñeyro (1), creo hubiera sido capaz Mesonero, por poco que hubiese querido recargar las tintas y extremar el artificio literario, de llegar al grado de agudeza y vigor que caracterizan los artículos de costumbres de Larra: y no admito de ningún modo que su estilo, así como su observación, tiendan al suelo «por su propio peso» ni que sean de una llaneza «excesiva». El espíritu de feroz amargura con que Fígaro saca á la vergüenza las flaquezas del carácter nacional, de la política de su tiempo, estimo que tiene más bien valor depresivo y antisocial que saludable y reformador. Su obra es, eso sí, de sin par significación desde el punto de vista literario; desde el punto de vista nacional, no pasa de negativa su influencia. Poco aprovecha el leer que todos los hombres son unos canallas, todas las mujeres unas pícaras, todos los males sin remedio. Tan exagerada misantropía y sombrío humorismo, si acaban en que se salta uno la tapa de los sesos á los veintiocho años de edad, gran energía intrínseca tendrán, no lo dudo, pero escasísima virtud curativa. Doctrinas como las de Larra no pudieron menos de traer á España á la situación en que hoy día se encuentra, mientras las de Mesonero han contribuído á que se emplee contra el mal un procedimiento curativo, con el que es de esperar se fortalezca más y más, hasta que recupere en el concierto europeo su perdida importancia. No sé si por ser yo francés — y cierto que «sobre negro no hay tintura» — me siento inclinado á ensalzar más de lo justo á Mesonero, porque tiene cabalmente esas cualidades que hicieron nuestra grandeza en otras épocas, y que ojalá conserváramos con mayor religión: las de discreta sabiduría y risueña moderación, las de proporción, comedimiento y amor al *juste-milieu*...

De nada huye *El Curioso Parlante* con mayor empeño

(1) *Bulletin hispanique*, Janvier-Mars 1903.

que de la exageración, del énfasis, de extremar las cosas, de buscar un efecto literario más bien que la concisa verdad. Y si á cambio de tan relevantes prendas deja ver algunos defectos propios de sus cualidades; si resulta su frase á veces arrastrada, otras descolorida, hasta en eso se revela y echo de ver la genuina franqueza del que en la *Guía de forasteros* confesó que quería vivir sin mover lástima ni excitar odio alguno, así con su conducta privada como con sus libros. Y si falta en ciertos de sus cuadros animación y vida, téngase en cuenta que quiso, según decía, *daguerreotipar* más bien que pintar, y que no es culpa suya si el ambiente del que sacaba vistas estaba borroso. Con eso y todo, de Mesonero y no de Larra proceden sus casi olvidados émulos D. José Somoza, que se ciñó á retratar la sociedad del siglo XVIII en unos muy notables artículos; Santos López Pelegrín, conocido por su seudónimo de *Abenamar;* D. Modesto Lafuente, el historiador, que firmaba *Fray Gerundio;* D. Antonio Flores, cuyos cuadros *Ayer, hoy, mañana*, todavía se leen con gusto y provecho. Entre los muertos á fines del pasado siglo, nadie mejor que D. Pedro Antonio de Alarcón compite con el autor de las *Escenas matritenses;* sus *Historietas nacionales* me parecen un dechado del género. Y desde Carlos Frontaura, cuyas *Tiendas* son una filigrana, y Eusebio Blasco, desigual, pero tan español, hasta Taboada, Gabaldón, Ramos Carrión, José de Roure y... ¿á qué citar más nombres? cuando todos ya *cultivan* el campo costumbrista, unos con herramientas literarias, otros con toscos artefactos y por arte de birlibirloque, si es que merece nombre de arte la llamada literatura chica, con sus modismos, frases hechas y palabras recogidas en la calle, con su desenvolvimiento anárquico. Campiña que antes solía producir buen trigo y que no da ya de sí más que cardos y amapolas tan llamativos como vulgares...

CAMILLE PITOLLET

Pau (Francia), Agosto de 1903.

PARA PAISANOS

COSAS DE TROPA

¡Reformas, reformas!, gritan á voz en cuello los militares españoles ha varios lustros; y más especialmente, y con mayor ahinco, desde que la derrota y el desastre sacaron á la vergüenza deficiencias y vicios de las instituciones militares (y no sólo de éstas). ¡Reformas, reformas!, piden los pocos hombres civiles que del Ejército se han preocupado para algo más que denigrarle callandito, entre amigos, y adularle en voz alta haciéndole concebir engañosas esperanzas, maliciosamente fomentadas, para obtener aplausos del público militar: fáciles de arrancar á la candidez de éste con hueros desplantes, falaces programas y utópicas promesas. ¡Reformas, reformas!, vocifera una parte ciega del elemento civil: deseándolas tales que, con la anulación del elemento armado como fuerza integrante de la Patria, traigan como secuela un envilecimiento que lo trueque en ruin montón de despreciables mercenarios: reformas ansía el oficial pundonoroso, viendo en ellas camino para elevarse en prestigios y aptitudes á la altura de su noble misión; reformas mendiga quien no las apetece sino como promesa de mayores medros, y esperanza de que con ellas llegue el suspirado término de una amortización tan cruel como absolutamente necesaria; en ellas piensan los pocos hombres de estado que, sabiendo mirar el problema desde altura donde el juicio no se turba por conveniencias de individuos ó corpora-

ciones, en ellas ven el interés de España que hermana y armoniza aquéllas, á su lado secundarias; y por reformas, sin saber lo que pide, clama el politiquillo de bajo vuelo, de meollo desmedrado, para quien tal palabra no tiene otra acepción posible que la de economías.

Apenas hay candidato á ministro sin *sus reformas*, por de contado inconciliables con las de los demás, y todas sentenciadas de antemano á quedarse en proyecto ó vivir implantadas lo que tarde en derogarlas el llamado á sucederle: sentencia justa, pues ni duran, ni deben perdurar, porque no van al fondo, perdiéndose en detalles fraccionados sin llegar á la esencia: porque no intentan infundir en el enfermo cuerpo del Ejército el alma que ha perdido, como España la suya, ni le dan sangre nueva, ni crean instituciones, de las que andamos aún más escasos y necesitados que de organismos: porque tales reformas ni apuntan á levantar la moral decaída, ni restauran la *interior satisfacción* recomendada en la Ordenanza, ni cuidan de anudar lazos entre paisanos y soldados, dignificando la que en tiempos felices llamaban *todos noble profesión de las armas*, ni limpian ésta de gérmenes de ruindad y decadencia, ni afirman convicciones, ni reforman costumbres.

Reformas, sí, vengan, las hemos menester. Y aun esto es poco cual la gente lo entiende; pues no reformas, sino revolución necesitamos: empuje que conmueva los fundamentos del Estado Militar; sacudida que agite no solamente nervios, sino que, á ser preciso, desencaje y disloque huesos; no cisura superficial en la epidermis, sino tajo que, al desgarrar las venas, abra salida franca á los malos humores de la sangre: revolución que con fuertes sillares sustituya cimientos á polvo reducidos; creadora de un cuerpo militar con osamenta dura, robustos músculos y sangre sana y vigorosa: no reformas parciales é incompletas de menudencias y nonadas, dejando intactos vicios por recientes desdichas señalados como gusanos que carcomen la médula, y en cuya extirpación ya al parecer no piensa nadie; sino revolución honda, moral, social, interna, que lleve

en mente que jefes y soldados son hombres y españoles, á quienes si ha de pedirse sangre y vida, habrá de ser á cambio de honra y gloria; que la guerra, ahora como siempre, lucha, fuerza, sacrificio, pasión, es también hoy desvelo, estudio, ciencia; que si el ejército enemigo puede representar asolación, miseria, luto y ruina, el propio por el ajeno respetado, es paz, progreso, riqueza é industria que á su sombra viven.

Revolución, sí, en cuanto debe remover hondamente, sin dejar en pie casi nada de lo que hoy existe; pero no en cuanto á rapidez en los procedimientos, no en el sentido de fantasmagórica transformación en que suele tomarse tal palabra; pues lo arduo del problema no consiente milagros de esta índole, á que tan inclinados somos los españoles, sino antes bien, demanda meditación prudente y serio estudio.

Sin que como soldado pretenda sacudirme inculpaciones posibles de formular contra el Ejército; mas que, á ser justos, deben caer también con la propia razón sobre otras instituciones y clases del Estado, y sobre algunas con mayor pesadumbre, fuera de desear que, acordándose menos de tales recriminaciones y meditando en que todos tienen aquí de vidrio su tejado, pensara la gente civil un poco más en que el problema del Ejército no es cosa privativa de éste, sino cuestión de vital interés para España; que dando tregua á olímpico desdén y censuras acerbas, nos concediera algún momento de estudio y atención; y si no descendiendo á tecnicismos de nuestra propia incumbencia, nos animara al menos con su curiosidad, mostrándonos que la conciencia pública era capaz de comprender que no sólo rebajando el Presupuesto de la Guerra (y yo no niego lo interesante de esto) cabe hacer algo beneficioso á la par al Ejército y á España.

¡Economías, economías! Tal es el general clamor... Mas dejaré esto para luego; pues de exponer ahora mi modo de pensar en este punto, tal vez corriera riesgo de verme confundido con algunos que opinan de modo muy distinto á como pienso yo sobre estas cosas. Y francamente, me haría poca gracia.

No: vaya por delante la prueba de que antes que militar soy español, y aun cuando miembro de un organismo que escasos elementos de su seno, y á porfía casi todos los que le son extraños, pretenden empujar por derroteros que lo conviertan en Estado dentro del Estado, ó en elemento en él constituído en condición depresiva (contraponiendo livianos intereses y míseras rencillas á sagradas convicciones de orden muy elevado), no ha de ser esto parte á despeñar mi juicio por los derrumbaderos de la pasión y el egoísmo, ni impulso que me instigue á oscurecer verdades velando ni un defecto ni un vicio de los que yo descubro en el Ejército.

Será éste examen de conciencia públicamente hecho, donde no atenuaré falta que alcance á ver: cumpliré así deberes de español y de soldado que siente por su España y por su Ejército no cobarde cariño ofuscador del seso, sino viril amor: así, cuando señale lo que merece enmienda, sin que escarmientos de la última campaña hayan sido eficaces á alcanzarla, y puntualice causas de orden interno que embarazan la marcha por el buen camino, tendré moral autoridad para cargar sobre el medio social donde vivimos el peso abrumador de una conducta que con sus conveniencias, prevenciones y egoísmos, es el mayor obstáculo para la magna empresa de asentar sobre sólida base las instituciones militares, necesitadas, ante todo, de ser instituciones nacionales: así, con la misma lealtad, convicción y justicia con que afirme deficiencias y vicios del elemento armado, podré decir después que, con todo y con eso, es en nuestro país el menos relajado, el más sano, el que habiendo caído menos hondo, ofrece gérmenes más poderosos de regeneración, capaces, si se saben utilizar juiciosamente, de dar mejores frutos.

*
* *

En esta confesión de los propios defectos no analizaré nada, ni menos daré remedios que hace falta buscar con calma y tino. Si el tiempo no me falta, y si estas cosas consiguie-

ran interesar á los lectores de La España Moderna, de los remedios hablaría más adelante y poco á poco. Hoy, sólo escuetamente, y en racimo, anuncio la abundancia de males, mostrando algunos: no como anatómico estudio del cuerpo del ejército, sino cual psicológica ojeada de su alma, mucho más importante; pues si aquél puede curarse variando reglamentos, comprando armas, fortificando plazas, todo lo cual es relativamente fácil, sólo alentará ésta creando instituciones y costumbres, promoviendo deseos y aspiraciones; no dando leyes á la conducta, sino impulsos á la conciencia, lo que, con ser empresa más ardua y complicada, es mucho más urgente.

Entremos en materia.

Muchas cosas, civiles y militares, fracasaron en el pasado desastre; pero entre las segundas, tal vez ninguna haya descubierto deficiencias tan hondas como el generalato: de tal naturaleza, y cuantía tan alta, que la enorme fuerza negativa en ellas encerrada bastó, y *bastará de nuevo* en eventos análogos, para esterilizar aptitudes y esfuerzos de individualidades distinguidas de su seno, anulando los de otras destinadas á moverse en más modesta esfera.

Quien de milicia entienda, y no esté perturbado por vanidad ó pasión, reconocerá la importancia del achaque, por residir en la cabeza, la urgencia de atacarlo; y habrá de sorprenderle que desde el término de la infausta contienda no se hayan aplicado los ocios de la paz á poner mano en tan vital asunto.

Y no se piense anden muy escondidos los gérmenes atrofiadores de las capacidades del generalato español, no: se ven unos tan claros que los señala la opinión militar; y se descubren otros fácilmente á poco meditar sobre la forma de nutrir el Estado Mayor General de nuestro ejército y la manera de emplearlo: ó mejor dicho, de no emplearlo normalmente. El de más lamentables consecuencias es el que influye en la manera de constituir el generalato. Informa, *en teoría*, nuestro procedimiento de reclutar los que por más aptos han de regir

las tropas, el principio de *elección libre*, contra el que nada puede objetarse; pero llegando á investigar cómo se aplica varía el juicio, por modo extraordinario, al ver tal principio casi siempre anulado en absoluto: no ciertamente por error, inevitable en ocasiones, de la persona encargada de la elección; no por malicia ó compadrazgo (que también á las veces hacen de las suyas); sino en virtud de disposiciones reglamentarias, de lenidades erigidas en ley por la costumbre, de equivocado é inmoral concepto de lo que debe ser el cuerpo de generales, de absurda confusión de los derechos de la patria con los derechos de sus servidores, de injustificable preterición de las conveniencias del ejército á intereses de individualidades. Véase la prueba.

Si los años le ayudan, todo coronel que no padezca notoria y escandalosa desconceptuación puede llegar á general, y aun tales tachas no serán óbice para lucir los entorchados á quien tenga buenas aldabas. El plantel donde puede elegir el ministro los coroneles que para generales propone al Rey está formado por los aptos para el ascenso, de tal calificados por un alto cuerpo consultivo del ejército, en vista de sus hojas de servicios y antigüedad. Tal procedimiento, aparentemente muy natural y lógico, tiene el defecto, capital en la ocasión presente, de que nada depura; pues al montón enorme de aptos para el ascenso pasan cuantos no tienen en su historia lunar ó maca que califiquen desfavorablemente su conducta, ó no revelen evidente incapacidad militar: sólo se borran, pues, de la lista de presuntos generales los que debieran ser tachados del escalafón de coroneles por absolutamente ineptos ó por indignos.

Es, pues, la clasificación cedazo de anchas mallas en donde sólo de tarde en tarde, por extraña incidencia, alguno se atraviesa en términos de no poder pasar: he aquí el primer traspié, nada flojo por cierto, en la manera de efectuar la elección; pues aun dando de lado reparos de gran peso, cual los relacionados con el prestigio del generalato y con las pre-

canciones que para constituirlo deberían tomarse, evidentemente, el ministro que á conciencia quiera elegir el mejor entre trescientos aptos correrá riesgo de enredarse en dificultades mucho mayores que á ser los elegibles veinte ó treinta.

Pero aún existe traba de superior alcance que, rectamente y por espíritu de hipócrita é inmoral equidad, va contra el principio absoluto de elección libre, tan pomposa como inútilmente establecido en la ley. Óigalo bien quien no lo sepa: **¡la elección libre se hace por turno!**

A título de amistosa avenencia en el reparto de medros y honores entre diversas armas é institutos, se halla puntualmente establecido que de cada determinado número de vacantes de general se debe adjudicar la primera á este cuerpo, la segunda á aquella arma, la tercera á otra prefijada, y así sucesivamente: y con ello viene el generalato á ser cual cigarrillo, que, pasando de mano en mano, permíteles á todos dar su chupadita.

Tan peregrino criterio lleva consigo la consecuencia de que, cuando un ministro juzgue que Fulano es sin disputa el coronel de mayores aptitudes para el ascenso, no podrá casi nunca otorgárselo, por no tocarle el turno á los de su arma ó cuerpo: claro que en tanto dé otra vuelta la rueda podrá llegarle al candidato la edad de ser retirado en el empleo de coronel (1); y aun, de no ocurrir esto, quedará preterido á otros menos aptos y á ellos subordinado: claro que ni así puede ascender el más digno, á no ser por casual coincidencia, ni aun *en conjunto los más dignos*.

Y con ser harto grave lo indicado, trae consecuencias mucho más perniciosas; pues apoyados en la ley, y por lo tanto con apariencia de razón, nacen, crecen y perduran torcidos y egoístas criterios que, con mengua de la finalidad y prestigio

(1) Este caso se está dando constantemente, y en especialidad en algunos cuerpos, como artillería é ingenieros, que así resultan en conjunto sacrificados á esa pretendida equidad, y sentenciados en lo porvenir á no tener representación en los altos empleos del generalato.

del generalato, lo consideran cual personal disfrute y granjería que entre todos debe repartirse, olvidando su verdadero carácter de derecho del País y el Ejército á elevar los mejores, sean quienes fueren, de dondequiera vengan, á las más altas jerarquías: no sólo cual recompensa á ellos, y á los demás estímulo, sino ante todo para utilizar en bien del Estado las aptitudes sobresalientes donde mejores servicios puedan prestar.

Seguramente rayará en estupor el asombro de las personas que por ajenas al ejército desconozcan este sistema de hacer generales, que bien podría llamarse de *lotería cíclica*.

Y sin embargo, sepan que no es abusivo, sino reglamentario; no clandestina práctica, sino solemne ley, votada tras prolija discusión por Padres de la Patria, que no se acreditaron ciertamente de perspicaces ni sesudos; ley que de buena fe defiende hoy masa preponderante de opinión en el ejército, precisamente porque ella y otras de su laya han viciado el criterio de muchos; pero ley que, por atentatoria al interés supremo de la patria, es inmoral, vergonzosa y absurda.

Y no profundicemos más en este asunto, sobre el cual aún cabe decir mucho y muy triste. ¿Creen mis lectores deba perdurar tal estado de cosas? ¿Tienen por defendible el sistema? No lo creo: y si es así, patentizada queda con lo dicho la urgencia de variar de rumbo, aun cuando sólo sea para que nadie con razón diga que el Ejército es un Estado dentro del Estado; que intereses menudos pueden ser rémora del interés de España.

*
* *

Muy válida entre la gente civil corre la especie de que, salvando muy raras excepciones, son nuestros generales (y oficiales) personas indoctas; tíldasenos de escasez de cultura á quienes vestimos uniforme, de poco menos que analfabetos, y de pasear, engalanándolos con plumas y galones, nuestros meollos desmedrados y duros. No faltan, antes sobran, personas de quienes por su posición debiéramos esperar juicios

más mesurados, que se sorprenden de un modo extraordinario cuando tropiezan con algún militar en quien forzosamente hayan de reconocer lo que *a priori* niegan á todos, y al cual reputan, para salvar la tesis, de *rara avis*.

No voy á sostener, ni mucho menos, que los militares españoles estemos sin deficiencias, á la altura hoy necesaria para regir á maravilla los ejércitos modernos (mal podría ocurrir no habiendo ejército), no: necesitamos superior instrucción técnica, ó, más bien, orientarla mejor, más estudio, más práctica; pero con todo, ni en nuestra especialidad somos inferiores á los que otras cultivan en España, ni nos hallamos en cultura general por bajo del nivel medio aquí de ella. Buena prueba pueden dar de esto, ó mejor dicho dieron ya, los militares llamados en diversas ocasiones á desempeñar destinos civiles. Inquiérase en diversas provincias, regidas por algunos con carácter de gobernadores civiles, qué concepto adquirieron comparados con sus predecesores y los que detrás fueron; pregúntese á ministros civiles que hayan utilizado en puestos de tal índole á oficiales, y las contestaciones serán harto elocuentes. A ellas remito el fallo.

Y basta de esto, que trataré algo más á fondo al hablar de nuestra deficiente instrucción, si de ella llego á hablar algún día en esta revista, é intercalado aquí no á modo de pueril desahogo, sino por la necesidad de que resalte cómo vicios orgánicos atrofian capacidades y aptitudes, si no sobresalientes en gran número, á lo menos iguales á las que hallarse puedan en otras clases y profesiones.

N, oficial distinguido, acreditado jefe, hombre de brillante cultura, inteligente y laborioso, asciende á general: no tan joven cual fuera conveniente para evitar que en plazo próximo comience la decadencia de facultades, inevitable en las edades avanzadas para el común de los hombres, y más maduro de lo preciso para ejercer el mando con el prudente tino basado en la experiencia. Sus condiciones hacen esperar fundadamente que se distinguirá prestando servicios importantes

y será útil al país y al ejército... ¿Sí? pues veamos á los ocho ó diez años de su ingreso en el generalato cuál ha sido su obra, y, salvo contadas excepciones, hallarémosla reducida á nada.

Es natural: de dichos años habrá pasado no pocos de cuartel (pues no hay destinos para todos los generales), con la precisa obligación de descansar: y es bien sabido, nada enmohece tanto á los hombres como la ociosidad; otra parte no escasa de aquel tiempo se le habrá ido desempeñando cargos propios por su índole sedentaria, mucho más administrativa que militar, para encomendados á generales de la reserva, que en nuestra tierra no hacen nada, por haber sido preciso adjudicar aquellos puestos á los de la escala activa, para que al cabo de muchos años de servicios tengan medio de cubrir, aun cuando á duras penas, sus necesidades.

Por lo común, el desempeño de tales cometidos exige poca inteligencia militar, pero bastante laboriosidad, atención y tiempo, dedicados á multitud de cosas que en nada se relacionan con los problemas y estudios verdaderamente interesantes para un general que, andando el tiempo, puede ser llamado á guiar las tropas al combate: cuestiones y problemas que poco á poco van siéndole cada día menos familiares, por tener su actividad absorbida totalmente por diaria labor extraña á tales cosas.

Apenas si durante exigua temporada, en los ocho ó diez años tomados como plazo, habrá estado N desempeñando funciones que por el nombre puedan considerarse verdaderamente militares: y digo por el nombre, porque impurezas de la realidad, ahogos de presupuesto, torpe inversión de éste, etcétera, etc., hacen que ni aun en tales cargos séale dado al más entusiasta, laborioso y capaz, mostrarse á la altura de su categoría, ni sacar enseñanzas para sí, ni darlas eficaces á quienes sirven á sus órdenes en diversos escalones jerárquicos: forzosa consecuencia de que, olvidado en nuestra patria el principio de ser para el ejército la paz escuela de la guerra, tenémoslo constituído en términos que escaseces de fuerza y

carencia de elementos hácenlo inhábil para utilizado como elemento de instrucción ó aprendizaje.

Las causas de esto, sus posibles remedios, son asuntos de sobrada entidad para tratados incidentalmente y de pasada; por ahora bástame consignar el hecho para deducir de él consecuencias relativas á su influjo decisivo y reflejo en las aptitudes militares del generalato.

Lo sabe todo el mundo: ni las compañías son tales, ni los batallones siquiera compañías, ni batallones las brigadas, y escasamente llegan á reunir fuerza de regimientos las divisiones. Tan deplorable estado de las unidades de maniobra, trae en pos de sí, como secuela del ejercicio del mando táctico, la creación de defectos en quien lo ejerce las muy contadas veces que el pícaro servicio de guarnición consiente dedicar escasos días á imperfecto remedo de lances de guerra.

Supongamos que el general N, persuadido de su elevada misión, se contenta con ejercer las funciones de general de veras en el campo los contados días que al año puede hacerlo, y pasa el resto de él atiborrándose de libros cuyas enseñanzas no le es dado contrastar en la práctica; trocando en especulativo un estudio que, para ser útil, debe tener carácter de realidad, y convirtiéndose en perfecto teórico capaz de dar solución á las más arduas cuestiones en hipótesis, pero á quien los problemas planteados por hechos, y que han de resolverse no con dictámenes pensados, sino con actos rápidos, á veces instintivos, ó inspiraciones de momento, dejarán vacilante y perplejo.

Porque no ha de olvidarse que si la teoría militar es ciencia, la guerra es arte; y de la situación del mejor crítico en pintura ó escultura, á quien sin saber manejar el color ni el barro se le ordenara hacer una estatua ó un paisaje, colíjase cuál ha de ser la de un general puesto en trances de acción con los que no se le ha familiarizado: en ese pavoroso conflicto hállanse los generales españoles en cuanto suena un tiro.

Si con inteligencia de menores vuelos que N, piensa el general H serle preciso á todo trance emplear su actividad de un

modo efectivo y constante en el mando irrisorio que se le ha confiado, el resultado es que, faltándole asuntos de importancia, se enfrasca en menudencias, y sume en nimiedades, y estrecha su criterio, y amengua su prestigio, y deprimiendo el de los jefes subordinados, invade sistemáticamente atribuciones del inferior, con lo cual todos, él incluso, van perdiendo por completo no sólo la aptitud, sino hasta la noción del cometido propio.

De estos riesgos, opuestos (de venir á parar en teorizante cuan erudito se quiera, pero incapaz al cabo de toda empresa positiva, ó de perder el tiempo bregando con minucias, bajando á prácticas ramplonas en multitud de cosas secundarias en la guerra, pero ignorante de la verdadera ciencia del general), sólo se libran los holgazanes ó incapaces, por ser ya de por sí en absoluto inútiles, y aquellos que, dotados de luces y aplicación excepcionales, no se resignan á aquello ni á esto, y dirigiendo sus esfuerzos por otros derroteros, los dedican á especialidades militares que á fondo estudian y hacen progresar, prestando positivo servicio, altamente estimable, mas contrapuesto á lo que como *generales*, y no encargados de hacer labor de análisis, sino sintética, se necesita de ellos. Otros, por último, igualmente brillantes, pero no resignados á dejar ociosas iniciativas y aptitudes mal avenidas con las lucubraciones con que los últimos alimentan las suyas, siéntense compelidos á buscar pábulo á las propias fuera de la profesión militar: y aun cuando logren distinguirse y brillar, su trabajo no es por el ejército utilizado.

Resulta, en suma, que amén de mal llamada selección, totalmente engañosa (en cuanto al declarar la aptitud para el ascenso nada desecha, como no sea aquello que de podrido esté cayéndose), aparte una elección sin libertad para escoger, ni base para elegir con garantía de acierto: trabas y errores que por iguales modos y combinada acción se oponen á que al generalato lleguen, salvo personales y raras excepciones, los mejores coroneles, viene luego á completar la obra

un servicio, ó más bien sombra de servicio, que sumiendo á los generales en forzosa inacción, hace de los medianos malos, de los buenos medianos, niega medios á los sobresalientes de mostrar y acrecer sus aptitudes, y disgusta á unos y á otros, haciéndoles perder toda ilusión, toda afición, todo estímulo noble. Con tal sistema las más brillantes personalidades se atrofian, como elementos del mando militar, aun cuando en los demás órdenes de la actividad conserven su eficiencia. Seguro estoy que si aun después de las victorias de 1870-71 se hubiera aplicado á la brillante falange de generales que á París condujeron las tropas alemanas el régimen en que aquí vegetan los nuestros, no habrían sido precisos arriba de diez años para incapacitarlos de repetir lo que en aquella guerra hicieron.

*
* *

Es punto menos que axiomático en el ejército y fuera de él, que quien llega en España á general es omnipotente é intangible, bastándole ceñir la faja roja para ser autónomo, ó poco menos, y hacer únicamente aquello que á cada uno venga en gana. Esto, que se exagera un tanto, es puro y simple reflejo del prepotente influjo del *personaje* en la sociedad donde vivimos, de la cual es hijo el general, como el cacique de pueblo, cual los primates de los partidos y los jefes de grupos y grupitos parlamentarios; ni más ni menos que la docena de potentados que en la Bolsa imponen por ley su conveniencia, ó la media de directores de periódicos que á su placer niegan ú otorgan fama y crédito á adversarios y amigos.

Pero es harto elocuente que, sin constituir tampoco excepción en esto, esa influencia ó poder de los generales con superiores ó compañeros tenga virtualidad no más en lo relacionado con asuntos personales propios, de parientes ó amigos (sin que llegue jamás tal valimiento á alcanzar ni con mucho los quilates que el de aquellas *conspicuas eminencias* ajenas al Ejército); es elocuente por demás, insisto, que aque-

lla fuerza se deshaga como bruma en el aire tan luego se pretende utilizarla en pro de intereses elevados ó de conveniencias del ejército ó la nación. Intente un general investido de mando introducir mejoras, implantar reformas, cortar vicios, y ocurrirá una de ambas cosas: ó teniendo autoridad para ello lo hará por sí, y en dicho caso todo serán pasivos si disimulados obstáculos abajo, influencias, recomendaciones de iguales, superiores, militares, paisanos; ó habiendo menester para su obra la aprobación de los de arriba, sólo hallará, aun á vuelta de almibaradas frases y encomios á su iniciativa, actividad y talento, negativa cortés, aplazamientos desdeñosos ú ofensivo silencio.

Es un Quijote inaguantable, clamará el coro de la gente menuda; un vanidoso movido por espíritu inquieto y absorbente enamorado de utopias peligrosas, dirán en sentencioso tono los corifeos que allá en la altura marcan solemnemente el compás perezoso y el monótono ritmo á que debe moverse el gobierno de la Milicia y el Estado.

Acude, á cuento de esto, á mi memoria un caso histórico, que (aun ocurrido fuera del Ejército) al pintar en un rasgo cuál es en nuestra sociedad el espíritu imperante, y extender, cual es lógico, su dañada influencia al elemento armado, viene aquí muy á punto. Eran un magnate y su yerno, quien con ser hombre de no vulgares aptitudes, verosímilmente no habría logrado nunca alzarse de la modesta esfera donde en ingrata lucha fracasan muchos *chicos de esperanzas,* á no ganar, con el amor de la hija, la protección del padre, que en breve tiempo le hizo subir de abogado sin pleitos á un alto cargo con ración suculenta en presupuesto. Pero es el caso, que el agraciado era tan cándido que tomó en serio sus funciones, comenzando á estudiar, á discurrir, á preocuparse con los deberes de su empleo, y lo que aún es peor, á molestar con propuestas y consultas al que tenía por jefe á la par que por suegro, con gran disgusto de quien muy hecho al ocioso disfrute de cargos que convertía en prebendas, vióse al cabo

obligado á poner coto á aquellas iniciativas perturbadoras de su plácida indolencia adormecida al amparo de la nómina: y lo hizo con estas palabras: «Te he puesto ahí para que comas; y ni comes tranquilo ni en paz me dejas, y esto es peor, comer á mí: no seas majadero, come y calla». Como este personaje hay muchos en España, que de imbécil motejan á quien no se resigna á comer y callar.

Así, cuando algún general no tocado de ese deprimente fatalismo, muy extendido por nuestra desgracia, piensa haber llegado á su alta jerarquía no sólo para disfrutar de ella á cambio del cumplimiento del diario y previsto deber, viendo en su empleo, sobre la recompensa á servicios pasados, estímulo de nuevos esfuerzos, tanto mayores cuanto se ejercen en superior esfera; cuando alguno en quien ni el peso de los años, ni la contemplación de la común conducta, ni los ejemplos de general indiferencia han atrofiado toda iniciativa, se ve en el caso de luchar con la tremenda fuerza que en toda época y en todo país tienen costumbres y rutinas, no sólo ha de vencer obstáculos que francamente se han opuesto siempre á quien persigue innovaciones, sino pelear con enemigos que no hacen cara; dominar resistencias pasivas, hostilidad encubierta, imbéciles desdenes, desconfianzas cobardes que de buena fe creen inútil todo esfuerzo; sobreponerse á insano fatalismo y depresiva resignación de soportar males calificados de incurables, luchar con gentes que, si no con palabras, le dicen con asombrado rostro: come y calla.

Así fracasan talentos estimables, y en tal combate se embotan y se mellan no pocas voluntades bien templadas; porque para vencer tan grandes resistencias, para remover esa mole de obstáculos que gravita con enorme pesadumbre, son poco distinguido talento y voluntad robusta, siendo preciso ser por la inteligencia *genio*, ó *héroe* por la voluntad, y tener juventud que ofrezca por delante tiempo para acumular esfuerzo en pos de esfuerzo: y los genios surgen de siglos en siglos, y no es la juventud cualidad frecuente en nuestros generales.

He aquí otro defecto grave en ellos. Con los años se apaga el entusiasmo; se amortigua la noble ambición indispensable para empresas de algún valor en la carrera de las armas; decaen las fuerzas físicas que ha menester quien es llamado á vida muy activa (nos referimos á los escalafones inferiores del generalato); con injurias del tiempo se aniñan los más viriles ánimos, la inteligencia se obscurece y enflaquecen los bríos; y en el océano de la vida, cuando se ve ya próximo el fin de ella, nadie piensa en sembrar para un mañana muy remoto, nadie sueña en cosechas que no ha de recoger, nadie entierra semillas para que las cultiven otras manos que acaso las malogren. ¡Cuántos de los que sin fruto han pasado por los altos mandos del Ejército; cuántos que cansados y viejos llegaron á Ministros de la Guerra, habrían sido capaces de adoptar nuevos rumbos, y de labor fecunda, á llegar á esos puestos diez ó quince años antes! Con tiempo de luchar, con tiempo de vencer, con ambición despierta, con no agotada actividad, inteligencia en toda su pujanza, con alentado ánimo y poderosos bríos.

*
* *

Recae la culpa del señalado últimamente y de otros males, no sólo en la manera de nutrir y utilizar el generalato, viciosas cual se ha visto, sino en causas que arrancan de más atrás y más abajo; pues instituciones militares que pretendan incubar brillante prole de generales mirando únicamente á la escala de coroneles, como plantel de donde han de sacarlos; sin preocuparse sino de los que en ella están; sin ver cómo, cuándo y por qué llegaron; sin empujar á unos ni detener á otros, no lograrán aquel objeto: que para conseguirlo es absolutamente indispensable rebuscar cuidadosamente, desde lo alto á lo bajo de la jerarquía castrense, los gérmenes capaces de engendrar buenos generales; apartarlos de los que puedan darlos malos ó medianos; promover el desarrollo y rápido crecimiento de los primeros, y atajar frondosidades excesivas con que la suerte, el va-

limiento, la casualidad ó el brillo de cualidades más deslumbradoras que sólidas engalanen las plantas que de los otros broten, para evitar que, privadas aquéllas por la sombra de éstas de los rayos del sol, no mueran antes de la época de recoger sus frutos.

Aun cuando proclamado como norma que la carrera militar termina en coronel, es cierto tal principio en teoría en cuanto nadie, entre los que lleguen á alcanzar este empleo, puede fundar queja en no ser promovido á general; mas no en la práctica, pues que, salvando las raras excepciones ya citadas, todos los coroneles, por el hecho de serlo, pueden considerarse con derecho á que en ellos recaiga la elección. Y como á coronel se puede, es más, suele llegarse por antigüedad, sin defectos (así fuera verdad tal belleza teórica), resulta en términos escuetos, y hablando sin distingos, que al mozalbete que hoy termina en una Academia Militar estudios elementales y contraídos singularmente á la *especialidad* de un arma ó cuerpo, recibe con el empleo de primer ó segundo teniente diploma de aptitud para el generalato: que acaso no utilice si á coronel no llega, pero que una vez obtenido dicho empleo, podrá servirle para escalar los más altos puestos del Estado Mayor General. No creo necesario esforzarme ni molestar á mis lectores juzgando por menudo tal sistema: una vez conocido, juzgado queda.

Pensar que en la presente época, en que la guerra, trabada con multitud de ciencias y utilizando toda suerte de ingenios é invenciones, crece en dificultades y complejidad por modo extraordinario, se pueden sostener arcaicos medios de reclutar los encargados de dirigir los ejércitos, es absurdo; creer que en tiempos en los que el cometido de cada cuerpo y arma se hace más técnico, *especializándose* de una manera más visible, y exigiendo en los encargados de realizarlos aptitudes y esfuerzos concretamente encaminados á fines que no por altamente interesantes y necesarios dejan de ser restringidos en relación con el fin general de la guerra, no es racional; creer

en tiempos tales, que quien de mozo estudió una especialidad, y posteriormente á ella tan sólo dedicó la vida, puede, cuando ya sienta el peso de los años, pasar de un salto á dominar la *generalidad* en su conjunto, ni es lógico ni defendible. Esto, que saben las naciones cuidadosas de sus instituciones militares, lo ignoramos todavía nosotros: allá, para formar su plantilla de generales, se preocupan en buscar tiernas semillas, que incuban con esmero para obtener crías de la especie del huevo que han buscado; mientras nosotros suponemos en la escala de coroneles la virtud milagrosa de la llueca á quien se echaran gallos con espolones bien crecidos para que nos los devolviese en faisanes convertidos.

Ya he dicho que las dimensiones prudenciales de este artículo, ya casi rebasadas, no consienten explayarse en discusiones de remedios; pero aun sin buscarlos, no cabe tocar el punto á que me voy refiriendo, sin hacer una afirmación que seguramente levantará deshecha tempestad en el Ejército: es dicha afirmación la de la urgencia de levantar barreras en el camino del generalato, que no puedan saltar los que no acrediten, en época en que aún puedan estudiar con fruto, que tienen madera de generales; de la necesidad de hacer entender claro, por medio de la ley, que ni ser oficial ni ser coronel da derecho, ni aun contingente, para ser general; de la precisión de crear de hecho la carrera de los elegibles para el generalato, aunque choque la frase, dentro de la carrera militar, cual la tienen ya ejércitos más adelantados que el nuestro.

IGNOTUS

EL "NEW RECORD OFFICE„

Teorías y práctica.—Verdadera significación del *Master of Rolls*.—Antiguos y moderno domicilio del Archivo Nacional Inglés.—Las tres salas de consulta.—Diferencia, por la materia de su fondo, entre el Museo Británico, Sección de Manuscritos, y el *Record Office*.—El Domesday Book.—Documentos históricos: Tarjas: Las cámaras incombustibles: Rollos-protocolos y Rollos-pipa: Diversas clases de diplomas: La Guía del señor Scargill Bird.—El Calendario y su inmensa importancia.—Publicaciones del Calendario.—Mobiliario del Archivo.—Trabajos de catalogación.—Forma de servir los pedidos en el *Record Office*.—Manía genealógica y sus consecuencias.—Significación del Gran Archivo Inglés.—Ánimo y adelante.

En una nación como la inglesa, cuya bandera ondea en tierras principalísimas de las cinco partes del mundo conocido, cuya legislación es tan complicada y difusa, y tan grande el número de fueros especiales y de tribunales de justicia; por fuerza los archivos han de tener excepcional importancia.

Con ser así, no existe un solo libro inglés de *archivología*.

Nosotros podemos vanagloriarnos, en cambio, de haber escrito mucho, y no del todo malo, á propósito de la historia, teoría de la ordenación, custodia, catalogación y administración de nuestros archivos.

Altamira y Crevea, Rodríguez Miguel, Domingo Timoteo Palacio, Porras Huidobro, Luis Miguel, Escudero de la Peña, Güemes y Villaume, Martínez Arrabal, Elías de Molins, Uhagón, Vignau, Catalina García y otros varios españoles ilustres contribuyeron, con aplauso de la gente del oficio, á que pueda escribirse hoy una no mezquina bibliografía de la Archivología en España.

Alfred Demersay y Geoffroy Grandmaison, entre los franceses; Isidoro Carini, entre los italianos, y el Dr. Beer, de Aus-

tria, desde el punto de vista histórico propiamente dicho, en relación con sus respectivas nacionalidades; también han publicado tratados importantes acerca de los archivos españoles en el siglo XIX.

No embargante tan copiosas teorías, ningún establecimiento de los españoles puede compararse, por su catalogación y buen servicio en provecho del Estado, de los eruditos y del público en general; al magnífico centro de los archivos ingleses establecido en Londres, y que lleva por título *New Record Office.*

El establecimiento, propio de la nación y modelo entre todos los de Europa, depende nominalmente del «Master of the Rolls», institución creada el año de 1849. Es este funcionario el primer magistrado de la «Corte de la Cancillería», y debe su conexión con los archivos al hecho de haber sido siempre el custodio oficial de los rollos de pergamino que contenían los autos de aquel tribunal. Entendía y entiende éste principalmente en asuntos territoriales, como posesión de fincas, censos, derechos de señorío, herencias de bienes raíces, etc., etc. Viene á ser, pues, una especie de Registro de la Propiedad de toda Inglaterra. Se custodiaban los rollos en la residencia oficial del dicho magistrado, antiquísima morada con su capilla (Rolls-chapel), aún más vieja, llamada «The Rolls House», que fue demolida hace pocos años. Cuando hace más de cincuenta se reformaron, uniéndolos, todos los archivos del reino, que antes estaban dispersos en varios ministerios y tribunales, en la Torre de Londres, «State Paper Office», Westmister Abbey y otros lugares, se adoptó como núcleo de fondos en el nuevo departamento—*New Record Office*—la *procedencia* en que me ocupo, ó sea la importantísima colección de *rollos* de la «Corte de la Cancillería»; y, como era natural, *nominalmente* quedó como jefe de todo el archivo el magistrado que venía siéndolo del fondo principal. Se construyó entonces (1850) una magnífica casa, propia para la conservación y seguridad de los documentos, sin prescindir de la antigua *Rolls House* como oficina y despacho para el personal del departamento.

Hoy ya no existen estas antiguas construcciones. Sustituídas fueron con inmensas ventajas por el gran archivo, espléndido edificio de estilo gótico, construído á prueba de incendios en Chancery Lane, y del que es jefe efectivo, si no estoy mal informado, Sir Henry Maxvell Lyte, caballero comendador de la Orden del Baño y Conservador delegado de los Archivos.

En el palacio del *New Record Office* hay tres salas ó departamentos distintos para el examen de la gran riqueza diplomática en él acumulada.

La más concurrida, generalmente, es la destinada á las busquedas legales. Esto se explica teniendo en cuenta que en Inglaterra no existe codificación, y la ley suele interpretarse á la letra, estableciendo jurisprudencia las innumerables sentencias dictadas en todo tiempo por los tribunales. De aquí nace la necesidad de continuas busquedas para consulta de los viejos rollos, archivos de tribunales y fallos inmemoriales vigentes al par de los que se dictan en la actualidad.

A «La Sala Pública» concurren principalmente escritores dedicados á investigaciones históricas, genealogistas—muchos de ellos americanos, deseosos de envolver en pergaminos sus libras esterlinas,—paleógrafos y simples curiosos, ó curiosos simples, de los que no faltan en ningún país de la tierra.

La sala tercera está dedicada expresa y exclusivamente á las busquedas oficiales por cuenta del Gobierno.

Diferénciase, por la materia de sus fondos, el *Record Office* de la colección maravillosa de manuscritos atesorada en el Museo Británico; en que aquél no está establecido principalmente para el servicio y solaz de eruditos y como rica fuente de investigación histórica, sino para servir á los tribunales de justicia de *doncella*, *criada (sic):* así le llaman los ingleses. Aquéllos remiten al archivo, desde hace algunos siglos, las sentencias originales, y en él, perfectamente catalogadas, se custodian, siempre á disposición de la justicia. En esto estriba, pues, la diferencia más esencial que puede establecerse por lo que atañe al carácter distintivo de ambos centros.

En el Museo se guardan innumerables manuscritos de muy diversas procedencias, cuya autenticidad no está depurada en absoluto; mientras que en el *New Record Office* ó archivo nacional, todos y cada uno de los documentos, por no haberse emancipado nunca de la custodia oficial, ofrecen la fe indiscutible del protocolo.

El «Domesday Book» (libro del día del juicio) constituye una curiosísima compilación ordenada por Guillermo el Conquistador (1027-1087), y es nada menos que inventario descriptivo de todos los territorios de Inglaterra, con sus propietarios, justiprecio de aquéllos, demarcación, etc., etc. La obra se compone de dos volúmenes: uno en folio mayor y otro en cuarto. Como compilación, conserva, en el día, íntegro su valor legal de *documento vivo* (sic); y por lo que hace al libro, materialmente es un portento, y se mantiene casi en tan buen estado, tan nuevo, como en los remotos tiempos en que se escribió. Su fuerte pergamino y clarísima escritura apenas si dan señales del manoseo de ocho siglos; y cuenta que, durante los dos ó tres primeros que siguieron á su formación, el robustísimo volumen era objeto de diarias y repetidas consultas. Antaño se guardaba, con otros documentos de interés, en una gran arca de hierro, que aún se enseña en el archivo; hoy se guarda, aunque no con tantas precauciones, entre cristales, probablemente infrangibles, como eran los de las anaquelerías de exposición—en los Estados Unidos, por el Centenario de Cristóbal Colón—de los papeles relativos al gran almirante, enviados por la casa ducal de Alba.

Entre los documentos históricos propiamente dichos, figura en el *New Record Office* el tratado que celebraron Enrique VIII y Francisco I, á consecuencia de su famosa entrevista en el *Campo de la tela de oro*, con firmas autógrafas y sellos auténticos de ambos monarcas.

Existe también en el mismo departamento la confesión arrancada, mediante la tortura, al conspirador Guido Fawkes, exaltado católico que intentó volar el Parlamento inglés

cuando Jacobo I se declaró en favor de los protestantes.

Como curiosidad se enseñan también en el archivo algunas de las antiguas tally-sticks (tarjas) usadas en otros tiempos para comprobar los pagos hechos á la Hacienda. El sistema era tan sencillo como ingenioso. Un palo de nogal se dividía, perpendicularmente, en dos mitades, y, unidas después, se practicaban tajos ó hendiduras en sentido horizontal, de forma que el procedimiento material daba por resultado una especie de talonario. Conservando, pagador y cobrador, cada cual su cuenta particular y corriente—es decir medio palo—era facilísima de verificar con sólo unir los dos trozos.

Semejante sistema de contabilidad primitiva, propio de algunas panaderías normandas, es conocido también en España, y yo lo he visto emplear en Andalucía entre labradores y panaderos.

Las *cámaras incombustibles*, en las que se guardan muchas toneladas de manuscritos á cubierto por completo de incendios, son verdaderamente extraordinarias, por no existir, que yo sepa, otras semejantes en país alguno, y por reflejar, como la fotografía reproduce á las personas y á los paisajes, la vida entera del gran pueblo inglés. Sección hay en aquel departamento que contiene más de 18.000 rollos de pergamino, algunos tan enormes, que suman hasta mil tiras de piel unidas entre sí. Llenaban aquellos rollos la misión de los modernos copiadores comerciales. Cada Real Decreto, cada disposición ó carta oficial, antes de promulgarse, se copiaba en un rollo de pergamino, que iba alargándose por la adición de nuevos trozos de piel.

Del nombre de este sistema de protocolización se deriva inmediatamente el título que aún hoy lleva el guardián principal y *nominal*, como hemos visto, de los archivos nacionales: ***Master of the Rolls***.

Los *rollos-pipa* toman el nombre un tanto chusco, no de su forma, sino de la semejanza que se les atribuyó, por su destino, con aquel utensilio del fumador. Constituye este fondo

la titulación completa de las rentas ó impuestos que, por distintos conceptos, cobraba la Corona desde el reinado de Enrique I (1100-1135).

Se supone que tales *rollos* representan la pipa ó pipas por donde ó en la que *se fumaba* el monarca montañas de oro y plata.

Existen, además, los *Chartes* (privilegios) *rolls*, los *Patent-rolls*, *Close* (cerrado) *rolls*, *Fine* (multa) *rolls*, y otras secciones cuyos nombres suelen tener origen caprichoso ó muy recóndito, relacionado con el primitivo del expediente ó legajo.

El Sr. Scargill Bird, distinguido archivero encargado del departamento de investigaciones, publicó, bajo la sanción oficial en 1895, una muy notable guía, que forma un grueso volumen en 4.°, en la que el curioso encuentra cuantos datos puede necesitar para la consulta de cualquier documento ó materia en aquel *maremágnum*. En el libro del Sr. Scargill constan, al pormenor, las clasificaciones de los múltiples fondos y procedencias del archivo, desde los tiempos del rey *Juan Sin Tierra* (1199-1216) hasta el año de 1833.

Recibe el nombre de *Calendario* un esmerado extracto de todos los documentos catalogados en el inmenso depósito, á disposición del público; extracto donde puede el curioso enterarse perfectamente de todo lo más esencial antes de recurrir á los originales para su definitiva consulta. Claro está que la titánica obra, única que conozco en su género en el mundo de la *archivología*, facilita de un modo sumamente práctico el estudio á las personas no versadas en paleografía y diplomática, para quienes los documentos originales serían ininteligibles.

Pero hay más aún, y casi más ya no cabe: el *Calendario* va imprimiéndose paulatinamente, y en él se insertan, *casi íntegros*, todos los documentos de interés. Así, por ejemplo, los fondos relativos á lo que llamamos nosotros Ministerio de la Gobernación estaban ya impresos pocos años hace, y comprendían desde 1547 hasta 1691 (65 tomos), y de 1760 á 1775 (4 tomos).

De los documentos del Ministerio de Estado (principalmente correspondencia diplomática y consultas) se imprimieron 12 tomos que abarcan los años 1547 á 1577, y puede que ya esté para terminarse la total publicación de este fondo.

Los papeles de toda clase de materias y asuntos relativos al reinado de Enrique VIII ocupaban hace poco tiempo 18 tomos del Calendario, y tal vez hayan visto ya la luz pública los tres ó cuatro que faltaban. También se imprimieron diversas series de documentos irlandeses, escoceses, coloniales, de la Tesorería del Consejo privado, de los Rollos Patentes, *Ayudas feudales*, Rollos de la Pipa, documentos relativos á la historia de Inglaterra, de los archivos de Simancas y de Viena—que comprenden 7 tomos redactados por D. Pascual Gayangos, y 5 del ilustre hispanófilo D. Martín Hume,—con más los de los archivos de Venecia y Roma.

Si el edificio del *New Record Office*, como el estuche á la joya, responde por sus proporciones, magnificencia y pormenores, estudiados con rara solicitud por los más notables archiveros ingleses; á la riqueza incalculable de sus fondos diplomáticos, no hay para qué decir lo que será el mobiliario, construído *ad hoc* y á todo coste: mesas de consulta, prácticas y comodísimas; atriles, caballetes de los que se suspenden los rollos, á fin de poder estudiarlos sin causarles el menor deterioro; cestas de construcción perfectamente calculada para el transporte fácil y seguro de los pergaminos; estanterías de hierro ligerísimas y muy ventiladas... ¿qué más?... hasta unos lápices tinta, especiales para el servicio del público, que al ofrecerle comodidad garantizan al par la conservación inmaculada de diplomas y papeles.

Los benedictinos trabajos de catalogación jamás se interrumpen en el gran archivo, caminando paralelos los de sus fondos antiguos y los de nueva entrada, pudiendo calcularse que hace ocho años iba ya despachada casi la mitad del enorme contenido en el *New Record*.

Ya se infiere, por lo que dejo dicho, que las oficinas del esta-

blecimiento están dotadas de personal suficiente en todos sentidos, dispuesto siempre á responder pronto y bien á las diarias consultas del público y de los tribunales de justicia. Cuando éstos han menester un documento antiguo para que figure como prueba en actuaciones modernas, se les sirve inmediatamente el pedido, facilitando una copia legalizada: los originales con ningún motivo salen jamás del archivo.

La manía genealógica, endémica en Inglaterra, y de la que van contagiándose los yanquis, proporciona extraordinario trabajo en el archivo nacional, necesitándose un servicio especial de empleados puesto á disposición de los rebuscadores de ejecutorias de nobleza.

Los naturales del país de Gales, sobre todos sus compatriotas, se distinguen por el afán de descender de los primeros monarcas ingleses ó normandos.

Por puro humorismo, el *New Record Office* conserva un documento cuya utilidad se limita á trazar la genealogía de cada uno de los naturales de aquella alegre región, remontándose hasta el patriarca Noé.

Tales vanidades, que molestan mucho á los empleados del archivo, proporcionan en cambio medios de subsistencia, con trabajo bien remunerado, á un gremio especial de señoritas sumamente expertas en el arte de espigar datos en los viejos diplomas.

No ofrece duda para mí que es el archivo, entre todas las otras oficinas y establecimientos humanos, el que retrata con más íntima exactitud al individuo y á las instituciones que lo crearon.

Por las escuetas noticias que acerca del colosal depósito diplomático inglés dejo apuntadas, paréceme que se abarca de un golpe, no sólo el inmenso poderío de la nación británica, si que también los más salientes caracteres étnicos de los hombres que, entre nuestros contemporáneos, más se parecen á los antiguos ciudadanos de Roma.

Y no se crea por todo ello que debemos nosotros avergon-

zarnos á la vista del cuadro esbozado y establecer odiosas comparaciones que nos lleven á cruzarnos de brazos, seguros de no poder lograr jamás, en punto á *archivonomía*, nada que á cien leguas se acerque á la casi perfección lograda por los ingleses.

Ya dije que de antiguo contamos en aquella ciencia con hilo y agujas de primera clase: sólo falta coser y cantar. Casa tenemos nueva y lujosa: el palacio de Recoletos, cuyo destino debió y debe limitarse en absoluto á Archivo y Biblioteca Nacionales. Y no ha de sobrar habitación para cartas, papeles y libros, teniendo presente los nuevos y sucesivos incrementos, entre los que hay que contar, sin remedio, con los magníficos fondos desterrados en el Castillo de Simancas, adonde tal vez hubiesen tenido más lógico acomodo los *papeles de guerra* que acabaron de estropear el Alcázar de Segovia, víctima del incendio y luego de desdichadas restauraciones.

Las grandes y acertadas iniciativas de que viene dando tantas y tan repetidas muestras D. Vicente Vignau, académico de la Historia, del Claustro de la Facultad de Letras de la Universidad Central y jefe del Archivo Histórico Nacional; proclaman que el personal del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, respondiendo á los fines para que fué creado, es sobradamente apto para el establecimiento y conservación de un depósito diplomático modelo en su género.

Ánimo, pues; con un poco de solicitud por parte del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, y sin grandes dispendios, puede conseguirse, en poco tiempo, que los españoles, eruditos é indiferentes; los que van en tranvía y los que á pie pasean por las aceras de Recoletos, contemplen con entusiasmo ó simpatía el palacio guardajoyas de nuestra gran historia nacional, como todo inglés, desde la calle ó la imperial del ómnibus, se recrea siempre al pasar, mirando hacia la artística mole del *New Record Office*.

El Conde de las Navas

29 Agosto 1903.

VALOR DE LA CONCIENCIA

Y DE LA INTERVENCIÓN REFLEXIVA

Es muy posible que los lectores encuentren poco concreto y expresivo el título anterior. Nada tendrá de extraño. Preténdese abrazar con él una serie de cuestiones que, si bien enlazadas por un vínculo interno, según se verá en el curso del trabajo, sin embargo, exteriormente aparecen como heterogéneas y disgregadas las unas de las otras. También los escritores suelen tratarlas con separación, como perfectamente ajenas entre sí. Eso hace que, al buscar un epígrafe común á todas ellas, no lo hayamos encontrado con facilidad y hayamos tenido que echar mano del que va al frente de estos renglones, muy general sin duda alguna.

¿De qué manera se verifica la evolución del Universo? ¿Obedece á una dirección consciente? ¿Cómo se desarrolla la vida? ¿Cuáles son los factores de la historia humana? ¿Qué valor debemos atribuir á la conciencia? ¿Cuánto poder á la educación? ¿Qué influjo á las leyes de un Estado y á la acción de sus autoridades?

He aquí otros tantos problemas que tenemos el propósito de tocar. Como el lector ve, no son nuevos; todos ellos han sido discutidos y lo siguen siendo. Pero las discusiones suelen referirse á cada uno de los mismos, aislado, como independiente de los demás, y yo no pretendo hacerlo así. Por el momento, no me interesa terciar en esos debates, que llamaré parciales; ya lo he hecho algunas veces. Precisamente la participación que he tomado en uno de ellos me hizo pensar, al

tratarlo (1), si las reflexiones fundamentales que respecto del mismo me ocurrían no eran aplicables á otras muchas materias, y por lo tanto, si el problema dicho no debía ser considerado como un caso particularísimo, algo así como un mero episodio de otro problema mucho más trascendental y amplio.

De este último quisiera decir ahora algunas palabras. Pero, antes de comenzar á hacerlo, me urge formular una advertencia ó declaración que ruego se tenga muy en cuenta. No va á ser este artículo un estudio de erudición ni de controversia; tampoco de afirmaciones doctrinales y dogmáticas: será más bien un trabajo que pudiera calificarse quizás de *impresionista*. Su autor huirá todo lo posible de exponer opiniones é hipótesis ajenas respecto de los puntos que irá tocando; hipótesis y opiniones que él, por otra parte, desconoce casi del todo. De las más de ellas sólo tiene referencias remotas. Habrá de limitarse, en vista de lo dicho, á dar cuenta de buen número de dudas que á él le asaltan, y de las preguntas que á menudo se hace á sí propio. Todo ello brevísimamente, no más que en esbozo, dejando para otra ocasión el desarrollarlo con más amplitud. Y con esto queda terminado el preámbulo.

Tiene el hombre la tendencia á referirlo todo á sí mismo. Cada uno de nosotros se erige en centro del Universo entero, es un antropocentrista práctico. No diré yo ahora si esta tendencia merece ser favorecida, ó contrariada y rectificada; me limito á consignarla como un hecho. Tenemos todos, aun los de menos desarrollo psíquico, ya que no la idea (como en muchos ocurre), cuando menos el sentimiento de nuestra distinción é independencia frente al mundo. Antes que éste y sobre éste me hallo yo. Mientras á mí mismo me encuentro y me percibo directamente, y, por lo tanto, puedo afirmar con perfecta certidumbre mi realidad, lo que no sea yo (incluso, muchas ve-

(1) Especialmente, en mi libro *Valor social de leyes y autoridades*, Barcelona, sucesores de Manuel Soler, editores, 1903, perteneciente á la colección de *Manuales Soler*.

ces, lo que á mí me constituye: mi cuerpo, mis concepciones, mis representaciones, mis afectos...) no lo percibo sino á través de mí, y no me es dado certificar, por consiguiente, de que sea tal y como yo lo veo, ni aun siquiera de que exista verdaderamente, fuera de mí. Por eso este problema ha dado tanto que hacer á los pensadores. Mas, por otro lado, tampoco dejo de comprender que yo no soy el mundo, y que éste existe y funciona con independencia de mí, ó al menos con cierta independencia. Muchos semejantes míos van desapareciendo de la escena, no obstante lo cual, el mundo continúa su marcha. Igual pasará conmigo.

Esta irreducible dualidad de términos es una fuente inagotable de problemas para los hombres; para todos los hombres, pero muy singularmente para los que más ejercitan su pensamiento. Todos tienen, si no conceptos claros, hijos de madurada reflexión, desde luego el sentimiento, la intuición, el instinto, dígase como se quiera, cuándo de su dependencia y heteronomía con relación al mundo, cuándo de su autonomía y de su poder sobre éste. La religión es la principal forma, la única acaso, del sentimiento de aquella dependencia. ¿Qué soy yo? ¿Dónde estoy? ¿Á qué he venido al mundo? ¿Cómo debo obrar? ¿Desde cuándo y hasta cuándo tendré existencia? El misterio que envuelve á todas estas preguntas lleva consigo, para el que se las hace, cierta conciencia de la propia pequeñez é insignificancia, de la subordinación en que se halla con respecto á poderes extraños que no conoce, y á los que por eso mismo teme. Si no es ésta la causa única y originaria de las religiones, la verdadera raíz psicológica de las mismas, con sus actos del culto (que son otras tantas manifestaciones de sumisión y esclavitud), paréceme indiscutible que figura á la cabeza de todas las demás.

El valor de cada uno de los términos que componen la dualidad aludida es muy distinto. Del primero de ellos sabemos algo con perfecta seguridad; del segundo, nada. De puertas adentro, que podríamos decir, hay algún conocimiento en fir-

me, aunque tampoco muchos; de puertas afuera todo se vuelve hipótesis, incertidumbre, ansia de luz é imposibilidad de encontrarla. Y así caminamos enteramente á tientas. Algunos ejemplos vendrán á demostrarlo.

Compónese el Universo de multitud de seres, cuyas acciones y reacciones mutuas se combinan de innumerables modos. Obran en él fuerzas diversísimas, las cuales dan á veces resultados que tenemos por excelentes y muy provechosos, y que otras veces los producen nocivos. La realidad, que es lo mismo que por otro nombre llamamos *Naturaleza,* sigue impasible su camino, sin cuidarse, al parecer, de si con sus movimientos nos favorece á nosotros, ó nos daña. Decimos, por meras inducciones é hipótesis, puesto que no tenemos garantías de certidumbre respecto del particular, que las leyes naturales se cumplen indefectiblemente, merced al engranaje y eficiencia causal de las cosas; pero, al cumplirse, no siempre lo hacen en el sentido de los fines que perseguimos nosotros, los hombres, sino que á menudo los contrarían, dificultan ó estorban. La simetría y el orden que observamos en el sistema del mundo externo nos dejan sorprendidos y hasta anonadados, como si fueran obra de un designio inteligentísimo y eminentemente previsor; pero eso no impide que un instante después cambie la posición de nuestro espíritu, al contemplar cómo esa misma Naturaleza, tan admirada, parece complacerse en destruir—«con refinada crueldad», según se dice en ocasiones—su propia labor, su labor de años ó de siglos, arrastrando también consigo frecuentemente, en esa destrucción, las obras levantadas con lento y fatigoso trabajo por los hombres (1).

---

(1) Non ha natura al seme
dell' uom più stima o cura
ch' alla formica: e se più rara in quello
che nell' altra è la strage,
non avvien ciò d'altronde
fuor che l'uom sue prosapie ha men feconde.

(Leopardi, *La ginestra.*)

Ahora bien, la producción de todos estos fenómenos, ¿cómo se verifica: consciente ó inconscientemente? ¿Son ellos la resultante inevitable de una acción ciega, fatal, conforme decimos á menudo, que nadie dirige, que no lleva ningún propósito, ni se cuida de si hace bien ó mal, tras de la que no existe sujeto consciente que de ella se sirva por modo reflexivo para el cumplimiento de sus bien elaborados propósitos? O, por el contrario, ¿representan otras tantas voliciones, otros tantos actos concretos, meditadamente puestos en ejecución por uno ó varios seres conscios? Vale ello tanto como preguntar si la aparición y desarrollo de ese conjunto, al cual llamamos Universo, y la vida de los innumerables seres que en su seno se agitan, han dependido en todo tiempo y siguen dependiendo de fuerzas exclusivamente mecánicas, cuyo encadenamiento causal es externo y á la vez indefectible, siempre igual, puramente físico, no iluminado por luz de inteligencia; ó si, al revés, domina en ellos una persistente dirección teleológica, que lo dispone todo en atención á los fines y designios que la misma persigue.

Hay aquí un problema metafísico, de solución acaso imposible, como los demás de su género. Respecto de él, lo mismo que respecto de estos últimos, solamente caben conjeturas y suposiciones, más ó menos ingeniosas. Tanto puede uno inclinarse á admitir, panteístamente, con bastantes filósofos, la existencia de un gran Sér, donde la ahora irreducible oposición de espíritu y materia, de realidad psíquica y realidad física desaparezca, componiéndose en unidad: Sér que se identifique con el Universo, del cual sean partes integrantes todos los seres y elementos de este último, y á cuya conciencia no escape absolutamente nada, de suerte tal que ni siquiera haya un solo fenómeno que no represente un movimiento perfectamente conscio, voluntario, encaminado á un fin de antemano previsto; como puede también figurarse que, existiendo ese gran Sér, existe con entera independencia del mundo, como una realidad distinta del mundo, obra suya, formado por él conforme á un plan preconcebido, y al cual rige, es verdad,

reflexivamente, hasta en sus más ínfimos pormenores, sin dejar uno, pero lo rige desde fuera, sin confundirse con él, según pasa en la otra concepción de que acabamos de hablar. Esta segunda es la concepción teísta, de un Dios personal, omnisciente y omnipotente, que crea á voluntad el mundo, imprimiéndole leyes á las que tiene que sujetarse sin remedio y cuya marcha vigila y encauza Él providentemente; concepción en la cual, por lo mismo, parece que la realidad queda dividida en dos partes: una, que monopoliza la dirección, la inteligencia, la conciencia; otra, el mundo, que se mueve por impulso extraño, que no se da cuenta de sí misma, sino á lo más en porciones mínimas y por participación y concesión de la otra; que no tiene en sí su fin ni lo conoce, y que, en suma, viene á ser como un *caput mortum* sobre el que la primera ejercita sus actividades. A la concepción teísta podemos asimilar también, bajo el respecto que ahora se estudia, aquellas otras, v. g., la del politeísmo pagano, que colocan, tras de cada fenómeno natural, una fuerza extranatural y oculta que regula directa é inteligentemente su producción.

Pero con admitir cualquiera de estas presunciones, tan admisibles—ó tan inadmisibles, según queramos—las unas como las otras, creo que no hemos adelantado nada para resolver el problema fundamental que nos ocupa; antes bien, aumentan las dudas á que el mismo da origen. Y si no, veamos, por ejemplo, lo que pasa con el teísmo. Nos fijamos en esta solución por ser la más aceptada y corriente en la sociedad que nos rodea; pero podríamos fijarnos lo mismo en cualquiera de las otras, á las cuales les son aplicables, *mutatis mutandis*, la generalidad de las consideraciones que vamos á hacer.

La hipótesis de la creación del mundo por un Sér Supremo, anterior á él y distinto de él, puede revestir dos formas. La primera es ésta: el mundo es un mero *fiat* de su autor, un producto completamente voluntario del mismo. Como lo ha creado, ha podido también no crearlo. Si lo ha creado tal y como es, pudo igualmente crearlo de otro modo. El mundo es, por lo

tanto, contingente. Las cosas no tienen una naturaleza inmutable. Si ahora son tal y como las vemos, podrían perfectísimamente ser de otro modo, con tal de que su creador lo hubiese querido ó con tal de que cualquier día le plazca variar la esencia de ellas. Los sucesos se producen como se producen, no por necesidad interna de las cosas mismas y de sus relaciones, sino por mera voluntad de su autor y director. Si á éste le pluguiese, ni dos cosas iguales á una tercera serían iguales entre sí, ni todos los radios de un círculo tendrían la misma longitud, ni el principio de contradicción sería verdadero, ni los ríos correrían hacia abajo, ni las acciones que actualmente consideramos como buenas ó malas (la moralidad objetiva que se dice) revestirían este carácter. Todo podría ser de modo distinto á como es, ó no ser de ninguna manera, con sólo que Dios lo quisiese. La presencia del mal en el mundo—sobre la cual han discutido no poco los pensadores—habría que atribuírsela al mismo Dios. Por eso aseguran algunos, á quienes parece no les falta razón, que existiendo el mal en el mundo, creado por Dios, á Éste no podemos concebirlo como infinitamente bueno y omnipotente á la vez (1).

Resuelta la cuestión de esta suerte, parece que no cabe duda alguna tocante á la intervención reflexiva en la marcha del Universo. Éste se presenta ante nuestros ojos como un mecanismo cuya disposición y funcionamiento depende en absoluto del arbitrio del que lo maneja y dirige. Sin que preceda la orden dada *ad libitum* por este último, no se mueve ni siquiera la pieza más insignificante del primero, ni siquiera la hoja de un árbol. Calcúlese, pues, la cantidad de acción consciente que el Sér Supremo tiene que emplear en todos los momentos. Nuestra inteligencia se ve obligada á enfrascarse aquí, como en tantas otras cosas, en un océano de confusiones. Tras-

(1) «O el Sér Supremo—se dice—es omnipotente, y en tal caso no puede ser infinitamente bueno, puesto que el dolor y el mal existen en el mundo; ó es infinitamente bueno, y en tal caso no puede ser omnipotente, puesto que si lo fuera habría impedido la existencia del dolor y del mal.»

ladando fuera de nosotros mismos la noción de la causalidad final que en nuestro propio hacer domina, todos cuantos fenómenos tienen lugar en el orden de las relaciones naturales los ponemos á cargo de un director y vigilante de los mismos. Pero esto, que se dice fácilmente, es difícil explicarlo y hasta concebirlo con sólo detenerse un poco. ¿Qué suma de conciencia no habría precisión de emplear, en el supuesto de que la vida de una planta, v. g., sólo de una, dependiera exclusivamente del cuidado que tuviese con ella el agricultor? Supongamos que ninguno, absolutamente ninguno de los fenómenos físicos, químicos, fisiológicos de que la vida en cuestión resulta, se verificara si no precedía una orden expresa del horticultor. ¿Cuántos de éstos sería preciso que estuvieran en vigilancia permanente? Y aun así la planta moriría, porque multitud de las condiciones indispensables para que continuase subsistiendo quedarían forzosamente descuidadas. Cuanto más ahonda la investigación humana, es decir, eso que suele denominarse «la ciencia», que es labor reflexiva y teleológica, más van comprendiendo los hombres lo insondable del campo de la realidad cognoscible y dirigible, igual aquí que en otros órdenes; más van persuadiéndose de que el dominio de lo inexplorado es infinitamente más extenso que el de lo conocido, y de que, por consecuencia, el horizonte que abarca nuestra conciencia tiene que ser reducidísimo en comparación con el de lo para nosotros inconsciente, donde ejercen su acción las causas que no dependen de nosotros. Pues bien: si esto podemos decir cuando concretamos la pregunta á una sola planta, ¿qué no sucederá si tras de ella la extendemos á todo un jardín, y luego á las plantas de toda la flora terrestre, y después á las complicadísimas funciones de todos los animales, á comenzar por los infinitamente pequeños, y más tarde á todas las acciones y reacciones físicas y químicas del mundo inorgánico, y por último á todos los seres del infinito orden estelar? ¡Calcúlese, repito, si es posible, la cantidad de vigilancia, ó lo que es lo mismo, de acción inteligente y conscia, que sería preciso

para regir el Universo en el caso de que no hubiera parte alguna de él entregada á su propia suerte, sino que todas respondieran, en todos los momentos, á designios preconcebidos y fueran como la ejecución y concreción externa de otras tantas voliciones!

Se puede, sin embargo, pensar que no es precisa la intervención directa del poder director en cada momento y fenómeno. Podemos suponer que las cosas han sido creadas de una vez, con una especial naturaleza; que se les ha impreso un movimiento inicial con arreglo á leyes determinadas, que son las que llamamos leyes naturales; que estas leyes tienen eficacia en tanto que la causa creadora no cambia ó suspende su acción (milagro, alteración de un orden), por lo cual se las puede considerar como fijas, inmutables, universales; pero que la referida causa puede torcer ó modificar la acción de las mismas cuando bien le parezca... En tal caso, la intervención reflexiva del Sér Supremo en el gobierno del mundo no necesita ser permanente; se parecería más bien á la operación del químico —según advertía Renán,—operación consciente sólo en sus comienzos (1).

---

(1) «Nada nos prueba que exista en el mundo una conciencia central, un alma del Universo; pero nada prueba tampoco lo contrario. No notamos en el Universo ningún signo de acción libre y reflexiva. Se puede afirmar que, desde hace millares de siglos, no ha habido acción de este género. Pero millares de siglos no son nada en el infinito. Lo que llamamos largo es muy corto, relativamente á otra medida de grandor. Cuando el químico ha dispuesto una experiencia que debe durar un año, no toca á sus aparatos durante el tiempo fijado. Todo lo que pasa en el fondo de las retortas está regulado por las leyes de la inconsciencia absoluta: lo que no impide que una voluntad haya intervenido al principio de la experiencia é intervenga al fin. En el intervalo han podido introducirse en el aparato millares de microbios. Si estos microbios tuviesen inteligencia, podrían permitirse decir: Este mundo no está regido por ninguna voluntad particular. Y tendrían razón, por lo que se refiere al corto período entregado á sus observaciones; mas por lo que respecta al conjunto del gran Universo, se engañarían. Lo que llamamos el tiempo infinito es, acaso, un minuto entre dos milagros...»

Bajo otro aspecto, la concepción que ahora nos ocupa tampoco se ofrece al pensamiento como suficientemente satisfactoria. Pensar, v. g., un Dios que tanto puede hacer una cosa como otra ó no hacer ninguna, sin que por eso deje de ser lo que es ni pierda sus excelsas propiedades; un Dios que mañana puede convertir en bueno y racional lo que hoy, por voluntad suya, es todo lo contrario; un Dios indiferente é impasible por naturaleza, lo mismo ante el bien que ante el mal, ó mejor dicho, para quien ni el bien ni el mal existen sino porque él les da vida, porque él quiere... es una idea ante la cual nuestra mente no se queda tranquila. Mucho más aceptable parece aquella otra, según la cual, Dios, infinitamente bueno é infinitamente sabio, no hace ni puede querer hacer más que aquello que sea de suyo racional, y por consiguiente, obligado. Por eso, los mismos teólogos y filósofos teístas aseguran que en Dios no existe, como en los hombres, la que llaman libertad de contrariedad, esto es, la facultad de hacer ya el bien, ya el mal, sino que sólo existe la libertad de hacer el bien (verdadera necesidad); y del propio modo, la mayoría de ellos se inclina á suponer que la moralidad objetiva de los actos humanos no depende de la voluntad divina, sino que, antes bien, está por encima de ésta ó se identifica con ella, no pudiendo Dios querer nada que por sí mismo no sea bueno. Pero este punto de vista cae ya dentro de la segunda forma de la hipótesis que examinamos.

Según la cual, las cosas tienen, de siempre, su íntima inmutable esencia, su esencia metafísica, á la cual se ha atenido Dios, como no podía menos, al crear el mundo. De manera que éste produce sus fenómenos obedeciendo á propia necesidad interna, á ley de su propia constitución, formulada reflexivamente, mas no impuesta, no creada de primera planta por el Hacedor Supremo. El concepto de aquella necesidad existía ya *ab æterno* en la inteligencia infinita (ley eterna, ideas arquetipos, que dicen los escolásticos); pero la realidad que á dicho concepto daba el contenido era en cierto modo exterior á esa

inteligencia é independiente de la misma, no un producto suyo. Miradas así las cosas, la acción divina sobre el orden y la marcha del mundo, ó dicho de otro modo, el gobierno providencial de éste, no es espontáneo, sino al contrario, encadenado por las solicitaciones de un deber previamente reconocido. Aunque la creación y la evolución de los seres obedezcan á un plan trazado en la mente de Dios, ese plan no ha podido Dios formarlo á su arbitrio, discrecionalmente: le ha sido impuesto por la misma esencialidad real. Ahora, si esta esencialidad es inconsciente, ciega, ¿no resulta el mundo regido también en el fondo, del mismo modo, es decir, ciega é irreflexivamente? Sólo cabría contestar á esta pregunta en forma negativa, cuando se admitiese que la esencialidad de referencia era producto libérrimo de algún otro sér, de otra especie de Creador, anterior y superior á Dios mismo; con lo que, lejos de quedar resuelto el problema, no haríamos otra cosa sino diferirlo, para plantearlo nuevamente con relación al nuevo sér con que nos tropezábamos.

Dejemos para otra vez estas honduras metafísicas, que constituyen enigmas indescifrables, y vengamos á otro terreno que parece más firme por caer bajo el dominio de nuestra experiencia. De las relaciones entre el mundo y la acción de su Creador y Motor Supremo, descendamos á considerar las que existen entre el mismo mundo y la obra de los seres más inteligentes que lo pueblan.

¿Qué valor tiene la acción humana? ¿Cuál es la potencia de la misma para dar origen á órdenes de cosas, distintos de los anteriores? ¿para sustituir un orden por otro? ¿para improvisar acontecimientos é instituciones? ¿para encarrilar, torcer, provocar, acelerar, retardar el curso de los sucesos?

A dos esferas diferentes se viene refiriendo, por lo regular, el influjo de esta acción: á la de la naturaleza física y á la de la historia. Tocante á la primera, el influjo de que se trata se considera sumamente limitado. Aquí es donde de mejor gana

reconoce el hombre su impotencia y subordinación, y donde, por lo mismo, cree que predomina en proporción enorme la obra regular y continua de fuerzas irreflexivas y fatales, sobre la dirección inteligente, teleológica y previsora. Se halla convencido de que, sea cual sea el origen del mundo por antonomasia llamado «natural», y aun cuando su creación haya obedecido á designios reflexivos, una vez creado se rige por leyes constantes é invariables, que su autor le imprimió para siempre, y las cuales se cumplen sin remedio, haga el hombre lo que haga. Unicamente en casos milagrosos cabe admitir excepciones; pero al hombre, en cuanto tal y sin la asistencia divina, no le está consentido hacer milagros. La conciencia humana, cuando interviene con relación al sistema de la Naturaleza, parece no tener otro oficio que el de mero acompañante. Sepa ó no sepa el hombre cuál sea la índole y poder de las fuerzas físicas y químicas, estas fuerzas obran siempre del mismo modo. Aquél se afana constantemente por penetrar, como él dice, en los secretos de la Naturaleza; pero sorpréndalos ó no los sorprenda, la Naturaleza continúa imperturbable, y muy á menudo despiadada, su camino. Lo mismo hacen los cuerpos siderales sus evoluciones en el espacio, hoy, después que los estudios astronómicos han permitido saber algo tocante á su composición, movimientos y relaciones, que las hacían anteriormente, cuando todo esto era desconocido. Y otro tanto cabe decir de los restantes órdenes y partes del Universo «natural».

Sólo que, mientras el hombre es totalmente extraño á los seres y fenómenos de la Naturaleza por todo el tiempo que los desconoce, desde el momento en que, por efecto de la observación y el estudio, va dándose cuenta de ellos, es decir, penetrando en ellos por el intermedio de su conciencia, parece como que se identifica en cierto modo con ellos, y que se pone en aptitud de influir sobre los mismos y de dirigirlos, hasta cierto punto, como si fueran acciones propiamente suyas, partes integrantes de su propio sér. Una vez que—gracias á la

observación irreflexiva y directa, ó á aquella otra observación más detenida, complicada y difícil, que solemos denominar investigación científica—conseguimos conocer las leyes naturales y, por consiguiente, su virtualidad y modo de producir sus efectos, nos colocamos en disposición de dominarlas y ponerlas á servicio nuestro, si bien sólo dentro de ciertos límites, á saber: únicamente ordenando las cosas de manera tal, que unas energías naturales contrarresten la eficacia de otras, ó por el contrario, las ayuden y cooperen con ellas al mismo fin. No podemos ir más allá. Toda nuestra ciencia no nos sirve para añadir ni para suprimir una sola de las leyes naturales que nos encontramos existentes en el mundo que nos rodea. De todas suertes, parece indiscutible que la intervención humana voluntaria, reflexivamente querida, en el campo de los fenómenos naturales es un factor no despreciable, y que la potencia del mismo está en razón directa del conocimiento que tengamos de esos fenómenos y de las leyes á que están sometidos. No es otra la razón de las fecundísimas aplicaciones que en el siglo anterior se han hecho, y se harán más aún en el presente y los venideros, de los progresos realizados por las ciencias estrictamente llamadas «naturales» y «físicas».

Una duda puede con justo motivo asaltarnos. Cuando nosotros, dentro del reducido círculo en que nos es dado intervenir en el orden de la Naturaleza, modificamos la obra espontánea de ésta, no podemos saber si lo hacemos en el sentido que lo desea la suprema inteligencia y voluntad que rige el mundo, ó en un sentido que la desagrade; no sabemos si nos estamos convirtiendo en cooperadores y auxiliares de los fines y designios del Infinito, ó en enemigos suyos. ¿Quién será capaz de decir si cuando, por ejemplo, talamos y descuajamos un monte, ayudamos la obra de la Naturaleza y nos conformamos con la voluntad divina, ó si las contrariamos? La respuesta que se dé á esta pregunta está relacionada muy directamente con la cuestión aquella, según la cual, la Naturaleza, como sujeto de fines que los hombres deben conocer, respetar y favorecer,

tiene, frente á éstos, verdaderos derechos, y en cambio los hombres tienen frente á ella deberes.

Pasemos ahora al campo de la historia, que es el de los fenómenos sociales, aquel donde se entrecruzan, obran y reobran mutuamente las acciones individuales y sus respectivos productos. A diferencia del anterior, ó sea el de la Naturaleza, al cual suelen contraponerlo los escritores y filósofos, el territorio de la historia parece sometido completamente al poder de la voluntad humana. Es un dominio que, aun cuando creado y regulado por Dios, ha sido por Éste entregado, según se dice con frecuencia, «á las disputas de los hombres». De éstos, exclusivamente, de su dirección é intervención reflexivas, se ha venido juzgando que depende toda la vida social, con sus variadísimas y complejas manifestaciones. Aunque se suponía que este orden se halla sometido á leyes fijas é invariables, como aquellas cuya existencia se reconoce unánimemente en el orden natural ó físico, sin embargo, no se pensaba que su desenvolvimiento obedeciera tan sólo, según acontece con este último, á la acción de causas ó fuerzas naturales, que actúan indefectiblemente; sino que se admitía la interposición de un elemento especial, el acto humano, con poder suficiente para producir, á discreción suya, los resultados que le pareciese oportuno. La idea del encadenamiento causal fijo y de la consiguiente naturalidad de los fenómenos quedaba aquí proscrita. Se reconocía la presencia del factor libre, suelto, independiente de cualquier otro, voluntarioso, poco menos que omnipotente. Al sujeto de la historia, el hombre, se le consideraba dotado de una facultad que no podían ostentar los demás seres del Universo; pues en tanto que estos últimos se hallaban de todo en todo sometidos á las leyes naturales, sin poder en ningún momento sustraerse al imperio de las mismas, aquél, en cambio, si bien sufría la presión de esas leyes, podía, en cuanto hombre, sustraerse al influjo de ellas, hacerse superior á ellas y obrar como le pluguiese, sin que sus acciones obede-

cieran á causa alguna más que á su espontánea y libérrima voluntad.

Las ciencias que se ocupan en el estudio de los hechos humanos, históricos y sociales—hechos que en realidad no pueden recibir el nombre de fenómenos, supuesto que se les mira como sustraídos á la mencionada causalidad natural,—ó lo que es lo mismo, aquellas ciencias á las cuales, por contraposición á las físicas, se designa con el calificativo de «morales», no podían, en rigor, conocer principios invariables, ni sacar conclusiones seguras, ni hacer predicciones ni cálculos fundados respecto del porvenir; pues la acción humana, que les sirve de materia de examen, no se deja disciplinar ni encerrar en moldes inflexibles, iguales para todos los casos; sino que, libre como es, sin vínculo alguno que la sujete, presenta, cada vez que se produce, una fisonomía privativa y característica. La cadena de los acontecimientos humanos y sociales, contenido de la historia, se veía, mirándola por este aspecto, rota á cada paso por la intromisión consciente y voluntaria de los individuos; y era, por consecuencia, imposible formular leyes generales á que la conducta de éstos estuviese sometida, quisieran ó no quisieran, ni tampoco prever el curso futuro de los sucesos. El mundo social era como un conglomerado de actos espontáneos, sin más lazo entre todos ellos que otro ú otros actos de la misma índole, realizados por individuos determinados, que se imponían á los demás por la fuerza (v. g., la esclavitud, las conquistas, los mandatos legales obligatorios por la fuerza, las penas...). Los historiadores no se ocupaban, por lo mismo, regularmente, sino de narrar ó describir acciones aisladas, y sobre todo las más llamativas y las ejecutadas por aquellos personajes que ocupaban puestos preeminentes, tales como las de los príncipes, caudillos, legisladores, etc. Cuando hacían otra cosa, lo hacían á costa de sus propios principios teóricos.

Poco á poco ha ido entrando la rectificación en este criterio. Los mismos historiadores, descontentos á veces de su la-

bor meramente narrativa, y no satisfechos con renunciar á explicarse las conexiones causales de algunos acontecimientos que les parecía imposible obedecieran tan sólo á voliciones, caprichos ó genialidades individuales, comenzaron á darse á la investigación de las causas de los mismos. El concepto de la *causación histórica* se ha apoderado gradualmente del cerebro de los pensadores é historiadores, y hoy la historia, juntamente con la mención narrativa y descriptiva de los sucesos, es para todo el mundo la averiguación y análisis de las causas á que es debida la producción de éstos. No hay ninguno al que no traten de buscarle las raíces en sus conexiones con otros fenómenos naturales ó sociales antecedentes y concomitantes, y al que no consideren á su vez como engendrador, á lo menos en parte, de otros posteriores. De la crónica antigua, mera reunión de hechos sin visible vínculo interno de unos con otros, se ha ido pasando, primero, á la historia, como exposición de actos humanos y de sus engranajes más inmediatos y aparentes; después, á la constitución de la llamada «filosofía de la historia», serie de tentativas encaminadas á sustraer los acontecimientos históricos á la dirección exclusiva de la conciencia individual, sometiéndolos, en cambio, á leyes fijas, independientes del arbitrio humano; y por último, á la concepción sociológica de los dichos acontecimientos, considerándolos, no ya desde un punto de vista individual, como acciones libres exentas de todo influjo causativo, fuera del de la voluntad del sujeto que las ejecuta, sino como hechos sociales colectivos, hijos de innumerables causas, la mayoría de las cuales obran inconscientemente, y á cuyo examen y discernimiento hay que dedicarse, lo mismo que se consagran los estudiosos á la averiguación y análisis de las causas de otro cualquier orden de fenómenos naturales. El cultivo moderno de las ciencias sociales depende cabalmente de eso: de haber ido persuadiéndose cada vez más los hombres de que el dominio de la historia, los hechos históricos y sociales, no puede quedar abandonado á los azares del arbitrio humano, sino

que entra dentro del círculo de la causalidad natural y de sus universales é inflexibles leyes. Sólo de esta manera parece posible hacer de la historia una ciencia, carácter que le niegan por eso cuantos pretenden seguir considerándola al modo antiguo.

Paralelamente, se viene operando en ella otro cambio. Ha dejado de ser su sujeto las personalidades culminantes, para ceder el puesto á la masa social entera, á la colectividad más ó menos anónima; y los escritores de historia, mientras conceden cada día menos atención é importancia á la obra de los «de arriba», á la acción reflexiva de los reyes, ministros y poderosos, van, por el contrario, fijándose más y más en la labor lenta y callada del pueblo, de la muchedumbre, de la sociedad, por ver en ella el factor verdadero, el verdadero determinante, no reflexivo y voluntario, sino más bien inconsciente, de los fenómenos sociales. Los mayores resultados que puede dar la acción de un hombre, aun del que supongamos más activo y potente, son escasísimos, ó mejor dicho, microscópicos é insignificantes, á los ojos de la historia. Por de pronto, sin elementos cooperadores sociales, es decir, sin lo que llamamos un ambiente social favorable: sin gentes que acojan bien y secunden las iniciativas, sin opinión pública propicia, y sin un conjunto de factores reales que hagan posible el desarrollo de tales iniciativas, el individuo más arriesgado y emprendedor se moverá en el vacío. ¿Qué sería capaz de hacer un tirano, un autócrata, si todos sus soldados, sus empleados, sus súbditos se pusieran frente á él, ó no se hubiera encontrado, al sentarse en el trono, con una máquina perfectamente montada, que él no hace sino empujar para que se mueva? Ya se lo decía á Felipe II su bufón: «¿Qué harías tú, Felipe, si tus vasallos dijeran que no, mientras que tú dijeses que sí?» Imaginémonos también un genio industrial ó artístico, verbigracia, en un país salvaje, donde ni hubiera máquinas, ni escuelas, ni otras muchas cosas que los artistas y los industriales han menester para ejercitar y desarrollar sus actividades: ¿qué productos podría legar á la historia?

Por otra parte, y aun prescindiendo de lo que se acaba de decir, consideremos que ésta es preciso mirarla á través del tiempo y con relación á todas las épocas y pueblos. Y entonces, ¿á qué viene á quedar reducida la labor de uno ó muchos hombres, individualmente considerados? Los que vivimos al lado de ellos nos los representamos como elevadas eminencias; mas á los ojos del historiador, que debe contemplar las cosas desde un punto de mira lo más elevado posible (por lo cual se dice que la historia propiamente dicha no pueden hacerla los contemporáneos de los sucesos narrados, sino los que vengan después de ellos), esas eminencias, ó son enteramente imperceptibles, ó quedan reducidas á bien poca cosa. Pasa lo mismo que con las montañas de la tierra. Si en la historia universal significan tan poco los nombres más salientes: Sócrates, Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Alejandro, César, etc., ¿qué significación han de tener, v. g., los directores de la presente política europea, en quienes suelen fijarse todas las miradas, como si estuviera en sus manos la suerte del mundo? Viendo á conveniente distancia los acontecimientos históricos, se percata uno fácilmente de que son ellos el producto de una labor larguísima, cuyo sujeto agente es la masa social, la masa anónima, y que en esa masa ó montón anónimo venimos al cabo á caer todos, altos y bajos. Mirada desde este punto de vista, ¡cuánto se empequeñece la tan ponderada acción reflexiva individual, aun la de los más grandes hombres! La conciencia, más que otra cosa, parece aquí un simple acompañante de algunos actos. El historiador concienzudo, verdadero sociólogo que podríamos decir, va considerando cada vez más la intervención individual como enteramente episódica en el drama de la vida de la humanidad, juzgando que éste se hubiera desenvuelto, poco más ó menos, como ha sucedido, aunque no hubiesen intervenido en él los personajes A, B, C, D, X, etc. Un sabio, un artista, un rey, un legislador, un papa, pueden ser figuras de gran relieve, y hasta gigantes, si se les contempla en sí mismos, aislados del resto de los mor-

tales; pero ¿qué valor personal les queda desde el momento que se les echa encima el telescopio de la historia universal de la ciencia, del arte, de la política, de la religión, del derecho, y el de la historia universal humana, en cuyo escenario todas estas cosas se mueven al compás de las otras, y en íntimo y orgánico engranaje con ellas?

Otros elementos han ayudado y siguen ayudando en este mismo sentido á los historiadores. Los estadísticos, por de pronto, advierten que, considerados en grandes masas los hechos sociales y humanos, presentan una sorprendente regularidad, lo que prueba la persistencia de las causas que los producen, causas independientes de la libre voluntad de los individuos. La *Física social*, de Quetelet y de cuantos han seguido después sus huellas, en esto se funda; y en esto se funda así bien la posible previsión de una buena parte de la vida social, aquella previsión que caracteriza á los hombres de Estado y que no debiera abandonar nunca á los gobernantes. Los lingüistas, por su parte, han demostrado lo poco que en la formación y trasformación de los idiomas interviene la labor reflexiva y consciente, y lo muchísimo, en cambio, que se debe á la acción silenciosa y poco menos que instintiva, ó instintiva del todo, del pueblo. Lo propio han puesto de manifiesto, con relación al origen y evolución del derecho, los jurisconsultos, y muy en especial los de la llamada «escuela histórica», para quienes el derecho es un producto social natural que la muchedumbre va elaborando lentamente, al compás de la vida, conforme surgen las necesidades, y sin que la masa social se percate apenas de lo que hace; es éste el derecho que se presenta bajo la forma de derecho consuetudinario. Y la sociología moderna estriba toda en la concepción de la sociedad como un sér natural (más ó menos orgánico), y su misión no se reduce á otra cosa sino á determinar la naturaleza de este sér, sus elementos y fuerzas componentes, las leyes de su actividad y funciones. Para los sociólogos, por tanto (y lo mismo cabe decir de los estadísticos, los lingüistas, los jurisconsultos, los

estudiosos del arte, de la religión, de otros fenómenos sociales, cada uno dentro de su esfera), el hombre ocupa, frente á la sociedad, una posición muy análoga á la que se ha dicho mantiene con respecto á la Naturaleza; es decir, que sólo hasta cierto punto le es dado influir en la producción y desarrollo de los acontecimientos ó fenómenos sociales, y que cuando en este orden ejerce algún poder, no lo ejerce sino apoderándose de factores reales de antemano existentes, sometiéndolos á su dominio é imprimiéndoles dirección. No puede, por consiguiente, interponerse en la vida social de otro modo que como el ingeniero se interpone en la vida de la Naturaleza, para influir en ella. En ambos dominios es escasísima la obra de la intervención reflexiva, comparada con la inmensa que le queda encomendada al hacer inconsciente. Por eso, del propio modo que no hay temor alguno de que un ingeniero, aun el más revolucionario, trastorne en un instante ó en corto tiempo, con sólo que se lo proponga, el orden de la Naturaleza, la cual se burla de semejantes propósitos, é impasible sigue su marcha, tampoco debe haberlo de que los revolucionarios políticos ó sociales, v. g., alteren cuando y como bien les plazca las bases del orden social. Ni en este último ni en aquél puede haber cambios efectivos y duraderos, sino cuando se han venido preparando con operación colectiva é incesante, como levantan montañas los infusorios. Todo lo que no sea esto, es edificar castillos de papel.

Si sucediera de otro modo, ¿qué fuerza había de tener la llamada *herencia histórica*, á la cual, sin embargo, se le reconoce por todo el mundo, aun cuando en grado diferente, un gran influjo sobre la vida de los pueblos? Nadie ha conseguido hasta ahora, ni quizás se consiga tampoco en lo porvenir, desentrañar un hecho ó producto histórico en todos sus componentes, con el objeto de aquilatar el valor exacto de cada uno de ellos, determinando cuantitativamente la eficiencia que les corresponde en el resultado total. Lo mismo puede decirse de todos los hechos humanos y sociales: económicos, políticos,

civiles, penales, científicos, religiosos, artísticos, mercantiles... Pero es imposible desconocer, cualitativamente, la intervención de determinados factores provinientes del pasado y que pesan sin remedio sobre el hacer actual de los hombres: tal sucede con las tradiciones, las costumbres, las leyes, las instituciones, la organización social y política, los prejuicios, la lengua, las ideas y demás de los antepasados, tanto más eficaces cuanto mayor arrastre histórico tengan y más raíces hayan echado en los pueblos. En realidad, el sociólogo, el psicólogo y el historiador (como por su parte el médico, el ingeniero, etc., cada cual en su respectiva esfera) se hallan aún poco menos que en ayunas respecto de la acción causativa de estos varios elementos en la determinación de los fenómenos sociales, singularmente por lo muy complicado de los referidos fenómenos y la consiguiente dificultad de ir separando los abundantísimos hilos de la maraña que forman. No obstante, en tesis general y «en principio», según suele decirse, no nos atrevemos á descartar ninguno de ellos. Vayamos repasándolos uno por uno en nuestra mente, y lo veremos claro. Sucede lo propio que cuando se habla del temperamento, la raza, el clima, y en general el factor telúrico, la educación, etc. Se admite la influencia de todos ellos sobre el obrar humano; pero ¿cuánta? Nadie es capaz de precisarlo. Lo que sí se puede asegurar es que, apartando á un lado la multitud de influjos á que nos acabamos de referir, queda bien poco campo para la intervención espontánea y consciente del individuo humano en la historia.

Pasemos á contemplar otro aspecto de nuestro problema. Digamos dos palabras acerca de la dificilísima cuestión relativa al valor de la conciencia individual, como determinante activo de nuestros actos. Según la contestación que se dé á esta pregunta, así será también la que cuadre á otras varias con ella íntimamente relacionadas, como son, v. g., la que tiende á fijar el dominio del hombre sobre sí propio y, consi-

guientemente, la apreciación moral de sus acciones; la que se refiere al poder y eficiencia que sobre éstas corresponde á los instintos, á los sentimientos, á las ideas y concepciones, á la reflexión; la que se propone averiguar la importancia de la acción educativa; y otras análogas, á cual más oscura. Justamente á causa de las tinieblas que las envuelven, las soluciones que para las mismas se preconizan no son escasas; en cambio, ninguna de ellas puede con justicia presentarse como satisfactoria. Veamos.

En cierto modo, por lo que al obrar del hombre toca, preponderan aún los dos opuestos puntos de vista que pueden verse desarrollados en las obras de los moralistas tradicionales, y que son los mismos á que hemos hecho referencia anteriormente, en cuanto á la Naturaleza y á la historia. Regularmente, se escinde el dicho obrar en dos esferas sometidas á leyes contradictorias, y á las cuales suele denominarse, según los casos, esfera de los actos «del hombre» y esfera de los actos «humanos», de lo involuntario y lo voluntario, de lo inconsciente y lo consciente, de lo determinado y lo libre, de lo espiritual y lo corporal. Nuestro cuerpo se ha venido y se viene considerando encadenado totalmente á la Naturaleza y sometido á las mismas fuerzas y leyes que todos los otros seres que de ésta forman parte; sus funciones se realizan de una manera inconsciente é irreflexiva, sin que en ellas intervenga la voluntad. Todo lo contrario se juzga comúnmente que sucede con el espíritu, libre más ó menos en absoluto de trabas naturales y corporales: su vida es vida de conciencia y reflexión, y sus operaciones, perfectamente voluntarias en su mayoría, cuando no en su totalidad. Aunque relacionado con el cuerpo, esta relación es de soberanía y dominio: el cuerpo es instrumento del espíritu, y cuando más, en ciertos casos, condición para que el espíritu obre, en modo alguno causa de los actos espirituales.

El obrar espiritual es lo que se reputa característico del hombre, en cuanto hombre; y lo que caracteriza el obrar espiritual, lo que caracteriza los «actos humanos» propiamen-

te tales, es la conciencia y la libertad. Los hechos que el hombre ejecuta sin darse cuenta de que los ejecuta, ó sin tener en sus manos la dirección teleológica de los mismos, cual sucede por lo general con los corporales, no puede decirse que sean propiamente suyos. Se trata de hechos determinados por causas extrañas al hombre mismo, de las cuales es éste un juguete, un esclavo, uno de los anillos de una cadena sin fin. Para que se pueda decir que es el hombre quien verdaderamente obra, es preciso que sea dueño de sus actos; lo que vale tanto como decir que esté en él, exclusivamente, y no en otra alguna parte, la raíz originaria de los mismos. Desde el instante que pierda el sujeto esta absoluta espontaneidad y este entero dominio de sí propio, sus acciones caen en el horizonte de los fenómenos dependientes de las fuerzas de la Naturaleza, que tenemos por ciegas y fatales; y por eso mismo pierden su cualidad de actos espirituales. Espiritual y consciente son, dentro de la concepción todavía más generalizada, términos que se equivalen; según ella, el espíritu tiene conciencia de todas sus manifestaciones y actividades; no es posible imaginar un acto verdaderamente psíquico no iluminado por la conciencia.

Ahora, en esa misma concepción, fuera de pocos casos excepcionales (v. g., el del empleo de violencia física), todo acto consciente, que vale lo mismo que decir espiritual, es forzosamente libre: con una libertad entendida en el sentido de carencia de ligaduras, esto es, con una libertad que tiene en sí propia el fundamento de su existencia, que se determina á obrar espontáneamente, sin obedecer á influjo exterior de ninguna clase. Si así no fuera, la libertad espiritual sería una libertad causada, determinada por influjos extraños á ella, uno de tantos productos, resortes ó elementos del inmenso engranaje de la causalidad natural; sería, pues, en suma, una libertad no libre. Desde el instante que el acto humano, propiamente dicho, el acto espiritual, consciente, venga concebido, al igual de cualquier fenómeno fisiológico, por ejemplo, como el resultado inevitable de una labor causativa natural, supon-

gamos nerviosa, desde ese mismo momento nos vemos forzados á considerar la conciencia que en él advertimos, no ya como un factor etiológico, sino más bien como un mero acompañante, cuya única misión consiste en dar fe de lo que ante ella acontece, pero sin que lo pueda evitar, ni empujar, ni suspender. El poder de la conciencia y la reflexión, miradas por este lado, es realmente nulo. Los actos conscientes no se diferencian de los inconscientes absolutamente en nada, excepto en la intervención ó no de la conciencia; en lo demás, tienen igual naturaleza: tan productos causados son los unos como los otros.

Y ahora conviene añadir que esta manera de concebir el acto espiritual, ó digamos psíquico, no solamente tienen que adoptarla los deterministas declaradamente tales, sino que también cuadra, en realidad, á otros muchos pensadores que rechazan ó rechazarían dicho calificativo, como son todos aquellos que hablan de una libertad racional ó moral, como distinta ú opuesta al libre albedrío. Recordemos, en efecto, que el hacer conscio de Dios no suelen representárselo los teólogos y escritores de teodicea como un hacer libre con libertad semejante á la del hombre, sino como hacer libre con libertad racional. Mientras el hombre, dotado de la libertad que llaman de contrariedad, puede, á su arbitrio, hacer así lo bueno como lo malo, Dios, al contrario, por necesidad intrínseca de su propia naturaleza, sólo puede hacer el bien, no el mal; su infinita inteligencia le muestra el orden objetivamente perfecto, y él no puede menos de prestar al mismo la adhesión de su voluntad, pues en otro caso no sería Dios, infinitamente bueno. Los actos de Dios, que decimos libres, sólo son libres para el bien; en el fondo y de hecho están determinados, ya que no por causas físicas, por motivos lógicos y aun ontológicos. No de muy distinta manera conciben muchos filósofos el hacer de su Sér Supremo, de su Absoluto, su Gran Sér, su Idea Absoluta, etc. Y por lo que toca al hombre, es quizá difícil atribuirle otro género de libertad moral, que no sea el libre albedrío absoluto ó

un verdadero determinismo. Ya lo he dicho antes de ahora. La libertad moral de que ahora se habla, de no ser el mentado albedrío absoluto—esto es, una libertad exenta de toda traba, lo mismo interna que externa, una ruptura de la cadena de causas naturales,—tiene que significar: ó el llamado libre albedrío relativo, que yo tengo por indefendible por razones que ahora no puedo detenerme á exponer, ó un determinismo psíquico.

¿El hombre normal tiene dentro de sí un poderoso motor de sus propios actos? ¿Interviene él activamente en la producción de los mismos? ¿Es su voluntad el factor exclusivo á que obedecen? Sea. Concedamos por el momento que esa voluntad se halla completamente desligada de todo género de influjos corporales y cósmicos, siendo una potencia puramente espiritual. La hipótesis es demasiado inverosímil; hagámosla, sin embargo, porque nos sirve para simplificar demasiado el asunto: con ella excluímos del problema de la libertad humana toda especie de determinismo mecánico, es decir, el mayor estorbo para la resolución de ese problema en el orden científico. Metafísica y teológicamente, hay otros obstáculos muy graves; desde el punto de vista de la ciencia, creo que no hay ninguno que ofrezca tanto cuidado como el determinismo mecánico. El término contrario al de la libertad moral del individuo humano es el de la conducta ligada por trabas, el de la conducta determinada; mas el determinismo en que entonces pensamos es siempre el determinismo mecánico, es decir, el producido por fuerzas de la naturaleza física, exteriores, por tanto, á la conciencia del sujeto. ¿Pero concluye aquí todo? ¿No hay en el interior de esa misma conciencia, en la propia naturaleza psíquica del sujeto, ciertos factores que le fuerzan á conducirse de tal ó cual manera y le quitan toda facultad de elegir? ¿No es aquí aplicable el *operari sequitur esse?* La índole psíquica de cada uno de nosotros ¿no es la raíz de nuestros actos? Y esta índole, distinta según los individuos, ¿no es un dato que se nos impone, que nosotros no creamos y recreamos

á voluntad? Nuestra capacidad intelectiva, nuestra mayor ó menor delicadeza, nuestros gustos, nuestras propensiones, nuestros sentimientos, nuestro carácter, nuestra más ó menos exquisita sensibilidad moral, nuestra simpatía por los semejantes, nuestra piedad, nuestra mansedumbre, nuestra placidez, todo nuestro sér íntimo y espiritual, en suma, ¿es acaso producto libre de nuestra consciente y deliberada voluntad? ¿No puede y debe, por el contrario, hablarse aquí de un verdadero lastre positivo de nuestra conciencia, de un fondo oscuro, pero real, de la misma, presente á todo nuestro obrar, aun sin saberlo ella? Y en tal caso, ¿no es lícito preguntarse si la voluntad del hombre, lejos de ser por completo espontánea, según es uso representárnosla, obra más bien, en todas y cada una de las ocasiones, encadenada por causas psíquicas, sometida á un determinismo psíquico?

Añádase á lo dicho que, entre los psicólogos que pasan por más competentes, es á estas horas poco menos que un lugar común lo de dar grandísima preponderancia, en cuanto determinantes de los actos voluntarios del hombre, á la parte afectiva del mismo, esto es, á los sentimientos, ó bien al sér humano entero, con todo lo que le constituye, incluso el cuerpo, sobre las ideas y la parte intelectiva, única á la que se atiende casi siempre cuando se habla de la conciencia y la reflexión. Podríamos condensar el referido lugar común en estas fórmulas, que á menudo se oyen repetir entre el mismo vulgo: «no son los más sabios ni los más inteligentes los más buenos»; «con mucha frecuencia obra uno de distinto modo á aquel como él mismo conoce y dice que se debe obrar»; «las más veces no se hace lo que se quiere, sino lo que se puede»; «cada uno obra de acuerdo con lo que es, á su pesar muchas veces y considerando censurable aquello que hace»; «vemos la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el propio»; «no es lo mismo predicar que dar trigo»; «la pasión nos ofusca»; y tantas otras parecidas.

Convendría muchísimo que quienes hablan de una libertad

moral del individuo humano, como cosa distinta de su libre albedrío, fijaran con toda claridad la naturaleza y valor de la misma, señalando precisamente la intervención y poder que le atribuyen en la conducta de aquél. No vale despachar la cuestión con palabras ó frases cuyo sentido concreto nadie determina. ¡Que el hombre no es un sér puramente físico, sometido no más á leyes físicas; sino un sér moral, sujeto á leyes morales! ¡Que su obrar no puede confundirse con el de la piedra, ni tampoco con el de los vegetales y los animales! Perfectamente; aun cuando, por lo que respecta á estos últimos, cuando están dotados de conciencia, la cosa no es tan clara como con relación á los seres que carecen de ella. Pero ¿qué hemos adelantado hasta aquí? Bien poco, á mi parecer; porque nos queda por averiguar cuál sea la índole propia del orden moral y de sus leyes, á distinción del físico y las suyas. ¿Cómo proceden los seres pertenecientes al primero? Advirtamos, por de pronto, que los hombres, seres morales, obran, en cuanto tales, por estímulos de finalidad, á que damos regularmente la denominación de «motivos». Esta es una afirmación que todos hacen. También se admite que el influjo de los motivos como determinantes del obrar consiste en la preponderancia de alguno de ellos sobre los otros, á consecuencia de la lucha que entre los mismos se ha entablado en la conciencia del agente por apoderarse de la voluntad. Ese predominio del motivo más poderoso (por cualquier causa) implica determinación interna y falta de libre elección. Durante la deliberación, la voluntad está como anulada; los varios motivos se disputan su posesión, y el resultado de la lucha es la victoria, no de cualquiera de ellos, sino del más fuerte. No se va la voluntad con el motivo que ella escoge; se la lleva el motivo que más puede. El trabajo de nuestra conciencia consiste, quizá, en presenciar estas luchas sin tomar parte directa en ellas, ó también, obedeciendo á ley de su propia naturaleza, en ir haciendo desfilar, uno tras otro, por el escenario en que ella actúa, los diferentes fines que la voluntad puede perseguir, ó sea los varios motivos que toman

parte en la contienda. Suele decirse, en estos casos, que el hombre, el cual se deja arrastrar por motivos que en la corriente «tabla de valores» se cotizan como inferiores, sensibles, brutales..., se hace *esclavo* de sus pasiones y se coloca al nivel de los brutos, dominados siempre (1) por los apetitos de la materia; por el contrario, á aquel otro que solamente obedece á la tracción de motivos superiores, generosos, racionales, altruístas, le denominamos hombre verdaderamente *libre*, libre con libertad racional, y nos complacemos en considerarlo como dueño de sus actos, como rector supremo de su conducta. Pero yo creo que podemos muy bien dudar de que entre uno y otro haya diferencia alguna en cuanto al modo de obrar, aun cuando la haya por lo que respecta á la cualidad de los móviles: si esclavizado (por las pasiones, las propensiones, los apetitos, los instintos bajos) se conduce el primero, esclavizado de igual modo (por la noción y el sentimiento del deber, por los grandes ideales que lo arrastran, por las pasiones, los apetitos, los instintos nobles) se conduce también el segundo; si este último podemos decir que ejecuta sus actos con libertad moral (racional, dado el criterio con que ahora juzgamos de la racionalidad), con libertad moral (irracional, según el mismo criterio) hay que reconocer que los ejecuta también el anterior. Comparemos dos individuos: uno que, por inclinación propia de su naturaleza, practica el bien, y que no puede menos de practicarlo, porque le repugna hasta el simple pensamiento de hacer daño á nadie; otro que, por análogas razones (aunque en contraria dirección), practica el mal. ¿Cuál de ellos obra libremente y cuál determinado? ¿ambos? ¿ninguno? ¿libres de trabas físicas solamente y sometidos á determinismo psíquico, ó también exentos de este último? ¿En qué tanto la libertad moral que de ellos se predica puede identificarse con la ausencia de toda causalidad, y hasta qué punto está en el poder de

(1) Lo cual no es exacto: los animales nos dan muchas veces ejemplo de obrar altruísta y abnegado, de verdaderos sacrificios, que podrían ser calificados de «nobles».

ambos dejar de ser lo que son y obrar de modo distinto á aquel con que obran? Aquí está, me parece á mí, el nudo central de la cuestión.

Y como es dificilísimo desatarlo, la cuestión seguirá preocupando á los hombres, sin gran éxito. Muchas tentativas se han hecho en diferentes épocas para procurar resolverla, pero hasta el presente nadie lo ha conseguido de una manera en todo y para todos satisfactoria. Las dudas siguen por eso como el primer día. Sin embargo, para determinados órdenes de la vida y para determinados efectos, el problema del influjo de la conciencia individual sobre la acción humana es necesario resolverlo, ó cuando menos darlo por resuelto en algún sentido: que es lo que hacen, tanto los partidarios del libre albedrío absoluto y los del absoluto determinismo moral, como los defensores de las muchísimas posiciones intermedias que caben y se dan entre estas dos. Sin la libertad moral del sujeto, sin la admisión en éste de un poder que conscia y libremente dirija su conducta, los hombres apenas saben dar valor alguno á sus actos, desde el punto de vista moral. Lo cual les ocurre aun á los propios deterministas, como lo demuestra el hecho de que estos mismos se sienten obligados á hablar de la imputabilidad moral y penal de los actos humanos y á buscarle á esta imputabilidad un fundamento distinto del libre albedrío. Por otra parte, con dificultad nos avenimos á no poder nada sobre nuestras acciones conscientes y á no ser los directores de las mismas, siendo así que la experiencia que de nosotros mismos tenemos nos enseña lo contrario. A los ojos de la gran mayoría de los hombres, una conciencia que no tenga otro papel sino el de iluminadora de un proceso en que ella no intervenga como causa eficiente; una conciencia que se reduzca á servir de acompañante de un momento de ese proceso, y que sea, como ciertos psicólogos dicen, un simple epifenómeno, viene á convertirse en verdadero tormento interior. Y no sabemos resignarnos á esto; no nos allanamos á no ser los dueños absolutos de nuestro hacer conscio y reflexivo.

Mas de otro lado surgen nuevas dificultades. Poco es lo que se sabe todavía, sobre todo en detalle, acerca de las relaciones entre lo físico ó corporal y lo psíquico; pero esto poco es ya lo bastante para asegurar desde luego que esas relaciones son muy íntimas y que en la producción de los hechos y fenómenos anímicos desempeña un papel de esencial importancia el concurso orgánico. La más pequeña alteración corporal—y no digamos nada de las correspondientes á los tejidos y órganos capitales: la sangre envenenada ó empobrecida; el sistema nervioso intoxicado, mal nutrido, debilitado, lesionado; el cerebro deformado ó mal desarrollado; el estómago, el hígado, el corazón, los pulmones, enfermos...; la alteración corporal de menor importancia se proyecta en seguida sobre el funcionamiento psíquico. No se olvide que el hombre no puede prescindir de su cuerpo al obrar, no pudiendo jamás hacer cosa alguna como puro espíritu. Y si el cuerpo se halla entregado á las fuerzas de la Naturaleza, ¿no es lícito sospechar, por lo menos, que el determinismo mecánico tenga su parte directa en aquel determinismo psíquico de que más atrás hablamos? Las pasiones de los hombres, sus instintos buenos ó malos, sus propensiones perversas ó piadosas, la bondad ó maldad de su carácter, su capacidad mental para penetrarse de la racionalidad de las cosas, ¿no tienen relación alguna de efecto á causa con la contextura corporal nuestra, con el estado de normalidad ó anormalidad, de salud ó enfermedad de nuestros órganos? ¿Cómo, entonces, no ha de inclinarse uno á suponer, con tantos psicólogos modernos, que la conciencia tiene sus más hondas raíces en lo inconsciente, y que no parece ser ella otra cosa sino un producto delicado, algo así como una florescencia de la callada y persistente labor inconscia? La línea divisoria entre lo consciente y lo inconsciente, lo psíquico y lo físico, el orden moral y el orden material, es sumamente indecisa y ondulante: por un lado, parece imposible superponer ambos círculos y confundirlos, como pretenden algunos; por otro lado, es también imposible separarlos y aun distinguir-

los, de tal manera que, á veces, se tomarían como términos diversos de una idéntica realidad.

Y tras del problema de las relaciones entre lo corporal y lo psíquico, queda todavía el de las relaciones del individuo humano con el ambiente que le rodea, tanto cósmico como social y del influjo de ese ambiente sobre la conducta de aquél. Tampoco puede ser, hoy por hoy, concretamente determinado (ni quizás llegue á serlo nunca) tal influjo; con todo, pocas gentes se atreverán á negarlo «en principio». Las discrepancias se establecen más bien respecto al cuánto.

Todo parece, pues, que conspira contra la absoluta independencia del individuo humano respecto de su propio hacer consciente; por todas partes aparecen limitaciones en contra de tal independencia. Y aún no concluye con lo anterior lo que se debe tener presente en cuanto al asunto. Aunque miremos la conciencia como elemento que interviene en la dirección de la conducta de cada hombre, aisladamente considerado, siempre nos tropezaremos con no pocas dificultades para atribuirle en tal sentido una parte preponderante, y menos todavía única. De la gran multitud de actos que en el hombre y por el hombre se realizan, sólo un ínfimo número llegan á su conciencia. Todos los otros se ejecutan inconsciente é involuntariamente. Las acciones y reacciones físicas y fisiológicas, que son en cantidad innumerable, pertenecen á esta clase. Y todas ellas contribuyen á elaborar y preparar el obrar consciente, que sin las mismas no podría tener lugar. ¡Cuánto no trabaja nuestro cerebro, aunque de esa actividad no se percate la conciencia, en la solución, v. g., de problemas tras de cuya solución andamos y que, á lo mejor, nos los encontramos resueltos cuando no lo esperábamos, como por ejemplo, después de dormir ó en el sueño mismo! ¡Cuántos fenómenos inexplicables, de no partir de la base aludida! ¿Por qué, verbigracia, cambian á menudo los jóvenes de carácter, de inclinaciones, de gustos, de inteligencia y aptitudes mentales, al entrar en la pubertad? ¿Por qué les sucede lo mismo á muchas

mujeres, luego de ser madres? Y las preguntas de este género podrían multiplicarse largamente. De otro lado, nuestra conciencia no puede estar ocupada en cada momento más que por una idea, con un problema, con una deliberación, siendo así que las resoluciones que tomamos para nuestros actos suelen (y deben) ser muy complejas, enlazándose con deliberaciones anteriores que, si en su día fueron conscientes, ahora ya han sido relegadas al fondo de los juicios hechos, de los cuales nos servimos á cada paso automática é irreflexivamente, como cuando nos dejamos arrastrar por los precedentes ya sentados, por la fuerza del hábito, etc. Al mismo resultado contribuye también el que en el obrar que denominamos consciente y voluntario, nos guiamos la mayoría de las veces, no ya por el pensamiento propio, reflexivamente elaborado, sino por opiniones y normas que recibimos de los demás, sin discernirlas, por la obra de la imitación, de la rutina, de la imposición externa.

Todo lo dicho parece que obliga á reducir bastante el campo de la espontaneidad de los actos humanos. Si éstos se hallan ligados por tantos vínculos, no es prudente excluir de ellos el concepto de la causalidad. Y si tal concepto es admisible, el del poder creador del hombre en la esfera que nos ocupa, ó dicho de otro modo, el concepto del ilimitado libre albedrío, pierde mucho terreno. Sin embargo, entre el vulgo, sobre todo, continuará teniendo gran fuerza, lo mismo que los otros congéneres de que hemos hablado anteriormente. Y se explica muy bien. Efecto del fenómeno que ya se ha hecho notar, ó sea que la conciencia solamente puede tener ante sí, en cada instante, una idea, cuando cualquier individuo ejecuta un acto, no puede ver el sinnúmero de factores que constituyen la cadena de las causas á que el mismo obedece, y al no tenerlas presentes, piensa que no existen y niega esta existencia. No es otra la razón de que infinidad de vesánicos, paranóicos, maníacos y desequilibrados de mil clases crean y digan que obran como lo hacen, sencillamente porque quieren.

Ignoran que la voluntad humana es un producto natural como cualquiera otro, y que el individuo á quien pertenece obra, sí porque quiere y como quiere (dentro de la posibilidad de sus medios, se entiende), pero no puede menos de querer aquello hacia donde se dirige. En lo cual no hay mal alguno, sino todo lo contrario, porque así es posible influir en la formación de dicha voluntad, cosa vedada de otro modo. Podemos ser colaboradores en la formación de la voluntad ajena, y á ello se encamina buena parte de la obra educativa, si es que no toda; pero también podemos ser los operarios de nuestra propia voluntad. Hagamos constantes esfuerzos en un mismo sentido; aprendamos, v. g., á reprimirnos en las pequeñas cosas, á sobreponernos á nuestros deseos insanos: poco á poco se engendrará en nosotros el hábito de dominarnos, hasta que este dominio nos cueste poco trabajo, aun en presencia de los apetitos más violentos; nuestra voluntad se habrá robustecido, tendremos lo que se llama á menudo «fuerza de voluntad». Disciplinando ésta, encadenándola, sometiéndola á leyes y causas, hemos mermado en un sentido nuestra libertad y la hemos aumentado en otro: hemos huído del hacer arbitrario, sin regla ni medida, caprichoso, que es el correspondiente al libre albedrío, y hemos venido al obrar encauzado, á la esclavitud del deber y de la razón, propia de los hombres dueños de sí mismos, con libertad moral y racional. Dejando de ser libres, nos hemos vuelto libres. Recuérdese á este propósito el valor de la gracia, según los teólogos del cristianismo, y su conciliación con la libertad humana.

Grande es, por lo regular, la confianza que ponemos en el poder de nuestra acción reflexiva y teleológica sobre los demás individuos. En eso consiste la educación, mediante la cual nos figuramos que se puede moldear el alma de los educandos conforme lo tengamos por conveniente, adaptándola á voluntad á ciertos fines. Llega en ocasiones esa confianza al punto de suponer que la fuerza de la educación es irresistible, y que

contra ella nada pueden eficazmente las demás que se le opongan, incluso la de la herencia. Hasta á la simple instrucción mental atribuímos un poder enorme, figurándonos que para hacer religiosos á los hombres basta con hacerles aprender tales ó cuáles dogmas de una religión determinada; para hacerles virtuosos, enseñarles un código de preceptos morales; para lograr que hablen y escriban bien una lengua, atiborrarles el cerebro de reglas teóricas de gramática y retórica de esa lengua; y así sucesivamente.

Este punto de vista es exagerado, sin duda alguna. Traemos todos, al venir al mundo, una multitud de elementos nativos, con los que todo educador debe contar. Es lo que se llama la índole ó natural de cada individuo, sus aptitudes y capacidad de todas clases, sus inclinaciones, propensiones, carácter y gustos. A veces es tan grande el arraigo y la potencialidad de esos factores, y tan poderosa la resistencia que oponen á dejarse modificar, que todo cuanto se haga al efecto, al menos dentro de los recursos hasta hoy conocidos, resulta perfectamente inútil. Los cretinos é imbéciles, por ejemplo, son la desesperación de los educadores, quienes, en presencia de los mismos, pueden hacer poco más que cruzarse de brazos. Y sin llegar á los grados extremos, hay, junto á ellos, otros de menor intensidad, constituídos por los retrasados física y psíquicamente, los mentalmente débiles, los defectuosos, los degenerados ó hijos de degenerados, los miserables, los abandonados, los depravados prematuramente, los «incorregibles», algunos enfermos, etc., que en la mayoría de las ocasiones se hallan, poco más poco menos, en el mismo caso que los anteriores. Los esfuerzos empleados para mejorarlos y corregirlos en los establecimientos instituídos modernamente para ese fin, establecimientos que en los pueblos adelantados van siendo de día en día más numerosos, han dado hasta el presente unos resultados que bien pueden ser calificados de pequeños, cuando no de ínfimos. Aun con respecto á los individuos tenidos por normales, es harto limitada la virtud de la educación

consciente. La capacidad mental de los mismos no puede cambiarse sino dentro de muy reducidos confines, y, con mayor razón todavía, es imposible improvisarla. Con dificultad se logrará hacer un artista de quien no traiga desde las entrañas de su madre disposiciones naturales para serlo. Menos poder aún tiene la acción educadora sobre el carácter, fondo primordial de la conducta. Cabe disfrazarlo, templarlo, suavizarlo, á lo menos superficialmente, por medio de advertencias, de consejos, de predicaciones, del ejemplo propio y, sobre todo, de hábitos buenos, engendrados aun con el auxilio de la imposición coercitiva; pero en manera alguna desarraigar un carácter existente y colocar otro mejor en lugar suyo.

Téngase en cuenta que el hombre constituye un complejísimo nudo de causas que se entrecruzan, obran y reobran de mil modos. Prescindiendo de la herencia—la principal acaso de todas, cuyo influjo, en tesis general, es innegable, aunque hasta ahora todavía mal conocido en el pormenor,—forzosamente tenemos que admitir otras muchas, cuyo conjunto forma lo que denominamos ambiente. Y el ambiente, así el físico como el social, está obrando de una manera continuada é inevitable sobre todos nosotros. En cambio, la obra de la educación, es decir, la obra reflexiva, es intermitente y unilateral y de escasa pujanza en comparación con la anterior, muchísimo más compleja y envolvente. ¿Qué pensar, pues, de la eficacia de una y otra?

A mi parecer, el educador se encuentra en una posición semejante á la del médico. El cual no puede, ó lo puede sólo en muy corta medida, cambiar la naturaleza corporal de sus enfermos y clientes. Muchas de esas naturalezas son tan pobres, decaídas ó rebeldes, que no se encuentra medio de restaurarlas ó entonarlas. Hay casos verdaderamente «desesperados», y enfermos «desahuciados». Cierto que son los menos. Pero aun con respecto á los demás, á los curables, la intervención médica se reduce, como ya se dijo antes de la del ingeniero, á utilizar algunos recursos naturales y ponerlos en

comunicación con otros; combinación que no siempre da los resultados que con ella se buscan. Eso está sucediendo al presente, v. g., con varios ensayos de pedagogía correccional. Y así como el médico desempeña tanto mejor su función meramente directora cuanto con mayor exactitud conozca las fuerzas naturales de que debe servirse, la eficacia relativa de cada una de ellas y la de su respectiva unión, eso mismo debe decirse de los educadores. Con lo que la acción pedagógica queda asimilada á la acción del hombre sobre la Naturaleza y á esa misma acción sobre la vida social y sobre sí propio. Todas ellas requieren mucha discreción y arte, igual que la requieren otras congéneres, como por ejemplo, la de los jueces, moralistas, directores de establecimientos penitenciarios, de alienados, etc.; por lo tanto, no pueden ser ejercidas á la ventura, según se ha hecho en lo pasado y ahora se sigue haciendo también con más frecuencia de la que convendría.

Aún tenemos que hacer una advertencia tocante al asunto que tratamos ahora. Mezcla confusa el hombre de buenos y de malos instintos, de buenos y malos gérmenes, propensiones, aptitudes, mientras los primeros quedarán en estado rudimentario, ahogados, comprimidos, y no se desarrollarán sino en tierra, con clima y ambiente muy favorables, como plantas delicadas, por grande que sea el empeño que en hacerlos brotar y fructificar pongan los cultivadores, por el contrario, los gérmenes malos germinan y crecen en cualquier sitio y rodeados de cualesquiera condiciones. Como la maleza y la cizaña, se aprovechan muy bien esos gérmenes malos de cualquier abandono ó descuido, de cualquier inclemencia del cielo, de cualquier torpeza de los hombres; para ellos no hay ambiente desfavorable, todos son excelentes; cuanto menos propicio parezca, mejor saben asimilárselo. Recuérdese si no, cómo en épocas de perturbaciones y revueltas sociales, de algaradas y revoluciones, aparece sobre la superficie toda la hez social, los más malos individuos. Además, al paso que la educación normal de un hombre, la formación regular de un carácter puede

troncharse con facilidad suma, por cualquier menudencia, siendo luego dificilísimo, cuando no imposible del todo, arreglar nuevamente el daño, la mala educación y sus efectos pueden continuarse á cualquier hora y en cualesquiera circunstancias.

De cuantos recursos emplean reflexivamente los hombres para influir sobre sus semejantes, quizá en ninguno ponen tanta confianza como en las leyes y en el gobierno, á los cuales precisamente atribuyen la virtud de aglutinantes de la vida social, imposible sin ellos. No conciben la existencia colectiva, indispensable á los hombres, sin un poder que conscientemente dirija la conducta de éstos, que se tome el trabajo de pensar por todos ellos, digámoslo así, y que les obligue por la violencia, en caso necesario, á marchar por los carriles que previamente les ha trazado. Y es tanta, por lo regular, la fuerza de esta convicción, que para el remedio de todas las necesidades sociales acudimos al gobierno pidiéndole leyes; como así bien al gobierno culpamos de los errores, vicios y defectos que se notan en la comunidad. Le juzgamos poco menos que omnipotente, y por eso renunciamos casi en absoluto, al parecer, á nuestra propia personalidad, encomendándole á él el cuidado de suplirla, de pensar y obrar por nosotros. El talismán que le confiere tal omnipotencia es la ley. La cual ha venido y viene siendo considerada por la generalidad de las personas (sin excluir, sino todo lo contrario, á los filósofos y jurisconsultos) como un mero producto del pensamiento especulativo de su autor. Toda la corriente idealista del derecho, representada por la llamada escuela del derecho natural, profesa y ha profesado tal concepto; aunque, claro está, con no pocas contradicciones y rectificaciones parciales, según ocurre en multitud de cosas. La ley, ligadura social, norma de vida para los hombres, quienes de este modo se la encuentran ya formada y se ahorran el esfuerzo de discurrir en persecución de ella, es en sí misma obra de la razón y la reflexión

de uno solo, órgano del poder supremo, apacentador del rebaño.

¡Cuán ingenua y corta de alcances esta concepción, muy extendida, sin embargo, todavía á estas horas! La meritísima labor de la escuela histórica del derecho tuvo por principal fin, que logró en buena parte, aunque no sin errores y exageraciones á su vez, poner de resalto la inanidad ó, si esto pareciera mucho, lo equivocado de la concepción dicha. Y el punto de vista de la escuela histórica ha sido luego completado en parte, y en parte robustecido, por estudios y doctrinas posteriores, v. g., por los de sociología en general, por los de arqueología jurídica y etnología, por la teoría del materialismo histórico ó determinismo social, por el evolucionismo, etc. A consecuencia de todos ellos, se ha introducido en el campo de los fenómenos sociales en general, y en el jurídico especialmente, la idea del causalismo naturalista, y por lo tanto la idea de que el derecho es un producto colectivo, de elaboración predominantemente instintiva é inconsciente. Se ha visto que el legislador y el poder público son factores sociales de importancia sumamente limitada; que el pueblo hace su vida con independencia casi completa, y en muchísimas cosas completa en absoluto, de aquéllos; que hay multitud de leyes que, sin embargo de hallarse promulgadas y escritas en la *Gaceta* y en las colecciones legislativas, no tienen vigor por no encarnar en la vida y no responder á las necesidades que la comunidad siente; que, en cambio, las costumbres nacidas en el seno del pueblo, al calor de sus necesidades, sin que nadie se percate de su origen ni sepa cuándo aparecieron, tienen un arraigo fortísimo y los individuos están tan encariñados con ellas, que, al mismo tiempo que hacen caso omiso de las prescripciones legales, son capaces de hacer una revolución y exponer su vida en defensa de sus costumbres. Por otro lado, á poco observador que uno sea, advierte en seguida que la dirección reflexiva del gobierno, aun del más burocrático y fiscalizador, sólo alcanza á una porción mínima, y quizás pudiéramos decir

infinitesimal, de la vida colectiva. El ministro de la Gobernación, v. g., aunque se vuelva todo ojos y oídos, y se halle continuamente al aparato del telégrafo recibiendo despachos de gobernadores y alcaldes del país, y comunicándose con los delegados de policía, no llegará á enterarse apenas de una milmillonésima parte de lo que en aquél sucede en cada momento; entre otras razones, porque tampoco la policía, los alcaldes y los gobernadores logran saberlo, según está comprobando á cada momento la experiencia.

Tenemos, de esta manera, como una doble forma de la vida jurídica colectiva: ante todo, la vida de la masa, vida consuetudinaria, inconsciente, sometida del todo ó casi del todo al juego de las fuerzas naturales y al impulso irreflexivo de los instintos; y en segundo lugar, la vida de reflexión, teleológica, que se produce por obra de las leyes y del gobierno, ó sea la vida legal y oficial. Cuanto al dominio de una y otra, no hay más remedio que reconocer grandísima desigualdad; pues mientras la vida inconsciente constituye la casi totalidad de la vida jurídica de la masa, la consciente se reduce á un episodio de escasísimo valor. La acción de las leyes y del gobierno sobre la colectividad social podemos compararla, probablemente, á la de la conciencia en el individuo; y así como la vida de éste se realiza en su mayor parte con independencia de la labor consciente y reflexiva, de tal manera que la evolución individual seguiría acaso realizándose, sin quebranto, si la conciencia llegara á suprimirse (como en otros seres acontece), así también la vida social continuaría quizás su curso, de un modo inalterable, en el caso de que el gobierno y las leyes desaparecieran. A otro punto podemos llevar también la similitud. Si en el individuo humano, lo que empieza por ser consciente acaba, en fuerza de la repetición, convirtiéndose en automático y habitual, de manera que el sujeto llega á connaturalizarse con ello y á ejecutarlo sin esfuerzo mental alguno, sin darse cuenta de que obra, en la sociedad acontece otro tanto; y así, una institución, un mecanismo social, montados por la ley ó el

gobierno, y que acaso hubo que imponerlos mediante la coacción, por haberlos recibido el pueblo en actitud hostil, vienen á la postre á formar parte de los elementos que el pueblo mismo considera como indispensables para su vida: con lo que el funcionamiento de esa institución ó de ese mecanismo se ha tornado en automático, y nadie, fuera quizá de algún estudioso, de algún observador científico ó de algún escritor de costumbres, ejercita sobre él su facultad reflexiva. Llegado este caso, la institución ó el mecanismo de referencia se han convertido ya en productos verdaderamente sociales. Acaso la característica del fenómeno social, tras de la cual andan los cultivadores de la sociología, consista en esto.

Ahora, á modo de paréntesis, una observación que es también aplicable á algo de lo que dejamos dicho en el párrafo relativo á la acción del hombre sobre la historia. Por lo mismo que ésta se va elaborando merced al doble movimiento de fuerzas conscientes y de fuerzas inconscientes, ó lo que es igual, merced al influjo, por un lado, de la acción reflexiva, que es la llamada oficial, la de las leyes y los órganos del poder público, y por otro lado al de la acción impulsiva, indeliberada, automática, de la multitud; por lo mismo que la acción de esta segunda clase es, con mucho, más eficaz é importante que la primera, supuesto que es la acción que procede realmente de las entrañas del pueblo, y se practica con todo el entusiasmo, el calor, la irresistibilidad que acompaña al obrar habitual é instintivo, como se advierte cuando nos fijamos en las costumbres tradicionales y arraigadas en el alma popular; por lo mismo, en fin, que es la obra de la masa, de la muchedumbre, la que preferentemente han de observar y recoger los historiadores, al revés de lo que ha venido sucediendo, ya que el sujeto de la historia debe serlo la colectividad, y no tan sólo uno ó pocos individuos,—resulta que, para conocer la historia de un pueblo, la de la humanidad, la de una agrupación social cualquiera, las fuentes más de fiar no parecen ser las que nos refieren el proceso de la vida oficial,

sino aquellas otras que reconocen las manifestaciones de la vida del pueblo. Los escritores de costumbres, los dramaturgos, los novelistas, los satíricos, nos retratan á menudo el estado de un país con muchísima más exactitud que los historiadores propiamente tales. Por ejemplo: si los historiadores del porvenir, cuando quieran conocer la vida verdaderamente jurídica de la España de nuestros días, ó los investigadores extranjeros (ó nacionales) que pretendan hacer una información exacta respecto de ella, se contentan con leer los códigos y leyes que pretenden reflejarla, ¡van á quedar enterados!

Es casi un tópico, sin contradicción posible, lo de que «tenemos todas las apariencias y ninguna de las realidades de un pueblo constituído con arreglo á derecho»; que vale tanto como decir que toda nuestra vida oficial, la que representan las leyes, se halla en completo divorcio con la real, con la que de hecho viven las gentes, y que, por lo tanto, la primera, el conjunto de instituciones que, según nuestras leyes, existen en España bastante perfectas, sólo existen en el papel: son, según las ha calificado el Sr. Costa, con asentimiento general, «decoraciones de teatro». Si los historiadores é informantes aludidos toman por seres reales, como ha sucedido y sucede con mucha frecuencia, estas decoraciones, su obra resultará bien poco exacta y digna de crédito, á no dudarlo; lo será mucho más cualquier novela de costumbres contemporáneas, ó cualquier escena de una comedia. Así se va reconstruyendo buena parte de la historia de los pueblos antiguos. Homero, Hesiodo, los trágicos y líricos griegos, v. g., ¡cuántas luces no están suministrando para rehacer la historia de aquel país, oscura en muchas cosas!

Por último, es de advertir que, como la vista mental de los legisladores y los gobernantes (igual que la de los otros hombres), ó lo que es lo mismo, su perspicacia y previsión, son muy limitadas, no alcanzando uno á representarse en su inteligencia sino los efectos más inmediatos de cualquier suceso ó acto, resulta que las leyes y las medidas adoptadas por los

gobiernos, aparte de las consecuencias que buscaban deliberadamente quienes dieron aquéllas, traen consigo una cadena interminable de resultados y complicaciones, que los órganos legislativos y directores no pudieron imaginarse. En este particular, la intervención reflexiva es también inapreciable, si se la compara con la inmensa labor de lo inconsciente.

P. Dorado

ERNESTO RENAN

(Á PROPÓSITO DE LA ERECCIÓN DE SU ESTATUA EN TREGUIER)

Hace pocos meses, hallándome (como me hallo todavía) en el furor de mis estudios bíblicos y de mis investigaciones exegéticas, que voy á condensar en una obra cuyas vastas proporciones abrazarán todo el Nuevo Testamento, tuve noticia por mi amigo el sabio Labanca, profesor de Historia del Cristianismo en la Universidad de Roma, de la existencia de una *Revue Renan*, que apareció en 1901, y contra la que se ha presentado en 1902 una *Revue Bossuet*, redactada por escritores católicos de criterio amplio. Confieso que me extrañó mucho que se pusiese una revista exegética independiente bajo la salvaguardia del mezquino y antipático nombre de Renan, en un país que ha dado al mundo exegetas racionalistas de la talla de Maury, Vernes, Darmesteter, Eichthal y Colani; pero recordé que el Nuevo Continente no recibió su nombre del gran Colón, sino del insignificante Américo Vespucio, y mi extrañeza se trocó en cierta benévola indignación.

En estos días toda la prensa se ha ocupado con calor del monumento que en Bretaña se ha levantado en honor del antiguo seminarista de San Sulpicio, y claro está que esto último me ha parecido más justo, aunque haya sido siempre mi opinión que los establecimientos de utilidad pública ó de beneficencia honran mejor la memoria de los grandes hombres que las estatuas de bronce ó de mármol. Pero ¿fué Renan el grande hombre que el periodismo europeo nos viene pintando? Se

trata de un pensador y un escritor, no de un espíritu de acción ni de un político, y el pensador sólo puede merecer el calificativo de grande hombre: *a*) cuando su individualidad intelectual ha sido poderosa, irreducible, *genial* en suma; *b*) cuando sus teorías han ejercido influencia duradera en la dirección científica á que corresponden. A estas dos condiciones fundamentales se reducen seguramente las demás que debe reunir el grande hombre. ¿Las reunió Renan como pensador y como escritor? Van mis lectores á juzgar en cuanto se hayan enterado de la relación del proceso.

***

Nacido en 1823, y estudiante de clérigo hasta una edad muy próxima á la de la ordenación sacerdotal, no alcanzó la virilidad de la juventud sin demostrar de algún modo la verdadera dirección de sus estudios. Ya entonces revelaba su vocación y su amor á la ciencia de las lenguas en los centros de enseñanza y en las bibliotecas de París, y fue fortuna suya entrar en la carrera de la vida literaria con sus *Eclarecissements tirés des langues sémitiques sur quelques points de la prononciation grecque*, publicados en la capital de Francia en la remota fecha de 1849. He de decirlo en otra parte (1): esas *aclaraciones* fueron como el canto de cisne de la filología romántica entre los franceses, el último eco de la vigorosa inspiración de Causabon y de Cappel. El semitismo aparece en Renan muy afectado de sistemática preocupación. Habiendo observado que la lengua de las inscripciones griegas en Siria era muy mala, quiso indagar por qué lo fue también la del Cristianismo primitivo. Notó, en primer lugar, que sus frases estaban calcadas del sirio y que nunca se vieron libres de la influencia de los groseros dialectos que la conquista macedónica había aportado; que los judíos todos, hasta los más instruídos, pronuncia-

(1) Aludo á una obra todavía inédita: *Sistema de las lenguas orientales*, II, 300.

ban mal el idioma clásico (1), y que el dialecto de Palestina se había convertido en un dialecto provincial que apenas se escribía. De aquí dedujo Renan interesantes consecuencias en la explicación histórica del modo de propagación de la religión cristiana dentro y fuera de las fronteras del Imperio romano.

Este primer ensayo de especialismo lingüístico hizo concebir grandes esperanzas á los orientalistas europeos. Todavía en 1853 el sabio Amari, en sus *Questions philosophiques adressées aux savants musulmans par l'empereur Frédéric II* (2), invitaba á Renan, con motivo de la publicación de su tesis doctoral, *Averroes et l'Averroisme, essai historique* (3), á que penetrase más en el estudio comparado de los restantes filósofos árabes, considerándole como el único orientalista competente para esta empresa. El fracaso que alcanzó muy pronto el nuevo semitizante no justificó tan optimista predilección. Me refiero con esto á la aparición de la *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*, obra apenas conocida en España y muy poco apreciada en casi todos los círculos de sabios extranjeros.

En 1855 salió en un volumen la primera parte de dicha obra: *Histoire générale des langues sémitiques*. A juzgar por el título, debía esperarse que contuviese una exposición concreta y completa de la historia de las lenguas semíticas desde los puntos de vista fonético, morfológico y semántico. Mas no es así. Renan apenas toca estos puntos de vista, sobre los que pasa como sobre ascuas, no consagrando sino pocas páginas á la parte gramatical de su tarea. La mayor parte del libro está dedicada á la comparación del genio social de las naciones semitas y los pueblos arios; y así la tal Historia resultó ser un *canard* dado á los lingüistas y un pretexto para desarrollar

(1) Léase el final de las *Antigüedades judaicas*, de Josefo.

(2) De esta obra hay un extracto en el *Journal Asiatique* (Febrero-Marzo del mismo año).

(3) Ignoro fijamente en qué año salió á luz por primera vez este estudio. Sólo conozco su segunda edición, que lleva la fecha de 1861.

esa famosa y tan discutida teoría conocida en Filosofía de la Historia con el nombre de «teoría de las razas» (1). Creyóse que los demás volúmenes llenarían una laguna tan visible; pero en vano se aguardó su publicación durante muchos años. En 1859 se presentó el autor en escena en el *Journal Asiatique* (2) defendiendo su superficial teoría de las objeciones que había levantado; y en 1863 apareció una nueva edición del tomo primero, revisada y aumentada. Por último, en 1892 bajó á la tumba sin atreverse á escribir, ó al menos publicar, el deseado segundo tomo, y dejando reducidos sus descubrimientos en el campo del semitismo á los errores fundamentales expectorados en su malograda tentativa, á saber: que lo que predomina en los semitas es el instinto religioso, más bien que la inteligencia política; que su religión careció de mitología desde el principio; que fue desde el principio monoteísta, etcétera, etc.

Con razón se han quejado á menudo los filólogos de esta preterición á que me refiero; pero yo no la extraño, toda vez que Renan *no conocía* las lenguas semíticas. Necesítase, en verdad, toda su frescura para atreverse á emprender una obra tan difícil sin saber más que el poco hebreo que estudió en el seminario, y el árabe que de prisa y corriendo aprendió en el

---

(1) En sus *Etudes sur l'histoire de l'humanité*, Laurent critica extensamente, en un largo estudio *(La Philosophie de l'histoire)*, la teoría de Renan, inspirándose en el informe que sobre la Historia del famoso filólogo dió Franck á la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Algunos años después el docto lingüista de Oxford, profesor Max Müller, publicó un interesantísimo estudio sobre esa misma teoría (en los *Essays on the history of religions*, XV) lleno de curiosidades mitológicas y críticas, pero que tiene el inconveniente de fundarse en otra teoría personal y errónea: la del *henoteísmo*. La refutación más imparcial, más objetivamente científica, es reciente y se debe á Ihering, *Zur ältesten Geschichte der indogermanischen Volker*, II, 4, 34. De todos estos libros daré más larga noticia en el mío ya indicado, *Sistema de las lenguas orientales*, II, 267.

(2) Véase su tomo XIII, páginas 215 á 282, y 417 á 480. Compárese con el mismo Renan, *Mission de Phénicie*, I, 2, 11.

Asia Menor con un rabino (1). El caldeo y el egipcio, lenguas que todos los orientalistas dignos de este nombre, desde Maspero á Lenormant, se creyeron en el deber de profundizar, fueron siempre para Renan letra muerta.

Añadamos que los postulados de su tan famosa teoría sobre las razas aria y semítica y la diferencia de sus instituciones, lejos de revelar en él al pensador avanzado y al espíritu penetrado de las verdaderas direcciones y conquistas de la razón moderna, tienen grandes puntos de contacto con los postulados y criterio de las escuelas teológicas. Afirmar sin vacilaciones y en términos generales que «el monoteísmo resume y explica todos los caracteres de la raza semita», es aproximarse lo más posible, dentro del racionalismo, al modo fundamental de ver de los teólogos ortodoxos que hallan en el monoteísmo la religión primitiva de la humanidad, sólo conservada en su pristina pureza por el pueblo de Dios, y que degeneró en los demás pueblos en politeísmo é idolatría. Elevar á teoría un error como el de la falta de mitología de las religiones semíticas, es contribuir, sin quererlo, á la causa de la ortodoxia. La ciencia ha probado, por lo contrario, que el politeísmo precedió en todas partes al monoteísmo, y que el mito es una cristalización religiosa común á las distintas razas. Los que niegan semejantes principios, es que no han entrado de lleno con su inteligencia en el evolucionismo religioso, y pertenecen al número de los retrógrados, aunque sean los más rabiosos ateos y racionalistas.

Como ensayo de lingüística aplicada, la Historia de Renan fue, en cierto modo, el antecedente indispensable del libro de lingüística general que ha hecho más conocido en nuestros círculos el nombre del orientalista francés: su tratado *De l'origine du langage*, publicado en 1858. Si tuviéramos que definir en una sola palabra el conjunto de los errores contenidos en

(1) Mi amigo el ilustre lingüista Cejador ha conocido en Palestina el rabino que enseñó el árabe á Renan.

esa obra renaniana, sólo lo podríamos hacer diciendo que fué un *anacronismo*. Pasma tanto como indigna ver que en una época en que los escritos de Bopp circulaban por toda Europa, y en que tan grande precisión habían adquirido los estudios fonéticos, morfológicos y semánticos, se atreviese Renan á continuar, ó más bien resucitar, las fantasías filológicas de Schlegel, plagiando al simbolista alemán sus dos tesis capitales: *a*) que el origen del lenguaje estuvo en una *revelación interior* que se hizo el hombre á sí mismo; *b*) que su evolución se produjo, no por *yuxtaposición* ó adición exterior de sonidos (como el cristal que se forma aglomeradamente alrededor de un núcleo), sino por *intususcepción* ó modificación interna de sus voces (como los pétalos crecen existiendo en el botón antes de que la flor se exponga al sol y al aire) (1). La vaciedad de semejantes teorías y la ignorancia que suponen de los más elementales progresos de la ciencia es tal, que basta, á mi juicio, para borrar á Renan del catálogo de los filólogos. Parecerá dura y exagerada la aseveración, pero no la rectifico.

Casi debe tenerse por superfluo hacer objeto de una discusión científica las ideas de Renan en materia de lenguas. Al cabo, tales ideas no son otra cosa que una renovación de las de la antigua teología, hecha con cierta apariencia de criterio psicológico y de imparcialidad. Hay un método de imbuir errores teológicos, y es la admisión de «verdades reveladas»; pero hay también un método que en nada varía de ese, y que consiste en admitir «revelaciones interiores» en la explicación de los comienzos difíciles. Apelar á ellas, interpretándolas, según hace Renan, como un caso de *instinto*, es un recurso excogitado por pereza de espíritu para ahorrarse el esfuerzo que exige el penoso estudio de las razones del lenguaje. El instinto, como se ha dicho y repetido á porfía, no es más que una

(1) Acerca de esto, pueden consultarse algunos de los artículos de que consta mi trabajo *La lingüística como ciencia de observación*, publicado sucesivamente en la *Revista contemporánea* desde Enero del presente año. Véase, sobre todo, el número de Mayo.

de esas palabras que ocultan á los hombres su ignorancia. Al hacer de la cuestión del origen de la palabra una cuestión de instinto, Renan la encierra en un círculo vicioso. Redúcela á principios como aquel de que el hombre siente porque tiene sensibilidad. No explica nada, ni aclara nada, ni resuelve nada. Olvida que ninguna lengua puede surgir de instintos que no se relacionen con otras facultades más elevadas, y no advierte que su hipótesis obliga á admitir que el primer estado del hombre fue la perfección, y á recurrir, por tanto, á lo incomprensible. Esto y el misticismo tradicional son dos cosas idénticas, y á él se va por el ancho camino que abrió Renan con su modo de proceder.

***

Veamos ahora lo que de Renan ha quedado en el campo de la ciencia de las religiones, que es donde ha adquirido tan inmensa celebridad. Los dos volúmenes en que se contienen los *Études d'histoire religieuse* y los *Nouvelles études* deben ser colocados entre las publicaciones renanianas de más interés para el conocimiento del movimiento racionalista en Europa. Esas obras han visto la luz, la primera en 1856 (1) y la segunda en 1884, y constituyen para nosotros una prueba clara del espíritu de superficialidad y de *dilettantismo* que animaba á Renan en todas sus cosas. Son simplemente dos escogidas colecciones de artículos de revista, escritos con ocasión de obras religiosas de carácter independiente (2), y justo es confesar que con ellas Renan ha prestado servicios importantes estudiando variedad de autores y sistemas racionalistas, discutiendo sus

(1) Hay una nueva edición de 1864.

(2) La España Moderna ha traducido los mejores de esos artículos en dos tomos titulados, respectivamente, *Estudios de la historia religiosa* y *La vida de los santos*. Si no me equivoco, en uno y otro tomo están mezclados artículos de los *Nouvelles études* y de los *Études* primitivos. El prólogo del primero de los tomos mencionados corresponde á la edición francesa de los *Nouvelles études*.

exageraciones y presentando su pensamiento menos desfigurado de lo que suele aparecer en los trabajos de controversia católica. Como todo *dilettante* y todo francés, Renan fascina y seduce por su ingeniosa vivacidad, por su elegancia, por su conocimiento del mundo y por su irresistible familiaridad. Si nunca hubiese salido de este terreno, nadie tanto como yo celebraría que el escritor bretón hubiese puesto al servicio de la crítica ligera su rica fantasía, para no tener que dirigirle más que elogios. Renan entonces hubiera suministrado á la ciencia de las religiones, no doctrinas, y sí, en cambio, excelentes historias de teologías parciales.

Mas no nos es ya posible juzgar así, al fijarnos en la empresa acometida por nuestro autor con la redacción sucesiva de los volúmenes que componen sus *Origines du Christianisme*; empresa, no vacilo en declararlo, por completo desproporcionada á sus fuerzas, y en la que han naufragado la inmensa mayoría de los teólogos franceses, que carecen, por lo común, de originalidad, y no han sabido casi nunca dar á sus pensamientos aquella construcción científica en que son maestros consumados los alemanes. Francia, en punto á exégesis bíblica, parece condenada á la hibridez criteriológica ó á repetir con Voltaire las frases y las sutilezas dichas quince siglos antes por Juliano, Porfirio y Celso, y que tienden á demostrar en todo el engaño y el fraude, la obra de la impostura y de la ignorancia; pocas veces ha llegado á la interpretación alegórica propia de la pensadora Alemania.

Pero ciñámonos á la labor de Renan. Este hombre, de quien los periodistas europeos vienen diciendo que excedió á todos sus contemporáneos en novedad de ideas, en anticipación de puntos de vista y en dominio de la *ciencia de las religiones*, fue como expositor é historiador de las mismas, la menor cantidad de hombre científico posible. Ni sus ideas tuvieron novedad alguna, ni fue un teólogo internacional y de su tiempo, ni dominó lo más mínimo la mitología y el conjunto de los sistemas religiosos. Fue, sencillamente, un publicista

teológico, una especie de Voltaire moderado (adulterado) por la civilización, que expresó con mayor elegancia la crítica religiosa superficial y los prejuicios comunes en tal materia á todos sus compatriotas. En realidad, no tuvo criterio propio, y el predominante en sus rapsodias fue excesivamente retrógrado y anticuado. ¿No es vergonzoso en la época de Lubbock, de Spencer y de la mitología naturalista en general, ver á Renan aferrado al simbolismo insostenible de Windischmann y de Creuzer? Estos fueron los maestros de Max Müller, idealista religioso en un sentido más amplio á todas luces que Renan; y sin embargo, el insigne catedrático de Oxford se defendió siempre contra las influencias primitivas de la escuela simbólica, y comprendió claramente que no era posible basar ya en ella ninguna especie de idealismo mitológico. ¡Qué imparcial, qué original y qué avanzado á un tiempo resulta Max Müller con su *henoteismo*, cuando se le compara con Renan y con las vaguedades fantásticas y simbólicas que sus opiniones mitológicas presentan!

Resulta de aquí que sólo por un abuso de lenguaje puede llamarse á Renan mitólogo ó cultivador de la *ciencia de las religiones*. Esta ciencia supone, si no un criterio naturalista, por lo menos el espíritu del método inductivo, y, en consecuencia, la negación del postulado en que Renan fundó su teología como había fundado su lingüística, á saber: que la religión, de igual modo que la palabra, ha nacido en el hombre de una «revelación» interior, de un «instinto» del alma.

Aun se verá más claro la exactitud de lo que afirmo considerando hasta qué punto fue Renan un *historiador* de las religiones. No le negaré, en verdad, este título, porque aquí está la mejor prueba de que no fue un cultivador de la *ciencia* de las religiones ó un mitólogo. Para ser lo último hubiera debido seguir otro método que el puramente *histórico*. Éste, entendido como se le entiende generalmente, no es una crítica de instituciones, sino una pintura de sucesos. Por eso se le ha reemplazado en la teología científica moderna por el método

comparativo, que es el mismo que en lingüística lleva el nombre compuesto de *histórico-comparativo*, es decir, extendido á la comparación de todas las religiones, como de todas las lenguas. Pero Renan no alcanzó nunca en sus investigaciones un tan deseable progreso intelectual: el método histórico-comparativo le fue siempre antipático.

Notemos ahora otra consecuencia contraproducente en esta repulsión de Renan por los últimos adelantos metodológicos en teología. Es evidente que el fin que se propuso de descatolizar é imbuir en los hombres la independencia religiosa de apreciación y de juicio, se consigue muy medianamente con su procedimiento de hacer cuadros históricos de determinadas épocas cristianas. Tamaña transformación sólo tiene probabilidades de realizarse con la comparación de los mitos, dogmas y ritos en las distintas religiones, siguiendo un orden genealógico. Esto es lo que caracteriza la *ciencia* de las religiones y la distingue de la teología tradicional y de la misma teología crítica en el sentido histórico de Renan. Antes se preguntaba: ¿En qué razones se funda la verdad ó falsedad del dogma de la Encarnación? ó bien con Renan: ¿Cómo entendió el dogma de la Encarnación la primera generación cristiana? Hoy se dice, por el contrario: ¿De qué creencias anteriores al Cristianismo deriva el dogma de la Encarnación? ¿Qué transformaciones ha tenido en las religiones primitivas, en la religión de la India, de la Persia, del Egipto, etc.? Y en virtud de esto y por los paralelismos elocuentes é irrefutables que se ofrecen al espíritu del lector, llega á convencérsele de que tal dogma no ha caído del cielo, sino que es conquista lenta y penosa de los esfuerzos religiosos del género humano. He aquí lo que se echa de menos en todas las lucubraciones de Renan, á quien era del todo extraño el concepto genealógico de las religiones. Si no fuera así, no habría podido titular tan impropiamente *Origines du Christianisme* á una mera exposición de la historia cristiana de los primeros siglos, y hacer esta exposición sin intentar remontarse un poco más en la derivación

de la idea cristiana, y aun rechazando de paso, en notas, con una energía igual á su ignorancia, todas las analogías descubiertas ya en su tiempo por la *ciencia* de las religiones entre los Evangelios, el *Vendidah*, los *Vedas* y las escrituras budistas (1). Y ante semejante criterio no puede uno menos de preguntarse: ¿Cómo se califica de anticatólico y pervertidor de creyentes un hombre cuyas conclusiones en el terreno de la exégesis coinciden en los puntos esenciales con las de la teología ortodoxa? Por mi parte, puedo aquí presentarme como testigo de mayor excepción. Cuando seguía la carrera eclesiástica en uno de los seminarios de nuestra patria, me entraron deseos de conocer la *Vie de Jésus*, de la que había oído hablar á profesores y condiscípulos como de la más descarada exhibición de impiedades y de la de más peligrosa lectura, por el aparato en ella desplegado. Mi asombro fue inmenso al hacer la experiencia por mí mismo. Parecióme un libro de todo punto mediocre, flojo y superficial; una exposición desprovista de argumentos convincentes, no ya para un estudiante de teología, sino para cualquier persona medianamente ilustrada. Un clérigo de carrera larga estimará la tal obra como el ensayo menos airoso para pintar un cuadro cursi; y no es poco el trabajo que me cuesta comprender cómo ha podido Palacio Valdés, en su novela *La Fe*, presentarla como la primera causa ocasional del descreimiento de su héroe el P. Gil, clérigo de carrera larga (2). Siempre he abrigado la convicción de que

(1) Seydel demostró la semejanza entre no menos de cincuenta y dos tradiciones de las escrituras budistas y otros tantos pasajes del Nuevo Testamento. De estas coincidencias pienso hablar extensamente en mi grande obra. Compárese con Renan, *Vie de Jésus*, 114, 168, 454. Me valgo de la undécima edición de París, 1864 (Lévy, editor).

(2) Véase la página 138 de *La Fe*. Aprovecho esta ocasión para hacer observar á Palacio Valdés que, ya que se inspira en obras tan vulgares y conocidas como las de Renan y *La antigua y la nueva fe*, de Strauss, debería, por lo menos, evitar hacer tantas copias de esos autores, como la de las páginas 141 y 142 de *La Fe*, donde transcribe literalmente y sin referirse á nadie, tres largos párrafos de *La antigua y la nueva fe*, I, 3, ó la de la página 50, donde, entre otros plagios, se encuentra reproducido,

los horizontes teológicos y filosóficos de Palacio Valdés son muy limitados, á pesar de que el buen señor tiene la funesta manía de sacar á colación la teología y la filosofía en todas sus novelas.

¡Antiteológico Renan! ¡Avanzado Renan! Es preciso que no conozcan la posición de sus doctrinas entre las demás de criterio independiente, cuantos le dan calificativos semejantes. Para que no se me tache de exagerado, véase lo que el propio Renan declara en el prefacio de sus *Nouvelles études d'histoire religieuse*, que, como sabemos, publicó en sus últimos años: «Las maldiciones con que fueron acogidos mis primeros ensayos, no se comprenderían ya á la hora presente. Tesis por las que fui anatematizado al principio de mi carrera, son hoy día adoptadas por escritores que pretenden permanecer católicos».

Un ejemplo para concretar. Á los ojos de todo investigador, por contentadizo y poco exigente que sea, el libro *Hechos de los Apóstoles* debe mirarse como muy posterior á la primera y aun á la segunda generación cristiana. De todos modos, lo cierto es que no hay en los libros de los apologistas cristianos escritos antes del año de 177, señales claras de una noticia concreta relativa á la existencia de los *Hechos*. No es menos significativo el silencio de San Justino en materia tan importante, como si desconociera el único relato de historia apostólica que aspira á ser completo. Y no es que ignorara algunos de los acontecimientos que en él se narran, pues habla de Simón el Mago (1) y no invoca la autoridad de los *Hechos* contra algunas herejías que él combate con razón, por ser opuestas al espíritu del Cristianismo, como hacen los polemistas posteriores, atentos siempre á demostrar á los herejes su contradicción con aquel escrito capital, y oponiéndoselo por diferentes

---

sin indicación de autor, el conocido símil de Renan: «Era un caso de suicidio por ortodoxia mística, etc.», aplicado por el crítico francés en sus *Souvenirs d'enfance et de jeunesse* á un profesor suyo de San Sulpicio.

(1) *Apología*, I, 26.

lados como la cabeza de Medusa. ¿Qué significa este proceder? ¿Es que San Justino, escribiendo en 150, podía no saber nada acerca de los *Hechos*, si antes de esa fecha se hubiesen redactado?

En presencia de tales datos, causa verdadero asombro que un exegeta como Renan (1) pueda suponer que «se estaría muy cerca de la verdad creyendo que los *Hechos* fueron escritos allá por el año 80». Harto mejor sería creer lo que Van Manen, quien con una lógica y una erudición incontrastable asigna los años 130 á 150 á los *Hechos*, sin pretender pasarse de largo. Los cálculos en que se apoya esta opinión son tan claros para todos los que conocen aquel documento, que sólo es extraño que no la hayan abrazado mayor número de autores (2). Está probado que el tercer Evangelio no ha sido escrito antes del año 125 al 130; y siendo la redacción de los *Hechos* posterior evidentemente á la del tercer Evangelio, y acaso del mismo autor, el período de 130 á 150 es el único que puede representar la fecha del último. Pero aun aquí existe una duda, puesto que acabamos de consignar el desconocimiento que en tal fecha tenía San Justino de los *Hechos*. Tal vez, pues, se ha quedado corto el propio Van Manen en sus conjeturas.

He pensado muchas veces, comprendiendo que Renan es el único exegeta independiente, conocido y adorado por nuestro público, que la medicina que se ha dado hasta ahora en España contra el *faetus judaicus*, contra la epidemia crónica de la ortodoxia bíblica, con su *Vie de Jésus*, ha debido causar más daño que provecho, por no haberse desprendido bastante nuestro autor de los falsos principios sectarios de los mismos teólogos dogmáticos cuya impugnación se propuso, y por haber dejado vagar en esa, como en todas sus obras, su fantasía novelesca, inclinándose con facilidad á lo peregrino, romántico y sentimental. Además, se muestra de continuo débil y vaci-

(1) *Les apôtres*, introducción.
(2) Como excepción, véase á Mead, *The Gospels and the Gospel*, II, 2.

lante; antes de arriesgarse á un *sí* ó á un *no* de orden general, da en falso con una regularidad escrupulosa. En este punto estoy conforme con Nietzsche (1) cuando escribe: «¿De qué sirve todo libre pensamiento, toda modernidad, toda burla, toda flexibilidad de espinazo, cuando en el fondo se permanece cristiano, católico y hasta clérigo? Renan posee, como todo jesuíta y todo confesor, una facultad poderosa de seducción; no carece su espiritualidad de esa sonrisa bonachona de la clerigalla. Como todos los sacerdotes, no llega á ser peligroso sino cuando se le ama. Nadie le ha igualado en su modo de adorar, un modo que pone la vida en peligro... Este espíritu de Renan, un espíritu que enerva, es una desgracia más para esa pobre Francia, enferma, enferma en su voluntad».

Tenemos una nueva prueba de lo reaccionario del criterio de Renan recordando tan sólo que su *Vie de Jésus* fue posterior en bastantes años á la primera *Leben Jesu*, de Strauss (2). Esta última obra nos presenta un vasto sistema, un sistema completo, y en ella queda destruído, no sólo el sobrenaturalismo tradicional, sino también por anticipado el racionalismo tímido é inconsecuente de Renan. En su examen de la vida, real ó supuesta, de aquel á quien los Evangelios dieron el nombre de Jesús y de Cristo, Strauss ha podido hacer millares de observaciones por demás delicadas y tan exactas, que la más severa crítica no podrá desvirtuarlas. Strauss es el hombre á quien más agradecida debe estar la teología independiente. Su plan fue inmenso y luminoso, y él puso el imperecedero fundamento de la exégesis evangélica, el *criticismo miticista*, á cuya sombra empiezan á congregarse numerosos partidarios.

Aparte del mérito personal de Strauss, el solo hecho de ser su obra una recopilación de los progresos de la exégesis y de

(1) *El crepúsculo de los ídolos*, 82.

(2) La segunda vida de Strauss (*Das leben Jesu für das deutsche volk bearbeitet*) apareció casi al mismo tiempo que la de Renan, á la que es superior por todos conceptos, aun habiendo sido escrita para el pueblo y no para los teólogos, como la primitiva.

las opiniones de los teólogos avanzados que florecieron hasta su tiempo, bastaba para que cuanto se hiciese después de él se hiciese sobre la base de los resultados á que llegó. Mas ¡ay!, quien se penetrara de ello tenía que hallar la perspectiva y el camino, poco halagüeña la una, muy trillado el otro. En el vasto campo de la exégesis evangélica, donde Strauss puso la planta de su crítica, no volvió á crecer la hierba. ¡Y Renan tuvo la pretensión de hacer brotar flores!

Los Evangelios constituyen en conjunto una serie de mitos. La *Introducción* de la obra de Strauss, que ocupa ella sola más de la mitad del primer volumen, está dedicada exclusivamente á establecer esa demostración. Como eran muy graves las consecuencias que se sacaban de semejante principio, Renan retrocedió asustado. ¿Y qué es lo que opone á Strauss? ¿Argumentos ó razones contrarias? Nada de eso. Incongruencias y afirmaciones, y éstas de las menos justificadas y más dogmáticas posible. Al penetrarse de su oposición sistemática á Strauss, parecía natural esperar una solución en contra; pero he aquí que el autor se desentiende de lo que al parecer tanto le interesaba, con esta frase vacía de sentido: *Sa théorie* (la de Strauss) *ait, selon moi, le tort de se tenir beaucoup trop sur le terrain théologique et trop peu sur le terrain historique*. Así se lee en la introducción á la obra de Renan.

En mi sentir, una de las principales causas por la que éste se mostró desde un principio refractario á aplicar en su *Vie de Jésus* un criterio mítico á la interpretación de los Evangelios, fue, por lo mismo que no lo indicó abiertamente, su prejuicio sobre la literatura judía en general, de la que suponía derivados absolutamente esos documentos, y especialmente el falso principio por él establecido en una obra anterior (1) y según el que «la terminología religiosa de los semitas es sencilla, sin ningún elemento mitológico». Ahora bien: acerca de la false-

(1) *Histoire générale et système comparé des langues sémitiques*, I, 324. Con Renan, así Ewal, Lassen y otros.

dad de esta premisa, tanto y tan satisfactorio se ha dicho ya por muchísimos sabios, que tengo por inútil é inoportuno perder el tiempo recociendo hasta el fastidio el mismo manjar. Con el nombre de mito se ha designado siempre una tradición ó escritura alegórica destinada á transmitir un símbolo poético, que en lo sucesivo se tomó erradamente por un hecho real. ¿Quién querrá sostener hoy en serio que la historia de la tentación y caída de nuestros primeros padres ó la de la torre de Babel no son mitos propiamente tales?

Me dan tentaciones de dirigir otra censura á Renan. Según afirma (1), «la fe, el entusiasmo, la constancia de la primera generación cristiana, no se explican sino suponiendo en el origen del movimiento un hombre de colosales proporciones». Con lo que se quiere justificar la negación del mito en el Evangelio y la existencia de un Cristo histórico ó personal. Perífrasis de la proposición: «Yo, Renan, atestiguo que Jesús ha existido». Es lástima que no se generalice este modo de probar que han existido otros varios personajes históricos, porque ahorraría mucho trabajo á los historiadores.

Mientras en la exégesis de Strauss se confunden el mito y la leyenda, Renan establece una diferencia artificial y superficialísima que separa la leyenda del mito. Puestas estas gafas azules sobre las narices, entra á saco la historia evangélica para participar á sus estupendos lectores que todo lo ha encontrado azul, es decir, legendario y no mítico. Cierto que lo legendario no encaja bien en el terreno de lo sobrenatural y de lo milagroso, que forman las tres cuartas partes del relato evangélico; pero Renan no se apura por tan poco. Ninguna dificultad le detiene. Nada más fácil para él que rehacer la verdad entre el fárrago de hechos maravillosos. «Los orientales son así, y por eso...» «En Oriente se piensa de ese modo, y de aquí que...» ¡Impío! Decía Schlegel de Voltaire que perjudicó menos con su impiedad que con

(1) *Vie de Jésus*, 448. Edición citada.

el falso espíritu que infundió á la historia. Es lo que ha hecho Renan con su pretendida impiedad. No ha hecho más que falsear el espíritu de la historia, convirtiendo el criterio de esta ciencia en un oportunismo racionalista continuado. Renan no busca nunca la causa verdadera de los milagros ó los acontecimientos mitológicos; se satisface en esto demasiado fácilmente con las «circunstancias de época» y las «diferencias de lugar», y no coloca su punto de vista á gran altura. A fe que preferiría exponerme, entre los antiguos y modernos teósofos, al peligro de recurrir á explicaciones ocultistas, á tener que mirar como un efecto de «época» y de «lugar» á todo milagro del Evangelio cristiano primitivo, mientras no llegara á persuadirme de su falsedad con pruebas fehacientes.

Basta, por otra parte, saber leer entre líneas, para comprender que casi toda la erudición de Renan es de segunda mano, ó por lo menos, que el crítico francés usa de ella como de un instrumento secundario para entrar de lleno en la exposición de detalles poco relacionados entre sí y muy pueriles; de manera que el libro resulta ser una colección de curiosidades, y no un trabajo científico. Nada diré de los innumerables plagios hechos á la escuela de Tubinga. No podía concebirse en Alemania cómo importaba él á Francia una doctrina, sin ni aun nombrar á los autores; y Baur se chanceaba de este proceder con una indulgencia algo satírica. Leyendo *Les apôtres*, se tropieza á menudo con giros como éstos: «la exactitud histórica es allí lo de menos», «lo importante es la edificación», y otros, que no son más que proposiciones de Baur traducidas al francés. La introducción á *Saint-Paul* es Baur saqueado y estropeado por el criterio indeciso de un gentilhombre de la teología francesa. Lo mismo cabe afirmar de *L'Anticrist*, de *Les Evangiles et la première generation chretienne,* y en general, de todos los libros que componen los *Origines du Christianisme*. Por eso dije al principio que se trataba de una empresa superior á las fuerzas de Renan. Esa serie de libros es, indudablemente, lo menos meditado que hay en toda su labor.

Una obra tan vasta no puede ser tratada modernamente sin gran copia de conocimientos científicos, sin un caudal enorme de buenos materiales.

*
* *

He analizado en Renan al lingüista y al teólogo, y tal vez no deje satisfecho al lector al prometerle ser más corto en lo que me resta por decir de nuestro hombre como filósofo y sociólogo. Estas nuevas fases suyas corresponden al último período de su vida, en que apenas mostró sus primitivas aficiones exegéticas más que con la publicación lenta y periódica de su *Histoire du peuple d'Israel* (cuatro tomos), obra que tiene sus méritos, pero no bastante grandes para olvidarnos de las del mismo título publicadas en Inglaterra por Kuenen, y en Alemania por Welhausen, y que no está siquiera á la altura de las de su compatriota Havet.

En los *Dialogues philosophiques*, Renan divulgó las ideas del neocriticismo francés (Vacherot, Taine, Beraud, etc.) exagerándolas y aconsejando que se renunciase á la idea espiritualista para reducir la metafísica á la teoría atómica generalizada. Pero pregúntese al sentido filosófico si convendrá hacer la experiencia: las extravagancias de Renan bastarían de ensayo y enseñanza. Así, la parte de los Diálogos destinada á probar el origen espontáneo del movimiento es un ejemplo instructivo del modo inverosímil de filosofar del famoso exegeta. Muchas de sus paradojas se vuelven á encontrar en *L'avenir de la science*, libro cuyas ideas ya había esbozado en anteriores trabajos, y que quiso se considerase como su testamento filosófico.

Yo me haría interminable si me propusiese hacer desfilar ante los lectores nuevas obras y teorías, y no podría examinar su valor y alcance sin fatigar demasiado su atención; pero no he de pasar en silencio las *Questions contemporaines* (1868) y la *Reforme intellectuelle et morale* (1872). Es fácil demostrar que los sofismas más groseros del anarquismo aristocrático de

nuestros días son la consecuencia legítima de los principios de Renan (1). «Él quería, v. gr., unir estrechamente la *ciencia* y la *nobleza*; pero la ciencia forma parte de la democracia: esto es palpable. Desearía representar, no sin alguna ambición, una aristocracia del espíritu; pero al mismo tiempo pónese de rodillas delante de la doctrina contraria, *el evangelio de los humildes*, y no solamente de rodillas...» (2). Aquí, como en otros muchos puntos, Renan exhala un *perfume* del eterno femenino, unos efluvios de mezquindad y artificio que hacen de él un decadente refinado, un esteta sospechoso. Por eso es muy difícil, á mi juicio, que Renan pueda tomar nunca parte como pensador y escritor en el orgiasmo de las inteligencias viriles, en la borrachera sagrada de los sabios. Sus obras huelen demasiado á hembra.

Es inconcebible el empeño que han tenido la mayoría de los hombres de nuestra época en mirar como independientes y sanas las ideas de un escritor cuyo estilo mismo parece que está pidiendo consuelo. Y en corroboración del decadentismo y del estetismo de Renan, podría aducirse el hecho de que en su vejez este autor se ocupaba en escribir obras obscenas y en traducir *El Cantar de los Cantares*. Por lo demás, parece que durante el resto de su vida, Renan fue un digno y pacífico burgués, un hombre consagrado al estudio y al arte, viviendo cuerdamente en su rincón, y cuya única ambición era legar una obra tan verdadera y tan eficaz como le fuese posible. Si Emerson le hubiese incluído en sus *Representative men*, habría sido simbolizando ese egocentrismo vulgar y pretencioso cuyo tipo ha inmortalizado á su modo Monier bajo el nombre de *Prudhomme*. Por lo que á mí respecta, siempre he creído incompatible la burguesía y la originalidad. Antes que un sabio

(1) Véase, no obstante, *La monarchie constitutionelle en France*, en la página 18 y siguientes.

(2) Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*, 82. Compárese con Mazzini, en Díaz Pérez, *Ensayo histórico sobre el movimiento político en Italia*, VI.

influído en sus lucubraciones por el régimen de una vida burguesa, concibo un Max Stirner recibiendo de la cerveza y de los vapores de un perpetuo sueño alcohólico las inspiraciones del *Único*, ó á Poe escribiendo las *Historias extraordinarias* en las tabernas de New-York. Esto dió amplitud, vigor y arrogancia á su pensamiento y á su lenguaje. Por el contrario, los escritos de Renan se distinguen por la forma muelle, oscilante y poco precisa, y por una especie de dulcedumbre empalagosa, buena para seducir burgueses.

*
* *

Una observación antes de terminar. A más de superficial, plagiario y repulsivo por sus ideas, Renan ha sido un hombre de escasa moralidad intelectual, por la pasiva obstinación con que defendió sus más disparatadas doctrinas hasta el día de su muerte. Tal sucede y es fácil observar con lo concerniente á la redacción de los Evangelios. Renan admitió aquí tesis que no se negaría á aceptar el ortodoxo más recalcitrante. En efecto, no sólo no le preocupa el gran parecido que tienen los Sinópticos, y que conduce á concebir su origen de muy diferente modo á como lo entiende la exégesis tradicional, sino que tuvo el atrevimiento de seguir considerando á San Juan como autor del Cuarto Evangelio; hipótesis tan contraria á todos los descubrimientos de la crítica, que los mismos teólogos ortodoxos, como Giesler, la han puesto sus reparos por no creerla exacta. En éste, como en otros muchos puntos, Renan fué un retrógrado, un *sans cullotte* de hace dos siglos.

Pero repito que su verdadero mal no estuvo en sus errores, sino en la consecuencia con que los mantuvo durante toda su vida, mientras la ciencia cambiaba á su alrededor. Además, nunca se creyó obligado á justificar tal consecuencia: siguió impávido en su mutismo. Verdad es que ¿para qué desacreditarse? ¿No estaba convencido el público, *su* público, de que sus opiniones eran otras tantas verdades inconmovibles? ¿A qué hacerle perder tan dulce ilusión?

No ha sido ese, sin embargo, el proceder de los verdaderos sabios que han brillado como publicistas y que se han distinguido en el pasado siglo por la personalidad y audacia de sus ideas. Desde Vogt escribiendo como obra póstuma sus *Enigmas del Universo*, y Büchner su *Aurora del siglo XX*, hasta Max Müller redactando en sus últimos años su nueva Mitología, para defender lo conservable de sus ideas y hacer á las nuevas escuelas las concepciones debidas, todos, en mayor ó menor grado, se han visto impelidos á hacer importantes modificaciones en las doctrinas que durante su vida han sustentado como verdaderas. Y esto constituye la mejor prueba de su lealtad y de su serenidad. Mal elogio de un hombre es afirmar que su opinión científica no ha variado un ápice en el espacio de cuarenta años. Es, como observa Víctor Hugo (1), lo mismo que decir que para él no ha habido ni experiencia de cada día ni reflexiones muy íntimas sobre los hechos. Es lo mismo que alabar al agua de estar quieta, á un árbol de estar muerto: es preferir la ostra al águila.

Y he aquí, sin embargo, la única alabanza á que Renan se ha hecho acreedor. El buen señor murió beatíficamente en los últimos años del siglo décimonono, convencido de que los Semitas carecieron de mitología y de politeísmo en sus concepciones religiosas; de que el lenguaje se debió á una revelación interior y su crecimiento fue orgánico; de que Jesucristo ha tenido una existencia histórica tan comprobable como la de Napoleón; de que el hijo del Zebedeo escribió de su puño y letra el *In principio erat Verbum*, etc. Nada hay que haga á un publicista permanecer siempre el mismo y no abandonar su camino nunca, como la convicción de que encuentra por juez una multitud favorable... tan favorable como analfabeta.

***

Francia va á consagrar un monumento, y Europa está haciendo en la prensa la apoteosis de un hombre, mediano como

(1) *Ensayos sobre política y literatura*, 14.

lingüista, superficial como exegeta, poco original en el terreno filosófico, muy antidemócrata en el terreno social. ¿De dónde ha podido proceder su popularidad? De sus mismos defectos. El público gusta en demasía de esa clase de espíritus. Además, parece que su mérito literario fue superior á su mérito científico. Algunas partes le hacen el honor de considerarle como un prosista clásico. Quizá, aun en esto, influya más la moda que la justicia. Empero semejante aspecto del asunto sale de los límites de mi competencia. ¡Que los literatos franceses se las compongan con él!

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS.—*Revista nacional* (Buenos Aires).—La educación entre los antiguos mejicanos.—Sus máximas morales.—Programa.—Nueva «Biblioteca de historia nacional» de Colombia.—Espíritu y alcance de la enseñanza de la historia argentina en los colegios nacionales.—Canalización sudamericana.=*Revista positiva* (Méjico).—El modernismo y el positivismo.—Valor estético de las obras de la escuela decadentista.—Influencia social y moral de la lectura de novelas en la juventud.=*Vida moderna.*—La enseñanza de la historia.—Más sobre comunicación fluvial sudamericana.=*Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales* (Buenos Aires).—La lucha por la vida y el descanso.—El nuevo plan de enseñanza secundaria.=*Centro América intelectual* (San Salvador).—Gobernantes de Honduras.—Cómo se formó la Honduras inglesa.

Mucho se ha discutido modernamente, y se sigue discutiendo, sobre el valor y carácter de la civilización de los mejicanos precolombinos y contemporáneos del descubrimiento. Algunas de las leyendas y afirmaciones precipitadas que corrían entre los autores, van rectificándose; y para llegar á un conocimiento exacto, en lo que cabe, conviene ir registrando las conclusiones á que llegan los eruditos en las numerosas monografías dispersas en las publicaciones periódicas. Una de ellas es la dedicada por D. Gregorio Torres Quintero á *La educación entre los antiguos mejicanos* (*Revista nacional*, Agosto-Noviembre 1902).

No han quedado muestras de la literatura pedagógica mejicana, si es que la hubo, pero sí pinturas y jeroglíficos que nos permiten formar idea «de sus tendencias moralizadoras y de sus prácticas y fines pedagógicos». Las fuentes principales de conocimiento en esta materia son las noticias recogidas por

los primeros historiadores de la colonización y el códice llamado Mendocino. La fervorosa religiosidad del pueblo (dícese que había en el imperio 40.000 templos con un millón de sacerdotes) y el culto sangriento al dios de la Guerra, Huitzilopochtli, explican los dos caracteres fundamentales de la educación mejicana: religiosa y guerrera. «Los mejicanos pasaban su tiempo combatiendo y orando.» Al nacer, la partera decía al niño, si era varón, que su ocupación principal debía ser la guerra; si era mujer, que debía encerrarse en su casa y limitarse á las faenas domésticas.

Era costumbre general que las madres amamantasen á sus hijos. Sometíaseles al régimen de baños fríos, ropa ligera y lecho duro, para fortificarlos. En la esfera familiar, la madre se encargaba de la educación de las hijas, y el padre de la de los hijos.

«Desde que el niño tenía cuatro años de edad, el padre comenzaba á hacerlo trabajar, ya en el acarreo de agua en pequeñas vasijas, ya cargándole con pequeños bultos, pues aquel pueblo, que carecía de bestias de carga, tenía necesidad de acostumbrar á los hombres, fuesen pobres, mercaderes ó soldados, á cargar bagajes por largas distancias. A los siete años le comenzaba á enseñar su oficio, pues los hijos seguían el de sus padres.

»La madre acostumbraba á su hija á andar siempre cubierta, despertándola desde muy temprano el sentimiento del pudor; le enseñaba á hilar y tejer, á barrer, moler y tortear; en una palabra, todos los quehaceres domésticos.»

Los castigos domésticos eran durísimos: se les punzaba el cuerpo con espinas, se les daba de palos ó se les exponía al humo asfixiante del chile.

Las máximas morales que se les enseñaban eran por el estilo de las siguientes:

I. Ten comedimiento con los otros, porque con la humildad se alcanza el favor de los dioses y de los mayores.

II. No ofendas á ninguno, ni le quites ni tomes su honra;

haya en ti méritos, que es de los dioses dar á cada uno lo que le place. Toma, hijo, lo que te diesen, y dales gracias; y si fuere mucho, no te ensoberbezcas, sino humíllate, y tu merecimiento será mayor, y los demás no tendrán qué decir ni qué murmurar de ti; mas por el contrario, si te apropias lo que no te pertenece, quedarás afrentado y ofenderás á los dioses.

III. Ama y haz piedad, y no seas soberbio ni des á otros pena; sé bien criado y bien comedido, y serás amado y tenido en mucho.

IV. No hieras á alguno ni le hagas afrenta, y haz lo que debes, y no por eso te ensalces, porque indignarás á los dioses contra ti y no quedarás sin castigo.

V. Tendrás cuidado de servir y agradar á tu marido, para que así merezcas que los dioses te hagan bien y te den hijos.

VI. Sentada ó levantada, andando ó trabajando, siempre, hija mía, piensa y obra bien, y haz lo que debes para servir á los dioses y á tus padres.

VII. No mientas ni engañes á nadie, porque los dioses te miran.

La diferencia principal entre la educación de los nobles y los plebeyos consistía en que á los primeros no se les enseñaban oficios manuales.

Había dos tipos de escuelas, el *Calmecac* y el *Telpuchcalli:* el primero, á lo que parece, dedicado especialmente á los niños nobles y á la carrera sacerdotal; el segundo, á los plebeyos, aunque también tenía enseñanza religiosa, así como en el Calmecac había la civil y guerrera. La disciplina era muy rígida. Aunque en ambos tipos se admitían hombres y mujeres, se les instruía aparte.

«Las penas eran terribles, contándose entre ellas la de muerte. El soberbio, el desobediente, el que ofendía á otro, eran castigados severamente, azotándolos con ortigas ó picándolos con espinas de magüey; al dormilón despertaban echándole agua fría ó rescoldo caliente; á los ociosos ó incorregibles les quemaban el cabello con ocotes, lo que era una afrenta; al

borracho ó al que cometía faltas contra la castidad, le daban garrote, lo quemaban vivo ó lo mataban á flechazos.

»Las mujeres ingresaban al Calmecac ó al Telpuchcalli á los doce ó trece años. Sus votos eran por uno ó más años, si bien algunas los empeñaban perpetuamente»; por lo cual algunos escritores les han llamado *monjas*. En algo se parecía su vida á la de éstas.

«Dirigían la educación de la juventud los sacerdotes: en sus manos estaban los destinos de la sociedad; modelaban á los hombres y á las mujeres según querían, inculcándoles un profundo respeto por los dioses y sus ministros. El sacerdote era la clase sabia y poderosa; eran los consultores de la gente humilde, así como de los pontífices y reyes, y por su conducta irreprochable se hacían amar del pueblo.»

El programa de la enseñanza comprendía la Lectura y Escritura jeroglíficas, Oratoria, Cálculo, Astronomía, Astrología, Cronología, Geografía, Historia y Mitología. Sus libros versaban sobre todo género de materias, pero probablemente sólo se usaban en ciertas clases de estudios.

En la primera enseñanza, á juzgar por el Códice Mendocino, el procedimiento era oral.

Las Matemáticas, así como la Geografía, hallábanse muy adelantadas. «Montezuma regaló á Cortés—dice Bernal Díaz del Castillo—un paño de nequen, en el que estaban pintados y señalados, muy al natural, todos los ríos y ancones que había en la costa.

»La historia se repetía por tradición oral y se perpetuaba por pinturas ó por cantos, á los que eran muy afectos los mexicanos.»

Como ya hemos insinuado, atendían bastante á la educación física.

«En las escuelas se ejercitaban en el manejo de las armas; los alumnos concurrían á las batallas como reclutas, cargando el bagaje de los veteranos; en una ciudad lacustre los habitantes tienen que ser nautas, y no pudo faltar entre ellos el

ejercicio del remo. Si todavía no fuese suficiente esto, nos bastaría señalar tres clases de ejercicios á que eran muy afectos los aztecas: la danza, la pelota y el volador.

»En todas las ciudades y pueblos principales había un *tlachtli*, ó lugar donde se jugaba la pelota; el piso estaba encalado, terso y limpio. Los jugadores estaban desnudos, llevando en las asentaderas un cuero de venado y en las manos una especie de guantes. Recibíase la pelota en las asentaderas, los cuadriles ó rodilla, y algunas veces la hacían pasar por un agujero estrecho practicado en una piedra, habilidad que era muy aplaudida.

»Ni la poesía dramática faltó en aquel pueblo. El teatro estaba en el centro de algún mercado ó en el patio de algún templo, al descubierto; y en él tenían lugar los entremeses, que eran muy graciosos.»

La misma revista, en su número de Diciembre, da cuenta de haberse inaugurado en Bogotá una Biblioteca de historia nacional de Colombia, y copia la introducción del tomo primero, escrita por el iniciador D. Eduardo Posada. Duélese éste de los muchos manuscritos interesantes para Colombia que se han editado en el extranjero ó se han perdido.

«Perdióse la obra del conquistador Quesada, *Ratos de Suesca*, que existió inédita en nuestra Biblioteca hasta hace medio siglo; perdiéronse también dos trabajos del cura de Bogotá, Garzón de Tahuste, titulados *Historia de los chibchas* y *Sucesión de prelados y jueces seculares del nuevo reino de Granada*, obras éstas que debían tener preciosos datos, una vez que su autor fue amigo de los conquistadores y párroco de Santa Fe durante sesenta años. Un ilustre diplomático llevóse hace poco unas Memorias manuscritas, que parecían ser las del general Sardá, las cuales adquirió de un particular; igualmente existía aquí una autobiografía del general Antonio Obando; se publicó de ella una entrega, y luego se traspapeló el original. Las llamas del incendio de los Portales, hace dos años, devoraron el valioso archivo del Cabildo, y se convirtieron así en ceni-

zas, sin haber visto la publicidad, documentos preciosísimos no sólo para la historia de Bogotá, sino para su régimen municipal. A las obras que arriba citamos, cuyos manuscritos nos pertenecían, y que fueron publicados por imprentas extranjeras, agregaremos las *Memorias de O'Leary*. Años enteros estuvieron en Colombia las cajas que contenían los documentos colectados por el distinguido irlandés. Presa podían llegar á ser del fuego ó de alimañas, sin que nuestros gobiernos patrocinaran su publicación. Súpolo Guzmán Blanco, y constituyóse en Mecenas de aquella obra. Allá, á la tierra venezolana, fue trasladado ese tesoro, y en ella se editó con gran magnificencia en 31 volúmenes.

El Dr. Posada confía, muy justamente, en que los documentos nuevos que se publiquen rectificarán muchos errores de las historias conocidas. «La mayor parte de los cronistas se han copiado unos con otros. Un error, tipográfico tal vez, de Ocáriz ó Zamora, sigue repitiéndose en todas las narraciones. Rara vez se trabaja en rectificar una fecha, en comprobar un episodio, en desmentir una leyenda.»

El editor se propone incluir en la Biblioteca, no sólo documentos inéditos, sino también reimpresiones de libros agotados, como los de Ocáriz, Zamora, López Gomara, etc.

El volumen que nos ocupa comprende tres obras completamente inéditas.

«En el primer trabajo, el diario de Vargas Jurado, se advierte la obra de un hombre sencillo, de bello carácter, bueno y sincero. Nos relata él, día por día, esos últimos años del siglo XVIII, en que el virreinato llegó á su apogeo. Allí hallamos datos para la historia de Bogotá, que eran desconocidos, tales como el incendio de Santo Domingo en 1761, no mencionado por ningún historiador, y aun para los anales del país, como esa insurrección de veleños, anterior á los comuneros, la cual tampoco figura en nuestras crónicas. Su biografía está hecha por él en los apuntes que nos da de su vida: tesorero de la Santa Cruzada y notario, fervoroso creyente, buen hijo, sus

apuntamientos tienen todo el sabor de la vieja Santa Fe. Allí desfilan los virreyes, los oidores, los alcaldes ordinarios, los monjes y los verdugos.»

La segunda obra es el Memorial de José María Caballero, que da cuenta de la guerra de independencia, «los días pavorosos de Morillo», de que fue testigo presencial y actor á veces.

La tercera es un poema titulado *Santa Fe cautiva*, del cura Torres y Peña. Su autor fue realista furibundo, defensor fervoroso de Fernando VII y enemigo implacable de Nariño, de Bolívar y de Santander.

«Torres y Peña era uno de los mejores oradores sagrados de Santa Fe. En el año 1808, cuando la jura de Fernando VII, pronunció en la Catedral el panegírico, que mereció aplauso especial del Cabildo; luego figura en él, en muchas solemnes ocasiones, ocupando la sagrada cátedra.

»Al aparecer en los primeros años de la independencia aquel problema del patronato que dividió al mismo clero, Torres y Peña figuró entre los mejores polemistas. Él le negaba á la República el derecho de continuar con esa prerrogativa, que se había concedido por el Papa Julio II á los reyes de España, para nombrar prelados y hacer otros actos del dominio eclesiástico. Cuando acaeció el cisma del Socorro, hizo nuestro célebre canonista varias publicaciones opuestas á las ideas del Dr. Rosillo, nombrado obispo de aquella diócesis, que acababa de erigir el gobierno civil.

»En 1813 se reveló su grande amor á la Monarquía. Miembro del colegio electoral, protestó enérgicamente contra la declaratoria de independencia absoluta de España. Entre los cincuenta electores, nos dice Caballero, de que se componía aquel cuerpo, tan sólo el Dr. Peña y el Dr. Pey votaron en favor de Fernando VII. No nos será, sin duda, simpático este voto á los colombianos; pero emitido en aquella hora y en aquel lugar, revela en quienes lo daban un altivo carácter y una convicción honrada.»

El poema de Torres era totalmente desconocido. Ni Vergara en su *Historia de la literatura de la Nueva Granada*, ni Laverde Amaya en su *Bibliografía colombina*, lo mencionan.

Por los datos que anteceden se ve la importancia del tomo primero de la nueva Biblioteca.

En el número de Mayo último, D. José Juan Biedma escribe sobre el *Espíritu y alcance de la enseñanza de la historia argentina en los colegios nacionales*. El autor preconiza el uso del libro de texto, aunque no para reducir la enseñanza á un puro régimen memorista.

«Auxiliar indispensable como medio, aparte de otros indicados por la ciencia de la enseñanza que he podido practicar, me ha sido y es el *libro de texto;* elemento de que no se puede ni se debe prescindir como ayudante del estudiante y eficaz cooperador del maestro, digan lo que quieran los teorizadores, algunos de los cuales, gravemente afectados de exotismo pedagógico, han contribuído poderosamente con sus líricas pontificaciones á llevar al estado caótico la cuestión de la instrucción pública entre nosotros.

»Por intensa que sea la atención que el alumno dedique en clase á la palabra de su profesor, no conseguirá retener, en la generalidad de los casos, sino una relativa parte de lo escuchado. Muchas causas contribuyen á ello, aparte de que la facultad de percepción y retención que cada cual posee en mayor ó menor grado, y especialmente la última, no está tan desarrollada que convierta á cada oyente en algo así como un fonógrafo humano con facilidad de conservar y aprovechar *in totum* el *vasto* caudal de noticias y referencias que escucha durante una hora de sesión. El texto, entonces, consultado en el silencioso refugio de estudio, que todos lo tienen, hasta los más desairados por la fortuna, refresca la memoria, recuerda pasajes olvidados y habilita al estudiante á seguir el sendero, señalándole el punto de partida ó el rumbo en momentos que no puede acudir á la égida de su maestro. Y quien me diga, señores, que el catecúmeno debe y puede prescindir en estos

casos del *libro de texto*, me convencerá cuando me demuestre que el maestro puede prescindir de las fuentes en que bebe su ciencia ó de la obra de consulta que le facilita la tarea, concediéndole generosamente el tesoro de saber que á diario derrama en la cátedra en caudal fecundo de enseñanzas.

Las conclusiones metodológicas del Sr. Biedma no son nuevas, y aunque discutibles algunas, son razonables las más. Las trasladamos como muestra del espíritu que anima al profesorado argentino (ó á parte de él) en esta materia.

«La historia nacional debe ser estudiada, por lo menos, en tres años del curso de estudios secundarios, con desarrollo gradual y conexión lógica que enlace sus programas y garanta sus resultados.

»Debe someterse su enseñanza al método narrativo-pragmático, que no solamente expone los hechos, sino que explica sus causas y señala sus consecuencias sin profundizar su estudio filosófico, que corresponde á una escuela superior; utilizando especialmente, sin perjuicio de otras ciencias auxiliares, la geografía.

»Debe animarla un espíritu eminentemente nacional, que infunda en el niño el sentimiento de civismo, que hará de él un ciudadano noblemente altivo y consciente de sus deberes, dispuesto á asimilar los factores de perfeccionamiento que le ofrezcan civilizaciones extranjeras, pero sin declinar ó abjurar las condiciones virtuales de la raza criolla, que no contravienen al principio de la fraternidad humana, juiciosamente aceptado y practicado.

»Debe presidir á su enseñanza un espíritu de justicia insospechable, dando por definitivamente juzgado aquello sobre que falló irrevocablemente la posteridad y ha sancionado el andar del tiempo y la conformidad de los maestros; no adelantando como aceptados por ella juicios, que pueden resultar temerarios, sobre hombres ó sucesos que no hayan merecido el veredicto inconmovible de la conciencia pública.»

En el mismo número, prosigue el Sr. Rodríguez del Busto

su campaña (de que ya hablamos en el artículo anterior) sobre la canalización sudamericana, para «convencer especialmente á los hombres dirigentes de que la traza de mi plan de canalización de este continente es la única conveniente, la única que puede producir la verdadera transformación que está llamada á experimentar Sud-América, la única que la colocará rápidamente en la cúspide de todos los progresos modernos.»

Revista positiva dedica gran espacio, en los últimos números recibidos, á cuestiones literarias, particularmente á la del llamado *modernismo*. D. Francisco Medina contesta á la cuestión de si el modernismo procede del positivismo, y comienza consignando la necesidad de averiguar, ante todo, «qué piensan de la poesía los positivistas, y lo que los poetas modernistas piensan del positivismo».

«Lo primero, que es de importancia capital, queda claro en esta terminante declaración del fundador de la Escuela Preparatoria de México, y que aparta con su luz la existencia de toda duda: «La misión del poeta y del artista debe ser sobre todo precursora, debe guiar siempre por medio del sentimiento, y guiar forzosamente hacia adelante. Si ellos evocan recuerdos del pasado, debe ser siempre para mejorar el porvenir y no para aconsejar el retroceso.»

«Lo segundo, también de notoria importancia, queda definido en la declaración hecha por el primero de los *modernistas* americanos (Rubén Darío): «¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa ó de indio chorogota ó nagrandano? Pudiera ser, á despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos ó imposibles: qué queréis, YO DETESTO LA VIDA Y EL TIEMPO EN QUE ME TOCÓ NACER; y á un presidente de República no podré saludarlo en el idioma en que te cantaría á ti, ¡oh Halagabal!, de cuya corte—oro, seda, mármol—me acuerdo en sueños...—(Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas, en Palenke y Utallán,

en el indio legendario y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman.)»

Después de estas declaraciones, ¿cómo puede ser que el modernismo derive de las doctrinas positivas?

«Los *modernistas* no son precursores, esto es axiomático; ellos no buscan la verdad ni guían á los hombres á ningún fin; antes bien, se sustraen á los anhelos de los hombres y se encierran casi siempre en su *yo*; Darío, Lugones, Tablada, Dávalos, Nervo, etc., han sido y son poetas que yo llamo *personalistas*, es decir, poetas que escriben y pulimentan la frase para expresar lo que ellos piensan é imaginan, y no lo que sienten é imaginan los hombres de la vida contemporánea»...

«Y tan es así, que algunos *modernistas* de mucha cuenta han asentado como principio que la poesía no debe enseñar, que la poesía no debe ser *didáctica,* porque entonces deja de ser poesía, deja de cumplir la misión que le está encomendada; debe, según ellos, ser *indiferente* y vivir de la belleza pura, de la belleza no ungida por los besos de la diosa Minerva.»

Por todo lo cual, el Sr. Medina contesta negativamente la pregunta con que encabeza su artículo.

En el número de 23 de Abril de la misma revista se inserta un *Ensayo crítico*, de D. Atenodoro Monroy, premiado en los Juegos Florales de Puebla, sobre el *valor estético de las obras de la escuela decadentista.* El *Ensayo* es extenso, bien documentado; en él el autor, antes de emitir juicio, examina uno por uno los caracteres de la moderna escuela poética: derivación musical é idealista de su doctrina artística; forma simbólica, dando al símbolo un sentido muy diferente del que tuvo hasta ahora en literatura y que trasciende no sólo á las imágenes, sino á la acepción y valor de las palabras; libertad absoluta de combinaciones métricas y rimas, que produce, juntamente con la arbitraria significación de las palabras, á juicio del autor, «lo inarmónico de los versos, desapacible y feo, y lo ininteligible de las cláusulas, que apenas si tienen sentido en

muchas ocasiones, más que por lo alambicado de los conceptos, más que por la rara estructura y la sintaxis, por lo esotérico de las correspondencias y la rebuscada novedad de las expresiones»; y, por último, el refinamiento de los afectos é ideas que quiere expresar y que constituye su arte en cosa accesible tan sólo á unos cuantos escogidos. El Sr. Monroy sintetiza así su análisis de estos caracteres:

«No creo, pues, alejarme de la verdad al concretar en los siguientes términos la fórmula, ya que no es posible una verdadera definición del decadentismo: escuela poético-lírica de origen metafísico, en que se traduce un hondo y amargo malestar social de cansancio y decrepitud, por medio de símbolos obscuros é ininteligibles, expresiones rebuscadas ó alteradas caprichosamente en su significación, metros de calculadas disonancias ó virtualidades musicales de absoluta libertad y novedad, rimas regresivas y fantaseos y alucinaciones personalísimos, propios sólo de la neurosis y el desequilibrio cerebral».

En punto al juicio estético, he aquí el que formula el autor:

«Fácil es, ante todo, notar que los orígenes de la escuela radican en una deplorable confusión. Se pretende que la poesía, arte esencialmente expresivo y representativo de realidades concretas, arte de imágenes y signos, la palabra, por cuyo medio aventaja á todas las demás artes, se convierta en puramente formal, de modo que el placer se produzca sólo por virtud de libres y caprichosas combinaciones de sonidos que, á semejanza de la música, sugieran vagamente los estados emotivos más que las ideas, y sólo por asociaciones y analogías indeterminadas lleguen á una expresión ó significación concreta, á un verdadero lenguaje. . . . . .

»Pues bien: los decadentistas, adheridos á esa teoría trascendental ó docente que da á la música un carácter expresivo que no tiene, aspiran á hacer de la poesía, cuya naturaleza expresiva es riquísima y sin rival en todas las artes, una especie de música wagneriana que, reducida á sólo la armonía, y

cierta armonía *sui géneris* de las palabras, se limite á sugerir, á evocar estados de conciencia emotivos, vagos y generales, prescindiendo de la expresión directa y determinada de las ideas, así como de toda realidad concreta y particular.»

Esto en cuanto á la forma. Por lo que respecta al fondo de la doctrina, el decadentismo, «so pretexto de expresar fenómenos de una vida superior... busca la degeneración y la muerte». ¿Por qué? se pregunta el Sr. Monroy. Y contesta:

«Porque como suprema condición para crear, esto es, para hacer vivir, anhela lo raro, lo que la multitud no puede percibir, y, «siendo un hecho *casi fisiológico*, se encuentra sólo en ciertos temperamentos *hiperestesiados*» ó, lo que es lo mismo, el desequilibrio y la neuropatía; pues estos preciosos términos, *hecho casi fisiológico* é *hiperestesia*, en rigor científico no significan más que la miseria nerviosa con toda una serie de estados que guían á la perturbación mental y á la locura.»

Todos estos juicios desfavorables que el Sr. Monroy emite, no le impiden reconocer que en los poetas decadentistas hay á menudo páginas de incontestable belleza. Sólo que «lo que hay que pueda subyugarnos, que nos embelesa, que real y verdaderamente produce en nosotros la emoción estética, es lo que, elevándose por encima de todo canon estrecho, de toda mira exclusivista, pertenece á la personalidad, al genio del poeta, y es, por lo tanto, tan ajeno del decadentismo como propio de todas las escuelas y de todos los tiempos; lo que, lleno de vida y de fuerza, se nos filtra en el alma, nos conmueve y nos deleita, mostrándose capaz de ayudar á la evolución y no á la disolución del organismo social; aquello, en fin, ante cuya saludable influencia, conforme á las muy repetidas palabras del Apóstol, «no habrá nunca gentil ni judío, romano ni bárbaro, sino espíritus cariñosamente unidos en un solo culto y un solo amor».

El autor cita, en prueba de esto, poesías de Mallarmé, Verlaine, Rubén Darío, Tablada y otros autores, así como, en demostración de anteriores informes, ha citado también trozos

de esos poetas y de Richepin, Ghil, Moréas, Lugones, Díaz, Dávalos, Nervo, Díaz Mirón y otros escritores mejicanos.

El *Estudio* termina por un ligero examen del decadentismo en Méjico. El Sr. Monroy, como el Sr. Medina, niega que proceda en poco ni en mucho del positivismo.

«El decadentismo en Méjico (dice) no viene más que del prurito de la novedad y de la imitación de los autores franceses, juntamente con la exageración con que se ha ansiado seguir el conceptualismo exuberante de Agustín F. Cuenca y las huellas luminosas de Gutiérrez Nájera, que con gracia exquisita y refinamiento incomparable supo seleccionar y asimilarse mucho y muy excelente de esos autores, sin mengua de su propio genio original.»

En el número de 21 de Mayo, el director de la Revista, D. Agustín Aragón, diserta sobre *la influencia social y moral de la lectura de novelas en la juventud*. A su parecer, el factor que más influye en la acción que la literatura ejerce sobre la vida es el lector, y no el libro. En cuanto á la juventud, las novelas pueden influir según su carácter y según el temperamento del que las lee.

«Los inclinados al suicidio hallarán la gota de agua que derrame el vaso en la lectura del *Werther*, de Goete. Los que consideran responsable á la sociedad de sus propias faltas, acogen el romanticismo con verdadero entusiasmo.

»Resumiré mi pensamiento: la lectura de las novelas en la juventud influye como elemento de sugestión; obra como causa determinante de tal ó cual impulso social y moral; solamente por una casualidad muy rara obrará como causa eficiente.

»El fin moral debe, á mi juicio, predominar en las novelas que se elijan para los jóvenes. Para declarar buena una novela, no sólo debe estar bien escrita y ha de producir en el crítico competente la impresión de una obra acabada, literariamente hablando, que es lo que constituye la parte externa de los libros, sino que han de considerarse en la novela sus

quilates en lo social y en lo moral, verdadera piedra de toque para juzgar de todas las obras de arte. Si el lector de una novela no pasa de exclamar:—¡Muy bien! ¡Admirable descripción! ¡Espléndida pintura de mujer!—y nada más, la novela nada vale. Puede considerarse como perdurable si, después de leída por los espíritus equilibrados, éstos sienten la necesidad de releerla, y si cada lectura les proporciona placer nuevo y placer de los que elevan el alma; y será la novela obra maestra del ingenio humano si contribuye á mejorarnos intelectual y moralmente.»

El número de Mayo de *Vida moderna* inserta un artículo de D. Daniel García Acevedo sobre *La enseñanza de la historia*. En la mayor parte de él, el autor no hace más que resumir algunos capítulos del conocido libro de Altamira.

D. Melitón González, explorador de América y autor del notable libro *El Gran Chaco argentino,* defiende su sistema de *Comunicación fluvial por el interior* de la América del Sur. Aunque el Amazonas es el río mayor del mundo, navegable en 5.000 kilómetros de su curso, no atrae al comercio por la uniformidad de producciones de la zona que atraviesa.

«No habiendo, de consiguiente, razón para cambio de productos, nada tiene que hacer allí el comercio, pues no halla utilidad en internarse á 5 ó 6.000 kilómetros del Océano para obtener los mismos que se dan á los 800 ó 1.000 de la costa oceánica.»

En cambio, sus afluentes y los otros ríos que no le son tributarios, recorren países de una gran variedad productiva, á los cuales importa establecer el cambio «sin tener que salir al Océano». América tiene interés en que este pensamiento se realice, «no en provecho de determinado Estado americano, sino en el interés de todos los que la forman. América tiene interés, no en que se construya únicamente la vía que desde el Estado del centro vaya á la costa fluvial ú oceánica, *sino en que se abra la arteria central que tenga sus extremos ó salidas en el Océano y atraviese por el corazón de la América meridio-*

nal, brindando sus servicios al pasar por el mayor número posible de Estados».

Porf ortuna, el sistema hidrográfico de América se presta admirablemente á la comunicación interfluvial, y la idea ha repercutido ya en varias repúblicas. Muestra de ello es el siguiente acuerdo tomado en el Congreso Panamericano de Méjico:

«1.° Celebración de una conferencia geográfica fluvial entre los países ribereños, y que se reuniría en Río Janeiro dentro de un año.

2.° El gobierno de la República Argentina queda encargado de gestionar del gobierno del Brasil la adhesión y asentimiento necesarios.

3.° Se solicita á ambos gobiernos que gestionen las demás adhesiones de países ribereños.

4.° La conferencia mencionada funcionará con arreglo al siguiente programa, cuando no sea modificado de acuerdo entre los gobiernos brasilero y venezolano:

a) Organizar comisiones geográficas de exploración.

b) Formular los reglamentos para las diversas comisiones.

c) Establecer los presupuestos de gastos de los trabajos.

d) Fijar las cuotas proporcionales que correspondan á cada uno de los Gobiernos interesados.

e) Organizar la oficina internacional destinada á concentrar los datos de las exploraciones, y presentar á los gobiernos un proyecto general de comunicación entre las hoyas hidrográficas.

f) Estudiar todos los asuntos conexos al propósito anterior que se refieran á la rápida ejecución de la obra y las medidas que los gobiernos interesados deseen acordar particularmente ó en común para promover el bienestar de esas regiones.

Este convenio fue firmado por los delegados de Bolivia, República Argentina, Perú, Paraguay, Colombia, Uruguay y Ecuador.»

Los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales* (Buenos Aires), en su cuaderno correspondiente á Abril-Junio últimos, incluye dos trabajos interesantes para los lectores españoles. Titúlase uno *Tristezas y esperanzas*, y en él discute ampliamente el Dr. Ernesto Quesada, con motivo de la novela de Altamira *Reposo*, la lucha por la vida y el ideal del descanso. El Sr. Quesada es contrario á la concepción darwinista de la vida; pero creemos que el autor de *Reposo* no defiende esa concepción, ni la tiene tampoco por verdadera.

El otro trabajo es un estudio de D. Cástulo L. Furnes sobre *Enseñanza secundaria*, cuyo motivo es la reforma decretada últimamente, puesta en parangón con las conclusiones votadas en la primera reunión anual de profesores, que se celebró en Febrero último, por orden superior. Esta reunión no ha respondido á las esperanzas que en ella se habían puesto; de un lado, por faltas del personal docente; de otro, por la manera equivocada como se redactó el cuestionario.

Respecto de lo primero, «en la sesión de clausura, el señor inspector general señaló, como el acto más culminante y el más digno de la atención oficial, la circunstancia de que los profesores congregados habían hecho algo más hermoso que discutir sin egoísmos y sin otra mira que la de llegar á la verdad:—Han dado otro ejemplo, dijo, que les honra muchísimo más, cuando en este recinto, sin vacilaciones ni reticencias, con voz clara y vibrante han dicho: Nuestra es, en parte, la culpa, si la acción moral de los institutos de enseñanza no es bastante eficaz; nuestra es la culpa, porque no le dedicamos la atención preferente debida, porque no reina entre nosotros la solidaridad, la obra colectiva indispensable».

«Y como la confesión de parte releva de prueba (añade el autor, creo que generalizando demasiado), nada más lógico que llegar á la conclusión de que las causas á que se debe el deplorable estado actual de la enseñanza secundaria y normal en la república son directa é indirectamente imputables al personal docente y directivo, tal cual se ha sostenido en el

informe del señor inspector general, presentado en Julio del mismo año pasado.»

El cuestionario comprendía tres temas: en el primero, se preguntaba «si la acción del Colegio Nacional debe hacerse sentir sobre la *educación* é *instrucción moral* de la juventud, tan directa y expresamente como sobre su *educación intelectual* y su *instrucción general*». El autor cree que este tema debiera haberse formulado así: «¿qué medios de educación moral deben emplearse actualmente para hacer más eficaz la acción del Colegio Nacional y de las escuelas normales?» Las contestaciones dadas le parecen poco concluyentes.

El segundo tema era relativo á los exámenes. El Sr. Furnes cree que «carece de importancia intrínseca, porque la eficacia del sistema de exámenes y de clasificaciones no depende de su organización, sino del criterio con que se juzgan las pruebas.

»Si falta la apreciación consciente, iluminada por una inteligencia nutrida del espíritu de equidad, todos los sistemas son ineficaces, porque los reglamentos no suplen el buen criterio y, al contrario, algunas veces le estorban.

»Si él existiera, habría llegado la oportunidad de realizar ese *ideal* reconocido por la asamblea de profesores, consistente en la completa *supresión* de tales exámenes, y á cuyo respecto alguien había formulado este voto: «¡Ojalá pudiera verse realizado dentro de cien años!»

»Observaré, sin embargo, que ese ideal ya se realiza, en parte, con el sistema de clasificación diaria y la exoneración del examen para los alumnos distinguidos y sobresalientes.»

El tercer tema se formuló así: «¿Cómo puede establecerse la correlación de los estudios primarios con los secundarios y normales?» Lo cual equivale á comenzar afirmando que debe existir esa correlación. Respecto de las contestaciones dadas á esta pregunta, el inspector general dice en su informe que «tampoco es fácil hacer una síntesis exacta, ni mucho menos completa... Lo *único* que puede desprenderse, como opinión

predominante, es que tanto para *ingresar* al Colegio Nacional, como á la Escuela Normal, deben terminarse *previamente* los estudios *primarios* completos, pasando, *después* de hechos éstos, al primer año normal ó *secundario*».

La forma defectuosa de estar formulado el tema, hizo que la discusión versara sobre todos los grados de estudios, incluso los primarios, «no obstante tratarse de una reunión de profesores de enseñanza secundaria».

Además, esto entrañaba una previa cuestión constitucional, á saber: si corresponde ó no al Gobierno Nacional dictar planes de estudios primarios, ó es de atribución legal exclusiva de las provincias. El autor es contrario á que se arrebate este derecho á las provincias, aunque la conclusión de los profesores ha sido que «la Nación debe dictar planes de instrucción general (primaria y secundaria) y universitaria, correspondiendo á las provincias proveer á las cuestiones de orden puramente *administrativo*, que la asegure en cada una de ellas, en cumplimiento de la exigencia y del mandato constitucional».

El nuevo plan de segunda enseñanza no tiene menos defectos que el cuestionario y las contestaciones de la conferencia, á juicio del Sr. Furnes. El principal de ellos es que «divide la enseñanza secundaria» en dos ciclos, llamados: «instrucción general» y «*preparatoria* para la instrucción universitaria».

«Por expresa ley nacional (art. 67, inciso 16), la instrucción «*universitaria*» se ha independizado, quedando bajo la dirección inmediata de las Universidades, con sus respectivas Facultades.

»¿Por qué razón se va hoy á invadir sus atribuciones, sea cercenando sus estudios, sea dictando planes para ellas?»

El ministro, sin embargo, no ha hecho en esto más que proceder conforme á la opinión de las Facultades, que, interrogadas al efecto, informaron:

a) Que la «instrucción secundaria», por su «naturaleza y

tendencia», es meramente «*preparatoria* de la superior universitaria»; es decir, sostiene su absorción íntegra en los estudios profesionales.

b) Que «era *posible*, *dentro de ese concepto*, una *organización común*», lo que contraría todos los argumentos favorables á la polifurcación y reducción.

c) Que «toca á las facultades determinar por sí, en virtud de *propia autoridad* fundada en la ley, cuáles han de ser los estudios que *exigen* para la admisión», lo que significa subordinar á su exclusivo criterio la confección de los planes de instrucción general que dictara el gobierno, en mira de satisfacerlos, y esto se afirma al propio tiempo de reconocer «la naturaleza esencialmente distinta de la instrucción superior».

d) Que «la instrucción *preparatoria* se caracteriza por la dirección... *intensiva* y *no de extensión*, de *profundidad relativa* y no de superficie...», precisamente para armonizarla con la «*especialidad* de las ciencias que cada Facultad cultiva»; lo cual resulta diametralmente opuesto á la prescripción constitucional que manda que esa instrucción sea *general*».

Ha comenzado á publicarse en San Salvador una nueva revista, titulada *Centro-América intelectual*. Sólo he recibido el número tercero, en el que debo señalar una serie de breves y substanciosas biografías de *Gobernantes de Honduras*, escrita por el conocido literato y lingüista Dr. Rómulo L. Durón, y un artículo del Sr. Barberena, sobre el origen de la colonia de Belize ó la Honduras británica.

Diferentes veces habían intentado los ingleses apoderarse de tierras americanas en el siglo XVIII. En 1783, el general D. Matías de Gálvez, trigésimosexto presidente de la Audiencia de Guatemala, los arrojó de la isla de Roatán.

«Los ingleses no se dieron por derrotados, y deseosos de dedicarse al lucrativo tráfico del palo de campeche y de otras maderas, se esparcieron por nuestras costas del Atlántico, secretamente protegidos por las autoridades inglesas. Las regiones próximas á la desembocadura del río Tinto y al cabo de

Gracias á Dios, fueron donde principalmente ubicaron sus establecimientos, á despecho de los españoles y de su soberano don Carlos III.»

Se trató de limitar sus avances por allí, y, al efecto, el rey envió las siguientes instrucciones al brigadier Estachería, sucesor del Gálvez:

1.° «Anuncia al rey, por medio de su secretario, la próxima remisión á Guatemala del tratado de paz (el de 1783), y ordena que si entre tanto no ha logrado sacar á los ingleses, al recibirlo comunique á éstos lo estipulado en dicha convención, para que se reduzcan al terreno que se les asigne, ó para que, si lo prefieren así, abandonen nuestro suelo. 2.° Que si los ingleses pretextan no poder irse por falta de medios, les facilite embarcaciones que los conduzcan á Jamaica. 3.° Que si cumplidos diez y ocho meses, á contar de la fecha en que se ratifique el tratado, no han salido los ingleses, que recurra á la fuerza armada para expelerlos ó aprisionarlos. Y 4.° Que persiga y extermine á los indios zambos y moscos, amigos y aliados de los ingleses».

Por el tratado de Versalles (art. 6.°) se concedió permiso á los ingleses para cortar maderas de tinte en cierta porción de las costas del Atlántico centro-americano (el distrito que se comprende entre los ríos Walix ó Bellese y río Hondo); pero á la vez se obligaba á concentrarse en este distrito, dentro del plazo de diez y ocho meses, á «todos los ingleses que puedan hallarse dispersos en cualesquiera otras partes, sea del continente español, ó sea de cualesquiera islas dependientes del sobredicho continente, y por cualquiera razón que fuere, sin excepción».

Comunicóse el tratado completo á Guatemala en 24 de Octubre de 1783, junto con un precioso mapa manuscrito de los terrenos designados en el citado art. 6.°

«Desgraciadamente (concluye el señor Barberena), los grandes acontecimientos europeos de los últimos años del siglo pasado, después las expediciones militares de Napoleón y la

emancipación de la mayor parte de las colonias españolas en nuestro continente, distrajeron la atención de la corte de Castilla, y los súbditos ingleses se establecieron cómodamente en el distrito. El *permiso* se convirtió poco á poco en derecho de propiedad sobre el suelo, derecho que no faltó gobierno centroamericano que lo reconociese. Así vino á ser un simple establecimiento para corte de madera, la colonia de Belize, ú Honduras inglesa».

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

Trabajos no coleccionados de D. Ramón de Mesonero Romanos (publícanlos sus hijos).—*Ideas é ideales*, por D. Adolfo Posada.

Muy frecuente va siendo el coleccionar en libros los artículos ú otros escritos breves primeramente publicados en periódicos. Convidan á ello la difusión y baratura de la imprenta, la aspiración natural, aunque no siempre justificada, del escritor, á dar perpetuidad á sus trabajos, y aun la esperanza de algún posible lucro, puesto que el libro es, al cabo, un producto industrial que está en el comercio de los hombres, y puede hallar quien quiera comprarle. Pero, hablando en términos generales, soy yo poco partidario de estas colecciones de artículos. En la mayoría de los casos hay exceso de optimismo en suponer que escritos que acaso cumplidamente respondieron á las exigencias de la información ó del comentario cotidiano de los periódicos, puedan conservar interés pasadas las circunstancias de la actualidad que les dió vida. Todo escrito periodístico, por su índole misma, tiene que atender mucho á lo temporal, á lo pasajero, que es lo que forma y define la actualidad en cada caso, y por lo mismo es raro que en trabajos tales corresponda la orientación del pensamiento y la manera de considerar las cosas á la permanencia que el libro pretende y á que aspira. Y así como en los periódicos disuenan los escritos puramente doctrinales y estaría fuera de lugar el discurrir acerca de los hechos de cada día *sub especie æterni*, coleccionar en el libro los comentarios pasajeros edificados

sobre la mudable actualidad es un exceso de aprovechamiento, empresa análoga á la de conservar para las generaciones futuras papeles de fumar, palillos de dientes ó cualesquiera otros objetos que, aun siendo muy útiles, no están destinados á tener más que brevísima duración. No es cuestión de mérito, sino de índole y duración natural de las cosas.

Comprendo que puede haber excepciones á esta que juzgo regla general; pero como en la presente crónica me he propuesto examinar dos libros compuestos de aquella clase de escritos á que me refiero, me ha parecido que no estaría de más indicar, á manera de preámbulo, las dudas que yo tengo acerca de la utilidad de estas colecciones. Al fin y al cabo, cada autor es muy dueño de aspirar ó no aspirar á la perpetuidad de los productos de su inteligencia, y de hacerlo, si efectivamente aspira á ello, en la forma que le venga en ganas; y por lo común, el perjuicio de tercero, si llega á producirse, será muy remoto y consistirá en aumentar la enorme cantidad de papel impreso, que hará en extremo pesada y enojosa la tarea de los investigadores del porvenir y les obligará probablemente á ejecutar en las bibliotecas y archivos prudentes escrutinios y selecciones, tal vez algo más rigurosos que el que hicieron de los libros de caballería de D. Quijote el cura y el barbero del inmortal Cervantes. Tras una época tan aficionada á coleccionar y conservar todo género de reliquias literarias é históricas, como es la actual, tiene que venir otra que ponga orden, cercene y reduzca tantos materiales, pues de lo contrario los hombres futuros no sabrían qué hacerse con tan inmensa copia de datos, y no habría medio de saber nada de nada dentro de los límites naturales de la existencia humana, perdiéndose la mayor parte del tiempo en desbrozar el terreno y enterarse de futesas y menudencias de muy corta importancia.

Digo que uno de los libros á que antes aludo es la nueva colección de escritos de D. Ramón de Mesonero Romanos, que con el título de *Trabajos no coleccionados* han publicado re-

cientemente los hijos del famoso escritor, y que á más del volumen puesto ya en circulación ha de tener otro, de cuyo contenido se da alguna anticipada noticia en el aviso preliminar del tomo que ha visto la luz pública. No se compondrá exclusivamente esta obra (hablo en futuro pensando en el segundo tomo) de artículos de periódico unidos y clasificados por materias, puesto que de ella han de formar parte, según anuncian los colectores, varios arreglos y refundiciones del teatro antiguo y del francés, en que se ejercitó la pluma de Mesonero, y que hasta ahora habían permanecido inéditos. Pero la mayor parte de los *Trabajos no coleccionados* que ahora coleccionan los hijos del famoso escritor, son escritos que vieron la luz en antiguas publicaciones y que han sido extraídos del *Semanario pintoresco*, del *Diario de Avisos*, de las *Cartas españolas*, del *Museo Universal* y de *La Ilustración;* es decir, de papeles desaparecidos unos hace mucho tiempo, que han sufrido otros grandes transformaciones, y cuyos números de entonces rara vez son hoy consultados y leídos, á no ser por exigencias de alguna investigación erudita.

Con todo, esta colección de escritos, muchos de los cuales periodísticos fueron por haberse escrito para periódicos y publicado en ellos, no puede considerarse como ociosa y hay que ver en ella uno de los casos de excepción á la regla general que senté al principio. Como tal excepción los considero por el interés histórico que ofrecen bajo dos distintos aspectos. Consiste el uno en que perteneciendo ya á la historia literaria la figura de D. Ramón de Mesonero Romanos, nos ayudan á conocerla; y el otro en que, aparte de esta consideración, muchos de los trabajos coleccionados encierran datos sobre la transformación del antiguo Madrid (artículos sobre mejoras urbanas y proyectos referentes á las mismas); otros sobre las costumbres privadas en la primera mitad del siglo (bosquejo de Madrid en 1820 y 21), y otros, en fin, nos presentan un período de la evolución de la crítica literaria (críticas de Mesonero acerca de diferentes obras).

Lo que antaño fue actualidad en estos escritos se ha transformado ya en interés histórico. Las *Escenas matritenses*, por ejemplo, pintan una sociedad que ha desaparecido, costumbres que han sufrido no pocas variaciones; mas sin embargo, interesan casi tanto como en la época en que sus lectores pudieron ver en ellas el reflejo fiel del mundo en que vivían. Esta permanencia del interés avalora el ingenio de Mesonero Romanos, y depende de que su sátira reposada y decorosa no personalizó, y sus pinturas trataron de fijar lo genérico dentro de la época; es decir, lo menos fugaz y pasajero de la actualidad, lo que puede subsistir como elemento histórico cuando aquélla es pasada, al revés de lo que acontece con lo individual, que para sobrevivir necesita ir unido á algo general y colectivo. Por eso la historia sólo conserva memoria de contados individuos que tuvieron alguna representación social, es decir colectiva, y olvida ó desconoce á los demás, aunque la llamada historia interna investigue y recoja las condiciones de vida de esa multitud anónima; pero lo hace sin personalizarlas en este ó el otro sujeto.

En los trabajos de Mesonero Romanos, sacados nuevamente á luz por sus hijos, están representados los varios aspectos de aquel ingenio y los asuntos diferentes en que se ejercitó. Es desigual esta representación. Los artículos de costumbres sólo pueden ser considerados como meras muestras ó antecedentes de lo que produjo en este género el autor de Las *Escenas matritenses*, y son ciertamente muy inferiores á ellas. Las descripciones de monumentos de Madrid y de fuera de la Corte, sin ofrecer gran novedad, contienen curiosas noticias y se leen con agrado por su claro y sencillo estilo y su discreta y proporcionada erudición.

Los artículos de crítica literaria presentan también erudición sin pretensiones cuando la materia lo requiere, y siguen los dictados del buen sentido sin caer en la petulancia ni en el exceso de afectada superioridad que tan empachoso y cargante hacen este género de escritos, cuando la pluma de algún

D. Hermógenes los traza. Por cierto que dos de los artículos de esta clase, *Las novelitas francesas* (estas novelitas eran nada menos que las de Balzac y Jorge Sand) y *Poesías jocosas y satíricas de D. Juan Martínez Villergas,* permiten apreciar hoy á la distancia de más de medio siglo desde que tales artículos fueron escritos, los pasos de la *lenta pero continua* desaparición de la moral en la literatura. Lo que alarmaba á Mesonero Romanos en 1840 y 1842, podría ser considerado hoy como espejo de buenas costumbres, si se compara con la novísima literatura amoral ó inmoral (que en la mayoría de los casos viene á ser lo mismo). Séanme testigos las *Claudinas* de Willy.

Pero lo más importante del tomo son los escritos referentes á las reformas urbanas de Madrid y á la promoción de mejoras que en gran parte vemos hoy realizadas. El interés que ofrecen estos escritos no es literario, sino histórico y administrativo. Vemos surgir en ellos de entre el viejo caserío del Madrid antiguo la ciudad moderna que le ha ido en gran parte sustituyendo, dejando confinados sus restos en barrios plebeyos apartados de los nuevos centros vitales de la población; asistimos á la creación de servicios hoy familiares, como el correo interior, introducido primeramente por una empresa particular; hallamos noticia de sucesos olvidados, como la exposición industrial celebrada en Madrid en 1850, y que era la sexta de su clase intentada desde 1827; vemos propuesto el ensanche de la población (en el plan general de mejoras de Madrid) tal como ha ido con el tiempo realizándose, y observamos, en fin, la labor perseverante de un hombre que consagró buena parte de su tiempo y de su ingenio á la transformación urbana de Madrid. No sin cierta melancolía se lee esta parte del libro de Mesonero. Los edificios de que él hablaba con elogio como muestras del adelanto en la construcción y en el ornato de la villa son ya relativamente anticuados. La fuga del tiempo se aprecia aquí visiblemente, y todas aquellas novedades de su tiempo de que nos habla *El Curioso Parlante*, nos hacen el

efecto de las flores secas que alguna vez hallamos olvidadas entre las páginas de un libro.

Los artículos, opúsculos y proyectos de Mesonero permiten apreciar en conjunto esa gran transformación del Madrid de principios del siglo XIX, en que, á pesar de las mejoras introducidas por los primeros reyes de la dinastía de Borbón, subsistía mucho de la antigua corte de los Austrias, en la ciudad moderna que hoy habitamos. Para dar su justo valor á esta transformación hay que mirarla á distancia. Los escritos de Mesonero Romanos son un excelente guía para este examen, así como sus *Escenas matritenses* y demás cuadros de costumbres lo son también para observar otra transformación, aunque menos aparente y tangible, tan honda como aquélla: la de las costumbres privadas y la vida doméstica en Madrid, y aun pudiera decirse en la sociedad española. Indudablemente esta última transformación no puede ser objeto de tan favorable juicio como la primera. La vida de la sociedad española de la mitad del siglo XIX era más seria, tenía mayores elementos de salud y mayor caudal de esperanzas que la de ahora. Acaso en las poblaciones pequeñas sea menos sensible el cambio, pero en Madrid es grandísimo, y entre la vida parca y ordenada de aquella clase media de antaño, en cuyos estrados solían lucir modestas sillas de Vitoria, y la actual confusión de clases que obliga ó induce á las inferiores á simular una opulencia ú holgura que no tienen, media inmensa distancia. El quiero y no puedo, la vanidad, el lujo ó la aspiración á gozarlo, han traído un rebajamiento grande en las costumbres. Aparte de alguna mayor difusión en la cultura, en casi todos los órdenes de la vida nos hemos empequeñecido y rebajado.

El libro con que los hijos de *El Curioso Parlante* han querido contribuir á la conmemoración del centenario de su nacimiento (en tal ocasión y con tal fin se han publicado los *Trabajos no coleccionados* de que vengo hablando), producirá acaso el efecto de llamar la atención hacia la labor literaria de Mesonero Romanos, que hoy va camino de un inmerecido olvido.

El Curioso Parlante fue más apreciado de sus contemporáneos que de las nuevas generaciones, ordinario destino de los escritores que no son superiores á su época. Su vida de escritor fue por otra parte bastante larga, para que tuviese que pasar por variaciones grandes en el gusto del público. Hay que reconocerle, sin embargo, aparte de otros merecimientos, el de haber sido un iniciador. Como dice Hartzenbusch en el prólogo de las *Escenas matritenses*, fueron éstas un género nuevo en su tiempo, y aun podría añadirse que con ellas, desarrollando el espíritu de observación y la pintura fiel y exacta de tipos y costumbres, preparó su autor el terreno á la novela, é introdujo en las descripciones literarias un sano y equilibrado realismo. Por otra parte, el mérito de la sátira social en los escritos de Mesonero es tanto mayor, cuanto que es la suya una sátira inocente y sin hiel, que no se encarniza con los sujetos en quienes se ejercita, ni traspasa los límites de la moderación y del decoro. Y es evidente que cuanta menos mordacidad hay en la sátira, mayor ingenio se necesita por hacerla amena y sabrosa.

*
* *

Ideas é ideales, de D. Adolfo Posada, es el otro libro de que me propongo decir algo en esta Crónica. Es una colección de artículos, por lo general muy breves, y en los cuales demuestra su autor notables dotes de exposición didáctica. Tratan casi todos ellos de asuntos complejos que se prestan á la discusión y ofrecen numerosos puntos de vista, y su mérito consiste, principalmente, en la manera de plantear en breves palabras el problema con claridad y precisión, y después de dar una noción general de él, sacar alguna consecuencia ó conclusión específica en que se concreta y define el pensamiento del expositor. No es fácil en escritos breves de vulgarización, acomodados á la índole de la prensa periódica, esta acertada combinación de lo abstracto y lo concreto, de lo general y lo particular. El hábito de enseñar puede ser de eficaz ayuda

para conseguirlo, y el Sr. Posada, que es un distinguido profesor de la Universidad de Oviedo, tenía sin duda mucho adelantado desde este punto de vista, para acertar en la empresa de vulgarización que sus artículos representan. La prensa tiene algo de docente, en particular en aquel género de trabajos á que pertenecen los coleccionados en el libro *Ideas é ideales*.

Cuestiones pedagógicas, morales, estéticas y de las llamadas por antonomasia sociales, forman los variados asuntos de esta numerosa serie de artículos. Los aspectos pedagógico y sociológico *extrictu sensu*, son los que predominan. Resultaría demasiado minuciosa una enumeración de los artículos contenidos en el libro del Sr. Posada; pero á varios de ellos he de dedicar algunas palabras, movido de lo sugestivo y atrayente de la materia.

El primero de los artículos que contiene el libro de Posada está consagrado á Ruskin. Con motivo de la publicación de varias traducciones españolas de obras del famoso estético inglés y de los diversos estudios sobre su personalidad y sus ideas, publicados en diversas épocas (Milsand, de la Sizeranne, Bardoux), el Sr. Posada, siguiendo la obra del último de los citados escritores, expone y comenta las observaciones que hace Bardoux sobre el aspecto moral de la labor y de la influencia de Ruskin. Indudablemente ese aspecto moral existe; pero al hablar de Ruskin y de la *religión de la belleza*, conviene hacer alguna reserva sobre los imitadores que han desnaturalizado y falseado su doctrina, sentando más ó menos explícitamente la pedantesca y absurda teoría de la superioridad de los valores estéticos sobre los morales; la doctrina del *beau geste*, de que lo bello tiene en sí un valor superior que lo justifica aunque sea inmoral y malo, y de que el fin supremo de la vida debe ser la producción y el gozo de belleza. Claro que Ruskin no es responsable de estos errores y extravagancias que, partiendo de la estética, suelen ir á parar á un término tan antiestético como el ridículo; pero bueno es tener en cuen-

ta las degeneraciones de que es susceptible el culto á la estética, para no sacarle de su propia esfera ni pretender hacerle imperar en otras en que sólo puede ser cosa subalterna.

Otro capítulo interesante de la obra del Sr. Posada es el que consagra al libro de W. James *Los ideales de la vida*. En este artículo hay una observación muy profunda y verdadera: no basta buscar el ideal; hay que sentirlo, hay que convertirlo en sustancia propia. Podría decirse en otra forma, ampliando algo el pensamiento, que los ideales no pueden crearse artificial y reflexivamente, ni basta para que tengan calor y vida que el individuo se proponga abrazarlos por elección deliberada de su inteligencia. En esto está la clave de la crisis moral contemporánea. La extinción ó debilitación de los ideales antiguos, que eran fruto de la historia y la tradición y estuvieron hechos carne en los hombres que los profesaron, ha dejado un vacío imposible de llenar de momento, porque los ideales no se improvisan con fuerza de obligar, aunque nuevas doctrinas puedan concebirlos con claridad y proponerlos. Tienen su período forzoso de gestación y crecimiento; no pueden prescindir del tiempo, aunque quieran los que los propongan.

También expone Posada en breves y claras palabras la doctrina de W. James acerca de la tolerancia. «Debemos ser tolerantes—dice—por respeto á lo íntimo de cada cual, porque nadie es capaz de sentir y pensar sino por sí solo, y porque la posición de todo hombre frente al mundo, frente á la realidad sensible, como frente á la ideal, es única: la suya.» Esta doctrina de la autonomía individual no es quizás el más fuerte argumento que puede invocarse en apoyo de la tolerancia, pues en el supuesto necesario de la vida social, aquélla tiene que limitarse en cuanto surja perjuicio de tercero ó mal mayor que el bien que esa autonomía en sí representa. La gran razón en favor de la tolerancia es que no somos infalibles, por lo cual la Iglesia, que se proclama infalible, está en su derecho declarándose intolerante. Mas no debe olvidarse

que, en la práctica de la vida, la tolerancia, más que producto de una doctrina que la justifique, es efecto de hábitos. La doctrina se busca acaso *à posteriori*, para dar la razón del hecho. Si este hecho (la tolerancia) no existiera, no bastaría la doctrina para engendrarle. Es asunto de sentimiento y suavidad de costumbres, más que consecuencia intelectual de una teoría.

En el artículo titulado *Una fundación universitaria* (se refiere á la fundación universitaria de Belleville) plantea el Sr. Posada, incidentalmente, una cuestión de sumo interés, guiándose por las reflexiones que hace el economista Carlos Gide en la introducción á un folleto consagrado á la citada fundación, que es por la cuenta una especie de Universidad popular. Gide hace notar la contradicción que existe entre los elogios que se tributan al trabajo manual y el hecho de que las clases elevadas de la sociedad, ó simplemente las clases más cultas, no busquen ni quieran compartir esas ocupaciones mecánicas que honran y ensalzan tanto en sus discursos.

Lo atribuye Gide á las condiciones del trabajo manual en la actualidad, y sin duda puede preverse que los adelantos futuros de la mecánica, haciendo más técnico y más intelectual esta clase de trabajo, y despojándole de alguna ó quizás de gran parte de las molestias y fatigas que supone, podrán ennoblecerlo grandemente en lo porvenir. Pero éste es uno de los puntos en que tiene que fallar forzosamente la igualdad. Nunca podrán tener igual estimación los diferentes trabajos y ocupaciones en que se invierta la actividad humana. Por mucho que se borren los linderos entre las clases, habrá siempre motivos de diferente apreciación de los trabajos, ya por la mayor ó menor utilidad que reporten á la sociedad, ya por las diversas condiciones de capacidad que exijan y la escasez ó abundancia de sujetos aptos para desempeñarlos. Una cosa es la dignidad moral de todo trabajo honrado y honradamente desempeñado, y otra muy distinta la diferente importancia y estimación que á cada clase de trabajo corresponda. Sin duda podrá haber clases de trabajo manual más importantes que

otras de trabajo intelectual que tengan frívolas y superfluas aplicaciones; pero, en general, el último tendrá siempre la superioridad directora.

De muchas otras cuestiones importantes trata el libro del Sr. Posada, y las anteriores referencias no tienen otro carácter que el de ejemplos encaminados á dar idea de su índole. Está escrito con facilidad y soltura, estimula á leer y pensar, y puede ser considerado, por tanto, como un excelente libro de vulgarización de conocimientos é ideas.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Sociología: Una república de niños.—Las Hurdes.=Etnografía: Las nacionalidades en Austria-Hungría.=Crítica literaria: Las autoras retratadas por sí mismas.=Historia: La envidia de Napoleón I.=Criminología: Entre presidiarios.=Ciencias sociales: El intelectualismo.=Impresiones y notas: El cristianismo unitario.—La Colomba de Mérimée.—La carta de dote.—La enseñanza comercial en Rusia.

SOCIOLOGÍA

Una república de niños.—Es curiosísimo el ensayo de organización de una república de niños, hecho por el comerciante George, de Nueva York, y referido en la *Revue Bleue* por Enrique Bargy.

En 1887, George, que tenía entonces veintiún años, ocupaba sus ocios en tratar á los *golfos* de los barrios pobres. Interesándose por ellos, se llevó á treinta chicos durante el verano á una finca que tenía al Norte; y, habiéndole gustado el resultado, al año siguiente llevó doscientos, y entre ellos cincuenta muchachas. Los alojó en una gran tienda de campaña, y los propietarios de los alrededores les dieron víveres y vestidos. Pero al cabo de cuatro veranos George observó que aquella colonia de vacaciones era un desastre: la décima parte de los chicos tenía alarmada á la vecindad con sus correrías, travesuras y rapiñas, y los nueve décimos restantes no iban allí más que para mendigar. Era llevar al campo los dos grandes vicios de la ciudad: la vagabundería y la mendicidad, y George cortó por lo sano.

Al quinto año, en 1894, manifestó que no daría vestidos sino á cambio de jornales. El primer pilluelo que se ofreció á cavar fue silbado por sus compañeros; pero cuando éstos le vieron con traje nuevo al cabo de cinco días, todos le imitaron. Era el primer paso para quitar el hábito de la mendicidad á tales granujillas. Aquel mismo año, en vista de que los azotes con que castigaba á los rateros, jugadores y fumadores no daban resultado, tuvo la idea de hacer juzgar á los *golfos* por un jurado compuesto por ellos mismos, y el éxito fue completo. Habiéndose puesto malo cierto día el vigilante de los castigados, que lo eran á trabajos forzados, los chicos presentaron para reemplazarle á uno de ellos, que había sido jefe de la banda de pilletes más temible, los *¡The-oh!*, de Nueva York; y, aceptada la designación, se vió que los castigados á trabajos forzados trabajaban como nunca lo habían hecho.

Con el experimento del jurado y de la policía, George se animó en 1895 á organizar la república de niños, *George Junior Republic*. Hizo elegir un diputado por cada 12 electores y un senador por cada clase de la escuela profesional, y formó el Senado y el Congreso, reservándose tan sólo George el derecho de veto, y pensando en hacer permanente la república: veinte chicos se ofrecieron á quedarse; pero unos, reclamados por sus padres, y otros, arrepentidos, de los veinte sólo quedaron cinco. Dos ó tres años después todos sentían no haberse quedado. En el primer invierno, los cinco tuvieron que vivir con patatas y tomates. «Uno de nosotros—decía uno de ellos en su periódico, el *Diario Oficial de la República*—hacía de cocinero, y no tenía que devanarse los sesos para el *menú:* patatas y tomates por la mañana, tomates y patatas por la tarde, y puré de patatas con tomate por la noche.» Hoy las cosas han cambiado, y de aquellos pilletes tres son estudiantes en la Universidad, dos han sido presidentes de la república, y todos tienen buena colocación.

Los niños sienten la responsabilidad de las leyes que hacen, y se enorgullecen por ellas; la justicia, la policía y la dis-

ciplina están en sus manos. George no interviene en la administración de justicia; un día que abogó por el sobreseimiento de una causa, el juez—un niño—le dijo que estaba bien, pero que había que aplicar las leyes de la república y condenar al culpable. Es para ellos como un hermano mayor, y todos le llaman *¡Daddy!*, que es el nombre familiar que en América se da al padre. Allí no hay adultos para la vigilancia; la finca no tiene cerca, y por la noche, después del trabajo en la biblioteca, se ve á los condenados irse en fila, seguidos por un agente de su edad. El ensayo de George es concluyente, porque sus primeros colonos fueron vagabundos, y los demás han ido allí, en gran parte, desde la cárcel.

Económica y políticamente, el régimen está fundado en la independencia de los niños. Logrado el cambio del trabajo por vestidos, George, para acabar con la mendicidad, exigió el pago del alimento y de la habitación, para lo cual puso en circulación una moneda local, hecha de fichas de cartón, que repartía á los niños á cambio del trabajo, y que volvía á recibir á cambio de alimentos. Prohibida toda distribución gratuita de víveres, al que no quiere trabajar no se le obliga á que trabaje, pero ayuna. Luego la moneda de cartón ha sido reemplazada con otra de aluminio, con las armas de la república: una bandera y un hacha cruzadas y la divisa «Nada sin trabajo».

La mayor parte de los pagos se hacen, sin embargo, por cheques, lo que obliga á cada ciudadano á tener su cuenta corriente en el Banco de la república. Hay chicos sin un cuarto y *millonarios* que tienen 25 dollars en su cuenta corriente; hay *restaurants* baratos, sin manteles, y otros más caros. Hay dormitorios con cinco ó seis camas para los más pobres, cuartos con una cama en los hoteles, y hasta habitaciones para los más ricos en granjitas, donde se hace vida de familia. La única moneda que allí se admite es la local, y los chicos saben economizarla porque aprenden, ante todo, á ganarla; la responsabilidad que tienen de su fortuna les acostumbra al orden y á la vigilancia, y la libre elección que tienen de sus me-

dios de existencia desarrolla en ellos el espíritu de iniciativa y de ingeniosidad.

Un día Daddy sacó á subasta una linterna mágica; los muchachos ofrecieron por ella de 1,75 á 2,25 duros, pero Gilberto ofreció cinco duros y se quedó con ella; tuvo que dejar en prenda los vestidos, y en seguida notó que había hecho un mal negocio; se ofreció para hacer la cama del hostelero y darle una de sus galletas cada mañana si le cedía una habitación para el espectáculo; dividió los cristales de la linterna en tres series para tres representaciones; pero la venta de billetes no le dejó ganancia ninguna; entonces dijo que los billetes sólo daban derecho á la entrada, é hizo pagar 25 céntimos por asiento de primera fila, formada con sillas, y 15 por los de segunda, de cajas de jabón; con eso ganó un duro y se desempeñó. En aquella república, y en otras, las gentes hacen más caso de lo que les cuesta algo que de lo que no cuesta nada.

La república tiene un diario, en el que cada cual imprime lo que se le ocurre, sin que se corrija su puntuación ni su ortografía. Los chicos van á comer con la alegría de haber ganado lo que comen. Tienen la ilusión de bastarse á sí mismos, y tratan á George como un igual, sin comprender algunos que lo que George les da por su moneda de aluminio lo tiene él que comprar con moneda legal de los Estados Unidos. Es un Estado en miniatura y una lección de cosas viva.

La reforma de un pillete es obra de paciencia, que invierte de uno á tres años; apenas hay ciudadanos en la república que no se hayan salvado dos ó tres veces. Como no hay muros ni fuerza física que les impida huir, acaban por comprender que á la larga sus actos ilegales les perjudican, y dirigen su actividad en otro sentido; una vez convertidos, cuentan en el *Diario* sus escapatorias, sus fechorías y su arrepentimiento.

La república es el único penitenciario que se ha desembarazado de esos vicios secretos de las cárceles y presidios; allí esos vicios constituyen un crimen, y la vergüenza de ser condenado por sus iguales por semejante causa es tal, que el pri-

mero á quien se condenó quiso ahorcarse de desesperación; así se acabó con el vicio.

La vida en común de muchachos y muchachas no ofrece peligro alguno. Una chica que había sido rechazada de los colegios por sus escapatorias con los muchachos, es uno de los más nobles caracteres de la pequeña república. Y allí no sólo se trabaja, sino que se juega y la gente se divierte. Y el espíritu público es tan vivo, que los antiguos miembros de la G. J. R. continúan formando como una pequeña nación, y dondequiera que se encuentran se reconocen y organizan tertulias para cultivar sus relaciones. El ensayo de George es, en suma, un ensayo felicísimo de penitenciaría modelo y una lección viva de sociología práctica.

***

Las Hurdes.—Formando triste y doloroso contraste con la republiquilla de Georges, tropezamos en la *Revista de Extremadura* con un artículo de Crotontilo, dedicado á las Hurdes, de tonos pesimistas y desconsoladores, inspirados en la realidad y sugerido por otro trabajo que Sánchez Asensio ha dedicado á los jurdanos en la *Revista católica de cuestiones sociales*.

Las Jurdes ó las Hurdes (con *h* aspirada) es una pequeña comarca situada en la provincia de Cáceres, en el límite de la de Salamanca, á la que también corresponde una pequeña parte del territorio jurdano. Allí están enclavadas las famosas Batuecas, valle en extremo fragoso y pintoresco; y todo cuanto á tan abandonado país se refiere es tan interesante, que desde el siglo XVII viene siendo objeto de especial estudio por nacionales y extranjeros.

Sánchez Asensio y Crotontilo, que conocen perfectamente el país, siendo el primero cacereño, y habiendo vivido el segundo en directo contacto con los hurdanos por su profesión de médico en la comarca, coinciden en que para rescatar de la mi-

seria aquel país y sus habitantes, no hay más que una solución: «la despoblación forzosa de las Jurdes del interior». La solución es brutal, pero aseguran que no hay otra, pues la que Sánchez Asensio propone de que vayan los frailes salesianos á colonizar aquel territorio, la encuentra Crotontilo ineficaz.

En las Hurdes hay que estudiar dos elementos: el terreno y el habitante. Si un sujeto—dice Crotontilo—se empeña por ceguera intelectual en establecerse donde no hay aire respirable, sino sólo gases mefíticos y pestilentes, será tratado, con razón, de loco ó imbécil, y lo primero que se nos ocurrirá si nos pide que le hagamos respirar un aire que no le mate, será aconsejarle que mude de vivienda, que se traslade á otra comarca más sana.

Eso es lo que ocurre en las Hurdes. ¿Quién clava á los pobres hurdanos en aquel estéril territorio? Allí ninguno espera obtener siquiera ni bienestar ni mejoras de ninguna clase. Su deseo es que nadie se acuerde de ellos, que nadie llegue á sus madrigueras, que se les deje sumidos en la modorra de su miseria y de su semisalvajismo.

Si siquiera hubiera el pretexto de la densidad de la población, se explicaría la repugnancia del hurdano á dejar sus lares por la dificultad de encontrar otros; pero Extremadura es precisamente la comarca menos poblada de Europa, y los jurdanos encontrarían en todas partes trabajo y porvenir. No hay pretexto para levantar la bandera de la compasión por los hurdanos, á quienes toda campaña de sentimentalismo, por noble y generosa que sea, más perjudica que aprovecha.

No toda la región hurdana padece el mismo mal. Hay que excluir los poblados de Nuñomoral, Caminomorisco, el Casar, Cabezo, Casares y Pinofranqueado, las cabeceras de los cinco municipios jurdanos, y algún otro pueblo con medios de vida y en vías de progreso. La región de que se trata es la del interior, la desparramada en míseras alquerías, en montañas peladas, que parecen trozos de tierra maldita, y donde el hombre vive á semejanza de las fieras, sin más estímu-

los que su egoísmo ni otro freno que su cansancio é impotencia. Esos miserables seres no tienen idea de la civilización; y si la tienen, la tienen tan equivocada, que hablan con horror de nuestras costumbres, declarando que su felicidad está allí, en las soledades espantosas de sus áridas montañas. Si algún hurdano, por casualidad, llega á la talla de soldado, irá al servicio, pero llorando siempre por su tierra; y apenas tiene la licencia, vuelve al mísero terruño en busca del hambre y del haz de helechos, sin que el contacto de unos años con el mundo culto le haya curado de su insensata nostalgia.

Es raro el hurdano que no ofrece alguno de los rasgos típicos de los degenerados: microcéfalos en abundancia, de cara asimétrica, hidrocéfalos, raquíticos, toda la fauna humana de la más oprobiosa y triste inferioridad. Pasan como espectros, flacos, sucios, desnudos, indiferentes, sin otro empeño que el de volver pronto ricos á su choza; y la riqueza consiste en un saco de mendrugos y unos harapos que recogen mendigando por los pueblos extremeños y salmantinos de las cercanías. Los que no quieren ó no pueden salir, esperan á los otros, acechando todos los días su llegada desde los picos de las montañas, y cuando llegan todo es alborozo, entusiasmándose unos y otros con el relato de la peregrinación y de los festines á que han asistido en los tres meses de ausencia. Con los mendrugos pulverizados hacen una pasta que les sabe exquisita, y así pasan los rigores del invierno, guarecidos en sus nauseabundas chozas, que les parecen mejores que palacios.

No hay esperanza de mejora; allí no hay que pensar en que se llegue á vivir la vida normal de los países cultos; aquellos campos estériles no producen ni producirán nunca más que madroños. Hay que arrancar de aquella tierra ingrata á esos desgraciados y traerlos á la vida de la civilización, transportándolos. No hay más solución al problema de saneamiento de aquel territorio, que ir derechos «á la despoblación de las Hurdes del interior», procediendo, si es preciso, *manu militari*.

ETNOGRAFÍA

Las nacionalidades en Austria-Hungría.—Escribiendo Luis Palma en 1876 sobre los resultados deficientes de los censos etnográficos llevados á cabo en Austria-Hungría, decía que sería importante averiguar la acción ejercida sobre la fusión de tantas estirpes y lenguas, por lo menos sobre las más incultas y esporádicas, por el tiempo, las lenguas más cultas, la autonomía administrativa y la libertad política. Este balance interesantísimo puede hacerse hoy—dice en la *Nuova Antología* F. Salata—una vez conocidos los resultados del censo de 31 de Diciembre de 1900. El dato de las lenguas habladas se ha incluído con excelente resultado entre los del censo de Italia en 1861 y 1900, y los últimos de Alemania, Suiza, Bélgica é Irlanda; Austria exigió, entre las noticias reclamadas, la de la lengua usual (*Umgangsprache*), y Hungría la de la lengua materna ó la de la lengua usada en el país ó por el simple ciudadano. Claro es que los ejecutores del censo, no siempre son fieles á la misión que se les encomienda, y procuran disminuir los italianos del Trentino y del Tirol, los alemanes de Bohemia, los rutenos y rumenos de Polonia y Galizia y todas las estirpes no maggiares en Hungría; pero teniendo en cuenta el hecho, podrá darse á las cifras su verdadero valor.

El balance que sigue se refiere especialmente al Austria, y comprende los censos de los tres últimos decenios, 1880, 1890 y 1900. Es de advertir que como lenguas usuales sólo pueden indicarse las nueve siguientes: alemana, cheque (bohemio-morava-slovena), polaca, slovena, rutena, serbocroata, italiano-ladina, rumena y maggiar, ésta sólo en la Bucóvina; de modo que los griegos, por ejemplo, que habitan en las ciudades comerciales del Imperio, tienen que declarar como lengua usual una de las nueve citadas, y no la suya. He aquí los resultados:

DECLARARON usar la lengua	EN EL CENSO DEL AÑO					
	1880	TANTO %	1890	TANTO %	1900	TANTO %
Alemana.....	8.008.864	36,75	8.461.580	36,05	9.170.939	35,78
Tcheque.....	5.180.908	23,77	5.472.871	23,32	5.955.397	23,23
Polaca.....	3.238.534	14,86	3.719.232	15,84	4.259.152	16,62
Rutena.....	2.792.667	12,80	3.105.221	13,22	3.375.576	13,17
Slovena.....	1.140.304	5,23	1.176.672	5,01	1.192.780	4,68
Italiana	668.653	3,07	675.305	2,88	727.102	2,84
Serbocroata.. .	563.615	2,59	644.926	2,75	711.380	2,77
Rumena.....	190.799	0,88	209.110	0,89	230.963	0,90
Maggiar.....	9.887	0,05	8.139	0,04	9.516	0,04

El aumento percentual de la población indígena fue de 7,70 en el decenio 1880-90, y de 9,20 en el de 1890-1900. Las lenguas que tuvieron un número de cultivadores superior á este aumento fueron la polaca (14,52), la serbocroata (14,42) y la rumena (10,45); las otras lenguas, ó se mantuvieron en la misma proporción ó tuvieron un aumento inferior proporcionalmente al de la población. ¿Cuáles han sido las causas de este fenómeno? ¿Qué parte ha tenido en el aumento la asimilación de territorios ó de personas, y cómo ha influído en la disminución la natalidad y la mortalidad, la inmigración y la emigración?

El alemán ofrece el hecho extraño de haber crecido en las provincias donde los alemanes están en insignificante minoría, como Trieste, donde el aumento es de 25 por 100; Gorizia-Gradisca, en que llega á 60,7; en Istria, donde es de 19,8, y en Bucóvina y Dalmacia, donde es de 19,4 y de 13,8, cifras todas superiores á los aumentos percentuales de las poblaciones respectivas, mientras que en las provincias en que es el elemento dominante ha disminuído. El alemán ha ganado terreno en la Stiria y en la Carintia, á expensas de los slovenos; en el Tirol y Vorarlberg, á expensas de los italianos, y en Bohemia, á cos-

ta de los tcheques, en tanto que lo han perdido en las dos Austrias, especialmente en la inferior, cediendo á la infiltración tcheque; en Carniola, empujados por los slovenos; en Moravia, por los tcheques, y en Silesia, por los polacos.

Los tcheques han perdido en conjunto; los polacos han ganado bastante; los rutenos tienden á decrecer; los slovenos decrecen positivamente; los serbocroatas permanecen casi estacionarios con ligero aumento, y los italianos han disminuído, siquiera sea en insignificante proporción. Es bien extraño que los grupos italianos esporádicos, es decir, las colonias desparramadas en las provincias alemanas ó eslavas del Imperio, han aumentado extraordinariamente, lo que no se explica sino por el interés de la administración en falsear los resultados que pueden estimar perjudiciales, rebajando las cifras en la Dalmacia y en la Istria, hechos censurados en pleno Parlamento por los diputados italianos. En cuanto á los maggiares, que en Austria sólo habitan en la Bucóvina, han sufrido una disminución de relativa importancia en el primer decenio, todavía no compensada con el ligero aumento del segundo.

En Hungría, según los resultados del censo de 31 de Diciembre de 1900, la población civil de lengua materna húngara ha crecido del 41,1 al 45,4 por 100; la población alemana ha bajado del 12,5 al 11 por 100; y los slovacos, rumenos, croatas y servios ha disminuído también en proporción semejante; los italianos están también en disminución, y los zíngaros, que eran 82.256 en 1860, han quedado reducidos á 61.658. Frente á estos resultados oficiales, se presentan otros particulares harto diferentes, como los de Pablo Balogh, que demuestra los progresos de los rumenos, slovacos y alemanes, que en los últimos cincuenta años han ganado á los húngaros 309 municipios.

Las conclusiones que de este estudio saca Salata son interesantes. Los alemanes hacen frente en Bohemia á la invasión tcheque y resisten victoriosamente la invasión slovena en Stiria y Carintia, retrocediendo ante rutenos y

tcheques en Moravia y Silesia; los italianos contrarrestan la acción de la política germanófila en el Trentino y muestran enérgica fuerza de asimilación en Trieste y en Istria; los polacos de Galizia absorben cada vez más á los rutenos y á los alemanes; los croatas se sobreponen violentamente á los italianos en Dalmacia; los slovenos disminuyen dondequiera, y los maggiares, en fin, más bien pierden que ganan los títulos del dominio político que ejercen en los países de la corona húngara.

El fenómeno demográfico del exceso de nacimientos sobre las defunciones, ó viceversa, explica en parte algunos de estos resultados, como la inmigración explica otros. Trieste, por ejemplo, ha visto aumentar su población desde 157.466 habitantes á 178.599; pero en el aumento de 13,43 por 100 resultante, sólo el 2,71 por 100 es debido al movimiento natural de su población, y el 10,74 restante procede del movimiento migratorio. Importa, pues, para conservar la preponderancia donde se ha logrado, ó para llegar á tenerla donde todavía no existe, favorecer la emigración encauzándola sabiamente.

CRÍTICA LITERARIA

Las autoras retratadas por sí mismas.—Para saber cómo es una mujer autora—afirma en la *Revue Bleue* Carlota Chabrier Rieder,—basta leer sus novelas. La mujer es de tal modo subjetiva, que es incapaz de salir de sí misma. La heroína de su novela será siempre ella misma, con sus propias facciones y sus rasgos característicos.

¿Escribe una novela una jorobada? Pues su heroína no dejará de presentarse ligera y graciosamente inclinada; es un encanto más la joroba, aunque no se la llame así. Una coja presentará la suya con andar ondulante, con pasos vacilantes, que deben arrastrar á todos los corazones. Si en una obra de mujer se os presenta la protagonista «coronada por una cabellera

de oro», sabed que la autora tiene cabellos de zanahoria. Si posee un «perfil borbónico», jamás gran nariz afea un rostro bello, y es fortuna, porque la de la autora es formidable. Si es «esbelta y delgada como tierno álamo», ¡ojo con los codos de la novelista! Y si se adelanta majestuosa, una heroína «género Rubens, con formas opulentas», la autora entra en la categoría de las damas que ocupan dos asientos y que tienen el pecho bajo la barba.

La observación es infalible. Poco hace leía Carlota Chabrier una novela de una autora novel, para ella desconocida: «Diana tenía una tez de palidez mate, que se doraba á la luz artificial y que de día tomaba el tono de la cera...; era pequeña y delgada, un elfo, un silfo, más que una mujer. Sobre aquel cuerpo inmaterial, una cabeza de grandes y arrogantes facciones; una cabellera de color indeciso ornaba su frente sin recargarla; sonreía rara vez, y siempre con los labios semicerrados». Leída esta descripción, Carlota se ofreció á describir á la autora á un amigo que la conocía. Apuesto—decía—á que la señorita X es bajita, delgada, aplastada; la aridez de su pecho sólo tiene igual en la de sus caderas; por compensación debe tener gran cabeza, nariz enorme, cabellera escasa y malos dientes; padece del hígado y es miope.—El retrato era exactísimo, como sacado directamente del original.

La señorita de Scudery, famosa antecesora de todas las marisabidillas, ha sido la primera en prestar sus facciones á su heroína; era horriblemente fea, y tan negruzca que inspiraba repulsión. ¡No importa! Su protagonista hacía de la fealdad su principal atractivo. La señora de La Fayette, rubia, gruesa y blanca, no ha dejado de describir así á su heroína, la princesa de Cléveris. ¿Quién no reconocerá en la insoportable Corina, con su turbante, su chal, sus facciones romanas, su espesa armadura, su tez morena y sus negras pupilas, á la no menos insoportable señora Staël, con sus ridículos tocados, su piel negra, su gran nariz y sus ojos saltones? Jorge Sand, que decía de sí misma «el joven que soy», «un viejo como yo», á

pesar de sus pretensiones viriles, su pipa y sus levitas, no se ha librado de la inocente manía de idealizar su físico y de dotar con él á sus heroínas: todas tienen la tez morena, los cabellos negros y las facciones amplias, poco ó nada de vivacidad, pocos gestos y mirada vaga; se exceptúa Valentina, «rubia, blanca y fresca, admirablemente hermosa»; pero ésta no agradaba al primer golpe de vista.

¿Qué parisién no se ha encontrado con la señora Adam, antes la adorable pagana Julieta Lambert? Los que no la conocen, lean la descripción de sus heroínas, y podrán formarse una idea de ella: «Lucía tiene ojos de un obscuro verdoso; párpados de encorvadas pestañas velan su húmedo brillo; sus cabellos indisciplinados son de un rubio fluído; la nariz es movible y temblorosa; la boca, carnuda y entreabierta, da á sus heroínas «una expresión tierna y apasionada»; y dondequiera aparecen los hoyuelos en las mejillas, los ojos de agua marina y las bocas amorosas; á todas les parece la vida vacía sin el amor, sin perjuicio de sentir odios nacionales y el amor á la patria y á la bandera.

Las heroínas de la señorita María Ana de Bovet son más charlatanas todavía. De todas las autoras, ésta es la que se ha descrito con mayor empeño y prolijidad; sus libros no son otra cosa que el análisis de un carácter de mujer «muy particular y muy cultivado». Sus heroínas nunca son casadas, ¡uff! el matrimonio carece absolutamente de elegancia; pero tampoco son jóvenes; las jóvenes no pueden desempeñar un papel; sus heroínas son «canónigas», tipo personalísimo, con su moral especial, con «delicadezas exquisitas y repugnancias altaneras para todo lo que conviene á las faltas de gusto» y con soberbia indiferencia respecto á las que pueden ofender á la virtud; la idea de casarse con un hombre divorciado «ofenderá su sentimiento de la elegancia moral», mientras que la de tomarle por amante le parecerá muy distinguido. Una canóniga se preocupa, ante todo, de «no provocar los comentarios del Mundo» (con M). ¿Qué pensará el Mundo de la conducta de la canóni-

ga? ¿Qué dirá el Mundo si la canóniga toma por amante á Y en lugar de Z? La incontestable originalidad de Bovet es haber imaginado mujeres «á ciertas alturas sociales» que tienen amantes sin tener maridos; como no pueden engañar al marido, engañan al mundo.

¿Os gustaría conocer á la condesa de Martel? Pasad revista á las heroínas de Gyp: pequeña, pequeñita, delgada, pero exquisita en su gracilidad tenue, la mujer tipo de Gyp triunfa de las más esculturales beldades, que á su lado no son más que «hermosas pavas»; en cuanto ella aparece, todos los hombres la siguen, desde el jardinero hasta Monseñor, que la mira con el rabillo del ojo; ella pasa, va, viene, se desliza lo mismo que una barrena, y esa barrena es adorable, y todo el mundo adora esa barrena. La heroína de Gyp posee una salud imperturbable, ignora los nervios y los vapores, no se fatiga por nada y es capaz de escribir veinte ó treinta volúmenes sin cansarse; en cuanto á la moral... dejaremos la moral para otro día. Las heroínas de Gyp no son jóvenes; la edad para ser amada, según Gyp, fue, al principio, de treinta años; luego, treinta y cinco, cuarenta, cincuenta, y cada vez más seductora, y cada vez más irresistible. ¿Qué será cuando llegue á los sesenta?

¿Qué deducir de todo esto? Nada seguramente, sino que las mujeres autoras son deliciosas y que se las debe aconsejar que lo sigan siendo, pero que no escriban novelas, porque por más que haga el feminismo, las mujeres no tendrán nunca espíritu creador: no pueden generalizar ni concebir nada fuera de sus propias impresiones. Las novelas femeninas son inconsistentes, y las que pueden alabarse no pasan de ser buenas copias.

HISTORIA

La envidia de Napoleón I.—¿Ha sido envidioso Napoleón? Él se ha defendido y otros le han defendido de esa acusación. Su rango, su reputación, su prodigiosa suerte, le ponían, según

sus apologistas, de tal modo por encima de todos, que forzosamente debía ser inaccesible á la envidia. Canton, sin embargo, opina lo contrario en un artículo de *La Revue*, de París.

¡Napoleón envidioso! ¿De quién? «De todas las superioridades»—responde la señora Remusat en sus *Memorias*. Napoleón ha envidiado á todos los seres superiores presentes y pasados, sobre todo en el orden político y militar, y acaso en el orden intelectual y moral. Como jefe de Estado tiene en Francia dos rivales: San Luis y Enrique IV, populares ambos, uno por sus virtudes y otro por sus frases. Para Napoleón, «San Luis era un imbécil» y «Enrique IV un buen hombre que nunca hizo nada extraordinario». Parece como si le molestara el recuerdo de San Luis juzgando debajo de la encina, y el de Enrique IV con su gallina en el puchero; habla de ellos con desdén porque son populares, y si alaba á Luis XIV es porque «sólo él y yo hemos tenido ejércitos numerosos»; la comparación le es favorable, porque Luis XIV no mandó nunca sus ejércitos en persona, mientras que él era el verdadero generalísimo.

En cuanto á los grandes capitanes de la antigüedad, Alejandro, Aníbal, César, sería una torpeza negar su mérito, y Napoleón lo reconoce; pero por su modo de criticar sus campañas da á entender que se juzga superior á ellos. Después de decir de Alejandro que lo ha calculado todo con profundidad, ejecutado todo con audacia y conducido todo con acierto, declara que «no ve en él ninguna bella maniobra digna de un general, y que es un bravo soldado, un buen granadero» nada más. Después de haber dicho de Aníbal que es el más audaz y seguro de todos, añade que «la marcha de Collioure á Turín fue sencillísima, como la de un viajero», y que «no había ninguna dificultad en el paso de los Alpes». De César, en fin, afirma que si hubiera estado con él en Wagram, Turena y Condé lo habrían comprendido todo, pero César no; se estima superior á él como historiador, y le sorprende que se cite el hecho de que César durmiera la víspera de una batalla, no habiendo un

soldado ni un general que no hubiera repetido siete veces ese prodigio.

Por lo que hace á los modernos, Gustavo Adolfo tiene una reputación usurpada: «en diez y ocho años ha ganado una batalla, ha perdido otra y ha sido muerto en la tercera; ese es Gustavo, ¡un hombre asombroso!» Carlos XII, un Alejandro fallido, «es un hombre sin resultados»; el mariscal de Sajonia «no es un águila», y Federico II obra contra todas las reglas de la guerra, especialmente en Rosbach, y es muy inferior á Turena.

Este espíritu de envidia aparece en sus relaciones con sus generales. Se rodea de medianías y, absorbiendo su gloria, rechaza sus reveses. Los traslada con frecuencia de un punto á otro para que no fijen demasiado la atención y no puedan ser designados como los jefes de tal ó cual ejército, como cuando él lo fue del de Italia. A veces esta envidia puramente negativa toma forma violenta y denigrante. Hoche trataba de hacerse un partido, y ó se habría arreglado con él, ó él le habría aplastado; de Moreau confiesa que es el único que podía tener probabilidades contra él, pero critica su campaña de Alemania. Afirma que su alabada retirada fue una gran falta, y quita todo mérito á la batalla de Hohenlinden; de Massena reconoce también los talentos militares, pero se guarda bien de darle un título que recuerde ningún triunfo suyo; le hace duque de Rivoli y príncipe de Essling, nombres gloriosos para Napoleón, pero no le hace duque de Zurich, nombre que recuerda una gloria personal de Massena; y como si quisiera empañar el renombre de este general, le envía á Portugal sin medios suficientes para asegurarle el triunfo.

En otro orden de ideas, ¿no revelan envidia sus juicios sobre «la insolencia de los sacerdotes que se reservan la acción sobre la parte noble del hombre, conservando el alma y arrojando el cadáver»? ¿No hay envidia en su conducta para con la señora de Stael y Chateaubriand, los únicos genios literarios de su tiempo, á quienes destierra ó desatiende? ¿No la hay en

su odio á los ideólogos y en sus ironías brutales contra los imbéciles que creen en la libertad ó en la virtud?

Esta envidia de Napoleón es una de las formas agudas de su egoísmo; deriva de su misma naturaleza y ha crecido con el ejercicio del poder absoluto, exasperado por la guerra, por el deseo de sobrepujar, como dice lord Rosebery, «á los gloriosos muertos que le provocaban desde el fondo de la historia y le arrastraban siempre adelante». Por una puerilidad singular en este poderoso realista, quiere ser el primero en la opinión pública del presente y del porvenir; por eso, en Santa Elena sobre todo, no sólo se erige un pedestal á sí mismo, sino que trata de rebajar el pedestal de sus rivales.

CRIMINOLOGÍA

Entre presidiarios.—Emocionantes son los hechos recogidos por Augusto Courtois sobre la vida del presidio, donde él mismo ha pasado cinco años de trabajos forzados por haber firmado con otro nombre en un registro carcelario al encontrarse preso por un discurso de *meeting* estimado pecaminoso.

Llevados por el vagón-galera, donde no pueden moverse y donde reciben por todo alimento un poco de pan y queso con medio litro de agua por día, los forzados entran en la Rochela, y allí se les despoja de sus vestidos, recibiendo en su lugar unas camisas de tela grosera, unos pantalones y unas chaquetas grises, sucias y repugnantes, unos calcetines de lana y unos zapatos que dejan el talón descubierto, y con los que no se puede andar sino contrayendo fuertemente los dedos para sujetar el zapato; como la elección de estas prendas se hace apresuradamente, apenas á ninguno le sientan bien, y hay quien tiene los pantalones á media pierna y otros que los llevan arrastrando. Si se llega después de la sopa, no se come hasta el día siguiente, en el que, después de dormir sobre un

jergón con una manta para cada tres, se pasa á la isla de Re entre dos filas de curiosos.

Courtois permaneció seis meses en la isla; como anarquista peligroso, fue aislado en una celda, sujeto con una cadena por un pie, y durmiendo en unas tablas, hasta que logró que le dieran un jergón y una colcha; así pasó los dos primeros meses, siendo trasladado después á una celda más espaciosa, en compañía de otros cuatro anarquistas. Un mes antes del embarque para Cayena, los destinados á la travesía son separados de los demás y sometidos á un régimen más nutritivo para que puedan resistir las fatigas del viaje, permitiéndoseles, si tienen dinero, comprar víveres suplementarios y la ropa que quieran, siendo explotados indignamente por los contratistas. Una semana antes de la marcha, los forzados son visitados por la comisión sanitaria; visita puramente de forma, pues la comisión declara á todos sanos y en condiciones de soportar el viaje y el clima; Courtois vió á dos pobres viejos á quienes sus compañeros tuvieron que llevar ante la comisión, lo que no impidió que se les declarara «aptos para todos los trabajos»; uno murió en la travesía, y otro, poco después de llegar á las islas de la Salud.

La víspera de la marcha entregan á cada hombre una mochila de marino con una chaqueta y un pantalón de lana y dos pares de calcetines y un gorro de lana negra, dos pares de zapatos y una bolsa con hilo blanco y negro, agujas, dedal, cepillo de dientes y un escarpidor. A las cinco la gente se pone en movimiento, y á las seis se reúne el convoy en el patio; cada uno recibe como pan *media bola* de salvado y un trozo de queso con un vaso de vino, que se bebe en el acto, poniéndose en marcha entre dos filas de soldados, con los peligrosos aparte y á la cola, custodiados por soldados con bayoneta calada. Así se llega á los muelles; y si se tarda en el embarque por estar picado el mar, se tira á los forzados, con los sacos de ropa, del muelle á los botes, y si alguno se hiere, como es frecuente, el jefe se ríe del percance.

Los forzados ocupan en el entrepuente unas á modo de jaulas, que son los *bagnes;* el conjunto es semejante al de una casa de fieras. Al extremo hay un calabozo medianero con la caldera, donde un hombre apenas puede estar echado ni de pie; el que lo ocupa no puede resistir sus sufrimientos, y pide misericordia á las dos ó tres horas; pero si le sacan de allí es para meter á otro, constituyendo estos cambios una diversión para los guardachusma. El navío en que iba Courtois llevaba 120 prisioneros en el *bagne* de atrás y 220 en el de adelante, entre ellos 24 mujeres.

Los condenados están divididos en pelotones ó *platos*, de diez en diez; cada pelotón nombra su *jefe de plato*, encargado de ir á buscar los víveres á las horas de las comidas; éstas son cuatro: café, con 100 gramos de galletas, para el desayuno, á las cinco; pan, caldo y carne ó pescado, tocino ó conservas, según los días, para el almuerzo, á las diez; 25 centilitros de vino, á medio día; y legumbres secas, judías ó lentejas, á las cinco. El alimento es aceptable, relativamente sano y abundante.

Según el reglamento, cada forzado debe disfrutar de una hora de aire libre en el puente: se subía por grandes grupos, y no los dejaban más de media hora; si al bajar ó al subir algún forzado pasaba sin descubrirse ante los guardachusma, éstos le daban una bofetada ó un puntapié que le hacía rodar, obligándole á levantarse á patadas; si alguien protestaba, se le ponía el grillete y al calabozo con él. Si había conato de motín, la tripulación echaba mano de las mangas de vapor, que escaldaban á los revoltosos al primer intento de revuelta.

Al tercer día de viaje casi todos los forzados estaban desbalijados, sin que sus quejas dieran resultado alguno; pero la prueba más penosa era la de la falta de agua: á las tres de la tarde solía acabarse la ración del día, y era un verdadero tormento no poder beber hasta el día siguiente. El viaje dura de diez y siete á veinticinco días; desde el sexto, el navío entra en la zona tórrida, y el calor se hace insoportable, y los olores

más aún. Cuando se descubre tierra, la alegría de los forzados es inmensa, como si se tratara de su libertad.

En la Guyana hay dos inviernos, ó estaciones de lluvia, y dos veranos, ó estaciones de sequía; los días y las noches son iguales y sin crepúsculo, pasándose bruscamente de la sombra á la luz; el clima es molesto por el calor y el paludismo, y todo un mundo de insectos venenosos pulula por doquier: mosquitos, cuyas picadas atraviesan la mejor manta; pulgas penetrantes, que se introducen por los poros de la piel y allí crían; piojos de agutí, etc., sin hablar de murciélagos voraces, escorpiones, sapos enormes, serpientes variadas, murenas terribles que se arrollan en torno del cuerpo de los nadadores, paralizando sus movimientos; tiburones y caimanes feroces, etcétera. Allí el aire está envenenado: trabajar á ciertas horas expone á terribles calenturas y á la muerte; bañarse equivale á un suicidio, y hasta el descanso mismo es con frecuencia un sufrimiento.

Pasada lista, se manda á los hombres vaciar sus sacos y desnudarse enteramente; entonces se asiste á un verdadero saqueo, pues se confisca todo lo que no parece reglamentario; el registro se hace al aire libre y no lejos de las esposas é hijas de los vigilantes, que asisten á la sucia ceremonia en que los forzados se quedan sin otro vestido que un gorro. Vestidos de nuevo, se les forma por *paquetes* de cincuenta y se les sube á la meseta de la isla, repartiéndolos en las casetas que deben ocupar, especie de cuadras de 40 por 6 metros, con estrechas aberturas, y con dos barreños á los extremos, uno para el agua y otro para las deyecciones; esto y un farol colgado de la pared forma todo el mobiliario.

El primer día de llegada nadie piensa en dar de comer á los transportados, sin que se sepa quién se aprovecha de esta economía; por la noche se distribuyen hamacas, insuficientes para todos, y el que se queda sin ella duerme sobre las piedras del suelo, con su saco de almohada. El barreño de agua no contiene más que 30 litros, para cincuenta hombres atormen-

tados por la sed, y en seguida queda vacío, sufriéndose lo indecible. La única distracción es fumar (¡cuando se puede!), y por tabaco se vende todo lo que se ha librado de la confiscación del registro: los calcetines, las servilletas y los pañuelos se cambian por algunos cigarrillos; un chaleco de franela vale un paquete de tabaco y medio librillo de papel; el valor de las fajas de franela varía según la longitud, llegando á un paquete de tabaco, si es de tres metros.

Una campana avisa, á las cinco, la hora de levantarse. Los hombres se forman en pelotones y se les reparte en canteras que se dispersan por la isla; si hay enfermos, nadie se atreve á decirlo, á menos de estarse cayendo de fiebre ó de dolor, pues si se declara enfermo y al llegar la visita semanal del médico, éste dice que está bien, se le castiga con la pena de quince á sesenta días de celda, teniendo que dormir en tierra con grilletes, y sin más alimento que una ración de pan y un cuartillo de agua por día, y una sopa cada cuatro días.

Todos los víveres destinados al presidio son de la peor calidad; todo lo que rehusan las comisiones del ejército y de la marina es adquirido por la administración de penales: el tocino es rojizo, salado y rancio; las latas de carne no tienen más que carnes podridas intragables; las legumbres secas están llenas de gusanos; la carne fresca procede de animales éticos llevados de Venezuela, y el día en que hay carne, á los penados sólo les llega el vientre y los huesos, pues lo demás lo come el personal de servicio; la sopa de carne se hace con tripas, y á veces con tripas sin vaciar; las legumbres se sirven en agua templada, sin grasa y casi sin sal. Sólo la harina es aceptable, y el pan es por eso el único alimento de muchos penados, cada uno de los cuales recibe 750 gramos diarios.

Las enfermedades comienzan sus estragos desde el primer día: unos sucumben de insolación, otros sufren de disentería, y todos de lumbago y de fiebre, sin que se conceda nada á los enfermos hasta que el médico, en su visita semanal, no lo disponga. Y en tales condiciones comienzan los trabajos al cuar-

to día, siendo la jornada de nueve horas, de seis á diez de la mañana y de una á seis de la tarde. Los hombres se destinan á trabajos de desmontes y albañilería; hay, sin embargo, penados *plantones* que hacen el oficio de asistentes, cocineros, cocheros y criados de los jefes y empleados del penal, estando exentos de los trabajos de campo.

Son curiosas las infracciones de los reglamentos que allí se cometen, y que se castigan con *reprensión, pan seco, prisión, celda y calabozo.* Los condenados á prisión duermen en el suelo, con grilletes, de dos á sesenta días; los de celda, lo mismo, pero aislados, sin salir y sin comer más que pan seco tres días de cada cuatro; y los de calabozo están encerrados de cuatro á sesenta días, y duermen sobre unas tablas, con los dos pies sujetos por grilletes, que les inmovilizan. Las infracciones castigadas con algunas de estas penas son, entre otras muchas, las siguientes:

Por llegar tarde á la lista ó hablar, comer, escupir ó volver la cabeza en las filas, dos días de pan seco ó de prisión; por dar los buenos días á un camarada en el hospital ó en la enfermería, ocho días de prisión; por dar pan ó tabaco á un enfermo, quince días de celda; por dar tabaco ó escribir á un castigado, ó por escribir á un compañero de otra isla, sesenta días de celda; por escribir al Ministerio clandestinamente, de treinta á sesenta días de calabozo; por reclamar al director, sesenta días de calabozo; por reclamar á un inspector, noventa días de calabozo; andar descalzo por el pueblo (cuando hacía diez y ocho meses que la Administración no daba calzado), quince días de celda; recortar una chaqueta ó un pantalón, treinta días de celda; arreglarse un pantalón con tela de una camisa (haciendo un año que no se les daban vestidos), sesenta días de celda; hacer café, de quince á sesenta días de celda; coger una nuez de coco de las que se encuentran caídas por el suelo, sesenta días de celda; empujar á un vigilante ó tocarle con el dedo, muerte; saludar á un administrador, quince días de celda; dibujar vistas de las islas, sesenta días de calabozo.

Y así sucesivamente, sin citar tentativas de evasión ó de insubordinación, ni otros delitos.

El verdugo es escogido entre los forzados, y cobra 150 francos por cada ejecución. Los auxiliares de los vigilantes se escogen también entre los penados, dando la preferencia á los negros y á los árabes, cuya ferocidad, en cuanto tienen algo de mando, es harto conocida, y que por cualquier cosa apalean, abofetean y patean á los forzados, que los temen más que á los mismos guardachusma.

La Guyana no llegó á ser presidio sino después del golpe de Estado de 1851. El primer convoy llegó á las islas en Mayo de 1852. En los cuarenta y cinco años siguientes el total de forzados ha sido de 46.000, de los cuales han muerto ó desaparecido 39.000: los evadidos se cuentan entre los desaparecidos; pero como sólo el 2 por 100 de las tentativas de evasión tienen éxito, y las gracias, liberaciones definitivas y revisiones no llegan al 5 por 100 de las condenas, resulta que la proporción de los muertos y desaparecidos es el 84 por 100 de los presidiarios. La edad media de éstos es la de veintidós años.

CIENCIAS SOCIALES

El intelectualismo.—Inusitada y bárbara es la palabra—dice Raul de la Grasserie en *L'Humanité nouvelle;*—pero expresa perfectamente lo que significa, y es irreemplazable. El público ha oído decir, asombrado, que al lado de las numerosas clases existentes ha nacido otra nueva: la de los intelectuales, que hacía gran ruido y que aspiraba á todo; luego, el grupo se ha ido definiendo, y es motivo de estudios y de observaciones.

La ocasión, según de la Grasserie, que dió lugar á que los intelectuales salieran de la obscuridad afirmando su existencia, fue el proceso Dreyfus. El militarismo amenazaba invadirlo todo, y se soñaba con las glorias de la revancha y con la

resurrección de Napoleón; y enfrente de esas aspiraciones cesaristas, frente á la plutocracia, que todo lo fía al poder del oro, y frente á la democracia misma quizá, surgió el intelectualismo, aliado del pueblo y defensor de la justicia.

La sociedad comprende dos capas superpuestas: la compuesta por los que viven de su trabajo manual, que necesitan ser dirigidos, y la formada por los que tienen fuerza mental capaz de gobernar. Si lo hacen en su provecho, la democracia se subleva; pero si obran en provecho de todos, la democracia reconoce la superioridad de los *mejores*, los *aristos,* la aristocracia. Es un error creer que las aristocracias hayan desaparecido; lo que hay es que á la aristocracia de la sangre y de la herencia, que es la aristocracia militar en definitiva, pues la nobleza no es más que el militarismo hereditario, ha sucedido la aristocracia del dinero, la plutocracia, y á ésta la aristocracia intelectual, el intelectualismo.

Esta aristocracia es más poderosa que las demás, y las domina; existe desde antiguo, pues las teocracias no han sido sino formas de este gobierno de los inteligentes; pero el intelectualismo se diferencia de las teocracias en que éstas necesitaban para afirmarse del poder que les prestaba el ejercicio de la religión, y los intelectuales no necesitan apelar á tal recurso. Y como este hecho de la emancipación de la ciencia es modernísimo, de ahí que el intelectualismo no haya aparecido hasta el presente, apoderándose, por la fuerza misma de las cosas, del dominio sobre las conciencias y sobre la sociedad.

El intelectualismo tiende por una parte á destruir ó reducir á su rival el militarismo, y por otra á dirigir la democracia, para la cual aparece como una clase directora nueva, una aristocracia mejor acondicionada. En cuanto á su lucha contra el elemento religioso, que es el que puede disputarla los dominios intelectuales, continúa siempre con más ó menos viveza.

Las causas próximas de la aparición del intelectualismo han consistido en el estado político que ofrecía el triunfo del militarismo, y en la necesidad de dar directores á la democracia. Los

que hicieron la Revolución fueron los tránsfugos de la nobleza, desde Voltaire y Mirabeau hasta Robespierre. Ahora ha sido preciso reproducir el hecho invertido, y los intelectuales han salido de las filas de la democracia para formar la aristocracia intelectual.

Los efectos del intelectualismo han sido numerosos. El primero fue devolver á la democracia la dirección que parecía haber perdido, por el desaliento que la producía el conocimiento de sus defectos, que la hacía volver los ojos á todas partes en busca de un amo; los intelectuales la salvaron de este peligro. Otro efecto fue despojar al militarismo de su influencia, quitándole su aureola secular y su prestigio, acabando con la idolatría de la fuerza material. Como consecuencia de este desprestigio, ha venido la desaparición de la patriotería, no del patriotismo, transformada en el internacionalismo. Otro efecto también ha sido la fundación de una nueva aristocracia, absolutamente necesaria para el ejercicio de las facultades directivas, y que responde á la necesidad de ideal que todo hombre siente con mayor ó menor conciencia, y que el intelectualismo le proporciona, como antes se lo proporcionaban las teocracias. Por otra parte, el intelectualismo constituye una fuerza social nueva, y su resultado es precisamente formar una clase capaz de luchar si es preciso con las demás. Ya la ciencia se interpone entre el capital y el trabajo, y el dueño mismo se somete á su dirección.

No todo, sin embargo, es ventaja en el intelectualismo, que ofrece también sus vicios y sus inconvenientes. Como aristocracia, desdeña un poco á la democracia que pretende dirigir; y si este desdén se acentuara, el pueblo podría revolverse contra el nuevo poder y derrocarlo. Los sabios no dejan de tener su pedantería, y si este defecto se acentuara, sería insoportable en el ejercicio del poder. Otro vicio es el que se ha calificado con el nombre de mandarinismo. El mérito debe reconocerse siempre; pero si se falsea, la ficción del mérito y el favoritismo serían dos gravísimos peligros en una organización

política basada en la intelectualidad. Otro peligro, en fin, que puede presentar el intelectualismo es la absorción de la democracia; así se ve combatida la institución del jurado, sustituído por peritos; el sufragio universal, en el que al lado del número se quiere tener en cuenta el peso y calidad de los votos; el patriotismo fundido en el cosmopolitismo; la igualdad social negada por las desigualdades naturales, y tantas otras ideas é instituciones combatidas ó discutidas por lo menos.

¿Cuál es el porvenir del intelectualismo? Difícil es responder. Raul de la Grasserie cree que subsistirá y que el porvenir es suyo. El militarismo pierde cada vez más terreno, siendo cada vez menos profesional; la plutocracia sigue mandando, pero necesita el auxilio de la ciencia, y el socialismo la da profundos golpes; no queda más que una aristocracia posible, la intelectual; y como el elemento aristocrático es tan necesario en la sociedad como el democrático, la corona irá á la frente de los intelectuales, que no suprimirán la democracia, sino que la guiarán, suministrándola la luz que le falta, como la democracia dará al intelectualismo su fuerza numérica y sus masas.

IMPRESIONES Y NOTAS

El cristianismo unitario.—Así se titula la religión fundada en América por Teodoro Parker, uno de los precursores de Tolstoi, á quien Bienstock dedica un interesante artículo en *La Grande Revue*. Esta religión no es otra cosa que una forma del arrianismo: rechaza la Trinidad, profesa la creencia en la unidad simple de Dios, y no ve en Jesucristo más que un doctor de la fe, el propagandista de la nueva doctrina concebida por un espíritu amplio y generoso; la Biblia es la historia de la revelación divina conforme se ha ido manifestando; y lejos de admitir la caída del hombre, el cristianismo unitario afirma resueltamente el progreso de la humanidad. Como precursores de la nueva doctrina, cita Bienstock á Arrio, Servet, Mil-

ton, Lowe y Newton, siendo Priestley el jefe del movimiento con Channing, teniendo por adeptos á Jefferson, Quincey, Longfellow, Lowell, Emerson y el mismo Parker, por último, que es quien ha dado forma definitiva á la nueva concepción religiosa.

*
* *

La Colomba de Mérimée.—La famosa heroína de la novela de Mérimée, *Colomba*, es un sér real, cuyas huellas ha encontrado en un reciente viaje á Córcega, hecho con fines lingüísticos, Max Kultner, según refiere la *Deutsche Rundschau*, de Berlín.

Colomba, nacida en Torzano, había vivido en Olmeto; había tenido un hijo y dos hijas, y uno de sus nietos se había casado con una rica inglesa; y otro, soltero, vive con otras dos hermanas, solteras también; puesto sobre la pista de esta familia, Kultner se presentó á los tres hermanos, y tuvo el gusto de oirles hablar de su abuela y de ver su escopeta, su cartuchera y las colchas hechas con sus vestidos de seda. Colomba había nacido en 1768, se había casado en 1795, y de sus cinco hermanos, uno había llegado á ser capitán en Inglaterra; otro, comandante en Francia, y otro, cónsul general de Francia en Italia; ella era la que había enseñado á sus nietos á manejar la escopeta. Mérimée había pedido la mano de su hija Catalina, y aunque se le había rechazado, había continuado sus relaciones con la familia, que conserva muchas cartas suyas.

Kultner refiere una anécdota que revela el carácter y el valor de aquella mujer: querida por todos, excelente madre, caritativa y generosa, la familia enemiga, que ocupaba una casa enfrente de la suya, se propuso elevarla un piso más; Colomba, que veía un peligro en aquella elevación, rogó al maestro de la obra que cesara en su trabajo; y como éste se negara, Colomba mandó á su familia de paseo, quedándose sola

con su hijo menor, sentándose con él en brazos á la puerta de su casa; al presentarse el maestro albañil para proseguir la obra, Colomba le disparó un tiro que le dejó exánime, y siguió tranquilamente arrullando á su hijo, asesinado poco después por sus enemigos.

***

La carta de dote.—En Costa Rica—dice A. Alfaro en el *Boletín de las Escuelas*, de San José—siempre hubo gente que vistió de seda, se adornó con perlas y gastó para su particular servicio vajilla de plata; para convencerse de esta verdad basta leer las cartas dotales en que los antiguos suegros consignaban el capital con que ayudaban á sus hijas casaderas á llevar las cargas del matrimonio; algunos no podrían dar más que una bestia aperada, dos vacas, una hacha y un machete al hijo que salía del hogar paterno para formar una familia nueva; pero en cambio había otros, como el capitán García Ramiro Corajo, que en pleno siglo xx nos dejaría admirados con sus regalos de boda, y de seguro que no era el más acaudalado de su tiempo en la ciudad de Cartago.

Al casarse doña Juana de Vera y Sotomayor, hija del alcalde ordinario, en 1636, recibió su marido, don Gil de Alvarado Benavides, joyas y otros objetos por valor de tres mil pesos de entonces, un verdadero capital si se tiene en cuenta que las bestias caballares, de las cuales le entregaron doscientas, se valoraban á tres pesos cada una. La novia recibió de su padre, entre otras cosas: una esclava negra que le sirviese; un traje de seda, color de aceituna, adornado con pasamanería, que importaba trescientos pesos; una saya y jubón de seda negros, adornados á la manera del traje anterior: su importe era de ciento ochenta pesos; otro traje, igualmente de seda, color leonado, con flores amarillas, estimado en setenta pesos; cuatro trajes más de diferentes clases y precios; un collar de perlas, granate fino y cuentas de oro, de tres vueltas, valorado en noventa pesos; un pelícano de oro, con tres esmeraldas

y dos perlas, estimado en ochenta pesos; un collar de treinta y seis cuentas de oro; unas arracadas de perlas y esmeraldas; unos papagayos de oro, zarcillos, aritos, sortijas, de éstas una con cinco esmeraldas; prendedores de perlas, alfileres con esmeraldas, brazaletes de coral, brazaletes de granate verde con canutillos de plata, adornos para el peinado, etc. Además recibió, como era natural, ropas de cama, colchones, servicio de comedor y tocado, ropas de algodón, un cojín de terciopelo carmesí de Castilla, y otras menudencias que en la carta de dote se especifican.

Hoy los obsequios de boda no constituyen una obligación, y bien puede disponerse de ellos sin temor de que más tarde los hayan de reclamar: cada cual regala á sus amigos, «para ayudarles á sobrellevar las cargas del matrimonio», lo que mejor le parece; el que menos obligado se siente, contribuye con un ramo de flores, que embalsaman el aire del nuevo hogar durante los primeros días, y los redactores de periódicos dedican á la boda algunas frases de cariño.

***

La enseñanza comercial en Rusia. — Según *El Monitor de la Educación*, de Buenos Aires, existen en Rusia 87 establecimientos de enseñanza comercial, dependientes del Ministerio de Hacienda, 33 de los cuales son escuelas de Comercio, 25 escuelas comerciales, 11 clases comerciales y 22 cursos de ciencias comerciales. A estos centros de enseñanza concurren 12.043 alumnos, de los cuales 6.614 asisten á las escuelas de Comercio, y el resto á las demás instituciones. Casi todos estos establecimientos están sostenidos por sociedades ó por particulares.

Los gastos de las escuelas, sufragados por estas sociedades y particulares, ascienden á 1.300.000 rublos. Una escuela de Comercio con siete clases viene á costar, por término medio, 35.000 rublos anuales, aunque hay algunas cuyo presupuesto

no baja de 100.000 rublos. Una escuela comercial no cuesta más que 10.000 rublos, y el coste de un curso comercial ó de ciencias comerciales fluctúa entre 300 y 15.000 rublos.

Además de los establecimientos citados, existen clases de Comercio cuyos cursos son de dos años, y que dependen de 25 escuelas reales del Ministerio de Instrucción pública, de otras cuatro escuelas reales, sostenidas por iglesias extranjeras, y de tres escuelas reales privadas. También hay cursos de Comercio para mujeres, cerca de la casa de asistencia Demidoff, en San Petersburgo.

FERNANDO ARAUJO

INDICE

Págs.

Ana (novela), por Enrique Sienkiewicz..... 5

Mesonero Romanos, costumbrista, por Camille Pitollet..... 38

Para paisanos.—Cosas de tropa, por Ignotus..... 54

El «New Record Office», por el Conde de las Navas..... 72

Valor de la conciencia y de la intervención reflexiva, por P. Dorado..... 81

Ernesto Renan (á propósito de la erección de su estatua en Treguier), por Edmundo González-Blanco..... 123

Lecturas americanas, por Hispanus..... 145

Crónica literaria.—*Trabajos no coleccionados* de D. Ramón de Mesonero Romanos (publícanlos sus hijos).—*Ideas é ideales* (por D. Adolfo Posada), por E. Gómez de Baquero..... 167

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 178

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15. NUM. 179.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

NOVIEMBRE, 1903

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ANA

(NOVELA)

—

(CONCLUSIÓN)

X

En nuestra casa, durante los dos días que precedieron al señalado para la marcha de Ana, reinó una profunda tristeza. La señora de Ives partió con mis dos hermanas, al día siguiente de la conversación con mi padre, para llevarlas á casa del tío.

La pobre Ana sabía que iba á marchar, y esto la llenaba de desesperación. Se veía que ella esperaba ayuda de mí, y á mí se aferraba como á la única áncora de salvación; pero percatándome yo de ello, traté de evitar el encontrarme á solas con ella. Me conocía bastante para saber que con sus lágrimas lo hubiera conseguido todo, porque no hubiese podido negarla nada. Por eso evitaba hasta el mirarla, no pudiendo soportar la muda súplica que expresaban sus ojos cuando invocaban nuestra compasión siempre que se volvían hacia mi padre ó hacia mí.

Sabía que Selim rondaba en torno de nuestra casa como un ave de rapiña, y observé que el mismo día de mi altercado con él escondía Ana rápidamente una carta, sin duda dirigida á él ó procedente de él. Sospeché que se veían secretamente; pero aunque vigilé atentamente en cuanto llegaba la noche, no pude sorprenderlos. Pasaron los dos primeros días, que á mí me parecieron una pesadilla. La víspera del día en que Ana

debía marchar á Ustrya para reunirse con la señora que había de acompañarla, mi padre se fué á la ciudad para comprar algunos caballos, y se llevó con él á Casimiro. El padre Luis y yo debíamos llevar por la tarde á Ana á Ustrya, donde había de pernoctar para partir al día siguiente.

Observé que Ana, cuanto más se acercaba la hora de la marcha, tanto más inquieta se ponía. Su rostro estaba demudado y temblaba desde la cabeza hasta los pies. De cuando en cuando se estremecía como asustada. Por último, se puso el sol tras sombrías nubes, que presagiaban una fuerte tormenta. Ya comenzaban á oirse algunos truenos lejanos y á verse algunos relámpagos que indicaban el avance de aquélla. La atmósfera, saturada de electricidad, sofocaba y oprimía; los pájaros se escondían bajo los aleros de los tejados ó buscaban refugio entre las hojas de los árboles, y solamente las golondrinas volaban todavía animosas de un lado para otro; las plantas y las flores habían dejado de moverse y languidecían. Sobre toda la Naturaleza pesaba una angustiosa opresión. El padre Luis mandó que se cerrasen las ventanas; yo quería de todos modos marchar á Ustrya antes de que estallase la tempestad, y por esto me levanté rápidamente para dar orden de que lo preparasen todo. Cuando iba á salir de la habitación, Ana se puso en pie, pero se volvió á sentar en seguida. La miré, y se puso pálida; después cambió de color y se puso como la grana.

—Aquí se ahoga una; verdaderamente esto es asfixiante—exclamó.

Se acercó á la ventana y comenzó á darse aire con el abanico. La extraña inquietud de que era presa crecía por momentos á la vista.

—Tal vez haremos mejor en esperar—dijo el padre Luis:—dentro de media hora habrá estallado la tempestad.

—Dentro de media hora estamos en Ustrya—respondí yo,—y tal vez todo se deshaga en truenos, y nada más.

Diciendo esto, corrí á las caballerizas. Mi caballo estaba

ya ensillado, pero todavía no estaba preparado el coche. Pasó otra media hora antes de que estuviera enganchado y el cochero en el pescante; yo cogí de las riendas al caballo. Parecía que el temporal estaba ya sobre nuestras cabezas, pero no quería en modo alguno diferir la marcha. Trajeron inmediatamente el equipaje de Ana y lo acomodaron en el coche. El sacerdote esperaba junto á la portezuela. Se había puesto un balandrán de tela y tenía un paraguas en la mano.

—¿Dónde está Ana? ¿Está dispuesta?—le pregunté.

—Sí; hace cerca de media hora que está rezando en la capilla.

Corrí á la capilla, pero no la encontré allí; de la capilla corrí al comedor, y de allí á la sala. No la encontré.

—¡Ana, Ana!—exclamé.

Nadie respondió.

Me acometió una violenta inquietud; fuí á su cuarto, pensando que tal vez la hubiera dado un síncope. En el cuarto estaba la vieja Wenzrouska, que lloraba desconsoladamente.

—¿Es ya la hora de despedir á la señorita?—preguntó ella.

—¿Dónde está?—pregunté yo á mi vez por toda respuesta.

—Ha ido al jardín.

—¡Ana, Ana, el coche espera; hay que marchar!

Silencio de tumba.

—¡Ana, Ana!

Las hojas murmuraban lánguidamente ante las primeras ráfagas de la tempestad; empezaron á caer algunas gotas muy gruesas, y todo volvió á quedar en el más profundo silencio.

—¿Qué será esto?—me pregunté á mí mismo, lleno de alarma.—¡Ana, Ana, Ana!

Por un momento me pareció que me respondían desde el otro extremo del jardín. Respiré.

—¡Qué loco soy!—pensé, y corrí en dirección de la voz.

Pero allí no había nadie.

Busqué en todas direcciones, y no vi más que á Ignacio, el muchacho que estaba al cuidado de los patos.

—Ignacio, ¿has visto por casualidad á la señorita?

—Sí, señor: ha pasado en coche por aquí.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿En coche?

—Sí, señor. Iba hacia el bosque en compañía del señorito de Corzelli. Y por cierto que los caballos iban á todo galope. Corrían que daba gusto.

¡Jesús! ¡Ana había huído con Selim!

Se me ofuscaron los ojos; comencé á ver luces y llamaradas. Me acordé de la inquietud de Ana, de aquella carta que había visto en sus manos. ¡Todo había sido concertado! Selim la había escrito, habíanse visto en alguna parte, habían elegido para la fuga el momento de la marcha, porque sabían que en casa todos estaríamos ocupados...

Todo mi cuerpo se inundó de un sudor frío.

No sé cómo ni de qué manera me encontré en el terrado.

—¡Un caballo, pronto, un caballo!—grité con voz terrible.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué sucede?—preguntó el sacerdote.

El estallido de un trueno respondió á su pregunta. El viento me zumbaba en los oídos; el caballo corría á rienda suelta. Desde el camino de los tilos me dirigí hacia donde habían sido vistos los fugitivos; salté dos zanjas, y adelante.. sobre las visibles huellas de su coche; los relámpagos rompían las negras masas de las nubes; la tempestad estallaba; el cielo se había transformado; de repente aparecía como un mar de fuego; después le obscurecían por completo las negras tinieblas que sucedían á los fulgores. El viento agitaba fuertemente á los árboles y esparcía en todas direcciones á la lluvia, que caía á torrentes. Mi caballo, bajo los incesantes golpes del látigo y los espolazos que le llenaban de sangre los costados, empezó á relinchar de dolor; yo, por mi parte, rugía de rabia. Inclinado sobre el cuello del caballo, seguía las huellas del camino y no veía ni oía nada más. De este modo llegué al bosque, cuando redoblaba la violencia de la tempestad, hasta el punto de que todos los elementos parecían haberse desencadenado con sin igual furia sobre la tierra.

El bosque estaba lleno de agua, y todo el terreno amenazaba con convertirse en un verdadero lago; el trueno retumbaba entre las tinieblas, y el eco se propagaba al través de los árboles. El azotar de la lluvia que sin interrupción caía, los gemidos de los árboles bajo la violencia del viento, el fragor de los truenos que estallaban incesantemente, todo esto resonaba como una música infernal. No podía ya distinguir las huellas, pero seguía corriendo como el huracán. Más allá del bosque, á la luz de los relámpagos, volví á ver las huellas; pero al mismo tiempo observé con harto disgusto que la velocidad de mi caballo disminuía y que cada vez jadeaba más. Redoblé los latigazos y los espolazos. A la terminación del bosque comenzaba un verdadero mar de arena, que yo podía salvar fácilmente con mi caballo; pero Selim veíase obligado á atravesarlo con el coche.

Alcé los ojos al cielo.

—¡Oh Dios!—grité desesperado,—haz que les alcance y muera después, si ésta es tu voluntad.

Fue oída mi plegaria.

El vivo resplandor de la luz difundida por un relámpago iluminó el coche, que corría aceleradamente delante de mí.

No pude ver el rostro de los fugitivos, pero sabía de cierto que eran ellos. La distancia que nos separaba era corta, tal vez una media versta; pero viéndose Selim obligado á ir despacio por la obscuridad, por la lluvia y por la calidad del terreno, podía esperar alcanzarles seguramente. Dí un grito de furor y de alegría al mismo tiempo: ya no podían escapárseme.

Selim se volvió, dió á su vez otro grito y comenzó á arrear con brío á los caballos. También Ana me reconoció á la luz de los relámpagos: la vi cogerse desesperadamente á Selim y que hablaban animadamente. Segundos después estaba yo tan cerca, que pude oir perfectamente la voz de Selim.

—¡Atrás!—me gritó entre las tinieblas,—¡estoy armado! ¡Atrás ó te abraso!

Pero yo, sin hacer caso de sus palabras, me seguía acercando.

—¡Alto!—gritó Selim,—¡alto!

Estaba apenas á quince pasos; mientras tanto, el camino se hacía mejor, y Selim puso al trote á los caballos. Por un momento la distancia entre nosotros aumentó, pero bien pronto les alcancé de nuevo.

Entonces Selim se volvió y apuntó con la pistola. Tenía un aspecto terrible: su mano no temblaba y apuntaba segura y tranquila.

Un momento más, y hubiera podido tocar el coche; pero de pronto resonó un disparo, mi caballo cayó de lado; hizo un esfuerzo ó dos para levantarse, pero fue en vano: respiraba anhelosamente y me arrastraba al suelo.

Me desmonté y comencé á correr con toda la fuerza de mis piernas; pero aquello era inútil.

No tardó en alejarse el ligero cochecillo, y así continuó hasta que al fin le veía únicamente cuando le iluminaba algún relámpago. Por último, tanto por la distancia como por la obscuridad, desapareció del todo, y con él mi último rayo de esperanza. Quise gritar, pero no pude porque me faltaba el aliento. El rumor de las ruedas se hacía cada vez más débil; por desgracia, tropecé en una zanja y me caí al suelo.

Me levanté.

—¡Han desaparecido! ¡Están lejos!—repetía yo en alta voz, sin saber lo que me pasaba.

Mis fuerzas estaban agotadas y me encontraba solo, en medio de la noche y de la tempestad.

El diabólico Selim Mirsa me había vencido. ¡Ah! Si Casimiro no se hubiera ido con mi padre, les hubiéramos seguido juntos. ¿Pero ahora? «¿Qué sucederá? ¿qué sucederá?» Así gritaba en las tinieblas para oir mi propia voz, para no perder la razón. Y me parecía que la tempestad me murmuraba en tono de burla: «Tú yaces aquí en el suelo, y él está con ella». Lentamente volví á mi caballo; un río de sangre salía de sus na-

rices; vivía todavía, pero la respiración era fatigosa y el pobre animal me miraba con ojos espantados. Me senté á su lado; me pareció que también para mí había llegado la hora final. Y mientras tanto, me seguía murmurando el viento: «¡Él está con ella!»

Creía sentir á lo lejos el rumor del coche, y sabía que se llevaba mi felicidad. Y el viento continuaba murmurando: «¡Él está con ella!»

Fui presa de una extraña languidez; no sé decir cuánto me duró. Cuando recobré mis sentidos, el temporal había pasado: pasaban por el cielo ligeras nubecillas luminosas; la luna brillaba clara en el firmamento azul, y de la tierra se alzaba una niebla húmeda. Solamente la vista de mi caballo muerto me recordó lo que había pasado. Miré en torno para ver dónde estaba: á la derecha, pero muy lejana, brillaba una luz; corrí en aquella dirección, y comprendí que me encontraba muy próximo á Ustrya.

Resolví, pues, ir allá inmediatamente y buscar al dueño, lo que era fácil porque él no habitaba en el castillo, sino en una casita aparte. Sus ventanas estaban aún iluminadas; llamé á la puerta; me abrió él mismo, y al verme se echó hacia atrás asustado.

—¡Buena broma!—dijo.—¡Qué cara tienes, amigo mío!

—Cerca de Ustrya el rayo me ha matado al caballo, y no se me ha ocurrido nada mejor que venir aquí.

—Has hecho bien. Pero estás calado completamente, y es ya bastante tarde. ¡Buena broma! Te daré en seguida algo de comer y ropa para que te mudes.

—No, no; es preciso que me vuelva inmediatamente á casa.

—¿Pero por qué no ha venido Ana? Mi mujer marcha mañana á las dos. Creíamos que la mandaríais esta noche.

Me decidí á contárselo todo, porque tenía necesidad de su ayuda.

—Escúcheme—le dije:—en nuestra casa ha ocurrido una gran desgracia. Confío en usted; no diga nada á nadie, ni si-

quiera á su señora de usted, porque se trata del honor de nuestra familia.

Sabía que podía contar con su discreción, pero tenía pocas esperanzas de poder tener oculta la aventura; preferí, pues, ponerle al corriente de todo, dándole toda clase de detalles, callando solamente mi amor por Ana.

—No hay remedio, es preciso que te batas con Selim. ¡Buena broma! ¿Qué tal?—dijo él después de haber oído todo.

—Naturalmente, mañana me batiré. Pero ahora quiero continuar la persecución de los fugitivos, y quisiera para ello rogarle que me dé dos de sus mejores caballos.

—No tienes necesidad de perseguirles, porque no pueden estar muy lejos. Supongo que á esta hora estarán en Corzelli. ¿A qué otra parte pueden haber huído? Sin duda han ido á Corzelli, donde se habrán arrojado á los pies del viejo Mirsa. ¿Qué otra cosa, en efecto, podrían haber hecho? El viejo Mirsa habrá encerrado en el granero á Selim y habrá llevado á su casa á la señorita. ¡Bah!

—¡Le ruego, señor...!

—Ya, ya; no te impacientes, criatura. Por lo demás, en cuanto á ella, yo no atribuyo á maldad su escapatoria, aunque las mujeres de mi casa la interpreten de un modo muy diverso. Ahora, sin embargo, ya no tenemos tiempo que perder.

—¡Partamos en seguida!

Ustrycki no se meneó todavía.

—Verdaderamente, ya sé lo que debemos hacer—dijo tras una pausa.—Yo tomo el coche y corro á Corzelli, y tú mientras tanto te vas á casa, ó mejor, espérame aquí. Si Ana está allí, la recojo y te la llevo. Pudiera ser también que no me la quisieran entregar. ¡Buena broma! De todos modos, no abandonaré al viejo Mirsa, si es él quien acompaña á Ana, porque tu padre es demasiado impetuoso. Podría enfadarse con él, que no tiene la culpa; ¿qué te parece?

—Mi padre no está en casa.

—Tanto mejor, tanto mejor.

Y se frotó las manos, de contento.

—¡Juan!—gritó al criado.— Un coche para dentro de diez minutos. ¿Has comprendido?

—¿Y caballo para mí?—le pregunté.

—Y un caballo para el señor... ¡Buena broma!

Callamos ambos.

Por fin, dije yo:

—¿Le parece que escriba á Selim? Preferiría desafiarle por escrito.

—¿Cómo?... ¿Por qué?...

—Me temo que el viejo Mirsa no le deje batirse. Lo tendrá encerrado por algún tiempo y se contentará con este castigo. Mas para mí no sería satisfacción suficiente. Si Selim está encerrado, no puedo hablarle; pero una carta, cualquiera puede entregársela. Tampoco diré á mi padre que me quiero batir. Podría desafiar al viejo, que es inocente. Una vez que yo me haya batido con Selim, mi padre no tendrá motivo para hacerlo con el viejo. Usted mismo ha dicho que es preciso que me bata.

—Así lo pienso. Es preciso batirse, es necesario. Para un caballero es el único camino, lo mismo que sea joven ó que sea viejo. ¡Buena broma! Para los demás no importa, mas para un caballero es absolutamente necesario. ¿Qué tal? Escribe, pues tienes razón.

Me senté y escribí:

«¡Eres un miserable! Date por desafiado; si mañana por la mañana no te encuentras con pistola ó espada en la casa del guarda, te tendré por el más vil de los viles, como según todas las apariencias has sido siempre.»

Cerré la carta y se la entregué al señor Ustrycki; después salimos. El coche estaba ya en la puerta. Al montar se me ocurrió una horrible idea.

—¿Y si Selim y Ana no están en Corzelli?—pregunté al señor Ustrycki.

—Si no están en Corzelli, quiere decir que han ganado

tiempo. Es de noche, y hay cincuenta caminos que van en todas direcciones... Sería como buscar el viento el querer encontrarles en otra parte. Y además, ¿adónde podía haberla llevado?

—Tal vez á N***.

—¡Treinta millas con los mismos caballos! Estáte tranquilo. ¡Buena broma! ¿Qué tal? Pues bien, en ese caso marcharé mañana á N***, á fe mía; pero ante todo, hay que ir á Corzelli. Te digo que puedes estar tranquilo.

*
* *

Una hora después estaba yo en casa. Era ya noche muy avanzada; todas las ventanas, iluminadas; se veía que llevaban luces de un lado para otro. Cuando llamé y se abrió la puerta, avanzó el padre Luis con una luz en la mano.

—Calla—murmuró, poniéndose un dedo en los labios.

—¿Ana?—pregunté, sacudido por la fiebre.

—Ana está ahí. El viejo Mirsa la ha traído. Ven conmigo y te lo contaré todo.

Entramos en el cuarto del padre Luis.

—Cuenta tú primero lo que ha pasado—me dijo él.

—Les seguí. Selim me mató el caballo de un pistoletazo. ¿Está mi padre?

—Llegó poco después de haberse marchado el viejo Mirsa. ¡Ah! ¡Desgracia sobre desgracia! Ahora está el médico con él. Ha faltado poco para que no le diese un accidente. Quería desafiar al viejo Mirsa. Pero no pases ahora á ver á tu padre: podría hacerle daño. Mañana le rogarás que no desafíe al viejo, pues éste no tiene la culpa. Ha dado de palos á Selim y le ha encerrado; ha traído él mismo á Ana y ha ordenado á los criados que se callen. Ha sido una suerte que no haya encontrado en casa á tu padre.

El Sr. Ustrycki había, pues, acertado en todo.

—¿Y cómo está Ana?

—Vino chorreando agua, y ahora tiene fiebre. Tu padre la ha gritado horriblemente. ¡Pobre muchacha!

—¿La ha visto el médico?

—La ha visto y la ha mandado meterse en seguida en la cama. Ahora está con ella la vieja Wenzrouska. Espérame aquí. Voy á ver á tu padre para decirle que estás de vuelta. Ha mandado á buscarte por todas partes. Tampoco Casimiro ha vuelto; ha marchado en un coche... ¡Dios, Dios omnipotente! ¡Qué cosas, qué cosas!

El sacerdote fué á ver á mi padre; yo no podía contenerme, y fuí á ver á Ana. Es decir, no quería verla, no: me hubiera costado un esfuerzo demasiado grande. Quería solamente convencerme de que efectivamente había vuelto, que estaba fuera de todo peligro, que ya no estaba, en suma, á la intemperie, sino bajo nuestro techo. Extraños sentimientos me agitaban al acercarme á su cuarto: no sentía ni ira ni odio; solamente dolor, un dolor intensísimo, una inmensa compasión de la infeliz, que había sido víctima de un loco capricho de Selim. Me hacía el efecto de una paloma perseguida por un gavilán. ¡Ah! ¡Cuántas humillaciones debía sufrir la pobre muchacha, y qué vergüenza debía de haber experimentado en Corzelli en presencia del viejo Mirsa! Me juré á mí mismo no dirigirla ninguna censura ni entonces ni después, y conducirme siempre con ella como si nada hubiese pasado. Cuando llegué á la puerta de su cuarto se abrió aquélla y salió la vieja Wenzrouska. La pregunté:

—¿Duerme la señorita?

—No quisiera, señorito, que hubiese cogido una grave enfermedad. Ha sido una suerte que estuviera aquí el médico.

Ordené á la vieja que volviera en seguida al lado de Ana, pero que no cerrara la puerta, para que al menos pudiera verla de lejos. Por la puerta entreabierta vi á Ana sentada en la cama; tenía la cara arrabatada, los ojos relucientes de un modo que no era natural; su respiración era frecuente; se veía bien que tenía una gran fiebre.

Estaba absorto por aquella vista, cuando el padre Luis me cogió por un brazo y me dijo:

—Tu padre te ruega que vayas á verle.

—Está enferma...

—Ahora baja el médico; mientras tanto, tú puedes hablar con tu padre. Anda, anda, ya es tarde.

—¿Qué hora es?

—La una.

—¡Y á las cinco de la mañana debía batirme con Selim!

XI

Mi coloquio con mi padre duró una media hora; después me retiré á mi cuarto, pero no me metí en la cama. Calculé que para ser puntual á las cinco en la casa del guarda necesitaba salir á las cuatro. No me quedaban más que tres horas escasas.

Poco después entró en mi cuarto el padre Luis para saber cómo me encontraba yo después de la jornada y si me disponía á descansar. El padre Luis insistió para que me acostase inmediatamente; pero entretenido en la conversación, estuvo conmigo más de media hora. Me contó todo lo que había dicho el viejo Mirsa.

De su revelación resultaba que Selim había concebido una real y verdadera extravagancia por no haber sabido echar mano de ningún otro expediente. Él creía que después del rapto, á su padre no le hubiera quedado otra cosa que hacer que dar su bendición á los esposos, y que nosotros no hubiéramos negado á Ana nuestro consentimiento. Además de esto, supe que él, después de la conversación tenida conmigo, no solamente había escrito á Ana, sino que la había hablado y persuadido á que huyera. La muchacha se había al principio instintivamente negado á dar un paso semejante, aun cuando no pudiera hacerse una idea de la gravedad y de las consecuen-

cias del mismo; pero que al fin, convencida por las seguridades y los ruegos de Selim, había consentido. La había representado la fuga como una simple escapatoria á Corzelli, después de la cual quedarían para siempre unidos y felices. La había asegurado que después habría vuelto á nuestra casa como su legítima esposa, y que entonces mi padre hubiera tenido que dar su consentimiento, que yo hubiera tenido que resignarme ante los hechos consumados, y que ya para mí lo mejor sería consolarme con Lola Ustrycka. La había rogado y conjurado, declarándola que estaba pronto á sacrificarlo todo en el mundo por ella, hasta su vida misma, de tal suerte que la muchacha había concluído por decir que sí. Pero apenas habían emprendido la fuga, Ana, con lágrimas en los ojos, le había suplicado que retrocedieran; pero él, al menos así lo había referido el viejo, no quiso hacerlo, porque había perdido la conciencia de cuanto le rodeaba.

Después de esta relación, el padre Luis me hizo algunas observaciones sobre el amor mundano y los arrebatos de la pasión, que yo no tomé á mal, pero que no estaba yo en situación de oir atentamente en aquellas circunstancias.

Por fin me dejó el padre Luis, y en cuanto me vi solo descolgué el sable que me había regalado mi padre y puse en orden las pistolas, para que todo estuviese dispuesto para el encuentro que debía verificarse no muy tarde. Respecto de meditar sobre aquel duelo con Selim, no tuve tiempo ni ganas. Estaba absolutamente decidido á batirme con él á muerte, y estaba convencido de que Selim no me haría esperar en vano.

Empezaba á amanecer; dieron las tres. En cuanto estuvieron terminados mis preparativos, me senté en una butaca y empecé á reflexionar. Y mis reflexiones me llevaron á pensar que yo también tenía mucha culpa de lo que había ocurrido. Me pregunté si había ejercido á conciencia el oficio de protector que el viejo Mikolai me confiara, y hube de responderme que *no*. ¿Había pensado solamente en Ana y no en mí? De nuevo la conciencia me respondió que *no*. En suma, que yo

era el principal causante de cuanto sucedía. La cosa estaba clara, pero ya no tenía remedio... Mis reflexiones fueron interrumpidas por el reloj, que dió las tres y media. Era casi de día. Me puse una capa para ocultar las armas por si me encontraba con alguien, y salí.

Atravesé el jardín, embalsamado aquella hora por las flores cargadas de rocío, y me dirigí hacia una puertecilla que daba al campo. La mañana, después de la tempestad de la noche, estaba límpida y purísima. El vivificante aire que se respiraba me entonó rápidamente. Tomé á la derecha por una senda que iba á parar á un puente que me era necesario atravesar para llegar al camino que conducía á la casita del guarda. Me sentía tranquilo y consolado, y una voz interior me decía que saldría vencedor del inminente duelo; aquella especie de presentimiento favorable, aun cuando yo no le concediese una importancia extraordinaria, no podía por menos de favorecerme. Selim era verdaderamente un gran tirador de pistola, pero tampoco yo solía errar el blanco; él me superaba en la esgrima como destreza, pero yo era mucho más fuerte, hasta el punto de que le costaba trabajo parar mis golpes.

—Suceda lo que quiera—me decía á mí mismo,—estamos en el fin; como no se puede desatar este nudo gordiano, lo cortaremos. Haya cometido Selim su acción para con Ana con buena ó con mala intención, debe ser castigado.

Sumido en estos pensamientos, llegué á orillas del estanque, del que se desprendía una niebla que se deshacía en vapor de agua, mientras que la luz matinal coloreaba aquel paraje con rosados tintes. Aún no había aparecido el sol, pero el aire se iba haciendo cada vez más claro y reinaba en rededor un profundo silencio; sólo llegaba á mis oídos el aleteo de los ánades, ocultos entre los juncos; sobre toda la Naturaleza pasaba un hálito oloroso, fresco, rosado.

Había llegado al final de la senda, cerca del puente, cuando de repente me paré en firme, como víctima de una alucinación. Apoyado en la barandilla del puente estaba mi padre,

con las manos detrás de la espalda, una de las cuales sujetaba la pipa todavía encendida, y miraba pensativo el agua y la claridad rosada de la aurora. Probablemente él, como yo, no había podido dormir, y había salido de madrugada para respirar el aire fresco de la mañana y echar una ojeada á la hacienda agrícola. No le había visto antes por ir preocupado y mirando maquinalmente, y además porque los sauces me ocultaban anteriormente la vista del puente; cuando le descubrí no estaba á más de diez pasos. Me escondí detrás de los sauces; no sabía lo que iba á hacer.

Mi padre no se movió de su puesto. Le miré atentamente: su aspecto era el de un hombre preocupado, y su rostro acusaba una noche pasada en el insomnio; sus miradas vagaban por el estanque, y sus labios proferían distraídamente la oración de la mañana, y las palabras llegaban perceptibles á mi oído:

—Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

El «Santa María...» lo murmuró tan en voz baja, que no pude oirlo. Comprendí que no podía permanecer más tiempo oculto en el bosquecillo, y me dirigí hacia el puente. Pensé que podría pasarlo sin que me viera, porque mi padre estaba vuelto hacia el agua; además de esto, era, como ya he dicho, un poco sordo, porque sus oídos padecieron, mientras estuvo en el servicio militar, con los estampidos de los cañones. Me acerqué, pues, y comencé á pasar el puente cautelosamente; por mi desgracia, el puente, que era de madera, comenzó á crujir, y mi padre se volvió.

—¿Qué haces aquí?—preguntó.

Me ruboricé y respondí:

—He venido á dar un paseo, papá, un simple paseo.

Se adelantó, me desembozó la capa en que iba envuelto, sacó el sable y las pistolas, y me dijo:

—¿Y qué significan estas armas?

No había más remedio; era preciso confesarse.

—Te lo diré todo, papá; voy á batirme con Mirsa.

Creí que mi padre se hubiera encolerizado; pero, contra lo que yo esperaba, permaneció tranquilo y se limitó á decirme:

—¿Quién es el retador?

—Lo he sido yo.

—¿Sin pedir consejo á tu padre, sin decirme nada?

—Lo desafié ayer mismo, inmediatamente después del rapto, en Ustrya. Papá, no podía ir á decírtelo; temía que me lo prohibieses.

—¡Está bien! Vuélvete á casa, y déjame á mí el cuidado de ventilar el asunto.

Mi corazón se sobrecogió al oir aquella intimación, y me sentí más desgraciado que antes.

—Papá—dije,—por todo lo que más quieras, por la memoria del abuelo, te suplico que no me prohibas el que me bata con el tártaro. Recuerdo que un día te incomodaste conmigo por mis sentimientos democráticos; hoy me atrevo á recordarte que también por mis venas circula tu sangre y la de mi abuelo. ¡Papa! Él ha inferido una grave ofensa al honor de Ana. ¿Debo dejarla pasar sin castigo? El mundo no ha de poder decir que nuestra raza ha dejado impune el atentado cometido contra una huérfana de su familia. Yo mismo tengo mucha parte de culpa en lo sucedido: amaba á Ana, y no quise confesarlo; pero, papá, te aseguro que aun cuando no la hubiese amado, por ella, por el amor que debo á la dignidad de nuestra casa y de nuestro nombre, hubiera obrado como lo he hecho. Mi conciencia me dice que hago bien; también tú lo reconocerás, y no querrás prohibirme que me conduzca como es lo decoroso y lo justo. No puedo dudarlo, papá. Piensa en la ofensa inferida á Ana, piensa que soy yo el retador, que he dado mi palabra. Sé que todavía soy menor de edad; ¿pero acaso tengo menos sentimiento y no tengo la misma palabra de honor que un mayor? He desafiado á Selim, he empeñado mi palabra, y tú mismo me has enseñado que la palabra de honor es el privilegio principal de un caballero. He

dado mi palabra, papá; le han inferido una grave ofensa á Ana; sobre nuestra casa hay una mancha, ¡y he dado mi palabra! ¡Papá, querido papá!

Apoyé fuertemente los labios en su mano, y comencé á sollozar como un chiquillo.

Y llorando así, suplicaba á mi padre como se suplica á Dios; mientras hablaba yo, su rostro severo se iba dulcificando y enterneciendo; alcé la cabeza, y una gruesa lágrima cayó de sus ojos sobre mi frente. Sostenía una gran lucha consigo mismo: me amaba sobre todas las cosas, era yo la niña de sus ojos, temblaba por mi vida. Después de larga discusión inclinó su cabeza, ya gris, y dijo en voz baja y apenas perceptible:

—¡Que el Dios de nuestros padres esté contigo! Anda, hijo mío, y bátete con el tártaro.

Nos abrazamos. Mi padre me estrechó contra su corazón, y yo permanecí largo tiempo con la cabeza apoyada en su pecho; después dijo con calma y serenidad:

—Ya que te bates, bátete bien, ¡que los golpes sean formidables!

Le besé la mano, y, mientras lo hacía, me preguntó él:

—¿Sable ó pistola?

—La elección es suya.

—¿Y los padrinos?

—Sin padrinos. Yo me fío de él y él de mí. No hacen falta testigos, papá.

Y le abracé de nuevo; era tiempo que nos separásemos. Después de haber andado un poco, volví la cara; mi padre permanecía en el puente, y desde lejos me bendijo haciendo la señal de la cruz.

Los primeros rayos del sol naciente iluminaban su figura alta, bien plantada, y le aureolaban. Me pareció un patriarca, un valiente guerrero que bendecía al hijo antes de dejarle marchar para una empresa atrevida. Me sentí lleno de valor y de energía.

Llegué al sitio designado. Selim me esperaba ya. Cambiamos una mirada amenazadora. Nos internamos en el bosque sin decir palabra. Por fin llegamos á un claro rodeado de pinos, donde me paré y le dije:

—Aquí, si te place.

Hizo con la cabeza un signo de asentimiento, y comenzó á quitarse la levita.

—Escoge—dije, sacando el sable y las pistolas.

Eligió el sable; llevaba el suyo.

Me quité á mi vez la levita y la dejé en el suelo. Entonces él me alargó una carta y me dijo:

—Si muero, te ruego que entregues esta carta á Ana.

—¡No la acepto!

—No contiene nada de amor; es solamente un explicación de lo sucedido.

—Sea.

Mientras tanto, nos habíamos remangado las mangas; el corazón comenzó á latirme violentamente. Selim empuñó el sable y se puso en guardia. Puso el arma en ángulo recto sobre la cabeza, y dijo:

—Estoy dispuesto.

Me puse enfrente en la misma posición y crucé mi hoja con la suya.

—¿Estás?

—¡Sí!

—En guardia.

Me arrojé entonces sobre él con tal ímpetu, que retrocedió un paso, costándole gran trabajo parar los golpes. Después comenzó á responder golpe por golpe. Su rostro se encendió, sus narices se dilataron, sus ojos llameaban. No se oía más que el choque de las armas y nuestra respiración anhelosa; Selim comprendió en seguida que debía sucumbir si se prolongaba el duelo. Gruesas gotas de sudor le caían por la cara, y su respiración se hacía cada vez más jadeante.

Entonces le acometió una rabia que llegaba á un paroxis-

mo de furor. Los cabellos le caían por la frente, y por entre sus labios, semiabiertos, veíanse los dientes que chocaban unos con otros. Parecía que se había manifestado en él su naturaleza de tártaro en cuanto hubo sentido el sable en la mano y olfateado la sangre. A pesar de esto, la ventaja estaba de mi parte, porque me encontraba animado de no menor ansia de combatir y tenía más fuerza. Le había ya herido una vez, pues de su brazo izquierdo brotó la sangre; dos segundos después le alcancé de nuevo, en la frente, con la punta del sable. Era horrible aquello: un hilo de sangre roja descendió, mezclada con el sudor, sobre su boca y su barba. Él se lanzó sobre mí, y como un tigre herido saltaba ferozmente; el filo de su sable relampagueaba incesantemente sobre mi cabeza. Serenamente me defendía de los innumerables golpes, y al mismo tiempo trataba á mi vez de asestárselos á él. Fueron muchas las veces en que nos encontramos en el combate cuerpo á cuerpo. De repente, Selim dió un salto; el filo de su sable me rozó las sienes; pero yo paré el golpe con tanta fuerza, que por un instante le dejé al descubierto la cabeza. Entonces le dirigí un golpe, que hubiera sido suficiente para partirle en dos... cuando sentí una sensación aguda en mi cabeza.

—¡Jesús!—grité.

El sable se me cayó de la mano, los ojos se me nublaron y dí con el rostro en tierra.

XII

Cuando recobré el sentido yacía en el cuarto de mi padre, en su lecho, y aquél estaba sentado á mi lado en un sillón. Su cabeza estaba apoyada en el respaldo, con el rostro pálido y los ojos cerrados. Las maderas de la ventana estaban cerradas; sobre una mesita ardía una luz, y el silencio que reinaba en el cuarto era interrumpido solamente por el tic tac del reloj.

Permanecí unos instantes con los ojos fijos en el techo,

tratando de recoger los dispersos recuerdos; quise moverme, pero un insoportable dolor en la cabeza me trajo poco á poco á la memoria lo ocurrido. Con débil y apagada voz murmuré:

—Papá...

Mi padre se puso en pie y se inclinó sobre mí. En su rostro se manifestaron á un tiempo la emoción y la alegría, mientras decía:

—¡Dios omnipotente, gracias! ¡Ha vuelto en sí!... ¿Cómo estás, hijo mío? ¿Qué quieres?

—Papá, ¿me he batido con Selim?

—Sí, pero ahora no hay que pensar en ello.

Callamos un momento ambos; después pregunté de nuevo:

—Papá, dime, ¿quién me ha traído del bosque hasta aquí?

—Yo mismo te he traído en brazos. Pero no hables más, no te atormentes.

Habían pasado apenas cinco minutos, cuando volví á empezar á preguntar, pero con mayor lentitud:

—Papá...

—¿Qué quieres, hijo mío?

—¿Qué ha sido de Selim?

—También cayó desvanecido por la copiosa pérdida de sangre, y lo hice transportar á Corzelli.

Quería preguntar también por Ana y por mi madre; pero sentí que me desvanecía de nuevo, y callé. Me parecía ver en torno de mi lecho perros negros y amarillos que bailaban, y me esforzaba por verlos más de cerca. Después me parecía oir las notas de una música lejana, y en vez del reloj que había frente á mi lecho me parecía ver una cara que me hacía gestos y que de cuando en cuando se escondía. No deliraba por completo, pero estaba muy debilitado por la fiebre, y en este estado debí permanecer bastante tiempo. A veces me sentía un poco mejor, y entonces reconocía á las personas que rodeaban mi lecho: mi padre, el padre Luis, Casimiro, el doctor Estanislao, á los que veía confusamente.

Recuerdo que entre tantos me faltaba un rostro, pero no

podía recordar cuál era, aunque sabía que deseaba verlo y no aparecía. Una vez dormí toda la noche y no me desperté hasta la mañana.

La luz estaba todavía sobre la mesa; me sentía muy débil. De repente vi una figura que se inclinaba sobre mi lecho, una figura que al pronto no reconocí, pero cuya vista me quedó tan grata como si me hubiese muerto y hubiera despertado en el paraíso. ¡Era un rostro de ángel tan puro, tan dulce! Y cuando vi que sobre sus mejillas corría una lágrima, también yo me sentí enternecido casi hasta el punto de llorar. Entonces recobré el conocimiento, mis ojos vieron claro, y murmuré:

—¡Mamá!...

Aquel rostro de ángel se inclinó sobre mi descarnada mano, que yacía inmóvil sobre la colcha, é imprimió en ella sus labios. Intenté incorporarme; pero sentí de nuevo aquel dolor en las sienes, y exclamé:

—¡Mamá, me duele, me duele mucho!...

Mi madre, porque era ella, me renovó las compresas de hielo en torno de las sienes y sobre la frente, cosa que antes me causaba tanto dolor; pero esta vez aquellas queridas manos lo hicieron con tanta delicadeza, que mi pobre cabeza no experimentó el menor dolor, y murmuré:

—¡Ah! Me siento tan bien, me siento tan bien...

Desde aquel momento en adelante no me abandonó ya el conocimiento. Por último, la fiebre desapareció por completo, y reconquisté por entero mi fuerza de espíritu; pero esta mejoría no me devolvía la salud. Al contrario, se me presentó el fenómeno de una nueva enfermedad, una debilidad inmensa que me consumía.

Día y noche yacía inmóvil, con los ojos siempre fijos en un punto. La vida no tenía para mí ningún atractivo, y no me importaban las personas queridas que rodeaban mi lecho. Recibía todas las impresiones, veía todo, me acordaba de todo, pero no poseía la fuerza necesaria para recoger mis pensa-

mientos ni para manifestar un deseo cualquiera. Una noche pareció que el débil hálito de mi vida quería extinguirse. Encendieron un grueso cirio de cera al lado de mi cama; el padre Luis entró con estola y sobrepelliz, llevando en sus manos la Sagrada Hostia y la Extremaunción, y sollozaba tanto que no sabía lo que hacía. A mi pobre madre la tuvieron que sacar de la habitación; Casimiro lloraba desesperadamente, mientras que mi padre parecía petrificado y transido de dolor.

Todo esto lo veía yo muy bien, pero permanecía indiferente en absoluto, mirando al techo, ó á los pies de la cama, ó á la ventana, por la que entraban los suaves rayos de la luna.

Entonces con lamentos y sollozos entraron los criados, que se arrodillaron. El padre Luis comenzó á rezar la recomendación del alma.

Mi padre exclamó con voz terrible:

—¡Dios mío, hágase tu voluntad!

Y de pronto cayó redondo al suelo.

En aquel instante sentí que se me enfriaban las extremidades, y me acometió una somnolencia no natural.

—Es la muerte—pensé, y me adormecí.

Me dormí realmente; pero en vez de morir dormí con un sueño tan tranquilo y tan profundo, que no me desperté hasta después de veinticuatro horas, tan vigorizado, que no acertaba á comprender yo mismo cómo era posible aquello. Mi indiferencia había desaparecido; el vigor juvenil había vencido á la muerte, y despertaba á nueva vida. En torno de mi lecho se desarrollaron tales escenas de alegría, que no soy capaz de describirlas. Poco faltó para que Casimiro se volviese loco de gozo.

Me contaron después que en cuanto mi padre me trajo á casa y declaró el médico la gravedad extrema de mi estado, tuvieron que encerrar á Casimiro, porque se puso á dar caza á Selim como á una fiera, y había jurado que lo mataría en cuanto le viese, en el caso de que yo muriera. Por fortuna,

también Selim había sido herido, y tuvo que guardar cama.

Mientras tanto, yo mejoraba de día en día, y el deseo de vivir volvía. Mi padre, mi madre, el padre Luis y Casimiro pasaban días y noches al lado de mi lecho. ¡Cuánto les quería á todos, y cuánto les deseaba cuando alguno de ellos salía por un momento de mi cuarto! Pero con el despertar en mí del deseo de vivir, regresaba también mi amor por Ana.

Cuando me desperté de aquel sueño letárgico, que cuantos me rodeaban habían tomado por el último, pregunté en seguida por Ana. Mi padre me dijo que estaba bien, pero que se había marchado, á causa del incremento que tomaba la viruela, y que se encontraba en casa del tío con mis hermanas y la señora de Ives. Añadió que él había ya perdonado y olvidado todo, y me rogó que estuviese tranquilo. Después hablé á menudo de Ana con mi madre, porque esta misma me hablaba de ella, habiendo observado que este asunto me interesaba muchísimo. Cerraba siempre nuestros coloquios con palabras angélicas y consoladoras: decía que en cuanto mi curación hubiera hecho rápidos progresos hablaría con mi padre de cosas que me agradarían; que, por consiguiente, estuviese tranquilo y procurase restablecerme por completo y lo más pronto posible.

Diciendo esto, sonreía dulcemente; yo, en cambio, hubiera llorado de alegría. A veces, sin embargo, ocurrían cosas que turbaban mi tranquilidad y me llenaban de angustia.

Así, por ejemplo, una noche, mientras mi madre estaba sentada á mi lado, entró Francisco y la rogó que fuese al cuarto de la señorita Ana.

Me incorporé y pregunté:

—¿Ha llegado Ana?

—No—respondió mi madre,—no ha vuelto todavía; es que tengo que ir á su cuarto, que le están limpiando y arreglando.

Sin embargo, como observara otros detalles que me preocupaban, decidí sonsacar á Casimiro; pero también éste me respondía como los demás: que en casa estaban todos bien, que

pronto estarían de vuelta la señora de Ives, Ana y las hermanitas, y concluía rogándome que estuviese quieto y tranquilo.

—¿Pero qué tienen entonces todos, que parecen preocupados?—pregunté.

—Pues mira, te lo diré. Selim y su padre vienen casi todos los días. Selim está completamente desesperado, no hace más que llorar y quiere verte; pero papá y mamá temen que su visita te perturbe.

Yo sonreí.

—¡En verdad que Selim es demasiado bueno! Primero por poco me deja sin cabeza, y después me llora. Seguramente que no ha dejado de pensar en Ana.

—No sé nada acerca de eso, porque nada le he preguntado yo; pero creo que ha renunciado á ella para siempre.

—¡Puede ser!

—De todos modos, seguramente que no ha de ser suya. Puedes estar tranquilo.

Sus palabras me tranquilizaron por completo. Dos días después, mi padre y mi madre estaban conmigo. Jugaban al ajedrez; después salió mi madre y dejó abierta la puerta del cuarto. Por aquella puerta se podía ver una larga fila de habitaciones, al final de las cuales estaba el cuarto de Ana. Miré hacia allí, pero no pude descubrir nada, porque los cuartos, excepto el mío, estaban á obscuras. Por lo que pude observar, la puerta del cuarto de Ana estaba cerrada; de repente, alguien abrió y entró; me pareció ver al doctor Estanislao, que dejó la puerta abierta.

El corazón me palpitó de ansiedad: en el cuarto de Ana había luz; un rayo luminoso penetró en la habitación contigua, y en aquel rayo me pareció ver como ligeras nubecillas de humo que volteaban y se deshacían.

Me llegó al olfato un olor muy acentuado, que se iba haciendo acre de minuto en minuto. Me pareció que aquel olor lo había yo percibido en ciertas fumigaciones, y se me erizaron los cabellos.

—Papa, ¿qué es esto?—exclamé incorporándome bruscamente en la cama.

Mi padre se puso en pie verdaderamente confuso, porque también él había notado aquel olor, y cerró la puerta más que de prisa.

—Nada, absolutamente nada—se apresuró á responder.

Pero yo me había tirado de la cama, y me dirigía tambaleándome hacia la puerta.

—¿Pues á qué viene ese olor de fumigado? ¡Quiero ir á ver lo que es!

Mi padre me sujetó.

—¡Quieto! ¿Adónde vas? ¡Quieto aquí, te digo!

Presa de la desesperación, me llevé las manos á la cabeza y me puse á gritar fuera de mí:

—¡Bueno; pero te juro que me arranco estas vendas y me abro la herida con las manos! ¡Ana ha muerto! ¡Lo sé! ¡Quiero verla!

—Ana no ha muerto, te doy mi palabra de honor—exclamó mi padre, cogiéndome por las manos y atrayéndome hacia él.—Ha estado enferma, pero ahora estaba bien, te lo aseguro... ¿Quieres acarrear una nueva desgracia?... ¡Cálmate, tranquilízate!... Te lo contaré todo, pero vuélvete á la cama. ¡Podrías matarla! ¡Cálmate, te digo! Te repito que te metas en la cama. Te juro que está mejor.

Me faltaron las fuerzas; me arrojé en el lecho, y exclamé:

—¡Dios mío, Dios mío!

—Enrique, tranquilízate. ¿Eres una damisela? ¡Ten valor! Ella está fuera de peligro. He prometido contártelo todo, y cumpliré mi palabra; pero á condición de que te calmes y no hagas locuras. Échate, pon la cabeza en las almohadas. Tápate y estáte quieto.

Obedecí.

—Ya estoy quieto, papá. Pero cuenta pronto, pronto. Quiero saberlo todo de una vez. ¿Es verdad que está mejor? ¿Qué ha tenido?

—Pues bien, escucha. En aquella noche en que Selim se la llevó, llovía á torrentes, como ya recordarás. Ana no llevaba puesto más que un vestido muy ligero, y se caló hasta la médula de los huesos. Además de esto, el paso que había dado la había impresionado mucho; había sostenido una lucha tremenda con ella misma. En Corzelli, adonde se la llevó Selim, no pudo cambiarse de ropa, y por lo tanto volvió á casa en un estado lamentable. Aquella misma noche la acometieron fuertes calofríos, á los que siguió una violentísima fiebre. Al día siguiente, la vieja Wenzrouska no pudo dejar de charlar, y la contó lo que te había pasado; hasta llegó á decirla que te habías muerto. A lo que parece, aquello fue el golpe de gracia: en aquella misma noche se la presentó el delirio. El médico estuvo mucho tiempo sin poder acertar con lo que tenía, hasta que... en una palabra, ya sabes que en el pueblo reina la epidemia de viruelas... Ana enfermó con ellas.

Cerré los ojos y creí que iba á perder el sentido; después dije:

—Continúa, papá; estoy tranquilo.

—Hubo momentos—siguió diciendo mi padre—en los cuales ella corrió inminente peligro de muerte. El mismo día en que llegamos á creer que te perdíamos, también ella estuvo á dos dedos de morir. En vosotros dos, y al mismo tiempo, surgió la crisis salvadora. Ahora ella está, como tú, en la convalecencia. Dentro de una semana estará curada por completo. ¡Ah! ¡Cuánto hemos padecido en esta casa!

Al terminar su relato se inclinó sobre mí y me miró con atención, como si temiese que sus palabras hubieran sacudido mi organismo excesivamente y perjudicado mi débil cerebro; yo permanecí inmóvil, y por largo tiempo hubo entre nosotros un profundo silencio. Recogí mis pensamientos é hice mudas consideraciones sobre aquella nueva desgracia. Mi padre se levantó y comenzó á pasear pausadamente por el cuarto; de cuando en cuando me miraba.

—Papá... —dije después de un prolongado silencio.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—¿Está... muy desfigurada?

Mi voz sonó tranquila y sosegada, pero mi corazón palpitaba esperando con ansia la respuesta.

—Naturalmente—replicó mi padre,—como siempre suele suceder á consecuencia de las viruelas. Pero también á veces suelen desaparecer esas señales. Ahora se ven, se conocen mucho; pero seguramente desaparecerán... sí, seguramente.

Me volví hacia la pared, porque me sentía peor después de oir semejantes nuevas.

Una semana después estuve en situación de levantarme, y transcurridas otras dos semanas, volví á ver á Ana por primera vez. ¡Ah! ¡Difícil es decir en lo que se había convertido aquel rostro que fue tan encantador, tan ideal! Cuando la pobre criatura salió de su cuarto, y cuando por primera vez, repito, volví á ver á mi adorable Ana, sentí que me ponía malo; yo, que me había jurado no demostrar sorpresa ni desmayo, me quedé como petrificado. ¡Oh! ¡Qué horriblemente desfigurada estaba!

Cuando me repuse de mi aturdimiento, Ana lloraba desconsoladamente, no tanto por ella como por mí, porque también yo era la sombra de mí mismo.

—¡Y yo soy la culpa de todo!—repetía sollozando.—¡Yo soy la culpa!

—Ana, mi queridísima hermana, no llores: te querré siempre—exclamé, y la cogí una mano y quise llevármela á los labios, como en otro tiempo.

De repente me eché hacia atrás y comencé á temblar: aquellas manos tan blancas, tan mórbidas, tan delicadas, ofrecían ahora un aspecto horrible. Estaban arrugadas, casi repugnantes y cubiertas de negras manchas.

—¡Te querré siempre!—repetí dominándome.

No decía la verdad. Aunque sintiese compasión, profunda compasión y fraternal afecto en mi corazón hacia la infeliz, no era menos cierto que el amor inmenso, apasionado de antes

había desaparecido sin dejar en pos ninguna huella de su existencia.

Me fuí al jardín y llegué hasta el cenador de los lúpulos, en donde Selim y Ana se habían jurado amor recíproco, y allí lloré, lloré amargamente, como por la muerte de una criatura amada. La Ana de un tiempo, en efecto, había muerto para mí, ó, mejor dicho, mi amor había muerto en mi corazón, dejando en él un gran vacío, un profundo dolor, un grato pero desgarrador recuerdo, y de mis ojos brotaban ardientes lágrimas.

Permanecí mucho tiempo sentado en aquel sitio; los árboles se encendían en los rayos del sol poniente de otoño. Me buscaron en la casa; mi padre acudió por fin al jardín y me encontró en el cenador. Me miró y calló un rato, respetando mi dolor.

—¡Pobre hijo!—exclamó después.—Dios te ha probado dolorosamente, pero ten confianza en Él. Él sabe lo que hace.

Puse mi cabeza en su pecho, y así permanecimos unos momentos en silencio.

Por último, mi padre me dijo:

—¿Así, pues, la has amado mucho? Dime una cosa, ¿qué me responderías si te dijese: Ana es tuya, únete con ella para toda la vida? ¿Qué es lo que me responderías?

—Papá, el amor podrá desaparecer, pero no así el sentimiento del deber: aquí me tienes pronto.

Mi padre me besó con ternura.

—¡Que Dios te bendiga! En tu respuesta he reconocido á mi hijo. Pero ese deber no te incumbe; corresponde á Selim.

—Vendrá acaso?

—Llegará de un momento á otro con su padre. El padre de Selim lo sabe todo.

Por la tarde llegó Selim. Cuando vió á Ana, primero se puso encarnado como la grana, después palideció terriblemente. Por un instante se leyó en su rostro la encontrada lucha que estallaba en su pecho entre el corazón y la conciencia.

Veíase harto bien que el niño alado y ciego, el Amor, le había abandonado también á él. Pero el generoso joven se venció á sí mismo, abrió los brazos, cayó de rodillas ante Ana y exclamó:

—¡Ana, querida Ana! Continúo siendo el mismo. No te abandonaré nunca, jamás.

Un torrente de lágrimas corría por el rostro de la pobre muchacha, que rechazó suavemente á Selim.

—No lo creo... no, no creo que todavía se me pueda amar—dijo, y se cubrió el rostro con las manos. Después añadió:—¡Ah, qué buenos, qué buenos son ustedes todos! Yo sola no soy generosa; yo sola tengo la culpa de todo, y grandísima culpa. ¡Pero ya he terminado! Ya no soy yo; me he convertido en otra.

A pesar de la insistencia del viejo Mirsa y de los ruegos de Selim, ella no quiso concederle su mano. La primera borrasca de la vida la había doblegado y marchitado el florido capullo que apenas se había abierto. ¡Pobre muchacha! Después de semejante tempestad tenía ella necesidad de reposo, de un lugar tranquilo, en donde su corazón y su conciencia pudiesen recobrar la paz perdida.

Y encontró ese lugar de reposo.

Se hizo Hermana de la Caridad.

***

En seguida, en un momento terrible, la perdí por largo tiempo de vista. Transcurridos algunos años, sin embargo, la volví á ver inesperadamente. En sus angélicas facciones se traslucía la paz y el reposo; las huellas de la terrible enfermedad habían desaparecido por completo; con su hábito azul obscuro, con su toca blanca de anchas alas, estaba más bella que antes, é irradiaba de ella la celestial belleza que no es de este mundo.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

FIN

INHUMACIÓN Y CREMACIÓN

Entiéndase bien mi pensamiento y mi propósito. No trato de hacer la crítica rigurosamente científica de las mortuorias ciudades de la humanidad ni sacar el significado de su evolución, sino determinar sólo de un modo preciso la diversidad de sus formas. Toda idea religiosa merece veneración, y más en esos sitios; todo sentimiento de carácter extraterreno está á cubierto por sí mismo de las blasfemias de la impiedad. Aparece aquí, en su más elevado sentido, el respeto á la muerte; y la generalidad de los antropólogos encuentran en tal rasgo una de las principales excelencias que aseguran al hombre la inmensa preponderancia que sobre todos los seres vivos tiene. Algunos, sin embargo, no se han aventurado á admitir esta conclusión sin un previo examen de las costumbres del reino animal, en cuyas profundidades psicológicas y en cuyos instintos elevados pretende hoy buscarse el principio de las facultades más nobles de la humana especie. Ya Plinio, en su *Historia Natural*, nos presenta á las hormigas del Sur de Europa enterrando sus muertos; y si muchos consideraron entonces el aserto como una solemne fábula, hoy nos relatan hechos semejantes naturalistas que no tienen fama de superficiales ni son propicios á dejarse seducir por leyendas científicas, como Mac-Cook, Hutton, White, Lubbock y otros. Respecto á las abejas, Büchner, en su *Geistesleben der tiere*, 254, asegura que no sólo depositan á cierta distancia los cadáveres de sus compañeras, sino que en ciertas ocasiones llegan á ente-

rrarlos (1). Estas interesantes observaciones, que modifican nuestras mezquinas y vanidosas ideas añejas y ensanchan nuestros estudios del mundo natural, requieren pruebas bien fundadas y ulteriores corroboraciones para tomar un sello de severidad y aceptación que aún no es posible concederles. Como, por otra parte, en el restante orden de las costumbres animales no encontramos caso alguno análogo, una apreciación imparcial, fundada á la vez en los hechos y en los principios de la crítica contemporánea, manda proclamar como un signo de distinción del hombre respecto á los brutos el significado y el alcance de las prácticas funerarias.

Mas aunque estas prácticas deben calificarse de humanas y espirituales en la rigurosa acepción de la palabra, todavía conviene á mi propósito mostrar cuán poco progreso y cuán poco adelanto se nota en ellas y qué vinculadas están en todas las

(1) «Cuando un enemigo poco temible se introduce en una colmena, las primeras centinelas que lo perciben le hieren con su aguijón, y en un momento arrojan el cadáver fuera de la morada común. El trabajo no es de modo alguno interrumpido. Mas no sucede lo mismo si el agresor es una fuerte y terrible babosa. Una agitación general se apodera de los trabajadores; cada uno apresta sus armas, rodean al invasor y le hieren con sus dardos. Atacado con furia, herido por todos lados, envenenado, el animal muere en medio de violentas contorsiones. Pero ¿qué hacer de tan pesado enemigo? Las pequeñas patas de toda la tribu no bastarían para arrojar el cadáver, ni la estrecha puerta de la colmena para dejarlo pasar. Sus exhalaciones pútridas van, sin embargo, muy pronto á infestar la colonia y á desarrollar el germen de alguna enfermedad. ¿Cómo salir de este embarazo? La república acuerda y toma una pronta resolución. Cual si conocieran á fondo el arte del antiguo Egipto, del mismo modo que bajo los Faraones se embalsamaban los cadáveres de los animales, ya con un fin religioso, ya para preservarse de sus emanaciones pestilentes, todas las abejas se ponen inmediatamente en movimiento y embalsaman el muerto cuya presencia les amenaza. A este efecto se dispersan los obreros por el campo para recoger la materia resinosa que contienen los gajos de los árboles, y que reemplaza en su industria natural á las esencias y á los áloes de los sepultureros de la Tebaida. Con esta substancia envuelven las abejas estrechamente al muerto, cubriendo á la vez su cuerpo de una capa espesa y sólida que les preserva de la putrefacción.» (Pouchet, *L'Univers*, 137.)

esferas de la sociedad y en todas las épocas de la historia. Efectivamente, hasta en la célebre y antiquísima caverna de Aurignac atestigua la prehistoria la existencia de vestigios real y verdaderamente funerarios. Encontróse en esa caverna un cadáver tendido á la entrada de una especie de nicho, con una piedra al lado para cubrir el hueco, y rodeado de las armas que sin duda usó en vida. Los antropólogos imparciales ven en estos detalles la prueba del respeto á los muertos, cuyos despojos se evitaba entregar á la voracidad de los buitres y de las fieras, y aun cierta idea de la inmortalidad del alma. Meunier (1) es más detallado: á su juicio, cuando la población acampada en Aurignac perdía á alguno de sus miembros, depositábase el cuerpo en el espacioso hogar, introduciendo también con él restos de algunos animales; celebrábase en seguida en presencia del muerto una comida fúnebre, y después, cerrada la cueva, abandonábase á los carnívoros errantes los restos del festín.

En el período prehistórico denominado *mesolítico* (2) notamos una variación interesante en el modo de hacer los enterramientos, y es la de colocar el difunto encima de rescoldo y sobre piedra. ¿Qué tiene de extraño suponer que se admitiese ya, siquiera fuese como una presunción, la realidad de otro mundo, y se procurase al viajero de la eternidad el símbolo del calor para que no sufriese frío en su largo camino? Siempre que se analizan aquellas costumbres hasta descifrar su significación, ésta se reduce á confirmar en un caso concreto la gran veneración en que tuvieron desde muy antiguo los hombres á los muertos y á la memoria de sus mayores. Y la última de las grandes manifestaciones de la edad de piedra, á saber, la época de los *monumentos megalíticos*, nos descubre y anuncia (no temo decirlo) una sociedad tan piadosa y adelantada

(1) *Histoire de l'homme fossile*, III, 1.

(2) Véase á Lyell, *The geological evidence of the antiquity of man*, 105, 374.

en este punto como la de los caldeos y aun como la de los hebreos.

Con los siglos, las ideas de muerte é inmortalidad hicieron visibles progresos en la especie humana. Así, en el tiempo de los metales vemos puesta en práctica la *incineración* de los cuerpos muertos y otras costumbres fúnebres que Boucher de Perthes ha juzgado del siguiente modo en sus *Antiquités celtiques et antediluviennes*, I, 41: «Esos amuletos que deben seguir á la tumba á sus propietarios, y aun más allá si esto es posible, prueban que en todos tiempos han querido los hombres vivir después de su muerte. En esos objetos de ultratumba, en esos restos de edades, en esos productos, por rústicos é imperfectos que parezcan, no hay nada que desdeñar ni nada que despreciar. Ultimos testimonios de la juventud del hombre y de sus primeros pasos sobre la tierra, ofrecen probablemente todo lo que queda de esas naciones que no levantaron ni columnas ni monumentos. Aquí, en estos pobres utensilios, está toda su historia, toda su religión; está su lengua, á la vez vulgar y sagrada, y en estos raros y groseros jeroglíficos es donde debe evocarse su existencia y la revelación de sus costumbres».

El cristianismo, que es el último y más elevado término de las transformaciones religiosas, dió al cementerio un sentido místico y sublime con su doctrina de la resurrección de los cuerpos. Purgó esos lugares santos de supersticiones y los presentó como *última linea rerum* y vivo testimonio de confusión perpetua para el hombre carnal y vano. Por esto mismo, sin embargo, exageró en demasía su aspecto terrorífico y pavoroso. El cementerio cristiano carece todavía de aquella frescura inmarcesible que debiera tener para los que admitimos una existencia personal después de la muerte y un mundo de felicidad superior al terreno. Sobre todo, el cementerio claustral es triste hasta el horror. Seducido por las brillantes descripciones de los claustros inmaculados y de los cementerios de la patria y de la paz que había visto en *Les mystères de la vie*

future (1), de monseñor Besson, visité un día cierto convento de nuestra patria en que aún se conserva en todo su vigor el terrorismo medioeval. Ávido de identificarme en aquel paraje de muerte con los grandes ideales del misticismo legendario, quise buscar en aquellas ruinas algo que conmoviese mi corazón ó mi imaginación, pero no lo encontré. Su *patio de los finados*, su huerto tétrico como la fosa del olvido, no se asemejaba en nada á aquel austero recinto de la cartuja de que habla monseñor Besson, á aquellos humildes panteones donde los hermanos descansan al lado de los hermanos, á la sombra de la cruz, sin emblemas ni epitafios. Una aridez espantosa parecía cernirse sobre las solitarias tumbas, respondiendo á la monotonía del lugar. ¡Terrible expresión del silencio eterno, de la eterna quietud, detrás de la cual sólo queda la negra sombra de la nada! La noche natural tiene estrellas; aquella noche sepulcral era toda lobreguez, toda reposo, toda sueño. Allí yacían cuerpos que á fuerza de maceraciones habían perdido el sentido de la vida; allí estaba la carne maldita, despreciada y reprobada por el espíritu que la abandonó. No, pensé, no tiene razón monseñor Besson. La idea de la belleza y de la veneración estética de los cementerios fue preparada por el catolicismo, que los santificó; pero se hallaba reservado al revolucionario Chaumette completar su trascendencia haciendo plantar en esos sitios fúnebres flores agradables á la vista y que esparcían aromas deliciosos.

Reconozco, sin embargo, que nuestra concepción científica de los cementerios es inferior á la concepción poética de los antiguos. A la verdad, nuestros túmulos y nuestros panteones son pálidas imágenes de la muerte y de la inmortalidad al lado de los *dólmenes* ó de los *cromlesch* de los galos. Y el contraste es todavía mayor cuando los comparamos con aquellos gigantescos monumentos del Egipto, en los que parece que se quiere hacer visible la eternidad. El galo quemaba las cartas

(1) 185 y siguientes.

que el muerto debía leer ó llevar á los demás muertos; el egipcio, en cambio, encerraba en cada ataúd un ejemplar del *Ritual funerario* para que el difunto, al ser conducido por *Horus* al Tribunal de *Osiris*, pudiera defender su causa y alcanzar la beatitud eterna en los campos de *Aalu*, regados por las aguas del Nilo celestial. Los vientos de la secularización han talado poco á poco esos bosques que la rica imaginación de los primitivos pueblos llenaba de patriarcales tradiciones y de fantasmas bíblicos; pero hoy, como antes, todo concurre para adornar las sepulturas y conservar lo más posible los cadáveres. No se alarmen, pues, los lectores escrupulosos, ni crean que voy á sustentar una tesis inhumana. El hombre de ciencia que piensa honrar la civilización moderna anatematizando sectariamente el antiguo sistema de cementerios, la deshonra á mis ojos. Porque, al fin, cementerio, ¿qué es? ciudad de muertos. Y una tal ciudadanía abarca en su espantosa universalidad á los mortales todos. En el cementerio descansan los restos de personas que nos son queridas; allí reposarán también nuestros pobres huesos. En tal sentido, el cementerio es teórica y espiritualmente necesario, y todas las prácticas que en ese concepto cabe deducir de su necesidad subsisten, son inviolables. Todo muerto tiene derecho á la veneración, no sólo de sus allegados, sino de todos sus semejantes, que están en el deber de darle culto después de que deje la vida y perpetuar por semejante medio su recuerdo. Hay en los muertos cierta influencia oculta que, pesando eternamente sobre los vivos, les obliga, no sólo á la materialidad de sepultarles, sino al cuidado de honrarles y enaltecer lo bueno que hicieron en el mundo, enterrando en la fosa del olvido sus inconveniencias y desmanes. El cementerio es todavía para nuestro escéptico siglo lo que para los antiguos galos y para los antiguos egipcios, sólo que carece de símbolos tan visibles y es más mística y más ideal en el fondo su significación. Así se explica la indestructible respetabilidad que le rodea.

Poner la mano en estas cosas para desnaturalizarlas, sería,

por lo tanto, luchar contra la corriente y oponerse al espíritu público y á la conciencia del siglo. Nadie, en verdad, piensa hoy en negar á los muertos, en nombre de las exigencias de la civilización, la paz, el respeto sagrado y el hoyo de tierra que se les debe. A ello nos encontramos tanto más propicios, cuanto que nos hallamos acostumbrados á creer que el entusiasmo con que se honra la memoria de los muertos es un rasgo vinculado en la humanidad, sin distinciones de lugar y de tiempo. Exceptuando ciertas tribus nómadas y ambulantes que abandonaban los cadáveres á la voracidad de las bestias (1), en todas las edades y en todos los países observamos prácticas de inhumación más ó menos perfectas. El asirio lanzaba sus difuntos á la corriente de los ríos; el egipcio los inhumaba en parajes *ad hoc*, alejados buen trecho de las poblaciones; el romano los quemaba á fuego lento en público; el griego los llevaba también á la pira, recogiendo en urnas sus cenizas mientras bailaba el pueblo. ¡Siempre tendencia conservadora, ilusiones conservadoras, expresión de anhelo conservador! Aunque esto pruebe lo dignos que son de veneración los restos de toda persona que deja la vida, el sentimiento contrario, cuando indica la última voluntad del individuo, puede revestirse de bellas formas en un grande hombre. Bentham, legando su cadáver á un anfiteatro anatómico para ser útil aun después de muerto, sólo á los ojos de la estupidez timorata pudo cometer un acto antinatural y antihumano. Los que saben comprender reconocerán que hay cierta majestad en que el gran sostenedor inglés del utilitarismo social haya dado la prueba del poder sereno de su pensamiento sobre los achaques de la Naturaleza, manifestando á la hora de la muerte toda la influencia que su filosofía utilitaria ejerció en los ideales de su vida más íntima. De igual modo, no hay en rigor por qué ho-

(1) A título de curiosidad, doy aquí mención de los pueblos salvajes que entierran sus muertos en las cavidades de los árboles, hecho observado por primera vez por el célebre viajero Chaillu en los *Obongo*, raza enana del África ecuatorial.

rrorizarse ante la idea de que se pudiera generalizar, bien que bajo otra forma más higiénica y científica, el deseo manifestado por el filósofo griego Demonax, quien á la edad de cien años, preguntado de qué modo quería que le enterrasen, contestó: *No os cuidéis de eso; el cadáver se hará enterrar por su mal olor. —Pero,* le dijeron sus amigos, *¿quieres convertirte en pasto de los perros y de las aves?—¿Por qué no?*, replicó él. *He hecho cuanto he podido por servir á los hombres durante mi vida; ¿por qué no he de dar algo también á los animales después de mi muerte?* Büchner (1) cita este caso, y hace la siguiente observación: «La humanidad actual no es, ciertamente, capaz de elevarse á tanta altura. Encuentra superior á eso enterrar con gran solemnidad sus miserables cuerpos fallecidos, para conservarlos mucho tiempo ó guardarlos con toda religiosidad en suntuosos sepulcros, con anillos colocados en los dedos, en vez de devolver á la Naturaleza lo que de ella hemos recibido, y que no nos es posible, en definitiva, negarle». Los que encierran en panteones de resplandecientes mármoles y delicada escultura seres infectos á quienes sólo espera la podredumbre total y la dispersión inexorable; los que se postran ante la muerte y la miseria humana rodeadas de blancos túmulos, hacen lo que los viajeros que admiran aquellos frutos que nacen en las riberas del Mar Muerto, y que son hermosos por fuera y en su interior polvo y ceniza; lo que los exploradores que se pasman ante la emoción que les producen viejos árboles seculares que en realidad no tienen más que la corteza, y sólo esperan el golpe del leñador ó el ataque del rayo para pulverizarse; lo que aquel pobre monarca que todavía se veía sentado en el trono un mes después de su muerte, disimulando bajo los esplendores ficticios de la pompa exterior los estragos de la descomposición que le minaba y disgregaba por dentro.

Interésanos todavía saber cómo juzga la ciencia moderna el problema de la continuación de los cementerios perpetuos

(1) *Kraft und stoff*, V. El hecho está tomado de Hufeland, que á su vez lo tomó de Luciano, *Demonax*, I.

desde el punto de vista de la utilidad agraria y pública. Conocida es la insinuante frase de Liebig en sus *Chemische Briefe*, 674: «La única pérdida real que con nuestras costumbres no podemos evitar, es la de los fosfatos que los hombres llevan á sus tumbas con sus huesos». Moleschott, en su *Kreislauf der lebens*, XX, opone á lo dicho por Liebig que las costumbres, como reflejo de los conocimientos, son esencialmente progresivas, y que dependiendo del grado de ilustración, deben modificarse lenta y gradualmente. Es, en efecto, lástima que no se generalice en la ciencia el modo contrario de pensar, porque ahorraría mucho trabajo á los sabios. Para un moderno, es obvio que el pudor de la mujer y las consideraciones á que le estamos obligados, son todos los escrúpulos que se han opuesto al estudio de los fenómenos de la generación humana, base de tanta concepción nueva sobre el principio vital; de modo que, de haber seguido en ese punto el parecer de los hombres castos y religiosos, estaríamos hoy á oscuras en lo concerniente á las principales leyes fisiológicas y atenidos á hechos sobre cuya veracidad habría que reducirse á lo que nos informasen las mujeres, «poco sinceras siempre sobre este artículo», como en su *Venus phisyque* notaba Maupertuis. Lo mismo, poco más ó menos, sucedió con las autopsias, que sólo merced al adelanto de las ideas se han llegado á considerar como cosa corriente y legítima.

Oesterlen (1) fue, si no me equivoco, el primer sabio que en serio propuso la anulación de los cementerios. Bastaba, á su juicio, cambiar el lugar de enterramiento cada año, para al cabo de seis ó diez convertir los terrenos más estériles en campos fecundos. Entregando á los suelos el amoníaco, los álcalis, el ácido fosfórico, las sales de potasa y los demás elementos que miserablemente acumulamos en lugares donde sólo son útiles á los gusanos y á la hierba, conseguiríamos que todos

(1) En su *Handbuch der hygiene für den einzelnen wie für eine bevölkerung*, 573.

esos principios histógenos de que tanto se aprovechan los vegetales alimenticios, y que son tan esenciales al cuerpo humano y animal, nos evitasen los enormes gastos que para el aumento de fertilidad hacemos anualmente. Lo que se dice del lugar es aplicable á las otras condiciones y circunstancias de que nos hace esclavos la costumbre de los cementerios perpetuos. No habría hombre que tuviese el egoísmo de desear conservar en el sepulcro su fosfato de cal ó su fosfato de magnesia, si se le advirtiese que por falta de esa «tierra de los huesos» y de esa «tierra de los músculos» pudieran sus descendientes perecer de hambre. Una idea análoga fue ilustrada por Thiers (1) en un caso especial. Durante el sitio de París por Enrique IV, la miseria obligó á los sitiados á hacer pan, sin otra preparación, con los huesos de los muertos. Comprendiendo que los centros benéficos y las corporaciones útiles perpetúan mejor el recuerdo de los grandes hombres que las estatuas de bronce ó mármol, no hay que esforzarse mucho para reconocer, por lo que al común de las gentes hace, que al encerrar los cuerpos en fosas y panteones, sin provecho para nadie, han dado justo motivo á que con razón se les compare con el estúpido labriego que entierra su tesoro en lugar de someterle á la corriente capitalista para conseguir un interés. Tal es la principal consecuencia práctica del gran principio de la circulación de la materia.

Viniendo ahora al terreno de las condiciones higiénicas, hallamos también bastantes motivos de censura y reforma. Los emperadores romanos habían ya prohibido el enterramiento en las casas y aun en las ciudades á los mismos patricios, así como, al contrario, debe tenerse por una prueba de la ignorancia y del fanatismo religioso de la Edad Media el que, después de Constantino, se permitiese á los magnates y á los grandes hombres ser sepultados en sus viviendas. Las creencias, el celo religioso mal entendido y el afán de identi-

(1) *Rèsumé de l'histoire de France*, XXIX.

ficación con lo santo, hizo extensivas aquellas medidas á otra porción de clases y corporaciones. Las Órdenes religiosas, sobre todo, fueron en aquellos tiempos infelices las patrias de los privilegios; cada una de ellas tenía sus santos, sus modelos, sus fundadores, para quienes se recabó á todo trance el honor de los mártires de ser enterrados en los templos. En vano protestaba el elocuente resultado de los miasmas producidos; en vano escritores como Haller, Haguenot y Ramazzini se convirtieron en estadistas de las desgracias que sobrevinieron. ¡No importaba! Era imposible contener determinadas corrientes. El gobierno, débil para oponerse á ello, transigía con todo, por temor á los anatemas eclesiásticos. En su *Higiene pública*, I, 111, Monlau se quejaba del mefitismo de las sepulturas en la parroquia de Santa Cruz (Madrid), cosa nada extraña, cuando los cadáveres estaban tan someros que apenas tenían una cuarta de tierra encima, según se vió en 1763 al tiempo de reparar la iglesia por el incendio que padeció aquel año. Y no fue este caso el primero ni el único. Sin hablar de Málaga, tierra clásica de las enfermedades mefítico-cadavéricas, por confesión del obispo de aquella diócesis, Sr. Molina, produjose en 1785 una verdadera epidemia de ese género en Yébenes, San Juan y pueblos vecinos del Gran Priorato de Castilla. En 1780 se desarrolló tal pestilencia en la villa del Pasaje, que ascendió el número de atacados á 127 y el de muertos á 80. ¡Júzguese el hedor de la descomposición de tanta carne, de la grasa que herviría entre los intersticios de las sepulturas que reventaban! También en 1783 hubo que renunciar á celebrar en la iglesia de San Sebastián de Madrid el santo sacrificio de la misa, por haber *estallado*, valga la frase, el sepulcro del arquitecto D. Juan Durán. ¡Y esto, cabalmente cuando la Real Academia de la Historia daba su magnífico informe acerca de las sepulturas, tendiendo á destruir la gran superstición de los enterramientos privados!

Sobre los peligros de las exhumaciones y de las inhumaciones murales, apenas si hay necesidad de hablar. Recuér-

dese el famoso caso ocurrido en el cementerio de los Inocentes, de París, la abertura de cuyos nichos produjo la muerte instantánea de los obreros que la intentaron. Londe (1) refiere que el romper casualmente un féretro, después de seis semanas de enterrado, causó en Dijón graves enfermedades á 114 personas, de 120 que se hallaban cerca, ocasionando la muerte á 18 de ellas. Marín dice que en una iglesia donde se removieron todos los cadáveres que estaban enterrados, enfermaron gravemente los niños que fueron á aquélla á las conferencias de la doctrina. Cuenta también que en una villa próxima á Nantes, al colocar un cadáver en un paraje en que se habían removido muchas sepulturas, se esparció por todo el templo un olor insoportable: los trabajadores que removieron los ataúdes, los sacerdotes que presenciaron el acto fúnebre y muchos asistentes, pagaron unos con la vida y otros con graves enfermedades su impremeditación. ¡Aquí del *horno incineratorio* que ahora está empezando á propagarse entre nosotros, aunque muy extendido ya en otros países!

Si de los cementerios comunes se trata, los que conceden á la inhumación una perpetuidad legítima aducen en su favor el testimonio de Tourcroy, á quien secundan otros sabios. Según la afirmación de Robinet, es muy fácil decir y repetir por todas partes que los cementerios constituyen un foco de emanaciones peligrosas, pero las aserciones no son pruebas. «Se han confundido muy á menudo, escribe también Bouchardat, las atmósferas confinadas de las bóvedas mortuorias con los desprendimientos gaseosos que pueden mezclarse en el aire libre de los cementerios. Si se quieren formular reglas rigurosas, es preciso distinguir con cuidado ambas condiciones.»

¿Es esto verdad? Rotundamente niéganlo médicos de imparcialidad notoria, y que en la hora presente marcan por su saber el derrotero de los espíritus cultos. Me sería fácil multiplicar las citas; pero una sola basta si es buena. El lector no

(1) *Elementos de higiene*, II, 249.

creo que sospeche del doctor Marín, que escribe en su *Higiene rural,* VI: «Cuando un cementerio está saturado, es decir, impregnado ya de sustancias orgánicas por el gran número de cadáveres que ha transformado, se hace impropio para nuevas transformaciones, tarda mucho más en descomponer los cuerpos, y en rigor debe inhabilitarse, haciendo plantaciones y no tocando para nada dicho lugar durante un período de tiempo que, en mi opinión, puede ser de diez años, desde la clausura de los cementerios». A pesar de ello, persistimos en venerarlos, con riesgo de la salud pública y de cuanto se halla á su alrededor, y protestamos contra la idea de suprimirlos y declararlos inservibles. Echando al viento el consejo de Solon (1), se llega á realizar casi la confusión de los vivos con los muertos. Cuando ya no es posible evitar la supresión por la aproximación de los cementerios á las viviendas, se pone todo empeño en aceptar la medida como un mal necesario y como un caso concreto, y en acentuar con energía la conveniencia de su continuación en los parajes en que no se ha presentado la necesidad de una abolición perentoria. ¿Qué demuestra esto? La más lamentable falta de sentido higiénico.

Debemos, pues, desechar la preocupación añeja de que haya que conservar los cementerios como prueba de respeto á los difuntos y recurso de tanto valor como difícilmente pueda encontrarse otro que lo supere. El recurso está hallado: está en la *petrificación* artificial de los cadáveres inventada por el sabio Comi, cuya exposición se reprodujo en los principales periódicos del mundo, como todo el público recuerda. Esa invención deberá irse perfeccionando y acabando á medida que el conocimiento de sus ventajas penetre más igual y más continuamente la humanidad. El procedimiento es sencillo. Combínanse y pónense á hervir deutocloruro de mercurio y aceite

(1) Sabido es que él fue quien renovó en Grecia la ley que prohibía las sepulturas en Atenas, memorable disposición á que sólo se mostró refractaria la intolerante Esparta.

de linaza hasta que adquieran la densidad y las propiedades de la pasta. En este semilíquido es donde hay que sumergir los cadáveres que desean conservarse intactos. La inmersión ha de ser algo prolongada. Una vez concluída, el cuerpo será el mismo, pero sus propiedades habrán variado notablemente. Debe secársele con cuidado, sometérsele á un pulimento de ágata, cubrir con cemento sus huecos, y si se desea que no pierda el atractivo de los ojos abiertos, colocarle unos de esmalte. La familia conservaría sus seres queridos en calidad de estatuas; los pueblos perpetuarían los individuos sin detrimento de la salud pública; el cadáver digno de veneración por su naturaleza y la religión impregnada de inmortalidad por sí misma, vendrían en cierto sentido á reconciliarse, y Dios podría ser glorificado en sus criaturas.

El otro procedimiento de que hablaba poco ha, llamado *crematorio* ó incineratorio, paréceme mucho más importante. Buena prueba de ello es la egregia falange de sabios y peritos que hoy se ocupan en perfeccionarlo y vulgarizarlo, á despecho de todas las oposiciones timoratas y de todas las tradiciones piadosas. Entre otros, Arnould (1) es uno de los representantes de esa tendencia. «Convencido el público, dice Arnould, los higienistas serán los primeros en dar el ejemplo». Arnould deplora, con harta razón, que el primer incinerado voluntario haya sido un indio, el rajah Muharaja de Kelapore (Florencia, 1869). Quizá reconozcan los lectores en esta lamentación del sabio higienista cierto dejo de fe cristiana, acompañado de un vivísimo deseo de conciliar esta fe con los progresos é invenciones de la ciencia. Si así fuese, conste que aciertan. Y debo añadir que esa es la aspiración de los más eminentes médicos. Parece también que los miembros inteligentes del clero siguen la misma conducta en las naciones adelantadas, como lo demuestra el testimonio del citado Arnould, cuando escribe: «La cremación del caballero Kellier en el templo inci-

(1) *Eléments d'higiene*, I, II.

neratorio que él propio hizo construir el 22 de Enero de 1876, en Milán, produjo la fundación de la sociedad crematoria. Ningún ministro del culto católico ni del protestante ha presentado dificultad alguna en conducir los muertos al templo incineratorio, como si se tratase de simple inhumación. Hay más: los obispos de Italia comprenden la ventaja de un método que, sin perjudicar la salud pública, les permitirá, como en otro tiempo, conservar sus restos en las catedrales».

Es tan interesante y de tanta aplicación la práctica crematoria en nuestros días, tantos los problemas á ella íntimamente enlazados, y tan significativo el apasionamiento con que se examinan y resuelven, que un trabajo de este género resulta demasiado breve para que en él puedan campear los innumerables datos que recoge y acumula la incansable ciencia moderna. Pero la atención está puesta con preferencia en el aspecto judicial del asunto, acerca de lo cual nota Vallín (1) que las sociedades crematorias sólo acceden á los deseos de las familias cuando el médico de cabecera ha certificado con todas las condiciones reglamentarias que la muerte ha sido perfectamente natural y no ha lugar á sospechas siniestras. A esto se añaden los competentes permisos de la autoridad vigente, del oficial de estado y del prefecto. Tales son los requisitos exigidos para estos casos, y toda cremación bien practicada los debe reunir infaliblemente, porque con ella desaparece del cadáver todo rastro de violencia ó de veneno vegetal. Por lo demás, las autoridades judiciales pueden tener muchísimas razones para poner en juego las investigaciones de la medicina legal *post mortem*, y nadie, excepto las mismas autoridades judiciales, están llamadas á discutir ese derecho.

Fehacientes trabajos emprendidos y seguidos con tanta paciencia como sagacidad por Riaut (2), por Martín (3), por

(1) *Une sèance de cremation à Milan*, 11.
(2) *De la cremation*, I, 1.
(3) *Les cimetières et la cremation*, II, 1.

Pietra-Santa (1), por Kopp (2), por Fleck (3), por Schuchardt (4), por Keischensteiner (5), por Küchenmeister (6), han contribuído á difundir en la atmósfera de la cultura moderna un marcadísimo desdén hacia los antiguos procedimientos de inhumación. La cultura misma está trabajada por el espíritu del siglo, y las poblaciones más importantes se empiezan á separar definitivamente de las viejas costumbres funerarias. Ya se ha notado que los pueblos nómadas, por oposición á los sedentarios, han repugnado casi siempre á enterrar sus muertos junto á sus habitaciones y tendido en general á conservarlos en forma de cenizas. Pues bien: nuestra sociedad, por efecto del vertiginoso movimiento civilizador que la arrastra y envuelve, se ha vuelto algo nómada en sentido cosmopolita, precipitándose todo de tal manera en ella, que los mortales ya no vivimos sino andando, distraídos sin cesar por nuevas y no interrumpidas variaciones. Una época en que tal tendencia domina, sólo puede encontrar en la cremación la más completa expresión de sus ideales terrenos, y abominar naturalmente, como del caso más horrible, de una putrefacción asquerosa, cual es la que trae consigo la inhumación ordinaria.

Es forzoso conceder á los retrógrados que los métodos de incineración usados por los antiguos griegos y romanos eran á la vez incómodos é insalubres, representando en tal sentido un progreso la energía con que la Iglesia cristiana repudió

(1) *De la cremation en France et à l'etranger*, II.

(2) *Leichenbeerdigung und leichenverbrennung*, II.

(3) *Beitrag zur Beantwortung der Frage von der Leichenverbrennung*, 2, 7.

(4) *Die Feuerbestattug in Gotha*, 3, 5, 11.

(5) *Gutachten über die Einführung der facultativen Leichenverbrennung in Auftrage der Münchener Gesundheitsrathes*, 4, 9.

(6) *Die Feuerbestattung ist bei der Unmöglichket der mumificirung der leichen unter allen zur Zeit noch ausführbaren Bestattungsanten die beste Sanitätspolizei des Bodens und der sicherste Cordon gegen epidemicen*, II, IV.

prácticas semejantes. Por eso se ha concluído de un modo incompleto que los procedimientos crematorios modernos repugnan también á la naturaleza humana. Pero no sólo son ya aplicables en condiciones que no hieran los sentimientos naturales, sino que *es esencial en ellos ir rodeados de las ceremonias del culto, especialmente del culto católico.* Así lo ha declarado el mencionado Arnould.

Para impedir, por otra parte, la mezcla de las cenizas humanas con las del combustible empleado, y evitar que sus efectos trasciendan á la atmósfera bajo la forma de mal olor ó gases perjudiciales, basta aplicar el procedimiento en las condiciones adecuadas; mientras que la inhumación, por muchas que sean las precauciones con que se lleve á cabo, interesa siempre al agua, al suelo y al aire (1). Fijándose en estas tres influencias ó en estos tres medios de transmisión mefítico-cadavérica, podría inferirse que el agua transporta con suma facilidad los alcaloides y los gérmenes pútridos cuando la reducción del muerto (diversa en duración según la consistencia del féretro) se verifica con rapidez. Podría también inferirse de dichas influencias, examinando el segundo agente, que esa conducción de moléculas en descomposición es poderosísima en el suelo, que se inficiona en breve plazo, ya sencillamente, ya con circunstancias calificativas (miasmas tíficos, coléricos, etc.), si no se neutraliza el contagio mediante obstáculos intencionales y concienzudamente combinados, que difícilmente se encuentran en la generalidad de las inhumaciones. Con todo, estos inconvenientes no parece tenerlos el aire. Bouchardat, según vimos más arriba, invoca á favor de esta tesis la distinción de las formaciones emanatorias en los recintos abovedados y el verdadero cambio gaseoso entre el cadáver y la atmósfera, y Marín mismo concede que el proceso del saturamiento de los lugares inhumadores puede variar entre diez y treinta

(1) Léase á Chicote, *La destrucción de las inmundicias urbanas por el fuego en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Bélgica y Alemania*, III, IV.

años, dato que sustituye al fijado por Monlau. Pero sabido es que este respetable investigador y sus discípulos, graves é ingeniosos, no ignoran que el mal resultado en este punto no depende del proceso cronológico, sino del proceso fermentativo, que á veces no pasa de cinco años. Verdad es que las fuerzas disolventes que combaten el cadáver no ejercen su influencia ínterin éste se halla por inhumar sujeto á la acción de los antisépticos, bastando para desbaratar su propagación llenar todas las condiciones exigidas por la experiencia higiénica; pero ¿cuántos cementerios hay que las reúnan? ¿cuántos que puedan reunirlas? Los prácticos en el asunto no desconocen estas deficiencias, provocadoras de ese método crematorio que la sociedad aceptará y que hoy cuenta con el sufragio de hombres distinguidos en todos los ramos del saber humano (1).

Claramente se confirman estas enseñanzas de la experiencia con las enseñanzas de la filosofía (2). Puede suceder que el investigador puramente empírico sea un espíritu preocupado al que haga hablar la exaltación en el sentido de sus propias opiniones y prejuicios, por lo que cuando Arnould dice que «nada de sistemas filosóficos, se trata de higiene y nada más»,

---

(1) Además de los ya citados en el transcurso de este escrito, admiten la legitimidad de la práctica crematoria: Reclam, Keller, Layet, Levy, Corral, Díaz de la Quintana, Fragoso, Hubert-Boëns, Hauser, Lambert, Olmedilla, Monin, etc. Pero nadie ha superado en este punto á Finot en su *Filosofía de la longevidad*.

(2) No falta quien desde el punto de vista filosófico haya creído encontrar cierta relación entre la inhumación ó la cremación (como medios destructores de los últimos esfuerzos de la vida en la muerte) y la negación hecha por Vogt de aquella ley de Leibnitz, según la cual la Naturaleza trata de realizar cada una de sus formaciones vitales con la mayor economía posible, con el menor gasto de fuerzas imaginarias. Stapfer, por ejemplo, asegura bajo su palabra que si la incineración de los cadáveres ó su descomposición no nos desembarazase de un modo en cierto sentido artificial del «pueblo de los muertos», éstos lo serían ya en tal número, que los vivos, obligados á cederles su puesto, habrían desaparecido del planeta. Ingeniosas y curiosísimas ideas trae sobre el particular en su *Filosofía de la longevidad* el sabio Finot.

no habrá hombre discreto que no asienta á tales principios. Pero ¿acaso la filosofía no corrobora la excelencia de la práctica crematoria, profundizando, al menos de una manera oscura, todos los horrores que encierra la idea de putrefacción? Ah, no es en la cátedra ni en el libro donde debe discutirse con los apologistas de las inhumaciones tradicionales, sino *sobre el terreno*, sobre la tierra enlodada y húmeda por el pus de la corrupción cadavérica. Decían los epicúreos que nada había para el hombre más halagüeño y dulce que el espectáculo de un semejante sumido en la miseria ó en la desgracia, no porque uno se complazca con el mal de otro, sino por lo consoladora que es la idea de un mal que no se experimenta, á pesar de sernos accesible por la comunidad de naturaleza con los demás. No sé hasta qué punto entendieron y hasta qué extremo llevarían los epicúreos esta barbarie de la felicidad del egoísmo cualificada; pero no puedo prohibirme tomar por mi cuenta su consideración, tan extendida desgraciadamente merced al endurecimiento del corazón humano, y considerarla inaplicable al hecho tan concreto como universal de la putrefacción, ante el que la humanidad entera cierra los ojos espantada. Yo quisiera que los defensores de la inhumación viniesen conmigo á reconocer la cuchilla invisible con que la Naturaleza divide al que fue antes un sér activo y razonador en pedazos de su organismo miserable, esa división que ha inspirado el hermoso cantar alemán *Er war ein Stück von mir* (1). Yo quisiera que viniesen á sorprender, á la luz de la ciencia y á la luz del sentimiento, cómo el oxígeno, que afluyó á aquel pecho é invadió como un Leteo todo aquel sér, lo destruye y arruina, devolviendo el polvo al polvo; cómo los microbios voraces acometen por sus flancos los humanos despojos, royéndolos y atormentándolos órgano por órgano, tejido por tejido y célula por célula; cómo las inmundicias más repugnantes de la materia viviente se concitan y aúnan para

(1) En español: *Es un pedazo de mí mismo.*

consumir en atroz banquete los miembros todos del infeliz cadáver. Volved los ojos á espectáculos tan horrendos, y quienquiera que seáis, hombres de corazón, no podréis menos de estremeceros ante la sepultura y la putrefacción, esas dos páginas negras del libro de universal animación, de eterna vida. El cadáver, con su restitución material tan significativa, es para la observación filosófica, por un lado, la visible y sorprendente señal de la inmortalidad; pero por otro, y es lo más directo, el símbolo de nuestra impotencia. Es el hombre sin poder y sin amor, con un profundo desprecio á su incompleta grandiosidad, que se estremece en todo su pobre sér anonadado por la mutilación final, gritando desde el fondo de tinieblas en que se halla: ¡Miserable saco de gusanos, contémplate á ti mismo! La experiencia suprema estaría así hecha; las inhumaciones no engendrarían más sentimiento que el del horror.

Estas reflexiones son, á mi juicio, convincentes; pero hay otras que me inclinan á preferir la cremación á la inhumación. Busco los límites entre la vida y la muerte, y hallo que permanecen siempre indeterminados, vagos y tenebrosos. ¿Quién puede marcar el punto en que comienza la una y termina la otra? Y ante tan cruel pensamiento, que la práctica confirma en infinidad de casos, mis cabellos se erizan, deteniendo la consideración en la simple posibilidad de una inhumación prematura, del enterramiento de un vivo (1). No puedo detallar los hechos que corroboran esta espantosa realidad; pero, admitida y reconocida por todos, ¿no constituye para los defensores de la inhumación un motivo de vértigo? ¿Quién no desearía evitar á un cataléptico ó á un muerto aparente los

(1) De esta cuestión se han ocupado detenidamente: Weismann (*Ueber leben und tod*, I), Poe (*Intered liwing*, I), Bichat (*Recherches physiologiques sur la vie et la mort*, 2), Louis (*Lettres sur l'incertitude des signes de la mort*, I), Vigne (*Traité de la mort apparent et des maladies suivies d'inhumations précipités*, 3) y Fontenelle (*Recherches sur l'incertitude des signes de la mort et sur les moyens de se convaicre du trépas sûr*, I, 2).

dolores de unos minutos de quema, considerando que de este modo se impiden horas, y hasta días, de impresiones inconcebibles al enterrado en vida? Es mucho mejor dejar al juicio humano, siempre falible, que cometa una muerte involuntaria, que ser, siquiera sea remotamente, la causa del hecho monstruoso que tuvo lugar en Baltimore en la persona de una señora que, enterrada bajo la influencia de una catalepsia, volvió en sí á los dos ó tres días de su enterramiento, se convulsionó entre su féretro, hasta hacerle caer roto en pedazos contra el pavimento y romperse, se dirigió frenética á la firmísima puerta de piedra de su panteón, y, al fin, desesperada y terrible, sucumbió de terror y de hambre en aquella espantosa soledad (1). El dolor producido por la incineración en un vivo considerado como muerto, por muy real é íntimo que sea, no deja de ser momentáneo, efímero, ni de parecerse á los casos comunes de la ejecución de la última pena, que también puede recaer en un inocente, dada la falibilidad del criterio humano de que antes hablaba; pero ¡el enterramiento en vida, el verse reducido uno á las angustias mortales de la impotencia bajo las sombrías bóvedas de la tumba, entre las cuatro tablas del féretro! Que no se nos hable ya de los antiguos emparedados, muchos de los cuales eran voluntarios. La destrucción de un cuerpo que aún reconocemos por el fuego es la más infausta que se puede esperar; su reclusión en un sepulcro sellado ó bajo la tierra húmeda es la más terrible que se puede temer.

Por fin, no es posible eludir la introducción y generalización del horno incineratorio en nuestras sociedades, basándose en razones económicas. Sin duda que (á menos de hacerse el Estado solidario de semejantes gastos) es preciso que cada

(1) La relación no es fantástica, pues que está comprobada por las señales que se observaron al cabo de algunos años del sepelio, con ocasión de haber hecho abrir el marido de aquella señora el panteón subterráneo de su familia para construir un sarcófago. Regístrense las obras citadas en la anterior nota.

familia, al utilizar sus beneficios, haga el correspondiente desembolso; pero hemos llegado á un grado de civilización que no nos permite imitar en esto á los indios, que incineraban solamente á los ricos y arrojaban á los pobres á las tumultuosas ondas del sagrado Ganges. Necesarios é ineludibles como estos dispendios, son los que bajo nuestro régimen inhumador nos proporcionan los eclesiásticos y los comercios de efectos fúnebres, y nadie, á Dios gracias, ha quedado hasta ahora insepulto por eso, cualesquiera que hayan sido sus medios de vivir. Por otra parte, en esto como en todo, se han conseguido reducciones y perfeccionamientos tan importantes como indica la sucesiva escala de hornos de cremación de Brunetti, de Polli, de Thomson, de Steimann, de Siemens, etc., sobresaliendo entre ellos el de Gorini. No todos he podido encontrarlos descritos en la obra de Tardieu (1), que dista mucho de ser completa. Pero el inventado por Gorini es tan económico como rápido, y no sin razón llamó la atención del Congreso Internacional de Higiene que lo vió funcionar en Milán el 12 de Septiembre de 1880. El bien construído aparato consume en una hora ú hora y media un cadáver. Para conseguir este resultado bastan: una temperatura de 400 grados, 160 kilogramos de leña, 6 pesetas de gasto de hulla, y una combinación de hogares ó chimeneas que consiga reducir todo el desprendimiento gaseoso y visible á una cantidad insignificante de humo negruzco.

Ahora podemos apreciar en su justo valor la importancia del sistema petrificador de Comi, y, en general, de todo método de *momificación* (2). Oponiéndose este último á la economía doméstica, política y social, y no estando conforme á las leyes impuestas por Dios á la Naturaleza, ni siendo posible su uniforme aplicación, no ya á todos los muertos, pero ni á su mayor parte, es evidente que no tiene las probabilidades de ge-

(1) *Dictionnaire d'hygiène publique,* art. CREMATION.
(2) Consúltese á Martín Gil, *El arte de embalsamar*, II.

neralizarse en la sociedad que la cremación, que por hallarse en armonía con todo, se halla en un sentido remoto y analógico hasta con las enseñanzas de la teología cristiana. Según ésta, el fin del mundo tendrá por principal agente el fuego, que purificará sus elementos componentes. Pues otro tanto debemos hacer los cristianos en el fin de cada hombre, reduciendo por el fuego á polvo y cenizas su cuerpo, según indica el *memento homo quia pulvis est et in pulverem reverteris* (1).

He aquí, en conclusión, de qué manera convendría proceder entre nosotros con los cementerios, ó mejor dicho, con los pudrideros perpetuos. ¡Examínese este método, desvirtúesele, pero no se le denigre! No es la incredulidad quien lo ha provocado, es la necesidad; no es la secularización, es la experiencia. Más elevadas eran las aspiraciones de Comi y á otros fines tendía cuando expuso las razones que justificaban su sistema petrificador. Y en todo caso, su ideal de la conservación privada de los cadáveres no está en contradicción con el adelanto, puesto que es conforme al amor, á la limpieza y á la pulcritud.

¿Significa esto que haya de rechazarse como contraria á la moral social la práctica de la cremación aprovechada y del enterramiento agrícola? Ya expuse al principio mis dudas. De todas suertes, por más que esta costumbre pudiera convertirse en ley universalmente admitida por el progreso de las ideas, no tiene más que un carácter utilitario, pero no jurídico, para los que profesamos principios individualistas, por lo que conviene no hacerse ilusiones. Las familias tienden á la conservación íntegra del difunto, la sociedad á su conservación local, y el individuo á su conmemoración exterior, pero no á su aprovechamiento por los demás. Y es más egoís-

(1) Aunque en el texto he dado la preferencia desde mi punto de vista al horno incineratorio de Gorini, no por eso se entienda que desconozco las ventajas de otros más modernos en la parte económica. Hornos hay en las nueve sociedades italianas de cremación, donde con un coste de 10 ó 15 pesetas, y en el breve término de media hora, se queman los cuerpos.

ta todavía: casi nunca se resigna á que lo entierren en sitios donde pueda ser hollado por la planta de algún mortal.

Esto me recuerda la miseria y la estupidez del hombre ante la perspectiva del domicilio que le corresponde tan pronto haya dejado de existir. Son muy pocos los individuos que al ver llegada su última hora se despiden del mundo con las palabras que Turena solía dirigirse á sí mismo al comenzar una batalla: *¿Tiemblas, esqueleto? Más temblarías si supieses adónde pienso dirigirte.* Todavía abundan menos los que en idénticas circunstancias responden á la voz de su terror lo que Alvarez, el sublime defensor de Gerona, á los deseosos de saber adónde se retiraba si le atacaba el enemigo: *¡Al cementerio!* Toda esa debilidad tiene su origen en el horror del hombre hacia la muerte, y no es, después de todo, como ha tiempo hizo notar Montaigne, sino el *pensar en estar muertos*, pensamiento que el que muere cree tener aun con posterioridad á su fallecimiento, imaginando ver en la sombría tumba ó en cualquier otro punto un cadáver que no es él mismo, y que, sin embargo, es su propia persona.

Y basta, que apena tratar estos asuntos. Sólo para el hombre amamantado á los pechos de la filosofía no tiene la muerte nada de sombrío ni pavoroso. *¿Dónde están los muertos?*, pregunta Schopenhauer. Y contesta: *¡Con nosotros mismos! ¡A pesar del aniquilamiento y de la putrefacción, todos nos hallamos juntos!* La muerte es, en efecto, una transformación, un nuevo accidente de la vida, el nacimiento á otra existencia. Dejemos, pues, á los muertos que entierren sus muertos, y busquemos los vivos el reino de Dios, engolfándonos en esa eterna investigación que, según el hermoso pensamiento de Pascal, supone que se ha encontrado su objeto.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

PSICOLOGÍA SOCIAL DEL MUNICIPIO ESPAÑOL

Mirando hacia la realidad, no á través de la letra de molde, sino directamente, sin lentes cromáticas, se percibe aún el poderoso influjo del régimen absolutista, que troqueló brutalmente el alma española, haciéndola á su servidumbre y esforzándose por impedir su emancipación. ¡Un siglo de reivindicaciones democráticas! ¿Para qué? Para sembrar la idea, sin preparar el intelecto; para arrastrar la voluntad, sin hacerla primero libre; para servilizar la masa al apóstol, antes sierva del señor feudal. El viejo régimen y el de los tiempos nuevos no se han soldado aún. La democracia cayó en nuestra alma, no como mansa, como benéfica lluvia de convivencia y tolerancia, como agua lustral, que dispone al hombre para la vida nueva. Fue torrencial descarga sobre cuarzoso suelo. Las ideas que en las comunidades jóvenes sirvieron para soldar el corazón con el alma, emergieron de la mente para servir de cebo á la ambición. Y siempre el hombre con nuevas armas ofensivas para tiranizar al hombre, ó para pervivir en sus privilegios. Fue para España el siglo XIX, como los últimos lustros del anterior, período constituyente de la democracia, era de la ebullición mental tumultuosa, del hervor pasional apresurado. Y todo aquello pasó; pasó, como la nube de verano, que deja al sol las raíces del árbol que ha de regar, cuando no troncha su tallo, y arrastra en su avenida el pedazo de tierra vegetal que le alimentaba. La revolución pasada tenía que ser destructora. Los sabios, los intelectuales la prepararon. El

pueblo no la sintió. Dormía, y duerme aún. Y así también son todas las revoluciones que del alma latina brotan. Francia vive esclava de la oligarquía del capital y de una mesocracia oligárquica. Italia viste un cuerpo senil y enllagado, con vistoso traje de domingo. España, Portugal é Hispano-América, son el mismo libro impreso en distinta casa editorial. ¿Por qué? Porque los precursores de la revolución no viven lo que aprenden ó meditan, y por consiguiente mal pueden injertar sus meditaciones en almas que sin ellas han vivido. Hicieron una democracia urbana en gabinete lujosamente amueblado; una democracia de estufa, tierna como planta de invernadero, que, al trasladarse á los campos, el más ligero céfiro la hiela; una democracia de retoricismo y grafotecnia para pasar la mañana emborronando papel en la oficina, la tarde en el Parlamento ó en el café, y la noche en el teatro ó en el círculo; una democracia de castas rebañegas, que siguen al pastor, no por los caminos que les traza, sino por los pastos que les ofrece; una democracia que lucha un día para descansar un año, perseverante sólo en las conquistas utilitarias y despreocupada de las herejías que cometen los creyentes cuando se proponen glosar el símbolo de la fe. Hecha por el pueblo y para el pueblo solo, todo menos él crece en su régimen. Todo sobre él gravita. Es un niño sometido á eterna tutoría, declarado incapaz ó loco por curanderos asalariados por el tutor sin entrañas, que explota el patrimonio y embrutece el vástago.

En un pueblo tan vehemente como España, el corazón es lo primero que hay que educar... el corazón del pueblo, individualista empedernido, y núcleo germinal, por consiguiente, de toda democracia sin careta; y el corazón del Estado, el Municipio, su núcleo celular también, sobre el cual vino el aluvión constitucional, sepultando toda libertad secularmente constituída, bajo los escombros del privilegio señorial. Tierra de acarreo más ligera sirvió de cemento al conjunto abigarrado de antiguallas, en cuya rugosa superficie, si jamás pudo basarse la escuela, brotó en cambio exuberante la maleza ca-

ciquil, algo del privilegio antes derribado, pero no muerto, que encontró ambiente y roturó la corteza.

La revolución pasada fue ineficaz, porque no brotó del alma colectiva, de las ansias populares, jamás interpretadas por la pandilla de seminaristas exclaustrados y de universitarios codiciosos. Salió de la ciudad y se atrofió en los campos; todo por no reducir á común denominador la vida del campo y la ciudad. Fue una revolución desde arriba, una conmoción en la superficie serena de las aguas, que nunca pudo llegar á capas inferiores ni remover la ciénaga, siempre acrecentada en su lecho, para arrastrarla al mar después de purificarla.

Tenemos que hacer otra revolución más honda, sembrando la verdadera semilla, para que silenciosamente medre, sobre los hábitos torcidos de nuestro pueblo. Ni ha de ser desde arriba sólo, ni desde abajo sólo: adentro y en todos. La pasada revolución no acabó con el antiguo régimen. Hirió de muerte lo que en él de vivo aparecía, sin sepultar sus formas cadavéricas. Así salió falseada en su cuna la democracia que engendró. Hemos de resucitar lo que, siendo digno de vivir, ha sido asesinado, y hemos de echar tierra á la tradición momificada; engendrar una personalidad colectiva con el sello de herencia, sí, pero con sangre de juventud. La revolución hecha por oligarcas sin patrimonio, contra oligarcas sin poder ni autoridad, asalariando al pueblo, para derrocar formas de gobierno habituales y sustituirlas por otras eventuales, dejó quedar todo como ayer; nuestra conciencia religiosa sigue siendo supersticiosa, intolerante, fanática, misoneísta y sin tendencias humanas y sociales en sus actos; la conciencia social, formada por instintos de defensa abajo y de codicia arriba; la jurídica, más pegada á la letra que al espíritu, está codificada por la casta de curiales; y la política duerme en la mayoría, que es neutral y empieza á disolverse en nuestra mesocracia oligárquica.

Con una Constitución escrita para la vida del Estado, estamos aún en período constituyente para la vida social de la

Nación; porque si en ella vemos nuestra alma como en espejo bien azogado, en aquél percibimos la caricatura francesa del estadismo napoleónico.

*
* *

En el régimen municipal es donde principalmente se nota la falta de adaptación de lo nuevo á lo viejo, la superfetación de lo nuevo sobre lo viejo, y la atrofia de éste bajo la pesadumbre de aquél. España, como toda Europa, llegó á tener una vida municipal robusta, antónoma y variada. En un fondo común de unidad, moldeada por la tradición jurídica de Roma y la savia renovadora que aportaron las razas invasoras, vivían nuestros Municipios de la Edad Media bajo un régimen genuino de democracia social. La reconquista les daba tierras y les otorgaba privilegios; pero ellos fueron el alma oculta de aquélla. Mientras en la ciudad las milicias municipales ayudaban al rey, en los campos la democracia rural fomentaba la agricultura. Y tanto contribuyó á la obra común el que vertió su sangre en los combates luchando, como el que la consumió abriendo surcos para que la tierra diese pan. Fue una obra de colaboración. Hasta hoy las historias no hablan del principal colaborador. El núcleo de los antiguos *Concejos*, principalmente constituído por el Estado llano, fue el verdadero pilar de la sociedad española de la Edad Media. En él se lee la psicología de su peculiar personalidad. Clero y nobleza, como en todas partes, pero con otros motes.

Los Concejos, como células perfectas de nuestra democracia en la Edad Media, después de multiplicarse y crecer en ámbitos autónomos, se organizaron, integrándose libremente en ligas ó hermandades. Las reclamaciones contra los abusos de arriba no se perdían, como las de nuestras ligas contemporáneas á lo Costa ó Paraíso, en el vacío. Eran casi siempre eficaces; exigían justicia, no reclamaban protección. Entre el Municipio y el rey había una gran corriente de relaciones, y su poder absoluto estaba de hecho compartido con el Estado

llano. El poder de los Concejos fue tan vigoroso en los siglos XII, XIV y XV, que el federalismo municipal castellano, formado por órganos autónomos, era como la enorme fábrica de un arco de granito, que tenía por clave la monarquía.

La vida social del Concejo comienza á declinar, á medida que la unidad abstracta, escolástica y romana del Estado se afirma. En él se absorbe toda la personalidad del Municipio, y él es una causa de la decadencia real de la Nación. El concepto metafísico de la vida del Estado ahoga la conciencia concreta del Municipio. El Estado no surge de la asociación de Municipios; se les impone, se los traga. Hecho por el rey, los militares y el clero, exclusivamente de clase, desprecia nuestra incipiente burguesía. Para él, la agricultura no es una fuente de riqueza que hay que fomentar, sino una mina de oro explotable más ó menos, según las necesidades de la religión ó de la guerra. Para él, la industria y el comercio son recursos, jamás factores. Aventurero siempre en sus empresas, jamás se fija en el aspecto económico, útil y humano de las mismas. Por eso, á medida que nuestra historia en los siglos XVI y XVII agiganta las figuras del drama nacional, va simplificando la intriga y suprimiendo el coro, es decir, el pueblo, de la escena, y, para sostener el interés, se hace guerrera.

Su pragmatismo es unilateral. Los hechos son las batallas y las palabras de los reyes. El organismo nacional aparece entonces como un enorme monstruo hidrocéfalo, apetitoso solamente de tierra, y solamente celoso por la fe, que defiende y que no tiene. Las piernas están atadas, los brazos inermes. El estómago evacúa todo lo que ingiere.

Las causas que contribuyeron á la decadencia del poder municipal, además de la indicada, son éstas: 1.ª, la pérdida del carácter democrático con que se inició la autonomía del Municipio; 2.ª, la intervención de la nobleza en los cargos del Concejo y su tendencia á acaparárlos para sí ó para sus herederos. He aquí el bacillus caciquil; 3.ª, las disensiones locales, principalmente, con motivo de la provisión de cargos, fuego

de discordia atizado por la monarquía y la nobleza para justificar su intervención. El arbitraje convertíase generalmente en imposición autoritaria. «Política maquiavélica: divide y triunfarás»; 4.ª, la abstención ó inhibición de los ciudadanos de la gestión concejil, forzosa primero y habitual después. Así nació el neutralismo, cofactor actual del régimen caciquil. ¿Es hijo el caciquismo del neutralismo, ó el neutralismo del caciquismo? ¿Hay caciques en el Municipio porque los vecinos no se cuidan de los asuntos municipales, ó los vecinos son indiferentes porque hay caciques? Tema curioso que aplazamos para otra ocasión; 5.ª, el establecimiento de la burocracia municipal, el aumento innecesario de cargos iniciado en tiempos de Enrique II, y la codicia de los reyes, que veían en la provisión de los cargos concejiles una fuente de ingresos, dándolos al mejor postor. Algo parecido á lo que ocurre hoy con los arrendamientos de Consumos; 6.ª, la concentración de oficios en uno solo, á quien era imposible cumplir fielmente los deberes que se imponía; pero esa concentración era lógica, desde el momento que el dinero del más rico podía acaparrarlos todos. Los cargos se convirtieron en asunto de granjería, cuando no se vendían. Desprestigiado el régimen municipal de la Edad Media, la casa de Austria, antes que Napoleón, centralizó todas sus funciones, sin cuidarse de poner coto á los abusos y rehabilitar la institución decadente.

En vano claman hoy ciudades secularmente libres, como la de Barcelona, por la restauración de sus libertades. Aquel Consejo de los Ciento, hijo del Estado llano y hecho para él, que era un poder autónomo para regir la vida de la ciudad y que servía de garantía para sus fueros, desapareció en la sombra de los siglos, para resucitar hoy con reivindicaciones más tenaces. A mi ver, el mal llamado problema regionalista es un falseamiento del problema municipal, planteado por una ciudad dotada de vida local amplia y con más preponderancia en la región donde está enclavada que la capital de la Nación. Una minoría de investigadores, con el ojo ciego por

el amor á la patria chica, removieron los escombros de la historia donde la tradición vivía sepultada. Aquel empuje de individualidad encarnó en los modernos prestigios industriales de nuestro primer centro fabril. Si el caudal de tradición viviente no regase frondosos campos de prosperidad económica, las protestas serían rumores, y los choques contra el cauce acantilado, burbujas de espuma. Pero es un nuevo Estado llano el que reclama el vivir propiamente suyo; una improvisada burguesía, ebria de poder y realmente soberana, que no pide privilegios nuevos, sino la devolución de los usurpados: su traje casero para trabajar con holgura. Y como Barcelona, todas las nuevas ciudades industriales que aspiran á vivir por sí. Sólo la burocracia y el centralismo imperan en los campos y en las ciudades muertas. La democracia teórica del siglo pasado, en vez de luchar por imponerse, pactó con ellos. Fruto de este convencionalismo han sido los tres males que hoy padece nuestro régimen político: arriba, la oligarquía mesocrática; y abajo, el caciquismo y la indiferencia de los ciudadanos por la cosa política. Así, la habilidad de dos poderes débiles construyó esta máquina de farsa. El de abajo ofreció su cooperación al partido audaz, que merodeaba en las alturas buscando el poder con coquetería y adulaciones ó con imposiciones brutales. Los Municipios se comprometieron á dar actas de diputados si el Gobierno, por sí ó por el gobernador de la provincia, les garantizaba el usufructo del poder. Y de la misma manera que arriba esto se hizo hereditario, abajo degeneró en patrimonio familiar. El parlamentarismo hizo una ley municipal para los caciques. El caciquismo fabricó mayorías de diputados para el partido en favor. ¡Y todos los buenos ciudadanos, viendo la farsa y la mentira, se cruzan de brazos y bostezan!

El mal fundamental de nuestro Municipio está en que, siendo hijo de la democracia, es aristocrático y oligárquico. Teniendo derecho de elegir todos los vecinos que en él están inscriptos, no lo tienen á ser elegibles. Los cargos municipa-

les son para la clase económicamente preponderante. Falta en ellos, además, la debida autonomía, pues se concede al rey, es decir, al Gobierno en funciones, facultad para nombrar alcaldes en villas, ciudades y pueblos superiores á 6.000 habitantes. Y como el alcalde hace la Corporación, y no viceversa, siempre resulta falseado el régimen municipal con tal intervención. La reelegibilidad de los cargos en los Municipios rurales es otra de las causas que contribuyeron á perpetuar el poder en uno sólo, en el cacique local. En España estos Municipios son los más, y de aquí que las mayorías parlamentarias sean forjadas en los campos, que son los que necesitan libertad, y que su representación, la del elemento rural de España, que en población se acerca á un 80 por 100 de la total, jamás sea fiel é interesada, jamás procure nuestro fomento agrario, porque de los campos no surge, sino de las conveniencias personales del cacique. A esto hay que añadir que la autonomía de los Municipios, socavada por el caciquismo, está mermada por nuestro régimen de administración central y provincial. Sólo queda autonomía abajo, relativa libertad para imponer arbitrios, que casi siempre gravitan sobre la legión de los rebeldes, sobre las almas libres ó ambiciosas que jamás se adaptan al *statu quo* de mentira convencional.

Tal vez cuando estas cuartillas se viertan á la letra de molde, y la prensa gima para estamparlas en el papel, se escuche al mismo tiempo el trabajoso movimiento de la máquina electoral, automáticamente movida á brazo por los elegibles mismos. Y mientras en las ciudades la muchedumbre indiferente aplaude ó critica, en los campos el nuevo señor lo hace todo, porque el agricultor, ataenado en las labores de la siembra, tiene más fe en la tierra que en las urnas, ignorando que de las urnas saldrá quien coseche aplausos primero de la legión de aduladores, y después los frutos que el campesino sembró. ¡Sin echar más que promesas al viento, cosechas por duplicado! Cuanto más se aleja el hombre laborioso de esa máquina de farsa, en cuyas ruedas de engrane, movidas con velo-

cidad vertiginosa, teme destrozar su personalidad, tanto más se aproxima el político profesional á ella, poseyendo á perfección el secreto de su mecanismo. Así, la vida municipal no es, como debiera ser, una *forja* de ciudadanos, una preparación para la del Estado y una base del mismo. Es su remedo, su caricatura. Dentro de la enorme fábrica de leyes, decretos, reales órdenes, reglamentos, etc., etc., fábrica sin finalidad utilitaria, práctica, sólo cabe un técnico: el que sepa producir en los demás la ilusión de que la mueve mejor y con más facilidad, estando en realidad parada...; el que sepa engullirse más pronto el agua y el carbón que ha de producir fuerza mecánica, soplando á pulmón pleno en la rueda volandera, hasta reventar de empacho ó de cansancio. Dentro de nuestra vida pública no hay esa cohesión, esa compacidad que hace fuertes las masas para resistir los choques de la adversidad ó gravitar tenazmente sobre el ideal que persiguen. La individualidad española es grano de arena, partícula sólida sedimentada en lecho de indiferencia, sobre la cual pasa rozando el agua mansa del progreso, ó la corriente impetuosa de la revolución, sin arrastrarla ni fundirla en bloque. Somos, para la vida pública, inmenso arenal de individualidades ó páramo enorme de cantos rodados. La peña viva se ha deshecho. Tenemos que apelar á procedimientos ígneos para fundirlas todas. ¡El calor del alma impetuosa, convenientemente recogido por lentes biconvexas en un foco común de amor y patriotismo, ha de encendernos á todos, y todos por su viva llama iluminados, abriremos los ojos á la luz para que nos deje ver en el propio cuerpo las llagas y cicatrices del pasado y del presente, y en el ajeno la robustez, la alegría sana del hombre laborioso!

Si la familia debe ser un hogar de amor y convivencia para los individuos, el Municipio debe ser ambiente de tolerancia y de solidaridad para las familias. Y si el calor del hogar sostiene nuestra personalidad ciudadana, el *sentimiento municipal*, que hoy es palabra sin concepto entre nosotros, ha de ser cla-

ve de nuestro edificio civil. Cuando todos nos preocupamos, no por restaurar lo que debemos enterrar, sino por engendrar lo ingenerado, para ser padres del vástago juvenil, antes que curanderos del enfermo crónico, no debemos descuidar uno de los principales núcleos de nuestra sociabilidad nacional, tal vez el primero, adonde el espíritu familiar debe llevar sinceridades que hoy alientan en reducido círculo de caseros egoísmos, donde el Estado y la Nación han de encontrar firme base para arraigar y crecer.

En vez de disertar retóricamente sobre los males que aquejan nuestra vida municipal, pulsando á la ligera al que los padece y propinándole después una receta como titulares de la democracia al uso, hagamos la psicología descriptiva de este pequeño organismo social. Vimos ya que el teorismo democrático que alimenta nuestro régimen político presente, encontró vicios congenitales en el organismo municipal. Medio y herencia eran y son desfavorables á la restauración de una democracia herida de muerte por el clero, los nobles, los reyes absolutos y el parlamentarismo. El momento no es muy oportuno, pues se acaricia ya más el prestigio de la fuerza que la fuerza del prestigio. Después de este proceso sociogénico, hagamos la psico-sociología descriptiva de nuestro Municipio.

***

Según los datos de la realidad, debemos estudiar: la psicología social del Municipio; su sociogeografía, y relación entre el organismo municipal con los demás organismos políticos superiores. Constituye la primera parte el estudio del alma de nuestros Municipios; la segunda el del cuerpo, y la tercera el de la acción.

Psicología de nuestra vida municipal.—Tratándose de un país aún no formado políticamente, es decir, en proceso de evolución del teorismo constitucional á la constitución real, viva é inestable, es difícil señalar caracteres comunes en nues-

tra vida municipal. Desde luego podemos distinguir tres órdenes de Municipios entre los nueve mil que hay en España:

1.° *El Municipio rural*, con exigencias múltiples y recursos escasísimos. Constituye la mayoría y es el menos significativo. Este Municipio es, en realidad, amorfo; una humilde sucursal de la Administración nacional para la percepción y reparto de los impuestos; un inquisidor sempiterno y delegado de nuestro parlamentarismo; la última vértebra del monstruo caciquil que, como círculo férreo, comprime la muchedumbre rural. ¡Hay que ver cómo abajo entiende el país la democracia! ¡Cómo se confeccionan las listas electorales! ¡Cómo se maneja vilmente el arma de la distribución de los impuestos, sin espíritu de justicia y sin escrupulosidad! El alcalde rural es, generalmente, ó el mejor (en sentido crematístico), ó el más audaz, ó el menos escrupuloso de la demarcación. Me refiero al alcalde real y no al alcalde nominal, que á veces suele ser un espantajo del cacique. Odia la cultura por conveniencia. La teme por impotencia mental. Es partidario de la *Santa cœcitas*. Llama cuervos á los espíritus cultos, y huye de ellos ó procura ahuyentarlos para que no le quiten los ojos. Tiene una gran diplomacia para domar voluntades indómitas. Es humilde con el espíritu independiente, servil con el de más arriba, déspota y autoritario con las turbas... *et rege eos cum virga ferrea*. ¡Así gobierna! Esta máxima que empleaba un alcalde rural amigo mío, se la retorcí yo, preguntándole si debía tratarse á latigazos al pueblo paciente é ignorante, ó al opresor. El municipalismo rural revela patentemente este régimen de oligarquías poliárquicas, donde no hay autoridad porque todos la ejercen y nadie la respeta. El cacique rural es un reyezuelo de tribu, un bárbaro opresor de voluntades, el *tœnia soliun* de la localidad, que absorbe todo su jugo. Rindiendo culto á cierto *confucianismo* trasnochado, irritable, suspicaz, hipócrita, todo progreso le molesta, toda mejora le abruma. Su Dios es el poder, su culto el presupuesto, su ofrenda la adulación. ¿Para qué leyes con ejemplares de ese tipo? En

los Municipios rurales (que son los que más conozco), después del alcalde, no hay más nadie, ni más nada: una aglomeración demográfica, ignorante, rutinaria, indolente, desconfiada y aduladora, ¡el pueblo! Su señor es él, y su demonio el juez. Trabaja como burro y paga como cándido. De nada se entera. Tiene ojos de topo. Esta es la muchedumbre, ésta es la mayoría, que con la ley A ó con la ley B, vive miserable y simplemente, paga con temor y se comprime sin chillar cuando le aprietan los tornillos de la recaudación. Si se hiciese un viaje á cualquiera de los Municipios rurales de España, se podría comprobar esto. Hay ciertas excepciones, ¡rarísimas excepciones!, donde se notan vestigios ó supervivencias del patriarcalismo honrado é inocente del antiguo régimen; pero la excepción no hace la regla, y en conclusión, podemos establecer esta inferencia: *en los Municipios rurales se nota la misma oligarquía y el mismo despotismo que en el poder central.* El Municipio rural sólo puede instituirse bajo un régimen de cultura y educación política, que ha de nacer con un clero rural ilustrado, democrático, activo, y con maestros de escuela de vocación y abnegados. La regeneración municipal ha de nacer: de una centralización de las funciones municipales, donde por la estadística no se compruebe una recta administración, una disminución de litigios, de faltas y de delitos, y un progreso manifiesto de las costumbres y en la educación cívica y social; y de una descentralización y autonomía en aquellos Municipios rurales dignos de ella. Así, el poder central, fomentando la emulación entre los organismos municipales rurales, podría conseguir más pronto su adaptación al nuevo régimen de democracia social. ¡Tutela temporal, no perpetua!

Mientras nuestra vida rural siga estancada, su vida municipal será el mayor obstáculo en el momento presente, de verdadera transición en la economía nacional del *agrarismo* hacia el *industrialismo*. Bien claros están los esfuerzos de la *Nueva Alemania* para arrastrar tras de sí la enorme mole de los *agra-*

ristas reaccionarios. Pues en España la oposición será mayor el día que las grandes aglomeraciones urbanas del Cantábrico ó de Cataluña empiecen á pedir medios de subsistencia más baratos. Cuando las exigencias de la clase obrera sean mayores, el régimen industrial pedirá con más empeño el libre cambio de substancias alimenticias. Es una manera de establecer el equilibrio, batiéndose en retirada nuestra burguesía.

2.° El segundo tipo ú orden de nuestro sistema municipal lo constituyen nuestros Municipios *burocráticos*, que son todos aquellos que parodian *extensivamente* la farsa del régimen gubernativo central. Hechos á imagen y semejanza de un Estado parasitario é impotente para progresar, sólo piensan en nutrir la vida del *personal* á costa de todos los demás capítulos reproductivos del presupuesto. Tienen también, con respecto á las clases proletarias, una concepción hospiciana, protectora, misericordiosa. Son éstos almas muertas de ciudades muertas. En las dos grandes mesetas castellanas, en Extremadura y en Andalucía principalmente, se encuentran ejemplares de este tipo. Todas las poblaciones con alguna pretensión é importancia tienden á entrar dentro de él. Nútrese, principalmente, con la mesocracia *titular*, sin colocación y sin fe en sí mismos ni en el trabajo. Dentro del presupuesto se guarecen todas las pequeñas codicias y todas las grandes miserias de gente perezosa bien vestida. Son un progreso estos Municipios con relación al Municipio rural, pero son una rémora de progreso para el Municipio industrial. Tienen todos los defectos del primero, pero ninguna de las virtudes del segundo.

3.° El tercer tipo de nuestros Municipios es el *industrial*. Hay pocos desgraciadamente en España, y entre ellos muy pocos donde sobre el industrialismo local no pese la triste ley de herencia de los abusos políticos. Estos organismos son el vivero de la *democracia real*, punto de arranque del nuevo régimen en proceso y esperanza grata de nuestra restitución. Administran bien, son expansivos, crecen. Vigo y Bilbao (con

las impurezas de la realidad exceptuadas) lo demuestran. Su desarrollo es intensivo y extensivo á la vez. Aumentan rápidamente en cantidad; la aglomeración urbana se multiplica espantosamente, y crecen también en calidad, proporcionando á la vida local comodidades y bienestar.

Nuevos tiempos, nuevas ideas; nuevas ideas, leyes nuevas, otro orden. La era industrial va revelando poco á poco su poderoso influjo. El hombre actual entra sin sentirlo en el gran laminador del alma y de la vida. Quedan sólo insignificantes protestas del espíritu superviviente del antiguo régimen. El derecho actual, al responder inconscientemente al *moderne Geist*, legisla sobre lo que observa y sistematiza la ciencia social.

La revolución más eficaz de los tiempos nuevos es la que caracteriza el municipalismo inglés. Sin protestas, sin derramamiento de sangre, sin perturbaciones de la paz y del orden, el Municipio inglés se funde en los moldes del nuevo régimen. Y es de advertir que en esta revolución municipal toman parte las clases que claman por una reivindicación económica y las ciudades industriales. No se trata de una invención, ni mucho menos. Según el profesor americano *J. A. Fairle* (*Municipal Administration*), Roma fue la primera ciudad en el mundo antiguo que municipalizó sus servicios. El Municipio español de la Edad Media había hecho lo propio en algunos, principalmente con los que á la beneficencia se refieren. Lo que en este nuevo movimiento económico hay de característico, es la tendencia á sustituir la burocracia política creada por la revolución y fomentada por el parlamentarismo, por una organización municipal industrial, sobre todo con vida administrativa robusta, expedita y moral.

Según Montemartini, el problema de la municipalización es interesante, sobre todo en su aspecto económico. A mi modo de ver, este movimiento marca el momento de reacción iniciado por la colectividad consumidora contra el intermediario. Cuando la muchedumbre adquiere conciencia económica de la utilidad de lo que consume y de la *productividad*

marginal de los artículos de industria, está en condiciones para apreciar cuantitativamente la diferencia que existe entre el valor de producción y el precio de venta.

La percepción de esta gran diferencia entre lo que cuesta una cosa en el mercado y lo que el productor y el intermediario ganan, suscita en el público consumidor los mismos anhelos reivindicatorios que en la población asalariada. Entonces su pasividad receptiva se cambia pronto en actividad solidaria, y esta asociación del público para elaborar por sí lo que ha de consumir, toma cuerpo en eficaz cooperación, que puede ser pública ó privada. La municipalización no es más ni menos que una forma de cooperación, distinta de las demás, en cuanto tiene un carácter político y monopolista. Político, porque encauza en el organismo municipal, é integrándose con él le dota de una función que antes no tenía; monopolista, porque inhibe de toda concurrencia á otro productor análogo en el área de su jurisdicción.

Muchos han creído que con el municipalismo comenzaba la era de la socialización del capital, de la riqueza y de los medios de producción. Nada de eso. Ni el municipalismo germinó en la mente de los apóstoles del socialismo militante, ni implica un precedente para la implantación de sus teorías. Ellos adoptaron la nueva fórmula, la hicieron suya. Lindeman, en el Congreso socialista de Munich del año pasado, presentó un programa de Hacienda y Administración municipal según el criterio del partido. De la misma manera que en el cooperativismo no se anula la propiedad individual, sino que afirmándola se solidariza sin socializarla, así también la cooperación municipal, en su forma presente, se propone hacer intervenir el consumidor, como tal consumidor, en la producción. Puesto que para él se produce, él ha de imprimir al régimen industrial la finalidad de que hoy carece, y aquilatando previamente sus necesidades, evitar crisis dolorosas por exceso ó por defecto de producción.

El Municipio, al adquirir su autonomía económica, es

decir, al hacer suyas ciertas industrias, que en su órbita se cobijan, no hace tabla rasa del capital y de la riqueza existente, sino que valorando sus medios de producción y capitalizando las industrias que pretende asimilar, por un simple fenómeno de transferencia, recibe del empresario máquinas, edificios, etc., compra acciones ó contrae con los accionarios obligaciones, previa una conversión de deuda, ó canje de títulos. Sería socialización si el Municipio obligase á todos los individuos que le constituyen á una cooperación proporcional para un disfrute proporcional de productos industriales, sólo *socialmente* y no *monetariamente* valorados. Desde el momento en que el dinero y no el trabajo interviene en la cooperación, es un gran sustituto.

El municipalismo, lejos de negar la acción del capitalista, lo que hace es afirmarla más; según V. Pareto (*Sistemas socialistas*), el colectivismo municipalista se aplica más á las empresas que á los capitales. Los empréstitos hechos por los Municipios ingleses desde 1874 hasta 1897 pasaron de 93 millones de libras á 252. Para las ciudades industriales, el aumento de deuda respondía á necesidades creadas por su nuevo régimen. Así, Manchester consume el 75 por 100 del incremento de sus deudas en servicios industriales, Liverpool el 64 y Birminghan el 61. Lo que en realidad sucede es esto: la conciencia económica que adquiere el grupo municipal le da una mayor fuerza social visible. Este elevado coeficiente de robustez local implica una mejor selección de los individuos que han de constituir la Corporación, un mayor estímulo de la necesidad no satisfecha para lograrse, una mejor gestión económica y financiera; en una palabra, mayor crédito. Esta situación es la más favorable para dirigirse directamente al mercado monetario, donde el empresario industrial, sin dinero, consigue los recursos necesarios para las explotaciones de carácter municipal. La diferencia entre el precio del dinero en el mercado y el provecho total que logra en su industria, es lo que constituye su ganancia. La percepción de esta diferen-

cia por el consumidor es lo que le estimula á prescindir de él.

Por eso, la protesta contra el municipalismo en la prensa europea no nació del gran capital, sino del empresario industrial, que ve un negocio acaparado y teme que se lo quiten. Los dos millones y medio de parisienses no saben seguramente que la Compañía de Gas de la gran ciudad francesa ha ganado 854 millones de francos con un capital desembolsado de 44; que hasta el 31 de Diciembre de 1905, fecha en que el contrato termina, los dividendos percibidos habrán sido de 960 millones, cosa muy parecida á lo que está pasando con la Tabacalera española, que con un capital de 50 lleva ganados en quince años más de cien. Tampoco en Madrid se tiene en cuenta que mientras el precio del metro cúbico de gas es de 0,1544 céntimos en Berlín, de 0,15 en Hamburgo, de 0,10 en Bruselas, de 0,125 en La Haya, de 0,30 en París, aquí pasa de 0,40. La recaudación anual de la red de tranvías de la capital de España pasa de tres millones de pesetas, de cuya cantidad, más de un millón constituye el beneficio de unos cuantos capitalistas belgas, que viajan en otros tranvías. En las ciudades alemanas y norteamericanas, la red telefónica urbana no cuesta más de 150 pesetas al año por abonado; en Madrid, 300; *et sic de cæteris.*

Se ha dicho por el *Times*, por el *Journal des Debats*, el *Journal de Bruxelles* y otros periódicos, á coro, que los Municipios son incapaces para la gestión industrial de sus empresas. Según qué empresas sean. Aquellas que teniendo un carácter esencialmente colectivo de servicio público (alumbrado, teléfonos, tranvías, aguas, casas públicas, casas de alquiler, etcétera); aquellas que, sin tener carácter colectivo, están en peligro de adulteración y mala calidad (la leche, las bebidas alcohólicas, la carne, etc., etc.), deben municipalizarse, y más en España que en ninguna parte, porque el público es tonto y el intermediario codicioso. Bien sé que contra esto han de protestar algunos. Pero habrán de aplaudir esta idea, que no es mía, los más.

¿Quiénes protestarán? Desde luego, todos aquellos que viven á expensas del público y de la tolerancia de autoridades venales; estas mismas autoridades, generalmente mandatarias de las grandes empresas municipales y explotadoras del pequeño industrial, protestarán también; los incautos, los soñadores, los creyentes en la libertad teórica, en el libre tráfico y la libre concurrencia industrial aparente, harán lo propio. ¿Y quiénes más? Los de arriba, los de más arriba, que viendo en el municipalismo un despertar de las colectividades á la vida pública, les conviene prolongar el sopor, y hasta producir artificialmente el colapso, con programas de oropel, sin eficacia práctica alguna.

Ninguno de los que se llaman verdaderamente demócratas han abierto aún sus labios para desflorar esta idea. Tan sólo la población asalariada, organizada en sociedad de resistencia, levantó el grito de protesta contra la explotación municipal de que es víctima. Ella, educando con el ejemplo las masas, en la serena, fría, firme y tenaz reivindicación igualitaria, abre el verdadero cauce de vida pública al neutralismo español. No hay que asustarse. Para los espíritus débiles, no se hizo la época moderna, que lejos de carecer de ideales, lejos de ser agnóstica como se cree, los ha humanizado más que ninguna. La decrepitud del viejo régimen señala la necesidad de otro más nuevo, más consistente. Sin negar la función del capital, se puede socializar equitativamente su acción. Con lo que hay que acabar es con los intermediarios: con el político de oficio y con el especulador industrial de oficio.

De la misma manera que, en el antiguo régimen, el movimiento municipalista de la Edad Media nació de la conjunción de dos fuerzas, del poder real debilitado por el feudalismo y del poder local aplastado por los privilegios señoriales, así también, en el régimen moderno, el municipalismo nace de la conciencia industrial de la colectividad explotada y del concurso del capital dotado de menor remuneración, pero con mayores garantías. Ha partido el movimiento de Inglaterra...,

de donde arrancan todas las revoluciones eficaces, perdurables, fecundas. La ciudad industrial moderna es como imán poderoso en el ámbito donde vive. Nútrese con la activa asimilación de fuerzas rurales emigradoras y con la acción imprescindible del capital activo. En su seno son más los vencidos que los victoriosos. Por eso la miseria y el dolor imprimen á las más íntimas expansiones de la alegría un tono imperceptible de pesimismo y de amargura. Pero es preciso que ambos sean en la ciudad industrial española propulsores vigorosos de acción reivindicatoria, y no lamentos quejumbrosos del esclavo, ni protestas sordas del impotente ó del débil. La ciencia económica moderna ha descubierto la forma terapéutica para curar el alma morbosa de las multitudes urbanas. Himnos nuevos resuenan al ritmo viviente del trabajo colectivo; no son gemidos errantes de inadaptado vagabundo, sino coros de juventud laboriosa. Es el nuevo vivir, el vivir que se completa por el convivir y que se sublima por la conciencia social en la convivencia humana. Barcelona, Bilbao, Gijón, Vigo, Valencia, Cartagena, Málaga, ciudades con aurora industrial, tienen en Glasgow, Bradford, Manchester, Leeds, Birminghan, Wolverhampton, Saint-Helens, Belfast y Liverpool grandes ejemplos, nobles precursores en la reivindicación municipal.

No puede haber una democracia industrial robusta, sin que previamente los Municipios industriales se vigoricen en ella. Lentamente, y por consciente selección, la acción municipal se extenderá á las esferas del Estado, y las clases trabajadoras, juntamente con el capital nacional, habrán hecho la conquista del poder, instituyendo y mejorando lo existente. A los demócratas que empiezan por arriba con espíritu de apostolado, la juventud intelectual española y la clase trabajadora, que es alma de juventud, deben oponer la democracia industrial y social, abajo, basada en solidaridad y mutualismo.

Cuando los Municipios industriales puedan nutrirse con una clase obrera más numerosa y robusta, su administración será más rígida, porque habrá mayor fiscalización, la vida más ba-

rata y la gestión más altruísta y solidaria. Instrucción, beneficencia, saneamiento, viviendas, socialización de servicios públicos (como abastecimiento de aguas, teléfonos, tranvías, gas, electricidad, etc.), podrán ser heraldos vivos de una nueva era de régimen democrático industrial, más práctico y progresivo que el existente. Entonces podrán coordenarse sabiamente por un cooperativismo intermunicipal el Municipio rural y el Municipio industrial. El éxodo rural determinado por el *chomâge* forzoso estará regulado por las Bolsas de trabajo y *Oficinas de colocación* establecidas en nuestras grandes municipalidades industriales. El campo podrá ser un reconstituyente para las inteligencias cansadas y los músculos fatigados de la ciudad. La gran aglomeración urbana, el órgano asimilador por excelencia de nuestra sobrepoblación rural. Substancias alimenticias y primeras materias podrán ir con más rapidez y baratura á la fábrica. Artículos manufacturados podrán salir sin grandes intermediarios para el campo. Y por el interés quedarán fuertemente unidas dos democracias: la democracia rural conservadora y la democracia industrial expansiva. Solidarizadas ambas, ambas colaborarán á nuestro progreso social.

Ahora bien: en estos tres órdenes de vida municipal, que son como estratificaciones sociales en la Nación, ¿hay algo común á todos? Sí; la oligarquía poliárquica de la mesocracia; la inhibición forzosa y habitual del poder de nuestras muchedumbres incultas; la carencia de sustantividad personal, de personalismo municipal, para progresar por el propio esfuerzo; la concepción errónea de la misión del Estado, tutor eterno de su existencia social; el infantilismo ó la prematura vejez, que acusa, no la decadencia, sino la falta de renovación del régimen municipal; y la carencia de relaciones municipales, de solidaridad intermunicipal para suplir la ineficacia del Estado en aquellas cosas en que su acción es extrajurisdiccional. Estos son los caracteres comunes á los tres órdenes, á los que hay que añadir el neutralismo, más marcado aún en la políti-

ca municipal que en la general: el neutralismo del nuevo Estado llano, de esta burguesía, que hipoteca á una paz seudo-octaviana toda su voluntad para protestar de las tropelías caciquiles, y toda su inteligencia para derribar á su actor. Estas clases, que lo dejan hacer todo y se contentan después con protestar solapadamente, á hurtadillas, de todo, son dignas de la crueldad con que se les trata y de la servidumbre en que viven. No han merecido aún la libertad. Sueñan con la felicidad de ultratumba, pero van disfrutando de la terrena, apurando á sorbos el manantial inagotable de sueños de redención con redentores. Paladean la vida, que otros crean, en el ocio, y duermen después, satisfechos de haber merecido el día.

***

Sociogeografía de nuestra vida municipal.—En este punto, analizaremos lo que se refiere al territorio municipal, y lo que dice orden á la población y su distribución en él. Desde luego, el Municipio necesita para su existencia un mínimum de territorio y un mínimum de población. Reconoce también un límite máximo, pues de otro modo, se desnaturalizaría su misión, viniendo á ser un Estado dentro de otro Estado mayor. Como no es posible fijar *à priori* la *unidad territorio* y la *unidad población*, sino que hay que atender á la relación que existe entre la población y el territorio, hasta estudiar la estructura sociogeográfica de nuestra vida municipal, nada podemos establecer. Sin embargo, dadas las exigencias y tendencias actuales del *municipalismo*, la complicación de sus funciones, la finalidad de las mismas, el incremento más intenso de la población, las mayores exigencias de la vida, la facilidad y rapidez de las comunicaciones, etc., etc., el agregado municipal contemporáneo no puede ser menor de diez kilómetros cuadrados en territorio y 5.000 habitantes en población, sin que ésta sea fórmula matemáticamente aplicable á España.

El territorio nacional está muy poco poblado. No sucede lo

mismo con el municipal. Generalmente, todas las provincias de la periferia, con alguna en el interior, son más densas en población. La aglomeración municipal resulta más grande. Mientras Alava y Avila sólo tienen un Municipio superior á 5.000 habitantes, Coruña posee 64, y Lugo 45. El régimen municipal no por eso se encuentra más perfecto en Asturias, Galicia, Vizcaya, Andalucía, Valencia y Murcia, que en las dos Castillas, parte de Extremadura, León y Aragón. Ni por el hecho de estar la población concentrada, como sucede en la provincia de Badajoz y las de Andalucía, hay más progreso en el régimen municipal que en la población diseminada del Cantábrico y del Atlántico de España. Desde luego, puede advertirse que la diseminación de la población puede contrarrestarse con el fraccionamiento de Municipios, y que el exceso de Municipios poco poblados puede contrapesarse fusionándolos; pero como hay que atender al territorio además, siempre resultará que, en las regiones poco pobladas, la distancia es un obstáculo que no puede salvarse donde carecemos en absoluto de un sistema perfecto de caminos municipales y de red telefónica rural. La multiplicación ó fraccionamiento de los Municipios actuales vendría á ser un peligro y un encarecimiento de la vida municipal, cuyo presupuesto se aproxima á la mitad de el del Estado.

La mejora sólo puede ser viable de momento. Desde luego, en los países muy poblados, como Galicia y Asturias, la concentración municipal es un vivero propio para el mayor arraigo del caciquismo. El parasitismo del cacique rural es tanto más temible cuanto más jugo puede sacar de las entrañas del campesino. El Estado podría contrarrestar este despotismo local restringiendo las funciones municipales y centralizando prudentemente la administración y el poder, hasta que la masa no estuviese apta para la autonomía, y sobre todo suprimiendo ó transformando el impuesto de consumos.

En España, como vemos, dada la distribución de la población, no puede fijarse *à priori* y en general la unidad *demo-*

gráfica y territorial del Municipio. Si la distribución de la población fuese matemáticamente igual, serían necesarios 25.000 Municipios en vez de los 9.000 que hoy existen, según la unidad que antes fijamos; pero dada la realidad de los hechos, el Estado debe prescindir de los mismos y fomentar el desarrollo de las comunicaciones locales. En esto, mejor que en otras muchas cosas, que producen mucho ruido sin ser nueces, podría imitar á la vecina Francia, que posee una red de caminos vecinales de 600.000 kilómetros, y á Alemania, donde el *teléfono* rural es á la vez nervio aferente y eferente de todas las corrientes de vida nacional, con rapidez vertiginosa. Para organizar debidamente según las exigencias sociogeográficas el municipalismo español contemporáneo, hay que desarrollar la red de ferrocarriles secundarios, caminos vecinales y teléfonos rurales, y perfeccionar el sistema postal, retribuyéndolo mejor. España será siempre un protozoo sin sistema arterial y nervioso, á no ser que la ley impresa en la *Gaceta* tenga eficiencia para que en un día ó en el plazo en que se promulgue, pueda recorrer á saltos toda la escala zoológica. ¡Oh candidez ministerial! ¿Pero es candidez ó cuquería?

***

Estadismo, provincialismo y municipalismo.—Estado, Provincia y Municipio: he aquí la vieja trinidad del antiguo derecho político, muy parecida á la otra de las tres potencias del alma: sensibilidad, inteligencia y voluntad. Cuando los teóricos de la política inventaron estas *categorías*, el Estado tenía una realidad; hoy adquirió ya otra: los ferrocarriles, el telégrafo, las facilidades de la emigración, todo contribuye á consolidar un *estado social* de viva inestabilidad y de continuo cambio. Un encéfalo social, órganos periféricos y conductores, buen sistema arterial y muscular, bastan. En el orden industrial, tiende á prescindirse cada vez más de los intermediarios. La política, que va entrando ya en el cauce

del industrialismo, propende también á eso. La provincia es un intermediario anacrónico. Donde la acción municipal es débil, el Estado ejerce despóticamente su función centralizadora. Donde hay cenestesia municipal y local, aquélla resulta inútil ó embarazosa. La economía del esfuerzo en la acción exige la eliminación de intermediarios costosos é inútiles. Y no podrá reconstituirse bien la vida municipal si no se prescinde de ellos, restringiendo ó limitando poco á poco su jurisdicción, para que poco á poco vayan muriendo por falta de ambiente. Se concibe la acción de organismos intermediarios en Estados grandes y poco poblados, como Rusia ó Norte-América. Lo que no se comprende es la necesidad de 49 organismos provinciales para una población de veinte millones de habitantes, cuyo coste al país excede de cien millones de pesetas.

El *federalismo municipal* y la reunión periódica de asambleas locales por delegados de cada municipalidad, debe sustituir nuestro anacrónico régimen provincial, que como torre del homenaje en ruinas, sólo ostenta títulos nobiliarios sin prestigio y sirve de albergue á todas las corruptelas y rapacidades de una burocracia de *presupuestívoros*.

Si queremos un régimen municipal fuerte y un poder central vigoroso, condensemos simultáneamente sus energías en sentido integral. Oreemos el alma en la realidad viviente y poderosa. Forjemos la novísima democracia al calor de la lógica de los hechos, renunciando para siempre á la metafísica política del pasado siglo, apriorista y anacrónica.

ELOY L. ANDRÉ

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

Al día siguiente de la reapertura de los Tribunales, un periódico de Madrid, *El Globo*, calificó de «arcaica» esta fiesta. A mi juicio, llevaba razón. No es antigua, pero sí anticuada. Ninguna utilidad produce. Suponiendo que los documentos que anualmente se publican con ocasión de ella tengan verdadero mérito, lo que no acontece sino rara vez, el provecho que de los mismos pudiera sacarse no está en modo alguno ligado á la necesidad de asistir á la fiesta referida para oírselos leer á sus propios autores. Al contrario, los puede uno saborear y sacarles el jugo, caso de que lo tengan, muchísimo mejor y más sosegadamente en la soledad de su estudio. Como en el día de hoy es una superfetación, yo creo que indefendible—á pesar de que muchos la defiendan,—una enseñanza donde el maestro deba limitarse á señalar libros llamados de texto y á obligar á los discípulos á que se aprendan la doctrina en los mismos encerrada, así también tengo por inútiles, cuando menos, esas reuniones solemnes de mil clases, como aperturas de curso, de Tribunales, ceremonias de ingreso en Academias, veladas de Ateneo, Juegos florales y demás, en que la gente se congrega porque sí, sin finalidad alguna, á oir leer un discurso que casi infaliblemente aburre á todo el mundo, ya porque no interesa lo que en él se dice, ya porque se tiene la seguridad de que en casa, tranquilo y quietecito, podrá uno enterarse de él mucho mejor que oyéndolo leer entre mucha

gente, oyéndolo por consiguiente mal, coreado por mil murmullos y viéndose uno obligado á compartir la atención entre muchas cosas. Por eso es frecuente que, en casos tales, los reunidos representen, de común y tácito acuerdo, una simple comedia: el uno aparenta que lee su disertación, y en realidad se limita á mascullar algunos párrafos de la misma, los primeros y los finales, por ejemplo, entregándola después, impresa, al juicio público; los otros, una vez que se han hecho presentes en el lugar de la cita, lo que quieren es que se acabe cuanto antes la fiesta; y si temen que no ha de suceder así, no acuden á ella. ¿No habremos de atribuir á este temor la escasez de público que presencia las aperturas de Tribunales y que presenciara también la última, según hicieron notar los periódicos?

Lo regular es que el discurso correspondiente al acto de que se trata lo escriban y lean los ministros de Gracia y Justicia. Alguna vez han dejado de hacerlo, ocupando entonces su lugar el presidente del Tribunal Supremo; pero pocas. Y aunque la ley que les impone tal obligación les deja en libertad completa para elegir asunto y desenvolverlo como mejor les plazca—al revés de lo que sucede con la Memoria del fiscal del Supremo,—viene siendo costumbre casi general que los ministros aprovechen la ocasión para dar á conocer el programa de reformas legales que, al decir de ellos, se proponen desarrollar desde su elevado sitio. Quizás esta circunstancia baste para justificar, á los ojos de muchos, la existencia y la persistencia de la ceremonia de la apertura. Voy á decir algo respecto de este particular, ya que hasta ahora, en los artículos que en años anteriores consagré en este mismo sitio á la ceremonia de referencia, nunca me hice cargo de él.

Por de pronto, no se me alcanza la razón de por qué haya de ser impropio de un discurso de apertura el estudio de temas doctrinales. Más bien parece lo contrario. El hacer programas legislativos y prometer tales ó cuales modificaciones en las leyes vigentes se presenta como cosa más adecuada á otros lu-

gares, v. g., al Parlamento. Para elevar un poco las miradas de los funcionarios de la administración de justicia é infundir á los mismos algo de la nueva savia que en otras partes anima á los organismos similares, quiero decir de savia científica, bueno fuera que el ministro del ramo les diese el ejemplo y les alentara á seguirlo, aprovechando para tal fin la más solemne de las ocasiones en que les congrega. Van ellos á reanudar sus interrumpidas funciones; el ministro tiene que dirigirles la palabra como jefe supremo suyo y como el más alto representante de la justicia en el país; ¿por qué no ha de hablarles de los progresos científicos últimamente realizados, de las concepciones nuevas, de las nuevas investigaciones, de los adelantos alcanzados en otras partes?

El principal argumento con que suele intentarse justificar la conducta contraria, ó sea la que ordinariamente se sigue, consiste en decir que los órganos de la administración de justicia tienen un carácter esencialmente práctico, y que por eso mismo lo que ellos deben tener siempre en cuenta para el buen desempeño de su cargo, y de lo que conviene que les hable el ministro siempre que á ellos se dirija, empezando por el acto de apertura de Tribunales, es de soluciones prácticas, de inmediata aplicación. Las disertaciones y discursos doctrinales son—según dicen—propios de Academias y Ateneos, y á estos centros los quieren quedar relegados. La especie la estamos oyendo á cada paso, aun cuando la mayoría de los que la formulan lo hacen rutinariamente, sin haber pensado jamás en lo que dicen ni en la razón y alcance de su aserto: ellos se limitan á repetir lo que han oído á otros, quienes, á su vez, estaban en situación idéntica. Parece ser también un estribillo que se aprenden casi todos los ministros de Gracia y Justicia: raro es el discurso de apertura de Tribunales en que no aparezca. ¡Al cabo, los ministros suelen pertenecer, con pocas excepciones, á la categoría de los hombres «prácticos», enemigos de las abstracciones y de las disertaciones teóricas! Esto es lo que el Sr. Santos Guzmán nos ha querido hacer saber al

participarnos que es un simple abogado, nó un jurisconsulto.

Yo he de decir que desconfío mucho de estos que á sí mismos se califican de hombres prácticos, y que si me parecen siempre peligrosos, creo que el miedo que se les debe tener aumenta al tratarse de los políticos, los funcionarios públicos, los abogados y demás gente de ley y de toga. Casi invariablemente, entre estos últimos, la «práctica» es sinónima de cortedad de alcances y escasez de cultura. Es hombre «práctico» el que ni estudia ni apenas discurre, limitándose á correr por los caminos de mucho tiempo atrás trillados y á manejar mecanismos viejos, con frecuencia herrumbrosos, legados por generaciones anteriores, y muy á menudo ya en divorcio con las necesidades del día. Y, en cambio, á los hombres de pensamiento y estudio, que están observando continuamente y reflexionando sobre las instituciones en cuyo seno viven, que sorprenden los enlaces de unas con otras, que examinan la virtualidad interna de todas, y que de este examen sacan inferencias y previsiones para el porvenir, normas que enseñan lo que debe hacerse para acudir á tiempo á los males que se están incubando calladamente y que más ó menos pronto saldrán á la superficie si no se remedian las causas que los producen... á estos tales se les moteja, por lo regular, de utopistas, y se dice de ellos que viven alejados de la realidad. Precisamente son los que están más cerca de ella. Si fuesen atendidos sus consejos y observaciones, se prevendrían oportunamente los desastres y caídas, más ó menos ruidosos, de las naciones, y no habría que echarse las manos á la cabeza, clamando por una regeneración inmediata, rapidísima, cuando el mal ha llegado á tal punto que no hay ya posibilidad de atajar sus progresos. Recordemos, v. g., el llamado desastre de España en 1898, y pongámoslo en relación con las peticiones de autonomía y de reformas administrativas para Ultramar, que muchos años antes venían haciendo ciertas personas, tachadas por eso, no solamente de teorizantes ilusos, sino hasta de malos españoles. A última hora, cuando el incendio había cobra-

do tanta fuerza que era ya imposible cortarlo, todo el mundo se sintió autonomista, y los que más vocearon la autonomía fueron los hombres «prácticos». Yo desconfío muchísimo que la *europeización* española, cuya verdadera necesidad sólo alcanzan á ver unos pocos cerebros complejos, y á cuya introducción se oponen con toda su alma los espíritus «prácticos», va á llegar á nosotros también tarde. Se dice á menudo que nos hace falta mucha cultura y que solamente con ella podremos elevarnos al nivel de otros países; mas lo cierto es que la mayoría de las veces se trata de simples frases, que se oyen y se repiten, pero que no nos tocan en el alma. Pocos serán, á la hora presente, los que en España sientan con calor cordial la necesidad urgentísima de hacernos cultos. Los hombres «prácticos», que constituyen, como se ha indicado antes, la inmensa mayoría, están persuadidos de que tenemos cultura suficiente, quizá hasta de sobra, y de que podemos hombrearnos con las naciones que pasan por más adelantadas, tratándolas de igual á igual. Para ellos, ésta es una verdad indiscutible, y se explica muy bien que así sea. Las personas de mentalidad más simple son, por lo regular, las más seguras de sus juicios: el labriego que no ha salido de su lugar piensa con mucha frecuencia que lo que en éste existe no puede ser superado por ninguna otra cosa, y desconfía de cuantos elogios ha oído hacer de las de otros sitios. No diría lo mismo si las hubiese podido ver con sus propios ojos.

Ahora bien: ¿no es cierto que ninguna de las profesiones liberales abunda tanto en hombres prácticos como la de los legistas? En todas las restantes se admite más ó menos la necesidad de estar al tanto de los descubrimientos científicos, de conocer las doctrinas de los investigadores y experimentadores más eminentes y reputados, de adquirir verdadera cultura; así sucede, v. g., con el ingeniero, con el médico, con el militar: la teoría y la práctica suelen estar para todos ellos perfectamente unidas, y tanto mejor práctico hará uno cuanto más conocimientos tenga. Todo lo contrario que pasa con los

juristas, quienes piensan y dicen—salvo alguna excepción—que para ser buen juez, buen abogado, buen fiscal, buen registrador, hay que ser un hombre práctico y dejarse de teorías, las cuales sirven tan sólo para entretener á los asistentes á alguna solemnidad académica, pero en modo alguno para satisfacer necesidades efectivas y reales. Lo que con esto se quiere decir no es, en puridad, otra cosa sino que los «hombres de ley», según ellos mismos se llaman, aquellos que monopolizan los puestos á cuyo cargo están las funciones de dirección y tutela social, precisamente las más difíciles y delicadas de todas, han de apartarse sistemáticamente del estudio científico y dejarse guiar en todo caso por el empirismo, como cualquier rutinario curandero. He aquí el alcance de la afirmación que se encuentra casi invariablemente, año tras año, en los discursos de apertura de los Tribunales, leídos por los correspondientes ministros de Gracia y Justicia, y que tampoco falta en el de este año, ó más bien que es la inspiradora del mismo. Pero semejante afirmación no se puede admitir como buena; al contrario, yo creo que necesitamos protestar vigorosamente contra ella. Frente á lo que aseguran los ministros, haciéndose eco de una opinión bastante general entre los abogados, es necesario decir que los jueces, y con los jueces cuantos órganos tienen á su cargo la administración de justicia en el país, están obligados á ser muy cultos y á conocer, más aún que el texto muerto de las leyes, otras muchísimas cosas que en las leyes no encuentran. ¿Quién tendrá mayor obligación que ellos de estudiar los progresos de las ciencias sociales y llevarlos á la práctica? ¿Acaso estos progresos no serán realizables? ¿Tendrán por único objetivo el servir de solaz al ánimo desocupado de unos cuantos utopistas? Si las ciencias sociales son susceptibles de progreso, y si los progresos realizados por los estudiosos de las ciencias sociales han de tener alguna trascendencia sobre la vida social, quisiera yo saber quién ha de traerlos á ésta sino los encargados de dirigirla y encauzarla, ó sea los funcionarios públicos en general, y más

especialmente los legisladores y los magistrados del orden judicial. En el conocimiento y manejo rutinario de los códigos hay muchísimos curiales y empleados burócratas que dan ciento y raya á los jueces; por tanto, si los órganos de la justicia han de ser unos hombres «prácticos», conforme se afirma, meramente prácticos, lo acertado parece encomendar esa función en manos de los aludidos empleados y curiales, suprimiendo la judicatura. He aquí lo que nuestros ministros de Gracia y Justicia debieran hacer para ser lógicos. Si el espacio lo permitiera, insistiría más en esto, que bien lo merece; pero tengo qué dejarlo para otra vez.

***

El Sr. Santos Guzmán, siguiendo el ejemplo (malo) de muchos antecesores suyos, ha salido del paso de cualquier manera. Su trabajo se intitula «discurso», á mi parecer, por estas dos razones: primera, porque de algún modo había de llamarlo; segunda, porque la ley dice que en el acto de la apertura de Tribunales ha de leer el ministro un *discurso*, y para no apartarse del precepto legal se viene dando aquel nombre á lo que leen todos los años los ministros, sea ó no sea discurso. El de este año, v. g., no lo es, como tampoco lo han sido bastantes otros, á menos que demos á la voz una significación mucho más amplia que la corriente. Hasta ahora, muy pocos son los ministros que no hayan aprovechado la solemnidad de referencia para hacer un programa de las reformas legislativas que se proponían acometer, al decir de ellos; programa que, en realidad, no era otra cosa sino una verdadera *plateforme*, en cuanto los autores del mismo sabían perfectamente, ó debían saber, que no iban á desarrollarlo, y que, por lo mismo, sus promesas tenían cierto carácter de señuelo para atraer y deslumbrar, pues no nos es permitido suponer que las frases y palabras escritas no tuvieran más objeto que llenar unas cuantas páginas y cumplir de este modo la obligación

impuesta por la ley. Esto hubiese hablado bien poco favorablemente para un ministro.

Sin embargo, es difícil que podamos admitir otra hipótesis. Yo me resisto á creer que los mencionados programas fuesen formulados en serio. El lugar y la ocasión en que se exponían, y la eminente posición de los autores de los mismos, obligan á presumir sinceridad en las ofertas. Pero entonces los ministros de Gracia y Justicia españoles no podían menos de ser superlativamente cándidos, con candidez rayana en infantilismo. Desconocerían en absoluto el medio social á cuyo frente se encontraban para dirigirlo y protegerlo. De no ser así, sabrían, por un lado, que las palabras y promesas de los ministros en España provocan, en cuantos las escuchan ó las llegan á conocer, una sonrisa de escepticismo, por cuanto no suelen ser palabras de rey, sido muy al revés; y por otro lado, que nuestros Cuerpos Colegisladores dan de sí poquísimas leyes, y entre ellas casi ninguna acertada. Sin remontarse muy atrás, contrayéndose á la labor de sus predecesores en el ministerio durante un período de algunos años, el actual ministro de Gracia y Justicia podría haber advertido que casi todos cuantos ocuparon antes que él la misma poltrona prometieron, en el discurso de apertura de los Tribunales, hacer reformas legislativas muy numerosas, y en ocasiones hasta trascendentales. Pero los años pasaron; sucediéronse unos ministros á otros, renovando ofrecimientos antiguos ó haciéndolos nuevos, y todo sigue igual que estaba. El Sr. Santos Guzmán no debe hacerse la ilusión de que su programa reformador vaya á tener suerte distinta que los de sus compañeros. El discurso de 15 de Setiembre último será un discurso más que añadir al montón ya crecido de los discursos de apertura, y tan anodino como la mayoría de ellos (1); un nuevo documento de nuestra ineptitud

(1) A juicio mío, no pueden calificarse de exageradas estas afirmaciones, que coinciden con las que en la *Revista de los Tribunales* (número de 26 de Setiembre último) ha hecho el Sr. Soto y Hernández. «Más ó

para ninguna empresa útil; una prueba irrefragable de la oquedad de nuestros gobernantes y políticos, á la vez que de la mentira y la falsedad que se hallan señoreadas de todas nuestras relaciones. Háblase en él de reformar casi todo el organismo legislativo español; pero desde el propio ministro, autor del discurso, hasta el último ciudadano que por los periódicos haya tenido noticia de él, todo el mundo sabemos perfectamente que se trata de hablar por hablar, y que las promesas ministeriales son uno de tantos «valores entendidos» como en nuestra sociedad corren: moneda falsa que á sabiendas hacemos circular de mano en mano, recibiéndola como buena y tejiendo así un sinnúmero de relaciones mentirosas, de las que casi todos somos fautores, que es decir farsantes, y donde cuanto más farsante se es más se prospera. La apertura de los Tribunales, acto ya de suyo ridículo, como lo son por lo regular todas las aperturas y solemnidades análogas, se convierte de este modo en escenario, desde donde habla al público, ó lo que es igual, al país, para mentirle y engañarle en tono solemne y aparentemente serio, uno de los principalos actores que representan la comedia de la vida política. Si esa apertura fuese un acto tan grave y respetable como algunos aparentan creer, los ministros no irían á ella á exponer programas que de antemano saben que no van á cumplir; acudirían para tal efecto á una entrevista periodística, real ó supuesta, pues ya sabe todo el mundo que los políticos se aprovechan de las *interviews* para encubrir su pensamiento, estimando que si siempre es permitido usar de la palabra para

---

menos elocuente—dice este escritor,—más ó menos literario, más salpicado de citas ó menos rico de aderezo y enjundia, más largo ó más corto, el discurso es siempre el mismo en el fondo, y es sensible que el ministro á quien corresponde actuar no pueda leer de nuevo el de su antecesor, ahorrándose la pena de componerlo y la fatiga de elegir asunto. El ministro de Gracia y Justicia dedica la mayor parte de las páginas de su lucubración á manifestar lo que *piensa hacer*, es decir, lo que *haría* si le dejaran, lo cual equivale á exponer lo que seguramente *no hará*.»

este fin, aun en ocasiones graves y solemnes, las entrevistas se han inventado justamente para decir mentiras al público siempre que uno quiera. Es una forma ligera, que no compromete á nada ni obliga á decir verdad sino cuando al entrevistado le parezca conveniente decirla.

***

Tengo que hacer ahora una advertencia. Está muy lejos de mi pensamiento el lamentarme de que el Sr. Santos Guzmán no pueda llevar á la práctica el amplio programa legislativo trazado en su discurso de apertura. A casi todos los que ocuparon antes que él el Ministerio de Gracia y Justicia les ocurrió esto mismo, y no creo que por eso hayamos perdido nada los españoles. La inactividad de los gobernantes es á menudo un mal menor que su actividad, de ordinario mal empleada. Sin cultura, sin mucha cultura sociológica, no pueden hacerse buenas leyes, y ya se sabe que nuestros ministros, igual los de Gracia y Justicia que los de otros ramos, suelen hacer alarde de su *practicismo*, que vale tanto como decir—según queda advertido—de su ausencia de lastre filosófico y doctrinal. Esto, aparte de que la confección de las leyes obedece no pocas veces entre nosotros á motivos de orden muy inferior, y hasta inconfesables y vergonzosos.

Mas no pára aquí todo. Aun dando por supuesto que los legisladores estuvieran guiados por intenciones rectas; que persiguieran el interés general y no el personalísimo suyo, el de sus amigos, parientes y allegados, ó acaso la satisfacción de apetitos insanos ó de caprichos pueriles; y que, además de esto, tuviesen bastante ilustración y dominasen bien la técnica legislativa, preciso es tener en cuenta una consideración que casi siempre solemos descuidar, y que se refiere á los resultados limitadísimos que debemos esperar de las leyes.

Es acha que común entre nosotros lo de atribuir una acción

omnipotente á los gobiernos, y por lo mismo creer que sólo de éstos depende la vida colectiva, igual para lo bueno que para lo malo. Proviene tal error, como causa principalísima, entre otras, de nuestra deficiente educación mental. Nos falta el convencimiento de la naturalidad de los fenómenos sociales, así en su producción como en su desarrollo, y por consecuencia, la persuasión de que los mismos son el resultado de sinnúmero de elementos, y no exclusivamente de uno ó de algunos. Pero sea por lo que sea, el hecho indudable es que, entre nosotros, se propende á sobrestimar el poder de los gobiernos. A la intervención de los mismos, al funcionamiento de sus diferentes órganos, llamados poderes públicos, es á quien endosamos la responsabilidad ó el mérito de casi todo cuanto socialmente acontece. Al gobierno culpamos de todos los males que caen sobre nosotros, y en su haber ponemos todas las prosperidades que podamos disfrutar. Se le suele apuntar en la cuenta (me parece que no sin alguna razón) hasta el tiempo, bueno ó malo, que haga. Y confiando en dicho poder absoluto del gobierno, esperamos de él que remedie por medio de leyes todos los males y defectos que advertimos en la agrupación social á que pertenecemos. Los ministros y gobernantes participan de la opinión corriente, y tomando en serio su papel de todopoderosos, se figuran que van á arreglar el mundo á fuerza de disposiciones legales. Pretenden modificarlo todo, menos precisamente lo más necesitado de cambio, aquel factor en donde reside la raíz verdadera del bien y el mal, que es el hombre. De éste no se acuerdan. Advierten, por ejemplo, que funciona mal la magistratura, ó la policía, ó el profesorado, y no se les ocurre concentrar las fuerzas en la formación de buenos magistrados, buenos profesores, buenos policías; sino que se conforman con dar una nueva vuelta á las leyes, á fin de tapar los agujeros que se notaban en la trama legal vigente. Pero al momento esa trama se rompe por otro sitio, porque queda dentro de ella un bicho malvado en acecho de la parte débil, que siempre la hay (aun Aquiles la tenía), para sacar por ella

las uñas al menor descuido. No hay ley ni código, por numerosos que ellos sean y por perfectos que se les suponga, capaz de impedir á los hombres que se porten mal, como éstos quieran, porque la voluntad de los hombres no se improvisa, ni se torna de buena en mala porque las leyes lo dispongan.

Nos hemos burlado muy á menudo, y aún seguimos burlándonos cuando la ocasión llega, de aquel artículo 6.° de la Constitución de Cádiz, donde se dice que los españoles están obligados á tener amor á su patria, y asimismo á ser justos y benéficos. Pero yo no sé por qué no nos hemos de burlar igualmente de todas las leyes, pues no hay una siquiera que no se proponga hacer que los hombres sean, por la fuerza si es necesario, benéficos, justos y amantes de su patria. No sé yo por qué causa hemos de tomar como una candidez el citado precepto de la Constitución de 1812, y no han de parecernos cándidos mil y mil otros semejantes de la de 1876, de los Códigos civil y penal y de otras muchísimas leyes, donde se declaran y sancionan los deberes que los españoles hemos de cumplir para ser justos, benéficos y buenos patriotas.

Sí; las leyes, lo que generalmente persiguen ó aparentan perseguir, es que los hombres se conduzcan bien. No es otra la razón que les da vida. Sólo que si los hombres se empeñan, por estas ó las otras causas, en ser malos, malos serán á despecho de todo. En este caso, las leyes son cuchillos que no cortan, ó instrumentos que manejan á maravilla los tunantes y astutos para realizar á cara descubierta y sin riesgo alguno sus bribonadas. Hay pocas cosas tan repugnantes moralmente como los actos legales, los amparados por el *strictum ius* (1). Es adagio tan conocido como verdadero

(1) Recordemos, por ejemplo, por ser caso reciente y que los periódicos han sonado mucho, lo ocurrido con la formación del tribunal de honor al Sr. Torres Cartas; este caso no tiene nada de inaudito; muy al contrario, todos los días están pasando otros bastante más graves, pero que conocen pocas personas porque los periódicos no les dan publicidad.

aquel según el cual «el que hace la ley hace la trampa», y es claro que mientras los buenos utilizarán la ley para fines lícitos, los tramposos, en cambio, se servirán de ella para dañar y mortificar impunemente, y acaso con malvada complacencia, á sus convecinos. ¡Cuán exacto es lo que dice el Sr. Santos Guzmán, á saber: que «la malicia y la maldad de los hombres tiende á torcer el sentido jurídico de las leyes, á aplicarlas á casos inadecuados y á violentarlas en una ú otra forma, poniéndolas así al servicio no del derecho, sino de la sinrazón y de intereses bastardos»! Pero, cosa muy extraña, al señor ministro no se le ocurre otro procedimiento para prever esta «realidad de la vida» sino el de publicar nuevas leyes, que es como si alguien buscase la extinción de un incendio echando leña encima.

Una de las manifestaciones de nuestra podredumbre moral, ó anemia, ó lo que sea, es la de las *recomendaciones* é *influencias*. Están ya tan connaturalizadas con nosotros, que no sabemos vivir sin ellas. Son parte principalísima de nuestro ambiente social. Al que no las atiende ó utiliza lo consideran como «hombre raro, que no guarda debidamente las conveniencias sociales ni vive dentro de la realidad»; sin perjuicio, eso sí, de hacer luego, los mismos que así se expresan, discursos más ó menos bonitos en que se truena contra el influjo corruptor de las recomendaciones y contra otros vicios análogos, muy españoles, que «nos hacen desmerecer en el concepto de los pueblos cultos». Con buscar luego una salida cualquiera, que los *vivos* y los *pardillos* encuentran fácilmente, tal como lo de que no importa obrar mal, siempre que se arrepienta uno ó diga que se arrepiente, v. g., á la hora de la muerte, que fue el caso del buen ladrón, ya está todo arreglado: ancha es Castilla; carta blanca para ser un granuja. Esa carcoma de las recomendaciones alcanza también, juzgando por las muestras, á los dos organismos de la magistratura y el ejército, de los que por mentira convencional solemos decir que son los únicos sanos de la sociedad española. No hace aún muchos meses

que los correspondientes ministros de Gracia y Justicia y de la Guerra publicaron sendas Reales órdenes prohibiendo á los funcionarios de uno y otro Cuerpo dar oídos á las recomendaciones. Yo no sé el caso que los jueces y magistrados, los oficiales y jefes del ejército habrán hecho de estas prohibiciones; me atrevería á asegurar que ninguno. Antes de que se publicaran, ya tenían ellos la obligación de proceder siempre en justicia, pero por lo visto la descuidaban; había leyes que les mandaban ser justos y buenos patriotas, pero no las atendían. ¿Se habrá logrado algo con la nueva? Presumo que no. Los que antes de que apareciese en la *Gaceta* no eran sensibles á las recomendaciones, seguirán rechazándolas; los demás continuarán dándolas oído, aunque sea bajo cuerda ó indirectamente. Todos se comportarán ahora como se comportaban antes, y todo seguirá, por lo tanto, como estaba. Esta es la suerte que ha tenido una disposición semejante, dada hace unos doce años, siendo director de Instrucción pública el señor Santamaría de Paredes, y en la que se prohibía á los tribunales de exámenes de los centros de enseñanza atender las recomendaciones. De lo que en este orden pasa puedo dar fe; y como para muestra un botón es bastante, infiero que en los otros órdenes ocurre lo mismo.

Hace dos años, hablando en este mismo sitio del discurso de apertura de los Tribunales leído por el señor marqués de Teverga, en el que se prometía una ley de responsabilidad judicial que el ministro juzgaba de necesidad urgente, pero que como tantas otras ha quedado nonnata, sin que nadie haya vuelto á acordarse de ella, dije algo que en otras ocasiones he repetido y que me veré obligado á repetir con frecuencia; es á saber: que no son leyes lo que nos hace falta, sino hombres. Ahora mismo, sin ir más lejos, al ponerse á la vista la corrupción policíaca de Madrid—que por cierto no sé por qué ha extrañado á nadie, pues no es ninguna cosa extraordinaria, sinó más bien una pequeña señal de la gangrena que nos tiene cogidos por todas partes,—hemos pensado en arreglar el asunto,

no ya tratando de formar un personal idóneo *ad hoc*, para, una vez formado, encargarle de las funciones de policía, sino cambiando el reglamento existente por otro nuevo y dejando cesantes á algunos individuos del Cuerpo, para colocar en lugar suyo á otros, tan faltos de educación especial y muy probablemente no mejores ni de otra madera que aquéllos. Estamos dominados completamente por la superstición de la omnipotencia legal, los ministros tanto ó más que nadie, y mientras no concluya el imperio de la superstición y busquemos el remedio á nuestro estado por otras vías que las que al presente seguimos, no es de esperar mejoramiento alguno. Aunque las mil y cien leyes, y otras disposiciones prometidas año tras año por los diferentes ministros, llegaran á ser un hecho, no lograríamos adelantar gran cosa; continuaríamos, poco más ó menos, igual que ahora estamos, ó peor. Los tiros hay que dirigirlos á otra parte.

***

Pocas palabras acerca de la Memoria, á la cual, como á las de otros años, pueden aplicarse algunas de las observaciones que dejamos hechas al tratar del discurso. Sin embargo, bueno es advertir que á los fiscales del Supremo se les concede, para hacer este trabajo, menos libertad que á los ministros de Gracia y Justicia para el suyo. Los fiscales tienen una pauta trazada de antemano, donde se les señala los asuntos de que han de ocuparse, y hasta el orden en que deben hacerlo. Pero, como antes se dice, los hombres hacen de las leyes lo que quieren, y en cambio no hacen las leyes lo que quieren de los hombres, según se imaginan á menudo las gentes. Los fiscales del Supremo, igual que todos los funcionarios encargados de interpretar y aplicar las disposiciones legales, pueden hacer de su capa un sayo, sin apartarse de la ley, y, en efecto, así estamos viendo que ocurre á cada paso. Dentro de poco hemos de tener un ejemplo claro de ello, al fijarnos en uno de los

puntos que la citada Memoria estudia. Por otra parte, debemos advertir que la norma dada para la confección de estos trabajos fiscales es tan general, que dentro de ella pueden moverse con grandísima latitud sus autores, y por eso el mérito de tales trabajos se halla indisolublemente unido al talento y á la cultura de quien los escribe. Los campesinos de por acá dicen, con razón, que en toda obra el buen manejo de las herramientas é instrumentos depende, todavía más que del mango, del sobremango, es decir, de las manos que los usan.

La Memoria del presente año se diferencia poquísimo de la mayoría de las correspondientes á los años anteriores. No es larga, ni podía serlo, visto el escaso tiempo que el señor fiscal ha tenido por delante para escribirla. Esta circunstancia me parece que se debe tener presente para juzgar el escrito con indulgencia. En dos meses, durante los cuales hay que compartir el tiempo con otras muchas y penosas atenciones, poco puede hacerse. Bien es verdad que «el bien ó el mal del cuerpo entero á la cara sale»; quiero decir que cuando uno tiene su preparación hecha de antemano, producto de una larga y persistente labor de mucho tiempo, no es necesario improvisarla en cortos días; y entonces esa preparación rezuma, aun sin quererlo ni proponérselo, en cuanto diga ó escriba el sujeto de que se trate.

He dicho que la Memoria de este año se parece á las de los anteriores. No faltan en ella las acostumbradas censuras á la justicia municipal, malísima sin duda, pero que ni se remedia, como parece creerlo D. Eugenio Silvela, con una nueva ley, que no haría sino cambiar el escenario donde se movieran los mismos actores que hoy manejan el cotarro, ni es tampoco peor que los otros organismos jerárquicos superiores, de los que no hay año ninguno en que los fiscales no digan elogios. Insisto en lo que ya he advertido otras veces. Nuestra administración de justicia es mala de arriba á abajo, tan mala como todas las demás. Lo sabe bien todo el mundo, desde los

políticos que influyen en ella, y que si la ensalzan en público dicen luego en secreto mil perrerías, casi siempre verdad, aun cuando á menudo lo hagan por despecho ó por odio, cuando las cosas no salen á medida de su gusto, hasta la pobre gente del pueblo, cuyos juicios respecto de nuestros tribunales de justicia, altos y bajos, hay que oir. ¡Qué apreciaciones respecto del particular escucho yo á menudo en las aldeas, v. g., á los que vuelven de los juicios orales, ó tienen que ver algo, por cualquier motivo, con la justicia! Y no las tengo, la mayoría de las veces, por exageradas ni erróneas. Señores fiscales del Supremo, señores periodistas, señora clase directora, señor todo el mundo: acabemos de una vez con tanta mentira y tanta farsa con que constantemente procuramos engañarnos los unos á los otros, y con que, sobre todo, nos estamos burlando de los infelices que constituyen la masa crédula, inocente y explotada, y desposémonos de verdad con la verdad. ¿Cuántos tribunales españoles encontraría esta última dignos de las alabanzas que solemos prodigarles?

Tampoco falta en la Memoria el indispensable capítulo tocante á las causas de la criminalidad, el indispensable juicio sobre el funcionamiento del jurado en el año transcurrido, y las indispensables resoluciones de por menor acerca de las dudas que á ciertos fiscales de Audiencia se les han ocurrido en cuanto al modo como se deben aplicar algunos preceptos de la ley de Enjuiciamiento criminal y del Código penal. Nada nuevo tengo que decir respecto del asunto. Las observaciones que habría yo de hacer sobre estos extremos son muy parecidas á las que he escrito en años anteriores al ocuparme de la respectiva Memoria de apertura de los Tribunales, por lo cual las doy por reproducidas ahora.

Pero el punto saliente de la disertación del señor fiscal del Supremo lo constituye la parte destinada á justificar ciertas persecuciones políticas. Aquí está el verdadero centro de la Memoria de este año. Yo aseguraría que el resto de ella lo ha escrito el Sr. Silvela muy distraídamente, sin calor apenas, por

cumplir y con impaciencia grande por llegar cuanto antes al punto á que acabo de referirme. En cambio, ¡con qué gusto se le ve que trata éste! Habla de él con un gran entusiasmo, verdaderamente enardecido. La doctrina contraria á la que él sustenta, la califica, *ex cathedra*, nada menos que de *enorme herejía jurídica*, y luego de explicar á su modo varios artículos del Código penal, y de citar algunas sentencias del Tribunal Supremo, parece que rebosa de satisfacción por haber dejado así «reducida á polvo la herejía jurídica antes apuntada». Es de advertir también que, mientras el Sr. Silvela resuelve como le parece más acertado las dudas que han hecho llegar hasta él algunos fiscales respecto á la interpretación y aplicación que ha de darse á determinados artículos del Código penal, y, por lo tanto, no hace otra cosa sino responder á quien le pregunta por razón de su cargo, en el caso presente no sucede así. Nadie le ha preguntado nada, ó, por lo menos, él no lo indica. Habla espontáneamente, como quien tiene dentro una cosa que le estorba y no descansa hasta que le da suelta. Solamente asegura que va á combatir la opinión de una «alta autoridad científica», y al decir esto, el pensamiento del señor fiscal se fija en «un catedrático republicano», según nos hizo saber *La Correspondencia de España* de 14 de Setiembre pasado. Las instituciones políticas vigentes—de cuya defensa por los ataques, aun de simple palabra, contra ellas se trata—tienen uno de sus más convencidos y ardientes devotos en el Sr. Silvela. ¿Quién podría dudar del dinastismo fiel de éste, después de leer las páginas correspondientes de la Memoria?

Yo voy á decir muy poco sobre lo que el autor sostiene en las mismas. Aun cuando las reflexiones que ellas me sugieren son abundantes, la carencia de espacio me impide estamparlas en este sitio. Desde luego aseguro que mi modo de pensar es muy diferente de el del Sr. Silvela. A mi juicio, no hay nada, absolutamente nada indiscutible, ni en metafísica, ni en historia, ni en sociología, ni en política. Puede todo hombre censurarlo y condenarlo todo, lo mismo que puede alabarlo y de-

fenderlo. No me ha cabido nunca en la cabeza eso de que los elogios, aun los inmerecidos, las adulaciones y humillaciones sean en todo caso lícitos y aceptables, y en cambio deba reprobarse la censura. Y esto vale, á mi parecer, con relación á todos los órdenes y á todas las cosas, sean las que sean, sin excluir, claro está, las llamadas «bases» del orden social y las instituciones políticas. Si yo creo mala una cosa y buena otra, ¿por qué no he de poder decirlo? Mi opinión es que no se debe acometer, ofender ni hacer mal directamente á nadie; repruebo toda violencia; pero, ¿á santo de qué ha de prohibírseme dar, v. g., vivas á Carlos VII y á la política que representa, siendo de mi gusto, y echar, en cambio, pestes de la república ó de la monarquía, incluso de la monarquía que nos gobierna? Es más: yo sostengo que se puede y se debe hablar de la vida entera de toda persona, hasta de la vida privada, porque es cosa que interesa á todo el mundo. Y como para mí, bajo este respecto, lo mismo que bajo otros muchos, no hay por qué establecer excepciones en favor de nadie, así sea el jefe del Estado (rey ó presidente), pues en todo caso hay derecho á exigirle á él, por causa de su posición, más que á otro cualquiera, es claro que ni me parece indiscutible la presente monarquía española (lo mismo diría si fuese república), ni tampoco la persona del rey. A lo que el rey sí creo que tiene derecho, pero no más ni menos que otro cualquier individuo, es á que se le respete y no se le ofenda en cuanto persona.

Así veo yo las cosas. Pero claro está que no presumo de infalible, y, por consiguiente, no excomulgo á los que piensen de distinto modo que yo, ni califico sus opiniones de herejías. Piense el Sr. Silvela que no tiene él la exclusiva para poder interpretar nuestras leyes y constituir una iglesia cerrada, de donde queden expulsados los que no acepten sus soluciones. El mismo derecho que él tienen los demás; y si él moteja de herejías jurídicas (legales ha querido decir, pues lo jurídico es otra cosa) las doctrinas de quienes dan de los correspondientes artículos del Código penal vigente una explicación distinta

de la que él ofrece en la Memoria á que me estoy refiriendo, no podrá extrañarse de que los que se colocan en punto de vista distinto del suyo le devuelvan la calificación. ¿Cuál de las dos partes acierta? Véase, pues, cómo, según antes he advertido (pág. 96), las leyes no dicen realmente nada más de lo que les hacen decir los hombres que pretenden interpretarlas y aplicarlas.

Tengo que añadir á este propósito una cosa. Los fiscales del Supremo pretenden arrogarse el monopolio de esta interpretación, ó, mejor dicho, compartirlo con el Tribunal á que pertenecen. Cuando el Gobierno quiere llegar á un resultado determinado, y no hay ley que le parezca suficientemente clara al efecto, ya está el fiscal de referencia con la pluma en ristre para dirigir una circular á sus subordinados, *mandándoles* que, con arreglo á tales ó cuales artículos, hagan esto ó lo otro. Así ha sucedido también ahora. Pero, ó los señores fiscales no se han parado á pensar lo que hacen, ó á sabiendas cometen una ilegalidad (una «enorme herejía jurídica», diría D. Eugenio Silvela), á lo menos cuando se trata de asuntos penales, como casi siempre pasa. Si yo fuese fiscal de cualquiera de nuestras Audiencias, al recibir estas circulares del fiscal del Supremo les daría el mismo valor que á un artículo que leyera en una revista, firmado por Juan Pérez. Si mi opinión era como la del superior, ó como la de Pérez, haría lo que ellos mandaban ó aconsejaban; mas no porque ellos lo mandasen ó aconsejasen, sino porque nuestras opiniones coincidían, ó lo que es lo mismo, obedeciendo á mi propia opinión. En caso contrario, no haría más caso de la circular que del artículo de Juan Pérez. Y no sólo esto, sino que igual conducta seguiría hasta con las sentencias del Supremo. Pues debe saberse que ni las sentencias ni las circulares tienen, legalmente, fuerza obligatoria: en lo penal, sin duda ninguna; y en lo civil es dudoso si la tienen las sentencias, jamás las circulares. Unas y otras son puras reglas de interpretación que nos dan algunos funcionarios judiciales, ó sea opiniones particulares

de éstos, que yo, juez ó fiscal, puedo seguir ó no seguir, según me plazca, pues en mi mente no manda nadie, sino yo mismo, y quizá ni aun esto; y mis juicios, tanto sobre las leyes como sobre los hechos (interpretación, sentencias, dictámenes, informes...), he de formarlos yo con mi cabeza, no puedo recibirlos ya concluídos de nadie, como recibo, v. g., un sombrero ú otro producto hecho á máquina.

Ni puede tampoco olvidarse que en el problema referido va envuelto un grave caso de conciencia. Si yo soy carlista, y lealmente juzgo que el carlismo es muy superior á la república y mucho más á propósito que ésta para servir los intereses de la justicia y los de la patria, no sé cómo, sin hacer violencia á mi conciencia y sin atormentarla, voy á perseguir judicialmente á unos hombres, á los carlistas, que aspiran á implantar un régimen que tiene todas mis simpatías. Hace poco tiempo, cuando más agitados andaban en Francia con motivo de la ley de congregaciones religiosas, hubo jefe militar que se negó á obedecer á su superior que le mandaba desalojar por la fuerza el domicilio de una comunidad rehacia, alegando que el hacer tal cosa repugnaba á sus sentimientos religiosos. Fue procesado y absuelto, aun cuando para llegar á la absolución se agarraron los jueces al pretexto de que había dejado de cumplirse una insignificante formalidad. A mí me parece muy bien esta absolución; pero hago extensiva la regla á todos los casos análogos, incluso á aquel en que algún individuo, ó muchos, rehusen ingresar en las filas militares por parecerles ilícito formar parte de un cuerpo destinado no más que á matar y hacer violencia sobre otras personas. No concibo que hagamos uso de dos medidas. Supongo yo que si el carlismo llegase á triunfar en España, los dinásticos de hoy se quejarían, con razón, de que se tratara de amordazarles, y, á pesar de la prohibición, tenderían á restaurar á sus Borbones. ¿No lo hicieron ya así allá por los años 1868-74? ¿Eran criminales sus aspiraciones? Entonces el régimen actual se asienta sobre una base poco firme. Piénsenlo bien, y piensen, además, si les ha

dado Dios algún privilegio para que su condición sea distinta de la de los otros hombres. Lo mismo digo de todos los que (por ejemplo, los clericales y los anticlericales rabiosos), al sentirse oprimidos, condenan las intolerancias y las persecuciones, y piden libertad, pero una libertad que les ponga en situación de ser ellos los amos, los intolerantes, los perseguidores y opresores (!).

P. Dorado

EL ARBITRAJE HISPANOAMERICANO

Ufánase con razón sobrada la América española del abolengo que tiene y de las raíces con que cuenta en su legislación internacional la idea del arbitraje, porque, como dice uno de sus más ilustres tratadistas, el profesor de la Universidad de Santiago de Chile, D. Gaspar Toro, esa idea nació asociada entre las repúblicas hispanoamericanas á la idea política de liga y confederación y como complemento natural de éstas.

Era aún en Europa, en la culta Europa, que no sin legítimos títulos marcha á la cabeza del movimiento progresivo del derecho internacional, poco más que un sueño, una generosa, casi utópica aspiración, y ya la América consignaba la cláusula arbitral en los pactos que celebró Colombia de 1823 á 1825, con el Perú primero, con Chile después, con Méjico más tarde, y por último con Centro-América; pactos que fueron como la preparación del Congreso de Panamá, que tuvo lugar en 1826. Todos esos Tratados tienen un punto común: en todos ellos se contiene una cláusula, por virtud de la cual habría de reunirse «una Asamblea general de los Estados americanos, compuesta de sus plenipotenciarios, con el encargo de cimentar de un modo el más sólido y estable las relaciones íntimas que deben existir entre todos y cada uno de ellos, y que les sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de sus Tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de *juez árbitro* y conciliador en sus disputas y diferencias».

Estos Tratados ofrecieron dificultades para su ratificación, porque el Perú no aceptó el que se atribuyese á dicha Asamblea el carácter de *juez árbitro*, y Méjico, Chile y Centro-América rechazaron también esa cláusula en una ú otra forma. Por esto, en el Congreso de Panamá se limitó, cambiando de carácter y perdiendo gran parte de su alcance y de su extensión, el compromiso arbitral; y así, en el Tratado de 15 de Julio de 1826 no aparece el arbitraje general, absoluto y sin limitaciones, como en los pactos de 1823, y si bien se mantiene la obligación general de acudir á la decisión de la Asamblea de representantes antes que á las vías de hecho, se hace potestativo el cumplimiento de la decisión; es decir, que el fallo de la Asamblea no era obligatorio si las potencias no habían convenido previamente en que lo fuese.

Semejante cambio era consecuencia natural del operado en la situación de América. En 1823 aún tenía ésta que luchar por su independencia, y lógicamente se imponía la necesidad de evitar todo conflicto entre los Estados que comenzaban á dibujarse; pero en 1826, siendo ya un hecho definitivo la existencia de las repúblicas hispanoamericanas, é iniciados los trabajos de su organización interior, comenzaban á surgir entre aquéllas las cuestiones de límites que desde entonces las han mantenido en estado de perpetua agitación, y esas cuestiones aflojaban los lazos de solidaridad que apretara el común peligro.

Por esto, cuando la anexión de Texas á los Estados Unidos obligó á Méjico á sostener desigual lucha con la república norteamericana, y cuando se creyó que el general ecuatoriano Flores recibía auxilio de los gobernantes españoles para organizar una expedición contra su propia patria, es decir, cuando á juicio de los hispanoamericanos resucitó el peligro, cuando de nuevo temieron por su independencia, volvieron á intentar unirse, y reapareció el principio del arbitraje en una forma mucho más amplia, mucho más comprensiva, no ya que la de 1826, sino que la misma de 1823. Así es que en el *Tratado*

de Confederación de 8 de Febrero de 1848, que se firmó en el Congreso de Lima, se estableció la mutua mediación para resolver los conflictos entre las repúblicas; y para el caso de que aquélla no fuese bastante, se consignó que si las partes contendientes no convenían en someter sus diferencias al arbitraje de un gobierno elegido por ellas mismas, entonces el Congreso de los plenipotenciarios, examinando los motivos en que cada una de las repúblicas interesadas fundase su pretensión, pronunciaría el fallo que estimase más justo. Añadía el artículo 10 que si alguna de las repúblicas confederadas iniciaba hostilidades, faltando á lo acordado en este artículo y en el anterior, ó rehusaba cumplir lo decidido por el Congreso, las demás repúblicas confederadas suspenderían todos sus deberes para con aquélla, sin perjuicio de los demás medios que adoptasen para hacer efectiva la decisión y para que la república refractaria sufriera las consecuencias de su infidelidad á este pacto. Es decir, que llegando á lo que hoy todavía se considera como una aspiración generosa, no sólo se decretaba el arbitraje obligatorio, sino que se fijaba la forma de hacerlo efectivo; y como si esto no fuese bastante, se hacía extensivo aquél á toda clase de cuestiones, incluso las de límites. «Si los respectivos gobiernos—decía el art. 7.°—no aprobaren la demarcación hecha por los comisionados, ó si éstos no pudieren ponerse de acuerdo para hacerla, se someterá el asunto á la decisión arbitral de alguna de las repúblicas confederadas, ó de alguna de las naciones amigas, ó del Congreso de los plenipotenciarios.»

En el Tratado de unión continental firmado por Chile, el Perú y el Ecuador en Santiago, en 15 de Septiembre de 1856, y en la Convención de alianza y confederación que suscribieron en Washington, el 9 de Noviembre del mismo año, Méjico, Nueva Granada, Venezuela, Guatemala, el Salvador y Costa Rica, no obstante haberse redactado bajo la influencia de la alarma producida por la anexión de Nuevo Méjico y la California y por las invasiones de Walker en Centro-América, orga-

nizadas en los Estados Unidos, se redujo todo á recomendar los medios pacíficos de conciliación y cordial amistad, pero sin estipular explícitamente el procedimiento arbitral; de modo que estos pactos no están inspirados en tan amplio espíritu como los anteriores, señalando, por tanto, un sensible retroceso.

Sucesos posteriores, como la reincorporación de Santo Domingo á España; rumores como los referentes á las supuestas ó reales maquinaciones del presidente del Ecuador para someter también esta república á la soberanía española ó al protectorado de esa nación ó de Francia; luchas como la que engendró la expedición francesa contra Méjico, é incidentes como la presencia de la escuadra española en el Pacífico y la ocupación de las islas Chinchas, dieron lugar á que la América latina, considerándose amenazada y suponiendo en la antigua metrópoli miras ambiciosas é intenciones dominadoras, se reuniese en un nuevo Congreso en Lima, á fines de 1864, firmándose en él, á 23 de Enero de 1865, dos Tratados: uno de «unión y alianza» para defenderse contra las agresiones extranjeras, y otro de «conservación de la paz», en cuyo artículo 1.° se decía que las partes contratantes se obligaban solemnemente á no hostilizarse, ni aun por vía de apremio, y á no recurrir jamás al empleo de las armas, como medio de terminar sus diferencias que procediesen de hechos no comprendidos en el *casus fœderis* del Tratado de alianza; añadiéndose que, por el contrario, habrían de emplear exclusivamente los medios pacíficos para terminar todas esas diferencias, sometiéndolas al fallo inapelable de un árbitro cuando no pudieran transigirlas de otro modo; y consignando, por último, que las controversias sobre límites quedaban comprendidas en esta estipulación.

Fácilmente se advierte que en este pacto se reproducen, casi en los mismos términos, los preceptos contenidos en el Tratado de confederación de 1848; pero hay que añadir que el Convenio de 1865 puede considerarse como la última expresión

colectiva de esa tendencia favorable al arbitraje, porque si bien en la Declaración de 14 de Agosto de 1883, firmada por los representantes americanos reunidos en Caracas con motivo de celebrarse el centenario de Bolívar, se consignó que las repúblicas estaban obligadas á establecer el arbitraje como una solución de toda controversia sobre sus derechos é intereses, este precepto no tuvo efectividad, ni podía tenerla, porque antes se había puesto de relieve la actitud de algunos de los gobiernos de América acerca de semejante compromiso.

En efecto: el 3 de Septiembre de 1880, el secretario de Relaciones exteriores de Colombia y el encargado de Negocios de Chile, firmaron en Bogotá una Convención por la cual se obligaban á perpetuidad á someter sus diferencias al juicio arbitral, debiendo hacer la designación de árbitro, en cada caso concreto, en un convenio especial, en el que al propio tiempo se determinaría claramente la cuestión en litigio y el procedimiento que habría de observarse en el juicio; añadiendo que de no haber acuerdo para celebrar ese convenio, ó de pactarse de un modo expreso prescindir de semejante formalidad, el árbitro autorizado sería el presidente de los Estados Unidos.

Para cumplir uno de los preceptos de dicho Convenio, el gobierno de Colombia dirigió el 11 de Octubre de dicho año una circular á los demás hispanoamericanos, invitándolos á dar su adhesión «al principio salvador que encierra el pacto trascendental celebrado entre Colombia y Chile», y á designar plenipotenciarios que habían de reunirse en Panamá. La contestación favorable de doce Repúblicas parecía asegurar el éxito de esta nueva tentativa; pero, desgraciadamente, las reservas de la Argentina, la oposición de Méjico y la misma conducta de Chile, que trabajó para que no se celebrase el Congreso, determinaron el fracaso de éste. La Argentina no se opuso; antes por el contrario, en su contestación, no sólo afirmó su adhesión constante al principio del arbitraje, sino que hizo constar, entre otros antecedentes, que el gobierno argentino había declarado en 1874, en documentos oficiales,

estar resuelto, con Tratados ó sin ellos, á terminar por ese procedimiento todas las cuestiones internacionales; pero si no se opuso, manifestó que en su concepto la Convención colombianochilena resultaría ineficaz ó respondería débilmente á la iniciativa de Colombia, si juntamente con el arbitraje no se adoptaban otros varios principios que podían resumirse en uno solo: mantenimiento absoluto de la integridad territorial de los Estados americanos, tales como salieron éstos de la dominación española, condenando las segregaciones sediciosas y las anexiones violentas ó de conquista. Aun sin necesidad de tener en cuenta la tirantez de relaciones que entonces existía entre Chile y la Argentina, por añejas cuestiones de límites, basta fijarse en la coincidencia de que el mismo día en que el gobierno de Buenos Aires firmaba esa respuesta, esto es, el 30 de Diciembre de 1880, un ejército de 23.000 chilenos desembarcaba á corta distancia de Lima, para imponer al Perú, como lo consiguió, la cesión de Tarapacá, Tacna y Arica; basta esto para comprender que pedir que se condenase la anexión violenta equivalía á hacer imposible todo acuerdo.

Méjico fué aún más lejos, pues en su contestación hubo de manifestar que creía más aventurado que útil contraer á perpetuidad la obligación de apelar al arbitraje con todos los países latinos de América, para toda clase de asuntos y en cualesquiera circunstancias, porque el porvenir es muy extenso, y, por desgracia, su vasta extensión impenetrable. Resultado, que el Congreso de Panamá no llegó á celebrarse, y que el Convenio colombianochileno no tuvo eficacia alguna.

Del fracaso del Congreso panamericano de Washington (1889-90), y del recientemente celebrado en Méjico (1901), no es necesario hablar. Todo el mundo sabe que en aquél los plenipotenciarios americanos se mostraron completamente divididos; que la República Argentina insistió, de acuerdo con el Perú, en la fórmula iniciada en Panamá en 1880; que Méjico no aceptaba el arbitraje perpetuo é indeterminado; que Perú aspiraba á dar á la solución que se aceptase efecto retroactivo

que pudiera autorizar la revisión del Tratado de paz con Chile, y que éste quería limitar la obra del Congreso á la solución de los problemas comerciales y económicos.

Quedó sin ratificar el Convenio elaborado en este Congreso, que con tanta inteligencia preparó Mr. Blaine, como habían sufrido igual suerte los anteriores Tratados; pero lo cierto es que, en el fondo, la teoría del arbitraje había recibido completa sanción, y buena prueba de ello que los distintos Estados consignaban aquélla en sus pactos particulares; por ejemplo, en el Tratado de confederación entre el Perú y Bolivia, firmado en Chuquisaca el 15 de Noviembre de 1826; en el de paz y amistad, suscrito por dichas naciones en Arequipa el 8 de Noviembre de 1831; en el de paz y comercio que en esta última capital suscribieron ambas naciones el 3 de Noviembre de 1847; en el de Lima de 5 de Noviembre de 1863, también firmado por las dos repúblicas citadas; en el de 16 de Mayo de 1867, entre Chile, Ecuador y Bolivia; en el de 3 de Octubre del mismo año, entre Perú, Chile y Bolivia; en el secreto, de alianza defensiva, entre Bolivia y el Perú, de 6 de Febrero de 1873, el cual se aplicó en 1879 con motivo de la guerra que dichas repúblicas sostuvieron con Chile; en el de amistad, comercio y navegación entre el Perú y la Argentina, de 9 de Marzo de 1874, y otros muchos cuya enumeración llenaría algunas páginas.

***

Aun siendo evidente que esta favorable inclinación de los estadistas hispanoamericanos á las varias fórmulas del procedimiento arbitral respondía, más que á un criterio rigorosamente científico, á exigencias de la situación interna de aquellos países, y á previsiones hijas de puntos de vista no del todo exactos, y á veces por completo erróneos, en lo relativo á la actitud y á los propósitos de otros pueblos, aun siendo esto evidente, no lo es menos que esa inclinación había de reflejarse en los pactos celebrados por las repúblicas americanas

con las demás naciones, y se reflejó, en efecto, consignándose la cláusula arbitral en varios Tratados.

La primera vez que aparece aceptada esa solución en los Convenios firmados entre España y las repúblicas americanas, es en el Tratado que, para poner término á las diferencias que habían surgido entre Méjico y la antigua metrópoli, concertaron y suscribieron en París, el 26 de Septiembre de 1859, el embajador español, D. Alejandro Mon, y el plenipotenciario mejicano, general D. Juan Almonte. En dicho Tratado, después de consignarse que el gobierno de Méjico consentía en indemnizar por los daños y perjuicios sufridos por los súbditos españoles á consecuencia de los crímenes cometidos en las haciendas de San Vicente y Chinconcuaque y en el mineral de San Dimas (arts. 2.° y 3.°), se preceptuaba que la suma ó valor de las aludidas indemnizaciones se determinaría de común acuerdo por los gobiernos de Francia y de Inglaterra, los cuales habían manifestado hallarse dispuestos á aceptar este encargo, que podrían desempeñar por sí ó por sus representantes, teniendo en cuenta los datos que presentasen los interesados, y oyendo á los gobiernos contratantes. Es decir, que al aparecer el arbitraje en las relaciones entre España y América, no surge como una fórmula vaga, de aplicación más ó menos problemática, sino refiriéndose á un caso concreto, si bien, por desgracia, los múltiples incidentes de la cuestión mejicana, que dieron lugar dos años más tarde á la acción colectiva de Inglaterra, Francia y España, impidieron que se cumpliese aquel compromiso.

A partir de la fecha de este Tratado, hubo una sensible interrupción en las corrientes de inteligencia y de aproximación entre España y las repúblicas hispanoamericanas. La cuestión de Santo Domingo, la intervención en Méjico y la guerra con las repúblicas del Perú, Chile y Bolivia, nos enemistaron con unas y nos alejaron de otras. Así es que no se llevan á cabo nuevos pactos hasta después de la restauración de la monarquía, que puso fin á la crisis de 1858 á 1874, y en los pri-

meros que se celebran con ellas no se consigna la cláusula de arbitraje. Para encontrarla es preciso llegar al Tratado de 23 de Mayo de 1888, celebrado con el Ecuador como adicional al de paz de 28 de Enero de 1885, y en cuyo art. 1.° se establece que «toda cuestión ó diferencias que se suscitasen entre España y el Ecuador, bien sobre la interpretación de los Tratados existentes, ó bien sobre algún punto no previsto en ellos, si no pudiera ser arreglada amistosamente, será sometida al arbitraje de una potencia amiga, propuesta y aceptada de común acuerdo».

Iníciase de este modo una serie de preceptos análogos en el fondo, preceptos que responden todos á un mismo pensamiento, pero que, acaso por defecto de redacción, no tienen igual alcance.

En el art. 1.° del Tratado con Colombia de 28 de Abril de 1894, adicional al de paz y amistad de 30 de Enero de 1881, se preceptúa que «toda controversia ó diferencias que ocurriesen entre España y Colombia, acerca de la interpretación de los Tratados vigentes ó que en lo sucesivo lo estén, serán resueltas por el inapelable fallo de un árbitro, propuesto y aceptado de común acuerdo», añadiéndose que «las desavenencias que pudieran surgir sobre puntos no previstos en dichos Tratados ó pactos serán igualmente sometidas al arbitraje; pero si no hubiere conformidad en cuanto á la adopción de este procedimiento, por tratarse de asuntos que afecten á la soberanía nacional, ó que de otro modo sean por su naturaleza incompatibles con el arbitraje, ambos gobiernos estarán obligados, en todo caso, á aceptar la mediación ó buenos oficios de un gobierno amigo para la solución amistosa de toda diferencia»; y diciéndose, en fin, que «cuando se someta á juicio de un árbitro una diferencia entre España y Colombia, las altas partes contratantes establecerán, de común acuerdo, los trámites, términos y formalidades que el juez y las partes deberán observar en el curso y terminación del juicio arbitral».

El artículo 2.° del Tratado de paz y amistad hispanohon-

dureño, firmado en Guatemala á 17 de Noviembre de 1894, preceptúa que «toda cuestión ó diferencia entre España y Honduras sobre la interpretación de Tratados existentes, ó sobre algún punto no previsto en ellos, si no pudiere ser arreglada amistosamente, será sometida al arbitraje de una potencia amiga, propuesta y aceptada de común acuerdo».

Por último, en el Tratado entre España y el Perú, firmado en Lima á 16 de Julio de 1897, como adicional al de paz y amistad de 1879, el art. 1.° aparece redactado en esta forma: «Toda controversia ó diferencias que ocurrieren entre España y el Perú acerca de la interpretación de los Tratados vigentes, ó que en lo sucesivo lo estén, serán resueltas por el inapelable fallo de un árbitro, propuesto y aceptado de común acuerdo. Las desavenencias que pudieran surgir sobre puntos no previstos en dichos Tratados ó pactos serán igualmente sometidas al arbitraje; pero si no hubiere conformidad en cuanto á la adopción de este procedimiento, por tratarse de asuntos que afecten á la soberanía nacional, ó que, de otro modo, sean por su naturaleza incompatibles con el arbitraje, ambos gobiernos estarán obligados en todo caso á aceptar la mediación ó buenos oficios de un gobierno amigo, para la solución pacífica de toda controversia. En todos los casos de arbitraje, las altas partes contratantes establecerán, de común acuerdo, los trámites, términos y formalidades que el juez y las partes deberán observar en el curso y terminación del juicio arbitral».

Fácil es observar que los preceptos contenidos en los Tratados con Colombia y el Perú son los más comprensivos, los más amplios, como que, en realidad, permiten aplicar, mejor dicho, obligan á someter al juicio arbitral todas las cuestiones, sin más excepción que la de aquellos asuntos que por su naturaleza son incompatibles con el arbitraje, como los que afectan á la soberanía nacional; mientras que los preceptos consignados en los Tratados con el Ecuador y con Honduras, con decir lo mismo en el fondo, aparecen menos expresivos.

De todos modos, resulta que sólo en los pactos celebrados con una pequeñísima parte de los pueblos americanos hemos incluído la cláusula arbitral.

* * *

No ha surgido, afortunadamente, entre España y las repúblicas hispanoamericanas cuestión alguna que haya podido dar lugar á poner en práctica y á contrastar en la realidad la eficacia de esos preceptos; pero, si no como parte interesada, como juez, ha intervenido la antigua Madre Patria en múltiples conflictos que afectaban á la América española.

El primero, por orden cronológico, es el que surgió á mediados del siglo pasado entre Venezuela y los Países Bajos, acerca de la propiedad de la isla de Aves.

Hállase ésta situada á los 15° 41′ de latitud boreal, y 57° 28′ de longitud occidental del observatorio de San Fernando, y tiene unos 1.400 metros de N. á S., y unas tres millas de extensión de E. á O., elevándose de 12 á 15 pies sobre el nivel del mar, según el derrotero de las Antillas publicado por la Dirección de Hidrografía de España en 1863.

Aunque su suelo era improductivo, se pescaba en ella mucha tortuga, y los huevos de las aves, que en gran abundancia anidaban allí, atrajeron á algunos habitantes de las próximas islas holandesas de Sabá y San Eustaquio, que pasaban en aquélla tres ó cuatro meses al año ocupados en la pesca y en la recolección de huevos. Así las cosas, en 1854, habiendo descubierto la existencia de guano en la isla, y comenzado á explotarlo, unos angloamericanos, Venezuela se apresuró á tomar posesión de aquélla, enviando un destacamento de tropa, lo que dió lugar á que el gobierno neerlandés protestase por medio de su cónsul en Caracas, pero sin que la protesta lograse impedir que Venezuela ajustase un convenio con un súbdito norteamericano para la extracción del guano. Dió esto origen á múltiples contestaciones entre ambos gobiernos, que reclamaban la propiedad de dicha isla; y no habiendo logrado lle-

gar á un acuerdo, el 5 de Agosto de 1857 los plenipotenciarios neerlandés y venezolano celebraron un Tratado para poner fin á tales desavenencias, pactando en el primer artículo de aquél que se sometía la cuestión al arbitraje de una potencia amiga, previamente designada de común acuerdo. Sin embargo, tardaron más de dos años en realizar esa designación; mas al cabo, en 8 de Marzo de 1860, el secretario de Relaciones exteriores de Venezuela se dirigió al ministro de Estado de España, remitiéndole copia de dicho Tratado, y poniendo en su conocimiento que, en virtud de dicho pacto, el cónsul general de los Países Bajos, de orden de su gobierno, había propuesto el arbitramento del gobierno de S. M. C., que altamente satisfecho había aceptado el de aquella república, prometiéndose de los nobles sentimientos de justicia y rectitud, que siempre fueron la base de la política de España, que conciliaría los opuestos intereses de los dos Estados; y añadiendo que esperaba el asentimiento de S. M. para enviar todos los documentos relativos á la cuestión.

Después de una breve negociación aceptó el encargo el gobierno de España, y los interesados presentaron los documentos, memorias y mapas en que se fundaban, y con los que pretendían demostrar el derecho de que cada uno se creía revestido.

Las razones alegadas por el gobierno de los Países Bajos se concretaban en estos cuatro puntos: 1.° Que en los antiguos mapas aparece un banco de arena que une la isla de Aves con la de Sabá, posesión holandesa, lo cual hacía suponer, á juicio de aquél, que ambas fueron en algún tiempo un solo territorio. 2.° Que muchos geógrafos, entre ellos algunos venezolanos, citan la isla de Aves entre las Antillas holandesas, dependientes del gobierno de Curaçao, diciendo que está poblada por pescadores holandeses. 3.° Que, según una información de testigos, vecinos de Sabá y San Eustaquio, posesiones de los Países Bajos, los habitantes de estas islas tenían costumbre de ir á pescar tortugas y recoger huevos de aves á las islas de

este nombre, donde enarbolaron algunas veces el pabellón de los Países Bajos; y 4.° Que la república de Venezuela, al conceder un privilegio para la extracción del guano que se encuentra en dicha isla de Aves, consignó en una de las cláusulas del contrato, que si era desposeída de aquélla no quedaría obligada á pagar indemnización alguna.

Venezuela, por su parte, alegó: 1.° Que no existe banco de arena que una la isla de Aves con la de Sabá. 2.° Que la ocupación material de la primera de dichas islas por individuos particulares que no obran en representación de su gobierno, sino movidos por un interés personal, no constituye posesión. 3.° Que todas las islas del Mar Caribe, entre las cuales se cuenta la de Aves, fueron descubiertas por los españoles, y al constituirse aquélla en república con el territorio de la antigua capitanía general de Caracas, sucedió á España en todos sus derechos á la isla en cuestión; y 4.° Que el continente venezolano es el territorio de consideración más próximo á la isla de Aves, lo cual le da un derecho de preferencia, haciéndose aplicación del principio establecido en una cuestión análoga entre Inglaterra y los Estados Unidos.

El gobierno español estudió detenidamente este asunto, examinando la carta geográfica de las Antillas presentada por el gobierno de los Países Bajos, los calcos de dos mapas ingleses publicados en 1802, los documentos remitidos por ambas partes, un informe de la Dirección de Hidrografía, etc.; y después de oir á la Sección de Estado y Gracia y Justicia, del Consejo de Estado, dió su fallo en 13 de Junio de 1865, declarando «que la propiedad de la isla en cuestión corresponde á la república de Venezuela, quedando á cargo de ésta la indemnización por la pesca, que los súbditos holandeses dejarán de aprovechar si, en efecto, se les priva de utilizarla, en cuyo caso servirá de tipo para dicha indemnización el producto líquido anual de la pesca, calculado por el último quinquenio, capitalizándolo al 5 por 100».

Fundóse el gobierno español, para dictar este fallo, en que

si bien la isla de Aves nunca fue real y verdaderamente ocupada por España y habitada por españoles, debió formar parte del territorio de la Audiencia de Caracas; pues al crearse ésta por Real orden de 13 de Junio de 1786, se dispuso que el de la Audiencia de Santo Domingo se limitase á la parte española de esta isla, la de Cuba y la de Puerto Rico; en que si bien algunos geógrafos habían dibujado en mapas antiguos el citado banco de arena entre la isla de Aves y la de Sabá, las últimas observaciones, consignadas en un mapa publicado por el Almirantazgo inglés en 1857, demostraban que aquel banco no se extendía más allá de doce leguas al Sur de la expresada isla holandesa, y como ésta se encuentra á cuarenta leguas de aquélla, es evidente que en una extensión de veintiocho leguas no existe unión ni enlace entre ambas; y en que, aun cuando una y otra hubiesen formado una sola en algún tiempo, resultaba que al posesionarse el gobierno de los Países Bajos de la de Sabá, no formaba parte de ésta la de Aves, según indican las palabras de Alcedo, autor citado por el gobierno de La Haya. Tuvo, además, en cuenta que el hecho de que los habitantes de San Eustaquio, posesión neerlandesa, fuesen á pescar tortugas y recoger huevos á la isla de Aves, esto no podía servir de apoyo al derecho de soberanía, porque solamente significaba una ocupación temporal y precaria, toda vez que de haberla ocupado con ánimo de adquirirla, habrían construído algún edificio y tratado de hacer la isla habitable; que en tanto que los Países Bajos no habían hecho otra cosa que utilizar la pesca en dicha isla por medio de sus colonos, el gobierno de Venezuela había sido el primero en tener allí fuerza armada y en ejercer actos de soberanía, confirmando así el dominio que adquirió por un título general derivado de España; y que si bien la república de Venezuela, al conceder un privilegio para la extracción del guano de la isla de Aves, pactó que no se le pudiera exigir indemnización si era desposeída de aquel territorio, esta condición nada probaba en favor de lo alegado por los Países Bajos, demostrando sólo una sensata precaución

por parte de la república, y el natural respeto al estado de litigio en que se encontraba la isla.

Esta sentencia, que revela un completo estudio del asunto y una exquisita imparcialidad, fue aceptada y cumplida por ambas partes litigantes.

Bastantes años después hubo de entender España en otro asunto, más complicado y más difícil, entre una potencia europea y una de las repúblicas americanas; y aunque en el incidente aludido, que estuvo á punto de provocar un conflicto sangriento, no ofició aquélla como árbitro, sino como simple mediador, la importancia de la cuestión justifica que se mencione expresamente. Nos referimos á las diferencias entre los gabinetes de Roma y de Bogotá, á que dieron lugar los sucesos acaecidos en el Estado del Cauca.

Un movimiento insurreccional que en 19 de Enero de 1885 estalló en Cali, hizo que las autoridades de Colombia confiscaran los bienes, sometieran á procedimientos y privaran de libertad á varios súbditos italianos, y entre ellos á Ernesto Cerruti. Protestó Italia, y no habiendo recibido satisfacción, retiró su ministro, y considerando ofendido su pabellón, envió buques de guerra al puerto de Buenaventura, aprestándose á ejercer una acción enérgica sobre Colombia.

Queriendo el gobierno español evitar un rompimiento de hostilidades, ofreció en Roma y Bogotá su mediación, que fue aceptada, si bien Italia exigió que antes de procederse á aquélla, había de arreglarse directamente entre los dos gobiernos lo relativo á la ofensa al pabellón y los preliminares de una inteligencia que sirviera de base á la mediación de España; y en efecto, después de breves negociaciones, los representantes de Italia y Colombia en París, general conde de Menebrea y D. Francisco de Paula Mateus, firmaron el 24 de Mayo de 1886 un Protocolo, por virtud del cual se convino en que le serían devueltos á Cerruti los bienes que le habían sido embargados; que las reclamaciones pendientes, relativas á aquel y á otros súbditos italianos, quedaban sometidas á la

mediación del gobierno de S. M. C.; que si de esta mediación resultaba que Colombia debía pagar alguna indemnización, la suma de ésta y la forma del pago se fijaría arbitralmente por una comisión compuesta de los representantes de Italia y de España en Bogotá y de un delegado del gobierno colombiano; que Cerruti no podría ser molestado por hecho alguno de los que se le atribuían; que se considerarían reanudadas las relaciones desde que fuese aprobado el Protocolo por ambos gobiernos; que éstos volverían á nombrar sus representantes, y que el de Italia, al dirigirse á Bogotá, sería conducido por un buque de la marina real al puerto de Cartagena, donde, previo aviso, se cambiarían alternativamente entre el buque y las baterías de tierra los saludos de 21 cañonazos.

Ratificado el Protocolo por los dos gobiernos, y comunicado al de España en Agosto del mismo año, se abrió el período de prueba en el mes de Octubre, no dándose por concluso hasta el 30 de Septiembre de 1887; y habiéndose acordado, á propuesta de España, dividir la mediación en dos partes, relativa la primera á Ernesto Cerruti, y comprensiva la segunda de las reclamaciones de los demás súbditos italianos, el gobierno español formuló su proposición en 26 de Enero de 1888.

Las cuestiones principales que, según el citado Protocolo, debía resolver el mediador, eran tres: 1.ª El Sr. Cerruti ú otros súbditos italianos, ¿han perdido, sí ó no, en Colombia su calidad de extranjeros neutrales?—2.ª ¿Han perdido, sí ó no, los derechos, las prerrogativas y los privilegios que el derecho común y las leyes de Colombia conceden á los extranjeros?—3.ª ¿Debe Colombia, sí ó no, pagar indemnizaciones al Sr. Cerruti ó á otros súbditos italianos?

Fácil es observar que el problema que podía existir, y que realmente existía en el fondo del conflicto italocolombiano, se había resuelto en gran parte por el Protocolo, toda vez que en éste se da como hecho cierto y positivo que Cerruti seguía siendo italiano, y se ordena la devolución de los bienes, con lo cual, claro es, se declara implícitamente injusto el embargo

de éstos. Por otra parte, las autoridades del Cauca, que durante algunos años habían tolerado la ingerencia de Cerruti en las luchas políticas del país, no le negaron los derechos de su nacionalidad de origen, pero quebrantaron en su daño todas las garantías concedidas al extranjero. De aquí que el mediador, encontrándose no ya prejuzgados, sino resueltos, dos puntos capitalísimos del conflicto, no pudiese examinar si un extranjero, por mezclarse en los asuntos interiores y en las luchas políticas del Estado en que reside, pierde su nacionalidad, ó si, aun conservándola, puede ser expulsado ó condenado por el Estado ofendido, ni tampoco si, tratándose de una sociedad mercantil, que no es posible considerar como extranjera, cabe distinguir la responsabilidad de cada uno de los socios, respetando la parte del que se estima neutral y embargando la del que se cree responsable, aun siendo extranjero. Además, el mismo gobierno de Colombia, con una gran rectitud, había prejuzgado la cuestión.

En efecto, en comunicación fecha 29 de Julio de 1885, dirigida por el secretario de Relaciones exteriores del gabinete de Bogotá al del gobierno del Estado del Cauca, afirmó aquél que no eran aplicables al caso otros procedimientos ni otras disposiciones que las contenidas en la ley nacional 60, de 9 de Septiembre de 1882, y de ninguna manera la ley 38, de 1879, particular de dicho Estado, invocada por sus autoridades, que en todo caso es anterior á aquélla, contraria á la misma y opuesta á los preceptos constitucionales y á los preceptos del derecho de gentes, añadiendo que no podía en ningún caso decretarse la expropiación de las propiedades raíces por causa de guerra ni imponerse la pena de confiscación, y que las autoridades del Estado del Cauca eran, además, incompetentes para entender en este asunto, tratándose de un súbdito extranjero y de un caso de rebelión que las leyes sometían á la jurisdicción de las autoridades nacionales. Dijo más, y más preciso, el secretario de Estado de Colombia en la citada comunicación: dijo que antes de todo procedimiento, cualquiera

que fuera la opinión general acerca de la conducta política de Cerruti, era preciso tener la prueba legal de su ingerencia indebida en el movimiento rebelde; que Cerruti apenas resultaba acusado de apoyo clandestino á los rebeldes; que la aplicación del derecho de guerra á un extranjero, considerado *prima facie* neutral, debía estar plenamente justificada, y, por tanto, era necesario estuviera también intachablemente probada la excepción de haber violado aquél su carácter neutral; que debía considerársele como sujeto á la jurisdicción de su país originario mientras no apareciera claramente comprometido en la rebelión; que en las expropiaciones por causa y necesidad de guerra hechas á los extranjeros, no declarándose que perdieron su neutralidad, esto es, sin declarar previamente su culpabilidad, aparte de la restitución de los bienes expropiados, procede se les indemnice de los perjuicios provenientes de un procedimiento ilegal; y, en fin, que procedía entregar á Cerruti los bienes raíces de su propiedad de que se le hubiera despojado, procurando, respecto de los muebles, tomar razón de su valor, clase y naturaleza.

Teniendo todo esto en cuenta, en la proposición formulada por el ministro de Estado de España en 26 de Enero de 1888, se declaró: 1.° Que en los procedimientos incoados por el gobierno del Cauca no existían pruebas suficientes de la participación en la guerra civil que se atribuía á Ernesto Cerruti; que después de aquella época, tampoco existían nuevos procedimientos que acreditasen los hechos debidamente, y que las pruebas presentadas durante la mediación debían calificarse como calificó Colombia las hechas por el Estado del Cauca, y carecían de las condiciones probatorias suficientes, por lo cual, en justicia, no podía estimarse la culpabilidad de Cerruti, ni que perdiera á consecuencia de ésta la neutralidad que en el Protocolo se expresa. 2.° Que por las mismas razones no ha perdido los privilegios de extranjería, ni podido perder los del derecho común ni los que las leyes de Colombia conceden á los extranjeros; y 3.° Que procedía el restablecimiento del es-

tado de derecho que existía en Febrero de 1885, esto es, la devolución de los bienes embargados, así de los raíces como de los muebles y semovientes, y que si esto no era posible en totalidad, procedía indemnizar por lo que dejara de devolverse.

Con arreglo al art. 3.° del Protocolo de París, el importe de la indemnización, así como el modo y forma de pago, debía ser fijado en juicio arbitral—según queda dicho—por los representantes de España é Italia en Bogotá y un delegado del gobierno de Colombia; pero no sólo se llevó esto á cabo, sino que además, en 27 de Octubre de 1892, prescindiendo del citado Protocolo, se firmó en Bogotá una convención que sometía al arbitramento de la Corte Suprema de Colombia ciertas reclamaciones de súbditos italianos, determinándose que los reclamantes tenían libre opción de adherirse á esta convención ú optar por la mediación del gobierno español.

Debió éste, obrando cuerdamente, limitar su intervención al asunto Cerruti, y una vez resuelto éste, abstenerse de intervenir en otro alguno. Mas lejos de hacerlo así, y contra la opinión del representante de Colombia, se empeñó en mantener su derecho á mediar en los casos de Valle Biglia, herederos de Panza, sucesión Ruffoni, Vicente Spadafora y Pascuale Crispino, cuyos reclamantes habían optado por la mediación de España, y en su virtud, en 15 de Junio de 1900 formuló una nueva proposición respecto á estos casos, proposición que no es del caso analizar, pues el asunto es de poco interés, y su estudio nos llevaría sobrado espacio.

Mucha más importancia tuvo el arbitraje ejercido por España en 1891 para resolver la cuestión de límites pendiente hacía cincuenta años entre Colombia y Venezuela.

Por el Tratado que firmaron en Caracas, el 14 de Septiembre de 1881, los plenipotenciarios de ambas repúblicas, se concertó someter «al juicio y sentencia de S. M. el Rey de España, en calidad de árbitro, juez de derecho, los puntos de diferencia en la expresada cuestión de límites, á fin de obtener

un fallo definitivo é inapelable, según el cual, todo el territorio que pertenecía á la antigua capitanía general de Caracas por actos regios del antiguo soberano desde 1810, quede siendo territorio jurisdiccional de la república de Venezuela, y todo lo que por actos semejantes y en esa fecha perteneció á la jurisdicción del virreinato de Santa Fe, quede siendo territorio de la actual república llamada Estados Unidos de Colombia».

Notificado este Tratado á España, por nota colectiva de ambos plenipotenciarios, y aceptado el arbitraje por el gobierno español, en 21 de Febrero de 1883 se nombró, con objeto de que examinase los títulos, derechos y alegaciones de ambas repúblicas, una comisión compuesta de D. Carlos Ibáñez, mariscal de campo y director general del Instituto Geográfico y Estadístico, presidente; de los vocales señores don Cesáreo Fernández Duro, capitán de navío de la Armada, académico de la Historia y vicepresidente de la Sociedad Geográfica; D. Justo Zaragoza, jefe de Administración de primera clase, de la Junta directiva de la Sociedad Geográfica, y autor de obras de Historia y Geografía americana; y D. Marcos Jiménez de la Espada, individuo de la Comisión española en el Pacífico, historiógrafo americano y académico electo de la Historia, vocales; y como secretario del jefe del Archivo del Ministerio de Estado, D. Gaspar Muro.

Muerto el rey D. Alfonso XII, los plenipotenciarios de las dos repúblicas firmaron un nuevo protocolo en París, á 15 de Febrero de 1886, declarando subsistente el nombramiento de juez árbitro en favor del gobierno español, y ampliando las facultades de éste para poder fijar la línea de frontera.

La comisión hizo un estudio detenidísimo y profundo del asunto, reuniendo cuantos datos podían contribuir á esclarecer el derecho de cada una de las partes; y aunque el fijar el *uti possidetis juris de 1810* parecía á primera vista empresa fácil, no lo fue en realidad. Al averiguar el trazado que tuvo la línea divisoria entre el territorio jurisdiccional del virrei-

nato de Santa Fe ó de Nueva Granada y el de la capitanía general de Venezuela, apareció que, en virtud de causas varias, había sufrido aquél, en el transcurso del tiempo, múltiples modificaciones; que las circunscripciones gubernativa, judicial, eclesiástica y administrativa no eran idénticas, señalando actos emanados de la Corona términos distintos en cada uno de esos conceptos; que atravesando la línea general que se buscaba, regiones no ocupadas por los españoles, y poco conocidas todavía cuando acabó su dominación, no habían sido incorporadas de una manera efectiva á ninguna de las autoridades del virreinato ó de la capitanía general, y, en fin, que bien porque no estuvieran precisados los nombres ó la situación de ciertos lugares, porque los mapas que el poder ejecutivo tenía á la vista eran primeros é imperfectos esbozos del terreno, ó porque en la demarcación de provincias sujetas á una misma dependencia no hubiera necesidad de establecer de una manera inalterable términos que, por lo contrario, convenía dejar pendientes del desarrollo de la población é intereses que con ella se crearan, las reales disposiciones se dictaron á veces con carácter de interinidad ó con vaguedad de expresión que da lugar á múltiples interpretaciones. Todo esto implicaba grandes dificultades para trazar la línea divisoria, dificultades que la ilustración, el exquisito celo, el prolijo estudio y la minuciosa busque la realizada por los individuos de la comisión en los Archivos públicos y en algunos particulares, lograron salvar, formulando sus conclusiones en 28 de Junio de 1888.

Oyó después el gobierno el parecer del Consejo de Estado en pleno, y, por último, por Real decreto de 16 de Marzo de 1891 se dictó el laudo arbitral.

La índole de este trabajo no consiente reproducir ni en extracto la parte dispositiva del laudo. Únicamente cabe decir que se consideraba dividida en seis secciones la línea de frontera en litigio, determinando ésta en cada una de aquéllas, y que el Real decreto se insertó en la *Gaceta* del 17 de Marzo,

para los efectos del art. 3.° del Tratado de Caracas de 14 de Septiembre de 1881, por el cual se estipuló que quedaría ejecutoriado el laudo por el hecho de publicarse en el periódico oficial.

Otros dos casos de arbitraje hay que registrar: el relativo al abate Chiappini, entre Francia y Santo Domingo, y el referente á la señorita Cedroni, entre Italia y Guatemala.

Mr. Jean Chiappini era un sacerdote que, después de haber ejercido su sagrado ministerio en la diócesis de Ajaccio (Córcega), emigró á Santo Domingo, en cuya Antilla desempeñó una parroquia en Samaná. Habiendo escrito en cierto periódico un artículo que creyó injurioso el jefe de Sanidad Militar Sr. Santamaría, se formuló querella contra el párroco, instruyéndose causa en dos tribunales distintos, terminando los procedimientos por sentencia de la que no apeló Chiappini, quedando, por consiguiente, firme y con autoridad de cosa juzgada. Mas lejos de concluir con esto el procedimiento, la casa del abate fue allanada por la policía y él encerrado en una fortaleza, contrayendo una enfermedad de la que hubo de ponerse en cura en París. Interrumpidas las relaciones entre ambas repúblicas, Chiappini acudió al representante de España, encargado de proteger los derechos é intereses de los franceses en la isla, y pidió una indemnización de 800.000 francos.

Cuando se trató de la cuestión Chiappini y de otras entre ambas repúblicas, se llegó á un acuerdo respecto á estas últimas, subsistiendo en cuanto á la primera la divergencia de miras entre el gobierno francés y el dominicano. Por esto, el 27 de Abril de 1895 se firmó en Santo Domingo, por el representante de Francia en Puerto Príncipe y el ministro de Relaciones exteriores de la república dominicana, un Convenio cuyas ratificaciones se canjearon en París el 4 de Diciembre del mismo año, por el cual se pactó someter al arbitraje de España la reclamación del abate; y habiéndose comunicado esto al gobierno español por notas de los representantes de ambas

naciones en Madrid, con fecha del 31 de Enero de 1896, contestó aquél el 3 de Febrero, aceptando el encargo y fijando en cinco meses el plazo en que las partes habían de presentar las pruebas.

Examinadas éstas, resultaba que el abate Chiappini había sido procesado á la vez, y por el mismo hecho, por dos distintos tribunales, por los juzgados de la Vega y de Samaná, declarando el primero que no existía delito ni contravención de policía, y el segundo que compensaba al abate la multa y demás condenaciones que podrían imponérsele en atención á haber sufrido diez y seis días de cárcel, pena que estimaba superior á la que correspondía por el hecho de autos. Resultaba también evidente que Chiappini, cuyos antecedentes no eran muy favorables, se mezclaba en asuntos impropios de su sagrado ministerio, tomando parte activa en cuestiones locales, y dando lugar á que surgieran diferencias entre él, las autoridades y los particulares, por cuyo motivo, y no por presión del gobierno dominicano, el arzobispo de la diócesis le privó del cargo que ejercía, obrando dentro de sus atribuciones canónicas, por habérsele conferido *ad nutum*, esto es, revocable á voluntad del prelado.

Era, pues, evidente que la cuestión tenía principalmente un carácter jurídico, y que debió ventilarse primero ante los tribunales de justicia dominicanos; pero como el abate Chiappini no hizo uso de las acciones y recursos que le concedían las leyes de la república y el Tratado francodominicano de 1887, no puede decirse que hubiese denegación de justicia. Sin embargo, en los procesos se observaron irregularidades, y por esto, por haber entendido de un mismo hecho dos tribunales de igual jerarquía, y por la prisión de Chiappini, siendo así que el delito de que se le acusaba no llevaba aparejada la prisión preventiva, según las leyes de la república, el árbitro, en un laudo de 9 de Agosto de 1897, resolvió que procedía que el gobierno de Santo Domingo abonase al de Francia, con destino al abate Chiappini y en concepto de indemnización basa-

da en la equidad, la suma de 25.000 francos, con cargo á la Deuda extranjera.

Tan insignificante en el fondo como el anterior es el caso de la Srta. Cedroni, sometido al arbitraje de España por los gobiernos de Italia y Guatemala.

La Srta. María Cedroni, de nacionalidad italiana, pidió y obtuvo en 1892 del gobierno de Guatemala el uso de una casa por cinco años, para establecer en ella una Academia superior de señoritas, obligándola, por su parte, el gobierno territorial á sujetarse á la inspección de la Secretaría de Instrucción pública, y concediéndola posteriormente una subvención de 250 pesos trimestrales para la educación de cinco niñas designadas por el gobierno. A poco se la autorizó para alquilar un local á propósito para la Academia por cuenta del Estado, y con la limitación de que no excediese su alquiler de 200 pesos mensuales, y se la invitó á concurrir á una junta encargada de preparar trabajos para presentarlos en la Exposición de Chicago.

Con motivo de habérsela dirigido una comunicación dándola á conocer los nombres de las tres personas designadas para asistir á los exámenes oficiales que debían verificarse en la Academia, la Srta. Cedroni, que consideraba como enemigos suyos las personas nombradas, las escribió insultantes cartas y se negó á recibirlas en la Academia. Quizá por esto, y sin previa amonestación, le fue retirado todo apoyo del gobierno, dejando sin efecto los decretos anteriores, y concediéndosela luego la cantidad de 300 pesos para que regresase á Italia.

Una vez en su patria, consiguió la Srta. Cedroni que el gobierno italiano formulase una reclamación. Pedía aquélla nada menos que la suma de 61.600 pesos de indemnización: 2.000, por planteamiento del Instituto; 2.000, por trabajos para la Exposición de Chicago; 9.600, por la asignación de 200 pesos mensuales durante cuatro años, y 48.000, por lucro cesante. Las discusiones que con este motivo surgieron entre

Italia y Guatemala llegaron á hacerse agrias, por lo cual hubieron de pensar en un arbitraje; y en efecto, por el Protocolo firmado en Guatemala el 18 de Marzo de 1898, y el adicional de 23 de los mismos mes y año, convinieron en que una persona designada por el gobierno español ejerciese en representación de éste las funciones de árbitro, debiendo decidir únicamente estas dos cuestiones: 1.ª ¿Puede ó no la Srta. Cedroni pedir al gobierno de Guatemala que le dé alguna indemnización por razón de derechos que aquélla hubiere adquirido y conservado legítimamente? Y 2.ª En caso afirmativo, ¿á cuánto monta el importe de dicha indemnización, ó sea de los perjuicios que á la expresada señora se le hayan seguido por la inejecución de aquellos mismos derechos?

Aceptada la propuesta por el gobierno español, designó éste para representarle como árbitro á D. Félix García Gómez de la Serna, presidente que era de la Sección de Gobernación y Fomento del Consejo de Estado, y presentadas por ambas partes las pruebas y formulados los oportunos alegatos, el árbitro dictó su laudo en 12 de Octubre del mismo año de 1898.

De los cuatro conceptos en que la Srta. Cedroni fundaba su reclamación, el Sr. García Gómez de la Serna declaró inadmisibles el 2.° y 4.°, y aceptó el 1.° y 3.° Es decir, que declaró pertinente la indemnización por los gastos de instalación de la escuela y por los 200 pesos de retribución mensual que se la habían ofrecido; pero no estimó justificada la partida por trabajos para la Exposición de Chicago, ni la relativa al lucro cesante, porque los dictámenes periciales, confirmados por la misma reclamante, demostraban que las ganancias que pudo esperar eran escasas. En vista de esto, y considerando que siendo responsable de los hechos la Srta. Cedroni, por haberse negado á recibir en su Academia á los individuos nombrados por el gobierno para presenciar los exámenes que en ella debían celebrarse, y siendo también responsable el gobierno guatemalteño, por haber retirado bruscamente todo auxilio, prometido anteriormente y con condiciones, esto es,

de un modo casi contractual, sin oir siquiera su justificación, debían ambas partes sufrir igualmente las consecuencias de los hechos ocurridos, y la cantidad reclamada por los conceptos 1.° y 3.°, admitidos como pertinentes, reducirse á la mitad, dictó un laudo el árbitro diciendo que el gobierno de Guatemala debía abonar á la Srta. María Cedroni 5.800 pesos, en Guatemala y en moneda plata corriente en aquella república.

Siendo firmes y decisivas, y no sujetas á discusión ni apelación, las decisiones del árbitro, quedaron ejecutoriadas al comunicarse á las partes litigantes.

***

La idea del arbitraje entre los pueblos hispanoamericanos ha dado en estos últimos tiempos, en el camino de su realización práctica, un paso cuya verdadera importancia no podría juzgarse sin tener en cuenta algunos antecedentes. Ese movimiento de avance está sintetizado en los Tratados que hace poco más de un año celebró España con varias de las repúblicas de América, y algunos de los cuales no han sido aún ratificados, y los antecedentes á que aludimos los constituyen, aparte de multitud de trabajos publicados por españoles de una y otra parte del mundo, las conclusiones del Congreso jurídico de 1892 y del Congreso económico-social hispanoamericano de 1900.

El Congreso jurídico reunido en 1892 con ocasión de las fiestas del IV Centenario del descubrimiento de América, afirmó entre sus conclusiones la recomendación de «el concierto de Tratados especiales de arbitraje, como el que pactaron España y el Ecuador en 23 de Mayo de 1888, hasta que nuevos y anhelados Congresos de Derecho internacional hagan posible la creación de un tribunal permanente de arbitraje». Si no con relación á la América española—al menos en el terreno de la teoría,—con relación á la totalidad del mundo civilizado, constituía esto un evidente progreso; pero después del pro-

yecto de Carlos Lemonier en 1893, del Tratado italoargentino de 1898 y del Convenio de La Haya de 1899, parecía llegada la hora de dar un paso más. Así lo comprendió el Congreso hispanoamericano reunido en Madrid en Noviembre de 1900, y si por acaso no lo hubiese comprendido, se lo habría impuesto el «verdadero desbordamiento de la cordialidad hispanoamericana», como dice un ilustre escritor, á que dió origen la celebración de aquél, porque evidenciando que la aproximación de España y de la América latina es una idea que palpita, cada vez con más fuerza, en la conciencia de todos los pueblos de origen español, obligaba á buscar la manera de hacer difícil, muy difícil, ya que no imposible, el que se alterase entre ellos la paz.

¿Cómo respondió el Congreso á lo que de él se esperaba? Aprobando la Sección de Arbitraje, que tan acertadamente presidió el Sr. Labra, las siguientes conclusiones, incorporadas luego á las conclusiones definitivas de tan memorable Asamblea:

1.ª Sirviendo la causa de la Humanidad y el interés general de la civilización, el Congreso protesta contra toda política y toda tendencia á resolver los conflictos internacionales por otros medios que los pacíficos y los jurídicos. Y declara que fervorosamente simpatiza con todos los esfuerzos que en Europa y América se hacen por publicistas, profesores, asociaciones y gobiernos para llegar al establecimiento definitivo de tribunales de arbitraje, á los cuales se sometan por completo todas las cuestiones que existan ó puedan existir entre las naciones.

2.ª Por los mismos motivos, y además por intereses de raza y familia (que no obstan á la superior, franca y eficaz comunicación de todos los pueblos del mundo), por razones históricas bien notorias, y por la especialidad de las actuales relaciones de España y la América latina (efecto principalmente de la inmigración constante de españoles en las repúblicas iberoamericanas), el Congreso proclama la urgencia de cons-

tituir, por la acción de los gobiernos, un tribunal de arbitraje hispanoamericano, al cual hayan de ser sometidas así las cuestiones *todas* que surjan entre los Estados que tienen representación en este Congreso, como la recta interpretación de los Tratados existentes entre los mismos.

3.ª El Congreso afirma que ese tribunal ha de tener el carácter de *permanente, obligatorio y sin excepciones;* pero esto no obsta para que si aquello no fuere inmediatamente realizable, recomiende la constitución de tribunales de arbitraje ocasionales para cada conflicto en particular.

4.ª Siendo la aspiración del Congreso que en el tribunal de arbitraje estén representadas todas las naciones de la América latina y España, de modo permanente, para la resolución de todos los conflictos que se den, no sólo entre España y la América latina, si que entre las repúblicas latinoamericanas, prevé que la cumplida realización de este pensamiento puede encontrar retardos, y para este caso recomienda que, por lo menos, se procure la constitución inmedata del arbitraje en la forma antes dicha, para las cuestiones que existan ó surjan entre aquellas repúblicas hispanoamericanas y la nación española.

5.ª El Congreso estima que es conveniente garantizar la eficacia de los fallos del tribunal permanente y obligatorio de arbitraje, por medio de una sanción positiva, además del compromiso de honor contraído por todas las naciones que al tribunal someten sus diferencias.

6.ª El Congreso protesta contra toda tendencia á dar al tribunal de arbitraje ó á las gestiones que se hagan para constituirlo, cualquier nota de supremacía política de alguna de las naciones interesadas en el tribunal que se recomienda.

Estas conclusiones, aprobadas por unanimidad, aunque no sin consignar ciertas reservas el representante de Chile, señor Blets Gana, entrañan un evidente progreso, pues no sólo afirman el arbitraje permanente, obligatorio y sin excepciones, sino que tienden á asegurar su efectividad mediante una san-

ción positiva. Pero claro es que no bastaba afirmarlo, sino que era preciso que esos principios encarnasen en la realidad, y para lograrlo, el Comité ejecutivo, órgano de la comisión permanente del Congreso, se dirigió á los presidentes de las repúblicas, en Agosto de 1901, solicitando su apoyo para que, mediante las debidas solemnidades diplomáticas, tomasen fuerza obligatoria aquellas conclusiones, si no en la parte relativa á la constitución de un tribunal de arbitraje común para todos los pueblos hispanoamericanos, aunque éste era el ideal, en lo referente al establecimiento de la cláusula arbitral, lo más amplia posible, entre España y dichas repúblicas. Las circunstancias en que se encontraban los pueblos de América hacían inútil insistir en lo primero; por esto el citado Comité ejecutivo formuló juntamente las dos proposiciones.

Pocos meses después se reunió en Méjico la Conferencia panamericana, y el representante español, aprovechando la presencia de los delegados de las repúblicas, logró firmar Tratados de arbitraje con la Argentina, Bolivia, Colombia, Guatemala, Méjico, Paraguay, el Salvador, Santo Domingo y el Uruguay, de los cuales han sido ratificados todos, menos los celebrados con Bolivia y el Paraguay.

Los Convenios oportunamente ratificados forman, por decirlo así, dos grupos: el primero lo constituyen los de Méjico y Guatemala, y en éstos se consigna que las altas partes signatarias se comprometen á someter al juicio de árbitros todas las controversias que puedan surgir entre ellas en período de existencia del Tratado (que se fija en diez años), y para los cuales no se hubiese podido lograr una solución amistosa por negociaciones directas, siempre que, á juicio de ambas naciones contratantes, dichas controversias no afecten ni á la independencia ni al honor nacional. A continuación se especifica que no se considerarán comprometidos ni la una ni el otro cuando se trate de daños y perjuicios pecuniarios, ó de la interpretación y aplicación de los Tratados sobre propiedad literaria ó industrial, sucesiones, amistad, comercio, etc.; y se añade que

las funciones de árbitro serán encomendadas con preferencia á un jefe de Estado de una de las repúblicas hispanoamericanas, ó á un tribunal formado por jueces y peritos españoles, mejicanos (ó guatemaltecos) ó hispanoamericanos, y que en caso de no ponerse de acuerdo las altas partes contratantes sobre la designación de árbitros, se someterán al tribunal de La Haya.

El segundo grupo lo forman los Tratados con Colombia, el Salvador, Santo Domingo y el Uruguay, los cuales coinciden con aquéllos en cuanto á la duración y á la designación de árbitros, pero se diferencian en lo relativo á la extensión del compromiso, pues en estos últimos se sujetan al arbitraje todas las controversias de cualquier naturaleza que por cualquier causa surgieren entre las partes, en cuanto no afecten á los preceptos de la Constitución de uno ú otro país, y siempre que no puedan ser resueltas por negociaciones directas.

El de la Argentina, último que ha alcanzado la ratificación, no se ha publicado aún.

*
* *

No es mucho, ciertamente, lo que se ha conseguido. Entre esos pactos y las conclusiones del Congreso de Madrid de 1900 hay enorme distancia: la que media entre el limitadísimo compromiso arbitral consignado en esos Convenios, y el principio del arbitraje permanente, obligatorio, sin excepciones, y garantido por una sanción positiva que votó aquella memorable Asamblea. El arbitraje sólo ha sido aceptado por algunas repúblicas, no todas, ni siquiera las principales; y no para sus fratricidas discordias, tan frecuentes por desgracia, sino para los conflictos, bien remotos, que puedan surgir con la antigua metrópoli. Esos pactos no son, en definitiva, más que una demostración de afecto á España.

En resumen: teóricamente, la América española se ha mostrado siempre favorable al arbitraje. En una ú otra forma,

con más ó menos limitaciones, todos los pueblos hispanoamericanos han aceptado esa progresiva fórmula; pero, á decir verdad, allí como aquí, los intereses del momento han contrariado la obra de los que defienden la íntima conveniencia de dar solución jurídica á los conflictos internacionales, y los proyectos de arbitramento, cuando no han surgido para casos concretos, no han llegado á obtener la necesaria ratificación.

Jerónimo Becker

LECTURAS AMERICANAS

LIBROS.—*Papeletas lexicográficas*, por Ricardo Palma.—*Notas al castellano en la Argentina*, por R. Monner Sans.—*Los modernistas y Zola*, por V. Pérez Petit.—*Los indios en las provincias del Río de la Plata*, por V. G. Quesada.—*Perú primitivo*, por P. Patrón.—*México: su evolución social*, publicación dirigida por Justo Sierra.=REVISTAS.—*España* (Buenos Aires). — Manifestaciones políticas en el extranjero.—Vicios del castellano en la Argentina. — Copenhague.=*Cuba y América*.—El obispo Morell.—El Estado más pequeño del mundo.=*El Ateneo*.—Estudios sobre Goethe.=*Revista del Foro*.—Un proyecto de intimidad latinoamericana.=*Archivos de psiquiatría y criminología*.—Arqueología criminal americana.

El insigne Ricardo Palma, de cuyo *pleito* lexicográfico con la Academia Española saben ya algo nuestros lectores, tuvo el buen acuerdo, después de publicar su opúsculo *Neologismos y americanismos* (1895), en que catalogaba unas 500 voces no admitidas en las ediciones del Diccionario anteriores á aquella fecha, de continuar reuniendo papeletas con que enriquecer el habla castellana. Su labor benedictina le ha hecho llegar hasta el número de 2.700, que propone en el libro á que se refiere la presente nota (1).

La proposición no puede cogernos de sorpresa. Hace tiempo que Valbuena, Mugica y otros escritores convencieron aquí á los que ya no estaban convencidos previamente (y no éramos pocos los de esta clase), de que en el Diccionario faltaban muchas palabras del castellano vivo en nuestra Península. No

(1) *Dos mil setecientas voces que hacen falta en el Diccionario. Papeletas lexicográficas*, por...—Lima, 1903.

cabe ya discusión del tema en términos generales. Cabe tan sólo discutir concretamente si la palabra tal ó cual tiene verdadero derecho á ser recibida por la Academia... Es decir, no. La cuestión no es ni puede ser esa. Ricardo Palma la plantea mal, y por plantearla mal le vinieron los disgustos de 1892 y 1893. El error de Palma y de los que como él piensan está en dar al Diccionario una representación que no tiene, y confundir el castellano de los españoles (literatos y no literatos) con el de la Academia. En España no preocupa el *purismo* más que á unas cuantas personas que también, á veces, suelen caer en herejía lingüística. Palma debiera dirigirse al gran público, á los escritores, á los oradores, en lugar de dirigirse á una corporación que necesariamente ha de ser conservadora y resistirse á las novedades, pero que, por fortuna, carece de poder coactivo contra los que no la obedecen en todo lo que ordena. Aunque sea verdad que en ella han entrado vientos de renovación, por lo que toca al criterio del vocabulario castizo, Palma debe estar seguro de que, de sus 2.700 voces, la mayoría será rechazada. No es cosa para maravillar, ni para desesperar, ni para ser tenida como *casus belli* que ha de traer el rompimiento de relaciones entre América y España. La Academia Española no hará sino lo que hacen todas las Academias del mundo, en el mero hecho de ser tales Academias. Es chocante que Ricardo Palma fíe tanto en los subordinados del conde de Cheste y dé tanta importancia á su voto, cuando él mismo dice (pág. 318 del libro que nos ocupa) que «en asunto de lenguaje hay un tirano que dicta la ley, y ese tirano es el uso generalizado». Lo derecho sería tratar de someter al uso; á la Academia, ¿para qué?

El error en el modo de plantear el problema lleva á Palma á confundir—como ya dije antes—el castellano vivo con el castellano del Diccionario, y á condenar al primero por culpas que son del segundo. La confusión, por lo visto, no es de él sólo, puesto que dice: «Jóvenes muy inteligentes é ilustrados de la nueva generación me han revelado su poco ó ningún

apego por la lengua castellana, con estas palabras no escasas de fundamento:—La pobreza del anémico vocabulario español en la marcha progresiva del siglo, es una rémora para la expresión fiel del pensamiento. El cartabón académico es exageradamente estrecho, y para acatarlo habría que pasar la existencia hojeando el Diccionario, para convencerse de qué vocablos de uso frecuente están excluídos del léxico.—Hoy, en la mayoría de las repúblicas, no son muy leídos los libros españoles, y la juventud universitaria devora los textos en francés, inglés ó alemán». Y en una carta particular que he tenido ocasión de ver, Palma añade: «Conozco muchos jóvenes de talento que no han leído el *Quijote*». También yo conozco muchos españoles que no lo han leído. Ya dijo Valera, hace tiempo, que el *Quijote* no era en España libro popular más que de oídas. Pero vengamos á lo del lenguaje.

En primer lugar, los jóvenes á quienes Palma alude se equivocan creyendo que es lo mismo «el vocabulario español» que el «cartabón académico». El vocabulario español es más rico, pero mucho más rico que el *cartabón* de referencia, y está muy lejos de ser rémora para la expresión fiel de pensamiento alguno. Que se lo pregunten, si no, á los filósofos como Sanz del Río (incluso en la más *castiza* de sus obras, el discurso de apertura de la Universidad Central) y Balmes, á los políticos como Costa, á los naturalistas como Calderón, á los matemáticos como Echegaray, á los fisiólogos y médicos como Cajal, á los literatos como Martínez Ruiz. Las cosas más *difíciles y nuevas* de la cultura moderna se pueden expresar claramente con el castellano vivo, sin más ayuda de palabras extranjeras que la usual y corriente aun en idiomas tan reputados de exuberantes como el alemán, empedrado de galicismos. Verdad es que el castellano de todos esos señores y cien más por el estilo, no es el del Diccionario; pero esto mismo prueba que ceñir el pleito á los límites del cartabón de marras es no ver más que parte de la realidad. Esto no quita—y conviene decirlo—para que muchas de las voces genuinamente

castellanas que el Diccionario cataloga sean cosa muerta para los más de los escritores, quienes, si por un lado son más ricos que la Academia en léxico, por otro tienen bastante que aprender en ella; es decir, que aun siendo pobre el Diccionario, los jóvenes americanos y los españoles ganarían mucho conociéndolo bien y poniendo en juego todo su caudal. De que el castellano no es tan anémico como Palma supone, da el mismo Palma una prueba cuando dice que en un romance de Juan Mir figuran «más de setenta voces para llamar al prójimo tonto ó imbécil», y que en el mismo Diccionario se contienen ochenta y dos voces propias para llamar *pecadora* á una mujer.

Por otra parte, no creo que el escaso favor de que gozan hoy en América los libros españoles dependa de la pobreza de su vocabulario. Si los jóvenes que buscan la cultura moderna prefieren «los textos en francés, inglés ó alemán», es porque éstos representan, en general, mejor que los nuestros, esa cultura; lo cual no quita para que se cometa con nosotros la injusticia de confundir la escasez con la carencia absoluta, despreciando los libros españoles (los hay) que pueden figurar al lado de los extranjeros, y que á veces hasta se adelantaron á éstos en ciertas cuestiones de ciencia contemporánea. En cuanto á los jóvenes que no leen el *Quijote* en España y en América, si lo hacen por modernismo, con su pan se lo coman; aunque más les valiera imitar á esos mismos modelos franceses, ingleses y alemanes que, cuando son gente de positivo valer, conocen bien á Cervantes y no creen que su lectura sea obstáculo para estudiar lo novísimo y caminar con el progreso moderno. Schopenhauer creía lo mismo cuando tomó por maestro á un español del siglo XVII, Baltasar Gracián.

En suma: Palma tiene razón, en general, contra la Academia. No la tiene contra el castellano si participa de la opinión de esos jóvenes de talento á quienes cita, y plantea mal el problema al dar á la Academia más importancia de la que los mismos españoles le damos, y al confundir la causa del

idioma con las intransigencias de la corporación de Cheste y Catalina. En estos asuntos lo derecho es seguir la línea de conducta iniciada ahora por los catalanes en el asunto concreto de las relaciones mercantiles con América. Cuando el elemento oficial se resiste y no quiere hacer las cosas, se prescinde de él y se acude á la Nación. Deje Palma á la Academia, y acuda á los que, sin pedirle á ella permiso, hablan y escriben el castellano con todos los neologismos que creen útiles. Lo cual no quiere decir, repito, que todas las voces nuevas sean buenas ni que convenga despreciar las muchas castizas que los más de nuestros literatos desconocen, y que esperan, en las páginas del Diccionario, á que alguien las resucite. Palma, á quien todos aquí respetamos y queremos, sería un prestigioso cabeza de motín en esto, pero renunciando á sublevar á los que nunca se sublevan, es decir, á los *poderes constituídos*.

***

Pleito de lenguaje es también el que sostiene D. R. Monner y Sans en su nuevo libro *Notas al castellano en la Argentina* (1). El Sr. Monner es una autoridad en asuntos lexicográficos, autoridad que reposa en el dato positivo de varias publicaciones importantes, como las tituladas *Desvestirse* (pasatiempo lexicográfico), *Minucias lexicográficas*, *La religión en el idioma* (ensayo paremiológico), etc. En las *Notas al castellano*, el Sr. Monner se propone, ante todo, contrarrestar la desvirtuación cada vez mayor que el castellano sufre en América por la invasión de neologismos innecesarios, barbarismos y vicios de lenguaje de todo género. Es una labor complementaria, en cierto modo, de la de Palma. Éste quiere enriquecer el idioma y que siga el movimiento de la vida moderna. Monner quiere que, esto aparte, no se desnaturalice inútilmente y con daño de su caudal legítimo. Santo y bueno

(1) Buenos Aires, 1903, XLVIII-240 páginas.

que se admita una palabra nueva para una cosa ó idea nuevas; mas si la palabra ya existe, vívida y en uso, en el castellano, ¿á qué empeñarse en sustituirla con otra peor?

El autor presenta los numerosos vocablos que examina, ya favorable, ya desfavorablemente, en agrupación alfabética que comprende 240 páginas. La Introducción á este catálogo es muy interesante para el conocimiento general de la cuestión, y también lo es el prólogo que acerca de *El castellano en América* ha puesto al libro el Dr. Estanislao S. Zeballos, erudito gramático cuya opinión es digna de todo respeto. La bibliografía de que el Sr. Zeballos hace justo alarde, será sumamente útil para todo lector que quiera estudiar aquel tema. ¡Lástima que no sea completa en cuanto á los autores españoles, y que alguna vez resulte equivocado el nombre de éstos, v. gr., *Unanuevo* por Unamuno (pág. xxx)!

***

Si dijera que Pérez Petit es un crítico, diría poca cosa; porque hay críticos de muchas clases, y porque, no obstante esto, el vulgo se ha formado del crítico una idea que es un molde al cual quiere que se sujeten todos.

Pérez Petit es un hombre de cultura. Le interesan todos los problemas del pensamiento moderno, desde los puramente literarios á los filosóficos. Por eso estudia á Hauptmann, á Tolstoy, á Mallarmé, á Nietzsche, y habla de ellos con conocimiento de causa, á la vez que de Zola, de D'Annunzio, de Verlaine, de Castro, de Strindberg, de Rubén Darío, de Yakchakof y del movimiento moderno de la lírica Francia (1). Al examen de estos hombres y de estas doctrinas lleva Pérez Petit toda su alma de poeta, y por eso sus *ensayos* y *retratos* no tienen la frialdad y el rigor (que á muchos lectores hacen

(1) Zola: Conferencia dada en el club *Vida nueva*, Montevideo, 1902. *Los Modernistas*, Montevideo, 1903.

retroceder) de las críticas de puro razonamiento. Muy á menudo las reviste de forma dramática y hace vivir á los autores que estudia, produciendo la ilusión de que son ellos mismos quienes hablan y nos dan cuenta de sus ideales (v. gr., Hauptmann, Mallarmé). Tiene esto el inconveniente de exigir en el lector un previo conocimiento de los escritores, sin lo cual quedan incomprendidas muchas de las alusiones y de las finuras de juicio de Pérez Petit (véase, por ejemplo, las conversaciones fingidas entre Hartmann y Leroy-Beaulieu, entre Tolstoy é Ibsen); pero yo creo que cuando el crítico uruguayo escribió estas páginas, estuvo lejos de pensar en el gran público, y sólo se preocupó de aquella minoría de espíritus cultivados capaz de gustar lo escogido. Para esa minoría, los retratos de Pérez Petit han de ser de una claridad perfecta, y estoy seguro de que ha de hallarles el parecido exacto; más aún, ha de encontrar en ellos la evocación vívida de la personalidad intelectual y moral de los retratados.

Puesto á buscar defectos en los libros á que me refiero, señalaré dos: cierta facilidad excesiva para entusiasmarse que á veces tiene Pérez Petit, y de la cual derivan algunas exageraciones y radicalismos en la doctrina, y un exceso de lirismo en determinados pasajes (por ejemplo, pág. 7), lirismo al que acompañan de vez en cuando neologismos y giros poco conformes á la índole del que habla castellano. El primer defecto se lo corregirán á Pérez Petit los años; el segundo... los años también, y el mismo fondo sano de su estilo, que sabe ser expresivo, enérgico, elegante, elocuente, sin disparo de fuegos artificiales. Los vicios contra la pureza del lenguaje también se le corregirán, porque substancialmente, Pérez Petit sabe castellano y es, en medio de la corrupción general de nuestro idioma en América, uno de los escritores que mejor guardan lo inconmovible y esencial del lenguaje que llevaron al Nuevo Mundo nuestros conquistadores, geógrafos, misioneros y comerciantes.

*
* *

En una de las LECTURAS anteriores (Julio) he dado el resumen de un capítulo del nuevo libro de historia americana de D. Vicente G. Quesada. Se me ofrece ahora ocasión de hablar de otro capítulo de la misma obra, que, publicado previamente en la revista *Historia*, sale ahora á luz en tirada aparte (1). En él se propone el autor describirnos el estado social y las peculiaridades de los diversos pueblos indios que habitaban el territorio que hoy es argentino, sirviéndose para ello del testimonio de los mismos conquistadores y de sus narraciones é informes. El asunto está tratado con toda la erudición de buena ley que el Sr. Quesada pone siempre en sus escritos, y en virtud de la cual nos enteramos minuciosamente del modo cómo fueron conquistados aquellos pueblos (de idioma y cultura muy diferentes) y cómo fueron reducidos unos á la nueva civilización mientras otros, rehacios á ella, se extinguieron «por pestes, y por los cambios que en su manera de vivir se produjeron después de la introducción del caballo y del ganado vacuno en las pampas argentinas».

Materia histórica es también la que trata D. Pablo Patrón en su *Perú primitivo* (2). Las «notas sueltas» que forman este folletito tratan del número cuatro como número sagrado en América, del color negro del cabello de los indios andinos, de las embarcaciones de cuero y balsas de los peruanos, y del culto á los lugares altos; hechos todos que el autor compara con sus iguales de la Asiria y Caldea primitivas. Se ve bien en todo el escrito que la creencia íntima del autor es favorable á la derivación súmero-acadia de la civilización original de los indios. Sin embargo, no afirma nada decididamente. Con prudencia muy propia de un investigador serio, se limita á decir al final, una vez señaladas las coincidencias referidas, que son «éstas muy especiales para ser fortuitas». Las comparaciones

(1) *Los indios en las provincias del Plata.* Buenos Aires, 1903, 104 páginas.

(2) Lima, 1902, 20 págs.

lingüísticas juegan gran papel, como es natural, en el estudio del Sr. Patrón.

***

Una sociedad de escritores mejicanos ha emprendido, de acuerdo con la casa editorial J. Ballescá y Comp.ª, sucesor, la publicación de una obra verdaderamente monumental, que lleva por título *México: su evolución social*. Es director literario de esta obra un hombre que ha dejado en España recuerdos gratos é imperecederos: D. Justo Sierra, quien, á la vez, se ha encargado de escribir la parte dedicada á historia política de Méjico y la Conclusión. Las demás materias están distribuídas en la siguiente forma: El territorio de Méjico y sus habitantes, por el ingeniero D. Agustín Aragón; Constitución nacional y relaciones internacionales, por el magistrado don Julio Zárate; municipios, establecimientos penales y asistencia pública, por el licenciado D. Miguel S. Macedo; evolución jurídica, por el licenciado D. Emilio Pardo; ejército, por el general D. Bernardo Reyes; educación nacional, pública y privada, y prensa, por el licenciado D. Ezequiel A. Chaves; movimiento científico, por el Dr. D. Porfirio Parra; literatura, por el licenciado D. Manuel Sánchez Mármol; evolución agrícola, por el licenciado D. Jenaro Raigosa; evolución minera, por el ingeniero D. Gilberto Crespo y Martínez; evolución industrial, por el licenciado D. Eduardo Zárate; obras públicas y comunicaciones, por el licenciado D. Pablo Macedo; historia de la Hacienda pública, por el mismo.

Aquellos de mis lectores que estén medianamente enterados de la cultura mejicana moderna, advertirán en seguida que entre esos nombres figuran muchos de un prestigio que ha trascendido de su país natal y ha sido consagrado en Europa. Esto nos da una sólida garantía en punto á las condiciones científicas del nuevo libro. En cuanto al interés que su publicación tiene para nosotros, excuso encarecerlo. Méjico es una de las tres grandes naciones que descuellan por muchos con-

ceptos entre todas las hispanoamericanas. La numerosísima colonia española que en ella vive, y las muestras de viva simpatía que nuestra patria ha recibido del pueblo mejicano en tiempos recientes, redoblan ese interés, que siempre merecería de suyo un cuadro tan completo del estado actual y la historia novísima de Méjico.

El editor de la obra y su director artístico han querido reforzar más estos lazos, y en vez de buscar en país yanki los elementos necesarios para la publicación de aquélla, han venido á España. Una imprenta española, la de los Sres. Salvat é hijos (Barcelona), imprime el texto. La casa grabadora Thomas se ha encargado de la ilustración, y los dibujos llevan las firmas, también españolas, de Apeles Mestres, Cabrinety, Cusach, Pascó, Pellicer, Riquer, Utrillo y otros, cuyos nombres nos son familiares. La publicación va muy adelantada. Confiamos en que pronto se terminará el tomo II y último de ella. Entonces será ocasión de volver á hablar de este libro, cuya aparición me complazco en noticiar á mis lectores.

***

La Asociación patriótica española de Buenos Aires ha empezado á publicar una revista semanal titulada *España*. Por sus propósitos, por el cuerpo social de quien procede y por los hombres que en ella escriben, tiene para nosotros un interés subidísimo. A ella nos referiremos muy á menudo, de hoy en adelante, en estas LECTURAS.

En el número 8 (23 Agosto) de *España*, el Dr. Miguel Cané expone su opinión sobre las *Manifestaciones políticas en el extranjero*, con motivo de las reuniones y manifestaciones de los republicanos españoles que residen en la Argentina. Al señor Cané le parece indiscutible el derecho de éstos para hacer tales cosas.

«Desde luego—dice—es bueno descartar el absurdo de *La Época*, de Madrid, que, según nos informa el telégrafo, se extraña y lamenta que el Gobierno argentino haya permitido

esas reuniones, y anuncia que esa actitud de nuestros poderes públicos pueden modificar las excelentes relaciones que existen entre España y la Argentina. Esa actitud de *La Época* es hija, como tantas otras tonterías que se dicen y se hacen por allá, de la eterna ignorancia de nuestras cosas de América. Que un francés ignore siempre á España, nada más puesto en el orden de las cosas naturales; porque el francés, por mil razones de orden biológico, no está organizado para comprender al español; pero que españoles, precisamente de los que pretenden dirigir la opinión, ignoren que esta tierra, en la que tantos millares de compatriotas viven, se rige por un sistema de gobierno que no da al poder público la facultad de hacer lo que le dé la gana, es cosa que realmente llama la atención. Los españoles pueden en nuestra tierra, observando los edictos policiales sobre la materia, reunirse para hablar de todo lo que les interese, siempre que no turben el orden público, ofendan la moral pública ó injurien la persona del soberano de un país amigo. Lo mismo podrían hacer los italianos (y lo hacen á menudo), los húngaros ó los turcos. Dejemos, pues, de lado ese aspecto de la cuestión, y vamos al fondo.»

El Sr. Cané es indiferente en materia de formas de gobierno, aunque cree que la república es la forma «última y necesaria, porque el orden de las cosas lo quiere así». A veces la monarquía suele ser conveniente y hasta necesaria para un pueblo, y cita la siguiente frase de Castelar en 1889: «La monarquía es necesaria en España durante la minoría... de la república».

«Esa minoría de la república, ¿cuánto debía durar? No nos lo dijo Castelar; pero se me ocurre que no sería tan próximo el momento, cuando afirmaba, no sin tristeza, la necesidad patriótica de acatar la monarquía».

Si el Sr. Cané hubiese vuelto á hablar con Castelar en los últimos meses de vida del gran orador, le hubiese oído decir seguramente algo contrario á lo que en 1889 dijo.

El Sr. Cané termina reprobando de un modo enérgico «la

intromisión de argentinos en esas manifestaciones de carácter pura y exclusivamente español».

En el mismo número, el Sr. Atienza y Medrano, escritor á quien no por faltar hace unos años de España han olvidado sus compatriotas, continúa una serie de artículos, comenzada en números anteriores, sobre el mismo tema del libro del señor Monner.

El autor aduce algunos ejemplos de barbarismo introducidos en el habla argentina.

«*Munir*, *punir*, *trepidar*, *constatar*, *obstaculizar* y *transar*, son gazapos de marca mayor, indignos de indulgencia. Hacerles una caricia sería una debilidad imperdonable; hay que fusilarlos sobre el tambor. Para la falta que hacen, bien muertos estarían. ¿Por qué no decir, hablando con palabras de nuestra propia lengua, *proveer*, *castigar*, *vacilar*, *consignar*, *entorpecer* y *transigir*? Pues por eso que dije el otro día: porque hemos perdido la llave del arca donde guardábamos el opulento ropaje de nuestro hermoso idioma, y vamos á la casa del vecino á vestirnos de prestado, con riesgo de que la ropa nos venga estrecha ó ancha, y de salir por esas calles vestidos de arlequín.

»Ahora viene otro grupo de palabrejas sumamente curioso, y por cuyo empleo casi exclusivo se advierte desde hace algún tiempo entre nosotros marcada predilección. Son las tales voces: *tocante*, *sugerente*, *atrayente*, *dirigente* y otras de corte semejante, que no recuerdo bien en este momento. *Tocante*, en lugar de conmovedor, es intolerable, y en cuanto á los otros tres, convengamos en que lo mismo significan *sugestivo*, *atractivo* y *directivo* ó *director*, palabras todas ellas de significación activa, como los participios, más ó menos contrahechos, con que se las ha reemplazado por mor de la novedad y del sonsonete rimbombante.

»Y no se me diga que esas cuatro voces son los participios activos de los verbos *tocar*, *sugerir*, *atraer*, *dirigir;* porque en castellano hay muchos verbos que carecen de esa clase de

participio. Así nadie dice *pintante* de *pintar*, sino *pintor;* ni *labrante* de *labrar*, sino *labrador;* ni *tocante*, sino *tocador*, al que toca la guitarra, pongo por caso».

. . . . . .

«¿Por qué ha de decirse *rutinero*, cuando poseemos la voz *rutinario*, cien veces más bella, y al fin aclimatada por la doble sanción del pueblo y de los buenos escritores? ¿Por qué decir siempre *provisorio*, y no acordarse ni por milagro de *provisional?* ¿Por qué, poseyendo los dos vocablos *doctrinario* y *doctrinal*, de significados peculiares y diversos, se ha de emplear solamente el primero, y se ha de dejar arrumbado el segundo, como innecesario ó inservible?»

No es, por esto, el Sr. Atienza un purista de los que ajustan el idioma al patrón del Diccionario. Muchas palabras hay que en éste no constan y que al autor le parecen bien, como *preciosura*, *prescindencia* y *urgencia.*

Los vicios del idioma argentino no son sólo de vocabulario. El Sr. Atienza cita algunas frases muy curiosas.

«Cuando oigo decir *una persona bien, un mozo bien*, lo primero que se me ocurre pensar es que la expresión está sin concluir, y que el que habla ha querido decir *una persona bienquista* ó *un mozo bien educado*, y le ha faltado el resuello para concluir. ¿Y dónde me dejan ustedes el modismo de *«ir á lo de fulano ó mengano?»* No quiero insistir en lo pecaminoso que resulta ese LO, de significado tan indefinible, porque la materia es demasiado resbaladiza. Quédese aquí, y no nos entrometamos en *lo* de nadie».

La anécdota con que termina el artículo es digna de ser trasladada íntegramente.

«En cuanto á giros franceses, estoy ya tan curado de espanto, que he llegado á la siguiente conclusión: que hay entre nosotros más de un escritor que, creyendo escribir en castellano, se lleva el chasco más soberano del mundo, y escribe en francés con palabras españolas. Y no quiero entrar sobre este punto en dimes y diretes, porque recuerdo un episodio que

todavía me hace desternillar (no destornillar) de risa, siempre que acude á mi memoria.

»Cometí en cierta ocasión el pecado imperdonable de llamar la atención de un sapientísimo gramático sobre un galicismo garrafal en que había incurrido. Mi indiscreción debió molestarle y me provocó á singular batalla en forma de polémica. Falto de tiempo para perderlo en semejantes fruslerías, le observé que la frase discutida estaba condenada en la página tantos de la gramática que él mismo acababa de publicar. Al año siguiente publicó una nueva edición de su gramática, y suprimió la regla en que había condenado antes aquel famoso galicismo. Vaya usted, después de esto, á creer en gramáticas ni en gramáticos. Sólida y extensa cultura general, buen gusto y conocimiento experimental del idioma: esto es lo único que puede recomendarse á los que quieran hacer profesión de escritores».

En el número 10 de *España*, D. Fernando Segovia da curiosas noticias sobre Copenhague, ciudad que ha visitado recientemente.

«La capital de Dinamarca es, en realidad, una hermosísima ciudad, mezcla de la cultura francesa con la pureza de costumbres del Norte; su vida y modo de ser es enteramente distinta de lo que hasta entonces conocía.

»El origen de la ciudad es muy antiguo: en 1167 ya se habla de ella como de un puerto de pescadores. El rey Waldemar el Grande (1157-1182) la donó á Absalón, famoso guerrero que es considerado como el verdadero fundador de Copenhague. Su historia es la de todas las ciudades de la Edad Media y Moderna: la lucha continua por el engrandecimiento á expensas del vecino, la fijación de límites, más tarde las luchas religiosas, y finalmente el progreso bajo un gobierno paternal y moralizador».

Tres cosas interesaban particularmente al autor en Copenhague: el puerto, el Tívoli y el museo de Thorvaldsen. Veamos cómo describe estos tres sitios:

«Tres cosas me atraían en Copenhague y á ellas dediqué preferente atención: el puerto, el Tívoli y el museo de Thorvaldsen.

»El puerto es verdaderamente admirable, y en estos últimos tiempos la construcción del *puerto franco* ha dado á Copenhague un gran desarrollo comercial. La ley decretando el establecimiento de un puerto franco en Copenhague fue visada por el Rigsdag danés en 1891, y algunos meses después empezaron los trabajos.

»En el espacio que debía ocupar el puerto franco (61 hectáreas) se arremolinaban las olas del Sund. Se levantaron enormes diques, se puso valla á la irrupción del mar, y bien pronto apareció el suelo sobre el cual habían rodado las olas durante tantos siglos. Se extrajeron 1.100.000 metros cúbicos de tierra para formar los diques, y en dos años y medio todo estaba terminado. Su profundidad era de 30 pies, los muelles tenían 4.000 metros de longitud. El primero de Noviembre de 1893, el príncipe Waldemar de Dinamarca, apoyándose sobre un botón eléctrico, abría los diques que separaban las aguas del Báltico de los diques desecados.

»Los elevadores de granos no dejan nada que desear, y he visto funcionar los que cargan 10.000 toneladas en un día.

»El movimiento importa-exportador es enorme: 40.000 buques entran por año en el puerto de Copenhague».

El Tívoli, como su nombre indica, es un parque de recreo. «Todo el mundo va al Tívoli, de todas clases sociales y de todas edades. Los nombres más aristocráticos, descendientes de aquellos compañeros de cristianos que pelearon contra las huestes de Gustavo Adolfo, se codean con la burguesía y con las obreras del Seeland y de la Suecia. Se ven viejas solitarias, niños que apenas marchan, honradas familias, bulliciosos estudiantes y parejas enamoradas. El Tívoli en sus hermosos jardines tiene para todos: sol para el viejo, caminos para el niño que ensaya sus primeros pasos, diversiones para las familias, escondites para las huelgas estudiantiles, y muchas y solitarias calles para los idilios juveniles.

»El Tívoli es popular; recorriéndolo pude ver: teatros en francés y en danés (!!!), bailes, montañas rusas, conciertos, cafés y hasta una colonia de chinos que representaban comedias, daban conciertos y hasta dolores de cabeza con sus continuas lamentaciones».

El museo de escultura de Thorvaldsen, el célebre escultor danés, tiene una importancia muy grande. «Rara vez se verá en el mundo un espléndido edificio que abriga solamente obras de una inteligencia. Thorvaldsen, que nació en 1771, reunió al fin de su vida en Copenhague, su patria natal, un modelo de todas sus obras, que pasan de 1.000, y muchas originales».

Cuba y América publica en su número de Agosto el retrato del obispo D. Pedro Morell de Santa Cruz, según un grabado de Francisco Javier Báez, que lleva fecha de 1769.

Fue Morell uno de los obispos más ilustres de Cuba en el siglo XVIII. Publicóse de él una biografía en las Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana (1847). Fue autor de varias obras:

Relación, que escribió en 1757, *de la visita eclesiástica de la ciudad de la Habana y su partido en la Isla de Cuba, hecha y remitida á S. M. C. (q. D. g.) en su Real y Supremo Consejo de las Indias, por el Dr. D. Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, Obispo de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad de Santiago de la misma Isla.*

Carta pastoral del Ilmo. Sr. Obispo de Cuba á su Diócesis, con motivo del terremoto de la ciudad de Santiago y lugares adyacentes, 1766. Imprenta del Cómputo eclesiástico.

Historia de la Isla y Catedral de Cuba.

Relación de la tentativa de los ingleses en América.

El obispo Morell nació en 1694 en Santiago de los Caballeros, Santo Domingo. Ocupó la silla episcopal de la Isla de Cuba en 1753, hasta 29 de Diciembre de 1778, en que falleció. Le confirió las órdenes sacerdotales el obispo Jerónimo Valdés, en su oratorio episcopal, el 24 de Abril de 1718, diciendo

su primera misa el 13 de Mayo de 1719, en la Parroquial Mayor de San Cristóbal de la Habana. En 1749 fue electo obispo de Nicaragua. Y durante el sitio y toma de la Habana se le desterró, por el conde de Albemarbe, en 1762, á San Agustín de la Florida, por haber negado el derecho de campanas al coronel Samuel Clevelan. Restablecida la paz, volvió de su destierro á ocupar su mitra, importando la industria de la cera, que en tiempo de D. Luis de las Casas produjo 40.000 arrobas.

«Por obras suyas de otro género se tienen la iglesia de la Candelaria en Guanabacoa, ó sea la iglesia de Santo Domingo, desde 1858; y la reedificación del Hospital de Paula, destruído por un huracán en 1703, dotándole de un reglamento altamente favorable á esta antigua y humanitaria institución.

»Asegúrase que murió del pesar que le causó la destrucción de la Catedral de Cuba por un terremoto.»

En el mismo número, D. Juan Manuel Planas refiere su visita al Estado *más pequeño del mundo,* que es el territorio neutro de Moresnet, enclavado entre Alemania y Bélgica, y cuya extensión mide 5 kilómetros cuadrados (16 menos que Mónaco). Su población es de cerca de 3.000 almas. Nació con motivo de las modificaciones territoriales del Congreso de Viena.

«En el primer imperio francés, allá por el año de 1810, Bélgica y Holanda estaban anexadas á Francia; y el municipio ó *Commune* de Moresnet, aldea situada en Bélgica, pertenecía al departamento francés del Ourthe. Pero el Congreso de Viena de 1815 arrancó los dos Estados á la soberanía francesa y los constituyó en *Reino de los Países Bajos.* El municipio de Moresnet se encontró, pues, formando parte de la nueva nación. Pero como en sus cercanías había una mina importante de *calamina,* explotada desde años atrás por una compañía francesa, los prusianos y los holandeses, al fijar las fronteras limítrofes de Prusia y de los Países Bajos, no pudieron ponerse de acuerdo sobre á quién había de tocar la parte ocupada por la mina. Decidieron entonces considerar como neu-

tro, provisionalmente, dicho pedazo de terreno, bajo la dependencia de Prusia y de los Países Bajos. Más tarde, Bélgica se separó de Holanda, y Moresnet quedó con su cercana mina en territorio belga. Holanda no traspasó sus derechos á Bélgica, pero sí hizo que esta nación rigiera en lugar suyo, de concierto con Prusia, los destinos de la comarca neutra.

»Así quedó constituído lo que los diccionarios llaman *Territorio neutro de Moresnet,* dentro del cual está la aldea que sus habitantes denominan *Calamina.*

»Al comienzo de su fundación, el Territorio neutro contaba con cerca de 300 habitantes. Hoy sus descendientes son más de 400, y son ellos los verdaderos ciudadanos, que no tienen que servir en ningún ejército. En cambio, los otros habitantes, que son belgas, alemanes ú holandeses, ó cuyos abuelos lo eran después de la neutralidad del Territorio, están obligados á ser soldados en sus países de origen.

»La Constitución del país es muy simple. Los moresnetenses están gobernados por un burgomaestre, al que ayudan en sus funciones diez consejeros municipales, y por dos comisarios que representan á Prusia y á Bélgica.

»Los moresnetenses no se ven libres de impuestos. Antes al contrario. Tienen que pagar por sus rentas, por sus perros y por las bebidas alcohólicas. Los que son católicos tienen que pagar un impuesto especial para gastos del culto. Cuando quieren entablar un proceso pueden dirigirse, á su gusto, á los tribunales belgas ó á los prusianos.

»La situación de neutralidad cesaría si la mina dejase de existir; pero como no lleva muchas trazas de ello, es probable que durante largo tiempo todavía exista el Territorio neutro de Moresnet, cuyos elementos de historia y constitución hemos relatado en pocas frases.»

El relato de la visita del Sr. Planas es graciosísimo. Después de andar mucho, llega á la vista de Calamina. Antes de entrar en el pueblo se encuentra con un cartero belga.—¿Cómo es que reparte usted cartas en el territorio neutro?—le pre-

gunta. — Pues le voy á decir. Las cartas que vienen por el lado belga las reparto yo. Las que llegan por el lado alemán las reparte un cartero alemán.

Al entrar en la calle del pueblo, hombres y mujeres salen á las puertas de las casas y le saludan afablemente. Atraviesa todo *Calamina* y desemboca en otra carretera.

«Esta se extiende á lo lejos, á derecha é izquierda, y constituye el *camino neutro*. Las casas que tengo al frente están en Alemania; las que hay en el lado opuesto donde yo estoy, separadas por el ancho de la carretera, pertenecen al Territorio. Esto es una vista original. En la parte alemana veo un uniforme prusiano: es un agente de policía. Allá, á trescientos metros, distingo la mina con sus fangosos alrededores, sus fábricas, techumbres y chimeneas. Armo mi trípode y preparo mi cámara. Una nube de chiquillos se pone ante el aparato, y me veo obligado á retratar el paisaje con ellos dentro.

Como no dispongo de mucho tiempo, vuelvo hacia atrás y tomo la fotografía de una de las calles principales, con los consabidos chiquillos.

Me queda un poco más de una hora para volver á tomar el tren. La voy andando á buen paso, cuando oigo que me llaman. Pero ¿de dónde diablos ha salido el buen hombre? Es el viajante de comercio. Voy hacia él. Me invita á tomar un vaso en un café, y con él entro en un ventorrillo. La sala, pequeña, está llena de gente; un grupo de hombres y mujeres, quizás las notabilidades del lugar, rodean las pocas mesas del café.

Los hombres están de sombrero de copa. Las mujeres lucen sus mejores galas. Quiero indagar lo que allí hacen. Inútil. Se hacen los que no entienden. Sin embargo, pronto trabamos amistad, y en seguida me tutean.

—¿Y tú, qué vienes á hacer por aquí?

—Pues vengo á tomar fotografías.

—¿Nos quieres retratar?

—Con muchísimo gusto.

—Pues anda, ven.

Y me llevan á una sala contigua.

Esta pieza es mayor que la otra, demasiado grande; como que es el teatro del Territorio. Al fondo, un escenario; á los lados, mesas y bancos; colgando del techo, lámparas de petróleo.

Formo un grupo y, con bastante trabajo, llego á retratarlo. Una de las mujeres no cesa de reirse. Es quizá la primera vez que se pone ante un objetivo.

Mientras guardo los chassis en un saco y recojo el trípode, hombres y mujeres se cogen de la mano y, en una infernal farándula, dan vuelta al salón.

Yo vuelvo á mi mesa, donde me espera una taza de café, que apuro de un trago. Pago y me dispongo á marcharme, cuando la gente aparece de nuevo.

—¡No te vayas!

—¡Quédate!

—¡Quédate! Nos divertiremos mucho.

—¡Espérate hasta el tren de esta tarde! Tienes tiempo.

Pero yo me escapo en silencio y á la inglesa. Y heme de nuevo caminando para hacer cinco kilómetros.

Árboles, capillas, crucifijos, monjas, convento, cementerio, Moresnet, puente, todo lo vuelvo á ver; y llego á tiempo para subir al tren, que ya está andando.

¡Dios santo! ¡qué bien se suda para conocer el Territorio neutro de Moresnet!»

El Ateneo, de Lima, comienza en su número 28 del tomo VI la publicación de unos *Estudios literarios* del señor D. E. Larrabure y Unanue. Versan los *Estudios* sobre Goethe y sus obras. En el prólogo, el autor indica brevemente las obras que le han servido de consulta. De las españolas dice:

«En español no hay nada, ó casi nada, como no sea una mala traducción de la obra titulada *Ballades et chants populaires de l'Allemagne*, publicada por Mme. Albin en 1841, y las traducciones de las páginas que consagran á Goethe, Chateaubriand en sus *Memorias de ultratumba*, y Mme. Stäel en

su libro sobre Alemania. Estas, al menos, son las obras dignas de tenerse en cuenta al tratar de un ingenio peregrino como el del solitario de Weimar.»

Creemos que el Sr. Larrabure, al decir esto, es injusto, si es que conoce *todo* lo que en España se ha escrito acerca de Goethe; v. gr., lo que escribió D. Juan Valera.

Por primera vez llega á mis manos la *Revista del Foro*, de la Habana, que lleva ya doce años de existencia. En su número de 30 de Abril, además de una biografía del jurisconsulto cubano D. José Zacarías González del Valle, publica una interesante *Indicación á los Gobiernos latinoamericanos*, escrita por D. Manuel Clemente Urbaneja, de Caracas.

Aludiendo al reciente conflicto de Venezuela, el autor comienza diciendo:

«En presencia del ruidoso conflicto traído á nuestras playas por colosales Potencias extranjeras, el que, gracias á la interposición de los Estados Unidos del Norte, puede ya estar en vía de ser por modo pacífico dirimido, parece deber inaplazable para el patriotismo pensador de los latinoamericanos inquirir con ahinco los medios más eficaces de que pudieran echar mano nuestras Repúblicas, á efecto de que sea respetado, siempre é invariablemente en ellas, el principio de la igualdad de los Estados en su trato mutuo, principio que, no obstante ser trivialísimo en el derecho de gentes, ponen en constante olvido, en sus relaciones con los del Nuevo, los Gobiernos del Viejo Mundo. Esos medios conviene que sean tales, que hagan imposible para estos últimos insistir en prácticas lesivas de aquel primordial derecho, y hasta de la amenaza de intentarlas.»

El autor no pretende defender una fórmula estadiza. Se propone tan sólo sugerir ideas para que el hecho necesario se cumpla.

La aspiración á una inteligencia íntima entre todas las repúblicas latinoamericanas es general y muy antigua. Pero esta «grandiosa idea no ha encontrado su centro de gravedad

y ambula entre dos temeridades: la de un Consejo ó Congreso establecido en Panamá, ó no importa dónde, decidiendo sobre los destinos generales de América en sus relaciones entre sí y con Europa; y la de una federación ó confederación de Estados, como la de los Estados Unidos del Norte ó de Colombia antigua.

»La primera combinación es inepta; su crítica ya la hizo Bolívar con forma profunda y pintoresca; la otra es meramente impracticable, ó por lo menos está en lejanías detrás del horizonte.

»La combinación que se busca tendrá que mantenerse lejos de ambos escollos. Ha de conservar incólumes la autonomía é independencia de cada Estado, sin poner mano en su régimen interior y dejando la más grande amplitud á cada una en sus relaciones con el exterior, excepto en este punto, aquellas limitaciones que, de no existir, hicieran inadecuada la combinación para el propósito solicitado».

El Sr. Urbaneja propone la reunión de una Conferencia de representantes de todas las Repúblicas, en la cual se acordarían las bases *ad referendum* de la unión. A su parecer, esas bases podrían responder á las siguientes líneas generales:

«*a*) Instituir, desechando las denominaciones conocidas de federación ó confederación por demasiado comprensivas, una Asociación Internacional Latinoamericana, que revista todas las condiciones exigidas por el derecho de gentes, para que se le reconozca el carácter de *persona jurídica internacional*, y por tal la acepten las demás naciones.

»*b*) El establecimiento de una Cancillería de la Asociación; composición y modo de nombrar su personal; el lugar de su residencia, fija ó en turno.

»*c*) La definición de la competencia de la Cancillería, ó lo que es lo mismo, de la Asociación. La competencia no podrá extenderse sino á aquellos casos en que se vea palmariamente lesionado por alguna Potencia extranjera, en alguna de

las Repúblicas asociadas, el principio de igualdad de los Estados en el trato internacional.

»*d*) La Cancillería no ejercerá nunca de oficio esa competencia; necesita requerimiento de la República ofendida; pero sí tendrá el derecho de examinar su propia competencia en cada caso.

»*e*) La Cancillería de la Asociación no podrá negarse á servir de árbitro en las cuestiones internacionales que se susciten entre las Repúblicas asociadas, si unánimemente así lo solicitaren los Gobiernos interesados en dichas controversias.

»*f*) La creación de una escuadra á las órdenes de la Asociación. Habrá que determinar el contingente proporcional con que á este fin contribuirán las Repúblicas de la Asociación.

»*g*) Manera de subvenir á los gastos de la Asociación, y su proporcionalidad entre sus Miembros.

»*h*) Designación de su escudo y bandera.

»*i*) Nombramiento de ministros públicos para el exterior.

»Lo demás es materia de detalles, sin duda muy importantes, difíciles y espinosos; pero su discriminación y estudio no caben en el estrecho ámbito de una síntesis.»

El número de Junio de la revista *Archivos de psiquiatría y criminología* contiene, entre otros artículos que en nueva Lectura quizá analicemos, uno interesante para la historia del período colonial. Lo titula su autor, D. Anastasio Alfaro, *Arqueología criminal americana.*

Comienza recordando las diversas Reales cédulas que á principios del siglo XVIII se publicaron con el fin de evitar y castigar el comercio ilícito de extranjeros en América. Estaba prohibido á éstos, no sólo comerciar, sino arribar con sus barcos á puertos americanos. Todas estas restricciones motivaron en Costa Rica muchas causas criminales, una de ellas contra el gobernador D. José Antonio Lacayo de Briones, quien salió absuelto. El autor, que refiere algunas, saca la deducción de que no prueban un estado de inmoralidad grave en los costaricenses de aquella época, sino más bien «un exagerado celo

de las autoridades por castigar actos de comercio á que estaban obligados los vecinos de la costa atlántica, obligados con la fuerza irresistible de los piratas mosquitos, que tomaban por la fuerza todo aquello que de buen grado no se les quería cambalachear.

«Pedazos de fierro era lo que traían los zambos mosquitos para el canje por cacao; fierro que probablemente les servía de lastre en sus piraguas, y que, no pudiendo volver con él, se lo entregaban á los soldados de las vigías y á los trabajadores de las fincas de Matina. Admirado estaba el gobernador de Cartago en 1713 de la paciencia con que los colonos soportaban la miseria de entonces; motivo de más para pensar que las órdenes del rey prohibiendo el comercio con extranjeros, se violaron cediendo á fuerza mayor y no á la ambición del lucro comercial.»

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

La ciudad y las sierras, por Eça de Queiroz (traducción de D. Eduardo Marquina).

A raíz del fallecimiento del gran novelista portugués Eça de Queiroz, consagré á su memoria en esta Revista un artículo dando algunas noticias y haciendo algunas consideraciones acerca de su labor literaria, menos conocida en España de lo que fuera de desear, dado su mérito y las naturales relaciones entre las dos lenguas y las dos literaturas castellana y portuguesa. No se había publicado aún entonces, ó por lo menos no había llegado á mis manos, la obra póstuma de Eça de Queiroz, *A cidade e as serras*, y tampoco conocía yo por completo otras de sus últimas producciones, como *A illustre Casa de Ramires* y *A correspondencia de Fradique Mendes*, que andaban diseminadas en Revistas ó se habían publicado muy recientemente en volumen; de suerte que aquel estudio tuvo por base las anteriores y más famosas obras del escritor lusitano, como *A Reliquia*, *Os Maias*, *O Primo Bazilio*, *O Mandarin*, *O Crimen do padre Amaro*, que son, en particular las tres primeras (no las cito por orden cronológico, sino al azar), las que le han dado más grande y merecida fama.

La publicación de una versión castellana—debida á la pluma de D. Eduardo Marquina—de *A cidade e as serras* ofrece ahora oportunidad para añadir á aquel artículo algunas noticias sobre esta novela, que considero una de las mejores de Eça de Queiroz. Acaso me quepa alguna remota parte en

la aparición de esta obra en castellano, pues con motivo de la traducción de *A Reliquia* aconsejé al editor barcelonés señor Maucci la publicación de otros libros del gran novelador portugués, entre ellos *A cidade e as serras*. Sea de ello lo que fuere, me complacería poder contribuir en algo á la difusión de una novela á mi parecer excelente, y á que cunda entre nosotros la afición á las obras de un tan insigne literato como Eça de Queiroz.

Lo estrecho del círculo que alcanza hoy la lengua portuguesa ha impedido que la fama del autor de *Os Maias* tomara mayores vuelos. Escribiendo en alguno de los idiomas más difundidos al presente por el mundo, en francés, inglés, alemán ó italiano, Queiroz hubiera figurado con justicia entre los primeros novelistas del final del siglo XIX, y de hecho lo es, aunque á sus obras les haya faltado el tornavoz de una notoriedad europea. Con los idiomas les ocurre á los escritores lo que á los oradores con la voz. Por hermosas y peregrinas que sean las cosas que el escritor diga, si su voz, ó sea la lengua en que escribe, suena poco, á pocos llegará el eco de aquellas bellezas. En cambio, la voz recia y resonante, la lengua difundida por el mundo, ayuda á avalorar medianos productos de la imaginación; así son famosos tantos escritores franceses, que en realidad no pueden pasar por verdaderas notabilidades.

No es sólo la difusión material del idioma lo que influye, ni se reduce todo al número de hombres que hablan una lengua. La eficacia literaria de ésta, para la mayor propagación de las obras y la más rápida y fácil fama de los autores, depende también de muchas otras circunstancias: el grado de cosmopolitismo de un idioma, la moda, el papel que desempeña en el mundo la nación que habla la lengua de que se trate, ya en las relaciones de la cultura, ya en las políticas. Aparentemente no hay razón para que se difundan más las obras escritas en noruego ó en dinamarqués que en lengua portuguesa, y, sin embargo, así es, porque los literatos noruegos y dinamarqueses están de moda en París, y los lusitanos no.

Tuvo, pues, Eça de Queiroz un serio obstáculo en la lengua en que escribía para que su fama traspusiera las fronteras de su país; y aunque, en efecto, consiguió exceder de ellas, fue en medida bastante limitada. Hasta en España, á pesar de nuestra vecindad con Portugal, ha sido poco conocido hasta ahora.

*
* *

Eça de Queiroz no es un novelista pintor del pueblo. Los personajes genuinamente populares son secundarios en todas sus obras. Por excepción se desarrolla el argumento de algunas de ellas, como *O Crimen do padre Amaro* y *O Primo Bazilio*, en las capas modestas de la clase media. En las más, los personajes principales pertenecen á un medio social distinguido, á una clase social elevada, á la aristocracia, ó á la burguesía enriquecida y opulenta. Así sucede en *Os Maias*, en *A illustre casa de Ramires*, en *A correspondencia de Fradique Mendes*, en *A Reliquia* y también en *A cidade e as serras*. Quizás era éste el círculo social que por su propia condición conocía mejor el novelista portugués, y tal vez, no por preocupación patricia, sino por tendencias de su propia cultura, le pareció más interesante y digno de observación el drama humano en un medio culto y relativamente refinado, que entre la rudeza y sencillez de las clases inferiores.

A cidade e as serras presenta bajo nueva forma esa eterna oposición de la ciudad y el campo, de la vida cortesana y la vida rústica, que tanto ha ocupado en todos los tiempos á los poetas. Y es nuevo el aspecto bajo el cual la presenta, porque en lá novela de Eça de Queiroz no hallamos retratada ninguna de las clásicas asechanzas de la vida de la corte, ni los tormentos de la ambición, ni las zozobras de la privanza, ni los peligros para el alma entre los halagos del mundo; nada, en fin, de lo que ponderaron los antiguos poetas religiosos y moralistas, y que hoy, bajo otros nombres, conserva todavía su realidad viva. Pongamos donde antes se decía peligros para

el alma, pérdida de la independencia y rectitud del carácter, que peligro para el alma es; convirtamos la privanza de las viejas cortes en la nueva de los clientes y hechuras de los hombres públicos, y en cuanto á la ambición, ni siquiera tendremos que mudarle el nombre, y llegaremos al mismo resultado que los moralistas de antaño. Pero no es éste el punto de vista de la novela de Eça de Queiroz; el mal que allí pinta es diferente: es el hastío, el aburrimiento de la vida disipada y ociosa de los favoritos de la fortuna.

Ese hastío, ese cansancio de una vida sin objeto, que es la verdadera quiebra del hedonismo, forma una de las dos fases ó caras de la novela. El héroe de ella, Jacinto, tiene ciento diez y nueve contos de reis de renta, que aun descontada la hipérbole de la moneda portuguesa, resultan una bonita renta. Sus amigos y compañeros le llaman el príncipe afortunado, pero el pobre príncipe se aburre extraordinariamente en París, en su suntuoso hotel de los Campos Elíseos, en que la civilización ha ido acumulando todas las maravillas del progreso. Tiene setenta mil volúmenes, y entre tantos no halla medio de elegir uno para leer; sostiene *cocottes*, da comidas y fiestas, alterna con lo más brillante de la sociedad parisiense, disfruta de la intimidad con las señoras del gran mundo, visitan su casa príncipes auténticos; pero todo ello no es para él más que inagotable fuente de tedio, que convierte todos los placeres en pesada carga. Hay en esta parte de la novela una suave é insinuante ironía, que se condensa aquí y allá en algún episodio cómico, como el del banquete al Gran Duque, en que cierto pescado, que constituye un plato extraordinario en la mesa de un Lúculo moderno, se queda atrancado en el ascensor hidráulico que sube las viandas desde las cocinas, de donde resulta que este artefacto, que es un refinamiento de la civilización, sólo sirve para que los comensales no puedan probar de aquel raro manjar. En este y otros pasajes satiriza blandamente el novelista el exceso de comodidad y de regalo, que á la postre se trueca en incomodidades y molestias.

La pintura de la sociedad en que Jacinto vive tiene gran animación y colorido. Personajes y escenas surgen llenos de fuerza intuitiva, con el movimiento y el calor de la vida ante el lector. Lo que distingue á la novela de Queiroz en estas páginas llenas de gracia satírica, es el fondo de sana alegría que encierran. La sátira no es allí mordaz ni venenosa, sino ligera y juguetona; ríe, pero no muerde; no es obra de un misántropo ni de un pesimista, sino de un observador que mira con indulgente y esperanzada filosofía la locura humana, confiando en que ha de curar.

Y la cura del mal de la ciudad está en la sierra, en el campo. Está, mejor dicho, en dar un objeto y un fin á una vida que carecía de ellos, porque el placer por sí mismo no es un fin aunque lo parezca, y basta perseguirle para que huya. Un día el pobre Jacinto, que tan soberanamente se aburre en París entre los esplendores y deleites de su riqueza, recibe noticia de que en Tormes, en una de las haciendas del vasto patrimonio que tiene en Portugal, van á ser trasladados á nuevo enterramiento los huesos de unos lejanos antepasados suyos. Su mismo aburrimiento le induce á buscar un motivo de distracción y un cambio de horizonte, asistiendo á la ceremonia; y así es como Jacinto pisa por vez primera tierra portuguesa, y pasa de los refinamientos de la ciudad á la rústica sencillez de la sierra. En Tormes falta todo; por un error de las empresas de transporte, los cajones innumerables en que Jacinto mandaba muebles y ropas con que cubrir la desnudez de su vieja casa solariega, son enviados á Alba de Tormes, en España; los criados que acompañan al viajero pierden el tren; las maletas no llegan, y la primera noche de su estancia en Tormes la pasa el pobre Jacinto en un jergón sobre el suelo, y envuelto en el camisón de la mujer de un colono, á falta de mejor camisa de dormir. Mas en medio de aquella rústica incomodidad y desnudez de todo regalo, halla Jacinto lo que no encontraba en el lujo y los placeres de su hotel de los Campos Elíseos: la acción vigorizadora y calmante de la Naturaleza, del aire puro,

del ejercicio físico, de la vida frugal y sencilla. En la sierra Jacinto *retoña*, como dice uno de sus criados, el negro Grillo (un negro muy ilustrado, muy solemne, casi catedrático). Y al par de esa regeneración física, se opera en el héroe de la novela una regeneración moral. Su vida, que carecía de fin, lo encuentra. Poco á poco se va desprendiendo de su antigua misantropía y su tedioso egoísmo; se interesa por sus tierras, mejora la condición de sus colonos y acaba por casarse con una señorita provinciana, y ser un excelente padre de familia.

Este es el argumento de *La ciudad y las sierras,* desarrollado por Eça de Queiroz con la soltura y maestría propias de un tan consumado novelista. El contraste entre la ciudad y el campo no es violento ni forzado; no se ve en él artificio retórico; brota espontáneamente de la fábula. Aunque Eça de Queiroz, siguiendo la general corriente de los escritores que han tratado en alguna forma de esa oposición entre la vida artificial de las ciudades y la natural de la aldea ó del campo, viene á resultar apologista del retorno á la Naturaleza; harto se ve que no siente hacia la ciudad adusto enojo de moralista. No; Queiroz no es moralista en ese sentido; los vicios y vanidades no acaban de indignarle, le hacen sonreir, los ve bajo su aspecto de debilidades ó flaquezas humanas. Así hay muy poca hiel, ó ninguna, en las páginas consagradas á la ciudad, en las cuales se intercalan no pocos pasajes de ameno paradojismo, puesto en boca de las principales figuras novelescas, de las cuales no se despegan tales pláticas por ser personas cultas y leídas, que pueden permitirse el lujo de *paradojear* en sus ratos perdidos. En la segunda parte, en la fase campesina de la novela hay una intensa y feliz evocación de la Naturaleza. Sin entrar en descripciones demasiado minuciosas y prolijas, el novelista portugués es maestro en la representación del paisaje. Su prosa, fluida y suave, evoca la visión de los campos, los olores de las plantas, el rumor grato de las aguas, la calma campestre en la cual parece dormirse, y aun fundirse, el tiempo, parando su carrera. En medio de esta placidez geórgica,

hasta la nota cómica, que ya en la parte consagrada á la ciudad carecía de amarguras, se torna más jovial y bonachona, y parece que acaricia á los mismos personajes á quienes ridiculiza un poco, sin ensañarse con ellos, antes bien, tratándolos como á amigos íntimos y queridos con quienes se gasta una broma familiar.

Sin pretender enseñar ni moralizar, tiene, sin embargo, *La ciudad y las sierras* su moraleja y su filosofía. Toda su primera parte es un ejemplo, un caso individual de la doctrina de Schopenhauer referente al equilibrio entre el dolor y el hastío. La vida de Jacinto, libre de dolor en cuanto puede estarlo existencia humana, nada en el hastío. Pero como Eça de Queiroz no es pesimista, cuando en la segunda parte de su obra nos pinta á su protagonista libre ya del *tedium vitæ*, no le entrega implacablemente al dolor, sino que nos le muestra feliz y satisfecho: ha logrado dar un fin á su vida, encerrada antes en indolente egoísmo; la ha comunicado un impulso, un móvil; por eso Jacinto sale de la cárcel de su aburrimiento y se mueve y vive. La vida necesita un fin; sin él es desabrida y triste, aunque se rodee de los deleites exteriores. Este es el sentido de la novela.

*
* *

Al hablar del sentido de la novela, estoy muy lejos de pensar que sea éste un sentido deliberado que quisiera darle Eça de Queiroz. Hablo de ese sentido como de una conclusión moral *probable*, que el lector puede sacar de los hechos que el novelista le refiere. La novela moderna no persigue, por lo común, un fin moral, y ya es mucho que no sea francamente inmoral, so pretexto de indiferencia ó *amoralidad* del arte, y que no ponga en circulación la pornografía con el salvoconducto del ingenio y del aderezo literario. Además, la filosofía de Eça de Queiroz, semejante en algunos puntos á la de Anatolio France, y, desde luego, muy general entre los literatos

modernos, es determinista. El del escritor portugués es un determinismo optimista, que aconseja poner buena cara á los fenómenos de la vida, ya que su curso no depende de nosotros. Y claro es que, concediendo muy corta importancia á la acción individual de los hombres en los negocios del mundo y en la marcha de las sociedades, han de faltarle al que así opine fundamentos y títulos para moralizar, aun concediendo que esas fueran sus intenciones.

Pero inevitablemente tiene toda novela, y en general toda obra en que se trate de hechos humanos, un aspecto moral, es decir, que suscita ó resuelve algún problema de la conducta, por la tendencia del hombre á juzgar de los hechos particulares é inducir de ellos alguna regla general. Por eso la amoralidad de la literatura es, en realidad, un imposible. Aun suponiendo que el autor abstrayera en la construcción de la fábula todo elemento de juicio sobre los actos de los personajes que idea, y los considerara como fenómenos sin trascendencia alguna, esa abstracción de todo juicio moral no podría comunicarse en la mayoría de los casos al lector, en el cual provoca lo que lee algún movimiento de aprobación ó desaprobación, ó cuando menos de duda, respecto á la calificación de los lances que el novelista le presenta. De ahí que pueda hablarse del sentido ético de una obra, aunque el autor no haya querido expresamente comunicárselo.

Esa significación que atribuyo yo, con las reservas y restricciones apuntadas, á *La ciudad y las sierras,* me parece más importante y fundada en más sólida base que cualquier conclusión que se quisiera sacar de la oposición entre la vida de la ciudad y la del campo, con ser parte tan principal en el asunto de dicho libro. Uno de los personajes de la novela, José Fernández, el amigo é inseparable compañero de Jacinto, hace á este propósito una observación que encierra en germen la crítica de ese contraste entre lo urbano y lo campestre, tal como ordinariamente se presenta en la literatura. Cuando el protagonista de la novela se extasía ante las bellezas del

paisaje del Tormes, su amigo, que aunque no es un destripaterrones está muy lejos de tener los ciento diez y nueve contos de renta del afortunado Jacinto, le dice:—Tú puedes permitirte el lujo de considerar todo esto como recreo de los ojos y reposo del ánimo, porque eres millonario; pero los demás no miramos si es bello el paisaje, sino si la tierra de labor es buena.—Y efectivamente, lo falso de la oposición entre la ciudad y el campo como tema literario, es que no se establece la comparación entre la vida del ciudadano y la del campesino propiamente dicho, sino que se describen las impresiones del primero cuando busca en el campo apacible y cómodo retiro en que descansar de la agitada existencia de las grandes ciudades. Así aparece en tales obras la vida del campo, vista al través del temperamento artístico y de la cultura de un intelectual, y se da el caso de que mientras en las ciudades se habla del retorno á la Naturaleza y aparecen los campos como una venturosa Arcadia, la población campesina emigra poco á poco hacia las ciudades, viendo en ellas más fácil y menos áspera la vida.

De la calidad de la traducción del Sr. Marquina, apenas puedo decir más que me ha parecido en general esmerada. Para poder sustituir esta impresión por un juicio más preciso y fundado, sería menester haberla cotejado con el texto, trabajo que ni por pienso he emprendido, ni creo que emprenda nadie, tratándose de obras de esta clase, en que el interés filológico es relativo. No es fácil traducir á Eça de Queiroz, que da á la armoniosa lengua portuguesa una expresión, una riqueza de matices y una euritmia que necesariamente tienen que padecer considerable merma al pasar el texto á un idioma extraño.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.=Sociología: El reparto en el régimen comunista y en el colectivista.=Psicofísica: El tedio. - Las enfermedades del genio.=Literatura: El periodismo en China.—Las tendencias de la novela: Lecomte, Corday y Couvreur.—Recuerdos del simbolismo.=Pedagogía: El analfabetismo y el horario alterno.—La enseñanza doméstica en la escuela primaria.=Impresiones y notas: El trabajo en las grandes industrias.—Compatibilidad inesperada.—La rehabilitación del tabaco.—La enseñanza cíclica.—Las cazas de los presidentes de la República francesa.—Un Dante barbudo.—La responsabilidad del novelista.—La higiene en las escuelas públicas.—Anacreónticos españoles de los últimos siglos.

SOCIOLOGÍA

El reparto en el régimen comunista y en el colectivista.—Como la toma del montón sólo se aplica á casos excepcionales, dice Alfredo Naquet en *L'Humanité Nouvelle*, queda á los anarquistas el recurso del racionamiento; pero como la anarquía suprime toda autoridad, esta función no se confía á nadie. Una vez hecha la revolución, dice Kropotkine, se inventariarán las riquezas de la sociedad; de las mercancías que resulten con sobrantes cada cual cogerá lo que quiera; de las que resulten insuficientes se harán raciones, para que cada cual tenga su parte.

Todo eso está bien; ¿pero quién hace el inventario? ¿Quién distribuye las raciones? Esta objeción no puede dirigirse al colectivismo, que deja subsistente la autoridad en la nación, en la provincia y en el municipio, y que puede, por lo tanto, disponer de organismos para atender al inventario y á la distribución. En el anarquismo este trabajo queda á la buena vo-

luntad de las gentes del país: los habitantes de un barrio, por ejemplo, se reunirán, harán el inventario de sus riquezas y las repartirán equitativamente. Prescindiendo de otras dificultades, y admitiendo que esto sea posible, resultará que el primer barrio de París contiene, por ejemplo, 250.000 gabanes, muchos más de los que exige el consumo normal, faltando, en cambio, sombreros y camisas, mientras que en el barrio décimo sobran camisas y sombreros y faltan gabanes. ¿Qué hacer en este caso? Si se hace el reparto, éste será injusto y defectuoso; y si se permite el cambio de productos, en seguida surgirán los intermediarios para facilitar estos cambios, y reaparecerá el capitalismo, y habrá que volver á empezar.

Con el colectivismo el reparto no tropieza con esas dificultades. Cada organismo obrero monopoliza la producción de una mercancía y entrega sus productos á los almacenes generales del municipio ó de la nación, recibiendo en cambio, en forma de bonos de trabajo ó de moneda, el equivalente exacto del valor de aquellos productos, descontando la parte necesaria para los gastos públicos; la colectividad productora reparte entre sus miembros los bonos ó monedas, reteniendo una fracción para el fondo de reserva, y sin intervención de ningún capitalista, cada obrero recibe el valor de su trabajo.

¿Admitirá el colectivismo horas de trabajo *calificado* mejor retribuídas que las demás? Con el régimen actual, nada más justo que un médico, que hasta los treinta ó treinta y cinco años no puede dedicarse á una ocupación remuneradora, cobre por su trabajo, para reintegrarse del capital y del esfuerzo empleado en su carrera, mucho más que un albañil ó un jornalero, cuyo aprendizaje es brevísimo y que puede comenzar á ganar en cuanto se dedica á este oficio; pero cuando todos los estudios, carreras, oficios y profesiones, sin excepción, dejen de estar á cargo de la familia, para pasar al de la comunidad, la cosa varía por completo: el obrero cuyo aprendizaje ha costado más, debe estar menos remunerado, para que la sociedad pueda reembolsarse de los gastos hechos y resarcirse

del tiempo invertido en el aprendizaje; como, por otra parte, estas profesiones han de ser preferidas, serán muchos los que las quieran, y, por lo mismo, serán menos retribuídas.

En cambio, los oficios penosos ó repugnantes no los querrá ejercer nadie. ¿Cómo atender á su desempeño? Julio Guesde dice que por requisa, como hoy se hace el servicio militar; así todos pasarán tres años en las alcantarillas, como hoy los pasan en el ejército. Es una solución, pero en ella interviene la violencia, y sólo en último extremo debe recurrirse á este procedimiento. Gabriel Deville cree que la ley de la oferta y la demanda bastaría para encontrar trabajadores suficientes, según el principio de Fourier de que «las atracciones son proporcionales á los destinos». Pero si es difícil de aceptar el principio de la escuela falansteriana, hay que reconocer que las diferencias aparentes de retribución corresponden á una igualdad real, y que para llegar á esta igualdad podría buscarse una solución en la diversidad de la duración del trabajo.

Bajo la forma colectivista, según Naquet, la producción se encontrará asegurada por grupos autónomos federados, sobre los que existe un consejo federal de dirección é intervención, y el reparto se hará como hoy, por el libre juego de las iniciativas individuales; el que necesite un gabán lo comprará en los almacenes generales, sin preocuparse de si otro consumidor necesita camisas ó sombreros. Si falta un producto, se repone; y si no hay para todos, el racionamiento se opera espontáneamente, como sucede hoy mismo. Con el régimen anarquista no se ve bien quién había de apreciar las necesidades y hacer los pedidos; con el colectivismo todas esas dificultades se allanan.

Kropotkine presenta la objeción de que así se organiza el salariado del Estado sin cambiar nada de lo existente. ¡Cuestión de palabras! El fondo del debate entre capitalistas y socialistas es éste: el capitalista, prevaliéndose de la productividad del capital y negándose á revisar los títulos de propiedad del capital que poseen, declaran legítimas todas las utilidades

que obtienen; los socialistas declaran inicua la atribución de esas utilidades, debidas á su trabajo, y reclaman para sí la parte de provechos sustraídos por el capital á la masa común de los trabajadores. Ahora bien: el colectivismo entrega al obrero, en moneda y en servicios públicos, el equivalente exacto de lo que ha producido, sin deducción de intereses, rentas, dividendos ni provechos de ninguna clase. ¿Qué más se quiere? ¿No es esa la solución del problema planteado?

No puede negarse que el régimen colectivista tiene cierta analogía con el capitalista. Conserva el consumo individual, fundado en la distinción de lo tuyo y lo mío, y regula los derechos de cada cual al goce del consumo por la parte tomada en la producción. Quizá estas analogías sean un inconveniente atendiendo al ideal; pero también son una ventaja atendiendo á la realidad, pues facilitan el paso de uno á otro régimen y la transformación del estado social actual.

PSICOFÍSICA

El tedio.—Emilio Faguet dedica en *La Revue* al libro sobre el tedio ó el aburrimiento, de Emilio Tardieu, un artículo de exposición y crítica que no deja de ofrecer interés por lo fino de algunas de sus observaciones.

Tardieu admite cuatro especies de aburrimiento: 1.ª, por agotamiento; 2.ª, por monotonía; 3.ª, por saciedad; 4.ª, por el sentimiento de la nada de la vida. Faguet prescinde de la primera especie por estimarla puramente fisiológica y patológica, pues el aburrimiento por agotamiento no es más que la neurastenia, una enfermedad nerviosa y no una enfermedad mental, como las otras clases de aburrimiento.

Las otras tres especies corresponden perfectamente, en general, á las diferentes clases sociales: los hombres del pueblo y de la clase media se aburren por la monotonía de su existencia; los ricos se aburren por la saciedad, y los hombres superiores, sabios, artistas, estadistas, etc., se aburren por el

sentimiento de la nada de la vida. Este aburrimiento, en el que se mezcla la desesperación, es el más atroz y profundo, siguiéndole el aburrimiento por saciedad, y siendo el menos profundo el aburrimiento por monotonía, el aburrimiento del pobre, que tiene al menos la esperanza de una mejoría y que ve un cambio de modo de vivir.

Para desacreditar el tedio hay que decir una gran verdad: que el aburrimiento es *siempre* una debilidad de alma en los superiores y en los inferiores. El hombre superior que se aburre es un hombre inteligente, espiritual, hasta de genio, pero que tiene un alma inferior á su inteligencia, extremadamente inferior. De arriba abajo, todo hombre que se aburre es débil por algo. No quiere esto decir que los refractarios al tedio sean necesariamente hombres superiores; pero la mayor parte de los hombres que no se aburren es que están contentos consigo mismos y que son felices. El hombre que se ocupa de sí mismo y que habla de ello con gusto á los demás, no se aburre ni puede aburrirse. Por eso los viejos, á medida que envejecen, hablan más de sus personas; y es que, impresionados por la melancolía que acompaña siempre á la vejez, se refugian en el remedio, que es hablar de sí con admiración y acostumbrarse á admirarse efectivamente.

Otros refractarios al tedio son los hombres muy ocupados; éstos son, sin embargo, menos refractarios, porque por intenso que sea el trabajo, el aburrimiento se cuela por los intersticios y envenena el trabajo mismo con recuerdos. Fuera de estos grupos, todos los hombres que no están muy ocupados y todos los que no están en perpetua adoración del Santo Sacramento que llevan en sí mismos, se aburren más ó menos, pero se aburren la mayor parte de su vida. A éstos hay que añadir los refractarios por superioridad de alma y de inteligencia á la vez, aúnque éstos son en pequeñísimo número.

¿Cuáles son los remedios contra el aburrimiento? Puesto que hay refractarios á esta enfermedad, evidentemente, lo mejor es hacerse refractario. Pero ¿cómo? Ni puede uno hacerse

á capricho hombre de talento, ni se puede llegar tampoco á ser imbécil por el hecho de quererlo. El verdadero remedio está indicado por la misma enfermedad. Todo hombre que se aburre quisiera obrar, aspira á moverse, piensa en la acción; sólo que no distingue entre la acción y la agitación, y ahí es donde interviene la inteligencia: contra el aburrimiento no hay más que la «acción continua, seguida, que va siempre en la misma dirección hacia su fin, que es imposible alcanzar»; ése es el verdadero remedio.

En resumen, hay que tener una manía. El maníaco no se aburre; el maníaco es un activo en línea recta que no tiene razón para detenerse nunca. El coleccionador, por ejemplo, de tulipanes, de pipas, de botones ó de millones, no puede aburrirse. Elegirse una manía acomodada á su gusto y á sus aptitudes, es asegurarse contra el aburrimiento; Víctor Hugo se proponía evidentemente en su vejez haber escrito más versos que ningún otro poeta francés. Y hasta es lícito é inofensivo que esta manía le parezca á uno mismo vana y ridícula: el caso es tenerla; se rie uno de ella, hasta se irrita uno á veces por tenerla, pero se conserva, y eso es lo que importa para salvarse del aburrimiento.

***

Las enfermedades del genio.—En la misma Revista dedica el Dr. Cavanés un artículo á las enfermedades del genio.

¿Cómo definir el hombre de genio? Es un hombre distinto de los demás, un hombre anormal, casi una monstruosidad, un enfermo. Como decía paradójicamente Moreau de Tours: «el genio no es más que una neurosis». Ahora bien: siendo el genio una enfermedad, el individuo atacado por ella puede haber heredado disposiciones anteriores ó haber él mismo creado un terreno de cultivo, cuyo fruto recogerán sus descendientes. La influencia hereditaria, sin embargo, se manifiesta menos en los genios que en los locos, y si es cierto decir que los hombres de genio no proceden frecuentemente más que de

sí mismos, dan frecuentemente origen á hijos epilépticos, locos ó criminales. Escipión el africano tenía un hijo imbécil; el hijo de Cicerón era dipsómano; una hija de Víctor Hugo, y los hijos de Tácito, de Volta y de Bernardino de Saint-Pierre, han muerto locos.

Aquí hay que abrir un paréntesis: «la herencia nerviosa no es frecuentemente más que la herencia artrítica». Las relaciones de la diabetes y de la gota con las enfermedades nerviosas, especialmente con la epilepsia y la locura, no son ya dudosas. La neurastenia misma, ese estado de instabilidad, de desequilibrio nervioso, ¿no se relaciona también estrechamente con el artritismo? ¿Cómo explicar ese efecto del artritismo en nuestro estado mental? Senac lo dice: «Hay que buscar en la frecuencia de las oleadas congestivas hacia el cerebro y en una *autointoxicación* el origen de los trastornos nerviosos, tan frecuentes en los artríticos, que llegan desde la simple irritabilidad del carácter hasta las enfermedades más graves, pasando por la neurastenia y las neurosis».

Reynold había insistido en los trastornos nerviosos y mentales de origen gotoso; Trousseau admitía el origen reumático de la histeria y de la hipocondría; para Axenfeld, la neurastenia no es más que una neurosis artrítica, y Lancereaux ha dicho que los herpéticos (decid los artríticos) constituyen la mejor y la peor porción de la humanidad. «Si tiene juicio recto, dice, el herpético llega á veces á ser un inventor; si no ve con acierto, se entrega al espiritismo, al magnetismo, al misticismo». Y henos aquí de nuevo en nuestro punto de partida: esa inquietud permanente, esa necesidad de aire y de espacio, ¿no son signos de neurastenia y no se hallan también en la mayor parte de los hombres de genio?

En el hombre de genio, la sensibilidad tiene reacciones intensas, seguidas de un pronto agotamiento: es una hiperestesia general que tiene por consecuencia la hiperalgia. Los sentidos adquieren acuidad excesiva: ora predomina el olfato (Zola), ora el oído (Berthelot y Loti, Flaubert, Carlyle y

Goncourt). Julio de Goncourt era tan sensible al ruido, que «le parecía tener una oreja en el fondo del estómago». Schopenhauer aborrecía también el ruido, y Bayle tenía convulsiones cuando oía el ruido que hacía el agua al salir de una fuente. Otras veces se sufre pacientemente una operación quirúrgica y no se aguanta una crítica, como le pasaba á Barthez y á Menage, ó bien este *narcisismo* toma formas extravagantes: así, Schopenhauer se enfurecía si se escribía su nombre con dos *p*; Máximo du Camp se irritaba si escribían su apellido con una sola palabra (Ducamp), y Baudelaire se sentía ultrajado si le escribían poniéndole «Señor Baudelaire».

El artista y el poeta se sienten frecuentemente turbados hasta el sufrimiento por el deseo apasionado de expresar todo lo que sienten y sueñan. Byron sufría al escribir, como si una imperiosa necesidad le obligara á ello, y Flaubert y los Goncourt han sido mártires del estilo. Otros sufren el delirio de la persecución, como Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre, Swift, Newton, Cardau y Villemain. La hipocondría y la melancolía se observan también en los espíritus superiores, y á veces las contradicciones en que incurren revelan su desarmonía interior: Benjamín Constant había concebido un libro en contra de las religiones, y compuso de buena fe un libro en favor; Lamennais empezó á escribir su *Ensayo sobre la indiferencia*, hablando como un apóstol, y lo terminó hablando como un descreído.

Las contradicciones son naturales en los temperamentos apasionados; esto explica la *locura de la duda* que tienen los grandes hombres. Los hay tan atormentados en este sentido, que llegan á maldecir la existencia, ó al menos á juzgarla inútil: Chateaubriand en *René*, y Lamartine en *Rafael*, han pintado admirablemente este estado de espíritu, que llega al deseo del suicidio, como en Jorge Sand, David de Angers, Magendie y Dupuytren.

Las opiniones están divididas sobre si debe verse en esto un signo de enajenación mental. Pero ¿y cuándo se trata de

megalomanía y de epilepsia? Si se probara que César, Pedro el Grande y Napoleón fueron epilépticos, ¿debería declararse que eran locos? Víctor Hugo quería pasar por el más grande hombre que el mundo haya conocido; Balzac tenía un orgullo sin límites, y Hegel se creía igual á Dios. Si esto no es locura, le anda muy cerca. Las analogías que se observan entre el genio y la locura no prueban seguramente que se las deba confundir; pero es indudable que ambos términos tienen muchos puntos de contacto.

LITERATURA

El periodismo en China.—La aventura de los periodistas chinos reclamados por el gobierno de Pekín para castigarlos severamente, y el suplicio sufrido por varios de sus colegas, azotados por los verdugos oficiales hasta que quisieron, suministran á León Charpentier la ocasión de darnos á conocer en la *Revue Bleue* lo que es el periodismo en el *país florido.*

La lista de los periódicos chinos, estrictamente hablando, se hace pronto: no hay más que uno, curiosamente único en muchos sentidos, pues no pueden contarse al efecto otros dos ó tres periódicos que se publican en Shangai y Canton en lengua china, por tratarse de empresas extranjeras, en las que el espíritu chino se encuentra alterado, como sucede con la *Gaceta de Shangai*, la *Gaceta de Canton*, y *El Ciclo* ó *El Siglo de Canton;* estos periódicos tienen su clientela en el litoral, y los verdaderos chinos ni los leen ni les hacen caso.

El periódico nacional es el *King-Pao*, «Anuncios de la capital», distribuído á los mandarines de alto grado y vendido sin excepción á todos los particulares. ¿Por qué el *King-Pao* es el único periódico de tan extenso país? Los chinos son locuaces como nadie, y en las casas de té, más brillantes que nuestros mejores cafés, se habla inagotablemente de todo, política, literatura y negocios. Un amigo de Charpentier, que ha vivido

treinta años en la China, dice que el chino es el campeón del mundo en cuanto á desvergüenza, sutil perversidad y descoco. Se interesa por todo y de todo se ocupa; pero á ningún letrado chino se le ocurre escribir diariamente para el público, y los extranjeros no poseen la lengua suficientemente, ni menos el genio de la raza, para acometer la empresa de dirigirse al pueblo en su diario.

El *King-Pao* es el periódico más antiguo del mundo; se le menciona en una carta del ministro Tsai-King al emperador Huei-Tsung, que reinó de 1111 á 1117, y se pretende que era ya conocido por los años 618 á 907 de nuestra Era, durante la dinastía de los Thang. Cada número se compone de 10 á 12 hojas, de 18 centímetros de largo por 10 de ancho; cada página está dividida por líneas rojas en 7 columnas, y cada columna contiene generalmente 14 tipos ó caracteres de imprenta. El chino se lee verticalmente y de derecha á izquierda. Las hojas están cosidas á una cubierta de papel amarillo, en cuyo recto, arriba y á la izquierda, se lee el título: *King-Pao.*

La confección del *King-Pao* es curiosa. En el palacio real hay una oficina, cuyos empleados copian los decretos del día para enviarlos á los ministerios, tribunales y oficinas á quienes interesan; estos empleados pueden, además, sacar copias para ellos, y las reparten por la noche á sus abonados; entre estos abonados están los tipógrafos del *King-Pao*, que imprimen en seguida los decretos y los venden en la ciudad, ó los envían á los corresponsales que cada gran ciudad china tiene en Pekín; en cada provincia el *King-Pao* tiene un suplemento que se titula el *Yuenmen-pao*, «Anuncios del gobernador».

La distribución del periódico á los grandes mandarines de provincias se hace por correos especiales, que recorren por término medio á caballo 200 *li*, ó sean unos 115 kilómetros, para lo cual tienen relevos fijos de caballos, pudiendo requisarlos si les hicieran falta; á la vuelta, estos mismos correos traen á la capital las comunicaciones de los gobernadores. En cuanto á la distribución al público, se hace por vendedores que llevan

paquetes de números sujetos á los extremos de un palo, cuya parte media descansa en los hombros. El precio de suscripción viene á ser al año equivalente á unos 30 francos.

El *King-Pao* se compone de tres partes principales: el *Kung-men-chao* ó «Copia de la puerta de Palacio», lista de oficiales de servicio en la corte, presentaciones, licencias y visitas de la familia imperial á los templos; los *Shang-Yu* ó «decretos imperiales», con los nombramientos civiles y militares; y los *Tsu-pao* ó informes de los grandes oficiales del Imperio. El periódico se imprimía en el siglo XVII con caracteres movibles de cobre, llevados por los europeos; después se volvió á las tablillas de cera, y desde 1820 se imprime en caracteres movibles de madera. No existe ninguna colección completa, por haberse quemado la biblioteca del palacio que la poseía.

El contenido del *King-Pao* no se parece á nada de lo que se ve en los periódicos europeos. Kia-kin escribía en 1813 que sus lágrimas inundan el papel por las desgracias de su pueblo, y su sucesor Tao-Kuang advierte en 1821 á sus súbditos, que envía solemnemente un manifiesto á los dioses del cielo para que pongan fin á la sequía causada por su ignorancia y por su locura, tan grande como el mar oriental.

Un censor «pide que el emperador conceda una tablilla conmemorativa á la familia de un mandarín, muerto de disgusto por haber perdido á su mujer», y se le concede; otro expone que «la mujer de un *tsen-tsai*, viendo enfermo á su marido, se cortó un dedo y se lo dió como medicina, á pesar de lo cual el marido murió; diez meses después, la viuda perdió á su madre, y del disgusto se estranguló»; el consejo de los ritos queda encargado de estudiar la manera de que el emperador manifieste su admiración por tanta piedad conyugal y filial.

En otro género de documentos, se encuentra, por ejemplo, una lista de *tsen-tsai* ó bachilleres, que se empeñan en presentarse á examen para obtener los grados superiores, á pesar de los fracasos sufridos en exámenes anteriores; en la lista figu-

ran 208 viejos, el que menos de los cuales pasa de setenta años; de la provincia de Kuang-Si se presenta uno de ciento dos años, otro de noventa y uno, y diez de ochenta á ochenta y seis años; del Chan-Tung, hay diez y siete de noventa años, y cincuenta y tres entre ochenta y noventa; el emperador, como premio de perseverancia á estos bachilleres, concede á algunos grados honoríficos superiores.

Y, sin embargo, á lo mejor, en aquel cúmulo de decretos y disposiciones extravagantes, se tropieza con frases ó con resoluciones asombrosamente juiciosas. Así, á propósito de las ingerencias europeas, el emperador actual termina uno de sus manifiestos con las siguientes palabras: «Dos clases de extranjeros pretenden regenerar á China; mientras unos nos dicen que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos, los otros nos enseñan á matarlo con armas llenas de perfecciones homicidas. ¿Mienten todos ellos ó es que no se entienden bien?»

***

Las tendencias de la novela: Lecomte, Corday y Couvreur.—Con su acostumbrada finura de análisis, J. Ernest Charles pasa revista al *Veau d'or*, de Jorge Lecomte; *Sésamo ó la maternidad consentida*, de Miguel Corday, y *La Grana*, de Andrés Couvreur; tres novelas que muestran á lo vivo las tendencias de la novela contemporánea.

El Sr. Malfroy-Ducroc, sucesor de Malfroy, su padre, es un comerciante de antigüedades, que sólo piensa en enriquecerse. Asociado á un artista genial, pero necesitado, se dedica á falsificar antigüedades, y logra hacerse con una gran fortuna. No se tratan más que con gentes tan ricas como ellos, el suegro Ducroc, el procurador Levain y otros tan encanallados como ellos. Los Malfroy y sus amigos suprimen toda vida familiar; Levain no tiene más que un hijo y no quiere tener más, y lo mismo les sucede á los Malfroy, que se encuentran un día desagradablemente sorprendidos con la amenaza de un

segundo hijo, que viene al mundo maldecido por sus padres. Y el oro sigue llenando las arcas de aquella familia, y la sociedad sigue reverenciando á los amasadores de aquella fortuna, hasta que al fin llega el día feliz en que los malos tiemblan y los buenos triunfan: Levain sale de una apoplejía para dar en una quiebra, y huye á América, dejando aniquilado á su hijo, enfermo; Ducroc se arruina por avaricioso en una mala especulación; Malfroy se ve privado, con la ruina del suegro, de todos sus beneficios y de todas sus esperanzas, y lo mismo les pasa á todos los Monipodios de la novela, mientras que los buenos, postergados antes por la suerte, consiguen levantar la cabeza, yendo de felicidad en felicidad. Y he aquí la novela de Jorge Lecomte.

El doctor Lafont ha dejado, al morir, á su hijo Andrés la fórmula de un elixir que suspende á su arbitrio la fecundidad de la mujer, disminuyendo ó suprimiendo los nacimientos en el mundo. ¿Qué debe hacer Andrés Lafont al encontrarse dueño de este descubrimiento? Los apóstoles de *La mejora de la humanidad* le aconsejan que trabaje por impedir el nacimiento de tantos seres, víctimas de toda clase de sufrimientos; pero ¿no es esto ir contra la naturaleza? ¡Ir contra la naturaleza! Y ¿qué hacemos constantemente? Andrés Lafont reflexiona sobre tan arduos problemas, y entretanto se dedica á querer á su vecina, la Sra. Elia, mujer de un loco, que corresponde á su amor y que llegaría hasta á faltar á sus deberes si no temiese ser madre; Andrés no dice todo lo que piensa; pero piensa que tal vez fuera una buena ocasión para utilizar el elixir paternal. Al mismo tiempo su hermana María ama á su vecino Vadier, interno de hospital; cedería á su amor, pero... como no está bien que las jóvenes institutrices tengan hijos fuera de matrimonio, se resiste cuanto puede, hasta que Vadier pide permiso á sus padres para casarse; sus padres se lo niegan, y Vadier se suicida; el loco muere en Charenton, y su viuda puede casarse ya con Andrés sin temor de tener hijos; Andrés, ingeniero en casa del senador Chalambert, partidario

de la repoblación, ha contemplado de cerca la dicha de aquella familia numerosa y no sabe qué hacer con su elixir. No lo tira, ni lo aplica, ni lo divulga; pero deja el frasco y la fórmula á uno de sus hijos, con encargo de juzgar si el mundo está dispuesto á usar con prudencia de la maternidad consentida. Y el elixir permanece encerrado en un armario de generación en generación, hasta el día en que el hombre sea digno de conocerlo y emplearlo. Y esa es la novela de Miguel Corday.

Antonino Fargeaud, casado dos veces, tiene hijos de sus dos mujeres; los de la primera, una histérica, padecen toda clase de enfermedades incurables; el de la segunda, Claudio, procede de una mujer bella y virtuosa, pero tísica. Antonino había llegado á pensar que es un crimen engendrar seres condenados de antemano á una vida miserable ó precaria. Y asistimos, en efecto, á la decadencia de aquella familia, de la que unos eran condenados á la parálisis, otros á la perversidad moral, otros á la muerte rápida y cruel. Y Antonino, desesperado, considera el matrimonio como la única salvación de la humanidad. Su hijo Claudio, sin embargo, quisiera más fecundidad en las familias contemporáneas, deseando que la fecundación artificial fuera algo más que charlatanería; contempla la familia del doctor Bouret, numerosa, sana y robusta, y quiere que todas fuesen lo mismo. Por eso, aunque amaba á su novia Enriqueta, no sintiéndose con fuerzas para utilizar su vida, ni queriendo cargar con la responsabilidad de transmitirla, muere entregando su mano á su amigo Raul, deseando que funden una familia feliz. Y ésta es la novela de Andrés Couvreur.

Todos, sin saberlo, proceden de Zola, y en Zola se encuentran las fuentes mismas de su inspiración. Estos novelistas han abandonado las exageraciones groseras del naturalismo primitivo, y no tienen ese pesimismo doloroso, esa tristeza desesperada que resalta en todos los *Rougon Macquart*. Pero, como los naturalistas, usan documentos que les suministran

las investigaciones científicas, y aun abusan de ellos, hasta el punto de que Andrés Couvreur llena su libro de nociones médicas, reunidas por un especialista sobreexcitado, así como Miguel Corday utiliza la fábula novelesca como pretexto para exponer cómodamente una tesis sociológica. Pero, como los naturalistas, quieren que la pintura de la vida sea útil á los que viven. Tienen decidida inclinación á moralizar, y quieren mejorar la humanidad. Todos tienen esperanza en la vida, juzgándola bella y buena, y pensando que cada vez más puede ser vivida en la virtud y en la belleza. ¿Se dirá por todo esto que traten de rebajar ni de desnaturalizar el arte dándole una misión subalterna de vulgarización y de propaganda? Lejos de ser así, lo que hacen es ensancharlo y renovarlo sin envilecerlo. Y aunque sólo fuera por esto, merecerían fijar la atención del público sobre sus obras.

*
* *

Recuerdos del simbolismo. — Desde hace algún tiempo, dice Adolfo Retté en *La Revue*, juzgan los escritores jóvenes á propósito anunciar el nacimiento de nuevas escuelas literarias: unos quieren ser *naturistas*, otros *humanistas*, y hay quienes han agitado el nombre de *Escuela francesa*, como banderola propia para atraer la atención del público. En lo que todos están conformes es en anunciar que el simbolismo está muerto y enterrado, hasta el punto de que los simbolistas, al saber su fallecimiento, se han tentado á sí mismos para asegurarse de que no se habían convertido en fantasmas, convenciéndose, al encontrarse vivos, de que todas las oraciones fúnebres con que se les obsequiaba podían traducirse, en lenguaje corriente, por la conocida fórmula de «quítate tú para que me ponga yo».

Hoy que han pasado ya quince años desde aquellas controversias, se recuerda el ardor que las escuelas desplegaban para sostener sus convicciones. Sully-Prudhomme afirmaba que le

era imposible recitar los versos de los simbolistas sin perder el aliento, en lo que no dejaba de tener razón, recordando aquellos versos de veinte sílabas; pero los simbolistas le respondían con ferocidad: «Si no podéis recitar nuestros versos, es porque tenéis el aliento muy corto». Francisco Coppée se quejaba «del viento cargado de nieblas que soplaba sobre la poesía», á lo cual replicaban los así zaheridos: «Si nuestros versos os constipan, poneos un tapabocas». Entre los naturalistas la guerra al simbolismo no era menos viva, llegando Zola á decir que «el movimiento simbolista es la última boqueada de la literatura del ideal».

La prensa, sin distinción, se burlaba de los innovadores, y era para los simbolistas un verdadero apuro el darse á conocer. Tenían que andar fundando revistillas y semanarios, que morían á poco de nacer, ó bien tenían que acogerse á la hospitalidad que les ofrecían algunas empresas. Así es como publicaron en *Art et Critique* varios artículos Kahn, Viélé-Griffin y el mismo Retté. Entre todas aquellas publicaciones, más ó menos efímeras, hubo una, sin embargo, *La Cravache*, que vivió dos años, y que salía los sábados de una casa vieja de la Corte de los Milagros. En aquel semanario, Jorge Lecomte había conseguido que tres de sus cuatro páginas, de cuatro columnas cada una, estuvieran dedicadas á los trabajos de los innovadores, con la sola condición de que no se tocase á la cuarta página, reservada á un boletín financiero.

No eran sólo los simbolistas los colaboradores, pues, á veces, al lado de una de sus firmas aparecía la de un naturalista; pero los redactores más asiduos eran, sin embargo, los simbolistas Kahn, Verhæren, Regnier y Viélé-Griffin, entre otros, al lado de Huysmans, Hennique y los Bosny. A veces el periódico sólo contenía poesías, derroche de lirismo que era, sin duda, del agrado de los rarísimos lectores y del *único* suscriptor de *La Cravache*, puesto que nunca se quejaron de ello.

A veces, sin embargo, faltaba original, y entonces se echaba mano de los papelitos de Anatolio Cerfbeer. Este Cerfbeer

era un tipo curioso: ferviente balzaquista, había publicado su *Repertorio de la comedia humana*, y luego le había dado por escribir monografías histórico-políticas de los veinte distritos de París, y lo hacía en un estilo chocante, mezcla de lenguaje telegráfico y de negrito; y como no encontraba nadie que admitiera tales elucubraciones, acudía á la benévola *Cravache*. Todos los viernes, á la hora de cerrar el número, se le veía surgir de lo alto de la escalera por donde se trepaba al chiribitil de la redacción; encerrado en una especie de hopalanda de color mostaza, se inclinaba como si fuera á partirse en dos, descubría su reluciente calva y se sentaba sobre un rollo de papel de periódico, permaneciendo sin decir palabra hasta que se cerraba el número. Pero si por casualidad faltaba media columna, se levantaba bruscamente, tiraba de papeles y escogía el que mejor encajaba para completar el número; nada había más interesante, según él, ni más urgente, y no había medio de hacerle tranquilizar si no se enviaba el papelito á la imprenta; Cerfbeer sentía entonces desatada su lengua, y peroraba sobre la belleza de sus monografías, hasta hacer huir á todos los colaboradores de *La Cravache*; y cuando se quedaba solo, se metía en la imprenta para seguir haciendo el mismo elogio al regente y á los cajistas, siendo considerado por todos como una pesadilla.

Había días, sin embargo, en que ni el mismo Cerfbeer llevaba original, y en que Jorge Lecomte se preguntaba consternado cómo podría llenar el número. Uno de esos días Retté llegó á la redacción, y encontró á Lecomte apuradísimo. Nadie había enviado nada; ni siquiera Cerfbeer aparecía por allí. Barbey de Aurevilly acababa de morir, y era natural que *La Cravache* le dedicara un artículo necrológico. Invitado al efecto, Retté dijo que no era cosa de llenar las doce columnas del periódico con aquel artículo; y entonces Lecomte, rebuscando en el cajón de la mesa, tropezó con un manuscrito de un poeta provinciano.—¡Estamos en salvo!—exclamó. — Esto llenará cuatro columnas, y las otras ocho se ocuparán con el artículo.

Retté se sentó en el suelo, se sirvió del rollo de papel como de mesa, y al cabo de dos horas salió del paso lo mejor que pudo; lo gracioso del caso fue que el colaborador provinciano, al ver impreso su trabajo, escribió agradecidísimo, y desde entonces todos los días les remitía versos y más versos, que *La Cravache* se guardó bien de insertar.

Pero llegó el momento en que el impresor se cansó, y su simbolismo se encontró de nuevo en el arroyo. Y vuelta á buscar impresor y hospitalidad, sin encontrarla en ninguna parte. Retté, en aquel apuro, se acordó de un empleado de Correos aficionado á las ciencias ocultas, que le había hablado de un impresor con el que se entendía para publicar folletos sobre el budhismo esotérico. Le fué á ver, y con una tarjeta de recomendación se presentó en casa del impresor. Cuando le hubo expuesto el objeto de su visita, el impresor se quedó silencioso, como meditando. Retté esperaba con ansiedad, cuando el misterioso personaje, clavando en la suya su mirada, le preguntó con voz cavernosa: «¿Es usted un adepto?» Retté, por conquistarle, estuvo á punto de decir que sí; pero la verdad triunfó en su espíritu, y le confesó que era un profano en aquellas materias, y que sólo había visto á Peladan envuelto en una cortina de andrinópolis rojo que le servía de clámide. El impresor entonces le largó un discurso fuliginoso, en el que sonaban los nombres de Blavatsky, los mahatmas del Thibet, el atma y el karma, el aúr y el perispíritu, Krooks y la duquesa de Pomar, sin que Retté se atreviera á interrumpirle. Por fin se detuvo para tomar aliento, y Retté, aprovechando la ocasión, le preguntó: «Todo eso es admirable; pero ¿nos imprimirá usted?» Aplazada la respuesta para el día siguiente, fue por fortuna afirmativa, y así apareció la segunda serie de *La Vogue*, que vivió por espacio de tres números mensuales.

Retté cuenta luego el ensayo de teatro simbolista acometido por Pablo Fort. Había para el mismo muchas poesías y diálogos, pero piezas dramáticas propiamente dichas sólo había las de Mauricio Mæterlinck. Pablo Fort se decidió una vez á

dar una representación, cuyo programa estaba exclusivamente compuesto de obras simbolistas; alquiló un teatrito y puso en ensayo *Los ciegos*, de Mæterlinck; *El concilio hechicérico*, de Julio Laforgue; una adaptación del *Cántico de los Cánticos*, de Reinard, y *Canciones de Gesta*, rejuvenecidas por Merrill, Herold y Retté; éste era el encargado por Mæterlinck de dirigir los ensayos de su obra, sin desatender por eso los de *El concilio hechicérico*.

Todo marchó bien hasta el día del ensayo general; pero casi en el momento de levantarse el telón se echó de ver que faltaba un accesorio esencial para la representación de *Los ciegos*. Sabido es que en este drama la escena primera representa un bosque, en uno de cuyos claros aparecen los ciegos, hombres y mujeres, guiados por un sacerdote, que se han detenido allí para descansar; el sacerdote, que se había recostado en un árbol, muere de repente sin decir palabra, y los ciegos, inquietos al no oirle, se lamentan, hasta que, á tientas, tropiezan con el cadáver; todo el efecto del drama estriba en la desesperación de los pobres ciegos. Pues bien: faltaba el maniquí que debía figurar de cadáver, y en el almacén no había nada con que reemplazarlo. Con heno formaron una especie de cuerpo, lo metieron en un saco, lo cubrieron con una sotana y un alzacuello, le pusieron una cabeza de tela de embalaje, pintada con carbón, y como la escena pasaba medio á oscuras, el público no notó lo grotesco de aquella figura tendida en el suelo.

Dos incidentes turbaron la representación: los actores habían acordado hacer un corte en medio del drama, pero el apuntador no lo sabía y lo leía todo; al llegar al pasaje cortado, el actor que tenía la palabra, oyendo al apuntador palabras que no estaban en su papel, se volvió atrás y repitió su tirada; pero al llegar al trozo cortado el apuntador lo leyó de nuevo, y de nuevo volvió atrás el actor, repitiendo la escena; á la tercera vez el apuntador, aturdido, hacía señas y más señas, y entonces los actores, prescindiendo de él, siguieron imperturbables adelante, y gracias á su buena memoria no come-

tieron ningún desliz. El público creyó que aquellas repeticiones eran un recurso nuevo para avalorar aquella escena, y muchos lo celebraron como un ritornelo. El otro incidente consistió en la disputa de dos espectadores sobre el mérito de unos versos; uno de ellos se levantó y, dirigiéndose á Sarcey, que estaba en una delantera, le intimó que diera su opinión; el público se volvió hacia el célebre crítico, y gran número de espectadores se pusieron á gritar, cantando en el aire de *Lampion*: «¡Conferencia, conferencia!» Pero Sarcey, que se reía con toda su alma, no quiso hablar, y la función terminó sin más tropiezos que las protestas del público, al que no llegaba el aire perfumado que se le había prometido en el *Cantar de los Cantares*, por ser demasiado pequeños los vaporizadores empleados al efecto.

Tales son los que con razón llama Retté los hechos culminantes de los «tiempos heroicos» del simbolismo.

PEDAGOGÍA

El analfabetismo y el horario alterno.—El problema del analfabetismo es complejo; la principal causa de ignorancia es evidentemente la falta de voluntad para aprender; pero puede darse el caso, y se da con demasiada frecuencia, de que con la mejor voluntad del mundo, haya muchos niños que no concurren á la escuela, no por falta de voluntad, sino por falta de escuela; y si la acción del Estado debe ejercitarse eficazmente en algún caso para poner remedio á un mal, en ninguno necesita hacerse sentir con mayor motivo que en éste.

En todas partes, pero singularmente en España y en las repúblicas sudamericanas, es causa principal de atraso la falta de escuelas y de maestros; en las grandes capitales no hay todas las escuelas que debiera haber, y los niños pobres, que no pueden acudir, por falta de recursos, á las escuelas privadas, tienen á veces que esperar meses y años á que haya espacio

para ellos en las escuelas públicas, y á poco que los padres se descuidan, por falta de tiempo ó de celo, se quedan sin recibir la instrucción primaria, yendo á engrosar el mundo de analfabéticos. En las pequeñas localidades de 1.000 á 10.000 habitantes también ocurre algo de esto, siquiera sea en menor escala, y luego queda la gran masa de población diseminada á distancia considerable de todo núcleo de importancia, imposibilitada de asistir á ninguna escuela.

Dejando aparte el estudio del problema de la educación para la población diseminada, difícil siempre de resolver, ¿qué medios pueden adoptarse para acabar con el analfabetismo de las villas y ciudades? Conocida la causa del mal, fácil es apuntar el remedio: si no hay escuelas, deben crearse; si no hay maestros, deben formarse. Esto se dice pronto, pero no se hace ni puede hacerse en todas partes con tanta facilidad como se dice. Cada nueva escuela supone un nuevo local, un profesor más y un mobiliario más, y para todo esto se necesita dinero, que no siempre se tiene en la cantidad necesaria para el nuevo servicio.

Preocupados seriamente por la solución del problema, los argentinos, después de muchos ensayos y tanteos, lo han resuelto, según vemos en *La educación nacional de Lima*, por medio del horario alterno, consistente en dar á los niños clase alterna en lugar de clase diaria; de este modo, de un solo golpe, y sin gastos de ninguna clase, se logra duplicar el número de escuelas para los efectos de la asistencia escolar, pues unos niños van á la escuela los lunes, miércoles y viernes, y otros los martes, jueves y sábados, y pueden concurrir, por lo tanto, doble número del que podía admitirse en las clases diarias. El sistema ofrece el grave inconveniente de la interrupción en las lecciones, y el de que las familias tendrían que retener á los niños en su casa tres días por semana; pero aunque el primer inconveniente pudiera salvarse dando á los programas otra orientación, y el segundo no deba ser tenido en cuenta sino en la prudente medida en que debe apreciarse todo conflicto

entre el individuo y la colectividad, sacrificando siempre las conveniencias de aquél á las de ésta, hay otra solución mejor, basada en el mismo principio, que es la de alternar, no los días, sino las horas de clase, admitiendo á un grupo de niños por la mañana y á otro por la tarde.

Claro es que, pedagógicamente, la solución no es buena, especialmente para los niños cuyos padres no pueden atender á continuar en casa la vida de la escuela; pero como hay que armonizar las exigencias pedagógicas con las necesidades de la administración y las posibilidades del erario público, es evidente que una solución que da por resultado inmediato duplicar la fuerza difusiva de la instrucción, poniéndola al alcance de doble número de niños, y doblando el material fijo y móvil y el personal de cada escuela sin aumento apreciable en los gastos, es una solución que debe aceptarse como buena, ya que tan directa y tan eficazmente puede contribuir al fin capital que se persigue: la extinción del analfabetismo.

Con el horario alterno se relacionan naturalmente los programas, y disponiéndose para cada niño de la mitad del tiempo, claro es que hay que simplificar los planes; pero en todo caso, queda asegurado á cada niño un mínimum suficiente de instrucción, que es el objetivo de la enseñanza pública y democrática. La familia primero, y el individuo más tarde, se encargarán de completar y perfeccionar los conocimientos adquiridos en la escuela; pero no se podrá decir que el Estado no ha procurado echar los cimientos de la educación de sus futuros ciudadanos, que es la misión que le está encomendada.

* * *

La enseñanza doméstica en la escuela primaria.—Interesantes son los datos que encontramos en el *Bulletin de l'enseignement primaire du Nord* sobre la organización, en las escuelas de niñas, de la enseñanza culinaria y de economía doméstica.

La maestra reúne dos veces al mes, en la mañana del jueves, á sus alumnas mayores, como las que tienen ya sus certificados de estudios ó están preparándose para obtenerlos, y las distribuye en diversos grupos. El primero de estos grupos es el encargado de hacer las compras, y para ello, acompañadas de la maestra, van á las tiendas ó al mercado, eligen los comestibles, discuten el precio con los vendedores y vuelven á la escuela cargadas de compras.

El segundo grupo se encarga de limpiar las legumbres, lavando las lechugas, mondando las patatas, etc. El tercer grupo, que es el de las cocineras, prepara los platos, condimentando la comida, espumando el puchero, batiendo huevos, haciendo salsas, amasando pastas, etc.; el cuarto grupo, en fin, pone y adorna la mesa, coloca los platos, prepara las servilletas, etc. Una alumna, además, lleva la contabilidad de todo.

Una vez arreglado todo, se sientan á la mesa, y entonces la maestra les enseña cómo se presenta cada plato y cómo se corta y se sirve, dando además algunas lecciones de urbanidad propias del caso. Terminada la comida, las alumnas lavan, secan y guardan la vajilla; la encargada de la contabilidad hace la cuenta, y cada una paga su escote, yéndose todas de paseo con la maestra.

Se creerá quizá que esto es costoso, pero es un error; no pasa todo ello de 35 céntimos por persona. He aquí el detalle de los gastos, por término medio: coles, 0,40; cebolla, 0,05; sal y pimiento, 0,05; carne de vaca, 5,10; tocino, 0,25; zanahorias, 0,10; pastas de sopa, 0,40; huevos, 0,55; 250 gramos de manteca, 0,55; leche, 0,25; azúcar, 0,30; 3 onzas de chocolate, 0,40; pan, 0,70; cerveza, 1,70; total, 10,25 para una comida de veintiocho personas, sustanciosa, bien hecha y bien servida, que sale por lo tanto á 36 céntimos por persona, pudiendo salir á 25 céntimos si se tiene un huertecito que suministre las legumbres necesarias. No puede darse nada más económico ni enseñanza más provechosa.

«He visitado—dice el inspector Hannedouche—algunos de estos cursos prácticos de educación doméstica, y he salido encantado de los resultados obtenidos; he probado los platos preparados en la cocina, y me han parecido excelentes: hay que ver con qué ardor nuestras futuras amas de casa desempeñan aquellos quehaceres, dando gusto la prontitud y la limpieza con que proceden.»

Cada alumna tiene su libreta de cocina, donde todo se anota cuidadosamente, y que será más tarde el libro consultado por la propietaria con más resultado que la mayor parte de las recetas culinarias que figuran en los manuales de cocina corrientes. Haciendo dos comidas de éstas al mes—diez y ocho ó veinte al año—y variando las listas de platos lo más que se pueda, llegan las alumnas á adquirir un caudal de nociones culinarias suficiente, desde luego, para atender á las exigencias caseras de una buena ama de gobierno.

Los grupos de alumnas, para evitar la aglomeración en la cocina, que sería perjudicial por todos conceptos, alternan en los diversos servicios, y aprenden así personalmente las diferentes operaciones que los cuidados caseros requieren. Unas lavan en determinados días los delantales, mangas, manteles y servilletas; otras almidonan, rocían, planchan, doblan y guardan la ropa de mesa en los armarios, etc.; y de este modo, dos veces al mes, la sala de la escuela se convierte en laboriosa colmena, donde cada niña se prepara con evidente placer al digno desempeño de su futuro papel de ama de casa.

La caridad misma sale con estas prácticas educativas muy bien librada, pues si hay entre las niñas alguna desgraciada que carece de medios para sufragar el pequeño coste de su alimentación, sus compañeras la invitan á compartir su comida; ó bien, si se tiene noticia de la existencia de alguna pobre desamparada de la localidad, se prepara una ración aparte de la comida dispuesta por las alumnas, y dos niñas se encargan gustosas de ir á llevar aquel consuelo á la triste desheredada

de la fortuna. Es la moral en acción, que sirve de hermoso complemento á la fecunda labor educativa de la escuela.

IMPRESIONES Y NOTAS

El trabajo en las grandes industrias.—Las condiciones en que se ejecuta actualmente el trabajo en las grandes industrias, especialmente en las de construcción, forman el tema de un interesante artículo de Carlos Benoist, en la *Revue des Deux Mondes*.

La base del salario ha cambiado por completo: antes era por días, y ahora se paga por horas; diez horas de trabajo á 0,50=5 francos; á 0,70=7 francos; es un salario remunerador, con el que los obreros pueden cubrir perfectamente todas sus necesidades. Generalmente se trabaja «á precio hecho», ó al tanteo; si, una vez fijado el precio del ajuste, resultara que había pérdidas, el obrero no participa de ellas; pero si hay ganancias, percibe su parte. En cuanto á los niños, no se les admite de menos de trece años, á menos de que presenten un certificado de haber terminado sus estudios de instrucción primaria y otro de aptitud física; llenos estos requisitos, se le admite como aprendiz, y durante los dos primeros meses de ensayo no gana nada; si sirve para el oficio, pasados los dos meses de ensayo empieza ganando cinco céntimos por hora, ó sean de 40 á 50 céntimos al día.

***

Compatibilidad inesperada.—Adolfo Adam cuenta en la *Revue de Paris* cómo se las arregló Spontini para ser á un mismo tiempo director de orquesta del rey de Prusia y miembro del Instituto de Francia, como académico de Bellas Artes.

Spontini tenía en Prusia el cargo de director, pero quería figurar como académico de París, y para esto necesitaba ser

elegido. La dificultad estaba en la exigencia del Reglamento, que ponía como requisito indispensable para poder ser admitido en la Academia, la residencia en París. Spontini hizo las visitas acostumbradas á los académicos, de quienes aspiraba á ser colega, y les anunció su propósito de establecerse en París, haciéndoles ver que andaba buscando casa. La Academia de Bellas Artes le eligió; pero aquel mismo día, al terminar la sesión, el presidente recibió una comunicación de Spontini, á la que acompañaba una carta del rey de Prusia, que se negaba á desprenderse de su querido director de música. De este modo se encontró Spontini siendo á la vez académico de Francia y empleado en Prusia.

*
* *

La rehabilitación del tabaco.—El Dr. Furst, de la Universidad de Leipzig, ha sometido el tabaco á metódicos experimentos de laboratorio, y los resultados obtenidos, según el Dr. Romme, le permiten afirmar que el tabaco no es tan nocivo como se cree, y que el error proviene de confundir los efectos de la nicotina, que son terribles y mortales, con los del tabaco, que es inofensivo y hasta conveniente. Lo que importa es tomar precauciones para que la nicotina no penetre en el organismo, y no abusar del tabaco.

El tabaco no es peligroso sino para los que lo fuman malo, los que mastican su cigarro é impregnan de nicotina las membranas de su boca; por eso no debe nunca apurarse la colilla, ni fumar una pipa hasta el fin. El cigarrillo es más peligroso que el cigarro, y es antihigiénico permanecer en una habitación llena de humo de cigarrillos. La nicotina se disuelve con más facilidad en verano que en invierno, y los fumadores, sentados alrededor de una estufa ó de una chimenea, exponen su salud más que los que fuman al aire libre.

Las prescripciones del Dr. Furts para fumar impunemente, lo que podríamos llamar los mandamientos del fumador higiénico, son los siguientes:

1.° No fumar más que cigarros suaves.—2.° No fumar más que buenos cigarros.—3.° No fumar nunca más que la mitad del cigarro, y tirar siempre la colilla de los cigarrillos sin apurarla.—4.° Si el cigarro ó el cigarrillo se apaga, deben tirarse sin volverlos á encender.—5.° No sentarse nunca donde haya nubes de humo de tabaco.—6.° No masticar la punta del cigarro.—7.° Emplear un portacigarros ó una boquilla, y forrarle de algodón, al cual se pegará la nicotina, que no penetrará así más que en mínimas cantidades en el organismo del fumador.—8.° No fumar en casa más que en pipas de tubo largo, dando la preferencia al narguilé.

***

La enseñanza cíclica.—¿Qué quiere decir enseñanza cíclica? *Cíclica* se deriva de *ciclo*, círculo, para manifestar, como con razón indica Torres Quintero en *La educación nacional*, de Lima, que la enseñanza ha de ser una serie de círculos concéntricos cada vez más grandes, desarrollándose progresivamente unos tras otros. El método concéntrico consiste en dar primero á conocer los puntos esenciales que sirven de centro, agregando en torno de ellos, á grandes rasgos, otros hechos de importancia, hasta completar el primer ciclo; al año siguiente se vuelve á recorrer el mismo camino, pero con más estaciones y detalles; y así se procede en los demás años, volviendo siempre al centro, y yendo de él á la periferia.

La enseñanza cíclica no es un simple repaso, pues si tal fuera, los niños se aburrirían y las lecciones carecerían de su más importante valor pedagógico, el atractivo. Para ello el profesor debe siempre reservarse para los ciclos sucesivos alguna novedad, alguna sorpresa que estimule la atención y despierte la curiosidad; por la variedad de los detalles, por la amplitud de los desarrollos y de las aplicaciones, por la variedad de los métodos, debe darse á cada ciclo su carácter y su fisonomía, y así se mantendrá siempre viva la atención y la afición al estudio.

Este método no es nuevo; Comeccio lo apuntó y otros lo desenvolvieron; pero nunca ha logrado el éxito que al presente. El método concéntrico ó cíclico puede revestir dos formas: ó se toma una materia como centro de la enseñanza y en torno suyo se van colocando los demás estudios, ó se aplica exclusivamente á una asignatura, que se va desenvolviendo progresivamente en círculos cada vez más dilatados; la primera de estas formas, que podríamos llamar enciclopédica, tiene escasa aplicación, por lo difícil, á la enseñanza, y apenas es conocida fuera de Alemania; la segunda es más práctica y se halla hoy en boga en casi todos los países.

***

Las cazas de los presidentes de república.—*Les Annales politiques et litteraires* dedican un curioso artículo á la reseña de las costumbres cinegéticas de los presidentes de la República francesa.

El mariscal Mac-Mahon no aguardaba nada; el caso era disparar, y, estando de caza, tiraba á diestro y siniestro, por delante ó por detrás, á toda la caza que se presentaba; cogía el arma de recambio que su guarda especial le tendía, y *¡pim, pam!* largaba las dos cargas, después de describir con el cañón un arco de círculo, ó al tiempo que lo describía, lo cual daba por resultado que sus acompañantes y vecinos recibieran con frecuencia una perdigonada, generalmente sin consecuencias, porque, previsores, llevaban ropa gruesa á propósito. Grevy, en cambio, tiraba con calma y eligiendo las piezas, y la parte importante de sus cacerías era el almuerzo.

Con Carnot las cacerías tomaron otro aire, siendo casi ceremoniosas, pues Carnot, siempre serio y hecho un paquete, era un hombre que apenas se divertía con nada, aunque se complacía en ver divertirse á los demás. Casimiro Perier era un verdadero aficionado, y á veces se marchaba solo, con uno de sus oficiales ó de sus secretarios, y se entregaba de lleno al

placer de la caza, olvidando los cuidados y las preocupaciones del cargo.

En tiempo de Félix Faure, las cacerías presidenciales tomaron gran importancia. Aquel hombre, que se vanagloriaba de haber sido un simple curtidor, se embriagaba con la popularidad, y se había penetrado de su papel de presidente hasta la exageración. Fastuoso y ostentoso, no se contentaba con que en su palacio del Elíseo quedara siempre un ancho espacio vacío en torno suyo para mantener su corte á respetuosa distancia, y obligando á todos á hablar bajo en el salón, sino que exigía esta misma observancia de la etiqueta en Rambouillet, Compiègne ó Marly. Un día que se había dignado aceptar la invitación de un amable senador, dueño de un famoso coto de caza, el hijo del senador esperaba la vuelta de los cazadores, y al ver á Félix Faure el joven se acercó tímidamente, preguntando:—¿Habéis hecho buena caza, señor presidente?—Félix Faure se sonrió, dirigió una mirada al joven á través de su monóculo, le dió un golpecito en la mejilla y le contestó: —No se habla al presidente antes de que él os interrogue, amiguito. — Con estas pretensiones, no hay que decir que las cacerías resultaban algo aburridas; después de su viaje á Rusia, todo el mundo tenía la impresión de que aquel burgués envanecido se sentía cónsul vitalicio, presidente perpetuo, emperador, ¡tsar!... Miraba por alto y de lejos á las gentes de su corte y á los «señores del Parlamento».

Emilio Loubet es todo lo contrario: sus cacerías son sencillas, y sus invitados gozan de la más amplia libertad, sin abusar de ella, como es natural. A Emilio Loubet no se le ha subido á la cabeza la presidencia de la república, como á su fastuoso antecesor, ni hace los alardes de autoridad que tanto han perjudicado á la memoria de Félix Faure.

*
* *

Un Dante barbudo.—Walter Littlefield en el *Critic*, Romualdo Pantini en la *Nazione* y Nemi en la *Nuova Antologia*,

tratan la debatida cuestión del retrato del Dante, descubierto por Alejandro Chiappelli en la capilla de los Strozzi, en Florencia. ¿Tenía ó no tenía Dante barba?

El Dante tradicional y clásico es bien conocido: una cara afeitada, con las facciones estiradas, hasta el punto de parecer, en los grabados deformados, como el rostro de una vieja. Así son todos los retratos conocidos, que difieren bastante de las indicaciones hechas por el mismo poeta, y de la descripción que de él hace en su *Vida* Bocaccio. Debiera buscarse una imagen que estuviera de acuerdo con estos datos.

Littlefield es de esa opinión, á la que Nemi suscribe. «No dudo—dice el primero—que Dante llevaría la barba durante su destierro y hasta su muerte; por consiguiente, esas efigies que representan al autor de *La Divina Comedia* son todas falsas. Natural es que los estudiantes de Florencia, que leían la *Vida* del Bocaccio, tomaran el retrato de la capilla del Podestá por el que representaba: el Dante, que toda Florencia había conocido como el amigo de Guido Cavalcanti y de Giotto, tal como era el autor de la *Vida Nueva*, sumamente joven. Todos los artistas posteriores recibieron su inspiración de aquel retrato, mudándole las facciones y alterando el traje hasta conformarlo con su idea de un Dante de edad madura.» Y de ahí el error de la representación tradicional del Dante sin barba.

***

La responsabilidad del novelista.—Con motivo de la reciente muerte, á los treinta y dos años, del joven novelista americano Frank Norris, exhuma la *Nuova Antología* uno de sus trabajos sobre la responsabilidad del novelista.

El novelista que tiene público y que se siente escuchado, tiene, según Norris, innegablemente una gran responsabilidad, porque la novela es la gran expresión de la vida moderna. En otro tiempo, las catedrales y los castillos fueron expresión de la vida; después vino la edad del drama; pero

nuestra vida contemporánea es tal, que ni la pintura, ni la arquitectura, ni el arte dramático, ni los poemas de Pope y Dryden, pueden representarla. Los críticos que quieran pasar revista á nuestro tiempo tendrán que recurrir á la novela para reconstituir nuestra civilización.

Claro es que la novela pasará, como todo; pero, hoy por hoy, la novela es una necesidad; el público la pide y el pueblo la devora. El pueblo, en definitiva, es el que pronuncia el veredicto sobre toda obra de arte, y el que la hace vivir. Las novelas de hoy pueden hacerse por 500.000 ejemplares, y no ser por eso grandes novelas, ni aun para el vulgo que las lee; esas no se vuelven á leer ni quedan en las familias como buenos intérpretes de la vida contemporánea.

No hay que avergonzarse de vivir de la literatura; no se censura al sacerdote porque viva del altar, sino porque comercie con las cosas sagradas. La novela tiene hoy más influencia que el púlpito y el periódico. El hombre que sabe que miles de hombres le escuchan tiene una responsabilidad tremenda, y no es justo que se engañe á esos miles de espectadores con falsas vistas de la vida, con falsos caracteres, falsos sentimientos, falsa moralidad, falsa historia, falsa filosofía, falso heroísmo, falso sacrificio, falsos conceptos, falsa religión, y sobre todo que se les engañe sobre sus deberes; quienes tal hacen cometen verdaderos crímenes, aunque nadie les imponga el castigo que por ellos merecen.

*
* *

La higiene en las escuelas públicas.—Con razón afirma *Le Matin* que el arte de criar gallinas está mucho más perfeccionado que el de educar niños. Mucho se ha hecho en los últimos veinte años; pero ¡cuánta deficiencia todavía! En París se han construído colegios que son verdaderos monumentos; pero en ellos, como en los hospitales ó en los cuarteles, todo se sacrifica á la gloria del arquitecto, y al visitarse el interior de tan magníficos edificios, se encuentran los dormitorios mal

ventilados, las salas mal caldeadas, los patios estrechos, corrientes de aire por todas partes, lavatorios mezquinos y retretes que sólo son focos de infección. ¡Y eso en París y en los grandes colegios!

¿Y las escuelas primarias? También en ellas se han derrochado grandes capitales, y la República francesa se enorgullece de estos edificios escolares; pero ¿qué hay dentro? Microbios por todas partes, pues aunque se ha prohibido el barrido en seco, no se hace caso del Reglamento; y aunque desde 1866 es obligatoria en cada departamento la inspección médica, nadie conoce esos servicios de inspección fuera de las grandes ciudades.

En cambio, en los Estados Unidos, esta inspección se practica con el mayor esmero, y sólo en el estado de Nueva York han examinado los médicos inspectores á más de un millón de niños. De ese millón, han rechazado á 19.453 por diferentes causas: 11.936, por enfermedades parasitarias del cuero cabelludo; 6.667, por enfermedades contagiosas de los ojos; 443, por diversas enfermedades de la piel; 68, por coqueluche; 29, por inflamación de las glándulas; 19, por varicela; 12, por sarampión; siete, por escarlatina, y cuatro, por difteria. En proporciones semejantes, se hace el mismo examen en las demás escuelas del país, y los padres pueden estar tranquilos sobre la posibilidad del contagio de sus hijos en los establecimientos de enseñanza.

*
* *

Anacreónticos españoles de los últimos siglos.—El primero que, invocando el glorioso nombre de Fray Luis de León, inició en Salamanca el movimiento de restauración de nuestra poesía, siendo el fundador verdadero de la segunda escuela salmantina, fue *Delio*, es decir, Fray Diego González, agustino también, y no Cadalso, como dice con razón en *La Ciudad de Dios* el P. Bonifacio Hompanera. Fray Diego González es considerado por el marqués de Valmar como la figura más ge-

nuinamente española y más simpática del siglo XVIII, siendo conocidísimas, entre sus anacreónticas, *A la quemadura del dedo de Filis* y *El Digamos de Mireo*.

Don José Cadalso, aunque ordinariamente pindárico, no dejó de cultivar con éxito la anacreóntica, como lo prueban sus poesías *Al pintor que me ha de retratar, A la peligrosa enfermedad de Filis* y otras varias. Nunca llegó, sin embargo, á igualar al inmortal Iglesias, gloria de la escuela salmantina, que supo hermanar la vis satírica de Marcial con la delicada sensualidad de Anacreonte; las poesías *Siendo yo niño tierno —iba cogiendo flores, Al son de los rabeles—que en estas selvas tocan, En tanto que fui niño—no supe de trabajos—ni el pago que dar suelen—la edad y el desengaño*, son claro testimonio de su delicado gusto. El insigne Iriarte, á pesar de su prosaísmo, fruto de la reacción contra el enrevesado conceptismo que tanto había privado en poesía, puede también figurar dignamente entre los anacreónticos.

Nadie, sin embargo, iguala en este punto á Meléndez Valdés, siempre tierno y delicado, original y fecundo, el mejor poeta clásico del siglo XVIII, y alma de la famosa escuela poética de Salamanca. La lectura de sus poesías deja en el alma tan grata sensación de frescura y placidez, que no hay nada superior en nuestros líricos.

¿De dónde alegre vienes
tan suelta y tan festiva,
los valles alegrando,
veloz mariposilla?
. . . . . .
Tus plumas se dilatan;
tu cuello, ufano, se hincha;
tus cuernos y penacho
se tienden y se rizan.
. . . . . .
El fresco alhelí meces,
á la azucena quitas
el oro puro, y saltas
sobre una clavellina.

Vas luego al arroyuelo,
y en sus plácidas linfas,
posada sobre un ramo,
te complaces y admiras.

Forner también cultivó el género; pero sus aficiones no le permitieron sobresalir, como las suyas tampoco permitieron al conde de Noroña escalar las alturas á que se habían encumbrado Villegas, Moratín y Cadalso, ni menos el gran Meléndez. Hay que pasar por Arriaza, Reinoso y Solís para llegar, con Alberto Lista, á encontrar algo digno de competir con los delicados conceptos de los restauradores de la escuela salmantina. Con Lista se extingue con vivo resplandor aquella elegante y dulce poesía que tantos días de gloria proporcionó á la literatura española.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Ley de accidentes del trabajo. Estudio crítico de la española... de su reglamento y disposiciones concordantes, comparadas con las principales legislaciones extranjeras, por D. Hipólito González Rebollar. Salamanca, 1903, 4.°, XXI-506, 6 pesetas.

Dos cosas fundamentales creo necesarias para escribir un buen libro: conocer profundamente el asunto y amarlo. Si se lo conoce mal, excusado es decir que la exposición será mala y llena de errores. Si el autor no siente hacia él ese género de amor ideal que á veces nace de los sentimientos de indignación que las miserias humanas levantan en todo corazón bien nacido, á veces del puro deleite de la averiguación de la verdad, faltará al libro esa inspiración calurosa que hace vibrar la pluma y, al par que anima el desarrollo de la argumentación, es como luz vivísima que ayuda á penetrar en el fondo de las cosas. El Sr. González Rebollar posee los dos requisitos á que me refiero. Ha estudiado de veras el asunto, y ese estudio no lo ha hecho fríamente, por vanidad, por lucro ó por otro motivo más apartado de los motivos intelectuales, sino interesado realmente por el problema general de que forma parte aquél.

Basta leer el *Discurso preliminar* (109 páginas), que versa sobre las nuevas orientaciones del Derecho y las cuestiones y leyes sociales contemporáneas, para convencerse de lo uno y de lo otro. El Sr. González Rebollar aborda en ese Discurso todos los temas que hoy justamente preocupan á jurisconsultos y sociólogos, y revela, al hacerlo, una cosa no muy frecuen-

te entre nosotros: que ve los problemas y se hace cargo de su alcance. Preferible es esto, sin duda, á la pretensión de tener soluciones para todo, cosa á que propende el vulgo, por lo común; cuando lo cierto es que, muchas veces, los problemas no tienen solución tal como se plantean, ó no la sabemos ver. Un autor bien orientado, aunque después yerre—ó nos parezca que yerra—en sus conclusiones, es superior siempre á otro para quien todo es liso y llano y que no ve cuestión en el asunto más complejo que puede ofrecerse á su examen. Este no dará de sí nunca cosa de provecho; el primero está siempre en camino de acertar, porque aprecia las dificultades todas del asunto y tiene, además, la ventaja de ser lo que se dice ahora «sugestivo».

En cuanto al cuerpo principal de la obra—esto es, al estudio de la Ley de accidentes del trabajo,—el Sr. González Rebollar ha escrito, sencillamente, el mejor y más completo comentario que hasta ahora se conoce. Este comentario tiene el doble carácter de filosófico y práctico, y á él aporta el autor un conocimiento muy general de la legislación extranjera, que le sirve de fuente para la interpretación. De esta suerte, puede decirse que el libro que nos ocupa es de igual manera útil para el jurisconsulto que ha de entender en las cuestiones litigiosas que se promuevan, para el juez que ha de aplicar al caso concreto el precepto legislativo, para el político que necesita conocer los defectos de la ley como base de enmiendas futuras, y para el obrero, que es á quien directamente toca y á quien le conviene penetrarse bien del alcance de los derechos que la ley le reconoce.

En suma, un libro útil y generoso. No se puede decir esto todos los días en nuestra menguada literatura profesional. Al otorgarle el premio «Goldaracena» la Academia de Derecho y demás ciencias sociales, de Bilbao, en el concurso de 1902, ha hecho obra de justicia.

Rafael Altamira

INDICE

Págs.

Ana (novela), por Enrique Sienkiewicz..... 5

Inhumación y cremación, por Edmundo González-Blanco..... 34

Psicología social del Municipio español, por Eloy L. André..... 58

El discurso de apertura de los Tribunales, y la Memoria del fiscal del Supremo, por P. Dorado 82

El arbitraje hispanoamericano, por Jerónimo Becker..... 104

Lecturas americanas, por Hispanus..... 135

Crónica literaria.—La ciudad y las sierras (por Eça de Queiroz), por E. Gómez de Baquero..... 159

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 168

Notas bibliográficas, por Rafael Altamira..... 202

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier.—Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual de Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhaüer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 15. NUM. 180.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

DICIEMBRE, 1903

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LA PRINCESA

A la puerta que se llamaba la Puerta Roja del monasterio de hombres de N... acaba de llegar un carruaje tirado por cuatro hermosos caballos. Los monjes sacerdotes y los novicios, reunidos en montón cerca de la puerta de la hospedería reservada á las personas nobles, habían reconocido de lejos, por el cochero y los caballos, á la dama que estaba sentada en el carruaje, su buena amiga la princesa Vera Gavrilovna.

Un viejo con librea saltó del pescante y ayudó á la princesa á descender del coche. Ella se levantó el velillo negro y sin apresurarse se adelantó para recibir la bendición de todos los frailes. Hizo en seguida á los novicios un ligero saludo amistoso, y se dirigió hacia su habitación.

—Y qué—dijo ella á los frailes que llevaban su equipaje de mano,—¿han echado ustedes de menos á su princesa? He estado todo un mes sin venir, pero ya me tienen aquí; ¡miren á su princesa! ¿Dónde está el padre archimandrita? ¡Dios mío, ardo de impaciencia! ¡Ese asombroso anciano!... Deben ustedes estar orgullosos de tener semejante archimandrita...

Cuando el archimandrita entró en la habitación de la princesa, ésta dió un grito de éxtasis, cruzó los brazos sobre el pecho y se adelantó para recibir la bendición.

—No, no, no; déme usted á besar su mano—dijo ella, cogiéndosela y besándosela tres veces con avidez.—¡Qué feliz soy al volverle á ver, padre! Seguramente que usted se había

olvidado de su princesa, y yo he vivido constantemente con el pensamiento en este querido convento... ¡Qué bien se está aquí! En esta vida consagrada á Dios, lejos de las vanidades del mundo, hay un encanto particular, padre, que siento en toda mi alma, pero que no puedo expresar.

Las mejillas de la princesa enrojecieron un poco, y de sus ojos brotaron algunas lágrimas. Hablaba seguidamente, con fuego, y el archimandrita, anciano de setenta años, serio, feo y tímido, se callaba, y únicamente de cuando en cuando decía con voz entrecortada: «Precisamente, vuecencia... Espero... Comprendo...»

—¿Se dignará favorecernos mucho tiempo con su visita?—preguntó.

—Hoy pasaré la noche en esta casa, y mañana iré á la de Claudia Nikolaevna. Hace ya mucho tiempo que no nos hemos visto. Y pasado mañana volveré, y permaneceré aquí tres ó cuatro días. Quiero que descanse mi alma, reverendo padre...

La princesa gustaba de ir al monasterio de N... Había cobrado afección al lugar en aquellos dos últimos años, é iba á él en los meses de verano á pasar dos ó tres días, y á veces una semana. Los tímidos novicios, la paz, los techos bajos, el olor á madera de ciprés, las frugales comidas, los modestos cortinones de las ventanas: todo esto la afectaba, la enternecía, la disponía á la meditación y á los buenos pensamientos. Bastábale estar media hora en su habitación, para que le pareciese que ella también era tímida y modesta, y que también ella exhalaba olor á ciprés. El pasado huía lejos, muy lejos; perdía su valor, y la princesa se ponía á pensar que, no obstante sus veintinueve años, era muy semejante al anciano archimandrita, y que, como él, había nacido, no para la riqueza, el esplendor terreno y el amor, sino para la vida tranquila, oculta y crepuscular del claustro.

Ocurre á veces que, en la sombría celda de un anacoreta sumido en la oración, entra de repente un rayo de sol, ó un pájaro se posa en la ventana y canta; el austero anacoreta

sonríe á pesar suyo, y de pronto, bajo la abrumadora aflicción de sus pecados, como de debajo de una piedra, corre en él un arroyo de inocente y dulce alegría. Le parecía á la princesa que precisamente aportaba ella una sensación semejante á la que produjeran ese rayo ó ese pájaro. Su sonrisa afable y alegre, su mirada dulce, su voz, sus bromas y toda su menuda persona, bien formada, vestida con un sencillo traje negro, debían despertar en aquellas gentes austeras y sencillas un sentimiento de ternura y de alegría. Cada cual, al mirarla, debía pensar: «Dios nos ha enviado un ángel...» Y, sintiendo que todos pensaban así aun sin quererlo, la princesa sonreía con mayor afabilidad y se esforzaba en parecer un pájaro.

Después de haber tomado el té y de haber descansado, salió á dar un paseo. El sol se había puesto ya. La perfumada frescura de las plantas, que acababan de regar, llegó desde el parterre del convento hasta ella, y de la iglesia venía el rumor del canto de los frailes, que desde lejos parecía muy melancólico y muy agradable: estaban cantando Vísperas. Había en las ventanas negras, sobre las que danzaban los reflejos de las lámparas del altar, en los muros y en la persona de un fraile anciano sentado bajo el pórtico cerca de una imagen, tanto reposo, que la princesa, sin saber por qué, se sintió con ganas de llorar.

Fuera de las puertas del convento, en la arboleda que bordeaba los muros, en donde había unos bancos, reinaba ya la sombra. El aire se obscurecía muy de prisa... La princesa dió algunos pasos por la arboleda, se sentó en un banco y se puso á pensar.

Pensó que sería bueno habitar toda su vida en aquel convento, en donde la existencia era tranquila y pura como una noche de verano; que sería bueno olvidarse por completo de su príncipe ingrato y libertino, olvidarse de su enorme fortuna, de sus acreedores que diariamente la atormentaban, y de todas sus desgracias, y de su doncella, que tenía aquella mañana una actitud tan insolente. Sería bueno permanecer

sentada allí, en aquel banco, toda su vida, y mirar, al través de los troncos de los árboles, cómo la neblina de la noche se condensaba á los pies del monasterio; mirar allá abajo, en el bosque, cómo volaban á refugiarse en sus nidos las bandadas de aves; y mirar á dos novicios que, montado el uno en un caballejo bayo, y el otro á pie, llevaban á encerrar á los caballos, y que, contentos con su libertad, jugueteaban como niños. Sus juveniles voces resonaban en el aire inmóvil y se podía distinguir cada una de sus palabras. Es bueno permanecer así sentada y prestar oído al silencio. El viento sopla un poco y agita las cimas de los árboles; una rana chilla en la hierba seca; el reloj del convento da un cuarto, tras las tapias... Permanecer así, sin moverse, escuchar,—y pensar, pensar, pensar...

Una vieja, con un haz, pasó ante ella. La princesa pensó que sería bueno llamar á la vieja, decirle algo grato y sentido, acudir en su ayuda... Pero la vieja siguió sin volverse, y desapareció.

Apareció después un hombre alto, de barba gris, con sombrero de paja. Al llegar ante la princesa se quitó el sombrero y saludó. En su amplia calvicie y en su nariz acaballada, reconoció la princesa al doctor Miguel Ivanovitch, que estuvo á su servicio cinco años antes en Doubovka. Recordó que le habían dicho que la mujer del doctor había muerto el año anterior. Quiso simpatizar con él y consolarle.

—Doctor, sin duda no me reconoce usted—le dijo con amable sonrisa.

—Perdón, princesa, la he reconocido—replicó el doctor, quitándose por segunda vez el sombrero.

—¡Ah! Gracias; ¡y yo que creí que había usted olvidado á su princesa! Las gentes no se acuerdan más que de sus enemigos y olvidan á sus amigos. ¿Ha venido usted también á rezar un poco?

—Duermo aquí por deber todos los sábados: soy el médico del convento.

—¡Ah! Muy bien. ¿Y cómo está usted?—preguntó la princesa, suspirando.—He oído decir que su mujer ha muerto; ¡qué desgracia!

—Sí, princesa; es una gran desgracia para mí...

—¡Qué hacer!... Hay que sufrir las desgracias con resignación. Ni un cabello cae de la cabeza de un hombre sin la voluntad de la Providencia.

—Sí, princesa.

A la sonrisa afable y dulce de la princesa y á sus suspiros, el doctor no respondía, seca y fríamente, sino por «sí, princesa». La expresión de su rostro era también fría y seca...

«¿Qué más podría decirle?», se preguntó la princesa.

—¡Cuánto tiempo hace que no nos habíamos visto!—dijo.—¡Cinco años! ¡Cuánta agua ha corrido hacia el mar en ese tiempo!... ¡Cuántos cambios!... Es espantoso pensar en ello... Ya sabe usted que me he casado. De condesa me he convertido en princesa. Y ya he tenido tiempo de separarme de mi marido...

—Sí, lo he oído decir.

—Dios me ha enviado muchas pruebas... Sin duda habrá usted oído decir que estoy arruinada. Por las deudas de mi desdichado marido, ha habido que vender Doubovka, Kiriakovo y Sophino. No me queda más que Baronovo y Mikhaeltsevo. Es espantoso mirar hacia atrás: ¡cuántos cambios! ¡cuántas desgracias diversas! ¡cuántas faltas!

—Sí, princesa, muchas faltas.

La princesa se turbó. Conocía sus faltas. Eran todas tan íntimas, que solamente ella podía juzgarlas y comentarlas. No pudo contenerse, y preguntó:

—¿Qué faltas quiere usted decir?

—Acaba usted de aludir á ellas; así, pues, usted las conoce—respondió el doctor, sonriendo.—¿Para qué entonces...?

—No; dígamelas, doctor. Se lo agradeceré á usted mucho. Y, se lo ruego, no tenga usted conmigo miramientos; me gusta escuchar la verdad.

—No soy yo su juez de usted, princesa.

—¡Que no es usted mi juez!... ¡Con qué tono habla usted!... ¿Es que sabe usted algo? Dígalo.

—Si lo desea usted, lo diré. La cuestión es que, por desgracia, yo no sé hablar, y no siempre me hago comprender.

El doctor reflexionó un poco, y dijo:

—¡Muchas faltas! Pero propiamente hablando, en mi concepto, la principal es el espíritu general, por el cual... que... el cual ha reinado en todos sus bienes... Ya lo ve usted, no sé expresarme... En fin, lo principal es el desamor, la repulsión hacia las gentes, que se sentían positivamente en todo. En su casa de usted, todo el sistema de la vida estaba fundado en esa repulsión. Repulsión por la voz del hombre, por su figura, por su nuca, por sus pasos; en una palabra, por todo lo que constituye al hombre. En todas las puertas y en todas las escaleras, groseros, perezosos é hinchados bergantes con librea, para impedir que entrasen en la casa las gentes mal vestidas. En la antesala, grandes divanes con respaldo para que, durante los bailes y las recepciones, los criados no ensuciasen con su nuca los papeles de las paredes. En todos los cuartos, gruesas alfombras para no oir el paso de los hombres. Se previene inevitablemente á toda persona que éntre, el hablar poco y bajo, y no hablar de lo que puede producir un mal efecto sobre la imaginación y sobre los nervios. En su gabinete no se tendía la mano á las gentes, y no se las invitaba á que se sentasen,—de la misma manera que en estos mismos momentos no me ha tendido usted la mano y no me ha invitado á que me siente...

—Aquí está, si usted lo quiere... —dijo la princesa tendiéndole la mano y sonriendo.—¿Puede uno de veras enfadarse por semejantes bagatelas?

—¿Acaso me enfado yo?—replicó el doctor, riendo.

Pero en seguida se puso rojo, se quitó el sombrero, y agitándole, empezó á decir con fuego:

—Hablando francamente, hace mucho tiempo que esperaba

una ocasión para decírselo á usted todo, todo... Quiero decirle que usted mira á todo el mundo á la manera de Napoleón, como carne de cañón. Pero en Napoleón había, por lo menos, una especie de idea, y en usted, fuera de la repulsión, nada.

—¡Yo, repulsión hacia las gentes! — exclamó la princesa, sonriendo y muy asombrada.—¡Yo!

—¡Sí, usted! ¿Necesita usted hechos? Aquí los tiene. En su casa, en Mikhaeltsevo, viven de limosna tres de sus antiguos cocineros, que se volvieron ciegos en sus cocinas de usted por el calor del horno... Todos los mozos fuertes y gallardos que había en las tierras de su pertenencia, han sido acaparados por usted y sus parásitos para servir de criados, lacayos ó cocheros... Todos esos seres de dos pies se han educado en la servidumbre, se han endurecido; en una palabra, han perdido la imagen y la semejanza de Dios... ¡Ah! á los médicos jóvenes, á los agrónomos, á los preceptores, en general á todos los trabajadores intelectuales, se les sustrae de sus asuntos, del trabajo honrado, y se les obliga por un pedazo de pan á tomar parte en diversas comedias de marionetas, que para todo hombre honrado son vergonzosas. ¡No importa que el joven se eche á perder á los tres años en semejantes condiciones, que se haga hipócrita, repulsivo, delator! ¿Está bien esto? Sus intendentes polacos, esos repugnantes espías, trotan á docenas, desde la mañana hasta la noche, por sus dominios de usted, y para complacerla se esfuerzan en exprimir el jugo. Perdóneme usted; me expreso sin orden, pero no importa nada. A las gentes del pueblo no se las considera en su casa de usted como personas. Y hasta á esos príncipes, á esos condes, á esos arzobispos que van á su casa de usted, se les considera como elemento decorativo, y no como seres vivientes. Pero lo principal, lo principal, lo que más me subleva, es el tener más de un millón de fortuna y no hacer nada por las gentes, ¡nada!

La princesa permanecía sentada, asombrada, espantada, ofendida, no sabiendo qué decir ni qué actitud tomar. Jamás la habían hablado en aquel tono. El enojado acento, hostil,

del doctor, sus frases torpes, balbucientes, producían en sus oídos y en su cabeza un ruido agrio, contundente, y comenzó á parecerle que el gesticulante doctor le golpeaba en la cabeza con su sombrero.

—¡No es cierto eso!—murmuró ella dulcemente, con suplicante voz.—Yo he hecho, usted mismo lo sabe, mucho bien á las gentes.

—¡Ah! termine usted—exclamó el doctor.—¿Es posible que continúe usted considerando sus obras de beneficencia como algo serio y útil, y no como una pura comedia? ¡Pero si ha sido una comedia desde el principio hasta el fin!... ha sido jugar al amor del prójimo, un juego tan claro que hasta lo comprendían los niños y las mujeres cándidas. No hablemos de su... ¿cómo llamarle?... asilo para las ancianas sin familia, en el que me obligó usted á ser algo así como médico director, mientras que usted era la tutora honoraria. ¡Ah, Dios mío, qué lindo establecimiento! Se construyó una casa con pisos entarimados y veletas en los tejados. Se recogió de todas las aldeas á una docena de viejas, á las que se obligaba á que durmieran bajo mantas de lana, entre sábanas de Holanda, y á que comieran azúcar cande.

El doctor, con alegría de mal género, se echó á reir, tapándose con el sombrero, y continuó, muy de prisa, balbuceando:

—Aquello fué una broma. Los empleados subalternos del asilo metían bajo llave las mantas y las sábanas del asilo para que las viejas no las manchasen. ¡Que duerman si quieren en el suelo esas endiabladas viejas! Éstas no se atrevían ni á sentarse en las camas, ni á andar por el piso encerado, ni á ponerse las camisas. Conservábase todo esto para la ostentación, y se preservaba de las viejas como de los ladrones. Y las viejas, para alimentarse y vestirse, mendigaban á escondidas, y rogaban á Dios, noche y día, el poder salir de su prisión cuanto antes, y escapar á las instrucciones que les daban para la salvación de sus almas los repletos ladinos á quienes confió usted

la vigilancia. ¿Y qué hacían los altos empleados? Era sencillamente encantador. Unas dos veces por semana, llegaba, una noche, al galope, un correo anunciando que al día siguiente la princesa (es decir, usted) llegaría al hospicio. Esto quería decir que al día siguiente había que dejar á los enfermos acicalarse y acudir á la parada. Bueno, veamos. Las viejas, todas limpias y de punta en blanco, están ya formadas en fila, y esperan. El viejo militar retirado, el inspector, da vuelta en torno de ellas con su sonrisa dulzona y falsa. Las viejas bostezan y se miran entre sí, pero sin atreverse á confiarse sus quejas. Nosotros esperamos. Llega al galope el subintendente. Media hora después, el intendente. En seguida, el administrador general de sus bienes de usted. Después otro, y luego otro... Llegan al galope, sin fin. Todos tienen aspecto solemne, misterioso. Nosotros esperamos, esperamos, nos impacientamos, miramos nuestros relojes de cuando en cuando, todo en medio de un silencio de tumba, porque todos nos detestamos unos á otros y estamos siempre á matar. Pasa una hora, otra, y por fin el carruaje aparece en el horizonte, y... y...

El doctor lanzó una carcajada aguda, y dijo con voz de falsete:

—Desciende usted del coche, y las viejas brujas, dirigidas por el militar retirado, comienzan á cantar: «Tan glorioso en Sión nuestro Señor, que la lengua no puede expresarlo...» Bonito, ¿eh?

El doctor rió esta vez con risa grave y extendió un brazo para indicar que la hilaridad le impedía pronunciar una sola palabra. Reía ásperamente, con los dientes muy apretados, como ríen las malas gentes; y en el sonido de su risa, y en su rostro, y en sus ojos un tanto insolentes, se podía ver que despreciaba profundamente á la princesa, al asilo y á las viejas. No había nada de risible ni de alegre en todo lo que acababa de decir de manera inhábil y grosera, y, sin embargo, reía con placer y hasta con alegría.

—¿Y la escuela?—añadió, suspirando por haberse reído de-

masiado. — ¿Se acuerda usted de cómo quiso instruir durante algún tiempo á los pequeños mujiks?... Sin duda les enseñaba usted demasiado bien, porque no tardaron en huir todos los muchachos; fué preciso después darles de latigazos y pagarles para que volviesen al lado de usted... ¿Y se acuerda usted también de cuando quiso dar con sus propias manos el biberón á los niños de pecho, cuyas madres trabajaban en el campo? Iba usted á los pueblos, y se quejaba de que no hubiese niños á su disposición, porque las madres se los llevaban al campo con ellas. En consecuencia, el *starosta* las ordenó que dejaran por turno á sus pequeños, para que se entretuviera usted. ¡Cosa extraña! ¡todos huían de sus mercedes como los ratones huyen del gato! ¿Por qué esto? ¡muy sencillo! No porque nuestro pueblo sea ignorante é ingrato, como usted lo decía siempre, sino porque en todos sus caprichos de usted, páseme la expresión, no había un ápice de amor y de caridad. No había más que el deseo de distraerse con muñecas vivas, ¡y nada más! El que no sabe establecer la diferencia entre las personas y los muñecos, no debe ocuparse en beneficencia. Se lo aseguro: entre las personas y los muñecos hay una gran diferencia.

El corazón de la princesa latía violentamente, sus oídos zumbaban, y le parecía que el doctor, sin pararse, seguía golpeándole en la cabeza con el sombrero. El doctor hablaba de prisa, con calor, balbuceando y gesticulando demasiado. Ella comprendía solamente que un hombre mal educado, grosero, malo é ingrato, le hablaba, pero no comprendía ni lo que quería de ella ni de qué le hablaba.

—¡Váyase usted! — dijo ella con angustiado acento, levantando los brazos como para preservarse la cabeza del sombrero del doctor; — ¡váyase usted!

—¡Y cómo se conducía usted con los que la servían! — siguió diciendo el doctor.—No los consideraba usted como hombres, y los trataba como á los últimos de los siervos. Por ejemplo, permítame usted que le pregunte por qué me despidió á mí. Yo he estado diez años al servicio de su padre; des-

pués al de usted, honradamente, no conociendo ni fiestas ni vacaciones; me conquisté el amor de todo el mundo á cien verstas á la redonda, y de repente, un día, se me anuncia que ya no estoy á su servicio. ¿Qué hice? Todavía no lo he comprendido. ¡Yo, noble, doctor en Medicina de la Universidad de Moscou, padre de familia, valgo tan poco que se me puede echar á la calle sin explicaciones! ¿Para qué molestarse conmigo?... Supe después que mi mujer, en secreto, fué tres veces á su casa de usted para interceder por mí, y que usted no la recibió ni una sola vez. Dicen que lloraba en la antesala. Jamás perdonaré eso á mi difunta, ¡jamás!

El doctor se calló y apretó los dientes, pensando con atención lo que todavía podría decir que fuera desagradable y vengativo. Se acordó de algo, y su rostro, ensombrecido, frío, se iluminó de repente.

—Hablemos también de sus relaciones con este monasterio —dijo con apresuramiento.—Usted no ha dejado en paz á nadie, y cuanto más santo es el lugar, mayores probabilidades tiene de recibir su parte de los frutos de la caridad y de la angélica dulzura de usted: ¿por qué viene usted aquí? ¿qué necesita usted de estos frailes? permítame que se lo pregunte. Una nueva diversión, un nuevo juego, la burla de la persona humana, y nada más... Usted no cree en el Dios de los frailes. En su corazón tiene usted el suyo, hasta el cual, en sesiones de espiritismo, se ha elevado usted por su espíritu. Usted mira las ceremonias de la Iglesia con condescendencia. Usted no va ni á misa ni á Vísperas. Usted duerme hasta las doce de la mañana... ¿Por qué, pues, viene usted aquí? Viene usted con su Dios á este monasterio de otro Dios, y se imagina que el monasterio lo tiene á gran honor... ¡Y cómo no!... Pregunte usted, entre otras cosas, lo que les cuesta á los frailes las visitas que usted les hace. Se ha dignado usted llegar esta tarde, y desde antes de ayer hay aquí un jinete enviado por usted para anunciar que se proponía usted venir. Ayer, durante todo el día, han estado preparando las habitaciones y la

han esperado á usted. Hoy ha venido la vanguardia: su insolente doncella, que no hace más que correr por el patio, fisgonear, abrumar á todo el mundo con preguntas y dar órdenes; ¡yo no puedo sufrir esto! Hoy, todo el día han estado alerta los frailes. Si no la reciben á usted ceremoniosamente, ¡desgraciados! Se quejará usted al arzobispo: «Los frailes, eminencia, no me aman. Yo no sé en qué los he enojado. Cierto es que soy una gran pecadora. ¡Pero soy tan desgraciada!» Un convento ha recibido un regaño á causa de usted. El archimandrita es un hombre ocupado, instruído, no tiene un minuto libre, y usted le exige que no salga de sus habitaciones de usted. Ninguna consideración, ni á la ancianidad ni á la dignidad. Y menos mal si diera usted mucho; pero, en total, los frailes no han recibido de usted cien rublos.

Cuando atormentaban á la princesa, cuando no la comprendían, cuando la ofendían y cuando no sabía qué decir ni qué hacer, se echaba habitualmente á llorar. También esta vez, al fin, se cubrió el rostro y se puso á llorar sollozando como una niña. El doctor calló repentinamente y la miró. Su rostro se puso sombrío y grave.

—Perdóneme usted, princesa—dijo con sordo acento;—he cedido á un mal sentimiento y no he pensado lo que he dicho: está mal.

Y habiendo tosido con confusión, olvidándose de ponerse el sombrero, se alejó de la princesa rápidamente.

En el cielo brillaban las estrellas. La luna debía de levantarse al otro lado del monasterio, porque por allí estaba el cielo claro, transparente y suave. A lo largo de las blancas tapias, los murciélagos volaban sin ruido. El reloj dió el tercer cuarto de una hora, de las ocho probablemente. La princesa se levantó y volvió lentamente hacia la puerta. Sentíase ofendida, y lloraba. Le parecía que los árboles, las estrellas y los murciélagos la compadecían, y que el reloj había sonado melodiosamente para simpatizar con ella. Lloraba, y pensaba que sería bueno retirarse á un convento para toda la vida. En

las noches tranquilas de verano, se pasearía ella sola por las arboledas, ofendida, insultada, no comprendida por las gentes, y sólo Dios y el cielo estrellado verían sus lágrimas de mártir. En la iglesia duraban todavía las Vísperas. La princesa se detuvo y prestó oído al canto. ¡Qué gratamente resonaba el canto en el aire tranquilo y obscuro! ¡Qué dulce era el llorar y sufrir escuchándole!

Una vez en su habitación, miró en un espejo su rostro enrojecido por las lágrimas, y se dió polvos. En seguida se sentó para cenar. Los frailes sabían que ella gustaba del pescado en conserva, de las setas pequeñas, del málaga y del pan de higo, que tiene, en la boca, un sabor de ciprés, y siempre que iba le servían todo aquello. Mientras comía las setas y bebía el málaga, la princesa pensaba que concluirían por arruinarla y que la abandonarían; que todos sus intendentes, capataces, tenedores de libros y doncellas, que todas aquellas gentes por las cuales había hecho tanto, la harían traición y se pondrían á hablar de ella groserías; que todo el mundo caería sobre ella y se burlaría. Renunciaría entonces á su título de princesa, al lujo y á la sociedad, y se iría á un convento, sin una palabra de censura para nadie. Rogaría por sus enemigos, y entonces súbitamente la comprenderían todos é irían á pedirle perdón. Pero sería demasiado tarde...

Después de haber cenado se puso de rodillas ante una imagen y leyó dos capítulos del Evangelio. En seguida la doncella le hizo la cama, y se acostó. Extendida bajo la blanca colcha, suspiró con delicia, profundamente, como se suspira después de haber llorado; cerró los ojos, y comenzó á adormecerse.

Por la mañana, al despertarse, miró su reloj. Eran las nueve y media. Cerca de la cama, sobre la alfombra, se extendía una estrecha y viva franja de luz, formada por un rayo que entraba por la ventana é iluminaba un poco el cuarto. Tras las negras cortinas, zumbaban las moscas en los cristales.

—Es temprano—se dijo la princesa, y cerró los ojos.

Mientras se estiraba y desperezaba, recordó su encuentro de la víspera con el doctor, y todos los pensamientos con los que se había dormido. Se acordó de que era desgraciada... Después pensó en su marido, que vivía en Petersburgo; en sus intendentes, en su doctor, en sus vecinos; pasó por su espíritu un gran número de personas conocidas. Sonrió, y pensó que si todas aquellas gentes pudieran penetrar en su alma y comprenderla, se postrarían á sus pies...

A las once y cuarto llamó á su doncella.

—Ayúdame á vestir, Dacha—dijo con languidez.—Ó mejor, vete á decir primero que preparen los caballos. Hay que ir á casa de Claudia Nikolaevna.

Al salir de su habitación para subir al coche, la viva luz del día le hizo guiñar los ojos, y rió de placer; el día era extraordinariamente hermoso. Al mirar con los ojos medio cerrados á los frailes que se habían reunido para saludarla á la puerta de la hospedería, inclinó afablemente la cabeza, y dijo:

—Adiós, amigos míos. Hasta pasado mañana.

Quedó agradablemente sorprendida al ver entre los frailes al doctor, que estaba pálido y serio.

—Princesa—dijo él, quitándose su sombrero y sonriendo con aire confuso;—la esperaba aquí desde hacía mucho tiempo. ¡Perdóneme usted en nombre de Dios!... Un perverso sentimiento de venganza me arrebató ayer noche, y dije á usted... tonterías... En una palabra, pido á usted perdón.

La princesa sonrió afablemente y le tendió la mano hacia los labios. El doctor la besó, y enrojeció.

La princesa, esforzándose en parecer un pájaro, voló en su carruaje y se puso á inclinar la cabeza hacia todos lados. Todo era en su alma claro, alegre y tibio, y sentía que su sonrisa era más acariciadora y más dulce que de costumbre. Mientras el coche rodaba por el polvoriento camino, bordeando las isbas y cruzándose con carretas y peregrinos que iban en bandadas al convento, ella entornaba los ojos y sonreía dulcemente. Pensaba que no hay mayores goces que llevar á todas

partes consigo el calor y la alegría, el perdonar las ofensas y sonreir amablemente á los enemigos... Los mujiks que la encontraban la saludaban; el coche rodaba suavemente; bajo las ruedas levantábanse nubes de polvo, que el viento llevaba sobre las doradas mieses; le parecía á la princesa que su cuerpo no se mecía sobre los almohadones de un coche, sino sobre nubes, y que ella misma se parecía á una nubecilla ligera y transparente.

—¡Qué feliz soy!—murmuraba, cerrando los ojos,—¡qué feliz soy!

Antón Tchekhov

FIN

UNO

(NARRACION CALIFORNIANA)

Pasaba en el campamento por ser de una inutilidad y de una incapacidad absolutas. Desde el día en que puso el pie en el Bosque Rojo, llevando cuantos efectos poseía en un pañuelo anudado en la punta de un palo, hasta aquel en que se marchaba, arrastrado por un tablón en la terrible inundación de 1856, sus compañeros no obtuvieron ni esperaron nada de él. En medio de aquel grupo de rudos mineros con groseras virtudes y vicios atractivos y fáciles, se encontraba él, igualmente desprovisto de unas y otros, y tanto sus debilidades como sus ridiculeces no eran bastante salientes tampoco para elevarle á la categoría de bufón. Entre los actores del Bosque Rojo, en los salvajes y sombríos dramas que se desarrollaban harto á menudo tras el verde telón de los pinos, él, comparsa mudo, no desempeñaba sino los papeles pasivos y borrosos. Sin nombre conocido, el censo le había pasado en silencio; sin dinero, el recaudador de contribuciones lo ignoraba; sin individualidad, los electores encarnizados en el nombramiento de un juez de paz aumentaban sus listas tomando nombres de las losas del cementerio, pero no pensaban en él para pedirle el voto. Le negaban hasta la dignidad heráldica del apodo, y en una comunidad en la que cada cual llevaba un seudónimo, él se había quedado con «Ese» ó «Uno».

Más adelante se recordó, con una especie de supersticioso asombro, que hasta había eludido la efímera celebridad de un

accidente, no habiendo jamás obtenido, por ejemplo, el pasajero honor de un tiro destinado á otro durante las sangrientas é imparciales reyertas tan frecuentes en el campamento.

Sin embargo, Elías Martín—porque éste era su verdadero nombre—no era ni repugnante ni antipático. Por naturaleza, cobarde, embustero, egoísta y perezoso, la casualidad, desgraciadamente para él, le había arrojado entre los mineros del Bosque Rojo, en los momentos en que reinaban allí la generosidad, la franqueza y la actividad. Sin embargo, no había suscitado odios ni rencores; la indiferencia del campamento no se desmintió jamás, y la catástrofe final no era, después de todo, sino la consecuencia natural de la inercia con la que «Uno» se entregaba á los acontecimientos de cualquier género.

Tal era la reputación y tales los antecedentes del hombre que, el 15 de Marzo de 1856, bogaba solo, á la deriva, sobre uno de los afluyentes del Minyo. El tablón al que se agarraba instintivamente Elías Martín seguía los tortuosos cursos de las nuevas ramificaciones, y flotaba al azar á quince leguas del lugar del siniestro.

Si el hombre hubiese tenido el valor de echarse á nadar, se hubiera infaliblemente ahogado. Si hubiera sido hábil y audaz, podría haber saltado al pasar sobre las ramas de algún árbol de la orilla; pero careciendo de audacia y de valor, se dejaba llevar, tanto á causa de la parálisis del miedo, como por una estúpida resignación, hasta que un remolino lo cogió y lo lanzó bruscamente sobre terrenos incultos y abandonados.

La primera sensación precisa que experimentó fué la del hambre. En cuanto se desentumecieron sus miembros se puso en busca de un alimento cualquiera. Ignoraba por completo los lugares en que pudiera encontrarse, pues además de que el miedo no le había dejado fijarse en el trayecto recorrido, carecía del instinto topográfico peculiar de los mineros y cazadores. De pronto vió una ardilla que roía una nuez, y se lanzó brutalmente en aquella dirección; el animal huyó más que de prisa; pero Elías dió con el escondite de la ardilla en

el tronco de un árbol, en el que había algunas nueces, que comió con avidez. Después se puso en marcha, dirigiendo miradas temerosas en todas direcciones y avivando el oído para percibir cualquier rumor, cuando de pronto se detuvo sobresaltado. Acababan de herir su olfato las emanaciones de pescado salado, y este olor acre, no solamente irritó su hambre, sino que tenía en aquel lugar una significación siniestra. ¡Acusaba la proximidad de los indios! ¡Era el peligro, la tortura, la muerte!

Elías permanecía inmóvil, profundamente turbado, esforzándose por dominarse. Sabía que los mineros del Bosque Rojo se habían ganado inútil y brutalmente las simpatías de las tribus indias de las cercanías. Las infalibles carabinas de sus compañeros habíanse ejercitado con harta habilidad sobre indígenas aislados, para no suscitar en dichas tribus un odio implacable, odio que se traducía en espantosas represalias.

«Uno» conocía todo esto, y sin embargo sus terrores se embotaban en su eterna apatía, y su hambre creciente hablaba más alto que el miedo. No ignoraba que en las chozas, ó *wigwams*, de los aborígenes, hay siempre largas ristras de salmón ahumado, y toda su inteligencia se concentraba en la posibilidad de obtener aquella presa apetitosa. Continuaba avanzando, y cuando hubo andado un poco más, con la confianza irracional del bruto que se abandona á una seguridad fugitiva, llegó á la linde de un grupo de árboles y se encontró casi enfrente de un montículo artificial hecho de barro y cortezas, á orillas del río. Presentaba por el lado que daba al agua un orificio estrecho, semejante á la entrada de una choza de esquimales. Martín comprendió que aquello era una «estufa» ó «bóveda caliente», construcción común á casi todas las tribus indias de California, mitad templo y mitad establecimiento higiénico, reproduciendo bajo una forma grosera y primitiva la idea septentrional del baño ruso. Á ciertas horas los guerreros se reunen en ese horno, caldeado por un brasero; permanecen en él hasta que la sofocación es inminente;

después se echan sudorosos al agua glacial del río. Elías se acordó de que los bañistas no visitaban la estufa sino al amanecer, y, calculando que debía estar desierta, se decidió, aguijoneado por el hambre, á introducirse en ella. Su primer cuidado fué satisfacer su hambre; el segundo, secarse junto al brasero. Después, al fijarse en los atavíos propios de un jefe indio, que estaban en un rincón, se le ocurrió revestirse con ellos para escapar más fácilmente en el caso de encontrar un indio de carne y hueso. Púsolo desde luego en práctica, y se apresuró á arrojar al río sus propios harapos. Luego, en vez de alejarse de aquellos lugares, se dejó llevar por su habitual apatía y, pensando en lo que había de hacer, se quedó dormido.

Al cabo de algunas horas se despertó sobresaltado. Fuera, el silencio era completo. Temblando se arrastró hacia la salida. El aire vivo de la mañana le dió alguna energía, y con un brusco movimiento salió al exterior y se puso en pie. Al punto oyó un salvaje clamoreo. Miró angustiado en todas direcciones, y se vió rodeado por los indios. Toda salida estaba estrechamente guardada, y sin duda esta certeza hacía que la actitud de los salvajes fuese más pasiva que amenazadora. Sus rostros impasibles, de tipo acentuado y ligeramente judío, no expresaban más que una atención tranquila y estoica. Elías Martín se quedó petrificado por la desesperación, y para conjurar la suerte que le esperaba, su imaginación no le sugirió más que explicar con cualquier pretexto su presencia en aquel lugar. En el fondo de su memoria trastornada encontró algunas sencillas locuciones indias, y con un gesto automático, designando al río y á su persona, dijo con voz trémula:

—Vengo del río.

Le respondió un gran clamoreo. Todos inclinaron sus frentes empenachadas ante el prisionero, y uno de los guerreros, anciano y descarnado, se irguió y, alzando un brazo, dijo solemnemente:

—¡Él es!

*
* *

Elías estaba salvado. Más aún: acababa de nacer á una vida nueva; con gestos, con ademanes, con palabras sueltas, los indios le hicieron conprender que tras la muerte de su Gran Jefe, sus brujos habían predicho la llegada del sucesor de aquél, que aparecería inesperadamente en medio de la sombra y del silencio, procedente del río, revestido con las insignias del difunto. Fué llevado triunfalmente á la residencia habitual de la tribu, y todos se apresuraron á prestarle el debido acatamiento. Elías Martín creía estar soñando; no podía comprender cómo él, despreciado, escarnecido por hombres semisalvajes, había pasado de pronto á ser respetado, adorado por una tribu completamente bárbara. Se decía también que cuando se descubriera la inocente estratagema con la cual había explicado su presencia, aumentaría la rabia de sus carceleros. Pero llegó un día en que, ya por debilidad, ya por satisfacción material de la inmunidad presente, aceptó inconscientemente la situación que las circunstancias le habían creado. Felizmente para él, tal situación era puramente pasiva. Su predecesor, el último Gran Jefe de los minyos, no había sido más que un ídolo en carne y hueso, un viejo decrépito en el que la edad y las enfermedades habían extinguido sus facultades; su cuerpo, del que estaba ausente la inteligencia, presidía los consejos de los guerreros, que le exponían sus decisiones como hubieran depositado ofrendas en un altar. Lo mismo sucedió con Elías.

Al día siguiente de su advenimiento, dos guerreros le presentaron una cabellera ensangrentada. Él palideció, se estremeció, volvió la cabeza; después, pensando en el peligro de su debilidad, se puso más lívido todavía. Los guerreros no dijeron nada.

Poco tiempo después se produjo un incidente de mayor gravedad. Dos cautivos, dos blancos, atados con cuerdas, fueron conducidos á la presencia del jefe, para ser llevados después á la hoguera que les esperaba á poca distancia; una alborotada multitud de mujeres jóvenes y viejas y de niños se-

guía á las víctimas. El desgraciado Elías reconoció en los prisioneros á dos vendedores ambulantes que habían estado varias veces en el campamento del Bosque Rojo. Bajo la capa de pintura que le cubría, su rostro se descompuso. Intervenir para disputar los infortunados al suplicio, era entregarse él mismo á la muerte sin salvarles; autorizar con su presencia aquel horrible tormento infligido á compatriotas, sobrepasaba los límites de su cobarde egoísmo. Fuera de sí, sin saber apenas lo que hacía, mientras pasaba ante él el horrible cortejo, se volvió bruscamente de espaldas y se cubrió el rostro con su manto. Reinó un profundo silencio en la multitud; evidentemente, los indios no esperaban aquella protesta de su jefe. Permanecían indecisos y vacilantes, cuando una jovencilla, orgullosa por haber sido designada por la suerte el día anterior para mujer del nuevo jefe, impaciente tal vez por ver comenzar el espectáculo, se acercó audazmente á Elías y le tocó en un brazo. Él alzó la cabeza, la reconoció y, harto débil para medirse con los verdaderos autores del atentado, su impotente rabia se desencadenó contra la india: la dirigió una mirada llena de odio y horror. Ella retrocedió espantada y corrió á reunirse con sus compañeras. Tras una discusión rápida y violenta, toda la banda de mujeres y niños se dispersó y se volvió á sus *wigwams*.

—¿No tenía yo razón, amigo?—dijo tranquilamente en inglés uno de los prisioneros.—Estos brutos no pensaban seriamente en quemarnos vivos. Era un simulacro. Los minyos se diferencian de las otras tribus: no matan sino en defensa propia.

—No es eso—respondió el segundo, muy excitado.—Es el jefe, ese gran diablo, con la cabeza envuelta en el manto, quien ha puesto el veto. ¿No ha visto usted cómo ha despachado á esas arpías? Es un gran hombre. Mire usted qué dignidad tiene.

—Eso es verdad — replicó el otro, dirigiendo á Elías una mirada llena de admiración.—Es de la madera que se hacen los reyes, ó mucho me equivoco.

Estas palabras de ingenuo elogio produjeron un extraordinario efecto en el seudojefe. Sorprendido al principio por la revelación del carácter pacífico de la tribu cuyo gobierno le había sido impuesto, tan tranquilizadora nueva no representaba nada ante el deslumbramiento que le causaba el espontáneo homenaje de los prisioneros. ¡A él! ¿Sería que él mismo se había equivocado hasta entonces respecto de su propio mérito? ¿Desconocería tal vez sus propias cualidades? Embriagado por aquellas palabras y aquellos pensamientos, se olvidó de todo en aquel momento, y se irguió majestuosamente.

Los guerreros continuaban indecisos al lado de los americanos. De repente Elías se echó atrás el manto, miró á sus indios con fiereza y les hizo un gesto para que rompieran los lazos de los prisioneros. Su ademán, como el de las personas habitualmente tímidas y reservadas, fué exagerado, fantástico, teatral; pero por lo mismo hizo mayor efecto. Los indios obedecieron, y ante un nuevo ademán imperioso de Elías los prisioneros se alejaron rápidamente sin ser perseguidos. ¡Había obtenido un triunfo completo!

Desde entonces Elías Martín fué otro hombre. Aquella noche se durmió con un sueño embriagador de poder; y á la mañana siguiente se levantó lleno de energía, de valor y de audacia. Leía su metamorfosis en los ojos de sus guerreros. Comprendió que, no obstante las costumbres é instintos pacíficos de aquéllos, habían querido asegurarse de las inclinaciones é intenciones de él á fin de conformarse mejor á ellos, y que para ello le habían ofrecido la cabellera ensangrentada y la vida de los dos americanos. Aquella prueba de la cobardía de sus súbditos le hizo olvidar la suya. La mayor parte de los héroes no lo son sino en comparación con los que no tienen nada de heroico, y Elías llegó insensiblemente á buscar el medio de hacer á su tribu más fuerte para la ofensiva y la defensiva.

Los prisioneros libertados por él no dejaron, para dar co-

lorido á sus aventuras, de hablar en términos exagerados de la audacia y la autoridad de su salvador; de tal manera, que insensiblemente, en todas las colonias de la frontera se propagó el rumor de que los minyos, que habitaban un vasto territorio á orillas del Océano Pacífico, tribu hasta entonces inofensiva y apacible, había adquirido un súbito desenvolvimiento bajo el reinado de un jefe misterioso y formidable, cuya voluntad únicamente impedía que aquella nación poderosa guerrease y extendiera sus conquistas. El gobierno americano, continuando su política inconsecuente, medio paternal medio agresiva, no tardó en enviar á los minyos un agente; y aunque las discusiones del tratado se hicieron por signos, aquél fué muy favorable para los indios, merced al conocimiento que tenía de los blancos el supuesto jefe.

***

Transcurrieron dos años de paz y prosperidad. Elías Martín, rechazado por la sociedad, fuera de la ley, sin vínculos ni parientes en el mundo civilizado, olvidado por sus compatriotas, hecho poderoso, rico, temido, respetado por los indios, se vió acometido por la nostalgia.

Al atardecer de un cálido día de verano, el Gran Jefe de los minyos estaba sentado delante de su tienda, desde la que dominaba el mar y una gran extensión de terreno. Había elegido aquel promontorio elevado, la única altura del territorio, para plantar su tienda con el doble objeto de aislarse del resto del poblado y tener aquella vista.

Sus ojos cansados y tristes se fijaban con predilección en el mar, como si adivinase en él mayores probabilidades de fuga que las que le ofrecían el llano y la lejana cordillera, tan íntimamente unidos al recuerdo de su secreto pasado y de su existencia en el campamento del Bosque Rojo. En sus vagos sueños de fuga para sustraerse á una situación que se le había hecho intolerable, no entraba ningún deseo de volver con sus

antiguos compañeros, ni aun para contarles sus triunfos; le quedaba una desconfianza confusa, la duda de poder luchar con las condiciones de antes. En realidad, no sabía lo que echaba de menos; tal vez alguna existencia que jamás había llevado, placeres que jamás había gustado.

Pensando vagamente en todo aquello, y arrullado por el lánguido rumor del mar, se quedó profundamente dormido. Nada se movía, á excepción de los ojos negros, grandes y vivos de Wachita, la infantil esposa del jefe, la misma india que se atrevió á acercarse á Elías cuando el suplicio frustrado de los prisioneros. De pronto se despertó Elías sobresaltado, y miró á la india. Ésta dijo:

—El mensajero del Padre de los Blancos ha llegado con sus carros. Ha dicho que deseaba ver al Gran Jefe de los minyos, pero yo no he querido que molestasen á mi señor.

Elías frunció el entrecejo. Despojado de sus metáforas, el discurso de Wachita significaba que el nuevo agente americano venía á hacer su visita anual, y que, como sus predecesores, tenía curiosidad por ver de cerca al célebre jefe de la tribu.

—Bueno—dijo él.—El *Conejo Blanco* (su lugarteniente) recibirá al mensajero y hará el cambio de regalos. Basta con él.

—Pero—replicó la india vacilando—el mensajero ha traído á sus mujeres *wangee* (blancas). También ellas desean ver el rostro del Gran Jefe. Han rogado á Wachita que las conduzca cerca del lugar en que se encuentra mi señor, porque ellas quisieran verle sin que él lo supiera.

Elías miró á la india y dijo fríamente:

—Entonces, que Wachita se vuelva inmediatamente con sus compañeras, y no salga ninguna hasta que se marchen las extranjeras *wangee*. He dicho. Vete.

Acostumbrada á aquellas bruscas despedidas, la india se retiró dócilmente sin pronunciar palabra. Elías, que se había levantado, permaneció algunos instantes en pie, con los ojos fijos en el horizonte del mar. De pronto se sintió ruido en un

bosquecillo próximo, y Elías oyó una voz de mujer que decía en inglés:

—Pues no tiene aspecto feroz. Lo encuentro verdaderamente guapo.

—¡Calla! Ten cuidado—murmuró otra voz.

—¡Bah! Aunque nos oyera, no nos entendería.

Y las dos voces se confundieron en una risa ahogada.

La impasibilidad natural de Elías y su calma adquirida le sirvieron mejor que la presencia de espíritu en aquellas circunstancias. No se movió, aunque la sangre afluyó violentamente á su cara. El acento de la que primeramente había hablado le causó una sensación profunda; aquellas palabras ingenuas y semiburlonas le habían llenado de dulces presentimientos; permanecía inmóvil, pero sentía que sus confusas aspiraciones, sus vagas esperanzas, su nostalgia creciente, acababan de tomar misteriosamente una realidad y un cuerpo hasta entonces ignorados.

Cediendo á un impulso espontáneo, se precipitó hacia el lugar de donde habían salido las voces. A diez pasos ante él las hojas y las ramas se agitaron como al paso de un sér invisible, mientras que en el mismo instante, casi á sus pies, brotaba una exclamación, en la que había miedo y risa, y las ramas de un arbolillo, que se escaparon de unas manos temblorosas, golpearon en el pecho de Elías. Apartando prontamente el ramaje, se bajó. Este brusco movimiento puso su rostro inclinado casi al nivel de las mejillas y los rizos de una mujer joven, cuyos ojos húmedos y brillantes le miraban, y cuyo perfumado aliento, que salía por sus labios entreabiertos entre sus blancos dientes, se mezclaba á la anhelante respiración de Elías.

Ella se había dejado caer de rodillas cuando huyó su compañera, esperando pasar inadvertida; pero el jefe de los minyos había marchado tan directamente hacia ella, que no pudo reprimir el grito que la había vendido. Sin embargo, no parecía muy asustada.

—No ha sido más que una broma—dijo tranquilamente, apoyándose en el brazo de Elías para levantarse.—Soy la señora de Doll, la mujer del agente del gobierno. Me habían dicho que usted no permitía que le viera nadie, y yo estaba decidida á verle á usted. Eso es todo. Adiós.

La joven dió un paso hacia atrás; pero el arbusto elástico que le servía de apoyo la empujó ligeramente hacia adelante, y, por segunda vez, Elías aspiró el perfume de su cabellera; veía cerca su boca húmeda y roja; el recuerdo de una fresca compañera de su infancia vagabunda cruzó como un relámpago por su mente; una embriaguez de loca temeridad nacida de sus dolores, de su destierro, excitada por la conciencia de su poder absoluto, tanto como por la hermosura de la joven, se le subía á la cabeza. La cogió bruscamente, la atrajo sobre el pecho é imprimió en sus labios un beso ardiente; después abrió los brazos, retrocedió y se metió entre el ramaje con una carcajada estridente y salvaje.

La señora de Doll se quedó sola, aturdida y muda. Al cabo de un instante, levantó maquinalmente la mano, y con rápido ademán se frotó varias veces los labios, en los que había quedado una mancha de bermellón. Su rostro, grave, no expresaba, sin embargo, terror, y no era únicamente la indignación lo que se reflejaba en su mirada. De pronto, como si hubiera dado con una idea, exclamó: «No es un indio, estoy segura de ello».

Mientras se alejaba, las ramas de un árbol, en el que Wachita se había refugiado, dieron paso á un cándido y plácido rostro. Los ojos grandes y serenos, y vagamente asombrados, de la india, siguieron á la mujer wangee hasta que desapareció en el follaje.

*
* *

Las cuatro semanas que siguieron ocasionaron á Elías mayores emociones que las que le habían procurado los dos años

de su reinado. Durante los primeros días siguientes á su encuentro con la señora de Doll, fué presa de accesos de terror cobarde mezclado á impulsos desesperados de rebelión. El conocimiento que tenía de la feroz caballería de la frontera, y de los prontos castigos infligidos por los maridos y hermanos á los audaces, le inspiraba unas veces un miedo abyecto y otras una loca temeridad. Unas veces quería evadirse á toda costa, aunque hubiera de confiarse á la mar en una frágil canoa; otras pensaba en precipitar un conflicto inevitable, excitando á sus indios contra la agencia americana; después, á medida que transcurrieron los días sin ocurrir nada, Elías se fué tranquilizando, y su alma se abrió á vagas y deliciosas esperanzas.

Una tarde Wachita le entregó una carta cerrada, y leyó emocionado lo que sigue:

«Su incalificable conducta del otro día autoriza este paso. »Estoy convencida de que sabe usted el inglés tan bien como »yo. Si quiere usted explicarse acerca de este punto, así como »explicar su conducta, venga usted á verme al mismo sitio. Le »espero con mi amiga, pero se apartará y no oirá nada.»

Se precipitó á la cita con la impetuosidad y el candor de un primer amor, y se entregó por completo como un niño. Elías confesó su secreto. Lo dijo todo, no pidiendo nada en cambio, ni siquiera el secreto. Ella no concedió, no prometió nada. Nadie supo jamás el papel que desempeñó ella en el desenlace de la pasión que había despertado.

Elías vivió quince días del recuerdo de aquella entrevista rápida y sin resultado; se alimentaba de ilusiones, y soñaba con una felicidad desconocida, cuando un crimen atroz, inesperado, cometido cerca del poblado, excitó hasta el furor la indignación de la pacífica y pastoril tribu. Un indio anciano, designado por su categoría para tratar especialmente con la agencia americana, fué asesinado. El asesino, un buhonero del Bosque Rojo, se glorificaba de su acción.

Ante este hecho, un grito de indecible rabia llegó hasta la

tienda de Elías pidiendo venganza. No era posible negarse á satisfacer el vehemente y unánime deseo de la tribu. Elías, tras muchas congojas y vacilaciones, se decidió á ordenar la captura del asesino, esperando en secreto que aquél se encontraría ya al abrigo de todas las pesquisas.

Salieron los guerreros, y á eso de media noche un clamoreo general anunció que volvían con el asesino. Aislado por sus costumbres y por la etiqueta de su rango, feliz con escapar, por el momento al menos, á las reclamaciones y á las acusaciones que el prisionero no dejaría de echarle en cara, Elías no pidió, ni mucho menos, que trajesen aquél á su presencia.

La noche se deslizaba lentamente, más horrible aún para el juez vacilante y débil que para el condenado, que se entumecía atado á un poste entre los centinelas indios. No solamente atormentaba á Elías el instinto de humanidad; era su pasión insensata por la mujer del agente lo que le hacía temblar ante el efecto producido sobre sus relaciones mutuas por aquellas represalias. Odiaba al asesino, sobre todo por lo inoportuno de su crimen, pero su cobardía protestaba sin embargo contra el suplicio.

Esa misma cobardía le inspiró de pronto una resolución. Se deslizaría furtivamente cerca del cautivo, cortaría sus ligaduras y le dejaría huir; su estratagema salvaba la vida de un hombre, y su apostasía sería ignorada por la tribu. El árbol al que estaba atado el condenado se encontraba, según costumbre, no lejos de la tienda del jefe, guardado más bien por la santidad del lugar que por los centinelas adormecidos. Elías avanzó con precaución hacia el prisionero. Éste dormía, porque su cabeza inmóvil descansaba sobre el pecho. Silenciosa y rápida, una forma humana salió bruscamente de la sombra y avanzó también hacia el árbol. Era Wachita.

Elías se detuvo estupefacto; después lo comprendió. Recordó la persistente atención de la india, sus intenciones sutiles, su repentina desaparición. Ella le había adivinado: iba á dar libertad al condenado; ya se veía lucir entre los dedos de

la niña el cuchillo destinado á cortar las cuerdas. ¡Valiente y abnegada criatura!

Elías dió algunos pasos hacia ella conteniendo la respiración, pero de repente se detuvo horrorizado. La brillante hoja se hundió varias veces en el pecho del desgraciado, que, después de una violenta convulsión, se quedó inmóvil, sin exhalar un grito. Estaba muerto. Elías se sintió desfallecer, y se hubiera desplomado si no le hubiera mantenido en pie una brusca reacción. Comprendió que la india acababa de resolver la cuestión que le atormentaba. En el momento en que Wachita, serena é impasible, pasaba ante él, la cogió por un brazo.

—¿Por qué has hecho eso?—preguntó Elías.

—Por ti.

—¿Por mí?

—Porque tú no le hubieras matado. Amas á su mujer.

¿Su mujer? Elías se tambaleó. Una horrible sospecha cruzó por su mente. Rechazó violentamente á Wachita y corrió al árbol. Reconoció el cadáver: ¡era el del agente americano! Los indios, no habiendo podido prender al asesino, se apoderaron, como víctima expiatoria, de aquel que satisfacía más completamente su venganza. El sacrificio de aquella existencia les tranquilizaba.

*
* *

—El gobierno ha concluído por escamarse—dijo un minero, dejando un periódico en la mesa del nuevo café de la nueva ciudad del Bosque Rojo.—Se ha decidido por fin á caer sobre esos canallas de minyos. Aquí dice que han limpiado de tunantes las dos orillas del río. Es de creer que los soldados se dejarán de sentimentalismos, y que todo el mundo llegará á decir, como nosotros, que un indio vale menos que cualquier animal.

—Parece—replicó otro minero—que el famoso jefe era el peor de todos, un verdadero demonio. Hubiera robado á la viuda del agente si sus guerreros no hubiesen asesinado á la pobre

mujer. Tendría curiosidad en saber lo que ha sido de ese prójimo. Unos dicen que ha muerto; otros pretenden que era un predicador metodista que se las daba de santo y embrujaba á las viejas y á las jóvenes de la tribu. ¡Vaya usted á saber!

—Pregunta al viejo *Ese*. Ha vuelto hace unos días y anda trabajando en los peores sitios por un dollar diario. He oído decir que durante su ausencia ha rodado por los lugares de los minyos.

—¿Quién? *¿Uno? ¿Ese?* ¡Cualquier día se hubiera metido ese cobardón en los sitios de peligro y en donde se reparten golpes! ¿Por qué no decir que ha sido él el propio Gran Jefe de los minyos? Mira, ahí le tienes: pregúntale.

La salida del minero fué acogida por una carcajada homérica. Elías Martín, *Uno*, que acababa de entrar en la sala, dirigió en rededor una tímida mirada, y se echó también á reir para hacer coro.

BRET HARTE

FIN

DE LA CIVILIZACIÓN Y SU MEDIDA

I

¿Qué debemos entender por civilización? El desenvolvimiento entero de las sociedades humanas es costumbre dividirlo en tres grandes fases: salvajismo, barbarie y civilización. Esta división quizás esté bien hecha, mas no están las fases bien denominadas: los términos salvajismo y barbarie no son propios; suscitan en la mente la idea de estados de la sociedad humana anteriores á la civilización, lo que es falso. El salvajismo y la barbarie expresan verdaderos estados de civilización, la cual empieza en la aparición misma del hombre. Cambiar estas denominaciones es empresa á que no me atrevo, por contar con la consagración de largos siglos; me limito á consignar la observación, para precaver errores.

¿Cuál es el límite que separa el salvajismo de la barbarie? Según Mac-Lenan, la invención de la vajilla, conforme al dicho de Wirchow: «El hombre es el único animal cocinero». El uso de la vajilla, consecuencia del descubrimiento del fuego, señala, en efecto, un paso de excepcional importancia en el progreso de las sociedades humanas; porque la vajilla supone el uso de la cocción, mediante la que el hombre transformó en digestivas sustancias que en estado natural no son comestibles, é hizo más fácilmente asimilables aquellas de que ya se alimentaba, aumentando considerablemente el número de artículos de consumo y el bienestar de la vida. De aquí una doble economía: economía en los alimentos, de que necesitó in-

gerir menor cantidad que antes, y economía en el gasto de fuerzas para efectuar la digestión, que fue ahora mucho más fácil. Consecuencias de esto fueron la disminución del abdomen y, por el mayor ejercicio de las facultades intelectuales, el desarrollo del cerebro; en suma, el mejoramiento del organismo humano. El invento de la vajilla tiene, además, la ventaja de haber sido realizado en los albores de la edad neolítica, lo que nos permite fijar límites precisos á la duración del salvajismo y la barbarie, habiendo coincidido el primero con la edad arqueolítica, ó cuaternaria, y la segunda con la neolítica y primer período del uso de los metales.

Mas no obstante esta ventaja y su inmensa trascendencia en el desenvolvimiento social, el límite señalado por Mac-Lenan adolece del defecto de no abarcar el conjunto de las relaciones sociales, de referirse únicamente á la esfera económica. Por esta razón muchos, y yo entre ellos, lo desechamos, sustituyéndolo por la fundación de la familia, matriarcal ó patriarcal, que transformó la organización social entera. Mientras el hombre no sometió á ley las relaciones sexuales, vivió al modo que ciertas especies animales, en estado salvaje; mas desde el día en que, fundada la familia, reguló aquellas relaciones, en que tuvo mujer y reconoció y amó á sus hijos, se elevó á inmensa distancia de las sociedades animales; desde aquel día cesó de ser salvaje y entró en una fase nueva, la fase bárbara. La fundación de la familia es, pues, el límite que separa el salvajismo de la barbarie.

Y ¿cuál es la linde entre la barbarie y la civilización? En sentir de algunos, la invención de la escritura. Pero esta linde tiene también el inconveniente de ser parcial, de referirse únicamente á la esfera del conocimiento, no afectando al conjunto de las relaciones sociales. El hecho que realmente separa la barbarie de la civilización es la fundación de las ciudades. Mientras los grupos humanos llevan vida nómada, emigrando de una á otra comarca á medida que la caza disminuye, que escasean los frutos ó que se empujan unos á otros, se dice que

viven en estado bárbaro; el día en que una ó varias tribus hacen alto, se asientan definitivamente en el suelo fundando una ciudad, pasan del estado bárbaro al civilizado. Abrahán, emigrando del Sennaar á Charran, en Mesopotamia, donde se separa de su suegro Taré; continuando de Charran á Karquemish, por donde pasa el Eufrates; subiendo luego el Orontes y bajando el Leontes hasta el valle del Hebrón, tierra de Canaán, se hallaba en estado bárbaro; los chamitas, que por este mismo tiempo moraban en las ciudades fortificadas del Sennaar cultivando sus campos, se hallaban en estado civilizado. Esto mismo significa la palabra civilización: *facere cives,* hacer ciudadanos, fundar ciudades. Por tanto, la fundación de las ciudades cierra el período de la barbarie y abre el de la civilización.

¿Por qué? Porque la erección de las ciudades es el punto de partida de una nueva era en el desenvolvimiento de las sociedades humanas.

El objeto inmediato de fundarse las ciudades fue defender el territorio ocupado. Claramente lo revela su estructura. Se las emplaza, siempre que se puede, en una eminencia del terreno, y constan de un fuerte muro, un palacio para el rey y un templo para el dios. El muro ciñe un espacio bastante grande, para que puedan refugiarse en su recinto, caso de necesidad, todos los ciudadanos del campo, con sus familias, ajuares y rebaños. Un caso de esto nos ofrece aún la guerra del Peloponeso, en que se refugiaron en Atenas los habitantes del occidente del Ática, huyendo delante de la invasión espartana. Esto, y no más que esto, fueron las primitivas ciudades, que en Grecia se conocieron con el nombre de *Acrópolis*, «ciudad vieja», cuando más adelante se levantaron las nuevas en la llanura. De esta suerte, caso de que extrañas gentes invadiesen el territorio, todos sus moradores se refugiaban y hacían fuertes en la ciudad, desde donde hostilizaban un día y otro á los invasores, hasta obligarlos á retroceder ó seguir adelante.

Repito, pues, que el objeto inmediato de erigirse las ciudades fue defender el territorio. Mas ¡cuántas y cuán importantes consecuencias se derivaron de este hecho! Por la fundación de las ciudades, se pasó de la vida nómada á la sedentaria; al pastoreo se añadió la agricultura; la producción fue mucho mayor, y mayor el bienestar. Por la fundación de las ciudades, el hombre se ligó fuertemente al suelo, tuvo casa donde vivir, tierra que cultivar, y nacieron el sentimiento de propiedad, colectiva primero y familiar después, y el amor á la patria. Por la fundación de las ciudades, la religión se humanizó, transformándose los dioses, de severos, duros y vengativos, en dulces, compasivos y misericordiosos. Por la fundación de las ciudades, se desarrolló el espíritu de asociación, estrechándose las relaciones entre los habitantes de una misma ciudad, unidos por idénticos intereses y afectos, y entablándose entre los de distintas ciudades, mediante la celebración de frecuentes ferias en los confines de sus territorios. Por la fundación de las ciudades, se consolidó la organización política, compuesta del rey, el Consejo de los ancianos y la Asamblea del pueblo, y se regularon las funciones públicas, en particular la administración de justicia. Por la fundación de las ciudades, el individuo ganó seguridad y libertad, y la sociedad empezó á diferenciarse en razón de las múltiples funciones. Por la fundación de las ciudades, en fin, fueron desarrollándose todas las artes de la paz, el comercio, la industria, las ciencias y las artes. Véase con cuánta razón decía que la fundación de las ciudades abre una nueva era en el desenvolvimiento de las sociedades humanas. Civilizar es fundar ciudades que dan estabilidad é independencia, que ponen al hombre en íntima comunicación con la naturaleza, que aumentan la producción y el bienestar, que aseguran la paz y el derecho, que elevan la moral y la religión, que imprimen gran vuelo á las artes y las ciencias. Todas las antiguas civilizaciones, orientales, griega y romana, tuvieron por punto de partida la fundación de la ciudad, como todas las modernas, así las latinas de los

siglos XVI y XVII como las germanas actuales, han tenido por punto de partida la fundación de la nación. La Atenas de Cimón y de Pericles salió por gradual evolución de la Atenas de Codro; la Roma de César y Octavio se derivó por lento desarrollo de la Roma de Rómulo; las actuales naciones, de organización tan complicada, han salido de la simplicísima organización feudal. Las sociedades, al hacer asiento en la ciudad, adquieren un mundo de ideas, afectos y deseos, desconocidos antes, que las empujan á un dilatado desenvolvimiento. Nada tiene de extraño, pues, que se haya datado el origen de la civilización de la fundación de la ciudad.

Resumamos: las sociedades humanas que no han regulado las relaciones sexuales, que no conocen la familia, no se diferencian de las animales, son salvajes; las sociedades organizadas en familias que llevan vida nómada, son susceptibles de desarrollo, pero muy rudimentario, bárbaras; las sociedades que se fijan en el suelo fundando la ciudad, son las únicas capaces de un amplio y dilatado desenvolvimiento, y de aquí el haberse reservado á éstas el nombre de civilizadas. ¿Qué es, según esto, la civilización? El grado de desarrollo de las actividades humanas, bien con relación á una sociedad dada, considerada en conjunto, bien á un período determinado de su historia.

Tal es el concepto de la civilización desde el punto de vista histórico. Pero este concepto es vago. Veamos si podemos precisarlo estudiándolo á la luz de la Sociología.

II

Toda sociedad, en cualquier momento de su desarrollo que se la considere, se nos ofrece compuesta de dos partes: á un lado, un conjunto de ideas, afectos y deseos, condensados en instituciones y costumbres; al otro, un número mayor ó menor de individuos. Fijémonos en el primer extremo.

Las instituciones y costumbres duran más que los indivi-

duos; constituyen el caudal hereditario, tradicional, que cada generación trasmite á la siguiente, y de aquí nuestra tendencia á considerarlas como productos, como formas ó moldes de la actividad social. Mas este concepto hay que rehacerlo, es falso. Las instituciones y costumbres no están en los reglamentos ni en las leyes, no se trasmiten de una generación á otra pasivamente, como se trasmite un predio ó una joya. Las instituciones y costumbres están en las conciencias individuales, y porque están en la conciencia de los individuos están en las leyes, y se trasmiten de una generación á otra activamente, mediante la obra de la educación, tomada esta palabra en amplio sentido, en que cada generación adulta emplea todas sus fuerzas en infundirlas y grabarlas en la conciencia de la que se está formando. Si pueden llamarse productos en relación con las generaciones pasadas que las formaron, consideradas en sí y en relación con la generación presente, no son productos, son fuerzas, y fuerzas tan reales como las conciencias individuales que las profesan y sostienen. Viven, no por virtud del reglamento ó del código; viven exclusivamente por virtud de la adhesión de los individuos, tan cierto como que cuando esta adhesión se debilita y extingue, la institución decae y muere. Entonces subsisten los códigos y los reglamentos, y pueden ser objeto de estudio por parte de los eruditos; la institución no subsiste, ha desaparecido. ¿Por qué? Porque ha muerto en las conciencias individuales. Luego la civilización no es un conjunto de productos, es un conjunto de fuerzas.

¿De qué clase son estas fuerzas? ¿Son fuerzas individuales adicionadas? No. Son fuerzas sociales. Para mostrarlo, analicemos el otro término de que hemos dicho consta la sociedad: el individuo.

¿Qué es el individuo? Propendemos á considerar todo lo que al individuo concierne como antisocial, ó, cuando menos, como extrasocial. Otro error que importa corregir. La obra de la sociedad no se acumula solamente en las instituciones y costumbres, en la tradición oral ó escrita; se acumula también

en los individuos, creando sus aptitudes mentales y hasta modificando sus caracteres físicos mediante deformaciones intencionadas. La herencia física que el individuo trae al nacer consta de un escaso número de instintos animales y de un gran caudal de tendencias sociales, que se clasifican en emotivas, intelectuales y afectivas. Estas tendencias son verdaderos instintos secundarios, que tienen su asiento en una modificación del sistema nervioso causada por la presión secular de la sociedad, y que, por tanto, solamente pueden desarrollarse en el medio social, en el trato y comunicación con sus semejantes. Sabido es que el individuo de una sociedad muy diferenciada, abandonado á sí mismo, recae en el estado salvaje. El desarrollo de las tendencias sociales se efectúa apropiándose el individuo, por imitación, los elementos de la herencia social, creencias y costumbres, leyes é instituciones. Este desarrollo es toda la obra de la educación, al término de la cual el individuo se halla completamente socializado, al extremo de ser sus impulsos instintivos dóciles servidores de los fines sociales. Todos los elementos de su conciencia provienen de la sociedad; responde á los estímulos de la misma manera que sus consocios; juzga conforme al mismo sistema de valores, y su ideal moral es un reflejo del ideal social. Este fondo común depositado en todas las conciencias individuales, este modo de pensar, sentir y obrar, idéntico en todos los individuos de un mismo grupo, es lo que llamamos conciencia social.

La conciencia social tiene de común con la individual el ser una síntesis: síntesis de conciencias individuales, como la otra es síntesis de conciencias celulares. Difieren por el carácter de la síntesis. Mientras la conciencia individual, por no poseer las células sino tenues rudimentos de conocimiento, se nos aparece en la percepción interna con esa unidad simplicísima que expresamos en la palabra *yo*, la conciencia social, á causa del grado de reflexión que alcanzan los individuos, es una, mas no simple, de suerte que no puede expresarse en un *yo* colectivo. Su expresión es el *yo* público, presente en la con-

ciencia de cada individuo, reflejo de las ideas y modos de conducta comunes, del ideal social, uno y el mismo para todos. Negar por esta causa la existencia de la conciencia social sería dar prueba de gran estrechez de pensamiento. Que la unidad domine sobre la variedad al extremo de anularla, ó que la variedad se mantenga y sirva de expresión á la unidad, no implica diferencia sustancial; se trata de dos tipos diversos de síntesis, dos tipos de conciencia, el segundo, por cierto, más complejo que el primero.

Así entendida, la conciencia social es la base y sostén de la sociedad, su único principio activo. Creaciones suyas son las creencias, los dioses y los cultos; creaciones suyas, los idiomas, las literaturas y las artes; creaciones suyas, las costumbres, las máximas morales, las leyes y las instituciones; creaciones suyas, el amor al prójimo, el amor á la patria, el amor á la humanidad; creaciones suyas, en fin, todo el caudal de bienes que constituyen la tradición ó herencia social. Sus juicios se llaman opinión pública; los fundamentos de sus juicios, valores sociales, y conforme á estos valores delibera, resuelve y ejecuta. Sus esferas de acción son múltiples, correspondientes á los múltiples aspectos de la realidad: económica y genésica, artística y científica, moral y religiosa, jurídica y política. Todo este conjunto de fuerzas, manifestaciones parciales de la conciencia social, no son fuerzas individuales adicionadas, son fuerzas sociales. Luego la civilización es el conjunto de fuerzas sociales, el grado de desarrollo que alcanzan las fuerzas sociales, ya se trate de un pueblo, como cuando decimos civilización de los árabes, ya de una época de su historia, como al decir civilización española del siglo XVI.

III

¿Son todas las fuerzas sociales de igual importancia para la civilización? No. Una sociedad será tanto más civilizada cuanto mayores sean la instrucción y el bienestar de los ciu-

dadanos, cuanto más se respeten los unos á los otros, cuanto más se amen y más coopere cada uno al bien de todos. Las fuerzas económicas, morales y políticas son, por tanto, las bases fundamentales de una buena organización social. ¿Y la religión? Lo es también, é influyente en sumo grado, pero no más que en la infancia y adolescencia de las sociedades, en que desempeña la gran función de robustecer el ideal moral con la autoridad divina y la sanción futura; á partir de este punto, va decayendo á medida que la inteligencia sustituye á la creencia en agentes personales el conocimiento positivo de las leyes del mundo, y que el sentimiento del deber adquiere fuerza para dominar los instintos y dirigir la actividad hacia la realización de los fines éticos. Esta decadencia no se efectúa sin violencias ni luchas; porque la religión, fijando de una vez para siempre en dogmas y preceptos inmutables lo que se debe pensar y lo que se debe hacer, combate la propagación de ideales morales más elevados que los suyos, como combatió el brahmanismo los ideales consoladores de Budha, como combatió el paganismo los nobles ideales del cristianismo. Hoy, en los Estados que han adoptado la separación del Estado y la Iglesia, la religión ha descendido de la categoría de sanción social á sanción meramente individual. La persistencia de la dominación religiosa en los períodos civilizados de la vida de un pueblo revela en éste cierta incapacidad intelectual.

¿Y las letras y las artes? Las artes y las letras son fuerzas sociales de importancia suma cuando se consagran á expresar y realzar los ideales de los pueblos; pero se observa que su florecimiento no siempre coincide con el apogeo de la organización social y política. Sociedades muy rudimentarias ó muy decadentes han conquistado un puesto distinguido en la literatura y el arte. Rudimentaria era la organización social de los árabes en Bagdad y en Córdoba, donde no se conocía siquiera el respeto á la persona, y sin embargo, las letras y las artes alcanzaron refulgente brillo. Decadente, muy decadente se hallaba el imperio bizantino bajo Justiniano, en que los

encargados de hacer cumplir las leyes eran los primeros en vulnerarlas, y á pesar de esto el arte bizantino despidió sus primeros resplandores. ¿Qué vale la mezquina organización social y política de los antiguos egipcios, comparada con la magnificencia de sus hipogeos, palacios, templos, esculturas y papiros? ¿Qué la de Asiria, no menos primitiva, al lado de sus espléndidas residencias reales, sus altos zigurahes y sus originales bibliotecas? En nuestra misma España, cuando más postrada se hallaba en los tristes días de Felipe IV, cuando la escuálida miseria enlutecía todos los hogares, el gran Velázquez pintaba sus incomparables lienzos, y el profundo Calderón escribía sus inimitables dramas.

No son las letras, las artes ni la religión las que señalan el grado de civilización de un pueblo; son la alteza de sus ideales morales y el respeto tributado á la persona social. El Estado que garantice firmemente los derechos de la persona y el libre desenvolvimiento de su actividad dentro de los ideales sociales, aunque no se distinga en las artes ni en las letras, es un Estado civilizado. Podemos citar como ejemplo los Estados Unidos. El Estado donde sistemáticamente se menosprecie á la persona y se escarnezca el derecho, por mucho que florezcan sus letras y sus artes no es civilizado; ejemplos, los imperios orientales y los califatos árabes. El Estado que á una buena organización social junte una elevada cultura literaria y artística, será un Estado perfecto.

¡Mas cuán difícil es realizar progresos en la organización social y política! ¡Cuán fácil, en cambio, alcanzar un florecimiento artístico, literario y hasta económico! Egipcios, caldeos, asirios, fenicios, hebreos, lidios, persas, indios, árabes, todos admiraron al mundo por el brillo de sus letras y sus artes, algunos por su agricultura, su industria ó su comercio; ninguno efectuó un solo adelanto en los ideales morales y políticos. De Tebas á Babilonia, á Tiro, á Jerusalén, á Nínive, á Sardes, á Susa, á Bagdad, á Córdoba, la organización social y política es la misma: la voluntad de un solo hombre, ministro

de Dios y rey á un mismo tiempo, disponiendo á su antojo de los destinos de su pueblo. Yo no sé que se hayan efectuado, en todo el transcurso de la historia, más que dos progresos de importancia en la organización social y política: uno, en la antigüedad, debido á los atenienses; otro, en los tiempos modernos, debido á los ingleses.

En todas las monarquías del antiguo Oriente, la organización es unitaria, simple; una sola voluntad, semidivina, omnipotente, ejerce un dominio ilimitado sobre todos y sobre todo. La persona social no existe; la relación jurídica no se conoce; no hay más relación que la de dominio. Atenas es la primera que, de Solón á Pericles, proclama la sustantividad é independencia de la persona, consagra sus derechos civiles y políticos y la erige en único fundamento del Estado. ¡Qué progreso tan inmenso! En Oriente, la soberanía reside en Dios y la ejerce su representante, el monarca; en Atenas, la soberanía reside en el pueblo y el pueblo la ejerce, ya directamente, en la Eclesia y la Helia, ya indirectamente, por medio de magistrados y corporaciones que libremente elige. En Oriente, el individuo es sacrificado á la mayor gloria de Dios y de su rey; en Atenas, el Estado tiene por único fin la felicidad de los individuos.

En todas las naciones que se constituyen en Europa al caer el feudalismo, se restablece la organización oriental: los reyes son ministros de Dios, soberanos absolutos, señores de vidas y haciendas. Suyas son las tierras; suyas, las personas; suyas, las conciencias, y lo son por derecho divino, no teniendo que dar cuenta á nadie de su conducta. Inglaterra es la que derriba esta organización, fundando la inviolabilidad de la persona social por la *Declaración de derechos* de 1689. La soberanía pasa del rey al pueblo; la monarquía se transforma de absoluta en representativa, que conducirá, por gradual desarrollo, á erigir á la persona en único fundamento del Estado. Este progreso es de mucha mayor trascendencia que el efectuado por los atenienses. Notemos que Atenas era una ciudad; Inglaterra una nación, organización mucho más com-

pleja que aquélla. Notemos que, en Atenas, la reforma se limitó á los hombres libres, y por cada hombre libre había siete esclavos; en Inglaterra, la reforma es general, comprende en principio á todos los habitantes, los cuales han ido entrando poco á poco en el pleno goce de los derechos civiles y políticos.

Despréndese de este análisis que la civilización hay que buscarla principalmente en la organización social y política; que las letras, las artes, la ciencia especulativa y hasta la religión, solamente deben ser estimadas como elementos civilizadores en cuanto condicionan la mejora de la sociedad, la dignidad y el bienestar de los individuos; que el progreso de la civilización es mucho más lento de lo que comúnmente se cree, y que desde la revolución inglesa de 1689 acá, ha adelantado la civilización más que adelantara en todos los siglos anteriores, desde la aparición del hombre.

IV

¿Pueden medirse las civilizaciones, ya de diferentes sociedades, en un mismo período, ya de una misma sociedad, en períodos diferentes? No. ¿Por qué? Porque no hay módulo posible. Sabido es que no pueden medirse cantidades de diferente especie, y cada civilización tiene su diferencia específica. Toda sociedad, por razón de la comarca en que se asienta, de las especiales aptitudes étnicas de sus individuos, de las particulares circunstancias en que se ha desarrollado, es una organización peculiar, singularísima, distinta de todas las demás, y esta característica se refleja en el conjunto de sus fuerzas, en su civilización, que es individual, única en su género. Difieren las civilizaciones entre sí por lo mismo que difieren los vegetales y los animales, por el grado de su complejidad y por su modalidad, ó sea por el número de factores que las integran y por la diferente proporción en que estos factores se combinan. No hay que pensar, pues, en medirlas.

Mas ya que no se las puede medir, ¿no podremos descubrir entre ellas relaciones de semejanza y desemejanza, compararlas y clasificarlas, como hacemos con los seres orgánicos? Esto sí. Veamos la base de clasificación.

Evolucionan las sociedades de la misma manera que se desarrollan los individuos, recorriendo una serie de fases; y así como los individuos de una misma edad son muy parecidos entre sí, de igual modo se semejan las sociedades de una misma fase. Á este propósito, decir sociedades vale tanto como decir civilizaciones, de las que las correspondientes á una misma fase son más semejantes entre sí que las de fases diferentes, cualquiera que sea la distancia que las separe. Cuando, hace cosa de un siglo, se empezó á estudiar detenidamente las civilizaciones indígenas de América, llamó la atención su gran parecido con las del antiguo Oriente, egipcia, caldea y asiria: su organización social y política era casi idéntica; su arte y su religión, muy semejantes. Las fases evolutivas, he aquí la base natural de clasificación. Conforme á esta base, las civilizaciones se agrupan en cuatro grandes clases, que podemos llamar primitivas, religiosas, intelectuales y morales, sin contar con las clases intermedias ó de transición. Así, la civilización de Egipto durante el período tebano, la caldea, la india de los arias, la china hasta Confucio, las primitivas de Grecia y Roma, las de los aztecas y los incas, las árabes de Bagdad y de Córdoba, la medioeval cristiana hasta el siglo XII, componen el grupo de las religiosas.

En esta jerarquía de las civilizaciones, vemos que las de un mismo grado difieren por su modalidad; las de distinto grado, por su complejidad, siendo las morales las más complejas de todas. Á medida que las sociedades suben de uno á otro grado se transforman, por nacer nuevas energías, desaparecer algunas de las antiguas y modificarse las restantes, perdiendo ó ganando importancia; y estos cambios no son accidentales, obedecen á una ley, el advenimiento de un nuevo ideal: el resultado es la formación de una combinación nueva, caracte-

rística. Síguese que cada civilización tiene sus cualidades propias, que ninguna otra posee, y que, por consiguiente, ninguna civilización guarda las cualidades de la inferior, como en el reino animal no guardan los mamíferos las cualidades de las aves, ni éstas las de los insectos. En todo progreso social hay pérdida, destrucción de algo, y ganancia, formación de algo; pero lo que se gana importa más que lo que se pierde. Por primitiva que sea una civilización, tiene sus propiedades distintivas. Así, las civilizaciones rudimentarias de los pueblos salvajes se caracterizan por la acuidad de los sentidos, la cual se pierde á medida que los inventos industriales la hacen innecesaria; las civilizaciones religiosas se caracterizan por el sacrificio del individuo al ideal piadoso, y la grandiosidad de los medios empleados para realizarlo, de que dan testimonio las catedrales, las cruzadas y las guerras de religión. Esto nos permite juzgar con acierto manifestaciones que á primera vista deslumbran: sean, por ejemplo, los templos ojivales. Yo he creído durante mucho tiempo que, desde el estilo ojival, el arte arquitectónico había venido muy á menos, y al comparar la civilización medioeval con la nuestra, afirmaba la superioridad de ésta en todas las esferas de la actividad, menos en el arte de construir. Confieso mi error: la arquitectura ha prosperado notablemente, y si hoy se levantaran catedrales, se construirían más bellas, más sólidas, más perfectas que en el siglo XIII. ¿Por qué no las levantamos? Porque el ideal de nuestra civilización no es sacrificar á Dios el bien presente á cambio de la felicidad futura, sino labrar la felicidad del hombre en esta tierra.

¿Es susceptible la civilización de un desarrollo continuo é indefinido? No. Lo pensaron los filósofos del siglo XVIII, porque partían de un hombre abstracto y de una sociedad abstracta. Pero las sociedades son seres vivos, sujetos, como los organismos, á las leyes de la evolución, en cuya virtud nacen, se desarrollan, florecen, decaen y mueren. Tal es el ciclo que han recorrido y recorrerán siempre las sociedades. Toda socie-

dad nace con una capacidad evolutiva, determinada por las aptitudes étnicas de sus individuos y las condiciones del medio ambiente; se desarrolla en la dirección que le señalan las circunstancias geográficas é históricas; concibe un ideal más ó menos elevado, lo realiza más ó menos cumplidamente, y en seguida decae y muere. ¿Por qué? Por la misma causa que la planta, después de haber echado su fruto, plega sus hojas y se seca: porque ha gastado sus fuerzas. ¿Y por qué ha gastado sus fuerzas? Formulo esta cuestión, no entro á tratarla, por no ser pertinente al caso; ocasión habrá de estudiarla.

Las sociedades mueren por disolución, como los organismos. A medida que van realizando el ideal, se relajan los vínculos colectivos que unen á los individuos. Estos siguen viviendo, pero sin lazo común, sin amor patrio, sin alma nacional, atentos únicamente á su particular provecho. No viven, medran. Todo lo común les es indiferente, hasta el gobernarse por sí ó ser gobernados por el extranjero, cuya intervención solicitan con cualquier pretexto. La noción de lo público se pierde; la de lo privado lo invade todo, y así los gobernantes disponen de los intereses públicos como de cosa suya. El favor se sobrepone al mérito y al derecho. Erigido el interés personal en único fin de la vida, y la lucha en única ley, las clases directoras explotan y oprimen sin piedad á las trabajadoras, que poco á poco sucumben ó emigran. A la ruina de la sociedad sigue la de los individuos: tan cierto es que los intereses de los unos y de la otra están íntimamente hermanados. El término de este proceso es el fraccionamiento de la sociedad en pequeños grupos, á no ser que se anticipe la conquista.

¿Puede una sociedad, después de haber realizado un ideal, restaurar sus fuerzas, concebir otro ideal más elevado y crear una nueva civilización? La experiencia histórica, limitada en este particular á los pueblos de la antigüedad, nos dice que este renacimiento no es posible, salvo el caso de efectuarse una infusión de sangre nueva. Atenas, no bien hubo realizado su

ideal, fundando la democracia pura en tiempo de Pericles, decayó; Roma, así que hubo terminado, á fines del siglo II, la conquista y organización de los pueblos mediterráneos sobre la base del derecho, empezó á disolverse; y si Egipto produjo tres civilizaciones sucesivas, fue mediando de una á otra la invasión de nuevas gentes en el valle del Nilo. Las sociedades antiguas que no se rejuvenecieron con sangre nueva siguieron el mismo curso evolutivo que siguen los organismos individuales: se desarrollaron, florecieron y murieron. Mas hay mucha diferencia de las antiguas á las modernas sociedades, y tal vez no se aplique á éstas la ley que reguló el desenvolvimiento de aquéllas. Las sociedades antiguas eran pequeñas y simples, una ciudad, no importando que algunas se agrandaran por la conquista; las modernas son extensas y muy complejas, la nación. Las primeras florecieron sucesivamente, y todas se hallaron en el período de su apogeo solas, sin otra á su lado igualmente civilizada de la que recibir estímulos y elementos; las segundas se han desarrollado á la par, viven íntimamente relacionadas entre sí y se prestan de continuo abundante caudal de pensamientos, afectos y modos de conducta. ¿Serán estas diferencias bastantes para que las modernas sociedades puedan realizar una serie de ideales cada uno más elevado que el anterior? La experiencia no nos suministra base para contestar categóricamente. No tenemos ejemplo de una sociedad moderna que, después de haber realizado su ideal y haber decaído, se haya capacitado para emprender una nueva evolución. Pero tenemos á nuestra vista una nación que, profundamente abatida, se halla en estos instantes esforzándose por reconstituirse y volver á la vida: España.

V

El estudio de España es de sumo interés, no sólo para los españoles, cuya dignidad y bienestar dependen de su rehabilitación, sino también para la sociología, por ofrecer un caso

nuevo en la vida de las naciones europeas. La evolución de España ha sido muy clara y sencilla. Realizó la reconquista contra el agareno á nombre y en pos del ideal religioso. Sus reyes llevaban la imagen de la Virgen colgada del arzón de su caballo; sus obispos alentaban á los combatientes con el crucifijo en la mano; los mismos santos y ángeles bajaban del cielo y se los veía pelear á la cabeza de las huestes. Así se pasaron cerca de ocho siglos. Acabada la Reconquista con la toma de Granada, España consagró todas sus energías á hacer efectivo el ideal religioso, á implantar la unidad católica en todo el mundo. Para propagar la fe, principalmente, surcaron nuestros navegantes el Atlántico y nuestros conquistadores plantaron el pendón español en los últimos confines del continente americano; por mantener la fe, nos erigimos en campeones del catolicismo contra el protestantismo en toda Europa; por la unidad de la fe, expulsamos á los judíos y á los moriscos, principales brazos de nuestra agricultura y de nuestras industrias; por la pureza de la fe, establecimos la Inquisición, que extinguió la luz de nuestro pensamiento. Fuerzas físicas y fuerzas mentales, todo lo perdimos en este loco empeño. En el reinado de Carlos II éramos un cadáver. Nos salvó del reparto nuestra posición geográfica.

¿Qué ha pasado desde entonces? Que España ha vivido de prestado, de la savia que le han comunicado las naciones vecinas. La dinastía de Borbón se inauguró con un renacimiento económico é intelectual; la filosofía del siglo XVIII inspiró á los ministros de Carlos III sus saludables reformas; la Revolución francesa nos dió á conocer el sistema representativo, que consignaron en su Constitución los legisladores de Cádiz, y cuya implantación nos ha costado torrentes de lágrimas y de sangre. El cerebro español, habituado á la servidumbre, ha opuesto tenaz resistencia á todo lo que fuese libertad. El siglo XIX ha sido para nosotros una serie no interrumpida de tremendas crisis. Primero, el turbulento reinado de Fernando VII; á su muerte, la fratricida guerra entre absolutistas y

liberales; después, el militarismo con sus pronunciamientos; luego, la revolución destronando á Isabel II, por desleal á los que le habían ceñido la corona; á lo último, la restauración encarnando en las leyes los principios democráticos, pero creando el caciquismo para falsearlos y corrompiendo todas las fuentes de la vida pública. Por virtud de los inventos científicos, hemos progresado, sobre todo en la segunda mitad del siglo, en población, riqueza, letras, artes, ciencias; no hemos dado un paso en la organización social y política, y hemos retrocedido en las públicas costumbres. Nuestras instituciones representativas son meras sombras; la arbitrariedad ministerial desciende á pequeñeces á que jamás llegara el absolutismo monárquico; hemos matado la vida municipal y provincial, y hemos creado una burocracia monstruosa, costosísima, esquilmadora. De moral pública no nos queda vestigio; aplicamos á la dirección de los negocios públicos el criterio privado; el sentimiento nacional ha dejado de latir en nuestras almas. No somos una nación; somos mera agrupación de individuos. El vínculo que nos une es meramente externo, mecánico.

A esta depresión del espíritu público dentro, ha acompañado fuera la pérdida de nuestra grandeza. El advenimiento de Felipe V nos costó la pérdida de los dominios que poseíamos en Europa y la mutilación del territorio nacional; en el reinado de Fernando VII perdimos las Américas; hace cinco años hemos perdido los últimos restos de aquel hermoso imperio colonial. Nada nos queda de lo ganamos á impulsos del ideal religioso. ¿Nos hemos emancipado también del ideal? El pueblo, sí; el régimen, no. Sobre el arco de la puerta de ingreso al Alcázar de Sevilla se ve pintado un león, con corona real en la cabeza, empuñando la cruz con la garra derecha levantada, y saliendo de su boca el letrero *Ad utrumque*. El león simboliza á España; la corona, el trono; la cruz, el altar, y el letrero significa: *España para el altar y el trono*. Tal fue nuestro ideal en el siglo XVI; á este ideal, hoy mera supervivencia, sigue sacrificando el régimen imperante las ener-

gías que la nación necesita para poder lenvantarse y andar.

Tan triste es nuestra situación presente. En la evolución del antiguo al nuevo régimen, España ha carecido de plasticidad para efectuar sucesivas combinaciones de lo nuevo con lo antiguo, y se ha desorganizado. ¿Puede aún salvarse? No lo sé; sólo sé que es deber de todo español el trabajar para ello. Dos cosas son menester al efecto: primera, sustituir al régimen actual una organización adecuada á nuestra raza, á nuestro suelo y á nuestra historia, basada sobre los dos derechos fundamentales de la persona, la libertad y la igualdad, que obligue á todos por igual al cumplimiento de sus deberes y les asegure el ejercicio de sus derechos, que oriente las fuerzas sociales al bienestar moral y económico de los individuos; segundo, enseñar y educar al individuo en el grado requerido para que el sentimiento del deber refrene y regule en todos los impulsos instintivos y habituales. Ambos extremos son igualmente necesarios; pero en las presentes circunstancias, el primero urge más que el segundo, por hallarse los individuos dotados de un sentimiento moral superior al que informa los actos de los gobernantes.

Si con el concurso y abnegación de todos los patriotas españoles se logra dotar á España de un nuevo ideal, al nivel de la moderna cultura, que la capacite para una nueva evolución, diremos que las organizaciones nacionales, sin el auxilio de nuevos elementos étnicos, pueden, después de haber florecido y decaído, reconstituirse, renacer á nueva vida; si esta empresa no se consigue, tendremos base de experiencia para afirmar, tristemente para nosotros, que el curso evolutivo de las naciones es idéntico al de los organismos individuales: desarrollarse, florecer y morir.

Manuel Sales Ferré

LA RETIRADA DE UN JEFE POLÍTICO

Hay algo que, aun en la desgracia, halaga el orgullo, y es el desaparecer súbitamente, dejando en pos de sí un rastro luminoso; de este modo, espera uno brillar todavía por su ausencia.

KARR

En esta época en que cuatro pretendidos «intelectuales jóvenes», víctimas de un analfabetismo impenitente y de un modernismo extravagante, han puesto á la moda cierto sistema insultante de ironía con el que se figuran ajarlo todo, incluso los nombres que la muchedumbre admira y respeta, nada más propio para contrarrestar semejante pernicioso influjo que el estudio y meditación de cuanto en esas grandes individualidades ofrece visos de contradicción y desfallecimiento. Decisión de un cerebro innegablemente privilegiado, á cuyo grado de genio político y social, social especialmente, son muy escasos los hombres de acción que en nuestros días han podido llegar, la retirada de Silvela constituye, á la verdad, un ejemplo típico para puesto al frente de una investigación tan importante como la de la psicología patria. Los tiempos son malos, y los hombres no valen más que los tiempos; pero ¿cómo no hacer excepción con el individualismo vigoroso y la sombría sensatez con que el jefe de un gran partido político, sucesor dignísimo de un grande hombre de Estado, retrocede en su camino y renuncia sin reservas á empuñar por más tiempo el timón de la nave nacional?

No debiera nunca olvidarse á este propósito—y perdóneseme este inocente desahogo lingüístico—que *gobernar*, *gouverner* francés, del latín *gubernare*, procede de los griegos de hábitos marítimos, porque *kubernan* significa dirigir una nave. Conservando la forma, pasó á significar dirección de las cosas públicas; pero ¡cuánto no se olvida en la práctica por los gobernantes tan interesante analogía! Como los ríos, las palabras, al alejarse de su manantial, han perdido la trasparencia de sus aguas. Hoy no se entiende por gobernación una dirección, sino un constreñimiento; no una regulación discreta, sino una violencia continua; no un encauzamiento de las aspiraciones populares en la combinación de la justicia con la equidad, sino una oposición sistemática rigurosamente conforme con la letra de la ley. Mas como la ley es una fórmula abstracta y general que no se aplica á todos los casos, nuestra pretendida equidad gubernamental, con la aplicación demasiado estricta de la justicia, resulta ser injusta. Ya no podemos, con Aristóteles, comparar los instrumentos del arte de gobernar á la regla de plomo de que se servían los lesbios, y que, plegándose á las desigualdades de la piedra, seguía sus formas y contornos; más bien se parecen al otro instrumento de que el inmortal autor de la *Política* habla: á la regla de hierro que da una medida inflexible.

Conociendo profundamente este contraste, y pensando con cierta tristeza voluptuosa en las impresiones intelectuales de una pereza honesta y sabia, ha podido declarar Silvela su aislamiento definitivo de las luchas políticas como única solución posible para cuantos tengan de la vida un elevado concepto. No supongan los lectores que les voy á revelar intimidades desconocidas del grande hombre; sé en este punto tanto como ellos, y ni espero averiguar nada con el tiempo, ni quiero ponerles al corriente de descubrimientos de *interview* fácil. No conozco ni trato á Silvela, y mi erudición sobre sus secretos espirituales está reducida á lo que han dicho los periódicos basándose en sus propias declaraciones. Aquí voy á consi-

derar menos la individualidad que el hecho; porque, en efecto, la retirada de Silvela es más que un *acto*, es un *hecho*, un muy edificante caso de sociología española. Y no hay para qué extenderse en reproducir las explicaciones que ha dado. Silvela huye del poder y declina la responsabilidad de todos sus principios políticos, *por* hallarse convencido de que España es un país ingobernable, y *para* hacer una vida puramente interior y de mentalidad, dedicada sobre todo á escribir la *Historia de la Ética*. ¡Maravilloso sistema de absolver el egocentrismo y la inacción!, habrán gritado muchos, sin duda. Pero yo respondo que ese doble reposo es preferible á una vana agitación. A la manera que cuanto más se agita un vaso más suben las heces á la superficie, así un partido que encierra, como el conservador, muchas de las heces del pasado, tenía forzosamente que sucumbir con su representante sincero después del incesante movimiento en que sus divisiones y las exigencias de la opinión le han tenido. Y de cualquier modo, la conducta tan inesperada como significativa de Silvela envuelve varias cuestiones sumamente graves, dignas de ser examinadas con detenimiento.

* * *

La vida es en España muy difícil para cuantos aspiran á algo noble: difícil para el escritor doctoral, que tropieza con un público refractario al severo lenguaje de la ciencia, de esa representante del pensamiento bajo forma de verdades, de esa depositaria de los oráculos del saber; difícil para el escritor artista, que no halla lugar alguno en el programa de nuestras inmundas casas editoriales, tributarias de extranjeras literaturas; difícil para el hombre de carrera, á quien una ley inicua deja libres los brazos, pero con grillos los pies, que no puede poner en tierra que no esté acotada. Pero para nadie más difícil que para el hombre político. Este tarda poco, generalmente, en subir; pero, una vez en el poder, si es inteligente y sincero, ¡qué de decepciones no le aguardan! ¡Qué de obstácu-

los no se le presentan en el camino! ¡Qué de prevenciones, enormes cual montañas, entre él y el espíritu público! Supongámonos, por un momento, en su lugar: ¿qué pensaríamos, á la menor observación que hiciéramos, á la menor experiencia por la que pasáramos, de los que nos mirasen como jefes de una verdadera nación? ¿No estaríamos persuadidos de ser cabecillas de una serie de tribus indisciplinadas, de un pueblo formado por pequeños agregados nómadas? Hume lo ha dicho, y lo han repetido Unamuno y André: «nuestra conciencia de nación es sólo aparente, es una inmensa mentira social». Queremos hacernos la ilusión de que somos un núcleo de colectividad orgánica, siendo en realidad un rebaño, una kabila subdividida, una reunión de abelitas, de trashumantes, de vagabundos. Nuestras provincias, como elementos nacionales, tienen algo de mecánico en su convivencia y mucho de geográfico en su cohesión, que hace que apenas las considere grupos en el estado de sociedad. La Naturaleza tan sólo ha formado *clanes*, y las naciones son el fruto exquisito de la civilización. ¿No será esto quizá lo que se habrá dicho Silvela y lo que le habrá hecho renunciar á la empresa de administrar los intereses de este Riff europeo, sin asimilación posible á la vida continental?

A convicción tan deplorable como indestructible en todo hombre de Estado perspicaz y franco consigo mismo, se une para su mal, y no ya sólo en España, sino en todos los pueblos latinos, otro inconveniente de raza, cuyos efectos habrá también sentido muy vivamente Silvela. Me refiero á esa manía latina de creer que el Estado debe pensar y obrar por los ciudadanos, y de considerarle como responsable de todo y con la obligación de dirigirlo todo. El latino no se satisface con que el Estado sea el representante de la nación en la armonía universal de la justicia, sino que quiere también que sirva de lazarillo á la misma nación en todos los órdenes de la vida social. Esta extensión de las funciones del Estado es en el latino una consecuencia de su ignorancia del carácter orgánico y

compositivo de toda nacionalidad, de su falta de conciencia de la fuerza propia que toda nacionalidad implica. El latino, como sér débil, transfiere (y no deja de tener razón á veces) su debilidad al grupo de que forma parte. Razona, poco más ó menos, como razonaba Keplero al suponer que había ángeles ó espíritus-guías para que los planetas no se desviasen de sus órbitas, á causa de que no podía ver cómo de otra manera habían de mantenerse en ellas. Defecto tan capital, á más de dejar á las naciones latinas sin acomodación posible á los hechos y á las necesidades y sin iniciativa de asociación privada, lo que acaba por hacerlas incapaces para crear ó sostener una obra cualquiera (1), es el origen de un verdadero suplicio moral para el pobre hombre de Estado. ¡Cuánto mártir hay cuya sangre no enrojece la arena! ¿Queréis más martirio que el verse censurado continuamente por males públicos de que él no tiene la menor culpa, y obligado á intervenir constantemente para reglamentar y proteger cosas que no son de su competencia?

Estimo de todo punto inoportuno, dados los breves límites en que ha de encerrarse el presente artículo, proseguir el

(1) Lebon refiere, según Bourde, un ejemplo muy típico de ese estado de espíritu. Es la historia totalmente incomprensible para un inglés ó un americano de los habitantes de la pequeña ciudad de X... Habiéndose roto una de las cañerías del agua, recibió ésta las inmundicias de una alcantarilla próxima. Hacer que viniese un obrero y reparase el accidente era una idea muy poco latina para que se adoptase por el Ayuntamiento, reunido á tomar acuerdos. Había que dirigirse al gobierno. Cuatro grandes columnas de periódicos apenas han bastado para resumir las determinaciones que se tomaron. Gracias á la intervención de un número considerable de ministros, senadores, diputados, gobernadores, ingenieros, etc., el expediente no hizo más que veinte paradas en distintas administraciones, y la decisión definitiva no tardó más que dos años en llegar al Ayuntamiento. Entretanto, los habitantes continuaron bebiendo con resignación el agua de la alcantarilla, sin haber concebido una sola vez la idea de remediar por sí mismos el desperfecto. Los ejemplos referidos por Tocqueville demuestran que de este mismo modo marchaban las cosas bajo el antiguo régimen.

estudio de ese instinto de protección de los latinos, que hace tan difícil al hombre de Estado tomar las riendas del gobierno, y que produce en él, como en el pueblo, el tipo sociológico agresivo, la parodia de la subordinación graduada propia de las sociedades guerreras. Esto es lo que Spencer llama el espíritu de *regimentación*. «Sistema, regulación, uniformidad: he aquí las palabras que se oyen á cada momento al discutirse las cuestiones sociales. En dondequiera ha arraigado la presunción de que todo debe ajustarse á un plan definido.» El ilustre sociólogo ha sorprendido admirablemente los efectos de esta disposición mental en las raquíticas generaciones del Mediodía de Europa. Comúnmente, entre los latinos, el político penetrado de las grandes verdades reveladas por la ciencia, tiene que arrostrar las corrientes contrarias de la opinión pública. No digo que deba ser así, sino que es. Y Silvela, como político, se halla en tan significativo caso. Pertenece al número de esos políticos intelectuales de que el vulgo torpe é ignaro desconfía, exigiéndoles, con el automorfismo psíquico propio de las almas bajas, la solución práctica é inmediata de los problemas, por el solo hecho de que procuran buscarla, y la omnisuficiencia divina, por la sola razón de que no abrigan las ilusiones populares. Al lado de esta multitud despreciable hay que colocar esa masa de semisabios y doctrinarios que, influídos por las nuevas tendencias socialistas y económicas, apóstoles y creyentes de la nueva religión del estómago y de los goces materiales, proclaman como postulado de toda regeneración nacional un escepticismo político estúpido. En vano se les recordará que pueblos como Cartago, Fenicia ó China, poseedores desde antiguo de una civilización brillante, han muerto ó se han estacionado por su falta de genio político, por su eterna sed de ganancias, que les impidió tener aquella prudencia que proporcionan ambiciones más nobles. No es posible enseñar al que no se halla en condiciones de querer aprender.

Las naciones latinas se hacen también antipáticas al políti-

co serio y leal por su variabilidad é inestabilidad en punto á partidos y á hombres públicos. En la división que pudiera hacerse de las naciones en viriles ó fuertes, y femeniles ó débiles, las latinas ocupan el segundo lugar. Nada hay tan repugnante como sus frecuentes cambios de predilección por un partido ú hombre de Estado. Hoy quieren lo que ayer aborrecían, y detestan al cabo de una hora lo que adoraban cinco minutos antes. La asimilación de su psicología á la de la mujer es, pues, desde tal punto de vista, perfectamente exacta. Pero hay más: extremando el rigor de esa asimilación analógica, hállasela doblemente verdadera y expresiva del hecho de que esas variaciones de los pueblos latinos no son, como en otros países, espasmódicas y accidentales, sino normales en grado sumo. Recientes experiencias fisiológicas demuestran que la variación normal de la personalidad es mayor en la mujer que en el hombre.

Iría demasiado lejos si quisiera apuntar las causas de *partido* que tal vez han determinado la retirada de Silvela. Mi opinión franca y sincera es que el partido conservador, producto híbrido de Alfonso XII, la dinastía y el liberalismo, no podía menos de resultar infecundo. Cánovas le dió cierto vigor con su dictadura; Silvela ha hecho que se destruya á sí mismo democratizándose. La operación que Orígenes se infirió, según dicen, en su persona, es la que el partido conservador ha padecido en este último período de la restauración con sus tendencias democráticas. Hablando no sé dónde Michelet de los partidos reaccionarios, pero adulterados por la civilización, los compara con animales alados, que dan el sorprendente espectáculo de volátiles extendiendo por momentos alas pequeñitas, atadas, sujetas, con los ojos vendados, saltando hacia el progreso hasta un pie del pasado, cayendo sobre las narices y tomando incesantemente impulso para arrastrar su vuelo de gansos en el corral de su ortodoxia y sobre el estiércol natal. Y esto lo dice precisamente Michelet á propósito del hibridismo doctrinal de todos colores.

No pretendo aplicar al partido de Silvela comparaciones tan humillantes. Parangonado con el de esos otros conservadores que caminan torpemente con las trabas en las piernas, como cuadrúpedos tristes, nos da el ejemplo de un esfuerzo generoso de aproximación á la democracia y á no quedar atrás en el movimiento rápido que arrastra al mundo moderno. Sin embargo, bajo esa apariencia de conciliación, ¿qué ha sucedido? Los hechos, corroborados por la conducta de Silvela, lo dicen harto claramente para que tenga yo que explanarlo.

***

Inmenso inconveniente para el crítico de la política de un hombre público el que éste se halle adornado de relevantes prendas de talento ó moralidad. La política nada tiene que ver con ambas cosas, y ellas, sin embargo, deciden ostensiblemente de lo favorable ó desfavorable de nuestros juicios. ¡Oh, cuán sabia era la ley que en la antigua Grecia obligaba á los jueces á oir pleitear á los abogados en un lugar oscuro, para que su buena presencia ó la gracia de sus movimientos no les previnieran favorablemente haciendo inclinar hacia aquéllos la balanza!

Importa, pues, que lo consigne de una manera categórica: Silvela tiene en su talento y moralidad un lado simpático, ante el que se ve, por necesidad, embarazada la crítica. La mejor de las cualidades es la del que aplica en la práctica á los demás lo que siente de verdadero y bueno en sí propio, y derrota con su inconsciencia automórfica al peor enemigo de los hombres de acción, cual es el dualismo de las ideas y de la vida. Pero esto mismo explica la antipatía de las turbas por tal clase de hombres, y el resultado contraproducente de la virtud de éstos en la esfera de la actividad pública. De las virtudes, aun de las menos severas y restrictivas, dijo ya Burke que cuestan muy caras á la humanidad.

Se ha proclamado que la retirada de Silvela, explicable en España, donde se puede ser buen hombre de Estado y mal político (y sin duda peor político cuanto mejor hombre de Estado), no hubiera sido ni concebible en una nación como Alemania ó Inglaterra. Se ha supuesto que su abandono intencional de la política activa data de Octubre de 1900, en que dejó el poder al general Azcárraga, como todo el público recuerda. Hasta se ha indicado que, si bien en 1901 tenía declinados en Maura todos sus planes políticos, es probable que «el hastío de la política activa se apoderase de él el mismo día en que se puso en contacto personal y directo con mundo tan ingrato y de consorcio tan depresivo como el español» (1). Mas yo creo que sus desengaños han sido posteriores, y que quizá entró en el campo de la jefatura con la mayor fe y las más vastas esperanzas. No debemos extrañarnos de ello. La naturaleza humana es tan sutil y sabe engañarse de tal modo, que ni ella voluntariamente lo descubre en los comienzos de una actividad entusiasta dirigida á un fin noble. Es inútil que los daños seculares de una asociación ó de un partido se comuniquen al que, por mando ó agregación, entra á formar parte de su organización y vitalidad; al principio no le conmoverán lo más mínimo, merced á la alucinación del entusiasmo. Sucede con las heridas de los partidos políticos y de todos los organismos sociales que se sostienen por la lucha, lo propio que con las heridas que el soldado recibe en el campo de batalla: no se sienten sino pasado el calor de la acción, poco después de inferidas, cuando se enfría la sangre.

Hay que convenir, por lo demás, en que Silvela, contundente y enérgico con los disidentes de su partido, ha sido en

(1) Algunas de estas ideas son de Canals. El director de *Nuestro Tiempo* llega á recordar que en otra época, cuando por azares del periodismo trashumante combatía él á Silvela, hubo de aplicarle el episodio histórico de Figueras huyendo de las responsabilidades del gobierno, y anunciaba que cosa parecida había de hacer el jefe del partido conservador.

extremo débil con sus cofrades. Ese orador intelectual y sereno que para las situaciones más difíciles poseía el arte parlamentario más seguro, la habilidad de coger todas las frases del adversario y pincharlas con la aguja de oro de su elocuencia, como lo demostró en su último discurso contra Salmerón, en el que parecía como que el alma de Cánovas se había trasladado á Silvela y le inspiraba, y con cuyas hermosas contundencias lanzó el partido conservador, y á la verdad no sin gloria, sus postreras llamaradas; ese hombre, digo, perdía su voluntad y recobraba toda su modestia dentro del círculo de sus hombres, al extremo de declarar en 1899 que su *alter ego,* la encarnación de su obra, la razón de ser de su partido, era... Villaverde.

Hay que confesar también que en el dilema viviente y práctico de la reacción y la democracia que todo partido intermedio lleva consigo, Silvela fue convencional en sumo grado. No tenía el escepticismo religioso de Cánovas, ni el pietismo acendrado del general Azcárraga. En su afán de armonía, al que no podía menos de oponerse un sentimiento muy vivo de incompatibilidad, quería hombres de Estado liberales y políticos católicos, como Napoleón deseaba oficiales franceses y soldados rusos. Y era necesario que de tal modo ocurriese: no cabe otra solución plausible. Pero todos vemos los resultados á que se llega. En el fondo, la democracia será democracia, y la reacción, reacción. Inútilmente las queréis ductilizar por el mismo procedimiento: el plomo se derretirá y disolverá, el hierro se enrojecerá y pondrá incandescente. Entonces se cae en el descrédito de unos y otros. Es señal cierta de que el partido ha dado de sí cuanto podía, y que es necesario cambiar de rumbo y reconocer que no queda piedra sobre piedra de aquel templo de conciliación y de paz en que os disponíais á entrar con piadoso entusiasmo. Tal ha ocurrido al conservaturismo político y restaurador, cuya edad de oro y hierro, potente y enérgica, llenó toda entera el genio de Cánovas. Ha perecido, pues, en primer lugar por la hibridez de

su programa, y después por la insubsistencia que acompaña desde la cuna á todos los organismos sociales batalladores y precoces.

***

Pongamos punto á esta digresión y entremos en el tema más interesante que me propongo explanar: la existencia de causas é ideales que no pueden justificar la retirada de Silvela, por respetable que sea para todo buen individualista.

Digo, pues, en primer término, que la indisciplina, el malestar social y el genio de raza nos hacen un país, hoy por hoy, casi ingobernable; sin embargo, no llevo mi pesimismo á desesperar del remedio. Comparto con Silvela su conciencia de nuestra falta de integración, de nuestro evidente kabilismo, de nuestra insolidaridad; sólo que me abstengo de creer que no pueda fermentar en nuestra tierra, con un poco de paciencia y buena voluntad, la semilla de la civilización. Los versos de Bartrina (1) aparecen en mi memoria cada vez que oigo desesperar de la regeneración de España, comprendiendo que, así como los que declaran muerto el sentimiento religioso en el corazón humano, es porque aún experimentan la nostalgia de alguna religión positiva y de sus pompas y ritos, así se esparce el desaliento en lo tocante á nuestra salvación como nacionalidad simplemente porque se sueña todavía con el Quijote, con la Alhambra y con Toledo, y se vive con la obsesión de una falsa y mezquina herencia de gloria. Pero en la gloria de la patria española no se adivina la gloria del hidalgo de lugar, de Alonso Quijano *el Bueno;* no se ven sino las aventuras y

(1) Aludo á los muy conocidos, que dicen así:

Oyendo hablar á un hombre, fácil es
acertar dónde vió la luz del sol:
si os alaba Inglaterra, será Inglés;
si os habla mal de Prusia, es un Francés,
y si habla mal de España, es Español.

hazañas de Don Quijote; no se sospecha qué relación hay entre su genio caballeresco y su olla algo más de vaca que de carnero, salpicón las más noches, etc. Con razón ha dicho Unamuno que si es cierto, como muchos nos aseguran, que la mayor riqueza material de España en su subsuelo se esconde esquiva, mientras araña el labriego con el tradicional arado la ligera capa que la recubre y vela, en su subsuelo espiritual también, en los no escudriñados soterraños de su cotidiana vida colectiva, yace tal vez el venero de su renovación futura, mientras seguimos arañando con nuestra crítica y apologética en las humosas glorias de su capa histórica. No tanta superficialidad en las apreciaciones; penetre Silvela, por la experiencia y el estudio de observación, en el fondo íntimo de nuestro espíritu nacional; examine el genio de la leal Castilla, de la severa Cataluña, del noble Aragón, de la hermosa Valencia, de la hospitalaria Mallorca, de las poéticas Canarias, de los valientes Vascos, de los árabes Andaluces; visite los centros industriales de Asturias, la huerta de Murcia, los puertos de Galicia; ausculte los sentimientos y la mentalidad que el español revela, aun en la taberna innoble, cuando se sabe dirigir sus confusas ideas y se le habla al alma, y verá desvanecerse rápidamente el pensamiento de la *nulla est redemptio*, que en un instante de desaliento se ha decidido á declarar en su retirada gloriosa. Refiere de Solón un historiador que en cierta ocasión subió aquel sabio á un punto elevado de la ciudad, desde donde se divisaban las casas, el confuso movimiento del mercado y la agitada vida de las calles. Considerando estas cosas, quedó abstraído en graves pensamientos, y exclamó al pensar en la realidad oculta bajo aquel velo: «¡Oh, cuánta desdicha, cuánta intranquilidad, cuánto desorden, cuántas penas y angustias se ocultan en esos hombres y en esas casas!» Este juicio, que Solón enunció para sus adentros ante el espectáculo de un pueblo grande y próspero, es, sólo que vuelto al revés, el mismo que me inspira el espectáculo de nuestro decadente y postergado pueblo. ¡Cuánta honradez, cuánta laboriosidad, cuánta

hermosura, cuántas altas y nobles cualidades oculta su externa incivilización!

Bien entendida, la decisión de Silvela vale sin duda por lo que se la hace pasar, á saber, por digna de un grande hombre; mas en las circunstancias por que atraviesan nuestra patria y el mundo, tiene por desgracia un resabio egoísta que no nos permite aplaudirla sin mezcla de sentimiento. Nada más común que creer posible la vida y la virtud sin el sacrificio y el heroísmo, ó la realización de grandes cosas sin la abnegación y el dolor. Pero no es así: Dios mismo se vió precisado á sacrificarse por el hombre en el tipo simbólico de su Hijo. Silvela está á ello obligado como Dios y como el más humilde de los buenos españoles. El que la nación no pague sino con murmuraciones arteras ó reclamaciones airadas la labor civilizadora de uno de sus jefes, no es motivo para que éste se crea ofendido ó mal pagado, pues todos los grandes hombres y reformadores han pasado por lo mismo. «San Esteban, dice Ruskin, no recibió los emolumentos de un obispo por su gran sermón á los fariseos; sólo recibió pedradas.» Es, en lo social ó político, la eterna antinomia del ideal moral de la bondad desinteresada. Si las gentes honradas fuesen siempre felices, muchos se harían honrados por especulación, y Dios no ha querido eso.

Estamos en tiempo de construcción; queremos convertirnos en nacionalidad; pero estamos á la vez en tiempo de guerra contra infinidad de enemigos que tratan de impedirnos ser constructores; en guerra con la reacción y el clericalismo, en guerra contra el socialismo y la anarquía. Nuestro peligro es tan inminente, que hasta cuando dormimos lo hacemos con la mano en el arma, como el oficial americano en su fuerte del Fart-West, en medio de los Sioux.

En estos momentos críticos, uno de cobardía es explicable y aun disculpable hasta en espíritus como Silvela. ¿Quién, entre los más fuertes, no ha tenido su cuarto de hora de vacilación? Sin embargo, ni en tan peligrosas circunstancias debe

el buen patriota dudar. La lucha unida al trabajo es un ensueño posible, realizable. Recuerde Silvela el ejemplo que nos han dado aquellos judíos piadosos que fueron turbados frecuentemente por el enemigo en la construcción del segundo templo, y que combatían con una mano mientras que en la otra tenían la paletada para edificar la casa de Dios.

* * *

Como Catalina II de su manía filológica, se ha cansado Silvela de su *manía* política después de haber leído cierto libro sobre la soledad en el Zinmermann que lleva en sí mismo. Quizá presiente que la soledad impide las tempestades de la vida, y que el desierto en que el alma se convierte por el aislamiento, despeja con su calor intelectual los horizontes de la conciencia, al modo que en los desiertos de Africa disipa el calor radiante todas las nubes que aparecen. Sí; aislarse es conocerse, es oponerse al mundo y á la sociedad en lo que ofrecen de brumoso, y sentirse en lo que uno presenta de claro é irreducible. La soledad derrite los sentimientos adquiridos entre los hombres al fuego de las ideas grandes.

Y aislarse es también sufrir, porque aislarse es protestar, compadecer, huir, mutilar la existencia en lo que tiene de solidaria y altruísta; llorar, en suma, la maldad é insolidaridad de los demás, ya que no puede hacerse ante ellos. Tan propio es el llanto de la soledad, que sólo en ella no se extraña, mientras que se tiene por loco ó imbécil al que se ve reir á solas. ¡Ah! es más propio de la naturaleza humana el llanto que la risa.

¿Y no advertís ya una consecuencia que el ejemplo de Silvela trae á la imaginación, si su retirada es solemne y definitiva? ¿No os parece, encarnando en él la patria, el conjunto de los españoles, que su conducta nos indica cuál debe ser la conducta de todos ante un porvenir de caída fatal é irremediable impotencia? Si llegamos á convencernos de que todo trabajo

para luchar con fuerzas iguales contra nuestra ruina es inútil, y de que España, como nación, ha perdido el secreto de vivir, preciso es que los españoles sepamos al menos morir; preciso es que, como en solemne ocasión dijo el marqués de Grijalba, sea nuestra muerte *la de un gentilhombre*. Pero nada de esfuerzos desesperados, nada de recursos guerreros. Imitemos al sucesor de Cánovas; convirtámonos los diez y nueve millones de iberos en otros tantos Silvelas, en otros tantos solitarios del espíritu; retirémonos del movimiento de la sociedad humana; fomentemos el odio á la fatalidad de la convivencia pública y á la lucha brutal que engendra, y suspendamos nuestra acción uno tras otro, hasta que por fin, sin que se vea estremecerse, erguirse ni agitarse á nadie, se pare toda la máquina nacional. Así daremos al mundo un espectáculo comparable al célebre final de la sinfonía de despedida de Haydn, en el cual enmudece lentamente un instrumento tras otro, y un músico después de otro apaga su luz y se va.

*
* *

No avanzaré más en mis reflexiones. Aún queda mucho por decir, y no es posible decirlo todo en los límites de un artículo.

Severo y terrible es el cuadro. Con la retirada de Silvela ha muerto el partido político que rompió osadamente los moldes del liberalismo clásico y cerró á los sucesores de la Revolución de Septiembre las puertas del poder constituído. Por esto, principalmente por esto, es á mis ojos una situación dramática la suya.

Terminaré esta ligera exposición del vasto asunto que me ocupa dando color á una idea. No supongo á Silvela capaz de cobardes arrepentimientos, y le hago la justicia de creer que, una vez á espaldas del partido conservador, seguirá intrépidamente hasta el fin su solitario destino. Pero me afligiría que confundiese su partido con la política en general y se

convirtiese en un escéptico respecto al arte del gobierno y á la ciencia del Estado. No; la cruel experiencia pasada no debe convertirle al sentimiento de la incredulidad burguesa; las torturas del martirio no deben arrancarle la abjuración de sus creencias de estadista y hombre público. Muera para el partido conservador, desdeñándolo compasivamente; pero muera en la religión de la política sin maldecirla ni ultrajarla, convencido de que fuera de ella no hay salvación para el problema patrio en su conjunto, contento de recibir por ella la duda después de haberla pedido la fe. Se ha engañado de partido, ésta es toda la cuestión; su error ha sido el partido conservador, y no la política. ¡Que tome, pues, otro partido: el partido de la razón, de la democracia, de la juventud, de la unidad nacional!

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

UTOPIA SOCIOLÓGICA

SUMARIO: Utopia abstracta y utopia por conjeturas.—La utopia en sociología.—¿Es legítima?—El caso de M. Ward.—Función de las utopias.—El problema del porvenir.—La utopia sociológica de M. Ward.—La integración de las razas.—Cálculos.—La edad de la tierra.—El aspecto ético.—El porvenir moral.—La idea cristiana.—Diferenciación social é integración social.—El tiempo y la obra del hombre.—Reparos metafísicos.

Hay, entre otras, dos maneras de idear una utopia: la más común quizá, consiste en bosquejar una humanidad terrena, sin ninguno de los defectos y dolores actuales, y, en cambio, con todas las buenas cualidades y dichas y ventajas, que para su mundo, un mundo imaginario y paradisíaco, querría el utopista. La otra, no tan común, como procedimiento para engendrar sueños utópicos, aunque muy corriente para indicar orientes, señalar reformas y construir doctrinas, consiste en *inducir*, y conjeturar, un estado próximo ó lejano, feliz, ó por lo menos más feliz que el presente, estado de posible realidad futura, en razón de una realidad positiva anterior ó del momento.

Muchos sistemas comunistas se han ordenado según la primer manera, que es además la más fácil y socorrida, porque, al fin, todo estriba en suponer que los hombres son de este ó de aquel modo, y que las cosas pasan en el mejor de los mundos posibles.

El anarquismo propende á ese género de utopias, desde el instante en que construye una sociedad futura, ideal, con el

supuesto de hombres naturalmente buenos, y á partir de la creencia en esa bondad nativa, que se manifestaría con todo su fecundo empuje, á no verse contrariada por la acción perturbadora de la coacción exterior, y que, en efecto, se habrá de manifestar, desde el punto y hora en que tal coacción no fuerce al instinto.

Sin duda, cabe una concepción anarquista, no utópica, de esa manera, un tanto inocente; verbigracia, cuando el anarquismo no construye sociedades futuras, como por ejemplo hace Juan Grave, y se contrae á exponer un principio psicoló, gico de conducta y á formular un ideal íntimo, inmediatopara la vida de cada cual; entonces el anarquismo toma otros vuelos, y significa, no una abstracción imaginaria, sino pura y simplemente la proclamación de la ineficacia moral, y de la esterilidad jurídica de las restricciones violentas, y la afirmación de la fuerza y eficacia de la voluntad personal, espontánea y libre, del autogobierno, de la expansión de la vida, que decía el malogrado y simpático Guyau, sin trabas entorpecedoras, sin sanciones artificiosas.

Un anarquismo así concebido no es utópico, si por utopia se entiende ensueño dichoso y definitivo, aunque muy bien puede engendrar utopias de la otra manera que dejo indicada, utopias por *inducción*, que diríamos.

Pero conviene advertir que no trato de explicar la significación y alcance del anarquismo. Es hoy mi problema otro, problema que hace mucho tiempo me interesa y atrae. La utopia, ¿es legítima? La utopia, ¿será un método sociológico inútil, ó aceptable? ¿no será la utopia una expresión sin valor científico, aunque pueda tener un valor grande como literatura, y en la relación estética? Más concretamente, y quizá más claro: ¿puede un sociólogo, que no se declare á la vez un soñador, que por el contrario, pretenda ser *positivo* y científico, lanzarse, sin salir de su jardín, á idear utopias?

Repito que es éste un problema que me intriga hace mucho tiempo, que me sale continuamente al paso, cuantas veces

me propongo enterarme de lo que es el *Estado*, y aun cuantas veces miro hacia adentro, y busco una relación ideal á la conducta, y una orientación ó un sentido á la vida propia y á la vida del prójimo. Pero jamás, quizá, me interesó el problema con la fuerza con que en estos días me ha interesado, al compás que leía un folleto del insigne sociólogo americano M. L. F. Ward (1), el sabio autor de *La Sociología pura*.

Basta el título del folleto, unido á la representación rigurosamente científica y positiva del autor, para que la cuestión, mi cuestión, surja y se imponga: *Una utopia sociológica*, es decir, una utopia que no se edifica en las nubes, que no es obra de ensueño, porque eso debe significar lo de *sociológica*, ya que la *sociología* se forma ó pretende formarse como una ciencia, y no como una poesía ó como una metafísica (2). ¿No es esto nada? ¿No es un buen motivo para tratar de la posibilidad y legitimidad de la utopia, en la ciencia social, el hecho de que un *sociólogo* —sentido estricto—no vacile en bosquejar *su* utopia?

***

He de confesar que la utopia me ha parecido, en general, legítima, por de pronto, como labor consoladora, que, al fin, consuela lo de imaginarse una humanidad perfecta, buena, sana y dichosa, sobre todo, si se piensa que el utopista, por soñador é imaginativo que sea, construye siempre con elementos reales, más exacto, históricos; no han hecho otra cosa todos los utopistas, desde Platón, que *idealizar* su tiempo, al modo como el artista, escultor ó pintor no puede hacer otra cosa que combinar en formas más ó menos extrañas ó *ideales* lo que la realidad y la vida les ofrece. Por otra parte, la uto-

(1) *La differenciation et l'integration sociales. Une utopie socialiste*, París, 1903. V. *Annales de l'Institut international de Sociologie*, t. IX. V. *The American Journal of Sociology*, Mayo 1903.

(2) En el supuesto de que la metafísica no pueda ser ciencia...

pia, aun la más abstracta, la que menos tenga de real en su conjunto, puede obrar como incentivo, como sugestión, como *ideal*-fuerza.

Naturalmente, la utopia no es ciencia, lo que llamamos ciencia, en sentido estricto: más bien puede ser obra de arte; pero ayuda la labor científica, precediéndola á veces, y á veces condensando en proporciones agrandadas ó exageradas sus resultados; y otras, apoyándose en éstos para suscitar nuevas y más atrevidas acometidas ó lanzamientos por las regiones de lo desconocido, que es la gran cantera del utopista... el mentir de las estrellas...

Por esto no me he explicado nunca, de una manera satisfactoria, la especie de desdén con que muchos socialistas, de la rama marxista, sobre todo, tratan el socialismo utópico y sentimental, entendido como opuesto al que ellos llaman, con cierta presunción excesiva, socialismo científico. De un lado, no hay que olvidar que en el primero está el germen de todo el socialismo moderno: él es quien le ha prestado el calor indispensable, para que una idea cuaje en la conciencia social; y de otro lado, el socialismo científico ó práctico, de reivindicaciones inmediatas, positivo, entraña en el fondo una gran utopia, que hoy obra sobre el mundo real, sobre la historia presente, con atracción irresistible, á la manera de un oriente, como una obsesión inmensa, como un ideal atractivo; en definitiva, como un motivo determinante de una tendencia que no habrá de triunfar sino en parte, y confundida con otras en la resultante general de la historia futura.

Y si las utopias abstractas, las que entrañan ensueño, las utopias engendradas desde Platón hasta Bellamy ó William Morris; si todas las repúblicas ideales, ó ciudades del sol, ó pueblos libres, ó mundos en el año 3000, son legítimas y tienen su función social y científica, con mayor razón creo yo legítima la otra clase de *utopias*, es decir, las que presuponen una dirección agradable, consoladora, optimista en sus resultados generales, en el mundo humano, no por mera exigencia

de una aspiración filosófica, ó como expresión de un temperamento ó de un deseo generoso, sino en virtud de una concepción y de una apreciación realistas de la historia y de la vida, y como último resultado de una inducción positiva.

En mi sentir, un sociólogo de tendencias positivistas, un sabio, un filósofo rigurosamente científico, puede, sin salir de su esfera propia, lanzarse por las regiones de la conjetura y señalar una dirección ulterior á la evolución humana, y hasta una forma de vida que estime como una consecuencia lógica del desarrollo, continuado y necesario, de cualidades ahora en germen, y acentuables en lo porvenir, por entrañar inclinaciones naturales de la humanidad y ser expresión fiel de las fuerzas más profundas de la historia.

***

Aunque no desconozco que este método de las conjeturas sociales, de los vislumbres del porvenir, tiene sus quiebras, y hasta sus peligros de degenerar en pujos proféticos, sin embargo, no me parece que deba, sin más, rechazarse de plano, del campo de la sociología, procedimiento tal de provocar y bosquejar utopias. Quizá sería razonable afirmar que, en el fondo de todo sociólogo, va más ó menos escondido un utopista, y que á veces, la gracia atractiva del sistema social está en razón directa de los granitos de utopia—la sal de la tierra—que en él se advierten; por otra parte, en toda previsión sociológica —previsión fundada en la realidad conocida, en los datos visibles y apreciables—late la idea de una utopia, puede haber como el germen de una, el cual germen se transformará en árbol frondoso y florido, á poco que la previsión, bajo la acción de una imaginación constructiva—facultad muy conveniente y no rara en el sociólogo,—se convierta en bosquejo, más ó menos novelesco, de una sociedad del porvenir, y á poco que el sociólogo se atreva, á construir un ideal, mediante un desarrollo lógico, ó que estime tal, de las premisas puestas como base de una orientación futura.

Y esta manera de provocar ó de producir utopias en el campo, á menudo árido, de la sociología positiva, me ha parecido todavía más razonable y aceptable, leyendo el interesantísimo folleto del sabio M. Ward. Viene el caso á confirmar más y más la indicación que acabo de hacer. M. Ward se ha dejado llevar sin arrebatos imaginativos, aparentes, por la atracción sugestiva de la inducción atrevida, hacia las regiones de la conjetura legítima. Todo ello, como la cosa más natural del mundo, como una verdadera exigencia de la voluntad, guiada por el razonar científico.

*
* *

Nada, en verdad, tiene de extraño que quien estudia el pasado, y procura penetrar en el fondo de la realidad histórica, luego que cree haber encontrado la explicación racional de los movimientos sociales, y se considera en condiciones de formular una explicación positiva de la vida actual de las sociedades humanas, nada tiene de extraño, repito, que se sienta animado á acometer la empresa, siempre tentadora, de vislumbrar el porvenir. Es muy difícil que el sociólogo, que ha encontrado una hipótesis explicativa del fenómeno social, se mantenga en el terreno de la realidad presente, y no se lance, con vuelo más ó menos elevado y noble, por las regiones del ideal futuro. Al fin, cuando no se sale del puro *historicismo*, hay, á mi ver, una profunda analogía, más profunda de lo que al pronto pudiera creerse, entre la labor de reconstruir las épocas remotas, de las cuales nos dice poco, ó no nos dice nada, la historia, y la de idear las épocas futuras. La prueba es que, si para explicar el contenido de éstas se han ideado á menudo las *utopias* más extraordinarias, para describir el de las primeras, no han faltado esbozos de edades de oro, de mundos paradisíacos y de reinos de la inocencia pura.

La solución del problema del porvenir es una de las obsesiones más disculpables, pues, no ya del sociólogo de acción, sino del sociólogo filósofo: podrá éste ó aquél ponerse el problema, ya sea dentro de las condiciones limitadas que entraña

el porvenir mismo, como simple é inmediata prolongación de la historia, ya sea elevándose á un punto de vista general, que entrañe una posición ética y convierta el problema indicado en un problema moral, que pide una respuesta que indique no ya cómo *habrán* de pasar las cosas, sino cómo *deberían* éstas pasar; pero no importa: el problema es natural, lógico, á menudo completamente ineludible.

Lo difícil, ó punto menos que imposible, es que el sociólogo utopista, ó que, sin ser utopista declarado, se lanza por las esferas libres de las edades no vividas, se contraiga, por realista y esclavo de la inducción positiva que sea, á una explicación indiferente, como la del astrónomo que prevé los eclipses ó señala la aparición de un astro del porvenir, prescindiendo del lado, si no trascendental y metafísico del problema, por lo menos del lado moral. La preocupación ética, con la aspiración ideal, aunque no siempre estén á flor de tierra, las suele haber en el fondo de todas las previsiones y conjeturas sociales.

Quizá debe afirmarse que quienquiera que construye una utopia, ó señala una orientación, ó determina una marcha á la evolución humana, ha resuelto por adelantado, explícita ó implícitamente, el problema de la *bondad* ó *maldad* nativa del hombre, con el de si éste *sube* ó *no* en la historia, ó en otros términos, si *progresa* ó *se estaciona*, todo lo cual entraña cierto *ideal*, ó concepción, de lo que se estima como *mejor* para la vida de la humanidad representada en sus pueblos.

Quien esté convencido de la maldad ingénita del género humano, quien atribuya al *dolor* un valor absoluto, acaso considere que es inútil toda orientación, y estéril todo esfuerzo, y vana toda utopia. Quien tenga una opinión contraria sobre la naturaleza humana, y sobre el valor ético de la psiquis del hombre, propenderá á idear utopias, y soñará con días mejores, y hasta podrá llegar á imaginar edades admirables, en la inagotable sucesión de los tiempos, cuando no transformaciones radicales de la existencia terrena.

*
* *

M. Ward es un buen ejemplo de serenidad filosófica, y hasta de objetividad científica, en la tarea de apuntar—no de desenvolver, porque no llega á tanto el sabio autor—una utopia sociológica, no obstante lo cual, respira toda su hipótesis el inevitable optimismo animador.

Mas veamos ya la utopia del sociólogo americano. Ante todo, bueno será que consideremos el sentido en que M. Ward concibe la utopia.

No es ésta la construcción imaginativa de una sociedad definitiva, que cierre el ciclo ó un ciclo de la perfectibilidad humana. Es, á lo sumo, la indicación anticipada de lo que podrá ser la humanidad, en vista de lo que fue y de lo que es: trátase, pues, de una utopia, como decíamos, por inducción, mejor, por conjeturas.

He aquí su nervio.

Las razas humanas—hecho real,—después de haber pasado por un período de diferenciación, que llenan la lucha y oposición de las razas, empiezan á recorrer un período de integración. Y esto rápidamente. «No advertimos, dice siguiendo á M. Holmes, la rapidez de los movimientos—los de integración; —pero comparados con los cambios de otros tiempos, son huracanes comparados con los céfiros de la mañana. El continente de América ha cambiado de habitantes en un abrir y cerrar de ojos, y Asia, África, Australia y las islas del Pacífico se encuentran en plena labor de desintegración de razas. Hoy un hombre puede dar la vuelta al mundo doscientas cuarenta veces en su vida. Un solo individuo puede ser padre en todas las regiones terrestres del globo... y esto no es más que el comienzo de un período que debe durar millones de años. ¿Cómo proyectar, pues, la línea del diagrama del porvenir? Sólo puede haber una respuesta» (1).

---

(1) Ob. cit., pág. 26. Cita de M. Holmes, tomada de un discurso de éste, titulado: *A Sketch of the Origin, Development and Probable Desting of the Races of Men.*

«Podemos bosquejar en pocas palabras el curso inevitable de la especie humana... El mundo será inundado y lleno por una raza generalizada, en la cual la sangre dominante será la de la raza que hoy tiene, física é intelectualmente, más derechos á apoderarse de todos los recursos de la tierra y del mar. La sangre y la cultura serán cosmopolitas. El hombre, ocupando todo espacio de tierra disponible sobre el globo, será una unidad más fuerte que en los primeros días de su período primero, cuando en una región circunscrita, oculto en el espacio enorme de algún continente desconocido, los poderes de especialización moldeaban por primera vez la especie humana» (1).

Y luego añade M. Ward: Una indicación de esta naturaleza «puede parecer una utopia, pero sólo es tal en el sentido mismo en que cada gran época es una utopia respecto de la precedente. La vida y el espíritu son utopias cuando se los compara con un estado en que no existen, sin embargo de lo cual, el mundo ha dado ese paso cósmico, y el mundo orgánico y psíquico ha surgido de un mundo sin vida y sin inteligencia. Un tipo cualquiera de vida, altamente desenvuelto, es una utopia con relación á los tipos más bajos que le han precedido: la planta de semilla con relación á la planta de esporos, el angiosperma con relación al gimnosperma, el animal de vértebras con relación al invertebrado, el mamífero con respecto del reptil, el hombre más bajo con respecto del mono más elevado, y el hombre civilizado con relación al salvaje. Sería utópico que un mono aspirase á la humanidad, ó que un troglodita se figurase el estado civilizado. Únicamente mirando hacia atrás y contemplando el grandor de los pasos dados, será como podamos formarnos una idea científica de lo que la evolución es capaz de hacer».

La utopia sociológica de M. Ward no se contiene, pues,

1) Tomado por M. Ward, de M. Holmes. *American Anthropologist*, IV, núm. 3. Julio-Septiembre 1902, pág. 369-391.

en una construcción imaginativa de la humanidad futura; no se trata de ninguna nueva ciudad ideal, ni de ningún bosquejo de sociedad perfecta; se expresa, por el contrario, en una indicación de una hipótesis científica, respecto de la dirección probable de la evolución humana: la utopia sociológica, *inducida* de la evolución pasada en el proceso de la diferenciación social, se concreta quizá en esta expresión: *la integración última universal de las razas* (1).

***

Claro es que esa palabra *última* se presta á interpretaciones muy diversas, y que quizá no debe tomarse, como si quisiera con ella afirmarse el término definitivo de la historia, ó, mejor, aunque la historia continuase, como el período final de una evolución que encuentra su eterno equilibrio. En otras palabras, no debe querer decir M. Ward que, una vez integradas las razas humanas, habríamos llegado á la ciudad perfecta, que tantas veces cantó Zola, en sus últimas utopias novelescas. Más bien parece indicar que esa *integración* será, como integración universal de las razas, la *última;* el mundo, y en él la humanidad ó quien la sustituya, seguirán dando vueltas.

Lo cierto es que, sin salirse del carril metódico, prudentísimo, del sabio Ward, puede el sociólogo moderno, positivo y científico lanzarse á inducciones más atrevidas, á conjeturas de un vuelo más largo, y por ende, no hay que negarlo, más peligroso.

A mí, por ejemplo, se me ocurre que, admitidas las premisas científicas de M. Ward sobre la continuidad del proceso evolutivo, la antigüedad de la tierra y de las formaciones geológicas, la lentitud relativa del progreso espiritual, no es inverosímil suponer que el hombre representa un paso transitorio hacia la formación de un sér muy superior, que no sería el

(1) Pág. 27.

superhombre de Nietzsche, en cuanto éste entraña el sello de un aristocratismo depresivo para el resto de los mortales; pero quizá sí, si por superhombre se entendiese un hombre distinto del actual, tanto como éste lo es, no del salvaje, pero del mono, ó si apuramos un poco, del invertebrado.

Hay que tener en cuenta que según el cálculo que en su cuadrante del día cósmico, en el cual M. Ward, inspirándose en Haeckel, representa la perspectiva cosmológica, es decir, la edad de la tierra—72.000.000 de años, según M. Ward—en un cómputo de 24 horas, hay que tener en cuenta, digo, que con relación á ese período de la evolución cósmica, el período terciario —2.675.000 años—equivalen á 53 minutos y 30 segundos del día terrestre, el período cuaternario —300.000 años—equivale á 6 minutos, y el período histórico—25.000 años—equivale á 30 segundos, mientras el período último, el del lenguaje escrito, que se calcula en 6.000 años, equivale á sólo 7 segundos.

Pues bien: si en 7 segundos la humanidad ha hecho lo que ha hecho, ¿adónde podrá llegar con que sólo la dejen para seguir su evolución actual, en el sentido de la integración de las razas, *un cuarto de hora?*

Porque M. Ward, prudentísimo hasta el exceso, se limita á señalar la integración de las razas como síntesis de su utopia; y la dominación absoluta de su medio físico por el hombre, como expresión más alta del progreso. Pero ¿y no podría vislumbrarse la evolución que, al compás de esa integración étnica, realizarán la moral, el derecho, las ideas, en suma, todo aquello que distingue al hombre de los otros animales? ¿y cuál será la suerte de las instituciones? Este Estado, que tanto apasiona hoy á las gentes, y cuya desaparición pone la carne de gallina á los filisteos de nuestros días, ¿flotaría en ese mundo futuro en medio de esa raza una y homogénea? ¿y qué quedaría de las aficiones metafísicas del hombre? ¿qué de todo lo que constituye la más sana parte, ó que tal creemos, del patrimonio espiritual de la humanidad?

También en esto son legítimas las conjeturas: es indudable. Y sin lanzarse á ellas, que no es ese mi objeto, sugiere, en verdad, muy interesantes y atractivas sugestiones, favorables al progreso moral, el hecho de la lentitud tremenda de la evolución cósmica, y, dentro de ella, de la evolución vital, y, más especialmente, de la evolución espiritual. Cuando se considera esto, ya no sorprende que la humanidad haya tardado tanto tiempo en llegar á la idea cristiana, y menos sorprende todavía que, después de diez y nueve siglos y pico de cristianismo, apenas haya penetrado éste en la conciencia íntima de una minoría, muy corta, de seres escogidos.

En efecto: si como observa Harnack (1)—y ya lo había advertido Tolstoy,—la esencia del cristianismo es «observar la ley de amor»; si lo que pide Cristo es que «el amor sea una disposición constante del alma», que ese es el reino de Dios sobre la tierra, ¿cuán lejos no estamos todavía, en todas las esferas del vivir y del sentir humanos, de ese ideal proclamado hace cerca de dos mil años? ¿Cuán lejos no están de él, sobre todo, aquellas mismas instituciones, creadas al parecer para hacerlo efectivo?

Si resumiéramos este desenvolvimiento moral, y recogiéramos, además, los mil atisbos que doquier se producen respecto de la marcha futura de la humanidad, como ente espiritual, relacionándolo luego todo con la marcha natural de ésta hacia la integración de las razas, preconizada en la utopia de M. Ward, presto alcanzaría esta integración proporciones que el sabio y prudente autor no ha pensado darle, pero que no dejarían de ser dignas de consideración y estudio.

*
* *

Mas ¿cómo razona su utopia M. Ward?

A partir del principio de la comunidad de leyes generales

(1) *La Esencia del Cristianismo*, págs. 116-117. Edic. ital.

de la evolución social y de la evolución orgánica. En el fondo, hay un poco de hegelianismo en la concepción del insigne sociólogo: la diferenciación, que es lo opuesto de la integración, es, sin embargo, el supuesto de ésta, y ésta el complemento evolutivo de aquélla. El hombre es un producto natural de la evolución cósmica: como diría Ratzel, es un detalle geográfico. Ha surgido á su tiempo, cuando se produjeron determinadas condiciones en un punto dado de la tierra, y luego se ha dispersado por ella, formando las razas diferenciadas y heterogéneas, y dominando poco á poco el planeta, merced á sus caracteres particulares, obra de la evolución también.

«El carácter fundamental que distingue al hombre de todas las demás especies de animales, es el mayor desenvolvimiento del cerebro, y por consiguiente, un aumento de facultades mentales de todas clases» (1), especialmente de estas dos: la memoria—que explica tanto de su vida social—y la invención, por medio de la cual el hombre ha podido romper todas las fronteras faunales, que limitan las demás especies, y extenderse por doquier, creando núcleos que poco á poco habían de ser razas distintas.

«El carácter omnívoro que poseen todas las razas primitivas, les aseguró el alimento, aun antes de la invención de las artes por las cuales el hombre ha reducido á su servicio el reino vegetal y el animal» (2). La invención de aquéllas venció la oposición de los medios, y libre el hombre de éstos, pudo comenzar su «carrera de expansión universal, que acabó por abarcar todo el planeta» (3).

Ese período de expansión y de conquista del globo, de oposición y de lucha por el medio, «puede llamarse período de *diferenciación social*» (de creación de la lengua y de las costumbres); pero ese período se agota, produciendo, por la misma

(1) Pág. 6.
(2) Pág. 3.
(3) Idem.

prolongación última, el segundo capítulo de la historia humana: el de la *integración social*, que se inicia ya con las primeras manifestaciones de integración de las razas. No hace mucho el número de razas humanas era, por decirlo así, infinito. Esas razas eran absolutamente distintas, desde el punto de vista sociológico, y muchas de ellas eran entre sí enteramente diferentes, desde el punto de vista etnológico. Sólo se parecían en el respecto biológico. Todas eran razas humanas. En un cierto estado, á saber, en el de la mayor diferenciación, el número de razas era mucho mayor que ahora, y mayor que en ningún estado subsiguiente. Esta reducción en el número de las razas humanas es el resultado de la integración social» (1).

La utopia de M. Ward es bien clara: la acción de la integración social continuará, y del propio modo que ha reducido el número de las razas, producirá al fin la desaparición de éstas y la formación última de una raza única universal.

Apoyándose en las consideraciones verdaderamente originales é interesantes del eminente antropólogo M. W. H. Holmes (2), afirma aquél con resolución la integración de la raza humana. «Sea cual fuere, escribe, el estado actual de las cosas, y á pesar de los grandes obstáculos opuestos á la mezcla de las razas, resulta claro, para cuantos hayan meditado sobre el gran porvenir del hombre, que la integración de la raza continuará hasta que todas las razas de hombres se hayan fundido en una sola. No porque las razas inferiores absorban á las superiores, ni que éstas hayan de ser rebajadas al nivel de aquéllas. Las razas dominantes dominarán siempre el producto, sea cual fuere, pero los elementos menos fuertes entrarán en él como modificadores. Representan cualidades que, en proporción moderada, irán á mejorar y á enriquecer el conjunto. La gran raza del mundo, unida y final, se asemejará á una fotografía compuesta, en la cual ciertas faces salientes

(1) Ward, ob. cit., págs. 10-11.
(2) Pág. 21.

dominarán el grupo, pero en el cual se distingue el influjo neutralizador de las fisonomías, caracterizadas por cualidades morales refinadas, que reflejan el alma más bien que el intelecto. Esta raza humana perfeccionada, pues, realizará entonces todo *lo que hay de grande y de bueno en el hombre*» (1). (Subrayo yo).

***

No faltan las objeciones contra esta utopia de la integración de la raza. La principal es la del tiempo. Pero M. Ward se adelanta á toda observación, notando que el hombre es de ayer; que los trabajos del hombre constituyen un instante en la edad de la tierra; que el hombre, en fin, no es más «que un punto en la superficie del océano del tiempo, cuando éste se mide por la geología» (2).

Por lo demás, el período de integración social acaba de comenzar, y habrá de acelerarse más y más, con el aumento de población: «las razas se mezclarán más y más, y cuanto más se mezclen, más habrán de mezclarse» (3). Pero, á pesar de esto, se necesitará mucho tiempo—relativo—para realizar la integración de la raza. ¿Dispondrá de él el hombre? Figurémonos un millón de años: ¿los durará la tierra en condiciones de habitabilidad?

«Se nos dice que la ciencia anuncia la decadencia del planeta; que el sol pierde su calor; que las condiciones de la existencia orgánica están condenadas á empeorar; que lenta, pero seguramente, la tierra se hará incapaz para sostener la vida, y que el hombre... acabará por ser imbécil... y al fin, la tierra, fría, será una estrella muerta, como nuestra luna» (4).

La visión poética de Leconte de Lisle parece confirmarse por la ciencia...

---

(1) Págs. 20-21.
(2) Pág. 30.
(3) Pág. 31.
(4) Pág. 35.

M. Ward nos consuela diciéndonos que «todo eso es probablemente cierto»; pero que examinado desde nuestro punto de vista, no tiene un gran interés práctico, porque vamos para arriba y habrá tiempo para todo. «No hay razón alguna para pensar que el período durante el cual las condiciones de existencia vital se conservarán tan favorables como ahora lo son, y como lo han sido desde el comienzo del tiempo terciario, haya de ser menos largo que aquel durante el cual esas condiciones han durado ya. Este período, según las estimaciones de la persona más digna de confianza, no será menor de tres millones de años. Por lo tanto, todas las especulaciones sobre la decadencia final del planeta, aunque científicamente justas, son puramente teóricas y no tienen ningún valor práctico».

La lógica de los decadentistas es falsa; el mundo apenas ha empezado á ir para arriba, y tendrá tiempo para hacer muchas cosas; ¡quién sabe! Quizás llegue el hombre á realizar en la tierra esas maravillosas obras que todos han podido figurarse en la superficie del planeta Marte, según el mapa que de las mismas se ha publicado, y las cuales, como advierte Schiaparelli, y recuerda M. Ward, indican la acción de seres inteligentes.

Ni por un momento quiero poner nada de eso en duda. Nadie puede imaginar lo que será la tierra cuando tenga los años que se atribuyen á Marte, y el hombre haya dominado las fuerzas todas de la naturaleza. Pero, aunque M. Ward nos consuela mucho con poner tan lejos, tan fuera de la acción del interés práctico, el porvenir más distante de la tierra fría, del hombre imbécil, no puede desconocerse que la cuestión del porvenir de la humanidad queda en pie para el filósofo.

Si sólo del interés práctico se tratase, poco puede importarnos lo que pasará dentro de un millón de años. En cambio, no puede menos de atraernos el misterio del destino de la humanidad. ¿Es que este esfuerzo que suponen la diferenciación y la integración sociales, acabarán en nada, se agotarán al fin con el enfriamiento terrestre? La labor del pensamiento y

de la cultura, ¿serán momentos fugaces y sin *ulterior* efecto en la evolución indefinida de los mundos? Esa raza única y homogénea, ¿agotará todo el sér humano, sin que quede nada de su acción, como no sea la huella triste de su trabajo material sobre la corteza de un astro muerto?

Ciertamente, M. Ward no ha querido ponerse el problema en esos términos tan amplios; no ha querido lanzarse á las regiones de la metafísica: su utopia es modesta en su alcance, no obstante las apariencias... pero, ¿quién duda que la lectura serena y reflexiva de su hermoso opúsculo suscita con fuerza irresistible la cuestión metafísica en toda su plenitud?

Y es que, aunque parezca raro á los espíritus positivistas, que estiman la sociología como una ciencia que se basa sólo en los hechos, tiene ésta una relación interna con la metafísica, mucho más íntima de lo que pudiera creerse.

Adolfo Posada

RECUERDOS DE UN VIAJE POR HUELVA

(1890)

—

PALOS

De mañana era, una deliciosa de Noviembre, — que en la provincia de Huelva es todavía caluroso otoño,—cuando, después de haber recorrido la importante ciudad de Moguer y de haber contemplado con deleite sus no numerosas bien que interesantes reliquias monumentales, tomaba el camino descuidado de Palos de la Frontera, con el ansia vivísima de reconocer aquellos lugares que tantas memorias de grandeza atesoran y que de modo tan directo hablan al alma. En la administración del coche que hace el servicio desde la estación de San Juan del Puerto á Moguer, había alquilado un *breack*, característico carruaje de estas comarcas del Mediodía, y á cosa de las nueve y media ó diez de la mañana cruzaba las animadas calles de la población y me alejaba de ella bajo los rayos de un sol esplendoroso y brillante, que prestaban encanto singularísimo al panorama.

Desde que, con el primer recuerdo, aparece en estos lugares ante nosotros, como evocada por sí propia en nuestro espíritu, la egregia espléndida figura de aquel insigne navegante cuya preconizada fama celebra sin cesar el mundo, y cuyo nombre, un tiempo obscuro y desconocido, eclipsa por su incomparable grandeza las glorias efímeras y perecederas, las vanidades y las arrogancias estériles de príncipes y de optí-

mates,—todo lo llena con los resplandores de su controvertida fama y todo está impregnado de ella, desapareciendo en las sombras de lo innominado cuanto no se ofrezca esclarecido por los vivísimos destellos que de aquella gigantesca figura irradian y se originan. Por esta causa, pues, el blasón de los Puertocarrero, marqueses de Villanueva, que, con sus quince jaqueles de oro y azur y sus diez y seis escaques de castillos y leones, es hoy el blasón de la antigua villa de Moguer, hecha ciudad por la munificencia de Felipe IV en 1642,—queda con todos sus prestigios desvanecido y borrado ante el nombre de Cristóbal Colón, que suena por vez primera bajo las naves sombrías de la iglesia del *Convento de Santa Clara*, donde la tradición, afanosa de conquistas y de apropiarse algo de la gloria del descubridor del Nuevo Mundo, para sublimar la memoria de Moguer y enaltecer el mérito de aquel monumento, afirma que oró Colón la tarde antes de emprender su inmortal viaje, y el día después de su regreso de América.

Quizás en una y otra ocasión recordase que genovés, como él, fué el almirante mayor de Castilla Egidio Bocanegra, cuyos descendientes poseyeron, con el de la Palma, de que á Egidio había hecho graciosa donación Alfonso XI, el señorío de Moguer, y acaso invocara bajo las bóvedas severas del templo erigido por el famoso almirante D. Alonso Jofre Tenorio, los manes de aquel compatriota que pasando al servicio de Castilla, y contribuyendo con su experiencia y con su esfuerzo á conquistar los laureles que ilustran la memoria del vencedor del Salado, debía en esta tierra, para él extraña, vincular su nombre y su progenie, como hubo de vincularlos también por su parte Cristóbal Colón al servicio de la España.

Quizás en alguno de los leños de su flota, ya aparejada y apercibida, llegaría la víspera del día para él más solemne de su existencia al abrigado puerto de Moguer, y donde hoy atracan oscilantes las pequeñas lanchas, los *místicos* y los *laúdes*, que con otras embarcaciones mayores son allí emblema del comercio, atracaría el humilde esquife que conducía á aquel á

quien Dios iba á conceder la más grande de las glorias: la de soldar sin duda los eslabones de la humanal cadena, rotos acaso en el comienzo de las edades.

Seis kilómetros por junto dista de Moguer la villa de Palos, y á la verdad que el trayecto no puede ser más pintoresco ni animado. Desde las pequeñas eminencias por donde trepa y de donde desciende á intervalos el carruaje, tendida muelle y regaladamente descúbrese la ciudad de los Puertocarrero en medio de su fértil vega, dibujando en el límpido azul del cielo su blanco caserío, sobre el cual descuella, erguida y esbelta, con cierto orgullo, la torre de la iglesia parroquial de *Santa María de la Granada*. Viñedos y pinares, con otras especies arbóreas, allí tan frecuentes, esmaltan la alegre campiña hasta llegar al término de Palos, que confina por Septentrión y por Levante con el de Moguer, apareciendo á poco la cañada donde se levanta aquella población, en la que algunos han sospechado estuviese la antigua *Olontigi*, y donde con mayor fundamento afirman otros estuvo la *Palus Etrephae* de los romanos, conforme al tan manoseado testimonio de Festo Rufo Avieno, quien, con efecto, cual es sabido, escribe:

...Multa propter est Palus
Etrephae dicta: quin et Iberi civitas
Stetisse fertur hic locis prisca die,
Quae proeliorum absumpta tempestatibus,
Famam, atque nomen sola reliquit cepisse.

Y aunque son muchas ciertamente las lagunas y los esteros que por aquella parte existen, y entre los cuales son de notar el denominado *Domingo Rubio* y la laguna de los Carrizales, que desagua en el Tinto, no siendo inverosímil, en consecuencia, que á ellas hiciera alusión Avieno, — quizás se refiriese al «mismo lugar de Palos, que oy retiene su antiguo nombre de *Palus*, que es laguna», según presume el docto cantor de las *Ruinas de Itálica*, y afirman después de él la mayor parte de los escritores. Colocado sobre el que lleva título de *Canal de*

Palos, y donde el Tinto adquiere ya cerca de medio cuarto de legua de extensión, como disponiéndose á entrar dignamente en el Océano, famoso es su puerto, desde el cual partió, el memorable y ya conmemorado 3 de Agosto de 1492, la primera expedición en demanda de las Indias occidentales. Parece que allí por todas partes debe vivir el recuerdo del glorioso genovés, y que á cada paso han de mostrarse las huellas del ilustre navegante y las de «aquellos verdaderos Argonautas, que por inmensos y no surcados mares, venciendo, no fabulosos ni encarecidos peligros, sino increíbles por grandes, descubrieron y costearon el Nuevo Mundo, llamado indebidamente América por Américo Vespucio, á quien no le costó nada», según la frase de Rodrigo Caro; pero lejos de ser así, y defraudando las esperanzas del viajero, fuera del nombre dado en la villa á la larga calle principal, que es denominada *de Colón*, en balde es ya toda investigación encaminada en nuestros días á descubrir el más pequeño rastro de aquel trascendental acontecimiento, como no existe cosa que no revele, por contrario modo, el aniquilamiento á que, con la prócer Niebla, es llegado este lugar, de tanta nombradía fuera y dentro de España.

En los comienzos de la XVII.ª centuria, cuando aún llegaban á los muelles del Guadalquivir, en la opulenta Sevilla, cargados de tesoros inapreciables los galeones españoles; cuando por esto mismo la plétora del numerario empezaba á secar las naturales fuentes de riqueza de la Península, y la sed del oro sangraba con asoladora frecuencia nuestros campos y nuestros talleres,—la población de Palos había de tal suerte decrecido, que ni aun «cien vezinos» en ella figuraban, según Caro, cuando quizás en tiempo de Colón, cual se asegura, tenía 1.900; y aunque, conforme á lo que arroja el censo de 1877, ha triplicado aquel número, pues se registra el de 332 con 1.250 habitantes,—con doloroso olvido de su grandeza histórica yace abandonada y en mortal atonía, arrastrando anémica existencia, que no han robustecido ni cambiado las reformas proyectadas y en parte ejecutadas con motivo del pasado Centena-

rio, y que contrasta al primer golpe de vista con la saludable de Moguer, su cabeza de partido.

Inútil es que, partiendo de supuestos ya convencidos de erróneos, se afanen los escritores locales, amantes de su provincia, en la estéril tarea de enaltecer aquella humilde villa, ponderando la importancia que no tuvo ni pudo tener durante los días de la dominación romana, haciéndola bajo el nombre de Olontigi, «residencia de algunos Gobernadores romanos que la eligieron por ser entonces el mejor puesto de esta zona»; inútil también que para presentarla como población de categoría dentro del distrito, en los tiempos de la dominación muslímica, se la compare con Niebla, afirmando, sin testimonios que en sana crítica cohonesten y justifiquen el aserto, que «fué notable, además, por haber tenido un gran vecindario y una multitud de familias nobles» después de la Reconquista, entre quienes hubo de repartir la ciudad Alfonso *el Sabio*.

¿A qué buscar la razón de su empobrecimiento y de su insignificancia, ambas antiguas y ostensibles, en el hecho no acreditado suficientemente por probanza alguna, de que las nobles familias «de Pardo de Quirós, Auñón (fundadora del Monasterio de la Luz), Prieto de Guevara, Guzmán, Henestrosa, Zúñiga, Maldonado, Quesada, Cueva, Núñez de Vargas, Soto-Mayor, Manrique de Lara, Estrada, Campo-Mayor, Pinzón, Fernández y otras muchas» abandonaron «todas el pueblo algún tiempo después de la Reconquista para irse á Jerez de los Caballeros, entonces de la Sierra, y á otros puntos, huyendo de la dominación de los señores á quienes se otorgaba la ciudad por servicios á la patria ó por el favoritismo»?

Cierto que Palos fué de señorío particular, y que en el siglo XV, juntamente con Villalba del Alcor, que había sido de Caballeros Templarios, figuraba en los estados de D. Diego López de Estúñiga, conde de Miranda, quien, por escritura otorgada en Roa á 5 de Marzo de 1473, hacía á su mujer, doña María Sandoval, donación «é cessión, é traspasación, que es dicha entre vivos», de una y otra villa, con su jurisdicción

«cevil y criminal, alto é baxo mero mixto imperio», para sí y sus herederos, y con su fortaleza, hoy ya completamente desaparecida; pero la verdad es que Palos ni fué ni pudo ser en la época romana sino mísero pueblo de afanosos pescadores; y si hubiese sido por aventura, cual se propone, «el mejor puesto de esta zona», entonces, ni Plinio, ni Festo Rufo Avieno, ni Pomponio Mela, así como tampoco Tolomeo ni Estrabón, lo hubieran dejado de mencionar con elogio, cual no habría dejado de subsistir con igual condición y análogo carácter en la edad visigoda y en la musulmana, y cual lo proclamarían por elocuente é irrefutable modo las ruinas de los unos y de los otros tiempos, que depondrían victoriosas á favor de aquella pretendida población, á través de tantas vicisitudes perpetuada.

En cambio, los geógrafos de la antigüedad, y Estrabón entre ellos, hablan de la increíble pujanza con que las crecientes del Océano invadían el país de los Turdetanos, convirtiendo en puertos ciudades hoy alejadas del litoral, testimonio comprobado por los residuos marinos que con facilidad son en Niebla descubiertos, y por los cuales se explica no ya sólo la extensión de las marismas y la frecuencia de los esteros, sino la condición del terreno mismo, que es allí en su mayor parte arenoso, con escasas vetas de tierra arcillosa y poco compacta; de suerte que, mientras el término es abundante en pastos, el arbolado es verdaderamente insignificante, y la producción de cereales y viñedo bien exigua. En tales circunstancias, y no en otras, es en donde hay que buscar, y habrán de ser halladas, de seguro, las causas de la pobreza de aquella población, no sólo en nuestros tiempos, sino en aquellos otros históricos invocados por los escritores locales, viniendo á acreditarlo así, por terminante modo, uno de los monumentos de mayor renombre en la provincia, y cuya fama nace tanto de la del inmortal Colón, como de la de Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena.

Árido, de escasa producción el suelo, que en el interior de

aquel que fué distrito occidental de la Bética brinda con toda suerte de producciones, Palos no fué sino el *Palus Etrephae* de que habla Festo Rufo Avieno; y su población, consagrada por entero á las arriesgadas y poco lucrativas faenas marítimas, escasa fué también siempre, y compuesta no más que de humildes pescadores, alejados, en aquella especie de desierto, del comercio y comunicación terrestres. Así, pues, no nos afanemos en buscar restos de las edades que fueron en la historia primitiva de las razas y de los pueblos que en la sucesión de los tiempos señorearon este rico confín de la Tarthéside, como tampoco habremos de afanarnos en perseguir los rastros que en pos de sí dejaron Colón y sus compañeros: contentémonos con lo que existe, y no pidamos hoy más de lo que Palos puede ofrecernos, á pesar de su resonancia y de su nombradía accidentales.

Una hora, poco más ó menos, habría tardado el *breack* en llegar á la villa y en penetrar por la larga empedrada calle principal, desierta y triste. Perdida la memoria de aquellas capillas dedicadas á *Santa Brígida*, á *Nuestra Señora de la Guía* y á *San Sebastián*, que en otro tiempo dignificaron respectivamente los extremos oriental, septentrional y meridional de Palos, en el comienzo de la mencionada calle, y como haciendo cabeza de la villa, se levanta, situada á la derecha, la única y famosa y pequeña iglesia de *San Jorge*, en la cual, á despecho de su pequeñez, cupo la personalidad augusta del gran descubridor del Nuevo Mundo, á quien tantas glorias y desventuras debe por ello España.

De largo pasó por delante de ella el carruaje, para detenerse ante mísero tenducho, en el cual, y en híbrida mixtura, y no en abundancia ni mucho menos, se vendía de todo. La pobreza del establecimiento hacíase manifiesta en la completa vacuidad de los estantes, un tiempo pintados de blanco, y ennegrecidos á la sazón por sabe Dios cuántas generaciones de moscas, que allí habían procreado sin intermitencia; el principal comercio que en la tienda debía hacerse era el de confi-

turas, por lo cual de confitería la dió título el mayoral; y apeándome del vehículo, y pues eran ya dadas las once, apresuréme á disponer el almuerzo, para cuando regresase de la visita que á la parroquial iglesia de *San Jorge* proyectaba. Confiado en que no habría de faltar el sustento, como no me faltó nunca en ninguna de mis expediciones á través de algunas regiones de nuestra España, ni cuidé ni pensé en traer conmigo el *conducho*, suponiendo que en Palos no había de faltar cosa que echar á perder, por insignificante que fuera.

Hubo, sin embargo, de hacer que subiese de punto mi admiración, como produjo en mi ánimo singular sorpresa, el saber que ni huevos siquiera había en aquel comercio, ni aun en la villa, según dijo el confitero, hombre de cetrino color, ceñeño y no bien encarado.

—Veremos—añadió—si encuentro algo de lomo adobado.

—Bueno—contesté, conformándome con la promesa, y fiando en ella.—Pues dentro de una hora, lo más, estaré de vuelta.

Y con esto, llevando en una mano la cámara fotográfica, y en la otra el quitasol, volví pies atrás en dirección de la iglesia, animoso y esperanzado con la de hallar en aquel religioso edificio cosa que sirviera de compensación á la escasez del almuerzo, de que tenía gran necesidad, después del madrugón y del viaje.

Un muchacho, desarrapado y negruzco, se brindó complaciente á avisar al señor cura, para que me franquease el templo; y mientras, descalzo, corría aquél en demanda del párroco, deteníame delante del monumento, procediendo á su examen.

Informe hoy, á causa de las protuberancias que desfiguran la iglesia, cuando desde el camino se ofrece á las miradas del viajero por la parte del ábside, ni despierta en su conjunto interés, ni aun provocaría movimiento alguno, por desdeñoso que fuera, á pesar de su alegre campanario, de facetado y piramidal casquete ó chapitel, exornado de ajedrezadas labores de

azulejo; á pesar de la notable reja que allí ostenta, y aun de la configuración del mismo ábside, cuya construcción de ladrillo, como casi todas las de la provincia, revela su ojival progenie. Diciéndolo están, con efecto, no ya, como en el de la iglesia del *Convento de Santa Clara*, en Moguer, las graciosas apuntadas fenestras, ni los laboreados canecillos, cosas ambas de que carece, sino los fuertes estribos que apoyan la fábrica, dándole apariencia de militar edificio, según al fin lo proclama, avanzando en un cuerpo sobre la línea de fachada, la puerta que se abre en el costado de la Epístola, é inmediata á la cuadrada torre de ladrillo, que se adelanta por su parte á la portada referida, excediendo, con sus dos únicas alturas, del perímetro general del monumento.

Obra ya de la xv.ª centuria, hállase dicha puerta construída en piedra; es sobria y severa, y fuera de los canecillos que fingen soportar la moldurada cornisa con que cierra el cuerpo de construcción que la constituye, no se enriquece con labor alguna que anime y mueva la severidad del conjunto y la sobriedad de este miembro principal del edificio. De cortas dimensiones, y proporcionado en consecuencia al reducido vecindario de la villa, viene á aislarle con relación á ella por la parte meridional, á que corresponden los pies de la iglesia, arenoso montecillo inculto y estéril, que se dilata por el costado occidental, y en cuya cima estuvo la fortaleza de que hablaba el conde de Miranda, y defendió la población un tiempo, bien que no resulte ostensible vestigio alguno de construcción semejante. Y allí, en aquella fachada lateral de ocaso, coincidiendo probablemente con la portada oriental, de que queda hecha referencia, obscurecida, abandonada y próxima ya á desaparecer en ruinas dolorosas, se ostentaba á la sazón, como uno de los más interesantes monumentos de la provincia toda, tapiada puerta, conocida entre los naturales por el nombre regocijado de *Puerta de los Novios*, cuya restauración no sé si se ha verificado.

Legítimo representante es tal entrada de aquel estilo sin-

gular y privativo de la Península Pirenaica, llamado á caracterizarla por tanto, y que ofreciéndose como natural consecuencia de la reconquista cristiana, había de extender su imperio más allá de los límites fijados á la Edad Media, viviendo en otros estilos y fundiéndose con ellos vistosamente. Labrada en ladrillo, con aquella no discutible maestría que heredaron de los muslimes los artífices mudejares sus autores, nada hay más bello en su conjunto, como no hay nada que la exceda tampoco, dentro de su género, por lo que á los detalles respecta. Gallarda, proporcionada, esbelta primitivamente, y cuando los desprendimientos del cerro donde existió el castillo no ocultaban parte de la fábrica—como la ocultaban cuando nosotros visitamos la villa,—avanza sobre el cuerpo de fachada, también en un solo cuerpo independiente, á semejanza de lo que ocurre con la portada contrapuesta, y en la actualidad la única practicable, apareciendo inmediata á la capilla del crucero de la iglesia, con la cual forma ángulo entrante. Acaso despojada del volado cornisón que hubo de servirle como de término y corona, y que debía resguardarla de las inclemencias del tiempo, muéstrase á menor altura que la del muro á que está adosada, y donde se abría, reemplazado después de la restauración de que el templo ha sido objeto no ha muchos años, sin duda, por humilde tejadillo de rojizas tejas, el cornisón indicado, que hubo de completar el monumento, según demandan su naturaleza y sus proporciones mismas.

Partiendo de un zócalo general y resaltado, del que no quedan vestigios, puede considerarse repartida la decoración de esta interesantísima portada en tres zonas diferentes y principales, con relación á su altura, y todas ellas convenientemente unidas entre sí, y dando fisonomía propia al monumento. La primera y más inferior, que no es en realidad sino continuación de la segunda, hállase en los distintos planos de aquél, compuesta á cada parte de hasta tres cilíndricos baquetones ó fuertes juncos, perfectamente labrados, sobre los cuales se extiende saliente y moldurada imposta, ya destruída

en el lado de la derecha, con los que armonizan otros dos colocados á los extremos del cuerpo de la portada, levantándose en pos, con disposición idéntica, bien que menor altura, la segunda zona, á que da término otra imposta de menos vuelo, pero también formada de molduras. Arranca de allí la tercera zona, donde, con arreglo á las exigencias de la época y del estilo predominante, voltean apuntados en tres distintos planos, otros tantos arcos ojivos y concéntricos, formados por la prolongación de los baquetones, roto en la clave el más interior, y en perfecto estado de integridad los restantes; exornado el superior en su periferia, que es ondulada, por vistosa guarnición que, á modo de flocadura, resalta sobre la archivolta—destaca gracioso sobre el resto de la construcción y sobre los paños de la misma en que se abre, ofreciendo en éstos, así como en las enjutas, por las cuales se extiende la decoración de uno á otro lado, muy delicada labor de resalto, simulando estrellas de cuatro puntas desemejantes, que al mismo tiempo que recuerda las elegantes trazas de las yeserías que esmaltan los aposentos de la Alhambra y del Alcázar del rey don Pedro en Sevilla, traen á la memoria irresistible la de los paneles ornamentales con igual disposición y con el mismo oficio empleados en las portadas y en las arcadas del estilo ojival, puro y sin mezcla de mudejarismo.

Dicha decoración, de que también hicieron uso frecuente los alârifes mahometanos, según revela no escaso número de monumentos pertenecientes, ya á la era de la decadencia del grande arte del Califato cordobés, como sucede respecto de la Aljafería de Zaragoza, ya al período de la dominación almohade, cual con la Giralda acreditan otras varias fábricas existentes de aquellos tiempos, — tiene por base fingida arquería, que en esta *Puerta de los Novios* de la *Iglesia de San Jorge*, en Palos, aparece en la parte correspondiente á la enjuta de la derecha soportada por pareadas columnillas de relieve, mientras en la enjuta del otro lado se presenta con una sola columna, y de mayor luz, por consiguiente, los arquillos. De la pro-

longación y enlace de las líneas que forman dichas arquerías, cual en orden distinto ocurre con las arcadas que dan ingreso á la *Capilla del Mihrab* en la *Mezquita-Aljama* cordobesa—resulta la peregrina decoración de esta portada, que no parece en consecuencia sino abierta sobre finísimo encaje, recogiendo finalmente el conjunto á modo de *arrabâ* y en plano superior, colocado en la misma línea de la periferia del arco mayor ya referido, ancho listel que nace sobre la imposta de la segunda zona, como recogen el todo y hubieron de sustentar el cornisón desaparecido, los cilíndricos baquetones de los extremos.

Con ser tan grande el que tiene, como representante de la abatida grey mudejar, ya en el siglo xv, en que hubo de ser erigido este monumento genuinamente español, y sin semejante fuera de la Península,—no consiste solamente su mérito en la naturaleza de los exornos que le avaloran, y en la destreza con que supieron los alârifes fundir las tradiciones del arte cristiano y el muslime, para que resultase y prevaleciese, como resulta y prevalece, la unidad superior artística; no tampoco en la bella acertada combinación de los matices del ladrillo, colocado en fajas de dos en dos, alternativamente rojos y amarillentos, contribuyendo por su parte á la belleza y singularidad del conjunto,—sino también, y por modo muy principal, en la maestría de la construcción, donde aparecen los ladrillos limpiamente recortados y con no menor arte colocados en la fábrica, siguiendo el movimiento de las archivoltas, á manera de dovelas, sin que se advierta ni desnivel, ni desproporción, ni diferencia alguna en el espesor de los ladrillos, respecto de aquellos otros que se tienden en hiladas horizontales por el monumento. La acción del tiempo, los efectos de la intemperie y otras causas, han hecho que en muchas partes, perdida la mezcla que traba los ladrillos, aparezcan éstos, especialmente en las archivoltas, como arpados exornos, cual si de intento así primitivamente los hubiesen colocado los constructores, quedando al descubierto por lo demás las juntas en toda la fábrica, lo cual contribuye á dar mayor carácter á

esta portada, que habrá de perecer en breve, y mientras no sea preservada de la ignorancia y del atrevimiento de los muchachos que á aquel lugar retirado concurren, quienes, al verla tapiada é inservible para el templo, la estiman como cosa baladí y sin importancia.

Gozaba con la contemplación de esta verdadera joya del tan sin fundamento contradicho *estilo mudejar*, y aun la tenía enfocada para reproducirla por la fotografía, á despecho de hallarse sumida en sombra, y de las irregulares disposiciones del terreno,—cuando sonriente y cariñoso apareció el señor cura párroco, portador de las llaves de la iglesia. Joven, afectuoso é ilustrado, después de los saludos de ordenanza, preguntéle curioso acerca de la significación ó razón del apelativo de *Puerta de los Novios,* con que era aquélla designada; y deferente á la pregunta, tuvo á bien manifestarme que era llamada así, según era tradición en Palos, porque por ella penetraban en otro tiempo los novios cuando iban á santificar su amor por medio del sacramento del matrimonio, y salían por la otra después de haber el sacerdote unido en la tierra sus voluntades y sus cuerpos.

¡Cuántas parejas felices habrían penetrado por aquella tapiada puerta, y cuántos ojos llenos de esperanzas y de deseos se habrían fijado en los bellos adornos que ostenta, sin comprenderlos! Pensando iba en ello, mientras al lado del buen párroco daba la vuelta para entrar en el templo, y cuando, franqueada la entrada, disponíame á entrar por ella. No sin emoción crucé el dintel de aquel ingreso que, cerrado por un panderete, se ha convertido en cuadrada y vulgar puerta, penetrando al fin en la santa casa, en la cual, aunque restaurada en nuestros tiempos y antes de la ocasión celebrada del Centenario, y encalada toda ella al estilo y usanza de la tierra, parece todavía que, bajo su artesonada mudejar techumbre de alfarje — restaurada también con buen acuerdo, — vibra el acento de aquel Comisario de los católicos monarcas, quien, desde el púlpito, reemplazado después por el existente, daba

lectura en tan sagrado recinto á la real pragmática en que la egregia Isabel I autorizaba el reclutamiento de gentes para la inmortal empresa que, ejecutoriando la grandeza de alma de los soberanos de Aragón y de Castilla, ejecutoriaba al par la del intrépido navegante, quien debía en aquel año de 1492, en que era rescatada Granada del señorío islamita, y en que eran lanzados sin piedad de sus hogares los judíos, completar la obra realizada por Isabel y por Fernando, descubriendo para España, nuevas, desconocidas y riquísimas, las Indias occidentales.

Parecía que en aquellas naves solitarias, desornadas completamente, multitud de marineros,—la que consentía el templo, — con el rostro curtido por el aire del mar y atezado por el sol, la ropilla de diversos matices desordenada y más ó menos completa, se agitaba y conmovía emocionada al ver delante de sus ojos desplegado aquel risueño panorama con que, en medio de desconocidos riesgos, brindaba á sus ambiciones y á sus esperanzas el mundo soñado por Colón y prometido á España como recompensa de la magnanimidad de sus príncipes; y aun creía oir las exclamaciones de júbilo ó de temor, de entusiasmo ó de menosprecio, con que en su ignorancia ó en su avaricia, en su confianza y en su nobleza, acogía aquella humilde gente las palabras del regio Comisario, sin percatarse de que quizás en el más obscuro rincón del religioso edificio, acompañado de su hijo, el inmortal Colón presenciaba semejante espectáculo, y escuchaba las frases y los comentarios de los conmovidos concurrentes.

Delante de aquel cuadro, prólogo de tantas grandezas y de tantas desventuras para la patria, y al cual debe Palos todo su renombre, desaparece el edificio; y ni se advierte la rebajada curva de los arcos torales, apoyados en haces de junquillos, con resaltada imposta de cardinas tendida después por los muros á igual altura, preludiando ya las influencias del Renacimiento, ni se pára mientes en los cascos de las bóvedas del crucero, ni despierta la atención el descentrado ingreso de

medio punto de las capillas laterales en el crucero referido, ni tampoco el lindo y característico púlpito de hierro que, con acusar ya la mano de la XVII.ª centuria á que pertenece, es digno de estimación, no obstante, como lo es la fábrica del templo.

Blanqueado todo él, no ofrece sus muros agobiados bajo la pesadumbre y la balumba de macizos churrigueréscos retablos que impiden el paso y quitan á veces la devoción con barrocas imágenes descompuestas, encarnadas é indumentadas de cualquier modo, con el hacinamiento de exvotos de cera, y cuadros que representan piadosamente discutibles milagros y prodigios, obrados por la fe en su mayor parte. Limpio, aseado y bien pavimentado, con sus tres naves regulares y airosas, si no excita, ni mucho menos, la admiración de los viajeros, es lo cierto que, á la templada luz que penetra por los ventanales del coro, no carece de interés de cierto género el edificio, ni arguye en realidad, á despecho de sus exiguas dimensiones, la pobreza del pueblo, ofreciéndose en su sencillez con cierta coquetería de buen gusto.

Verdad es que ni sus retablos ni sus imágenes, inclusa la del patrono, tienen importancia, por más de que no deje de ser estimable como pintura la tabla que figura en el altar del lado de la Epístola en el crucero; pero en cambio, y merced, sin duda, á los esfuerzos del señor párroco, se muestra con tal atractivo, y es tal la impresión que en el ánimo produce la contemplación de aquel sagrado recinto, donde oró Colón en momentos para él solemnes,—que no sin pena se abandona la santa casa, donde la voluntad de Dios consiente sea recordada la imagen del inmortal genovés, para mayor ensalzamiento suyo. Empotrados en los machones sobre los cuales voltea el arco de medio punto que da acceso á la capilla lateral del Evangelio, sin que allí nadie los estime, ni en ellos pare mientes, embargado el espíritu, de cierto, por las memorias esplendorosas de otros días,—reclaman, sin embargo, la atención del visitante monumentos dignos de ella, sobre todo en la época

actual, en que tan subido prestigio alcanzan las producciones de la cerámica, con profusión singular prodigadas en los templos de Andalucía y en los del reino de Valencia, bien que con expresión y carácter muy distintos en los unos y en los otros, como resultado natural de la diversidad de caracteres que entre sí aparta á los andaluces de los valencianos.

Los monumentos á que hacemos referencia, y sobre los cuales pesan el olvido, el desdén y el menosprecio, son dos hermosos cuadros de azulejos, ambos de la misma época, de igual estilo y casi de la misma mano, en los que se halla la imagen de dos mártires, llamado *San Cereal* el de la derecha, y *San Jetulo* el del opuesto lado, según declaran los letreros colocados en la parte superior de cada cuadro. Uno y otro aparecen coloridos sobre amarillo fondo, y sin exageraciones ni abusos censurables, proporcionados y de aceptable dibujo, resaltan, por decirlo así, sobre la guarnición florida que sirve de marco al conjunto, resultando verdaderamente estimables y dignos de figurar en sitio más ostensible, ya que por no aparecer en los santorales modernos los nombres de aquellos elegidos del Señor, que padecieron y murieron por la fe cristiana, no sea posible su colocación en otros tantos retablos. No son, á lo que entiendo, merecedores, ni mucho menos, de olvido en la historia de la pintura de azulejos; y aunque español el nombre de Ríos que se lee á la cabeza de la primera línea del libro que tiene abierto San Cereal entre las manos, la manera de hacer, la expresión, el acento y todo, en fin, en las figuras proclama, de acuerdo en esto con la sospecha á que induce el idioma en que se hallan escritas las líneas del libro memorado, que debió de haber aprendido el pintor en Italia su arte y que de allí vino, á no dudar, en la XVII.ª centuria, á que los referidos cuadros corresponden.

Cerca era ya de la una de la tarde, cuando abandonaba el templo de *San Jorge:* al grupo que formábamos el señor cura párroco, el desarrapado muchacho que se había hecho cargo de la máquina fotográfica, y yo, habíase agregado, con otros,

en particular un hombre alto, seco, fuerte aún, tostado por el sol y el aire, mitad señorito mitad campesino, quien con aire de superior suficiencia nos miraba, y escuchaba sonriendo los diálogos entablados con el señor cura, y en quien había hasta entonces fijado la atención apenas. Al cerrar el sacerdote la puerta del templo y despedirnos,

—Si no encuentra usted qué comer—me dijo,—véngase á mi casa, y aunque poco, algo habrá allí que echar á perder.

—Gracias, señor cura—contesté.—Tengo encargado ya el almuerzo.

Saludámonos de nuevo, y, en compañía de aquel desconocido, seguí la larga calle que *de Colón* se apellida, deteniéndome delante de la casa señalada con el número 24, la cual conserva indicaciones exteriores muy bastantes para acreditar que allí debió de existir en el siglo XVI la casa señorial de alguno de los habitantes de Palos, sin que sea hoy dable saber quién pudo ser en los días de Carlos de Gante, ó mejor, en los de Felipe II, el mayorazgo de aquel que fué palacio; quizás fuera alguno de los compañeros de Colón, ó alguno de los marineros que en las sucesivas expediciones marcharon á las Indias occidentales, y que, enriquecido allí, labraría de nuevo, á su regreso, la morada en que pasó su infancia, para hacer ostensible alarde de sus tesoros... ¡Quién sabe ni quién es capaz de saber los secretos que oculta el tiempo!

Entretanto, mi acompañante me había complacientemente informado, y sin que nadie se lo preguntara, que era teniente retirado de artillería, circunstancia que hubo de chocarme, por no compadecerse con su rudeza, y que hubo de tener natural explicación cuando supe que procedía de aquellos tenientes del cuerpo, creados por el general Córdoba cuando la disolución del mismo, en ocasión de triste memoria. Así llegamos á la *Confitería*, esperanzado yo, no con la de suculentos manjares, sino con la de modesto guiso de adobo, que mis desfallecidas fuerzas restaurase; pero, ¡júzguese de mi sorpresa cuando el confitero, con la indiferencia mayor del mundo, me

anunciaba que no había encontrado en toda la villa nada para preparar el almuerzo!

Mi indignación fué grande, y hubo de aumentar, no sólo al ver que el mayoral salía limpiándose la boca y mascullando los restos finales de su almuerzo, sino al oir á mi acompañante, el primer teniente de artillería, brindarme, por todo alimento, ¡con un racimo de uvas!

Un panecillo correoso fué lo único con lo que me fué dado acallar por el pronto las imperiosas exigencias del estómago, y así marché bajo la acción del sol, que era ardiente, con dirección al puerto, aquel puerto que tan abastado y repleto me figuraba por todas partes de recuerdos, que tan distinto aseguran ha quedado después de las fiestas del Centenario de como hube de encontrarle entonces, y tan desemejante, al parecer, de aquel otro al cual, por accidente, debe Palos, según es notorio y repetimos, su fama y su renombre. No era en Noviembre de 1890 ni sombra siquiera ya de lo que había sido, al decir de los escritores locales; pues «como si abiertas las anchurosas fauces del abismo le hubiera éste sepultado en sus entrañas; como si alguna revolución geológica hubiérale de alto abajo aniquilado todo», ni trazas tenía á la sazón de puerto ni de nada. Y, sin embargo, allí esperaba espectáculo á la vez grandioso y triste: grandioso, por los recuerdos que se agolpan poderosos á la imaginación, llenándola por completo; y triste al mismo tiempo, así por el estado vergonzoso en que se hallaba, cual dijimos, como porque allí, en aquel paraje, debieron haber ya los hombres levantado monumento imperecedero á la gloria del descubridor de América.

Tomando cuerpo, y volviendo á la vida, aun á pesar nuestro, creen todavía los ojos contemplar el cuadro que ofrecería el puerto de Palos aquel día 3 de Agosto de 1492: sobre las movibles ondas, que venían silenciosas á estrellarse contra la arena, balanceábanse como orgullosas de su destino tres solas embarcaciones, cuyos aparejos dibujaban pintorescamente sobre el azul del cielo iluminado por los resplandores de un sol

ardiente. Allí, en el fondo, á la derecha, avergonzada de su pequeñez, aparecía Huelva, con los restos de sus fortificaciones, lo humilde y desigual de su caserío y lo arrogante del castillo con que dominaban la población sus señores los duques de Medinasidonia; al frente, con varias alturas y dimensiones, sucedíanse anchos esteros, en cuyas aguas cabrilleaba el sol con reflejos de oro, y á la izquierda, pasada la punta en que se alzaba solitario el santo retiro de los Recoletos franciscanos y más allá de la *Torre de la Umbría*, que con la de la *Arenilla* fué mandada construir en 1577,—bajo una atmósfera templada por las frescas brisas, espaciábase imponente el Océano, como convidando á los intrépidos navegantes.

Entre aquellas tres embarcaciones, colocadas casi en fila, distinguíase á la cabeza la capitana, mayor que las otras, ostentando sobre el castillo de popa el estandarte real de Castilla: llevaba el nombre de la Santísima Virgen patrona de España, y habiendo salido de los astilleros de Santoña, según unos, de los de Galicia según otros, parecía inquieta y como impaciente por soltar las amarras que la tenían sujeta; á su lado, de más pequeñas dimensiones, y con no menor impaciencia, puesta la proa al mar, como la *Santa María*, estaba la nao armada á sus expensas por el valiente marino Martín Alonso Pinzón, vecino de Palos, y bautizada por el nombre de su capitán y dueño con el de la *Pinta;* más allá, tímida y recelosa y con igual aparejo, seguía la *Santa Clara*, apellidada la *Niña*, por ser Francisco Niño, vecino de Moguer, su piloto, y cuyo mando estaba confiado á Vicente Yáñez Pinzón, hermano de Martín Alonso y dueño de la nao, á quien había decidido éste á tomar parte en la empresa.

Llenando el canal, multitud de cárabos y de lanchas, olvidadas por aquel día las faenas de la pesca, discurrían guiadas por hábiles remeros por entre las tres gallardas naos, y en la playa, revuelta y confusa, abigarrada muchedumbre poblaba el aire con lamentos y con gritos, y se agitaba sin cesar con febriles movimientos. No faltaba motivo á aquella gente para

tales demostraciones, pues forzados iban, en expiación de desconocida falta y por orden de la Corona, la mayor parte de los individuos que suministró la comunidad marítima de Palos; y aunque partía con ellos Martín Alonso Pinzón, hombre experto en las cosas de mar, y de gran prestigio entre los marineros de aquel pueblo; aunque la tripulación tenía recibidas cuatro pagas por adelantado,—el temor, la zozobra, la inquietud invencible, y toda suerte de preocupaciones, aparecían retratados en el rudo semblante de aquellos hombres, que iban á confiar al acaso su existencia, engolfándose por mares totalmente desconocidos y jamás surcados.

En grupos informes, las madres, las mujeres y los hijos, entregados á la desesperación y al duelo más profundos, cercaban derramando abundoso llanto á los marineros, agobiándoles bajo el peso de sus caricias y de sus lamentaciones, y acrecentando en su espíritu la vacilación y la duda que les estremecían. Para aquellas sencillas gentes, era el mar el término natural de la tierra: no había más allá, y bien manifiesta estaba la voluntad divina de mantener oculto á los humanos lo que pudiera existir fuera del mundo conocido, cuando como barrera infranqueable la mano de Dios había tendido en torno de la tierra aquella inmensa sábana de agua, que la envolvía, y debía tener su origen en los mismos cielos.

Cual si marchasen al suplicio, despedíanse de sus maridos con las más tiernas muestras de desconsuelo las acongojadas esposas que ya se juzgaban viudas, no acertando á desprenderse, sin embargo, de los brazos que les tendían aquellos rudos marineros, por cuyas tostadas mejillas se deslizaban en silencio las lágrimas ardientes que se agolpaban á sus ojos; y mientras á cada paso se reproducía con iguales caracteres la escena,—lleno de fe y de entusiasmo, acallando quizás en lo más íntimo de su alma la sombra de una duda tenaz que á intervalos le oprimía, Martín Alonso Pinzón recorría los grupos, animando á los unos, consolando á los otros, y derramando con generoso espíritu esperanzas por todas partes, al mismo tiempo que,

puesta la fe en Dios, y no seguro de sí propio, inclinado sobre el filarete de su nao, sombrío y grave, Colón presenciaba aquel espectáculo conmovedor, sobrecogido á veces por íntimas alegrías que entenebrecían en breve las inquietudes de lo desconocido!

Después, cuando en demanda de la barra, y embarcada la tripulación, desplegaban sus blancas velas al aire las tres embarcaciones,—grito atronador y unánime hendía el espacio; y el dolor se deshacía en llantos sin medida, que parecían no tener término entre la muchedumbre que veía partir, á su juicio para siempre, á aquellos seres tan queridos, á quienes esperaba la muerte como única recompensa en el revuelto seno de los mares. Poníanse en movimiento las pescadoras lanchas; y siguiendo la estela de las tres naos, acompañábanlas cuanto les era posible los más intrépidos, á fin de darles la última despedida, como si por tal medio la separación hubiera de ser más breve! ¡Qué desanimación, qué desconsuelo, quedaban como recuerdo á poco á los habitantes de Palos! ¡Qué solitario, como cuando yo hube de verle, quedaba aquel puerto, al cual juzgaban no habían de arribar ya nunca los que eran partidos de aquella suerte y en aquella ocasión, para la villa tan triste!

Recordando iba estas escenas, y las que ofrecería al desembarcar Colón de su primer viaje, cuando me dirigía á la Rábida, abandonando la renombrada Palos, tan grande por aquellas fechas, tan pequeña hoy y tan poco hospitalaria para conmigo, pues no había tenido qué brindar al viajero sino un pedazo de pan y un racimo de uvas por todo alimento!

Rodrigo Amador de los Ríos

INDAGACIONES Y CONJETURAS

SOBRE ALGUNOS TEMAS POÉTICOS PERDIDOS

I

Alvar Fáñez

No se agotó en los grandes ciclos que hoy conocemos la vitalidad de la epopeya castellana. Otros personajes y sucesos fueron cantados también, y aunque las *gestas* que los celebraban hayan perecido, todavía quedan bastantes rastros en la tradición histórica y en las memorias locales para que podamos afirmar resueltamente su existencia.

Entre los personajes épicos que compartieron la celebridad del Campeador y son inseparables de su gloria, ninguno alcanza la talla de su sobrino Alvar Fáñez Minaya, que ya en tiempo del emperador Alfonso VII era puesto por algunos en cotejo con el mismo Cid, de quien se decía que modestamente había confesado la superioridad de este su compañero de armas y primer lugarteniente. La opinión general, expresada por el autor del poema latino de la conquista de Almería (con ocasión de hablar de un Alvar Rodríguez, nieto de Alvar Fáñez), le concedía resueltamente el segundo lugar, pero dejando entrever que no le había faltado mucho para merecer el primero, como domador de las gentes ismaelíticas, expugnador de las más fuertes plazas y torres, la mejor lanza que brilló á los rayos del sol; tal, en suma, que, de haber vivido en tiempo de Roncesvalles, hubiera salvado de la rota y de la muerte á Roldán, á Oliveros y á todos los paladines francos:

Cognitus et omnibus est avus Alvarux, arx probitatis,
Nec minus hostibus extitit impiis urbs bonitatis.
Audio sic dici, quod est Alvarus ille Fanici;
Hismaelitarum gentes domuit, nec eorum
Oppida vel turres potuerunt stare fortes.
Fortia frangebat; sic fortis ille premebat.
Tempore Roldani si tertius Alvarus esset
Post Oliverum, fateor sine crimine verum (1)
Sub juga Francorum fuerat gens Agarenorum,
Nec socii chari jacuissent morte perempti;
Nullaque sub coelo melior fuit hasta sereno.
Ipse Rodericus mio Cid semper vocatus,
De quo cantatur, quod ab hostibus haud superatus,
Qui domuit Mauros, Comites quoque domuit nostros,
Hunc extollebat, se laude minore ferebat;
Sed fateor virûm, quod tollet nulla dierum,
Mio Cidi primus fuit, Alvarus atque secundus (2).

Con razón indica Dozy que las palabras *cognitus et omnibus est Alvarus* prueban que los hechos y gestas de Alvar Fáñez eran cantados, puesto que el pueblo no leía las crónicas latinas. Además, todo el pasaje tiene ambiente épico y parece tejido con reminiscencias de cantares, siendo de notar la mención de los héroes carolingios, y la decisiva frase *de quo cantatur* aplicada al Cid, por lo mismo que en ninguno de los poemas que hoy tenemos consta la calificación que se le atribuye respecto de Alvar Fáñez.

La historia real y positiva de este valeroso caballero, aunque conocida de un modo imperfecto por los documentos diplomáticos y por las crónicas, sin que haya ninguna que ofrezca relación seguida de sus hechos, justifica su popularidad, que no nació, como otras veces, de un injustificado capricho de los juglares, sino de grandes y heroicas hazañas, coronadas por una muerte trágica. La poesía popular, por lo menos la que ha llegado á nosotros, identificó demasiado su existencia con la del Cid: la historia le presenta obrando con

(1) Prefiero la corrección *verum* apuntada por Milá y otros al *rerum* del texto de Flórez.

(2) *España Sagrada*, t. XXI, pág. 405.

mucha más independencia y en distintos campos; pero es singular que en la primera fecha conocida de su vida aparezca ya asociado á uno de los actos más importantes de la juventud de Rodrigo. Alvar Fáñez fué en 1074 uno de los confirmantes de la *carta de arras* del Cid y doña Jimena, y precisamente por esta carta sabemos el parentesco que los ligaba. En 17 de Noviembre de 1076 figura también entre los confirmantes del *Fuero* de Sepúlveda, y en 1085, después de la conquista de Toledo, Alfonso VI le envía como embajador al rey Almotamid, de Sevilla. Cuando el destronado rey de Toledo, Alcadir, apoyado por los castellanos, se apoderó del reino de Valencia, Alvar Fáñez mandaba la hueste cristiana, que hizo abrir, con el terror de su nombre, las puertas de la ciudad, y se acantonó en Ruzafa, donde recibía diariamente seiscientos *dinares* de acostamiento, para satisfacer los cuales hubo de imponer Alcadir á sus nuevos súbditos un gran pecho ó tributo sobre la cebada, que le hizo odioso á ricos y pobres, á grandes y pequeños. Así y todo, fué imposible pagar puntualmente á Alvar Fáñez; y como al mismo tiempo se rebelase contra el de Valencia el gobernador de Xátiva, Aben Mansur (el *Abemacor* de la *Crónica general*), poniéndose bajo la protección de Mondhir, príncipe de Lérida, Denia y Tortosa, que había tomado á sueldo una tropa catalana, mandada por Gerardo Alamán, barón de Cervellón, no encontró Alcadir más medio de retener al campeón castellano, que darle «muy buenas heredades en que visquiesse». «E quando vieron los Moros que tal poder avía don Alvar Fáñez, yvanse para él quantos garzones é quantos malfechores havía en la villa. E tornose Valencia como en poder de Christianos: de guisa que fueron todos desesperados de mejorar en su facienda, é pugnaban de irse de la villa cuanto podíen: e non preciaban las heredades nada, ca non estava ninguno seguro de su aver, nin de su cuerpo. Entonces fizo Alvar Fáñez una cavalgada á la tierra de Abenhuc, e embió sus algaras a parte de Burriana, e a otras partes: e fueron con él grandes compañas de moros

de aquellos malfechores que se le acogieron e de moros otros *almogavares*, e quebrantaron villas e castiellos: e aduxieron muchos ganados, e vacas, e ovejas, e yeguas, e mucha ropa, e otras cosas de aquellos logares que quebrantaban: e vendiéronlo todo en Valencia» (1).

Así refiere la *Crónica general* (trasunto en esta parte de un texto arábigo, como demostró Dozy) las correrías de los *daguáyir* ó partidarios que seguían en el reino de Valencia la bandera de Alvar Fáñez, feroces mercenarios, sin duda, gente allegadiza, renegada y salteadora, ni cristianos ni musulmanes.

De tales empresas, más lucrativas que honrosas, vino á sacar á Alvar Fáñez la terible invasión de los almoravides, que le llevó á más nobles, aunque no siempre afortunados, campos de batalla. Cuando Yúsuf ben Texufin, enseñoreado ya de las tierras andaluzas, llegó á Badajoz en su carrera triunfal, Alfonso VI «envió por Alvar Fáñez á Valencia», según dice la *General*, y le tuvo á su lado en la sangrienta *arrancada* ó rota de Zalaca, en 23 de Octubre de 1086. El desastre de los cristianos fué espantoso; pero el rey D. Alonso «mantovo la batalla fasta la noche, ca tan recio lidiava e tan de corazón, que moro ninguno non se le osava parar delante» (2). Con mala fortuna también, pero sin quiebra de su valor, lidió Alvar Fáñez contra los almoravides en Almodóvar del Río en 1092, y en 1099 cerca de Cuenca (3).

---

(1) *Crónica general*, texto de Ocampo (Valladolid, 1604), pág. 244. Cf. *Crónica del Cid*, ed. Huber, pág. 142.

(2) *Crónica general*, fol. 248 vto.

(3) Por fiarse en demasía del destartalado libro de Fr. Prudencio de Sandoval, *Cinco Reyes*, y del testimonio acaso fantástico de la Crónica de Pedro de León, en que continuamente se apoya, admitió Dozy de buen grado (*Recherches*, primera edición, pág. 595 y sigs.) una supuesta batalla de Salatrices, ganada en 1106 por los almoravides contra Alfonso VI, y en la cual hizo prodigios de valor el susodicho obispo de León, D. Pedro, juntamente con *Alvar Fáñez* y otros próceres. Me parece evidente que la tal batalla, de la cual no se encuentra mención en otra parte (dado que el texto árabe del *Kitabo'l iktifá*, citado por Dozy, se refiere á la rota de

En la grande invasión de Alí ben Yúsuf (1110), Alvar Fáñez se cubrió de gloria defendiendo á Toledo contra un ejército de cien mil hombres, que embistieron por Alcántara y San Servando, con formidable aparato de máquinas de guerra. Un mes duró el sitio, según el *Cartás;* ocho días los asaltos, rechazados siempre por los toledanos, que, haciendo por fin

---

Uclés, acaecida en 1108), no es otra que la batalla de Zalaca, con la cual conviene en todas sus circunstancias, puesto que fué dada en un lugar cerca de Badajoz «que dezien en arábigo *Sellaque* e en lenguaje castellano *Satalias*» (según la *Crónica general*), nombre que fácilmente pudo corromperse en *Salatrices*, y á ella asistió Alvar Fáñez, llamado por el rey, que estaba en el cerco de Zaragoza, y se combatió hasta la noche, y el ejército vencido se retiró á Coria. Todo esto que había pasado en *Satalias* en 1086, pasó punto por punto en Salatrices veinte años después, si hubiéramos de creer á Sandoval. ¿Cómo admitir tan inverosímil coincidencia, sin más autoridad que la de esa Crónica de Pedro de León, inútilmente buscada por tantos investigadores, y que acaso sea un mito bibliográfico? ¿Cómo prestar tampoco fe ciega á todo lo que Sandoval añade, y Dozy repite, sobre la cobardía de García Ordóñez y sus sobrinos los condes de Carrión en la batalla, y sobre las hazañas del mismo obispo Pedro de León, que salió de la lid con el roquete salpicado de sangre sobre las armas, y á quien el rey dirigió aquellas famosas palabras: «Gracias á Dios que los clérigos hacen lo que habían de hacer los caballeros, y los caballeros se han vuelto clérigos por los míos pecados»? ¿No será todo ello una torpe y tardía falsificación, que nadie ha de achacar, ciertamente, al respetable obispo de Pamplona (puesto que ya en tiempo de Pero Mexía andaba de mano en mano una Crónica de Alfonso VI atribuída á Pedro de León), pero que él aceptó con cándida buena fe, más disculpable en un compilador del siglo XVII que en un hipercrítico como Dozy? Me he detenido tanto en esta nota, para mostrar que Dozy, el cual tan fieramente maltrata á sus predecesores, tampoco deja de pagar algún tributo á la flaqueza humana, admitiendo hechos dudosos ó mal comprobados, como esta batalla de Salatrices, nacida probablemente de un error cronológico de Sandoval, autor muy benemérito de nuestra historia, pero que debe leerse con cautela. Dozy no la tuvo, y dió por buenas todas sus referencias á Pedro de León, intercalándolas como noticias fidedignas en su biografía del Cid. Un historiador tan crédulo como Sandoval, que en esta misma *Crónica de los cinco Reyes* acepta todas las patrañas de la *Historia de Avila* del Padre Ariz, no era para seguido á ciegas por un crítico como Dozy. Él mismo hubo de conocerlo, pero no confesó su error, limitándose á borrar en las ediciones sucesivas de las *Recherches* todo lo referente á Alvar Fáñez.

una vigorosa salida, derrotaron completamente á los almoravides, quemando todas sus máquinas é ingenios. Alí levantó el sitio, y después de una breve campaña en que se apoderó de Talavera y Madrid, pero fué rechazado de Guadalajara, abandonó definitivamente Castilla la Nueva, retirándose á Córdoba y embarcándose poco después para Ceuta.

Alvar Fáñez, más poderoso cada vez, tanto que un autor árabe le apellidaba *rey de los cristianos*, continuó su carrera de triunfos, apoderándose de Cuenca en 1111. Y aunque en la nueva invasión almoravide de 1113, dirigida por Mazdalí, fué desbaratado en una sorpresa nocturna, con pérdida de seiscientos caballeros, no por eso lograron los muslimes penetrar en Toledo, aun después de la muerte de su heroico gobernador, acaecida en 1114, y, desgraciadamente, no á manos de infieles, sino de cristianos. Sobre el modo y circunstancias de esta muerte hay gran obscuridad y divergencia en los autores. Dicen los *Anales Toledanos Primeros* que en la era 1152 los de Segovia, después de la Octava de Pascua mayor, mataron á Alvar Fáñez. Pero un cronista árabe, citado por Dozy, supone que murió en la guerra entre castellanos y aragoneses, defendiendo los derechos de Alfonso VII contra su padrastro el Batallador (1).

Tal nos parece, aunque imperfectamente conocido, el Alvar Fáñez histórico, que fué, en concepto de Dozy, el mayor capitán español durante el reinado de Alfonso VI y la minoridad de su nieto Alfonso VII. Ningún otro se encuentra mencionado con tanta frecuencia en las historias árabes, cuyos autores, al registrar su muerte, condenan su alma á las llamas eternas, mostrando en el mismo furor de sus imprecaciones el terror que les causaba.

Aun siendo muy grande la intervención de Alvar Fáñez

(1) Las principales referencias históricas concernientes á Alvar Fáñez se hallan recopiladas por Dozy en la primera edición de sus *Recherches* (no en las siguientes), págs. 444, 451, 467, 469, 478, 480, 590, 593-604.

en el *Poema del Cid* y en las crónicas de este héroe, no resulta proporcionada á su importancia histórica ni al rastro que, como veremos, ha dejado en las tradiciones no cantadas. Indudablemente el *strenuus dux Christianorum*, de la Crónica de Alfonso VII, el *príncipe de los Cristianos*, según frase del autor del *Cartás*, fué sacrificado en demasía por los juglares á la gloria del Campeador, haciéndole entrar en la órbita de su acción guerrera, acaso con poco fundamento, puesto que Alvar Fáñez tuvo la suya propia en campos muy diversos: fué el héroe popular de Castilla la Nueva, el conquistador de Cuenca, el grande adalid de la Alcarria, el defensor indomable de Toledo; y aun en el reino de Valencia, de cuyos destinos se hizo árbitro por algún tiempo, penetró años antes que el Cid. Un fenómeno de atracción, muchas veces observado en la poesía épica, hizo entrar el raudal menor en el mayor, borró lo que era propio y peculiar del héroe menos favorecido por la voz de las musas, y convirtió á Alvar Fáñez, aunque la historia no lo dijese, en el *diestro brazo* y la *fardida lanza* del Cid. Brilla, pues, en el *Poema*, con luz más reflejada que propia, pero todavía es el primero en la hueste del Cid, el primero por el esfuerzo de su brazo y por la prudencia de su consejo. Desde las primeras líneas del *Poema* se encuentra su nombre:

¡Albricia, Albarfanez, ca echados somos de tierra!

(V. 14.)

El es quien exhorta y consuela al Cid en los desfallecimientos de que no está libre la naturaleza más heroica. Oigámosle en la sublime despedida de Cardeña, que inevitablemente recuerda la de Héctor y Andrómaca:

La oracion fecha, la misa acabada la an,
Salieron de la eglesia, ya quieren cavalgar,
El Çid á doña Ximena yva la abraçar,
Doña Ximena al Çid la mano'l va besar,
Lorando de los oios, que non sabe que se far.
E a las niñas tornó las acatar:

«Á Dios vos acomiendo, fijas et á la mujier et al padre spirital.
Agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar».
Lorando de los oios, que non viestes atal,
Asis parten vnos dotros commo la uña de la carne.
Myo Çid con los sos vasallos pensó de cavalgar,
Á todos esperando la cabeça tornando va.
Á tan grand sabor fabló Minaya Albar-fanez;
«Çid, do son vuestros esfuerços? en buen hora nasquiestes de madre;
Aun todos estos duelos en gozo se tornarán,
Dios que nos dió las almas, conseio nos dará».

(V. 366-382.)

Su generoso desinterés iguala á su bondad. Después de la victoria sobre los moros de Castejón, renuncia en favor del rey el quinto del botín, que le ofrece el Campeador:

Saliolos reçebir con esta su mesnada,
Los braços abiertos reçibe a Minaya:
«Venides, Albarfanez, una fardida lanza!
... .
Dovos la quinta, si la quisierades, Minaya».
—«Mucho vos lo gradesco, Campeador contado,
Daquesta quinta parte que me avedes mandado,
Pagarse ia della Alfonso el Castellano...
A Dios lo prometo, a aquel que está en alto,
Fata que yo me pague sobre mio buen caballo
Lidiando con moros en el campo,
Que enpleye la lança e al espada meta mano,
E por el cobdo ayuso la sangre destelando,
Ante Ruy Diaz el lidiador contado,
Non prendré de vos quanto vale un dinero malo».

(V. 487-502.)

Cuando el Cid, cercado en Alcocer por gran muchedumbre de moros que quieren rendirle por hambre y sed, convoca á sus capitanes para deliberar si conviene romper el cerco arrancando contra el enemigo, la voz de Minaya es la primera y la única que suena en el consejo, y el Cid se conforma con su brioso parecer:

Primero fabló Minaya, un cavallero de prestar:
«De Castiella la gentil exidos somos acá,
Si con moros non lidiaremos no nos darán del pan.

Bien somos nos seycientos, algunos ay de mas,
En el nombre del Criador, que non pase por ál:
Vayamos los ferir en aquel dia de cras».
Dixo el Campeador: «a mi guisa fablastes».

(V. 672-677.)

Trábase la lid, y son de Alvar Fáñez los mejores golpes, salvo, por supuesto, los que descarga Rodrigo, el *bien barbado*, el de la *cofia fronzida* y el *almofar acuestas:*

A Minaya Albarfanez bien l'anda el cavallo,
Daquestos moros mató treynta e cuatro:
Espada taiador, sangriento trae el braço,
Por el cobdo ayuso la sangre destellando.

(V. 778-781.)

Como el autor del *Poema* no se distingue sólo por la fuerza, sino por cierta delicadeza viril y profundamente humana, que es un prodigio en tiempos tan ásperos, comunica esta misma cualidad á sus héroes, y muy especialmente á Alvar Fáñez y á Félez Muñoz. Este aparece más candoroso y tierno en el encuentro del Robledal de Corpes, hasta *partírsele las telas de dentro del corazón.* Alvar Fáñez es más severo y duro, como cuadra á la mayor intensidad de su carácter épico; pero, ¡qué rasgos de noble y respetuosa cortesanía en sus relaciones con doña Ximena y sus hijas, á quienes acompaña desde Cardeña á Valencia!

Minaya a doña Ximena e a su fijas que ha,
E a las otras dueñas que las sirven delant,
El bueno de Minaya pensolas de adobar
De los meiores guarnimientos que en Burgos pudo fallar,
Palafrés e mulas que non parescan mal.

(V. 1423-1429.)

El heroísmo de la amistad, el culto de los afectos domésticos, la inagotable generosidad de su alma, llevan á Alvar Fáñez hasta el punto de ocultar al Cid la cobardía de sus yernos en la lid contra el rey Búcar, para no atribular el alma de su amigo y caudillo con tan tristes nuevas; es más, les atribuye hazañas imaginarias:

E vuestros yernos aqui son ensayados,
Fartos de lidiar con moros en el campo.
(V. 2460-61.)

Sería preciso transcribir la mayor parte del *Poema*, si hubiésemos de dar razón de todos los pasajes en que figura Alvar Fáñez, que es, no el Aquiles, pero sí el Diomedes de la Iliada castellana. Pero con ser tan importante este papel, ¿no hemos de creer que Alvar Fáñez fué, además, héroe de cantares épicos independientes de los del Cid? Resueltamente creo que tuvo su ciclo aparte, y que todavía quedan algunos vestigios de él. La *Crónica general* nos refiere con pormenores épicos, que indican la presencia de un cantar de gesta, cómo Alvar Fáñez fué enviado por el rey D. Sancho II de Castilla á desafiar en Santarem á su hermano D. García, rey de Galicia, y cómo se alabó en burlas de haber jugado las armas y el caballo, y cómo libró luego al rey de manos de seis caballeros de D. García que se habían apoderado de su persona. Esta hazaña se atribuyó después al Cid, y en la *General* se apuntan ambas versiones, lo cual prueba que desde el principio hubo confusión entre las aventuras de ambos caballeros, acabando la leyenda del Cid por absorber á la de Alvar Fáñez. Extractaremos este curioso relato, en que muy pocos han fijado la atención hasta ahora:

«El Rey don Sancho allegó entonces muy gran hueste de Castellanos, e de Leoneses, e de Asturianos, e de Navarros, e de Vizcaynos, e de Extremadanos, e ovo muchos caballeros Aragoneses para yr sobre su hermano el Rey don García: de si llamó a Alvar Fáñez, un cavallero muy bueno, que era sobrino del Cid Ruiz Diaz, e dixol assi: «yd e dezid a mi hermano el Rey don García que me dé toda Galizia, sinon que lo embio á desafiar. E Alvar Fáñez, como quier que le pesase por él yr con tales nuevas, ovo de facer mandamiento de su señor. E pues que fue antel Rey don García, dixol: «el Rey don Sancho vuestro hermano vos embia dezir que le dedes toda Galizia, e sinon que vos embia desafiar». Quando esto oyó el Rey

don García, pesól mucho de coraçon, e fue muy cuytado por ello, dixo: «Señor Iesu Christo, miémbresete el preyto e la jura que fezimos al Rey don Ferrando nuestro padre, que quien passasse su mandamiento, nin fuesse contra su hermano, que fuesse traydor por ello, e que oviese la ira de Dios e la suya: e malos mis peccados yo soy el primero que lo passé e tollí a mi hermana su heredamiento.» Desi llamó á Alvar Fañez e dixol: «yd e dezid a mi hermano don Sancho, que le ruego yo como hermano, que non quiera passar el mandamiento de su padre: e si lo non quisiere fazer, que yo defenderme he dél quanto podiere». E Alvar Fañez despidiose luego del Rey don García e fuese su via: e el Rey don García llamó entonces un cavallero Asturiano a quien dezien Ruy Ximenez, e mandole que fuesse á su hermano el Rey don Alfonso: e que le dixesse como lo avie desafiado su hermano el Rey don Sancho, e que queríe tollerle su tierra, e que le rogava como a hermano que le pesasse, e que le non dexasse passar por su reino: e el cavallero fuese para el Rey don Alfonso, e contól todo el fecho, asi como su señor le mandara: e el rey don Alfonso repusol assi: «yd e decid a mi hermano, que nin le ayudaré nin le estorvaré, e si se podiere defender que me plazerá»: e el cavallero tornose con esta respuesta al Rey don García, e dixol: «Señor conviene que vos amparedes lo mejor que vos podieredes, que non tenedes ayuda ninguna en vuestro hermano».

»El Rey don García era ome muy fuerte de coraçon, e quando oyó lo que su hermano le embió dezir, quiso sacar su hueste contra él: e avie un su consejero por quien se guiava e con quien departie todos sus fechos e sus poridades: e este era contrarioso contra todos los ricos omes de la tierra. Los ricos omes veyendo el grand daño que les venie por consejo de aquel ome, rogaron al Rey don García, e pidieronle merced que le quitasse de si, e el rey non lo quiso fazer: e quando ellos vieron el mal e el dano que por ellos venie, matarongelo delante: e el Rey don García fue muy sañudo e ovo ende gran pesar, e tovose por muy deshonrado porque gelo mataron assi, e fue

mucho irado contra ellos, e apremiolos muy afincadamente mas que non fazie ante: e amenazávalos que nunca averien su gracia nin su amor: e ellos veyendo las amenazas e las deshoras que les fazie, quitávanse quanto mas podien de su señor».

Refiere luego la rápida y triunfante invasión de D. Sancho en Galicia, y cómo D. García juntó, para resistirle, muy gran hueste en Villafranca (sin duda la del Vierzo) y desbarató la vanguardia del rey de Castilla, mandada por los condes de Lara, de Monzon y de Cabra. «E fue el torneo entre ellos muy grande, de guisa que morieron y bien trezientos cavalleros del rey don Sancho: e alli se yva compliendo lo que dixera Arias Gonzalo, que se matarien unos contra otros los hermanos, e parientes con parientes. Quando el rey don Sancho sopo el daño que avien preso los condes, cavalgó con quanto poder avie, e vino acorrerlos, mas el Rey don García quando los vio venir non se atrevió de esperarlo e fuese, e el rey don Sancho fue empues dél en alcance fasta en Portogal.

»El Rey don García dixo entonces a todos sus vasallos e a sus amigos assi: «Amigos, non avemos ya tierra a do fuyamos a mi hermano el Rey don Sancho, salgamos lidiar con ellos, ó los vençamos, o morramos y todos, ca mas vale morir que soffrir este estragamiento en nuestra tierra. De si apartó a los Portogaleses a su parte, e a los Gallegos a la suya, e dixoles: «Portogaleses amigos, vos sodes nobres caballeros: e ha menester que todo el mal prez que avedes que lo quitedes, e que finque en vos el bueno, ca vos avedes muchos señores buenos entre vos, e fazedlo muy bien a vuestra honra, e si yo con bien saliere de aqui, yo faré en guisa que entendades que he a coraçon de fazer algo», e ellos dixeron que lo fazien de agrado, e que le ayudarien quanto pudiessen e que non fincarie por ellos: e tornose entonces a los Gallegos, e dixoles assi: «Amigos, vos sodes muy buenos cavalleros e leales, e nunca fallamos que por vos fuesse señor desamparado en campo, métome en vuestras manos, ca sé que me consejaredes quanto mejor sopierdes, e que me ayudaredes otrosi lealmente: e ya vos

vedes como nos trae el Rey don Sancho acogidos, e yo non sé ál que fagamos, sinon lidiar con él, ó vencer ó morir: pero si vos ál entendedes, faré quanto me consejardes». Entonces le dixeron los Gallegos, que le ayudarien quanto pudiessen bien e lealmente, e que farien quanto él mandasse, e que aquello que les él dezie, que lo tenien por mejor. *Pero dize assi aqui el Arzobispo don Rodrigo*, que ovieron acuerdo de yr pedir ayuda a los moros, e que se fuesse el Rey don García con trezientos cavalleros, e que dixo a los moros que fiziessen hueste contra su hermano el Rey don Sancho, e que él les farie dar el reyno de Leon, e aun el suyo mismo. E los moros le dixeron assi: «Quando tu eras Rey e tenies la tierra en poder non podiste defender tu reyno, agora cómo lo daries a nos, pues que lo has perdido?» Pero con esto dieronle muchos dones e honraronle, desi embiaronle, e él vino para Portogal, e ganó muchos castiellos de los que avie perdidos, e muchos otros logares de los que tenien aun en su poder ganados los moros».

Hasta aquí el autor de la *Crónica* va interpolando, según su costumbre, los fragmentos del cantar en el breve capítulo del arzobispo D. Rodrigo, que para nada menciona á Alvar Fáñez ni al asturiano Ruy Ximénez, y habla sólo de la muerte del infiel consejero de D. García (1) y de la petición de auxilio rechazada por los agarenos. Tampoco hace mérito del combate de Villafranca, y de su texto parece inferirse que D. García perdió el reino en una sola batalla, la de Santarem, donde cayó prisionero de su hermano, que le encerró en el castillo de Luna (2). Todo lo que la *General* añade á estas secas noti-

(1) Habebat autem quendam vernulam causa familiaris secreti plus debito sibi carum, cuius delationibus contra milites et Barones aures credulos adhibebat, et licet saepius supplicassent ut a se praedictum vernulam removeret, discessum eius nullatenus voluit sustinere. Et ipsi reputantes dedecus et iacturam, quia eius delationibus laedebantur, delatorem in eius praesentia occiderunt. (*De rebus Hispaniae*, lib. VI, cap. XVII.)

(2) Cui occurrens Rex Sancius frater eius in loco qui Sancta Irenaea dicitur, ambo fraternas acies ordinarunt, et inito praelio victus Gartias, regno perdito, captivatur, et apud Lunam vinculis et custodiae mancipatur.

cias es de origen indudablemente poético, y nadie lo negará después de leído el trozo que sigue:

«Luego que el Rey don Sancho sopo que su hermano el Rey don García era venido de tierra de moros, fue contra él con gran hueste: e el Rey don García era entonces en Santarem, e el Rey don Sancho començó de combatirle muy de rezio la villa, e los moradores salieron a ellos a barreras, e lidiaron toda una noche unos con otros que nunca quedaron. E otro dia de mañana salió el Rey don García al campo e paró sus hazes, e el Rey don Sancho las suyas, e ovo la delantera de la hueste del Rey don Sancho el conde don García; e el conde de Monçon yva en la costanera: e el conde don Nuño en la otra: e don Fruela de Asturias yva en la zaga con el Rey: e don Diego (¿Ordóñez?) llevaba la seña del Rey don Sancho. E venien assi los de la una parte como los de la otra muy avivados para lidiar. E el Rey don García estava esforçando los suyos e diziendoles: «Vassallos e amigos, vos vedes el gran tuerto que mi hermano el Rey don Sancho me faze en quererme toller la tierra que mi padre me dió, e ruego vos que vos pese e que me ayudedes, ca vos sabedes que desque yo fue Rey que quanto ove todo vos lo dí e lo parti con vusco, aver e caballos e armas, e guardé vos para tal sazon como ésta». E ellos dixeron: «Señor, partistelo muy bien e fezistes con nos mucho dalgo, ser vos ha muy bien galardonado si nos pudiesemos». E estando ya las hazes partidas para lidiar una cerca de otra bien, el caballero que avemos dicho, que dicen *Alvar Fañez*, paróse antel Rey don Sancho, e dixol a grandes voces: «Señor, yo jugué el cavallo e las armas que tenie, e si la vuestra merced fuesse que me vos diessedes un cavallo e unas armas, yo vos serie oy en esta batalla tan bueno como seys cavalleros, e sinon que me tomedes por traydor». El conde don García dixo al Rey: «Señor, dad lo que uos pide». E el Rey don Sancho dixo que le plazie: e mandól luego dar cavallo e armas. Despues de esto començóse la batalla del un cabo e del otro, e morieron y muchos cavalleros e mucha de la otra

gente de ambas las partes: e morió y de la parte del rey un cavallero muy preciado que avie nombre don Gonçalo Siñid: pero al cabo fueron mal trechos los castellanos, e fue ferido el conde don Nuño e preso el conde don García, e derribado del cavallo el Rey don Sancho, e prisol su hermano el Rey don García, e diol a guardar a seis cavalleros: e fue en ello de mal acuerdo, e como de mala ventura: e fue en alcance de los que fuyen: e el Rey don Sancho dixo aquellos seys cavalleros: «Varones, dexadme yr e saldré de todo vuestro Reyno, que nunca jamas vos faré mal nin daño ninguno, e partiré con vusco quanto oviere»; e ellos dixeronle que non lo farien por ninguna cosa, mas que lo ternien guardado sin otro mal ninguno que le fiziessen fasta que viniesse el Rey don García. E ellos estando en esto llegó *Alvar Fañez*, el cavallero a quien el Rey diera el cavallo e las armas entrante la batalla, e dió vozes contra aquellos cavalleros, e dixoles: «Dexad, traydores, al Rey don Sancho». Esto diziendo, fue ferir en ellos muy de rezio, e derribó luego los dos dellos e venció los otros e ganó los cavallos de aquellos dos cavalleros: e el uno dió al Rey don Sancho; e el otro retovo para si: *pero dize en otro logar la estoria, quel Cid fue este que librara:* e fuesse con su señor a una mata do estavase pieça de sus cavalleros; e començó a dezir a sus cavalleros a muy grandes vozes: «ahé vos aqui el Rey don Sancho vuestro señor, e venga se vos en miente del buen prez que Castellanos ovistes siempre e non lo querades perder». E dexi allegaronse alli bien quatrozientos cavalleros al Rey don Sancho de aquellos que yvan vencidos: e ellos estando alli vieron al Cid venir con trezientos cavalleros, ca non se acertava en la primera batalla, *e nos avemos aqui a dezir la una razon e la otra en este fecho, pues que la estoria lo departe assi.* E el rey don Sancho quando sopo que era Ruydiaz el mio Cid, plogol mucho con él, e dixo: «Agora descendamos al llano, ca pues quel Cid es venido creed que vencer los hemos», e fue a él, e recibiol muy bien, e dixol: «Bien seades venido, mio Cid el bienaventuado, ca nunca

vassallo acorrió a señor a meior sazon que vos agora a mí». E dixol el Cid: «Bien creed, señor, que vos cobraredes e venceredes el campo, o yo morré». E ellos fablando en esto, llegó el Rey don García del alcance en que era ydo, e venie muy alegre cantando, departiendo en como avie vencido al Rey don Sancho su hermano, e quél tenie presso. E él veniendo assi llegól mandado de como era el Rey don Sancho suelto, e que lo tolleran por fuerça a aquellos seys cavalleros a quien lo diera en guarda, e que querie lidiar con él otra vez. Quando esto oyó el Rey don García, pessól muy de coraçon, mas non pudo y ál fazer. Dexi començose la batalla muy mas fuerte que la primera vez, e lidiavan muy de recio de la una parte e de la otra, mas al cabo desampararon los portogaleses al Rey don García e fugieron: e mataron al Infante don Pedro, que era amo del Rey don García, e trezientos cavalleros con él. E priso Ruydiaz mio Cid al Rey don García, e diol al su señor el Rey don Sancho: e el Rey mandól echar en fierros, e llevo a Luna, un castiello muy fuerte, e alli fue en aquella prission e en aquellos fierros diez e nueve dias» (1).

El cuadro no puede ser más épico. La viveza del relato, la frecuencia del diálogo, el detalle de los nombres propios y de las peripecias del combate, la nota cómica del juego en que había perdido Alvar Fáñez las armas y el caballo, todo, en suma, hasta los vestigios de asonancias, indican que este largo pasaje es fragmento *prosificado* de algún *cantar de gesta,* enlazado acaso con el de la partición de los reinos ó con el del cerco de Zamora. No puedo cotejar en este momento el texto primitivo de la *General*, porque el códice del siglo décimocuarto, que yo poseo, no alcanza más que hasta el reinado de D. Fernando el Magno; ignoro, por tanto, si en aquel texto se encuentra, como en el de Ocampo, la distinción entre las dos versiones que atribuían una misma hazaña á Alvar Fáñez y al Cid; pero no dudo que la primera es la más antigua, no

(1) *Crónica general*, 4.ª parte, fols. 207 á 210.

sólo porque se ajusta mejor á los antecedentes de la narración, en que el Cid no figura hasta entonces para nada, sino porque la estrella épica de Alvar Fáñez fué palideciendo á medida que la del Cid se levantaba sobre el horizonte. Pero se ha de notar que en la Crónica del héroe burgalés, sacada como es notorio de una de las refundiciones de la *General*, aparecen las dos variantes fundidas ya y no meramente yuxtapuestas, repartiéndose equitativamente el lauro entre Alvar Fáñez y el Cid, y atribuyendo al primero palabras que la *General* impresa pone en boca del segundo (1).

Otras anécdotas se contaron de Alvar Fáñez, y es memorable entre ellas por su carácter doméstico y su tendencia doctrinal el *enxemplo* 27° de *El Conde Lucanor*, donde narra con tanta gracia D. Juan Manuel la discreta elección que aquel caballero hizo de la menor de las hijas del conde D. Pedro Ansúrez para casarse con ella, después de haber probado ingeniosamente el carácter y entendimiento de las tres; y cómo doña Vascuñana, que tal era el nombre de su mujer, fué dechado de perfectas casadas, sumisas al parecer y voluntad de su marido, hasta el punto de aceptar de buen grado, y hacer creer á los demás, cuanto á Alvar Fáñez se le ocurría en burlas, ora que las vacas eran yeguas, ora que las aguas del río corrían al revés. Este cuento, como todos los de su género, tendrá orí-

(1) E ellos, estando en esto, llegó don Alvar Fáñez Minaya á quien el Rey diera el cavallo e las armas entrando la batalla. E dixo contra aquellos cavalleros á grandes voces: «¡Dexad mio señor!» e diciendo esto fuélos ferir muy bravamente, e derribó los dos dellos, e venció los otros: e ganó los dos cavallos, e dió el uno al Rey, e tomó el otro para si, e fuesse con su señor a una mata do estava pieça de unos cavalleros, e dixo: «Ahe vos aqui nuestro señor, el Rey don Sancho, e vengavos en mente el buen prez que los Castellanos ovistes siempre, e non lo querades perder oy en este día!» de si allegaronse bien quatrozientos cavalleros de los que yvan vencidos. E ellos estando en esto, vieron venir al Cid Ruydiaz, con trezientos cavalleros, e conoscieron la su seña verde: ca non llegó él a la primera batalla. E el rey don Sancho quando sopo que era el Cid, plógole mucho con él, e dixo: «¡Agora descendamos nos al llano, pues viene el de buena ventura!» (*Crónica del Cid*, ed. Huber, pág. 52.)

genes más ó menos remotos (1), y se habrá atribuído á otros personajes antes que al yerno del conde Ansúrez; pero el carácter burlador y humorístico que se le presta parece una nota tradicional que concuerda con la anécdota de Santarem.

Pero todavía más que las referencias escritas, que al cabo son pocas y dispersas, nos convencen de la popularidad de Alvar Fáñez los rastros que ha dejado en la tradición oral de Castilla la Nueva, principal teatro de sus empresas. Si por las escrituras sabemos que fué alcaide en Toledo y Peñafiel y señor de Zorita y Santaver; si los *Anales Toledanos* le atribuyen la primera conquista de Cuenca, que muy pronto volvió á caer en poder de los infieles, otras proezas suyas, que acaso fueron cantadas, no constan en los libros, sino en la viva voz del pueblo y en el archivo incorruptible de la nomenclatura geográfica. Oigamos sobre esto al Sr. D. Juan Catalina García, docto y elegante ilustrador de las antigüedades de la Alcarria (2):

---

(1) En el cap. VI del libro indio de *Calila é Dymna*, mandado traducir del árabe por Alfonso el Sabio siendo infante, se halla un apólogo que tiene remota semejanza con éste:

«*Del religioso á quien robaron el gamo.*

»Dicen que un religioso compró un gamo para facer sacrificio con él, é levándolo en pos de sí, con una cuerda, viéronle tres homes engañosos, é consejáronse cómo lo engañasen. E fuéronse al camino por do él había de ir, é paróse el uno delante dél, é díxole: «¡Oh tú, religioso! ¿qué can es este que traes contigo? ¿Quiéreslo vender?» Et el ome bueno non respondió. Et atravesó el otro que le dixo: «Bien ves que este, aunque trae hábito de religioso, que non es assi, pues trae can detrás». Et despues encontróse con el otro que le dixo: «¿Quieres vender ese tu can, ca nunca tan hermoso can vi?» Et cuando el religioso oyó aquello que todos le decían, non dubdó sinon que era can, et dixo en su corazon: «Por aventura aquel que me le vendió me encantó ó me engañó». Et entonces soltó el gamo, e tomáronsele los engañadores, degolláronlo, e comiéronlo». (Ed. de Gayangos, pág. 50.)

Lo que hicieron los burladores por engañar al religioso budista, lo hizo Alvar Fáñez para probar á doña Vascuñana.

(2) *La Alcarria en los dos primeros siglos de su reconquista.* (Discurso de recepción leído ante la Real Academia de la Historia en 27 de Mayo de 1894.)

«Las tradiciones alcarreñas han conservado el recuerdo de este valeroso capitán. La más importante es la de que ganó á Guadalajara... Cincuenta y nueve años después de muerto Alvar Fáñez, Alfonso VIII hizo graciosa donación á D. Cerebruno, arzobispo de Toledo, de un baño en aquella ciudad, situado «circa portam de Albaro Fanez», nombre que hasta hoy conserva aquella entrada, y que acaso recibió en vida del caudillo, y por alguna circunstancia muy relacionada con él, como pudo ser la conquista (1). Causa extrañeza que de este importante suceso no se conserve testimonio coetáneo...

»Mas cualquiera que sea la opinión sobre esto, importa ahora decir que en los siglos pasados no estaba perdida en la Alcarria la memoria de Alvar Fáñez y sus gloriosas conquistas. Las célebres relaciones que por orden de Felipe II dieron muchos pueblos de España en el último tercio del gran siglo, han conservado aquellos recuerdos con menguada fidelidad, porque la tradición siempre tiene contornos vagos é indecisos. La relación de Guadalajara, aunque mezclando el dato con los nombres fabulosos del moro Bramante, del rey Galafre y del infante Carlos de Francia, atribuye la reconquista de la ciudad á Alvar Fáñez Minaya, cuya imagen, añade, constituye el principal blasón de nuestro escudo. Las de Hueva, Horche, Tendilla, Mondéjar, Fuentelaencina, Moratilla y Romanones se dan la misma gloria, sazonando algunas su relato con circunstancias y pormenores curiosos. Todavía se señalan sitios que tuvieron el nombre del conquistador afortunado, como el cerro de *Alvaráñez*, entre Romanones, Tendilla y Armuña, lugar donde quedan vestigios de fortaleza y donde se encontraban antes armas y utensilios (2). En Alcocer existe una

(1) *Liber privilegiorum* de la iglesia toledana (Archivo Histórico Nacional), fol. 45. Dada en Madrid en 3 de Abril de 1173 (nota del Sr. Catalina García, lo mismo que las tres siguientes).

(2) Relación de la villa de Romanones, según la que se hallaban en dicho sitio muchas armas de guerra «como azadones de moriscos y hierros de lanza y otras cosas». Francisco de Torres, en su inédita *Historia de*

puerta llamada de Alvar Fáñez, y más allá, en tierra conquense, permanece una villa de su nombre y la creencia de que en Uclés y en el siglo XVI se halló el sepulcro del guerrero (1). Tan firmes son estas tradiciones en la Alcarria, que en el siglo último un historiador local, docto y no mal crítico, el mercenario Fr. Juan de Talamanco, se atrevió á consignar en su *Historia de Horche* el día exacto en que Alvar Fáñez, saliendo de las sombras y alumbrado por la estrella de su fortuna, se apoderó por sorpresa de aquel pueblo y después, por escalada, de Guadalajara. No es extraño, pues, que los alcarreños guarden la memoria del valeroso castellano».

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Guadalajara, asegura que entre Armuña y Romanones hay un alto cerro y en su cumbre una piedra á manera de pesebre, siendo opinión común que sirvió de tal al caballo de *Alvar Fáñez*, cuyo nombre lleva el cerro.

(1) La relación de Uclés en 1575 dice, refiriéndose al convento: «Hay un arco de piedra blanca, que es aguamanil de Religiosos, y cuando se descubrió, estaba en él enterrado un hombre, dispuesto con dos espadas, una en cada lado, que parecía enterramiento antiguo y principal. Era este cuerpo de *Alvar Fáñez*, que fué muy gran guerrero. Tiene la una espada de estas el conde de Chinchón, que la compró de un cuñado del comendador Torremocha: es muy buena, costóle cien reales». La relación no dice cuándo se hizo el hallazgo ni en qué se fundó el dicho de que el cadáver era el de Alvar Fáñez. Más autoridad, aunque todavía necesita comprobación, tiene el parecer de que fué enterrado en Cardeña.

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS: *Revista Positiva*.—La sociología abstracta y su aplicación á algunos problemas fundamentales de Méjico.—La teoría organicista.—La población que trabaja y la que no trabaja.—La escuela y el taller.—El indio americano.—Cómo civilizarlo.=*España*.—La regeneración española y el pesimismo.—Opinión de Zulueta.—Maestros españoles.—Aguado, Salmerón, Giner de los Ríos y González Garbín.=*Archivos de Psiquiatría y Criminología*.—Los caudillos criminales en Sud-América.—João Francisco.—El Terror en Río Grande.=*Revista del Foro*.—D. Nicolás Azcárate.=*La Instrucción Primaria*.—La enseñanza mercantil en Cuba desde 1835.=Memento bibliográfico: Libros recibidos.

La *Revista Positiva* (de Méjico) publica, en su número 33 (13 de Agosto último), un interesante artículo de D. Carlos Pereyra, sobre *La sociología abstracta y su aplicación á algunos problemas fundamentales de México*, en el cual comenta el opúsculo del licenciado D. Jenaro Raigosa, titulado *La población*.

El Sr. Raigosa es *organicista*, y tiene en sus doctrinas una plena confianza científica.

«De las cincuenta y cinco páginas de que consta su folleto, las primeras veintiséis, ó sea algo más de la mitad de la obra, están consagradas á la exposición elocuente de las derrotas sufridas en las últimas décadas del siglo XIX por los sistemas de explicación de los problemas sociales fundados en «la intuición personal, en las inspiraciones emocionales y en las doctrinas autoritarias», que forman la gran masa de superstición del pasado, y á fundar la teoría madre del organismo so-

cial en los maravillosos resultados de la embriología, que «sorprendiendo el rhizoma humano, la amiba unicelular en su primer contacto con el ovo materno, nos hace pasar en revista fotográfica, como en cinematógrafo, toda la historia de las transformaciones sucesivas de la especie, desde el protoplasma original hasta el hombre completo, compendiando los millares de siglos del desenvolvimiento de la raza en los doscientos setenta días de la vida claustral.»

El Sr. Pereyra hace notar que, á pesar de todo, Raigosa tiene cierta desconfianza en punto á los resultados actuales de la sociología, fundándose en «la fluidez del terreno en que se construye... debido á la fecha reciente de los sedimentos depositados sobre la antigua cuenca, apenas evacuada, y no del todo, por el mar de preocupaciones que la impregnó durante siglos»; y Pereyra pregunta si realmente procede la fluidez de esa causa ó de «deficiencias de los datos aportados por la ciencia positiva». Se puede creer en la sociología, amarla y tener juntamente prudentísimas reservas en punto á sus afirmaciones actuales, ó á parte de ellas. Pereyra cree que «el primer acto de independencia de la sociología en la última faz de su rápida integración, ha sido, al mismo tiempo que protestar contra aquella servidumbre en que vivió algunos años bajo la ruda y exclusiva disciplina fisiológica, afirmar que la sociedad, objeto de sus investigaciones, no es un organismo, sino un super-organismo, un todo dotado de vida, sujeto á leyes de un desarrollo interno, como los organismos, pero no á las mismas leyes; pues de ser así, faltaría el elemento propio de una ciencia especial autónoma, y tendría que reconocerse innecesaria en la enciclopedia científica. Alguien, y alguien cuya importancia no puede rebajarse, dice: «La sociología, ó será organicista ó no será»; agregando que los «fenómenos sociales son una mera prolongación de los fenómenos biológicos, sin solución de continuidad».

Pero hay varios modos de entender la palabra organicismo y de aplicarla en sociología. Pereyra se esfuerza en pro-

bar que el organicismo de Raigosa no es hijo del concepto general que hace del organismo «una idea aplicable á todos los órdenes de la realidad objetiva y subjetiva», sino que en él es una idea «exclusiva, intolerantemente biológica». Y añade por su parte:

«En el primer sentido, sí puede afirmarse que la sociología ó es organicista ó no tiene existencia; en el segundo, no puede negarse que hay un principio de contradicción y de esterilidad. Organismo es la ciencia, y no corresponde esa idea á un concepto inferido por rigorosa analogía de hechos biológicos; organismo es la sociedad, como la define el norteamericano Vincent, esto es, como «un gran organismo psíquico.» Si, por una parte, una de las tendencias más visibles de la sociología la lleva á afirmar la independencia de que se habla arriba, no es menos característica de la actividad mental contemporánea otra tendencia que hace de la ciencia social una interpretación subjetiva, y no sólo objetiva, de los fenómenos á cuyo estudio se consagra. De esta suerte, á la vez que se diferencia la sociología, tanto de la biología como de la psicología, busca en ésta también, y no sólo en aquélla, los fundamentos de su existencia autónoma».

El autor desarrolla esta idea con el apoyo de numerosas citas que prueban su erudición sociológica; pero no vamos á seguirle en esta cuestión general, prefiriendo acudir desde luego á la parte de su artículo que directamente se refiere á Méjico.

Según los datos que Raigosa expone en diferentes cuadros, la población de Méjico, que es de 12.491.573 habitantes, cuenta sólo con 3.883.684 dedicados á industrias, comercio y agricultura; y uniendo á éstos los empleados públicos, los criados, los estudiantes y los ocupados en el ramo de diversiones públicas, resulta un total de 5.506.229 personas que *trabajan*, frente á 6.985.344 que *no trabajan*. De estos seis millones y pico, rebaja los niños de cero á ocho años (3.177.741), los incapacitados (inválidos y mayores de sesenta años, 426.914) y

los que, si bien no trabajan, «tienen ocupación preparatoria para trabajar», ó sea los niños de nueve á catorce años que asisten á la escuela (604.513). Haciendo estas rebajas, quedan 2.776.176 personas «adultas con capacidad para trabajar y que no tienen ocupación». Es de notar que estas cifras han sido impugnadas ya por el ingeniero de minas D. Leopoldo Salazar S., en razón á que Raigosa no computa más que los vecinos y no los transeuntes, y á que los agrupa arbitrariamente por ocupaciones. Pero volvamos á la tesis de Raigosa, quien deduce de sus cifras que «ó el censo es un gran error, ó las condiciones vitales del país son anormales». Él se inclina á creer que lo cierto es lo segundo.

«En efecto—dice,—á pesar de las deducciones hechas en el cuadro último á la enorme cifra de personas no ocupadas, es notorio que tales deducciones (las de inválidos, menores de ocho años, etc.) *son simplemente explicativas del hecho de no trabajar* por razón de edad ó de incapacidad; pero no alteran el hecho mismo de que en un país de doce millones y medio de habitantes, cinco y medio millones trabajen para vivir y siete millones vivan sin trabajar. Lo normal parece ser, y es en efecto, que exceptuando los niños de cero á diez años cumplidos y los inválidos, el resto de la población adulta apareciera inscrita en los registros del trabajo. Así, deberíamos tener 8.207.000 personas ocupadas, contra 4.284.000 exentas; en vez de solamente 5.506.000 elementos activos, contra 4.209.000 inhábiles y 2.776.000 ociosos ó vagabundos. Luego las condiciones del país, bajo este punto de vista, son anormales.»

Contesta á ello Pereyra que no ve por qué se han de exceptuar precisamente hasta los diez años, ni cómo es posible llamar adultos á los menores de catorce; aparte de que creer que el período escolar acaba á los diez años es oponerse á la mayoría de los publicistas, para quienes «una nación es más vigorosa, más feliz, más rica, cuando la población infantil retarda su ingreso al taller y su salida de la escuela». El autor apoya esta razonable opinión en consideraciones que creemos

muy útil reproducir, dado el afán que en España tienen los padres de que los hijos abandonen la escuela pronto.

«El período de la vida humana comprendido entre el nacimiento y el momento de la emancipación económica, en que el individuo adquiere la facultad de auto-sustentación, se va alargando á medida que la sociedad se perfecciona y que aumenta la herencia moral é intelectual de las generaciones nuevas. Cuando el niño entra desde temprano á desempeñar las funciones absorbentes que le impone la necesidad de conservarse por sí mismo, pierde la sociedad las fuerzas plásticas de la aurora mental, gracias á las cuales reciben con fruto sus miembros aquella herencia, que es cada día más rica y compleja. Así, pues, lo que se gana en resultados materiales á la corta, se pierde á la larga en civilización. El profesor M. V. O'Shea, de la Universidad de Wisconsin, que trata este asunto de una manera satisfactoria, lo resume en las siguientes líneas: «Cuando el espíritu y el cuerpo se organizan para dar cumplimiento á los fines requeridos para la conservación de la propia existencia, las energías de todo el sér tienden á auxiliar esas actividades, dificultándose excesivamente la adquisición de modos de acción diferentes y más altos. El individuo puede adquirir la aptitud necesaria para desempeñar estas labores sencillas, pero pierde los medios para aspirar á una condición mejor y á una situación más complicada. El pilluelo del arroyo, de vida tan simple cuanto precaria, aprende las artes de que se sustenta no bien deja las andaderas, pero no puede elevarse. Mientras que el alumno de la escuela tiene un gran porvenir, aquel desdichado pronto se detiene en su marcha progresiva, porque las condiciones le obligan á resolver prematuramente los problemas prácticos de la vida, y pasa su corta existencia recorriendo el círculo de ideas, sentimientos y voliciones apropiados á su medio más ó menos primitivo. Si durante los próximos veinticinco años todos los niños de América recibieran la preparación de los beduínos de Clark Street, de Chicago, nuestra civilización retrogradaría á una semibar-

barie. Quiero fijar el principio de que la estabilidad y el avance constante de la raza requiere un continuo aumento de la edad plástica, de suerte que cada nueva generación pueda asimilarse los resultados de las anteriores. Hemos superado al indio en el desarrollo de la cultura, porque los niños guardan la condición adquisitiva durante un período mayor, y porque nuestras costumbres y leyes son afortunadamente propicias á la protección de los elementos sociales inmaturos». Pero hay algo más elocuente que la voz de la ciencia, y es el grito de todo corazón humanitario contra la voracidad del industrialismo, que se traga no sólo las facultades adquisitivas, sino las ya mermadas fuerzas fisiológicas de los infelices vástagos que las clases laboriosas arrojan á las fábricas y talleres, en donde envejecen antes de la pubertad, degenerados de cuerpo y alma por la más abyecta de las esclavitudes. ¿Qué más? Aun los mismos jefes de ciertas industrias comienzan á ver claro, y, si no por humanidad por egoísmo, han llegado á la conclusión que traduzco del artículo «Southern-Mill Communities», publicado en el *American Journal of Sociology,* de Marzo de este año: «La delicadísima maquinaria, movida á gran velocidad, demanda más inteligencia é intensidad de atención para llegar á los mejores resultados que lo que puede dar de sí la niñez descuidada y sin instrucción. La pérdida directa que procede de esta causa, importa una gran suma anualmente, lo que se puede apreciar mejor á medida que el trabajo adulto de una región es más hábil y satisfactorio, y no faltan jefes de industria textil, suficientemente capaces para comprender que esa pérdida, bien examinada, no se compensa con la economía de salario que se realiza empleando á niños».

Introduciendo las modificaciones que la opinión de Pereyra trae consigo, en las cifras de Raigosa, resultaría que de la población que no trabaja (en el sentido del trabajo *no escolar*), habría que deducir en realidad 5.269.078 habitantes, lo cual reduciría á 1.716.266 el número de personas adultas «con capacidad de trabajo y que no tienen ocupación». Todavía cree

Pereyra que ese 1.716.266 puede rebajarse, por figurar en él individuos no adultos, ó mujeres de las que ordinariamente, en todos los países, no trabajan en aquel sentido, pero sí en otros sumamente necesarios en la vida familiar y social.

«Pero el hecho de trabajar — añade Pereyra — por sí solo nada significa, y con razón procura el Sr. Raigosa investigar la aplicación que dan á sus actividades los elementos laboriosos del país. Y en esta investigación no deben entrar sólo consideraciones sobre la agrupación de las cifras en ciertas categorías, correspondientes á funciones económicas y sociales, sino, como ya se ha dicho, sobre la eficacia del trabajo desempeñado. Si un millón de operarios produce bajo ciertas condiciones lo que en otras pueden hacer cien mil, ó si bajo las mismas condiciones hay operarios tres ó cuatro veces más capaces que otros, la cifra en que conste el número de individuos activos de una sociedad no puede revelar por sí sola una realidad profunda de los hechos estudiados. El Sr. Raigosa, acaso por no ser ése el objeto de su estudio, deja á un lado la productividad del trabajo, y concentra su atención en la agrupación de los elementos activos.»

Pereyra impugna también la cifra de los dedicados á labores domésticas (criados) que presenta Raigosa. Éste, en efecto, llega á considerar que son elementos *activos* del país las personas ocupadas en las diversiones públicas (acróbatas, toreros, taberneros, destiladores de alcohol, coheteros, etc.), y que, en cambio, son parasitarios las cocineras, lavanderas, etc. Rectificaciones análogas hace en punto á los mineros, trabajadores del campo y otros que no están considerados por Raigosa en el lugar que les corresponde como elementos activos y útiles. «Si no es — dice — población útil la de los peones de campo — y más que útil, necesaria para el sostenimiento de la vida social, ya que no para su adelanto, el que, por otra parte, no impide como un obstáculo, — si es una carga, ¿por qué se le paga un salario, por qué no se la expulsa de la tierra que cultiva, por qué cuando pasa la frontera del Norte decuplica su jornal?

»Si un cataclismo, si una epidemia como las que aniquilaron á la raza indígena cuando entró en contacto con el mundo europeo, hiciera desaparecer mañana á los dos millones y medio de peones de campo que, como un grillete, embarazan la marcha de la nación, ¿en dónde están los sajones, teutones, lombardos, negros ó latinos, que vendrían por 18 ó 50 centavos de jornal medio á trabajar los campos de Méjico? Quien crea que suprimiendo al indígena vendría el europeo, se engaña. Hay un error estereotipado en los espíritus, y es el de creer que la inmigración no acude á nuestras costas ni pasa nuestras fronteras por el bajo salario, y que el salario se mantiene bajo porque los brazos del peón mejicano son débilmente productores. El jornal es bajo, y no pasa de ciertos límites aun en lugares del país y en ciertas épocas del año en que la demanda de brazos es excesiva, porque el trabajo es poco productivo; y el trabajo es poco productivo, no por las condiciones del operario, sino por las condiciones de explotación, esto es, por la calidad de las tierras y los procedimientos de cultivo, inferiores una y otros á los de países cuyos salarios son más elevados.»

Cita luego Pereyra el siguiente párrafo de Raigosa:

«Si pasamos rápida revista á nuestra situación presente, veremos que la Banca, el alto comercio, la gran industria, las vías férreas, las mejoras, la propiedad territorial más productiva, el crédito público federal y local... todo lo que significa movimiento y vida, todo lo que acusa prosperidad y crecimiento, en su mayoría, en su inmensa mayoría, no pertenece á mejicanos; no pertenece á elementos activos que se funden en la masa nacional naturalizándose, desleyéndose, incorporándose á ella en totalidad, sino á elementos activos colocados encima, como estratificaciones distintamente individuales; á elementos del género parasitario y frecuentemente transitorio que explotan la vena mientras produce...»

Y lo comenta diciendo: «El problema es serio, apremiante; pero creo que, si ha de resolverse, necesario será despojarlo

de ese ropaje analógico que lo enreda, complicándolo con cuestiones extrañas. No comprendo qué servicio pueden prestar al sociólogo ó estadista esos *elementos parasitarios* que son á la vez *células activas* de un organismo. En descifrar estos enigmas fisiológico-sociales, y en conciliar términos inconciliables acaso, se pierde el tiempo que debería consagrarse á la resolución del problema mismo».

El autor termina declarando que sus objeciones no significan que él tenga á Méjico por un edén, ni que rechace todas las notas pesimistas de Raigosa. Lo único que no acepta son sus procedimientos y sus prejuicios.

Relación íntima con el asunto que acabamos de examinar tiene la conferencia sobre *El indio*, dada por H. Prowe en *La Juventud Médica*, de Guatemala, y que publica *Revista Positiva* en su número 34.

«El indio — dice el autor — parece á primera vista muy independiente, y realmente lo es hacia nuestra civilización, que él no necesita y desprecia — á menudo con razón. — Pero el indio no sabe ser individuo. Toda su historia y su modo de ser de hoy demuestran un instinto social fuerte. El indio quiere vivir, viajar y trabajar en compañía, no tiene previsión y necesita de un superior que piense por él y le impida derrochar lo suyo en un día. Posee en alto grado la virtud social de obedecer á este superior, si le inspira confianza. Además, la «costumbre» es aceptada como una cosa sagrada, sin reserva ni crítica, por el mismo que, en alto grado práctico, no es cautivado por frases altisonantes é innovaciones; las ve con desconfianza escéptica y les opone su resistencia pasiva.

»Si el progreso se entiende como la realización de los ideales jacobinos, libertad individual limitada é instrucción á la fuerza, los indios, realmente, son una rémora del progreso; pero si creemos, con Taine y otros sabios, que la enseñanza no ha de ser obligatoria, sino simplemente ha de estar al alcance

de todos, y que la cultura se debe casi siempre á una casta superior que domina y explota á todos aquellos desinclinados al trabajo intelectual, entonces veremos á los indios más iguales á la clase baja de otros países. Sólo que en otra parte el proletario enérgico é inteligente puede salir de su casta, y aquí, en Guatemala, no. Todavía, á pesar de tantos mestizos, la raza india, subyugada y esclavizada, se mantiene apartada con cierto odio contra la clase dominante. La ley según la cual son ciudadanos con derechos, no llega á sus oídos, ó los encuentra en una defensiva suspicaz. Los pocos esfuerzos hechos en pro de los proyectos de «civilización», como por ejemplo, aquel del libro erudito que escribió el licenciado A. Batres Jáuregui á este respecto, tienden á quitarles sus idiomas, trajes y costumbres particulares. Los han conservado durante siglos; han deshecho el plan que, como el doctor Sapper supone, tenía Cortés, de hacer de la lengua azteca el idioma universal; ni los nombres aztecas oficiales de lugares grandes y ríos que quedaron desde entonces, los han aceptado. A los tlascaltecas traídos por la conquista, les han impuesto su idioma quiché. Cada tentativa de nivelar la población india y ladina me parece infructuosa. Al contrario, las particularidades indias son casi todas dignas de conservarse, por estar conforme á sus necesidades.»

Dos caminos hay, á juicio de Ponce, para comunicar á los indios los ideales é intereses de los blancos: el cruzamiento de razas y la reconstitución, entre ellos, de la clase, nunca del todo extinguida, de los «principales», ganándose á éstos como aliados é intermediarios.

«Siempre será necesario, como dijo muy bien el licenciado R. Contreras, hacer todos los esfuerzos de enseñanza para con ellos en los idiomas indios. Doy fe, que no es difícil aprender, por ejemplo, el quiché, idioma bien desarrollado, de admirable finura y exuberante riqueza. Habiendo penetrado en uno de ellos, es tan fácil de aprender los demás como sería para un español aduñarse del portugués. Los maestros, médicos y cu-

ras que deseen ser misioneros de evangelios modernos y anticuados entre los indios, deben saber la «lengua».

El autor cree que hay en las costumbres de los indios muchos elementos de cultura muy apreciables, y cita varios hechos interesantes, verbigracia:

«El uso antiguo prescribe que el cordón umbilical del recién nacido sea cortado con una navaja (de obsidiana) «que no hubiese servido» (Jiménez) muchos siglos antes de nuestros mandatos de asepsis. El fuego humeante del hogar se mantenía en medio del rancho en oposición tenaz, al modo de los castellanos, y protegía contra los anofeles inoculadores del plasmodio y del mosquito, que transmite la conjuntivitis tracomatosa. El «amac», con sus ranchos dispersos, preservaba contra la propagación de epidemias parásitas intestinales, hasta que los conquistadores ordenaron la construcción antihigiénica del «tinamit» y las «reducciones». El traje es más práctico y mucho más bello que el horroroso de los latinos. Sus leyendas cosmogónicas son á menudo grandiosas y llenas de poesía, y una suerte feliz, así como el trabajo de los venerados clérigos Jiménez y Brasseur, nos ha conservado de los quichés trozos de literatura que, mejor traducidos y comentados, sorprenderán aun al mundo docto. Sus jeroglíficos sobre los monolitos de Copán, Quiriguá, etc., y en los códigos de Dresden, de París y del Vaticano, comenzaron á ser descifrados por Goodman en California», cuyos trabajos se publicarán pronto en una obra monumental titulada *Biología Central Americana*. Los cálculos que los indios emplearon para su distinción de dos años, uno solar y otro cronológico, de cuatrocientos días, y la formación de ciclos superiores, probaron un talento matemático notable.

Lo que debe cuidarse, al popularizar nuestra cultura entre los indios, es no transmitirles más que «los hechos científicos bien averiguados», dejando aparte las hipótesis. Se escogerán para «principales» los más dispuestos á perfeccionarse por la cultura. El antiguo sistema de dignidades hereditarias cree el autor que es, en este sentido, superior á la «selección» natural,

en la que sube siempre el más exento de escrúpulos y consideraciones. «En la sociedad feudal—dice, no sin cierto fondo de razón,—el propietario sabía que nobleza obliga; el rico de hoy conoce solamente derechos.»

También se procurará corregir la «selección» natural producida por enfermedades mortíferas, teniendo en cuenta que las epidemias y endemias no suelen, por lo común, matar al débil, sino al ignorante.

«En Guatemala se complica el problema de extirpar la ignorancia popular... con el hecho innegable de que las zonas más fértiles y productivas del país son más enfermizas que las alturas medio estériles. Los varios ensayos legales é ilegales de hacer bajar la población india de las regiones áridas á las malsanas, han tropezado con el miedo fundado del indio de enfermarse pronto.

»Las «encomiendas» se referían á las familias que habitaban el terreno regalado al conquistador. Los «repartimientos», desde 1625 autorizados, y prohibidos en cambio frecuentemente, se hacían de los mozos vecinos de la finca que carecía de brazos. Pero los «mandamientos» de los Altos á la Costa tienen un lado higiénico, que el legislador no ha considerado. Muchos infelices se curan incompletamente antes de regresar á su pueblo, ó su afección malárica aparece hasta entonces. La prescripción legal que el patrón cure á los mozos, resulta aún más ineficaz de lo que es siempre. Sin embargo, razones de higiene hablarían en favor del traslado definitivo de los indios de las mesas á la «boca-costa» si el peligro de la malaria pudiera eliminarse por un buen cuidado médico; la milpa y el frijolar dan más rendimiento, los plátanos abundan, y, por consiguiente, la alimentación es mejor; el agua no falta y el aseo gana; varias epidemias suelen ser más benignas en la costa. El único modo de resolver la cuestión más urgente que agita hoy á los agricultores, de procurarse trabajadores, será de ofrecer á aquellos que bajen de las alturas, todas las comodidades y todos los alicientes que propuse yo, de balde en Cho-

colá, incluídas largas licencias para ir á su pueblo y asistencia médica. De este modo llamarán los colonos á sus familias y amigos, ó, si fuese necesario el traslado algo forzado, éste formará parte de otro bien, que á los indios solamente se podrá hacer «por mal» y á la fuerza».

Los últimos números recibidos de la *España* (Buenos Aires) contienen, como es natural, numerosos artículos sobre la Delegación comercial española, llegada hace poco; pero este asunto, por su gran importancia, ha de ser, seguramente, tratado especialmente aquí, y nos abstenemos de desflorarlo ahora.

En los núms. 12 y 13 de la citada revista, el Sr. Atienza y Medrano plantea valientemente el problema de la regeneración española, dirigiéndose, ante todo, á los pesimistas. Su punto de partida es el hecho de la regeneración alemana á comienzos del siglo XIX, precisamente cuando el país se hallaba en un estado grande de postración. Y pregunta:

«¿Cómo, siendo tal el estado de aquella nación, y habiendo soportado sin resistencia, después de la batalla de Jena, la entrada triunfal de Napoleón en Berlín en Octubre de 1806, ha podido levantarse, reaccionar, ilustrarse, enriquecerse y constituir uno de los más grandes poderes de la tierra en el espacio apenas de medio siglo?»

La contestación á esa pregunta se la dió, pocos días después, el Sr. Zulueta, con el discurso pronunciado en la Asociación Patriótica Española. En él trazó de mano maestra el delegado catalán «el proceso de la evolución ascendente realizada por Alemania é Inglaterra: por aquélla, mediante la cooperación del esfuerzo colectivo; por ésta, en virtud principalmente de la acción individual, simbolizada en Robinsón Crusoe; por ambas, merced á la perseverancia, á la continuidad, á la disciplina de la primera de las potencias humanas: merced al esfuerzo de la voluntad. ¿Qué cabría añadir á aquel brillante cuadro de líneas tan vigorosas y de colorido tan intenso, trazado por la mano firme de nuestro amado compatriota?

»Una sola cosa, que el Sr. Zulueta no dijo, porque no podía decirlo todo en una improvisación, forjada al calor de los entusiasmos que en aquellos momentos caldeaban el ambiente; ó también acaso porque su espíritu se inclina más á poner la fe en la virtud de los medios prácticos y experimentales que en el poder inspirador del impulso inicial; y esa sola cosa es que el verdadero iniciador de la resurrección germánica fué el filósofo Juan Fichte, con sus discursos á la nación alemana, leídos en el curso de 1807 á 1808, en la Academia de Berlín. De allí arranca el renacimiento de Alemania, y allí comienza la obra de su regeneración política, social, militar y económica.

»No fueron los pesimistas los que salvaron al pueblo alemán; fueron Schleiermacher, Richter, Arndt, y Fichte sobre todos; fueron los visionarios. Los apáticos, los indiferentes, el rebaño, no hizo más que seguir á los egregios pastores».

En España hay bastantes que piensan como el Sr. Atienza; y no otra ha sido la tesis de la traducción prologada y anotada de los *Discursos* de Fichte, que hizo el Sr. Altamirano (1), y del libro de *Psicología del pueblo español*, del mismo autor, algunos de cuyos capítulos también vieron la luz en La España Moderna.

Sobre este mismo asunto, publica *España* (núm. 14) una notable carta del Sr. Zulueta, cuyos principales párrafos creemos conveniente reproducir.

«En España—dice—todo lo que sea manifestación de lo que puede hacer el individuo solo, acusa todavía la potencialidad de la raza. Tenemos personalidades cuyos méritos reconocen los extranjeros, á pesar de la prevención que existe contra todo lo español.

»Si aparecen un sabio, un artista, un industrial, que se elevan quince codos sobre el nivel de las eminencias científicas europeas, claro es que pueden existir millares de hombres

(1) La España Moderna. Un volumen, 5 pesetas.

cultos y preparados en su especialidad, que estén á la altura del promedio de los extranjeros. Y la verdad es que existen. Lo que hay es que no sabemos presentar *la mercancía:* les falta el ambiente favorable para su florecimiento; necesitamos que haya *empresarios* que hagan valer sus méritos, que encuentren mercado para sus obras, sus manufacturas, sus libros. Viven ignorados de sus mismos compatriotas; sufren privaciones y mueren pobres, para escarmiento de los que seguirían sus huellas si no vieran la triste suerte reservada á los *delanteros* del trabajo, precisamente á los que, por el mérito propio y por el bien que hacen á la colectividad de que forman parte, son dignos de la gloria y de la fortuna.

»En España marramos por todo lo que depende de la educación, por todo aquello que á la larga va formando lo que Blunschli llamaba cualidades *de raza*, es decir, las cualidades que son comunes á una colectividad, sea ésta una familia, una estirpe, una región, una nacionalidad, una raza propiamente dicha, ó simplemente un partido, una comunidad sujeta á los cánones severos de una disciplina.

»Se ha dicho entre nosotros, como expresión de la sabiduría popular, «buenos canónigos y mal cabildo». ¿Cómo se explica este contrasentido? Porque en la aritmética social tampoco se pueden sumar más que cantidades homogéneas, y en toda reunión de españoles que se propongan un fin común falta siempre una de las dos cosas: ó bien la virtud de que ante un hombre superior se conviertan los demás en ceros y hagan valer la unidad anulándose, como se observa entre los alemanes; ó bien que cada uno tenga una preparación suficiente, esté dotado de un conjunto de aptitudes comunes que permitan una cooperación voluntaria al fin social, como se observa entre los anglosajones.

»De que los españoles somos capaces de una y otra disciplina, de la que impone la cooperación á los fines colectivos por la obediencia, ó de la que se logra por espontánea manifestación de la voluntad, no cabe duda ninguna, si anotamos

lo que hemos hecho en lo pasado, y si tenemos en consideración que ambas disciplinas son hijas de la voluntad, ya sea de una voluntad que logre imponerse, ya sea de un conjunto de voluntades que por modo espontáneo se coordinen convergiendo á un solo objetivo. En la educación está el secreto de todo.

El Sr. Zulueta termina declarando que tiene grandes esperanzas en el porvenir si ponemos los medios que están á nuestro alcance y que sólo nosotros podemos usar con éxito.

En el núm. 15, el ya citado Sr. Atienza dedica un entusiasta artículo á su maestro de griego, el profesor D. Antonio González Garbín.

«He tenido—dice—muchos profesores; *maestros*, muy pocos, solamente cuatro.—Mi maestro de primeras letras, D. Pantaleón Martín Aguado, era un espíritu superior, que sin poseer gran preparación científica, ni haber alcanzado á penetrarse del sentido reformador de la Pedagogía moderna, poseía intuiciones geniales de educador, distinción natural, bondad ingénita y dulzuras paternales. A su excepcional poder sugestivo, reforzado por la enseñanza práctica de su ejemplo, debemos los que fuimos sus discípulos el primer sano impulso que recibimos en la escuela. ¡Cómo no venerar su memoria!

»Tuvieron luego parte principal en la obra de mi educación: mi maestro de griego, D. Antonio González Garbín; D. Nicolás Salmerón y Alonso y D. Francisco Giner de los Ríos. De cuánto bien soy deudor al primero, ya lo diré después, puesto que á él están dedicadas estas reminiscencias de la vida estudiantil. A Salmerón le debo la disciplina intelectual, mucha ó poca, que haya llegado á poseer para regir mi entendimiento, y el haber aprendido á estimar á los hombres, no por lo que saben, sino por la fidelidad con que traducen en sus acciones las ideas que profesan. Giner de los Ríos es el modelo más acabado que he conocido de abnegación heroica, llevada hasta el sacrificio; nada de cuanto posee le pertenece: su

tiempo, su saber, sus bienes de fortuna, bien escasos por cierto, su vida entera, es de sus discípulos, de sus amigos, de todo el mundo. Mentiría si dijese que he logrado copiar ni en mínima parte tan excelsas virtudes; pero sí puedo y debo decir que su imagen no se aparta jamás de mi espíritu, y que su existencia es un dechado de perfección ideal, á que no han hecho aún cumplida justicia las lenguas de la fama, siempre vocingleras para adular á los poderosos, siempre torpes y remisas para proclamar á los grandes bienhechores de la humanidad, que viven ocultos y como avergonzados al apacible reparo de su recatada modestia.»

Refiriendo ya especialmente al Sr. Garbín, escribe: «He aludido anteriormente á su prodigioso arte para enseñar. Todavía esto es decir muy poco. Su clase era para nosotros el más deleitoso de los juegos. Las declinaciones griegas, la conjugación de los verbos sobre todo, tan complicada, tan difícil, con sus tres voces, con su gran número de modos y de tiempos, con aquella riqueza de desinencias é inflexiones que habrían abrumado la memoria del estudiante dotado de más poderosa retentiva, eran cosas que aprendíamos de viva voz, sin necesidad de libro de texto, con las explicaciones de aquel maestro incomparable, salpicadas de rasgos de ingenio y de felices ocurrencias, que excitaban el interés y mantenían despierta la atención».

Cita luego numerosos casos que vienen en demostración de que el Sr. Garbín no es un conferenciante que explica una asignatura, sino un educador que sabe atender á todas las direcciones espirituales de los alumnos, y utilizarlas en beneficio de su mejor formación intelectual.

El número correspondiente á Junio de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología,* al cual ya nos hemos referido en las *Lecturas* del mes último, contiene un curiosísimo estudio de Florencio Sánchez, sobre *Los caudillos criminales en Sud-América.*

«Como único recuerdo doloroso de las últimas reyertas par-

tidistas de la vecina tierra—empieza diciendo,—ha subsistido el de los degüellos, incendios, saqueos y depredaciones de todo género, cometidas en las fronteras ríograndenses. Si se tratara de un simple desborde de la delincuencia común, lógico en circunstancias tan propicias á la impunidad, sólo quedaría esperar que la justicia ordinaria aplicara su sanción á los hechos; pero ellos tienen un significado excepcional, pues son, en efecto, de hábitos regresivos que florecen todavía por aquellas regiones, y que conviene poner en claro, analizar y juzgar, en homenaje á la cultura de esta América, que tanto obscurecen y agravian.

»Los diarios han esbozado algunas crónicas de la vida fronteriza, perfilando á través de relatos espantosos la silueta de un personaje, señor de vidas y haciendas en Río Grande, Joao Francisco, que á fuerza de aparecer malvado y sanguinario, va tomando en la imaginación popular los contornos de algunos de nuestros señores feudales de la Edad Media argentina. Joao Francisco, que en la realidad se excede á su reputación, es una simple resultante del ambiente en que actúa; encarna los sentimientos, las pasiones y las modalidades del medio. Trasplantado á Buenos Aires ó á la última provincia argentina, á lo sumo llegaría á ser un interesante ejemplar de delincuente; en la frontera ríograndense es señor feudal.

»Quien estas líneas escribe ha vivido mucho tiempo en aquellas regiones, ha frecuentado sus hombres y observado las costumbres; de modo que se considera habilitado para abordar el tema verazmente, aunque más no sea, desenvolviéndolo en la forma á su juicio menos monótona: la forma episódica y anecdótica.»

El escenario de Joao Francisco es la parte Sur de Río Grande (Brasil), comprendida entre Santa Ana do Livramento y Uruguayana, región atrasadísima, sin medios fáciles de comunicación, esencialmente pecuaria, y en donde el contrabando y el abigeato son ocupaciones normales. No hay en él escuelas, y en la capital sólo existe una iglesia medio en rui-

nas, servida por un párroco que más bautiza que dice misas, y que viste de paisano.

Siempre que se realiza un asesinato ó un asalto á una granja, ya se sabe: «Fué la gente de Joao Francisco»; y lo curioso es que, cuando el comentario toma aspecto de censura, su fórmula es simplemente ésta:

—¡Para qué degollar á ese pobre diablo!... *Si hubiera sido jefe ó caudillo, menos mal.*

El degüello es el procedimiento normal.

«En las disputas no se oye jamás decir: «lo mataré á usted» ó «te romperé el alma», sino «cuando lo agarre lo degüello», y creemos que hasta el acreedor manda mensajes así: «Si no me paga lo degüello»; pues más de una vez hemos oído recados de esta especie: «Dígale á Fulano que se deje de jeringarme la paciencia con el pleito, porque el día menos pensado lo mando degollar».

»El intendente de policía de Santa Ana nos contaba que cada vez que se cometía un crimen y el criminal era reducido á prisión, desfilaban por su oficina docenas de personas pidiéndole que le prestara el preso un ratito, ¡para degollarlo!

»Por supuesto, que pocos casos como éste se han dado. Los criminales, si la fechoría es muy gorda y saben que se les conoce, huyen á tierra oriental; si no, se quedan tan tranquilos ó van á presentarse voluntarios al regimiento de Joao Francisco; pero por grande que sea el delito, habiendo sido las víctimas gentes desafectas á éste, gozan de completa impunidad y hasta de privilegios.

»Los únicos individuos que suelen ir á la cárcel son los contrarios á la situación, y por poco tiempo, desde que no tardan en ser ajusticiados ó «escaparse», como se dice, por el habitual procedimiento del degüello».

El resultado de esto es que la zona dominada por Joao Francisco va quedando desierta. Casi no queda más gente que la de su regimiento.

Las tropas brasileñas que guarnecen los tres puntos ó vi-

llas del feudo de Joao Francisco—Livramento, Cuareim y Uruguayana—permanecen neutrales y pasivas ante tanto desmán, «por respeto—dice el autor—*á la autonomía provincial*».

Joao Francisco suele apelar á las levas para reclutar gente con que surtir su regimiento ó molestar á los contrarios. La recluta se hace en los garitos, en los cafés, en la vía pública. En cierta ocasión, sabedor que el segundo jefe de un regimiento de tropas regulares asistía á un garito, ordenó una leva, y el coronel fué comprendido en ella, hasta que, al pasar por frente á su cuartel, se hizo reconocer y fué libertado.

La revolución de 1893 fué en Río Grande sanguinaria y bárbara. Joao Francisco campó por sus respetos sobre una zona de más de seiscientas leguas durante los tres años de la guerra. Él fué quien derrotó la partida del almirante Saldanha, compuesta de 300 hombres, entre los que estaba el bravo comandante de caballería Chico Rivero.

El hecho ocurrió como sigue:

«Ordenó á sus hombres, unos seiscientos, que avanzaran hasta las trincheras, montados, al trote y haciendo fuego. Aquello era descabellado. Los marineros de Saldanha diezmaban impunemente á semejantes locos, pero el avance seguía. De repente los clarines de Saldanha echan diana; el enemigo, que había llegado á unos cincuenta metros de las trincheras, volvía grupas en evidente desmoralización. Chico Rivero se lanza entonces con su caballería á consumar la derrota.

»—¡Vuelta cara y sable en mano!—bramaron los oficiales de Joao Francisco. Y á los pocos segundos se produjo el infernal entrevero sobre el campamento mismo de Saldanha.

»Joao Francisco había previsto, con la intuición del avezado á la guerra gaucha, la salida del impetuoso jefe de lanceros. Su táctica era provocarlo y batirlo después, aprovechando los momentos en que el enemigo no podía hacer fuego, para caer como tromba sobre el campo fortificado.

»—¡No quedó ni uno!—nos decía el mayor Tambeiro, nuestro cicerone en una excursión reciente al sitio del suce-

so. El mayor Tambeiro fué el matador glorioso de Saldanha.»

«Joao Francisco tuvo la tétrica voluptuosidad de mantener su gente acampada sobre el mismo campamento de Saldanha todo el tiempo que los miasmas lo permitieron. Lo hacía con el fin de familiarizar la tropa con el espectáculo de la muerte; y de tal manera logró su objeto, que en esos días la milicada se entretuvo en desollar cadáveres para trenzar con piel humana maneas y presillas del apero, prendas muy estimables por aquellas regiones, que se exhiben como testimonios de valor, y que algunos supersticiosos conservan como amuletos contra las balas!»

Joao Francisco no es un tipo físicamente repulsivo. He aquí su retrato, según el autor:

«Imaginaos al coronel Riccheri, no, á cualquier otro militar nuestro, tan arrogante pero más esbelto, que use como él barba y perilla renegridas, aunque más discretamente proporcionadas; que vista uniformes modernos con mundano desempacho; ni muy alto ni muy bajo, de gesto apacible, graduado por la expresión sonriente, un tanto aduladora, de los labios; nariz correctamente perfilada, ojos muy negros, curioseando á través de unas pestañas que se dirían crayonadas por un Moussión cualquiera; afeminadlo un poco más, suponiéndole manos pequeñas, suaves, devotamente cuidadas, y en la tez pigmentaciones de mujeril sonrojo, y, toque más ó menos, tendréis al caudillo en pinta.

»Completan estas exterioridades la más correcta desenvoltura de modales, la fuerza y pulcritud de la dicción, amoldada la voz á las blanduras del idioma portugués, tan melodioso.»

Preguntado cierta vez cuáles eran sus creencias religiosas, contestó:

—¿Mis creencias? Soy positivista; pertenezco á la religión de la humanidad (!!!).

El autor se pregunta al fin de su estudio qué clase de hombre es ése. «¿Es un voluptuoso, un refinado cultor de la muerte, simplemente? Estamos sin información á este respecto. Nada

hemos podido adivinarle. Quizá... lo último; quizá un caso de misticismo político; quizá—todo cabe en el terreno de las conjeturas—se trate de un megalómano acariciando en sus ensueños la idea de un futuro imperio sobre los hombres y las cosas de su tierra, cuya realización espera como un predestinado; quizá, y ganas nos dan de optar por ello, no sea nada más que un gran vándalo con aspiraciones reducidas á una simple preponderancia de pago.»

La *Revista del Foro* (Habana) publica, en su número de 31 Enero (1903), la biografía del jurisconsulto cubano D. Nicolás Azcárate y Escobedo, nacido en la Habana en 21 de Julio de 1828, y educado en España, donde figuró entre los progresistas con D. Domingo Delmonte y su grupo. Falleció en 1.° de Julio de 1894.

«En la tribuna forense fué una gran figura é intervino en asuntos judiciales de grandísima importancia. Defendió á Miguel Embil, acusado de desacato al capitán general D. José de la Concha, y á José Manuel Mestre, que como juez interino lo había absuelto, y al cual se procesó por desacato al fiscal en un incidente de la ruidosa causa. Defendió también á D. José Pío Díaz, cuyo proceso, que en la vista duró treinta días y treinta y uno en la revista, fué el más célebre de entonces, y en el que sobrevino un incidente con el fiscal por haber éste proferido palabras ofensivas á la clase de abogados, que Azcárate logró hacer retirar, por lo que le mereció las más calurosas felicitaciones del decano, D. José Antonio Cintra. Defendió también al negro José Laffite en un caso curioso de Medicina legal; á una esclava que dió muerte á sus tres hijos y en vano trató de suicidarse, enloquecida á consecuencia de haberse pactado la venta del mayor de aquéllos; al esclavo J. Echemendía, que, injustamente golpeado por su amo, y después de recibir golpes con un manatí en el cuerpo y en la cara, dejó muerto á su verdugo, atravesándolo con un cuchillo de trabajo; defensa ésta en la que hizo Azcárate resaltar la convicción generosa de su alma y la fe viva y ardiente del aboli-

cionista, que más tarde había de poner aún más de manifiesto en el cargo de síndico defensor de esclavos, que desempeñó con entereza y humanidad.

»Basta para enaltecer su nombre como jurisconsulto la *Revista de Jurisprudencia*, que fundó y sostuvo—1856-1868—con los distinguidos letrados José Manuel Mestre, José Ignacio Rodríguez y Francisco Fesser. Sería casi imposible mencionar los trabajos que sobre todas las ramas del Derecho publicó Azcárate en esa *Revista*. Toda ella está cuajada de interesantes estudios que demuestran una inteligencia enciclopédica privilegiada.»

En 1866 fué nombrado vocal de la Junta de Información, y se trasladó á España, donde se distinguió por sus opiniones liberales, pero enteramente leales á España.

«En 1868, al estallar la revolución de Yara, fundó y dirigió en Madrid los periódicos *La Constitución* y *La Voz del Siglo*, inspirado éste por Rivero, en que procuró el inmediato establecimiento en Cuba de las reformas que desde tres años antes él y sus compañeros habían reclamado, y mientras éstos se dispersaban desengañados, había continuado, por su parte, defendiendo y solicitando.

»En 12 de Enero de 1875, por quebrantos en su fortuna, quiso volver á Cuba; pero no pudo lograr su deseo, porque los voluntarios obtuvieron un decreto del general Valmaseda y lo obligaron á seguir el viaje; y en aquella situación no retornó á España: aceptó el destierro, y se detuvo en Méjico hasta el fin de la guerra. En este país, en unión de Antenor Lezcano, redactó el periódico *El Eco de Ambos Mundos* en 1876; y cuando desapareció este periódico por la caída de Lerdo, escribió en *La Colonia Española*.

»Firmada la paz del Zanjón en 1878, regresó Azcárate á Cuba, siendo de los primeros cubanos á quienes el general Martínez Campos llamó, nombrándolo miembro del Consejo de Administración.»

La Instrucción Primaria, de la Habana, inserta en su nú-

mero de 10 de Julio interesantes *Apuntaciones para la historia de la enseñanza mercantil en Cuba,* escritas por D. Tomás F. Rodríguez.

El primer impulso procedió, en 1835, de la Sociedad Económica de Amigos del País. En 1837, D. Joaquín Maseras solicitó establecer una Academia práctica mercantil, subvencionada por la Sociedad; pero no llegó á establecerse. Por fin, se creó una en 1838, dirigida por el profesor alemán Jacobo Kruger.

«Eran tan satisfactorios los resultados obtenidos por la Academia que dirigía Kruger, á quien venía auxiliando su hijo, D. Víctor, desde 1843, en que enfermó de la vista aquél, que en 1849 se proyectó el establecimiento de un curso superior para dedicarlo al estudio de los «tratados estipulados con las naciones extranjeras, los aranceles generales y la Geografía comercial», proyecto que no se llevó á la práctica por la escasez de fondos en que se veía entonces la Sociedad para sostener ese gasto.

»El Sr. Kruger dió á conocer sus dotes de inteligencia y el caudal de conocimientos que poseía para el desempeño de estas asignaturas que se le confiaron, con las publicaciones siguientes: en 1835, de su obra *Aritmética práctica ó mercantil;* en 1836, de la segunda parte de la misma, dedicada al conde de Villanueva; y en 1838, de su tratado de *Aritmética teórica, ó sea explicación de la base del cálculo adoptado en el tratado práctico ó mercantil,* con dos Apéndices. En el segundo de éstos da razón Kruger del método nuevamente introducido para la enseñanza de la Aritmética, y salió á luz en 1838. Este Apéndice fué editado en la Imprenta Literaria, y los otros trabajos en la de Palmer.

En 1855 se instaló ordenadamente la *Escuela general preparatoria de la Habana*, para los estudios de Agricultura, Mecánica, Comercio, Arquitectura, Veterinaria, etc. En la parte de Comercio se estudiaba Aritmética, Algebra, Teneduría de libros, Aritmética mercantil é idiomas francés é inglés.

En Santiago de Cuba se instaló otra escuela análoga.

Fué el general Concha, como es sabido, uno de los gobernadores superiores más dispuestos á favorecer la instrucción pública durante el período de su mando; y animado de idénticos propósitos, quiso, á su paso por el Ministerio de Ultramar, continuar la obra que había iniciado en esta isla, sometiendo á la aprobación del Gobierno Supremo el plan de estudios que tenía preparado á ese objeto. Remitido el proyecto al Consejo de Estado, éste lo devolvió con informe favorable, y el 15 de Julio de 1863 se promulgó el Real decreto que abría nuevos horizontes á la cultura y bienestar de la juventud cubana.

»Por este plan se llevaban á la enseñanza oficial, entre los otros, los estudios mercantiles, con caracteres de carrera profesional, reconocida por medio de los títulos de perito y profesor mercantil, que expedía el Gobierno superior político.

»Los estudios para el grado de perito mercantil se hacían en los Institutos, y comprendían las asignaturas de Geografía Universal, Aritmética y Álgebra, Geografía y Estadística comercial, Aritmética Mercantil, Ejercicios prácticos de Comercio, Economía Política, Legislación Mercantil é idiomas inglés y francés. Los estudios para obtener el título de profesor mercantil se cursaban en la Escuela Profesional de la Habana, y abrazaban las asignaturas de Historia del Comercio, Materia Mercantil y Derecho Internacional Mercantil. El programa de esta carrera, con muy ligera variación, era el mismo que preceptuaba el Real decreto de 18 de Marzo de 1857, creando en la Metrópoli las Escuelas de Comercio.»

En los colegios privados estas enseñanzas se organizaron en seguida, así como en muchas de las escuelas municipales superiores de la isla.

En 1871, el decreto reaccionario del Gobierno del Conde de Valmaseda suprimió todos los Institutos, menos el de la Habana.

Así siguieron las cosas—no obstante un proyecto de la So-

ciedad Económica (1880) de crear una Escuela de Comercio—hasta 1882. En esta fecha, y por Real decreto, se crearon los Institutos de Santiago de Cuba, Puerto Príncipe y Santa Clara, y al año siguiente, por igual disposición, los de Matanzas y Pinar del Río; mas con la creación de tales centros en nada se han beneficiado los estudios de aplicación de que tratamos, y fueron concedidos, como antes, sólo al Instituto de la Habana y á la Escuela Profesional, y quedamos exactamente en la misma situación en que con respecto á este importantísimo particular nos dejó el decreto de 1871 con su reforma.

«Por la orden núm. 171 del Gobierno Interventor, serie de 1900, fué suprimido el título de perito mercantil; se trasladaron al Instituto de la Habana las asignaturas del Profesorado Mercantil, que se cursaban en la Escuela Profesional, y quedó constituída la Escuela de Comercio, adscrita al mencionado Instituto.»

HISPANUS

MEMENTO.—Publicaciones recibidas: Amado Nervo, *El Éxodo y las flores del camino.*—Dr. Ingegnieros, *La psicopatía en el Arte.*—M. Magallanes Moura, *Facetas* (versos).—E. Piñeyro, *Hombres y glorias de América.*—L. Díaz, *Las sombras de Hellas.*—M. Fernández Juncos, *La lengua castellana.*—*Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco.*—Adrián del Valle, *Cuentos inverosímiles.*—Gabino de J. Vázquez, *El buscapié cervantino.*—M. Blanco Fombona, *Más allá de los horizontes...*—Félix B. Basterra, *El crepúsculo de los gauchos.*—R. Calzada, *Homenaje á la memoria de Giovanni Bovio.*—F. Iglesias Calderón, *Rectificaciones históricas.*—*La traición de Maximiliano y la capilla propiciatoria.*—A. José Uribe, *Anales diplomáticos y consulares de Colombia.*—Tobías Zúñiga Montúfar, *Castelar.*—M. Dionisio, *Cerqueira, La Bolivia et le Brésil.*—Marcial Martínez, *Segunda conferencia internacional americana tenida en Méjico* (1901-1902).—Manuel de Mendiburu, *Apuntes históricos.*—*Anexos á la Memoria del ministro de Relaciones exteriores y Culto presentada al Congreso ordinario de 1902.* (La Paz.)

CRÓNICA LITERARIA

La Catedral, novela, por D. Vicente Blasco Ibáñez.

El título de la nueva novela de Blasco Ibáñez recordará al punto, al lector algo enterado de la literatura francesa contemporánea, el libro de J. K. Huysmans, llamado también *La Catedral*. Pero, aparte de algunos pormenores descriptivos, que en la novela de Blasco Ibáñez son subalternos y en la de Huysmans desempeñan papel más principal, la semejanza no pasa del título, como no vayamos á buscarla en el hecho de que *La Catedral* de Huysmans dista mucho de ser el mejor de sus libros, y la de Blasco Ibáñez es bastante inferior también á otras obras del notable novelista valenciano.

En la obra de Huysmans es muy escaso el elemento novelesco. Pertenece *La Cathedrale* á la serie de novelas en que dicho escritor, después de haber cultivado el género naturalista con bastante fortuna, y de haber penetrado en su libro *La-Bas*—que parece señalar el punto culminante de su inspiración—en los misterios de la magia moderna, se propuso historiar las etapas de su conversión, real ó fingida, al catolicismo, atribuyéndoselas á su héroe Durtal. En *La Cathedrale* la fábula novelesca sirve de pretexto para que Huysmans describa la catedral de Chartres y se enfrasque en disertaciones sobre la filosofía de la arquitectura religiosa, y en particular sobre la simbólica y la mística cristianas, aplicadas á los templos que levantó la piedad de los siglos medios. Todo esto lo hace Huysmans con cierta erudición, con claro sentido histó-

rico en ocasiones, y con exuberante y viva fantasía; y hay en esa reconstrucción histórica y psicológica de lo que fueron las catedrales y del ambiente social que se cristalizó en sus fábricas peregrinas, páginas primorosas de hondo pensamiento y atildada forma, pero que de todo tienen menos de relación novelesca, y pertenecen, en rigor, al género de *El genio del Cristianismo*, de Chateaubriand, con cuya tentativa de interpretación estética y simbólica de los dogmas y ceremonias cristianos ofrecen no pocos puntos de semejanza las últimas obras de Huysmans.

La Catedral de Blasco Ibáñez es más novela, aunque no lo sea tanto ni con tan robusto objetivismo como otros libros anteriores del mismo autor, tales como *Cañas y barro* ó *Arroz y tartana*. Algo describe el novelista de la catedral de Toledo, en cuyas dependencias coloca la acción de su novela, pero sin meterse en las filosofías de Huysmans, que responden á una disposición de espíritu muy diferente de la de Blasco Ibáñez, el cual deja que salgan á la superficie en esta obra sus preocupaciones y sentimientos de propagandista revolucionario, en vez de encerrarse, como en las mejores de sus novelas anteriores, en la serena neutralidad objetiva de la contemplación artística.

Todo ese elemento descriptivo es secundario en la novela de Blasco Ibáñez; es como el telón de fondo de la acción. En realidad, no nos presenta esta novela la vida de la catedral; pues aunque en algunas escenas asistamos á ceremonias litúrgicas, y en otras se hagan refencias al cabildo, y hasta en algunas aparezca el arzobispo (un arzobispo difunto ya), retratado evidentemente con arreglo á las hablillas y chismes del vulgo, lo que con preferencia pinta Blasco Ibáñez son las dependencias de la iglesia primada en que viven sus servidores y domésticos seculares; entre éstos se desarrolla la acción, y de entre ellos salen las principales figuras novelescas. Así como en *La de Bringas* pinta Pérez Galdós ciertas categorías de la servidumbre palatina, y no la vida del palacio real en los años

anteriores á la revolución de Septiembre, en *La Catedral* no es la catedral misma, sino la servidumbre que vive en sus desvanes, en las Claverías, lo que forma la materia novelesca con que ha elaborado la fábula el autor.

El personaje principal de la obra es un anarquista. El contraste que resulta de poner enfrente de la organización social más conservadora y tradicional, como es la Iglesia, á un representante de la tendencia más revolucionaria en el pensamiento y en la acción, no es una novedad en la literatura contemporánea. En el *París*, de Zola, vemos al anarquista científico Guillermo Froment obsesionado por la idea de destruir la basílica del Sagrado Corazón, pero esta oposición tiene algo de grandioso y de trágico en la novela del escritor francés: reviste allí proporciones de duelo entre dos ideas y dos mundos, y el anarquista tiene toda la arrogante osadía de un genio del mal, de un espíritu destructor y rebelde; mientras que en el libro de Blasco Ibáñez su acción es comparable á la labor obscura y ruin del microbio, que va consumiendo los tejidos de un organismo.

Una ojeada al argumento de *La Catedral* aclarará las observaciones que he de hacer acerca de esta novela. El personaje principal, Gabriel Luna, procede de una familia de servidores ó dependientes de la catedral toledana. En sus dependencias nació; allí se deslizaron los juegos de su infancia. Su natural despejo y su afición al estudio impulsaron á sus padres á dedicarle á la carrera eclesiástica. La guerra civil le sacó del Seminario, donde había conseguido distinguirse, y le llevó á las filas del ejército de D. Carlos. Tras la campaña vino la emigración. Renacieron allí las antiguas aficiones del ex seminarista al estudio; pero las nuevas compañías y el nuevo ambiente intelectual y moral que le rodeaba produjeron una completa revolución en su espíritu. El católico y carlista de ayer se vuelve anarquista, y como tal anarquista hace propaganda. Las andanzas de su vida le llevan á Barcelona; es atormentado en Montjuich, y cuando recobra la libertad se ve vigilado y

perseguido constantemente por la policía, que le obliga á cambiar de domicilio apenas se establece en algún lugar, convirtiéndole en una especie de Judío errante moderno.

En esta azarosa existencia, desmaya el ánimo del anarquista, cuya salud física ha sufrido grandes quebrantos en las duras pruebas que le reservó la vida. Apetece el reposo, la oscuridad, desea hundirse en el olvido, y su espíritu se vuelve hacia la antigua catedral en que se deslizaron los alegres días de su infancia. Ve en ella un asilo, un rincón ignorado donde morir, previendo que han de ser breves sus días; y á la catedral vuelve, y allí le acoge amorosamente su hermano, que es un *vara de palo*, una especie de sacristán, uno de los domésticos del templo.

Al principio, Gabriel procura pasar inadvertido, oculta sus ideas, quiere olvidar su pasado reciente de luchas, para retornar á aquel pasado remoto de que le habla la catedral. Pero bien pronto renacen sus aficiones y sus hábitos de proselitismo, y poco á poco empieza á hacer propaganda de sus ideas entre los servidores y dependientes del templo que con él conviven. Al principio, aquellas humildes y sencillas gentes le oyen asombradas y temerosas; luego, se van despertando sus pasiones, comparan la estrechez en que viven con los tesoros que la fe ha acumulado en la catedral, con las joyas ofrecidas por la piedad á las imágenes. Lentamente se van formando pensamientos criminales en aquellos cerebros, y una noche, mientras vigila Gabriel, que ha aceptado el puesto de guardián nocturno de la iglesia para ayudar con el salario á su hermano, penetra en el templo silencioso un grupo de los que han sido sus discípulos, y le incita á consentir el plan que tienen formado de apoderarse de las alhajas de la Virgen. Él se resiste, le hieren; se consuma el robo, le toman por cómplice ó coautor del delito, y la muerte le libra de ser condenado por aquel crimen ejecutado por otras manos, y que es el único fruto que han producido sus predicaciones.

***

El Sr. Blasco Ibáñez ha seguido en esta novela un procedimiento semejante al que empleó Zola en sus *Evangelios*, y que consiste en intercalar en la acción, ya en discursos, ya en soliloquios de los personajes, largas disertaciones sociológicas. Esta manera, que es evidentemente en Zola una manera de decadencia, da á sus novelas últimas la apariencia de macizas y pesadas construcciones, á cuyas líneas se esfuerzan en vano en prestar ligereza y elegancia la vehemencia del estilo, la calculada simetría que guardan las diferentes partes de la obra y el vigor y elocuencia que adquiere á veces el discurso. Pero con todo, cualquiera que compare alguna de dichas obras con las de la serie de los *Rougon Macquart*, observará cuán grande ventaja llevan estas últimas en movimiento dramático, en el interés de la acción y en todo lo que forma la esencia de la novela.

Algo semejante le ocurre en *La Catedral* al Sr. Blasco Ibáñez, pues esta novela no resiste la comparación con otras del mismo autor, en que todo es viviente evocación objetiva de la realidad, y en que se admira una potente plasticidad en las representaciones. En esta ocasión, el autor de *Cañas y barro* ha abandonado el terreno en que le hacen triunfar sus mejores facultades, para penetrar en otro—el de la controversia sociológica—en que sus medios son evidentemente inferiores á los que reune como novelista. En esta esfera, creando tipos, tejiendo acciones, comunicando intensa fuerza dramática á los sucesos imaginados, reproduciendo con jugoso y exuberante colorido la realidad exterior, pocos igualan al Sr. Blasco Ibáñez; pero como expositor de teorías sociológicas no se levanta por encima del nivel ordinario. Quizás su estudio de estas materias no ha sido profundo; quizás su espíritu, tan accesible y abierto á las impresiones del arte, no tiene la suficiente profundidad filosófica para mostrar en estos asuntos una potente originalidad; pero sobre todo esto hay que considerar que la novela es historia—historia imaginaria, pero historia al fin—y no filosofía; que su materia son hechos y no doctrinas, y que

por esta índole de la novela, doctrinas y filosofías, cuando se prodigan en sus páginas, aun en el caso de estar expuestas con singular elocuencia, constituyen un peso muerto que retrasa la marcha de la acción y divide y trunca el interés.

Al describir el Sr. Blasco Ibáñez la catedral, al evocar recuerdos históricos de los antiguos arzobispos, harto se ve que el que habla no es un erudito, ni un cultivador asiduo de la historia, y hasta se adivina que todo aquello es una preparación adquirida para ilustrar con tales recuerdos y apreciaciones artísticas la acción de la novela, y que no salen dichas noticias de un sólido estrato de cultura anterior, sino que son elementos adventicios allegados de momento para los fines del libro; pero todavía en esta parte acierta el Sr. Blasco Ibáñez á dar vida y atractivo artístico á lo que dice, y sobre todo á no hacerlo pesado é indigesto. Y es que, á falta de los conocimientos de un especialista y de la familiaridad con la historia y dominio de ella que da el estudio asiduo, posee el novelista valenciano esa adivinación é instinto artístico que descubre en los materiales históricos, aunque sólo los haya examinado por encima, el filón estético que contienen.

Pero donde es menos afortunado, y no sólo menos afortunado, para hablar con verdad, sino desafortunado del todo, es en los discursos que pone en boca del anarquista. Son pecados interminables, vulgares; y no es eso lo peor, sino que algunos de ellos no guardan relación alguna con las situaciones de la novela y son verdaderos ripios que lastran inútilmente la obra con el peso de su palabrería. A este número pertenece la disertación sobre la decadencia de España que pronuncia el anarquista Gabriel, disertación que carece por completo de originalidad y está inspirada en gran parte en lo que escribió el malogrado profesor y publicista Macías Picavea en su libro *El problema nacional*, del cual se reproducen hasta frases enteras, con corta variación, en el de Blasco, resultando en conjunto el discurso del anarquista una sarta de lugares comunes, en la cual, aunque no esté todo reñido con la verdad histórica,

hay una parte considerable de exageración y un evidente exceso de vulgaridad. Otro pegote menos justificado aún es lo que dice el propio anarquista de la salud de un joven monarca, cosa que de ninguna manera viene á cuento en la novela, y que es reproducción algo expurgada de lo que ya escribió el Sr. Blasco Ibáñez en su periódico *El Pueblo;* escrito que fué por cierto muy censurado, y no sin razón, pues las consideraciones sobre la buena ó mala salud de las personas pertenecen á una esfera íntima, personal, inviolable en cierto modo para los extraños, á la que no es lícito ir á buscar armas de oposición ó de crítica.

No son más afortunados otros discursos del mismo personaje, que sólo por la brillantez del estilo se levantan algo sobre el nivel ordinario de los folletos de propaganda anticlerical ó anarquista, y que eran en su mayor parte innecesarios para caracterizar la figura de Gabriel, y son positivamente inútiles y aun perjudiciales para el interés de la acción.

Y es de notar cómo la tesis de todos estos discursos resulta refutada por la conclusión que se desprende espontáneamente de los hechos de la novela. Si el Sr. Blasco Ibáñez se hubiera propuesto ofrecer en su libro un ejémplo de los peligros de la propaganda anarquista, y demostrar que las ideas que ella propala, al caer en cerebros incultos no puede producir más que males, es indudable que habría conseguido su fin completamente. Pues lo que resulta de las predicaciones del anarquista Gabriel es que los sirvientes de la catedral, que las oyen y se dejan convencer por ellas, las toman tan al pie de la letra, que resuelven robar las alhajas de la Virgen. El efecto de aquellos discursos es, sencillamente, un robo, la perdición de varias personas que vivían antes tranquilas, honradas y felices, y la del mismo anarquista, que fué á buscar un asilo en la catedral, y por su afán propagandista no logró la paz propia y perturbó la ajena.

No creo yo que el Sr. Blasco Ibáñez se propusiera hacer ningún género de propaganda anarquista en su novela; pero

de seguro no se proponía tampoco dar una lección moral contra el anarquismo. El desenlace de su libro hay que atribuirle á que el artista ha vencido al sectario y le ha hecho conducir la acción de esa manera y llegar á un desenlace tan lógico como dramático, sin reparar en cuál era la moraleja que, naturalmente, había de desprenderse de aquel final del argumento.

No sería imparcial este juicio si á las anteriores observaciones no añadiese que hay algunas hermosas páginas en la novela. La vuelta de Sagrario á la casa paterna es una escena sentida y vigorosa; lo es también aquella en que el anarquista y su hermano, el *vara de palo* de la catedral, vuelven á verse tras larga ausencia, y el segundo relata al primero su dolor y su zozobra cuando se enteró de las prisiones de Gabriel en Montjuich. Hay también en la obra algunas descripciones de intenso colorido, pero el conjunto se resiente de aquel exceso de fárrago doctrinal de calidad mediana, á que antes se hace referencia, y es evidente, por otra parte, que el autor no se ha asimilado los tipos que quiere describir en este libro de un modo tan perfecto como los huertanos de Valencia, que figuran como principales personajes en las mejores de sus novelas.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Pediatría: Los caprichos de los niños.=Literatura: La poetisa del dolor.—La novela de costumbres provinciales en España.—El renacimiento de la literatura hebraica.=Supersticiones: Las láminas mágicas de execración.=Psicología colectiva: El problema de la multitud.=Ocultismo: El pranayama ó la ciencia de la respiración.=Enciclopedia: El diario íntimo de Tolstoi.=Bellas artes: La estética de Ganguin.=Impresiones y notas: Cómo se crea el tipo americano.—Una autobiografía lacónica.—Stendhal, plagiario.—La educación de la mujer.—Fumadores de opio.

PEDIATRÍA

Los caprichos de los niños.—Los caprichos, que con tanta frecuencia se manifiestan en el niño, no han fijado la atención, como dice Paula Lombroso en la *Nueva Antología*, ni de los psicólogos ni de los pedagogos.

¿Por qué tienen caprichos los niños? Se cree que un capricho es una extravagancia sin causa ni razón, que no vale la pena de estudiarse, y esto es un error. Para nosotros no tendrán causa ni razón; pero la tienen sobrada para el niño, y eso es lo que no se ha estudiado. Hay, sí, muchos caprichos de pura malicia y por puro espíritu de tiranía; pero hay otros que tienen su origen en un estado psíquico de misoneísmo ó de irritabilidad especial que requieren ser tratados con tacto y dulzura.

El misoneísmo, el odio á lo nuevo, es característico de los niños en la primera infancia, y se revela en la inercia que opone á las correcciones de su lenguaje, insistiendo en repetir la palabra incorrecta balbuceada en sus primeros ensayos para ha-

blar; el niño á quien se enseña á pedir permiso para entrar en una habitación, lo pide aunque no haya nadie; y el que se acostumbra á soplar su comida caliente, sopla hasta los helados. Este odio á lo nuevo tiene su razón fisiológica, pues un niño no tiene vigor bastante para cambiar á cada momento de orientación y admitir ese constante hacer y deshacer que requiere el desarrollo de la existencia.

Muchos de los caprichos del niño son debidos á su apego á la rutina. Un niño de diez y ocho meses debía estar levantado la noche de Navidad para ver el árbol de Navidad; como estaba acostumbrado á tomar el último biberón en la cama y en camisa, de noche, cuando sintió hambre y se le dió la leche empezó á gritar como un desesperado, y no se calmó hasta que se le puso la camisa de dormir y se le metió en la cama; una niña de cinco años, hospedada en casa de la Lombroso, no quería bañarse ni en el cuarto de baño ni en su alcoba, sino en la alcoba de la madre de Paula, «porque en nuestra casa—decía la niña—mamá se baña en su alcoba». Una vez Lombroso fué llamado en consulta para un niño que cuando entraba en cierta habitación gritaba y lloraba, sin que nadie acertara con la causa; la causa era que habían metido allí una gran cómoda que modificaba la disposición de los muebles; arreglada la habitación como estaba antes, el niño se calmó. Todos estos caprichos son naturales y no deben preocuparnos, como no nos preocupamos de que el niño no sepa andar ó no tenga dientes.

Más graves y más difíciles de curar son los caprichos que parecen accesos de manía. Alfredo Musset rompió un día un espejo magnífico con un taco de billar, sin que su madre se atreviese á reñirle, sabiendo que era víctima de su nerviosidad. Jorge Sand cuenta, entre los caprichos de su hija, el que tuvo un día para salirse con la suya de no pasear á pie: al bajar del coche se encontraron con que se había quitado los zapatos y los había tirado á la calle sin que lo vieran, quedándose descalza.

Paula Lombroso fué testigo de una escena terrible promo-

vida por una niña caprichosa que no quería irse á la cama cuando ya era hora de acostarse; la niña se puso furiosa y decía: «Voy á la cocina, cojo el cuchillo y os mato á todos: mato al padre, á la madre, á los hijos y á las hermanas, y luego os cortaré la cabeza, y os sacaré toda la sangre, y os pondré cabeza abajo, y luego me escaparé á un bosque y me perderé, y no me encontraréis y lloraréis; ¡malos, malos, malos!» Otra niña se empeñaba en que le daban botas diferentes de las de sus hermanos, botas «que se paraban», mientras que las otras no se agarraban nunca al suelo. Estos caprichos son fruto de un malestar crónico ó agudo, que sólo se curan atendiendo al estado general, robusteciendo al niño para restablecer el equilibrio de sus facultades.

Así como con los caprichos que dependen de atraso intelectual ó de un estado excepcional de irritabilidad debemos ser indulgentes, con los que sólo significan imperiosidad y testarudez debemos ser inflexibles. El niño tiene la más fina intuición de nuestra debilidad, y si nota que estamos dispuestos á ceder, empieza por dilettantismo á probar nuestra paciencia, y acaba por hacernos víctimas de su tiranía. Una niña de tres años se empeñaba en que su madre la paseara en brazos horas y horas, gritando en cuanto la dejaba un momento; otra de diez y seis meses no permitía á nadie sentarse en su habitación en otra silla que la por ella designada, y para ello obligaba á levantar sin compasión á una anciana de ochenta años de su sillón; esa misma niña había de merendar sentada dentro del aparador y en compañía del gatito de la casa; otra niña de dos años y medio se planta en medio de la calle y quiere saber por qué han escrito una T en el eje de una casa en construcción, y porque no la satisfacen las explicaciones se irrita y patea y no quiere moverse de allí. Nada de esto debe tolerarse. Una buena reprimenda, y á la cama: ese es el mejor remedio.

Hay padres que están reducidos á comer sin servilletas, ni salero, ni platillos, ni copas, porque no saben imponerse á sus hijos; y otros que no pueden ir con ellos de paseo porque todo

se les antoja, mientras que saliendo con la niñera van tranquilos. El daño de esta conducta es gravísimo, y es preciso saber usar de autoridad y de energía para que el capricho del niño, apenas nacido, desaparezca de raíz, sin dejar retoño alguno. Es el modo de lograr tranquilidad y de extirpar en los niños nocivas pasiones, preparándoles un porvenir dichoso.

LITERATURA

La poetisa del dolor.—¿Quién es la «poetisa fatal del dolor», como ella se llama á sí misma? Una infeliz maestra de pueblo, una campesina italiana, Ada Negri, maestra de la escuela de Motta Risconti, en el Tessino, ayer desconocida y hoy reverenciada en Italia como pudiera serlo Leopardi, y admirada en el mundo entero por sus geniales producciones.

Rica y feliz, como dice Mauricio Muret en la *Revue Bleue*, quizá hubiera dejado siempre ocultos los tesoros encerrados en su alma; la desgracia ha sido el estímulo de su genio, y el infortunio ha puesto la lira en sus manos para cantar el dolor. En su existencia desolada, la ventura ha lucido rarísimas veces; y, como ella dice, «ha crecido entre la bruma con una feroz nostalgia de sol en el corazón». Su dolor no se parece, sin embargo, al de Leopardi: el dolor, para Leopardi, era como una fatalidad ineludible, á la que había que resignarse; Leopardi, como Vigny, era un estoico; Ada Negri sufre y llora, pero no se resigna; su dolor no es el dolor del estoico ni el del cristiano, sino un dolor modernista del siglo xx: llora, pero apretando los dientes, renegando y sublevándose como Prometeo encadenado sobre la roca.

Esta escritora presenta el caso rarísimo de un alma femenina sin nada de misticismo. Tiene un ideal, pero es un ideal sin relación con las creencias regulares ni las religiones históricas: el ideal del dolor. Ada Negri ha cantado también el campo; pero sus versos campestres están llenos de lugares co-

munes; en cambio, cuando canta el amor y el odio, suele estar inspiradísima. Su corazón está lleno de los entusiasmos de una criatura primitiva; enemiga de todo disimulo, carece de eso que se llama *gusto*, que es cualidad propia de los neutros y de los tímidos, y la hipocresía de los literatos, que les obliga á buscar atenuaciones de expresión y matices grises á los términos de color brillante; Ada Negri tiene el valor de dejar á un lado el *gusto* para ganar en espontaneidad, en sinceridad y en vigor.

Ada Negri tiene lo que vale más que el gusto, el pudor. En su vida ha debido haber un drama de amor; pero hay tanta oscuridad en los versos relativos á ese episodio, que no es fácil saber á punto fijo en qué ha consistido, aunque se adivina que ha debido haber traición, separación, lágrimas y desgarramientos. Véase esta estrofa dirigida al hombre amado: «No vuelvas jamás; quédate allende los mares, quédate allende los montes; he matado nuestro amor; me torturaba demasiado. Lo he pisoteado, lo he pisoteado, lo he mordido, lo he desgarrado en cien pedazos, lo he aniquilado, y al fin se calla». Es una pasión muerta, pero esos versos apasionados muestran abierta la herida.

Una vez muerto el amor carnal, traidor, mezquino y egoísta, Ada Negri se proclamó la «Musa del nuevo amor», que es la caridad, derramando sobre todos los desgraciados los tesoros de su cariño. En su poesía revolucionaria palpita la energía viril, y las lágrimas que derrama sobre la humanidad queman como fuego. «¡Yo soy la guerra!—exclama;—soy fuerte como la encina, que hace frente al viento.» Hay algo de excesivo en estos alardes de virilidad.

Ada Negri es de origen plebeyo, y de ahí la idea puramente convencional que se ha forjado de la sociedad. Para ella la humanidad está dividida en dos campos: la gente del pueblo, y la que no lo es; la primera adornada de todas las virtudes, y la segunda de todos los vicios. La teoría no es muy exacta, pero no puede ser más clara ni más definida. Cuando

habla del no pueblo, Ada Negri no dice más que vulgaridades, pues ella cree que entre los burgueses el padre sólo piensa en robar y en jugar, la madre en el adulterio, el hijo en las muchachas y la hija en sucios flirteos. En cambio, cuando habla del pueblo, Ada Negri llega al tono heroico y hace vibrar su lira con arranques originales. Su poesía se parece á la *Canción de los golfos,* de Richepin; sólo que en Richepin se ve al poeta que se encariña con su asunto por su valor literario, mientras que en Ada Negri no es el amor de artista, sino el amor del sér humano, el que se despierta. Ada Negri no busca el aspecto pintoresco del obrero, sino su vida misma, cuando trabaja, cuando ayuna, cuando sufre.

Sus verdaderas simpatías están por los que se revuelven y se rebelan. ¡Sois el número, sois la fuerza, sois el derecho!... ¡Basta de sumisión! Ha llegado la hora de la revancha. Y ese es constantemente su lenguaje, estando como obsesionada por la revolución y viendo en el suceso más insignificante el movimiento precursor de la gran revuelta. ¿Con qué piensa sustituir lo existente? No lo sabe bien; pero el caso es destruir lo conocido. ¿Cómo la tragedia actual se ha de convertir en el futuro idilio, todo flores y alas y besos? Ada Negri no se preocupa de informarnos en ese punto, ni tiene tampoco ideas claras en la materia. La sociedad actual la desagrada, y su más ardiente deseo es que reviente cuanto antes, aunque sea por un cataclismo. Ada Negri, que ama con delirio á la humanidad entera y que es capaz de entonar un canto de ternura á los cafres ó á los esquimales, aborrece cordialmente á los burgueses, sin caer en la cuenta de su falta de consecuencia y de lógica.

***

La novela de costumbres provinciales en España.—Tal ha sido el tema elegido por el profesor Pitollet, agregado de la Universidad de París, en su conferencia inaugural del

Neusprachlicher-Verein de Hamburgo y Altona, sociedad que cuenta con varios distinguidos hispanófilos. De nuevo el señor Pitollet ha demostrado en la elección de tema las vivas simpatías que por España siente, y por eso damos gustosos la substancia de tan interesante discurso, que prueba el exacto conocimiento que tiene el Sr. Pitollet de la literatura española.

Entre los numerosos novelistas exóticos que han hecho fortuna en Francia desde 1880—dice,—sorprende no ver figurar sino incidentalmente el nombre de un español. Hace una veintena de años, sin embargo, que el extranjero nos suministra más que lo que nosotros mismos le damos, y que todas las literaturas extranjeras derraman en la francesa sus obras y su influjo. Así Inglaterra, con su Jorge Eliot; Rusia, con Dostoievski y Tolstoi; la Escandinavia, con su Ibsen y su Bjœrnstierne Bjœrnson; Alemania, con su novelista Sudermann y su dramaturgo Hauptmann, sin hablar del apocalíptico Nietzsche; Italia, con Annunzio y Fogazzaro, á los que ha venido á juntarse Matilde Serao, con sus cuadros de costumbres napolitanas. Otra encarnación del alma inglesa—¡cuán distinta de la que nos ofrece Jorge Eliot!—se nos ha revelado en seguida en el novelista imperialista Rudyard Kipling; y del lado de Rusia, detrás del viejo Tolstoi, ha surgido el joven Gorki, mientras que una boga inaudita, por razonas diversas y de desigual valor, difundía por Francia y por el mundo entero las novelas del polaco Sienkiewicz. Y en tanto, apenas si del lado de la letárgica España parecíamos enterarnos del renacimiento de la novela, aprendiendo á conocer, gracias á Renato Bazús, los nombres de Pereda, cuya *Sotileza* merecía los honores de la traducción en la *Revue des Deux Mondes*; de Pérez Galdós y de la Pardo Bazán; hasta *Pequeñeces* era adoptado con el nombre de *Bagatelles* en 1893, y hacía cierto ruido. Sin embargo, puede afirmarse, desde luego, que para el gran público francés, la España moderna y su literatura seguían siendo tan ignoradas como antes. ¿Tan desprovista estaba de interés la literatura española, que no se pudiera descubrir en ella nada de bello, ni de vi-

goroso, ni de moderno, que ofrecer en pasto á nuestra ardiente curiosidad de las cosas exóticas?

No ha sido esa, ciertamente, la razón de esta laguna ó de este olvido; pocas veces ha contado España con tan crecido número de novelistas y de escritores imaginativos como ahora. La escasa notoriedad del otro lado de las fronteras depende únicamente de la causa profunda que en todos tiempos ha constituído á la vez el genio y la inferioridad de toda la literatura traspirenaica; de un grave defecto, que es, á la vez, la más preciosa de todas las cualidades: de que, al revés del espíritu francés, que es ante todo universal, el espíritu español es ante todo particularista. Nada más instructivo en este respecto que comparar una obra de Maupassant con una novela, por ejemplo, de Valera, el más cosmopolita de los novelistas españoles contemporáneos. Como lo ha dicho perfectamente Rod, á propósito de las *Novelas campesinas*, de Luis Capuana, «los aldeanos de Maupassant son aldeanos que, por aldeanos que sean, se parecen á los aldeanos de todos los países». Tómese ahora *Doña Luz* ó *El Comendador Mendoza*, sin hablar de la clásica *Pepita Jiménez*, y se comprenderá la diferencia entre las dos literaturas.

Y es que España conserva todavía en su conjunto, frente á los demás grandes pueblos de Europa, una originalidad que la da notoria superioridad sobre ellos: la originalidad de permanecer estacionaria, de conservar el espíritu local, regionalista, de donde nace forzosamente una literatura de campanario. Así, la novela de costumbres provinciales ha seguido siendo una de las formas más populares de la novela. Desde Estévanez Calderón, Fernán Caballero y Trueba, pasando por Pedro Antonio de Alarcón, hasta Valera, hijo siempre de «la tierra de la sal y de María Santísima»; la Pardo Bazán, apasionada por su *Marineda*; Pereda, emanación de *la montaña*; y los escritores de menor fama (Salvador Rueda y Arturo Reyes, para Andalucía; Picavea, para la tierra de Campos; Polo y Peyrolón, para Aragón; sin hablar de los regionalistas

catalanes, á cuya cabeza brillan Verdaguer y Guimerá), la novela española es esencialmente regionalista.

El ejemplo de Pérez Galdós no prueba nada contra esta aserción: fácil sería citar multitud de pasajes del maestro en que tal ó cual comarca ó ciudad están pintadas con admirable maestría; recuérdese tan sólo *Angel Guerra*, *Fortunata y Jacinta* y *Gloria*. Palacio Valdés es tan naturalista como los anteriores. Parece, en verdad, que los escritores españoles tienen raíces tan profundas en la vieja tierra ibérica, que trasplantarlos sería hacerles perder la vida. No hay, pues, que sorprenderse de que se necesiten estudios especiales y una lenta y minuciosa preparación preliminar para poder gozar plenamente de su lectura. La cultura general no basta de ninguna manera para sentir su encanto; su sabor de terruño es tan pronunciado, que paladares no preparados al efecto no podrían tolerarlos.

Tal es, en concepto de Pitollet, la razón de la poca penetración en el extranjero de las novelas españolas contemporáneas. Ha sido preciso para asegurar el franco éxito logrado en Francia por Blasco Ibáñez, que al lado de la pintura de *la Huerta* de Valencia, el público francés reconociese los procedimientos literarios con los que estaba familiarizado, el gran procedimiento realista á lo Zola, gracias al cual la acción, aunque repleta de materia española y regionalista, se acomodaba por sí misma en las casillas cerebrales de los lectores, entraba en las categorías establecidas y se instalaba en ellas sin violentar el mecanismo corriente; en una palabra, les permitía tropezar consigo mismos al lado de Pimentó, Tonet, Roseta, Tomba, D. Joaquín, y hasta el pobre Marrut, bastardo degenerado del ilustre rocinante, bajo el emparrado de la *barraca* triangular, ó á lo largo de la *acequia*, bordeada de trémulas cañas.

Blasco Ibáñez, á cuya labor literaria consagra Pitollet minucioso análisis, es para el profesor hispanófilo el artista más perfecto de la España contemporánea, estimando que su obra

maestra es *Cañas y barro*. El mayor mérito de Blasco Ibáñez ha sido democratizar definitivamente la obra de arte en su país, educando definitivamente al pueblo español en el sentido del verdadero realismo, sin prejuicio alguno de escuela ni de secta.—¡Historias vulgares!—ha dicho cierta parte de la crítica, con desdeñoso acento. Sí, historias vulgares; pero cuya vulgaridad eleva á *Ana Karenine* ó á *Resurrección* al rango sublime de obras de arte, tan universalmente humanas, que toda sana individualidad—salvo ciertos pontífices, acostumbrados á cortar los pelos á lo largo—comulga en ellas con redentora piedad. ¿Es que ha existido jamás para el verdadero artista nada pequeño, bajo ni mezquino? El gran arte es democrático, y hace tiempo que ha perdido todo prestigio la vetusta convención de la materia noble y el estilo noble.

¡Cuán lejos estamos, con los libros de Blasco, de los tipos de Pereda, de esa humanidad hidalga, eternamente bonachona, de fatigosa honestidad, que el ilustre montañés ha repetido hasta la saciedad en su parcial realismo! ¿Qué son Cafetera y Baquero al lado de Langonesa? Y no es que Blasco Ibáñez haya descendido jamás hasta la ignominia zolesca, ni que su humanidad sea adrede crapulosa, so pretexto de ser verdadera. En este sentido, que, por otra parte, no tiene nada que ver con la moral burguesa, *Cañas y barro* supera, con mucho, á *La Barraca*. El autor ha comprendido perfectamente que ciertos aspectos de la vida pueden quedar en la sombra, sin perjudicar en nada á la verdad general del cuadro, ni aminorar en nada su potencia artística. En lugar de ser brutal, ha preferido resbalar sobre muchos detalles escabrosos, renunciando así á efectos de brocha gorda, que hubieran tentado á un autor menos dueño de sí mismo. Y cada vez más se ha dejado llevar por ese sentimiento divino de la piedad, cuya ausencia tanto se nota en las obras más notables de la literatura española.

¡Pobres seres, más dignos de lástima, en vuestra resignación taciturna, que los demócratas estrepitosos que llenan las

tabernas de Valencia! ¿Qué nos importaba conocer por lo menudo, como hubieran querido los críticos burgueses, enamorados de la *composición impecable*, vuestras fazañas y fechorías de lastimosos animales, cansados y febriles? ¿Qué nos importaba que un plan matemáticamente combinado, como en un problema de ajedrez, nos llevara como por la mano á la necesaria conclusión de vuestra intolerable miseria? Lo que nos importaba era vibrar al unísono del autor, aun á despecho de las reglas académicas, hasta en escenas cuyo lenguaje no estuviese rigurosamente ajustado á las prescripciones de la Gramática de la lengua, pues hay algo más fuerte que todas las reglas y más eficaz que todos los preceptos didácticos: la emoción comunicativa, que ignorarán siempre los pedantes y mandarines, y que da á Blasco Ibáñez, artista ante todo, y de ningún modo, como muchos de sus ilustres contemporáneos, novelista de profesión, un puesto aparte entre todos sus compatriotas. Sus obras—y en esta frase se resume todo el elogio de Blasco Ibáñez—son algo así como Sorolla escrito.

*
* *

El renacimiento de la literatura hebraica.—Nahum Sluschz ha publicado un interesante libro sobre el «Renacimiento de la literatura hebraica (1743-1885)», que Ernest-Charles analiza en la *Revue Bleue*, mostrando, ante todo, la divergencia de opiniones entre los dispersos judíos, y la existencia del partido sionista, ganoso de reconstituir la nacionalidad hebraica, y del partido de los quietistas, que aceptan el hecho de la dispersión, sin perjuicio de llorar sobre la Jerusalem perdida, á semejanza de los israelitas establecidos en Egipto, que en tiempo de Moisés se negaban á emanciparse del yugo de los Faraones, ó de los que en tiempo de Assuero se hallaban á gusto, como Esther y Mardoqueo, en tierra extraña. Entre los más ardientes sionistas figura Max-Nordau, quien sonríe desdeñosamente cuando se habla de «partido sionista»,

por entender que los sionistas no son un partido, sino el judaísmo mismo.

Se ha creído largo tiempo en la extinción del hebreo como lengua literaria moderna, y los mismos judíos occidentales, al renunciar al uso de su lengua nacional fuera de la sinagoga, han dado mucho crédito á esta presunción. Y, sin embargo, la literatura hebraica no ha dejado nunca de existir, y en este siglo mismo está caracterizada por dos ideas esenciales: la emancipación intelectual de las masas judías, sumidas en la ignorancia, y la restauración del sentimiento nacional y de la solidaridad judía. El ghetto, que, desde la revolución francesa, ha producido combatientes, políticos, tribunos y poetas, ha dado también á luz muchos hombres de acción, salidos del pueblo y quedados en el pueblo, que hicieron del hebreo un instrumento de propaganda. Gracias á ellos, la lengua de los profetas ha sido llevada á la perfección, y se muestra bastante flexible para traducir todas las ideas modernas. Esos nuevos profetas, que así empalman la tradición bíblica con la literatura de los humildes y de los desheredados, son verdaderos tribunos populares. Todos ellos aspiran á la próxima regeneración del pueblo judío, expresan con ardor su fe y llevan á sus adeptos la firme convicción de que el pueblo de Dios no puede desaparecer nunca. Ahí está la verdadera literatura del pueblo judío, con la que el triunfo del sionismo no es ya una posibilidad, sino una certidumbre.

La literatura hebraica se desarrolla y prospera, como es natural, en Oriente. Dejemos á un lado á Luzzato y Halevy; olvidemos á Wessely y á Franco Daniel Méndez, y prescindamos hasta de Salomón Jehuda Rapoport, que mereció ser llamado padre de la ciencia judaica; de Nahman Krochmal, que demostró la misión espiritual del pueblo judío, y de Samuel David Luzzato. La Lituania, país judío, único puro que todavía lo sea, es el destinado á producir los grandes escritores hebreos contemporáneos.

Abraham Ben Lebensohn (1794-1880), apellidado el padre

de la poesía, profesa exaltado amor á la lengua hebrea; pero entre todos los cultivadores de la lengua bíblica sobresale Abraham Mapu (1808-1867), el creador de la novela hebrea. Mapu ha sido toda su vida el humilde erudito del ghetto, uno de los sucesores de los Ebionim, de los psalmistas y de los profetas. Tímidos, melancólicos, sin deseo por nada de lo que se relaciona con la vida práctica; frecuentemente envilecidos por su propia miseria material y por la miseria intelectual circundante, estos soñadores del ghetto ocultan en la intimidad de su alma esa exaltación moral, ese idealismo invencible, único que puede explicar la vivacidad y persistencia del pueblo-mesías.

Mapu era uno de esos, y maravillado por la obra de los románticos, y sobre todo por las novelas de Eugenio Sué, su autor favorito, escribió *El amor de Sión* hacia 1848, novela histórica en que se traza un capítulo de la vida del pueblo judío en tiempo del profeta Isaías. La época está admirablemente elegida: de un lado, una sociedad decadente con un rey ilustrado al frente, que lucha contra la limitación de su poder en el interior y contra la invasión del extranjero en el exterior; y de otro, los grandes profetas atacando la corrupción de costumbres y mostrando al pueblo el ideal. Mapu hace con su novela, cuya trama es pueril, una obra de alta moralidad y de civilización, revelando su pasado glorioso á toda una población hundida en un ascetismo degenerado ó en un misticismo hostil al presente, y mostrándole, no la Judea de los rabinos, santos y ascetas, sino el país de la naturaleza, de la alegría del vivir, el país de Ruth y del *Cántico de los Cánticos*.

Mapu presenta á sus compatriotas un Isaías poeta y moralista sublime, predicador de los bienes terrestres, de la bondad y de la justicia, opuesto á la doctrina estrecha y á las prácticas minuciosas de los sacerdotes, precursores de los rabinos. La novela predica la vuelta á una vida más natural. Toda la Judea agrícola pasa ante los ojos del lector; la alegría de los

viñadores, el abandono de los pastores, las fiestas populares, están pintadas con todo su brillo; la grandeza moral de Judea aparece en la descripción de todo un pueblo reunido para celebrar la fiesta en la ciudad santa.

La lengua hebraica había encontrado al fin su maestro popular, que reanimaba á la multitud, obligándola á comparar su presente miseria con su pasada grandeza; y Mapu exclamaba: «Yo he profundizado el latín antiguo en su vigor majestuoso, el alemán con su profundo sentido, el francés con el encanto de sus seductoras expresiones, y el ruso en la flor de su juventud; cada una de estas lenguas posee cualidades propias; sólo tú, ¡oh lengua hebraica!, eres incomparable... ¡Qué clara y límpida es tu palabra, á pesar de la ceniza de tus ruinas!»

Otros, como el poeta Judas León Gordón (1830-1892), y más todavía el novelista hispanopolaco Pérez Smolenski (1842-1885), han ayudado á la obra de Mapu. Pérez publicó en 1872 *El pueblo eterno*, base del movimiento de emancipación nacional. Pero ¿dónde ir? Unos optan por América, y otros, como Pérez, prefieren la Palestina, el país del pasado y el sueño del porvenir.

Si hemos de creer á Nahum Sluschz, la literatura hebraica moderna trabaja por el renacimiento del pueblo judío; se fundan revistas y periódicos, y constantemente aparecen libros cuyo público y cuya influencia se desarrollan de día en día; los escritores hebreos están en pleno período de creación literaria, y la fermentación de ideas que afluyen de todas partes es poderosa. La literatura hebraica contemporánea trabaja por el triunfo del sionismo, tal como lo conciben Teodoro Herzl, Max Nordau y Nahum Sluschz. Esta literatura ha llegado á ser en Rusia la tercera, viniendo después de la rusa y de la polaca; y fuera de los países eslavos, gana también terreno poco á poco en todo el Oriente desde Palestina hasta Marruecos. Este renacimiento del hebreo, ¿quiere decir que el sionismo ó el ideal de reconstitución de la nacionalidad judía haya ganado te-

rreno en la misma proporción? En todo caso, el libro de Sluschz es un documento curioso y algo imprevisto en la historia de la literatura y del espíritu universal.

SUPERSTICIONES

Las láminas mágicas de execración. — Las llamadas por los latinos *tabellæ devotionis* ó *defixiones,* eran—dice en la *Nuova Antologia* Ersilia Caetani — láminas de plomo, arrolladas á guisa de volúmenes, en las que figuraban determinadas fórmulas mágicas de execración: después de consagradas con ritos maléficos, se escondían en los sepulcros ó en las casas de las personas contra quienes se quería dirigir el encanto, y se creía que de este modo se las entregaba á los dioses infernales. Estas láminas son, sin duda, las que, según Dion y Tácito, se encontraron en las paredes de la casa de Germánico; y á la misma clase pertenecían los maleficios á que se atribuía la locura de Caracalla, y los que producían los extraños olvidos del orador Escribonio Curión, que se olvidaba hasta de lo que iba á tratar en sus discursos forenses.

Estas láminas ó *defixiones* eran de dos especies: unas mágicas, cuyo poder provenía de la consagración y de las fórmulas arcanas que contenían; y otras, de pura imprecación ó deprecación, avalorada por los sacrificios á los manes del difunto en cuya tumba se encerraban; los manes, conjurados al efecto, tenían poder para dañar á los supervivientes, y para ello se les aplacaba con sacrificios, siendo creencia corriente que si no les detenían particulares consideraciones, trataban de matar á los parientes que no celebraban en su honor *solemnia* ó *parentalia.*

La fórmula por medio de la cual se entregaban las almas de los vivos á los manes de los muertos, invita á las potencias subterráneas, ya á torturar ó inhabilitar á la persona designada, y á su posteridad con ella, ya á matarla ó á pervertirla; por virtud de esta fórmula, el alma designada quedaba entre-

gada á las potencias infernales, que sin esto carecerían de poder para obrar sobre ella.

Existen *defixiones* griegas, latinas, oscas, samníticas y hasta etruscas. Una laminita de plomo, plegada en dos y traspasada por un clavo, se encontró en Traelto clavada bajo el cráneo de un esqueleto en su sepulcro; en ella se lee la triple invocación á los númenes infernales, y la enumeración detallada de todas las partes del cuerpo que se les entrega, que es el de una mujer llamada Tica; lo mismo que ésta son otras cuatro laminillas plúmbeas recientemente encontradas cerca de Mentana. Otra, desenterrada en una viña de las cercanías de Roma, hace saber que un tal Sotérico, para salvar á su propia mujer Entígina de los maleficios de la difunta Danae, ofrece á ésta un sacrificio, rogándola lo acepte y lo consuma, rescatando así el alma de su mujer. En un templo, consagrado en Gnido á Demeter, Perséfona y Plutón, se halló una colección de láminas del siglo II antes de Jesucristo, en las que se denuncian á los dioses infernales toda clase de agravios y delitos, conjurándoles para que castiguen á sus autores; son casi todos de mujeres: una se queja de que la han robado una pulsera; otra, de que la han arrebatado el cariño de su esposo; otra, de que la han calumniado; y así sucesivamente.

A la clase de las execraciones corresponden las láminas encontradas en un columbario de la vía Appia, escritas en letritas griegas y con extrañas figuras de mágica superstición; todas ellas son de origen gnóstico, y una en latín censura al difunto Víctor para que haga comparecer ante Plutón, gobernador del infierno, al panadero Preseticio. De la misma clase es otra laminilla de plata, hoy en el Louvre, en la que se invoca el «grande y santo nombre del viviente Señor Dios Damnaneo y Adoneo y Jao y Sabaot», apelaciones divinas de origen judaico. San Juan Crisóstomo y los Concilios condenaron varias veces el empleo de amuletos entre los cristianos, como cosa diabólica, impía é idolátrica.

El suelo tunecino es especialmente rico en esta clase de

documentos, pues sólo en un cementerio se han encontrado 40 *devotiones*, con idéntica mezcolanza de supersticiones orientales, egipcias y hebraicas; dos de ellas referentes á los juegos del circo, en las que los cocheros de un bando desean á los del otro toda clase de percances, excitando á los demonios para que hagan que cada uno de los aurigas designados «caiga, vuelque, se destroce y no pueda tener el freno ni sujetar los caballos»; de este género de execraciones se encuentran numerosas variantes.

Son también curiosas las amatorias. En una de ellas se desea á un desdeñoso que muera de amor y de celos por su desdeñada Successa; en otra se conjura á Julia Faustila para que vaya al infierno entre los condenados; en otras se desea toda clase de enfermedades y de muertes; en alguna se contenta la demandante con que el designado se vea consumido por el deseo, y no pueda dormir.

Los papiros griegos de Egipto han conservado multitud de recetas para preparar láminas mágicas, recomendando se elijan para depositarlas en los sepulcros de personas fallecidas jóvenes ó de muerte violenta, pues se creía que cada alma tiene predestinado un tiempo fijo de vida, y si ese tiempo se acorta por cualquier motivo, el alma tiene que cumplir su tiempo en la propia sepultura: de ahí que estas almas fueran más asequibles á los conjuros.

También hay amuletos profilácticos contra las maldiciones. Tal es el encontrado en un sepulcro de Cumas, según el cual cierto Barcathes, con otros dos, queriendo librarse de la maléfica influencia de su enemigo Quinto Cava, que conocía la fórmula execratoria, se hicieron con otra fórmula contraria para anular los efectos de aquélla.

En las tumbas de los cristianos no se han hallado, como es natural, láminas execratorias; lo único que á veces se encerraba en ellos era alguna lámina antimágica, contra los temidos maleficios del espíritu infernal, como la que en 1871 se encontró en Trau, en la Dalmacia. La superstición, ya en for-

ma positiva, ya en forma negativa — pues superstición al fin es creer en la posibilidad del maleficio y de los conjuros, — se ha prolongado hasta nuestros mismos días.

PSICOLOGÍA COLECTIVA

El problema de la multitud.—La mayor parte de las tesis revolucionarias en la historia del pensamiento, como sostiene en la *Nuova Antologia* Olivetti, representan la inversión de las recíprocas tesis reaccionarias: así, la crítica de la economía política de Carlos Marx ofrece la transformación dialéctica de las teorías de Ricardo y de la escuela clásica; como el materialismo histórico es un hegelianismo al revés; como la tesis política de Rensi está basada en la feroz crítica analítica de Mosca sobre el juego de los partidos políticos. Pero el ejemplo más típico de estas delectaciones dialécticas del espíritu humano lo hallamos en el estudio del problema de la multitud.

Los recientes estudios sobre la multitud son un ramo vigoroso de la moderna antropología y de la psicología colectiva. Fué un movimiento esencialmente innovador, positivista en cuanto al método, determinista en cuanto al supuesto filosófico y ético que le dió la novísima antropología; así, una escuela que partía de las ciencias físicas terminó en la ética, y mientras negaba la metafísica, hizo revivir las más clásicas disertaciones metafísicas, aunque con espíritu nuevo y honrados propósitos.

La teoría moderna de la multitud consiste esencialmente en considerar á este ente colectivo como producto distinto de los diversos valores asociados, así como se estima en economía política que el trabajo de una colectividad es superior á la suma del trabajo de sus miembros. La multitud, ¿vale más ó vale menos que el individuo aislado? He ahí el problema ético: por un lado, afirman lo primero los admiradores de la multi-

tud ó de la asociación; por otro, sostienen lo segundo los denigradores de las colectividades. En el campo moral, unos sostienen que la virtud colectiva es superior á la individual; y otros, que la multitud está más sujeta que el individuo á ceder á los malos instintos y á las pasiones. En el campo intelectual, aquéllos piensan con el concepto vulgar de que «más ven cuatro ojos que dos»; que en las colectividades, con la división del trabajo, la intensidad del rebusco y la mutua fecundación de las ideas, se obtiene mayor sabiduría; los contrarios opinan que en una reunión sólo prevalecen los instintos y las ideas medias, suprimiéndose toda originalidad y toda energía creadora, y midiéndose á todos por el mismo rasero de la vulgaridad. Aplicadas á la política, los unos están por los Parlamentos y el sufragio universal; los otros reniegan del parlamentarismo con la erudita ironía de Taine ó el soberbio desdén de Nietzsche, y van en derechura al despotismo ilustrado y al cesarismo: esta discrepancia trasciende á las filas mismas de los revolucionarios, donde lucha el socialismo autoritario de Marx contra el anarquismo libertario de Bakunine.

Se equivocaría grandemente el que afirmara, al analizar el efecto, por ejemplo, de la lectura de un libro por un hombre aislado, y el de la lectura pública en un teatro ó en un Parlamento, que la intensidad de la expresión de los sentimientos por cada miembro de la colectividad varíe en razón directa de la extensión de esa colectividad; el efecto tiene un límite, más allá del cual la intensidad decrece. Lo que sí puede establecerse es que «el tono de la emoción colectiva crece con la extensión de la colectividad, mientras ésta no pierda la plena conciencia de sí misma y de la propia emoción». Fuera de esto, es indudable que la imitación ó la sugestión se desenvuelve más rápidamente en la multitud que en el individuo.

La moderna psicología se ha preocupado poco del valor social de la ideación; el hombre aislado no tendría más que impresiones confusas; las ideas quieren en nosotros fijeza por la confrontación perpetua á que las sometemos en nuestro

trato social con nuestros semejantes; no podríamos estar seguros de un color si no oyéramos á todos llamarle del mismo modo. Toda idea, todo conocimiento, es fruto de experiencia social. La frase vulgar de que la multitud *estalló* en aplausos ó en silbidos, encierra una gran verdad psicofísica: en el hombre aislado, el triunfo de una emoción ó de una convicción es fruto de una *combustión;* en la multitud, de una *explosión*.

La emotividad de la multitud, además de ser más rápida, es más intensa. La alegría no lo es, si no se disfruta en compañía; el hombre aislado no se ríe, y todos sabemos lo que aumentan nuestra emoción los aplausos á un actor ó á un orador. La emoción de la multitud es además más duradera, y todos sabemos que la reflexión que nos obliga á rectificar una impresión falsa, apenas existe cuando el individuo forma parte de la multitud; en tales casos, nuestro sentido crítico se embota y nuestra pasionalidad é impulsividad se aumentan; el salvaje y el niño se conmueven fácilmente, pero no reflexionan. La crítica es una sal de conserva cuando los críticos son pocos; es un veneno mortal cuando todo un pueblo sutiliza; la multitud ama y odia, rara vez distingue ni critica.

La multitud no es mejor ni peor que el individuo, porque la multitud no existe; hay multitudes, pero no la multitud; y aquéllas son mejores ó peores que el individuo, según sean ó no disciplinadas y orgánicas, que tengan ó no un alma, ó que sean un compuesto químico ó un pisto. Los psicólogos de la multitud han caído en el mismo error de los criminalistas, que estudiaban el delito y no el delincuente, ó en el de Quetelet, que andaba en busca del *hombre medio*. Si lo hubiese encontrado, ¡qué clase de bicharraco sería!

Partamos de la ética individual. Lo que forma la integridad del hombre es el carácter; el hombre sin carácter no es *uno*, intelectual ni moralmente, sino un conglomerado de notas disformes y contradictorias. Como el hombre, la multitud será buena si es orgánica, mala si es amorfa. La multitud tendrá un alma si tiene un carácter, si está dominada por una idea

moral; el alma colectiva es una verdadera neoformación, un ente que vive en el espacio y á través de los siglos, con fisonomía propia, estética propia y propio ideal; el alma colectiva, en el sentido psicológico y no místico de la palabra, no puede, como el alma individual, ser vista ni tocada; pero lo mismo que la individual, está compuesta de energía psíquica y existe en sus efectos y en su movimiento. Este alma colectiva puede tener la vida de una hora y constituir una asamblea dada, ó vivir veinte siglos y representar la homogeneidad superior alcanzada por un pueblo ó por una especie.

Las multitudes feroces y delincuentes son las ocasionales, en las que no existe un orden espontáneo ni puede formarse; en esas multitudes los más violentos prevalecen, por ser los más fuertes y los dotados de mayor energía sugestiva. Los mayores delitos de las multitudes ocurren en los momentos de crisis morales, durante grandes trastornos, en los períodos revolucionarios; sólo entonces una multitud, compuesta de individuos buenos pero débiles, puede ser arrastrada á la violencia y al crimen por la fuerza de los audaces y decididos.

No puede, pues, resolverse en sí mismo el problema de la multitud. Todo determinado grupo humano será heroico ó vil, mejor ó peor que el individuo mismo, según que tenga ó no carácter y organización; entre los delincuentes no existe asociación espontánea, sino férrea disciplina, impuesta por la fuerza ó tolerada por la necesidad de la lucha contra la ley. Por eso multitud organizada equivale á multitud virtuosa; y aplicar á un grupo orgánico las deducciones sacadas del estudio de multitudes inorgánicas, y por lo tanto malas, ó por lo menos fáciles para la delincuencia, es un sofisma. Nada menos cierto que el manoseado *Senatores boni viri, Senatus autem mala bestia.* El astuto latino dice *boni viri*, pero no *boni cives* ó *boni senatores*; entonces sería cuando se pudiera argüir lógicamente. Una reunión de hombres malos será peor que cada uno de ellos en particular; pero una asociación de buenos dará un producto mejor que el de cualquier asociado.

Los fenómenos de la psicología de la multitud son sólo fenómenos de la psicología de los miembros de la multitud, puramente cuantitativos y no cualitativos. Esta es la única conclusión autorizada por el examen de los hechos; todo lo demás es recreo dialéctico, producto en gran parte del amor á lo extraño y á lo maravilloso, que es todavía tan potente en el fondo de nuestra conciencia, depósito de las religiones primitivas, que con su sentimentalidad histórica sobreviven á su racionalidad, para siempre quebrantada ó destruída.

La ética no tendría una razón práctica de existir si no dictase las leyes de la pedagogía individual ó social; para que exista una buena colectividad hace falta que sean buenos los componentes, y éste es el objeto de la educación individual. Los buenos pueden ser buenos para sí y no para la sociedad: de ahí el ideal social, es decir, un fin ético común que justifique la reunión de cada cual en una colectividad.

OCULTISMO

El pranayama ó la ciencia de la respiración.—El gran ejercicio del Yoghi, cualquiera que sea su condición, es el dominio del aliento ó el pranayama. Julio Bois nos da á conocer en la *Revue* la interesante doctrina y los maravillosos hechos del pranayama.

El universo entero está compuesto, para los filósofos asiáticos, de dos elementos primordiales, *acaza* y *prana*: el primero representa la materia invisible y sutil, el éter; *prana*, la fuerza, no sólo física, sino nerviosa y mental; todos los seres, al fin de su ciclo, vuelven al invisible *acaza*, del que sólo son formas y apariencias; todas las almas, todas las energías se confundirán en *prana*, de donde proceden; Prana y Acaza, tras una época indefinida de reposo, producirán un nuevo universo, que acabará á su vez para renacer más tarde, y así sucesivamente. El pranayama es el conocimiento de Prana.

Nosotros nos dispersamos en el análisis; los orientales se remontan á lo general, y creen que las entidades resultantes son principios activos, verdaderos seres independientes de los hechos particulares. Cuando el Yoghi es perfecto, domina la naturaleza y deja de ser esclavo de las llamadas leyes naturales, gravitación, atracción, enfermedad ó muerte: de ahí que el ignorante que presencia los actos extraordinarios del Yoghi los juzgue milagrosos.

Ahora bien: ¿cómo llegará ese dominio? Cada hombre lleva en sí mismo una de las manifestaciones más claras de la vida universal, el movimiento respiratorio; el que llega á gobernar su respiración gobernará á Prana en sí mismo y en el Prana de los demás y del universo; todo el misterio estriba en conocer y practicar la ciencia de la respiración. Hay que sentarse cómodamente, manteniendo verticales el pecho, el cuello y la cabeza; al aspirar y espirar se repite la palabra sagrada *aum*, y no hay nada, ni el sueño, que proporcione tanto descanso.

Hay muchos métodos de pranayama. Vivekananda aconseja, después de algunos meses de práctica, respirar lentamente por la nariz izquierda, tapándose la derecha con el pulgar; concentrar el espíritu sobre la corriente nerviosa de la médula espinal, y luego, después de retener el aliento un instante, cerrando completamente la nariz con el pulgar y el índice, echarlo por la nariz derecha; se vuelve á empezar cambiando de nariz, y hay que llegar á aspirar en cuatro segundos, á retener el aliento en 16, y á echarlo en ocho; el ejercicio se repite cuatro veces al día: al salir el sol, al medio día, al crepúsculo y á media noche. Otro método es el siguiente: tapad la nariz derecha con el pulgar de la mano derecha; aspirad lentamente por la nariz izquierda diciendo *aum* siete veces; cerrad completamente la nariz y retened el aliento el espacio de tiempo necesario para repetir catorce veces «aum, tat, sat»; espirad en seguida por la nariz derecha repitiendo *aum* siete veces, y aumentad así poco á poco el tiempo de retención, repitiendo cada vez siete veces más «aum, tat, sat». En Persia

se opera de otro modo: el yoghi aspira lentamente repitiendo la palabra *nest* hasta que los pulmones están llenos de aire; luego inclina la cabeza sobre el seno derecho repitiendo *hasti,* y exhala; después levanta la cabeza, hace una profunda inspiración repitiendo *magur*, y luego inclina la cabeza del lado izquierdo diciendo *yaṡdan* y echando el aliento; la fórmula es *nest hasti magur yasdan*, «sólo Dios existe». Al cabo de cinco minutos de ejercicio se cae desvanecido si no se tiene cuidado de graduar la preparación.

A medida que se va uno perfeccionando en el pranayama, se pasa de la transpiración al temblor; luego se erizan los cabellos, el cuerpo queda insensible y comienzan las visiones; llamas azuladas rodean al extático, que penetra en la región de la imaginación, hasta que la luz azulada se ve reemplazada por la luz blanca, más clara y brillante que la luz eléctrica, el alma misma hecha visible.

Para llegar á la hibernación el Yoghi hace veinticuatro incisiones en el freno de la lengua, una cada ocho días; después de cada incisión se tira de la lengua durante siete días, y la humedece con astringentes y sustancias saladas; durante seis meses sólo toma leche, practicando la suspensión de la respiración en su retiro subterráneo y disminuyendo gradualmente su alimento. Al acercarse el invierno vive durante una semana de *ghea* y de leche; luego ayuna completamente dos días, llena de aire su estómago y sus intestinos, se sienta en la postura de Liddbrasana, respira profundamente, llena de aire sus pulmones y se traga la lengua, y cierra la glotis oprimiendo la epiglotis con la lengua vuelta; así suspende la respiración, fijando la mirada entre las dos cejas, y queda dispuesto para «la hibernación». Hay casos de hibernación perfectamente comprobados, de cuya autenticidad no puede dudarse. He aquí, para terminar, la

TABLA DE LOS MÉTODOS

1. MÉTODOS para subyugar el cuerpo.	2. MÉTODOS para subyugar la inteligencia.	3. MÉTODOS para unir el alma humana á la universal.
1. Yama (purificación). 2. Niyama (devoción). 3. Asana (postura). 4. Pranayama (dominio del aliento). 5. Pratyaharra (obediencia de los sentidos). *Ejercicios exteriores.*	6. Dharana (concentración). 7. Dyana (contemplación). 8. Savikalpa-Samabhi (sueño artificial). *Ejercicios interiores.*	Nirvikalpa Samadhi (estado constante de desvanecimiento).
HATHA YOGHA	RAJA YOGHA	NIRVANA
Hibernación. Leviación. Suplicios voluntarios. Acrobatía mística. Entierro y exhumación del faquir vivo.	Transfiguración. Adivinación. Videncia. Profetismo. Éxtasis.	Divinización. Serenidad perfecta. Inconsciencia suprema. Superconsciencia. Embrutecimiento perfecto.

El pratyaharra, resultado de los ejercicios que le preceden (yama, niyama, asana y pranayama), es un estado en que los sentidos no obedecen á la naturaleza exterior, sino á la interna; en lugar de ser los que transmiten al cerebro las diversas sensaciones, es el cerebro mismo el que ve, oye, toca, huele y gusta lo que quiere y cuando lo quiere; es la anestesia y la catalepsia voluntarias, la alucinación espontánea, el triunfo de las impresiones subjetivas sobre las objetivas; para nosotros, un estado de sueño y de locura; para el Yoghi, la victoria del alma sobre la materia.

ENCICLOPEDIA

El diario íntimo de Tolstoi.—La antigua *Revue des Revues* publica varios «Fragmentos inéditos» de Tolstoi, entre los que reproducimos los que siguen:

Todas las formas de nuestra vida son lo que son á causa

de la división de los hombres en amos y esclavos: acróbatas, mozos de café, alcantarilleros, fabricantes de espejos, todas las fábricas; todo eso no ha podido formarse como lo vemos, sino por la división en señores y esclavos. ¡Y queremos la vida fraternal conservando las formas serviles de la vida!

La superstición es como un cáncer: si se empieza la operación, hay que extirparlo todo; si se deja la menor cosa, el cáncer reaparece, y más grave.

Se me han ocurrido multitud de pensamientos sobre la ceguedad de los hombres que luchan contra el anarquismo destruyendo anarquistas, en lugar de reformar el orden social, ese orden que los anarquistas combaten invocando su horror.

¿Cómo no ven los anarquistas la inutilidad de la violencia? Hacen bien, cuando razonan sobre la inutilidad y sobre los perjuicios de la violencia gubernamental; pero necesitan emplear la violencia y el asesinato, por la no participación en la violencia ni en el asesinato.

Hay dos modos de conocer el mundo exterior. Uno, el más grosero y habitual, es el de los cinco sentidos. El otro consiste en reconocer su propia vida por el amor egoísta; en reconocer la de los demás seres por el amor de esos seres, y transportarse por el pensamiento á otro hombre, á un animal, á una planta, hasta á una piedra. Por este medio se conoce interiormente, se percibe el mundo tal como lo conocemos. Este medio es el que se llama el don poético; es el amor, la reanudación de la unión entre los seres, que parecía quebrantada. Se sale de sí mismo y se entra en otro. Y se puede entrar en todo, confundirse con Dios, con todo.

La muerte de los niños en su aspecto ordinario: la Naturaleza trata de darnos las mejores criaturas, y las recoge cuando ve que el mundo no está todavía dispuesto para ellas. Pero hay que ensayar para adelantar; es como las golondrinas que llegan demasiado pronto: se mueren de frío, pero tienen que venir. Este razonamiento es ordinariamente falso. El razonamiento inteligente es que el niño que muere ha cumplido la

obra de Dios—el establecimiento del reino de Dios por el aumento del amor—más que los que han vivido cincuenta ó más años.

Cada prescripción de moral práctica implica la posibilidad de la contradicción de esa prescripción con los actos que de ella emanan. La abstinencia, es decir ¡no comer y hacerse incapaz de servir á los hombres! No matar los animales, es decir ¡permitirles que nos devoren! No beber vino, es decir ¡no comulgar, no cuidarse con vino! No resistir al mal por la violencia, es decir ¡permitir que un hombre me mate ó mate á los demás! Lo rebuscado de estas contradicciones muestra únicamente que el hombre que se ocupa en ello no quiere servir al pueblo moral. Siempre la misma historia: porque un hombre necesita curarse con vino, no combatir el alcoholismo; á causa de una violencia imaginaria, ¡matar, guillotinar, encarcelar!

BELLAS ARTES

La estética de Ganguin.—En un artículo de Carlos Morice, publicado por el *Mercure de France*, se inserta un curioso trozo de Ganguin, en el que parecen resumirse las ideas que sobre el tecnicismo y sobre la estética tenía el mismo ilustre artista.

Supone Ganguin que en tiempos de Tamerlan se hallaban reunidos en un bosque varios jóvenes rodeando al pintor preceptista. Manique les decía:

«Emplead siempre colores del mismo origen. El índigo es la mejor base: se hace amarillo, tratado por el espíritu de vino, y rojo en el vinagre. Los drogueros lo tienen siempre. Ateneos á esos tres colores. Con paciencia, sabréis componer así todos los tintes. Dejad que el fondo de vuestro papel aclare los colores y haga el blanco, pero no lo dejéis nunca completamente desnudo. El lienzo y la carne no se pintan sino cuando so tiene el secreto del arte. ¿Quién os dice que el ber-

mellón claro es la carne, y que el lienzo se sombrea con gris? Poned una tela blanca al lado de una col ó de un manojo de rosas, y veréis si se tiñe de gris.

Rechazad el negro y esa mezcla de blanco y negro que se llama lo gris. No hay nada negro ni nada gris. Lo que parece gris es un compuesto de matices claros, que un ojo experto adivina. El que pinta no tiene por misión, como el albañil, edificar, compás y escuadra en mano, una casa sobre el plan trazado por el arquitecto. Bueno es que los jóvenes tengan un modelo, pero que lo cubran con la cortina mientras pintan. Mejor es pintar de memoria, y así vuestra obra será vuestra; vuestra sensación, vuestra inteligencia y vuestra alma, sobrevivirán entonces á los ojos del aficionado.

Cuando se quieren contar los pelos de su asno y determinar el lugar que ocupa cada uno, se va á la cuadra. ¿Quién os dice que se debe buscar la oposición de los colores? ¿Qué más grato al artista que hacer distinguir en un ramo de rosas el matiz de cada una? Dos flores semejantes no podrían nunca serlo hoja por hoja.

Buscar la armonía y no la oposición, el acuerdo y no el choque. El ojo de la ignorancia es el que asigna un color fijo é inmutable á cada objeto: ya os he dicho que os guardéis de ese escollo. Ejercitaos en pintar acoplado ó sombreado, es decir, vecino ó puesto detrás de objetos que tengan colores distintos ó semejantes. Así agradaréis por vuestra variedad y vuestra verdad, la vuestra. Id de lo claro á lo obscuro, y no de lo obscuro á lo claro; vuestro trabajo no será nunca demasiado luminoso; la vista se complace en recrearse por vuestro trabajo; dadla gusto y no disgusto. Al fabricante de muestras es á quien corresponde copiar las obras de otros; si reproducís lo que otro ha hecho, sois sencillamente fabricantes de mezclas; embotáis vuestra sensibilidad é inmovilizáis vuestro colorido.

Respire todo en vosotros la calma y la paz del alma; así evitáis la posición en movimiento; cada uno de vuestros per-

sonajes debe hallarse en estado estático. Cuando Umra ha representado el sepulcro de Ocrai, no ha levantado el sable del verdugo, ni prestado al Kakhan ningún gesto de amenaza, ni torcido en convulsiones á la madre del paciente. El sultán, sentado en su trono, pliega en su frente la arruga de la cólera; el verdugo, de pie, mira á Ocrai como una presa que le inspira compasión; la madre, apoyada en un pilar, demuestra su dolor sin esperanza por el desmayo de sus fuerzas y de su cuerpo. Así se pasa una hora sin fatiga ante esta escena, más trágica en su calma que si, pasado el primer minuto, la actitud imposible de gravedad hubiera hecho sonreir de desdén.

Aplicaos á la silueta de cada objeto: la limpieza del contorno es patrimonio de la mano que no se debilita por ninguna vacilación de la voluntad.

¿Por qué embellecer á capricho y con propósito deliberado? Así desaparece la verdad, el olor de cada cosa, flor, hombre ó árbol; todo se borra en una misma nota de belleza que da asco al conocedor. No es esto decir que sea necesario desterrar los asuntos graciosos, sino que es preferible pintar tal y como se ve, á vaciar el color y el dibujo en el molde de materia preparada de antemano en nuestro cerebro.

No acabéis demasiado. Una impresión no es bastante duradera para que la persecución del último detalle, hecha después del último retoque, no perjudique á la primera intención; así refrescáis la lava, y convertís en piedra la sangre hirviente. Aunque fuese un rubí, echadla lejos de vosotros.

No os diré qué pincel debéis preferir, qué papel tomaréis y en qué orientación os colocaréis. Esas son cosas que preguntan las muchachas de cabellos largos y de ingenio corto, que ponen nuestro arte al nivel del de bordar zapatillas ó del de hacer pasteles suculentos.

IMPRESIONES Y NOTAS

Cómo se crea el tipo americano.—Bentzon, en la *Revue des Deux Mondes*, explica cómo los Estados Unidos consiguen convertir en americanos los individuos de todas procedencias que las corrientes de emigración les envían, logrando fundirlos en un mismo crisol, de donde salen identificados con el país adoptivo de tal suerte, que aceptan sus costumbres y su lengua, y se encariñan con su nueva patria como si fuera la patria de nacimiento.

Al efecto, toma como tipo á Jacob Rüs, un dinamarqués, aprendiz de carpintero en su tierra, y con trece hermanos, enamorado de una joven distinguida; la familia le rechazó, y, despechado, emigró con otros varios, alistados para explotar una mina de carbón, junto al Allegheny. Establecido como obrero minero, se dedicó después á toda clase de oficios, y fué tejero, leñador, trapero, cazador, conferencista, reporter y, por fin, periodista; con un semanario que compró logró hacer un pequeño capital, y regresó á Dinamarca para casarse con su antigua novia, como lo hizo, volviendo con ella á Nueva York. Allí fué corredor de anuncios, hasta que *La Tribuna* le admitió de reporter policíaco, para cuyo cargo demostró tales aptitudes, que pronto fué reconocido como el primer periodista de la clase.

El nombramiento del actual presidente de la República, Teodoro Roosevelt, para jefe de la policía, dió gran notoriedad á Rüs, pues él fué quien organizó aquellas famosas rondas de noche, que valieron á su jefe el nombre de Harum-al-Roosevelt, de las que tanto bien produjeron á Nueva York, haciendo desaparecer peligrosas sentinas y barriadas miserables, sustituídas por asilos y escuelas para niños abandonados, refugios para emigrantes pobres, etc. Rüs sacó de aquel contacto con las clases ínfimas ricos materiales de estudio, que le sirvieron para publicar algunos libros de costumbres muy celebrados.

No hay que decir que con este género de vida Rüs llegó á ser un perfecto americano á los pocos años. Y así suelen hacerse todos.

*
* *

Una autobiografía lacónica.—Máximo Gorki, el famoso escritor de moda que comparte con Tolstoi la celebridad cosmopolítica, excitado por su editor para que escriba su biografía, le ha complacido en los términos siguientes:

1878. Entro de aprendiz en casa de un zapatero.
1879. Paso de aprendiz á casa de un dibujante.
1880. Mozo de cocina en un vapor.
1884. Comisionista.
1885. Panadero.
1886. Corista de una compañía de ópera trashumante.
1887. Vendedor de patatas callejero.
1888. Me quiero matar.
1890. Empleado como copista en casa de un abogado.
1891. Doy á pie la vuelta á Rusia.
1892. Publico mi primera novela.—Y nada más.

*
* *

Stendhal, plagiario.—Así resulta claramente demostradopor Casimiro Stryienski en *El Mercurio de Francia*. Beyle-Stendhal era lo que hoy llamaríamos un desahogado, especialmente en sus principios, y con la mayor desenvoltura tomaba ideas y se apropiaba frases ajenas, dándolas como propias.

Su primera obra, «Cartas escritas en Viena de Austria, sobre el célebre compositor José Haydn» (París, 1814), no es más que un hábil calco de las *Haydinas*, de Carpani, obra publicada en Milán dos años antes. El autor le acusó de plagio; pero Stendhal defendió su impostura con la mayor insolencia, con el nombre supuesto de C. G. Bombet, hermano del falso Luis Alejandro César Bombet, que era el pseudónimo que había adoptado.

En su segunda obra, «Roma, Nápoles y Florencia en 1817», se encuentran pasajes enteros copiados literalmente de un artículo del número 15 de la *Edimburg Review* y otros, traducidos del *Viaje á Italia*, de Gœthe. Stryienski pretende disculpar estos hurtos diciendo que cuando se traduce con habilidad no hay apenas plagio de una obra literaria á otra; pero lo cierto es que el plagio existe y que la lealtad del autor exige la cita de las fuentes cuando recoge en su obra frases ajenas.

***

La educación de la mujer.—El profesor Renzo Turlani ha obtenido el premio Ravizza, de 200 liras, desarrollando el siguiente tema: «Estudio comparativo de lo que se hace por la educación pública y privada de la mujer en los países cultos; determinación de los principios fundamentales en que deba informarse tal educación, y en qué y cómo deba y pueda completarse y reformarse». El trabajo premiado acaba de publicarse, y aunque el autor no es un literato, según dice Nemi, ha sabido tratar la materia magistralmente, recogiendo multitud de datos y observaciones.

Italia hace en el cuadro general bastante mal papel; su cuerpo docente es el peor retribuído y considerado (1); la ley

(1) Así lo afirma Nemi, pero es porque compara á Italia con Francia, Inglaterra, Bélgica, etc. Si la comparara con España, no sentaría tal afirmación. Véase lo que sobre esta materia hemos escrito recientemente nosotros mismos en *El Globo:*

«*La redención del maestro*. — Si hay alguna cuestión sobre la que se hallen de acuerdo todos los partidos, es la de reconocer que no hay posibilidad de levantar el nivel intelectual de la nación sin comenzar por la dignificación del maestro. Se recoge como se siembra, y no es posible cosechar abundantes y selectos frutos donde se han arrojado semillas enfermizas y escasas.

»Se habla con frecuencia de las miserias de la clase obrera, y todos los días tropezamos en la prensa política con espeluznantes descripciones de cuadros pavorosos y de escenas desgarradoras, de que son teatro las grandes ciudades ó los grandes centros mineros y fabriles; y nos espantamos y nos encogemos miedosamente ante las diarias revelaciones de los

sobre enseñanza obligatoria es todavía en gran parte de aquella península una ironía, y los resultados mismos adquiridos están muy lejos de ser satisfactorios. Entre las reformas que propone Turlani está la reforma de la enseñanza secundaria, es-

---

periódicos, no acertando á comprender cómo puede vivir el obrero de Jerez ó el cobrador de tranvías madrileños, con la mísera paga que perciben.

»Nada de esto, sin embargo, se parece á las miserias del proletariado intelectual. El obrero, que cuenta con sus brazos, se presenta en demanda de trabajo, y rara vez deja de encontrar dónde comer; pero el desdichado maestro de escuela, que ha tenido que hacer los gastos de su modesta carrera, con la esperanza de un pasadero porvenir, se presenta también en demanda de trabajo, sin hallarlo casi nunca, y tiene que aguantar un mes y otro mes, y esperar á la resolución de uno y otro concurso, hasta lograr una colocación.

»Pero, ¿sabe el público qué clase de colocación encuentra el maestro? No, no lo sabe; porque si lo supiera, no es posible que no se hubiera levantado cien veces una protesta nacional que pusiera término á semejante vergüenza. El público sabe, en general, que los maestros cobran poco, cuando cobran, y el tipo del maestro de escuela legendario es el del funcionario que se muere de hambre, más por el atraso con que se le paga que por la mezquindad de lo que cobra. Fuera de estas generalidades, el público, el gran público, no sabe hasta dónde llegan las miserias del Magisterio de primeras letras.

Pues bien: ¿sabe el público qué clase de colocaciones obtiene el maestro, después de haber terminado su carrera y de haber gastado sus escasos ahorros en solicitudes sin cuento á los diversos rectorados, y en paseos, viajes y cartas para lograr entrar al servicio del Estado? No hablemos de la aristocracia de la clase, de los colosos del saber y del poder que, después de varias oposiciones en diversas capitales, llegan á obtener, tras una lucha titánica de cuatro ó seis años, por término medio, capaz de consumir las energías del más valiente y los tesoros de paciencia y de resignación del mayor Job del mundo que existir pueda, una escuela de 825 pesetas con descuento. Esos son los aristócratas del Magisterio, los que cuentan con fondos de reserva para hacer frente á los gastos nada pequeños de una oposición, y con suficiente caudal de saber para triunfar en la contienda; cerca de cinco mil maestros escogidos, la flor y nata de la clase.

»No hablemos tampoco de los que arriban al sueldo de 625 pesetas, en el que comienzan los maestros de escuelas completas: esos son los colosos del favor ó de la perseverancia, pues para llegar á tan envidiable colocación necesitan pasar luengos años, de quince á veinte por término medio, acumulando servicios y merecimientos para poder triunfar en los concursos. El sueldo de 625 pesetas es algo así como la suprema aspiración de

tableciendo dos períodos de cuatro años cada uno, el primero de estudios generales, comunes á todas las carreras, y el segundo especial para cada orden de disciplinas; así desaparecería la distinción allí existente entre las enseñanzas clásicas, téc-

---

todos los maestros que no se sienten con fuerzas ó con recursos para luchar con una oposición.

No hablemos tampoco de los 1.400 maestros que perciben 500 pesetas, sueño dorado de millares de infelices que se pasan la vida sirviendo al país sin llegar á semejante canonjía; ni siquiera de los 1.900 desdichados, en números redondos, que *disfrutan* de sueldos comprendidos entre 250 y 500 pesetas: todos ellos pertenecen todavía al número de los agraciados con los premios mayores en la lotería de la vida maestril, aunque el último peón de albañil ó el más desastrado mozo de labor gane mucho más que ellos.

»Detengámonos en el grupo de los maestros que ganan 250 pesetas al año, cuatro duros al mes, con los descuentos, timbres, habilitaciones y demás gabelas fiscales y administrativas. ¿Es posible vivir, aunque sea en el pueblo más miserable de la Península, con cuatro duros al mes? Pues en este caso se hallan, no una docena ni dos de escuelas públicas, sino 2.500 escuelas de la nación española.

»Y no se crea que estos maestros son los de la última categoría, ni sus escuelas las menos dotadas de España; los hay todavía en peores condiciones: hay algunas docenas de maestros que perciben sueldos comprendidos entre las 250 y las 200 pesetas; y bajando todavía en la escala, llegamos á los maestros que cobran sueldos irrisorios de menos de 200 pesetas, admirándonos de encontrarnos nada menos que con 207 que perciben 125 pesetas anuales cada uno; es decir, que entre todos juntos, los 207 maestros vienen á cobrar en un año lo que cobra en ocho meses un ministro, y que á pesar de que ni aun este elevado cargo se halla en España remunerado como debiera, se necesitarían 240 maestros para agotar las 30.000 pesetas asignadas á un consejero de la Corona.

»Y no pára en esto la vergonzosa escala de las miserias del Magisterio: hay maestros que cobran menos de 100 pesetas, pudiéndose encontrar hasta 254 escuelas *dotadas* con el sueldo inverosímil de 90 pesetas, y 114 que tienen de dotación el sueldo más inverosímil de 62,50 pesetas. No hace mucho se jubiló á uno de estos maestros, con cuarenta años de servicios; y teniendo derecho á los cuatro quintos del sueldo (el máximum de la jubilación), le quedaron como premio á su titánica labor de cuarenta años ¡cincuenta pesetas anuales! .. Pero, ¿á qué compadecerle, si todavía quedan maestros en el servicio activo de la enseñanza con 45 pesetas de sueldo anual?

»Esto es una gran vergüenza para el país que lo consiente; y buena prueba de que el mismo país anhela otra cosa, está en los medios de que

nicas y normales. También aboga por que la instrucción sea obligatoria hasta los catorce años, como en Francia, Inglaterra y Alemania, y quiere vedar la enseñanza al clero y á los conventos, siendo partidario decidido de la coeducación.

* * *

Fumadores de opio.—El morfinismo es una plaga engendrada por el abuso de las inyecciones de morfina, y su desarrollo está limitado á los enfermos que se someten á ellas; pero el abuso del opio es plaga que puede adquirir mucha mayor ex-

---

no pocos Ayuntamientos se valen para aumentar tan exiguos sueldos, señalando á los maestros, por retribuciones ú otros conceptos, cantidades diversas que, ya que no le saquen de la miseria, le permitan algún mayor desahogo. Pero, aun así y todo, es intolerable que haya maestros de cuatro duros al mes, ni menos de 45 pesetas al año, y debe acabarse de una vez, radicalmente, con esta ignominia nacional.

»El gran paso para la redención del maestro lo dió el conde de Romanones con nunca bastante alabada valentía, haciendo que pasaran á cargo del Estado las sagradas atenciones de primera enseñanza; D. Manuel Allendesalazar dió otro paso decisivo al señalar en su proyecto de ley, como sueldo mínimo del maestro, 500 pesetas, y el actual ministro de Instrucción pública, D. Gabino Bugallal, al hacer suyo el proyecto de su antecesor, y al mostrarse resuelto á convertirlo en realidad en los próximos presupuestos, conquistará la gratitud de los maestros y el aplauso de la nación. Veremos si en las salas de sesiones del Congreso ó del Senado hay alguien capaz de oponerse, por ningún motivo, á esta obra de saneamiento, de moralidad, de humanidad y de justicia.

»Si ese ejército del proletariado intelectual estuviera reunido en apretado haz, como los mineros de Bilbao ó los manufactureros de Barcelona, no tendríamos temor ninguno y estimaríamos asegurado su triunfo y satisfechas sus aspiraciones; pero el ejército del Magisterio es un ejército disperso, que no tiene más armas que sus silenciosos ayes; los treinta mil hombres y mujeres en servicio activo de que se compone, con los sesenta mil aspirantes que forman sus reservas, se hallan desparramados por todos los ámbitos de la Península, y no han constituído ni constituyen, ni constituirán jamás, núcleo alguno que ponga en peligro el orden público. Por eso estamos intranquilos por su suerte, á pesar de los altos valedores que han tenido la fortuna de encontrar, y deseamos que sus justísimas quejas hallen eco en el Parlamento, para que no flaquee la voluntad de sus amparadores, y pueda llevarse á cabo la gran obra de su redención.—*Fernando Araujo*».

tensión, y que amenaza invadir el Occidente, después de los estragos hechos en Oriente, de donde la traen á Europa los militares y empleados de las posesiones europeas en Asia.

En Tolón y en Marsella, primero, y luego en París, Lyon, el Havre, Cherburgo, Brest, Rochefort y Burdeos, se han instalado fumaderos de opio, no sólo en establecimientos especiales, sino en casas particulares, pues el *demi-monde* ha entrado con entusiasmo en la moda, y no son las mujeres las menos aficionadas á la pipa de opio, que las permite olvidar todos sus cuidados y vivir en el mundo de los sueños fantásticos. Hasta en casas distinguidas no se privan de este placer, y después de la comida se fuma el opio en familia: la señora da la señal á sus invitados de pasar al fumadero, y el marido prepara las pipas á los asistentes, que se extienden sobre almohadones, pasando una parte de la noche en charlar y fantasear tomando té.

El arte de fumar el opio, dice la *Revue Universelle*, no es menos delicado que el de aculotar una buena pipa: se introduce una bolita de extracto de opio tostado, lavado, aireado y fermentado, de unos cinco centigramos, en una especie de urna agujereada y fijada en un tubo de bambú que llega á la boca; se enciende la bolita, y es preciso hacerla arder por completo de una sola chupada, aspirando de una sola vez todos los vapores. El fumador se encuentra entonces tan beatíficamente satisfecho, tan lejos de la realidad, tan confiado en sí mismo y en el porvenir, que deja á un lado todas sus ocupaciones y preocupaciones.

El europeo que se aficiona al opio no se conforma, como el asiático, con una pequeña dosis; se empieza fumando una ó dos pipas diarias, y pronto se fuman cinco, diez y cincuenta, no siendo raros los fumadores que llegan á cien pipas diarias. La necesidad de fumar es irresistible, y la voluntad se halla tan enervada en el fumador de opio, que nada le detiene; en esos momentos, que no se hable al fumador de los deberes ni de las obligaciones más sagradas: pierde el sentimiento de su respon-

sabilidad, y no atiende á nada ni á nadie; en su alocamiento sólo subsiste la necesidad urgentísima de aspirar á toda costa un poco de opio.

Contra este mal el mejor remedio es la profilaxis, y el doctor Brunet reclama la adopción de medidas preventivas, sobre todo la de prevenir á los jóvenes destinados á la vida colonial de las miserias que les esperan si se entregan al opio; para ello nada mejor que mostrarles algunos fumadores llegados al marasmo: de andar vacilante, de ojos hundidos, de mirada estúpida, sujetos á violentos dolores de cabeza, á trastornos digestivos, á retenciones de orina dolorosas y á una vejez tan prematura como desdichada.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

P. Dorado.—**Valor social de leyes y autoridades.**—Barcelona, Sucesores de Manuel Soler, editores.

Tiene este nuevo libro del profesor de Salamanca su génesis en los artículos que, tres ó cuatro años hace, publicó, primero en la *Revue de Droit Public et de la Science politique*, de París, y luego en la madrileña *Revista Política Iberoamericana*. Por primera vez escribió allí lo que él había pensado acerca de la función de la ley y la autoridad en la evolución social.

Mas desde entonces acá su pensamiento ha seguido trabajando; nuevas opiniones y puntos de vista le han sido conocidos, y así ha podido formar este libro, por demás interesante, que tiene, como todos los suyos, estos dos caracteres: un texto de firmísima complexión lógica, y un sistema de notas extraordinariamente desarrollado, donde consta el testimonio de largas y variadas lecturas y de muchas horas de actividad del propio pensamiento.

Hase venido haciendo, por la opinión ajena, en torno de Dorado, cierta aureola de anarquismo. Recordaré que un escritor—polígrafo verdaderamente—habla del «anarquismo jurídico, pero no científico y total, sino ilógico y á retazos formado», á que en España llegan Giner, Costa y Dorado (A. Bonilla: *Sobre los efectos de la voluntad unilateral, propia y ajena en materia de obligaciones mercantiles)*. No podía haber citado

tres con temperamento mejor de hombres de ciencia. Ninguno, además, es propiamente un anarquista.

En efecto, asigna Dorado á la ley y á la autoridad una función útil en el mundo; la cual es la de imponer coactivamente y desde fuera todo lo que, en una fase de evolución más adelantada, los hombres cumplirán espontáneamente, por coacción interior, por exigirlo así el imperativo categórico de su conciencia.

¿Quién llamaría anarquismo á esta doctrina, sin peligro de disolver la especie dentro del género?

Entra, sí, ella, como tal especie innominada, en el género de las doctrinas libertarias, cuyos precedentes y manifestaciones actuales señala el propio autor, al principio y al fin de su trabajo, en una reseña inevitablemente incompleta. Bastará indicar, entre las manifestaciones del día, el *Autocratismo*, de Eugenio Dühring; el *Voluntarismo*, de Aubeson Herbert, etc.

¿Diríamos alguna opinión sobre la de Dorado?

Parécenos que existe un proceso psicológico, por el cual el advenimiento del reino de la no-coacción exterior se frustra de continuo. Emilio Durkheim, en sus *Reglas del método sociológico*, y tal vez también en su *División del trabajo social*, le ha notado muy bien y le ha descrito varias veces.

Sucede que la ley y la autoridad no acabarán jamás su misión de imponer el deber en las conciencias hasta que se verifique la asimilación interior que las haría inútiles. ¿Por qué? Sin duda porque el refinamiento de las conciencias traerá consigo cada vez nuevas exigencias inagotables. Si la sensibilidad moral aumenta, las cosas que hoy son simplemente antipáticas serán odiosas en lo porvenir. Dice Durkheim: «Imaginaos una sociedad de santos, un claustro ejemplar y perfecto. Los crímenes acaso serán desconocidos; pero las faltas que al mundo parecen veniales, levantarán allí el mismo escándalo que un delito ordinario en las conciencias generales... ¿No es por esto, quizá, por lo que ellos, los santos y los

justos, se creen, con toda sinceridad, no hipócritamente, grandes y desgraciados pecadores?

Paréceme que, desde este punto de vista, la ley y la autoridad sólo se extinguirían el día de un extraño fenómeno psíquico en el mundo: aquel día en que se destruyera la individualidad, y la vida moral de todos los hombres fuera, así en el bien como en el mal, exactamente lo mismo.

C. Bernaldo de Quirós

ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1903.

ALTAMIRA (Rafael).—*El segundo Congreso internacional de Ciencias históricas.* Julio, pág. 71; Agosto, pág. 38.—*Notas bibliográficas.* Noviembre, pág. 202.

AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*El Museo Arqueológico Nacional (notas para su historia).* Febrero, pág. 41.—*Los monumentos nacionales.* Abril, pág. 30.—*Los túmulos reales de la Capilla mayor en la Catedral de Toledo.* Septiembre, pág. 88.—*Recuerdos de un viaje por Huelva (1890). Palos.* Diciembre, pág. 87.

ANDRÉ (Eloy L.)—*Nuestras mentiras convencionales. La mentira social.* Septiembre, pág. 64.—*Psicología social del Municipio español.* Noviembre, pág. 58.

APOUKHTINE (A. N.)—*Los archivos de la condesa D**** (novela). Mayo, pág. 5; Junio, pág. 5.—*Entre la muerte y la vida* (narración fantástica). Julio, pág. 5.

ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 182; Febrero, página 181; Marzo, pág. 155; Abril, pág. 180; Mayo, pág. 156; Junio, página 173; Julio, pág. 163; Agosto, pág. 167; Septiembre, pág. 181; Octubre, pág. 178; Noviembre, pág. 168; Diciembre, pág. 162.

BECKER (Jerónimo).—*Apuntes sobre el problema marroquí.* Febrero, página 122.—*Europa y América.* Abril, pág. 103.—*El centenario de la Luisiana.* Mayo, pág. 106.—*La cuestión de Santo Domingo.* Junio, página 38; Julio, pág. 49.—*El arbitraje hispanoamericano.* Noviembre, pág. 104.

BERNALDO DE QUIRÓS (Constancio).—*Un novelista de las clases desposei-*

das: Máximo Gorky. Enero, pág. 73.—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 202; Diciembre, pág. 199.

Bret Harte.—*Uno* (narración californiana). Diciembre, pág. 20.

Calvo (Ignacio).—*Curiosidades numismáticas.* Marzo, pág. 98; Mayo, pág. 130; Julio, pág. 33.—*Grados antiguos en la Universidad de Salamanca.* Septiembre, pág. 116.

Castillo (Rafael).—*Notas bibliográficas.* Junio, pág. 203.

Chocano (José S.)—*Estandarte de amor.* Junio, pág. 35.

Cotarelo (Emilio).—*El supuesto casamiento de Almanzor con una hija de Bermudo II.* Enero, pág. 42.

Dorado (P.)—*La Iglesia y la cuestión social.* Marzo, pág. 49.—*Valor de la conciencia y de la intervención reflexiva.* Octubre, pág. 81.—*El discurso de apertura de los Tribunales, y la Memoria del Fiscal del Supremo.* Noviembre, pág. 82.—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 204; Agosto, pág. 202; Septiembre, pág. 206.

Flores (Manuel M.)—*El primer beso.* Mayo, pág. 38.

Gómez de Baquero (E.)—*Crónica literaria.* Enero, pág. 171; Febrero, pág. 172; Marzo, pág. 145; Abril, pág. 172; Mayo, pág. 146; Junio, página 164; Julio, pág. 152; Agosto, pág. 159; Septiembre, pág. 173; Octubre, pág. 167; Noviembre, pág. 159; Diciembre, pág. 154.

Gómez Restrepo (Antonio).—*A una moneda de Nerón encontrada en las ruinas de Itálica.* Enero, pág. 33.—*Ante la estatua de Marco Aurelio.* Enero, pág. 35.—*Al templo de Neptuno en Pestum.* Enero, pág. 37. *La tumba de Cecilia Metela.* Enero, pág. 38.—*En la villa de Adriano.* Enero, pág. 39.—*El cíclope.* Enero, pág. 39.—*Ulises.* Enero, pág. 40.—*La gruta azul.* Enero, pág. 41.

González-Blanco (Edmundo).—*Ciencia y fe.* Febrero, pág. 87; Marzo, pág. 67.—*D'Annunzio y el anarquismo aristocrático.* Mayo, pág. 78.—*El suicidio en sus diversas formas.* Agosto, pág. 54.—*León XIII: su diplomacia y sus encíclicas.* Septiembre, pág. 44.—*Ernesto Renan (á propósito de la erección de su estatua en Treguier).* Octubre, pág. 123. *Inhumación y cremación.* Noviembre, pág. 34.—*La retirada de un jefe político.* Diciembre, pág. 54.—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 205; Mayo, pág. 196; Julio, pág. 192.

Gutiérrez Pola.—*Notas bibliográficas.* Julio, pág. 192.

Hispanus.—*Lecturas americanas.* Enero, pág. 155; Febrero, pág. 147; Marzo, pág. 128; Abril, pág. 149; Junio, pág. 136; Julio, pág. 129; Agosto, pág. 135; Septiembre, pág. 133; Octubre, pág. 145; Noviembre, página 135; Diciembre, pág. 128.

Ignotus.—*Para paisanos. Cosas de tropa.* Octubre, pág. 54.

Larrañaga Portugal (M.)—*Sunt Verba Rerum.* Marzo, pág. 33.

Larriva de Llana (Lastenia).—*A mi querida hermana Hortensia Larriva.* Febrero, pág. 33.

Martínez Olmedilla (Augusto).—*La trata de negros.* Junio, pág. 96.

Mélida (José Ramón).—*Los museos de arte en Madrid.* Enero, pág. 56.

Menéndez y Pelayo (M.)—*Indagaciones y conjeturas sobre algunos temas poéticos perdidos.* Diciembre, pág. 108.

Navas (Conde de las).—*El «New Record Office».* Octubre, pág. 72.

Othon (Manuel José).—*¡Surgite!* Abril, pág. 28.

Palacios (Leopoldo).—*Las universidades populares.* Mayo, pág. 55.

Pérez de Ayala (Ramón).—*Notas bibliográficas.* Marzo, pág. 198.

Pérez de Guzmán (Juan).—*Los himnos nacionales de la América española.* Enero, pág. 116.—*Las Cortes y los gobiernos del reinado de doña Isabel II.* Febrero, pág. 71.—*El Renacimiento de Portugal.* Marzo, página 113.—*El nuevo buque de combate «Alfonso XIII».* Abril, pág. 123. *El primer conflicto entre dos soberanías.* Junio, pág. 75.—*Bajo don Amadeo de Saboya.* Agosto, pág. 88.—*El violín español en el cosmopolitismo del arte musical contemporáneo.* Septiembre, pág. 153.

Pitollet (Camille).—*Los catedráticos de castellano en los Institutos de segunda enseñanza en Francia.* Julio, pág. 105.—*Mesonero Romanos, costumbrista.* Octubre, pág. 38.

Posada (Adolfo).—*Perspectivas universitarias.* Enero, pág. 81.—*Formación del profesorado de segunda enseñanza.* Abril, pág. 84.—*Feminismo.* Junio, pág. 58.—*El año sociológico* (1901-1902). Agosto, pág. 116.—*Utopia sociológica.* Diciembre, pág. 70.—*Notas bibliográficas.* Mayo, pág. 195.

Ruiz Castillo (J.)—*Notas bibliográficas.* Marzo, pág. 195.

Sales Ferré (Manuel).—*De la civilización y su medida.* Diciembre, página 35.

Sbarbi (José María).—*Cuernos y plumas.* Enero, pág. 145.

SIENKIEWICZ (Enrique).—*Ana* (novela). Agosto, pág. 5. Septiembre, página 5; Octubre, pág. 5; Noviembre, pág. 5.

TCHEKHOV (Antón).—*Un duelo* (novela). Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 5.—*La princesa*. Diciembre, pág. 5.

UGARTE (Manuel).—*Páginas de la leyenda de la Pampa. La cautiva*. Mayo, pág. 39.

UNAMUNO (Miguel).—*Contra el purismo*. Enero, pág. 100.—*El individualismo español*. Marzo, pág. 35.—*Sobre el fulanismo*. Abril, pág. 65.—*La selección de los Fulánez*. Julio, pág. 89.

INDICE

Págs.

La princesa, por Antón Tchekhov 5
Uno (narración californiana), por Bret Harte 20
De la civilización y su medida, por Manuel Sales Ferré 35
La retirada de un jefe político, por Edmundo González-Blanco 54
Utopia sociológica, por Adolfo Posada 70
Recuerdos de un viaje por Huelva, por Rodrigo Amador de los Ríos 87
Indagaciones y conjeturas sobre algunos temas poéticos perdidos, por M. Menéndez y Pelayo 108
Lecturas americanas, por Hispanus 128
Crónica literaria. — La Catedral (novela de D. Vicente Blasco Ibáñez), por E. Gómez de Baquero 154
Revista de Revistas, por Fernando Araujo 162
Notas bibliográficas, por C. Bernaldo de Quirós 199
Índice por orden alfabético de autores 202

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas. — El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget. — Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.— Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne. Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.— Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas. — La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. **Daudet**, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de **La Génesis**), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1.50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de **La criminología**), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual de Juez, 12 ptas.

AP
60
E8
año 15
no.178-80

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY